



Tipo de documento: Tesis de Doctorado

Título del documento: Semiopolítica del americanismo : ascenso, cénit y declinación de una construcción hegemónica

Autores (en el caso de tesis y directores):

Pablo Edgardo Martínez Sameck

Eduardo Grüner, dir.

Elvira Narvaja de Arnoux, co-dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2023

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



Pablo Edgardo Martínez Sameck

SEMIOPOLÍTICA DEL AMERICANISMO

[Subtítulo Propuesto: Ascenso, cénit y declinación de una
construcción hegemónica]

Tesis para optar al título de Doctor en Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires

Director de tesis: Eduardo Grüner

Codirectora: Elvira Narvaja de Arnoux

Buenos Aires

2023

RESUMEN: Este estudio propone a la semiopolítica del americanismo para analizar los presupuestos teórico-conceptuales de la semiopolítica de acuerdo con la representación de Antonio Gramsci sobre la vida norteamericana en tanto “americanismo”. Para ello, aborda las complejidades de los componentes que generaron unipolaridad al emerger los Estados Unidos potencia hegemónica tras su éxito en la Guerra Fría. También indaga los resultados de las sucesivas oleadas que conformaron su evolución, hasta convertirse en cimiento del Nuevo Orden Mundial. Su devenir sociocultural bajo los supuestos del *supremacismo* WASP y la confluencia con los procesos tardocapitalistas según los valores neoliberales que consolidaron la centralidad estadounidense como referencia mundial y modelo de sociedad. Se profundiza en los procesos de transformación cuantitativos y cualitativos resultados del cambio de paradigma tecnológico generados por la revolución científico-técnica y la multiplicidad de sus elaboraciones; la globalización tardocapitalista con la universalización de los mercados, la producción y los consumos; el papel fundamental de su industria cultural; así como los múltiples insumos producidos por su cosmología que consiguen imponerse universalmente. El fortalecimiento de su sistema de información y comunicación logró una influencia decisiva al transmutar las condiciones de reconocimiento que alteraron las posibilidades de registro y memoria. Así, se constituyó un dispositivo comunicacional negativo que, por su control oligopólico y la consolidación del capitalismo digital —con una evolución de sus mediatizaciones influidas de manera decisiva por la inteligencia artificial y los algoritmos—, condujo a una reestructuración hacia la sociedad del rendimiento y el vivir bajo un eterno “presentismo”. Ante la carencia de una sociología política del conocimiento para la sociedad de masas, la semiopolítica del americanismo resulta un instrumento competente para comprender esta larga serie de procesos sociales y políticos nada fáciles de aprehender, desde la primera crisis del petróleo hasta la posible reelección de Donald Trump, en un escenario de reconquista autoritaria.

ABSTRACT: This thesis proposes the semiopolitics of Americanism to analyze the theoretical-conceptual presuppositions of semiopolitics under the representation made by Antonio Gramsci on American life as “Americanism”. To do so, it addresses the complexities of the components that generated unipolarity as the United States emerged hegemonic power after its success in the Cold War. It also investigates the results of the successive waves that shaped its evolution, to become the foundation of the New World Order. Its sociocultural evolution under the assumptions of WASP supremacism confluence with the late-capitalist processes under the neoliberal values that consolidated American centrality as a world reference and model of society. The quantitative and qualitative transformation processes resulting from the change of technological paradigm generated by the scientific-technical revolution and the multiplicity of its processes are studied in greater depth; the late-capitalist globalization with the universalization of markets, production, and consumption; the fundamental role of its cultural industry; as well as the multiple inputs produced by its cosmology that succeed in imposing themselves universally. Its sociocultural evolution under the assumptions of WASP supremacism confluence with the late-capitalist processes under the neoliberal values that consolidated American centrality as a world reference and model of society. The quantitative and qualitative transformation processes resulting from the change of technological paradigm generated by the scientific-technical revolution and the multiplicity of its processes are studied in greater depth; the late-capitalist globalization with the universalization of markets, production, and consumption; the fundamental role of its cultural industry; as well as the multiple inputs produced by its cosmology that succeed in imposing themselves universally. In the absence of a political sociology of knowledge for the mass society, the semiopolitics of Americanism is a competent instrument to understand this long series of social and political processes not easy to apprehend, from the first oil crisis to the possible re-election of Donald Trump, in a scenario of authoritarian reconquest.

Dedicatoria y agradecimientos

A la memoria de mis padres, Märgit y Miguel; de mi hijo Guido, y de los compañeros y camaradas de aventura de los años setenta que no volvieron.

Agradezco a mis hijos Constanza, Julián y Verónica, luz de mis ojos, y a mis cinco nietos. A mi codirectora Elvira Narvaja de Arnoux, quien con severidad me llevó a encrucijadas decisorias. A José Luis Fernández, quien, en largas charlas, café por medio, aventó mis fantasmas sobre la Academia e instigó a que me lanzara con la conceptualización de la “semiopolítica”. A Eduardo Grüner por haber aceptado dirigir esta tesis doctoral. A los compañeros de mi histórica cátedra de Sociología del Ciclo Básico Común, quienes con cariño, tenacidad y entrega sostuvieron una propuesta comprometida para no menos de doscientos mil alumnos, en la dura tarea de la iniciación universitaria en la UBA. Al CBC en cuanto propuesta. A esa hermosa gente que me acompañó en esa larga aventura de gestión en la Facultad de Ciencias Sociales de la UNLZ, recordándolos en la memoria de Miguel Ángel De Luca y Osvaldo Calegari, su maravilloso alumnado y sus enjundiosos graduados. A los compañeros del UBACyT del “Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe” —IEALC/ FCS/ UBA— junto a quienes plasmamos trabajo conjunto; a Rafael Mario Toer y a Ariel Goldstein, a quien acompañé personalmente en su envidiable carrera académica. Mi reconocimiento a quien fue más allá de lo profesional, Pablo Ali, así como a mis amigos de la vida: Alejandro Giusti y Tono López. A todos quienes me alentaron a seguir sosteniendo, indeclinablemente, esos valores de los que me enorgullezco: a la madre de mis hijos, María Elena, quien, junto a Cristina Nieto, hicieron que aquel trabajo del gran timonel “Contra el liberalismo”, con Gramsci, guiaran la coherente perseverancia en una conducta setentista a lo largo de mi vida.

ÍNDICE

Listado de abreviaturas	11
-------------------------	----

INTRODUCCIÓN

“UN FANTASMA RECORRIÓ A EUROPA, EL FANTASMA DEL AMERICANISMO”

1. La creación americanista de Europa Occidental	13
2. Efectos nocivos en el mundo de hoy	21
3. El valor de la lectura semiopolítica: propuesta teórica y definición	25
4. Validez del estudio y organización de los capítulos	29

OBSERVACIONES METODOLÓGICAS Y EPISTEMOLÓGICAS	33
---	----

CAPÍTULO 1

EL CONCEPTO DE AMERICANISMO

CON SU GENÉTICA MATRIZ GRAMSCIANA

1. El neoliberalismo lo ha logrado	37
2. Neoliberalismo: etapa superior del americanismo	44
3. Muestras del pragmatismo instrumental	53
4. Apuntes sobre la génesis gramsciana	55
5. ¿Qué capitalizó el americanismo para confrontar con el Este?	63

CAPÍTULO 2

PSICOPOLÍTICA DEL AMERICANISMO

1. La sociedad de la anomia: prácticas de “irresponsabilidades generalizadas”	71
2. Walter Benjamin tenía razón: el capitalismo, una nueva religión	77
3. La era del <i>dataísmo</i> despersonalizador: del trabajador al <i>influencer</i>	82
4. De una vida democrática a una <i>práctica</i> amorfa	87

CAPÍTULO 3

DEL ESTADO SOCIAL AL ASCENSO NEOLIBERAL TARDOCAPITALISTA

1. La trama de un desencuentro manifiesto	91
2. La hegemonía como política viva: orígenes de un concepto controvertido	94
3. La gran crisis del petróleo (1973-1979)	99

4. De los intelectuales orgánicos del neoliberalismo al recrudescimiento de la Guerra Fría	106
5. La “jaula de hierro” de un eterno presente: la puja sobre la memoria	111
6. Misterios y maneras de las crisis cíclicas del capitalismo	116
7. Mediaciones opacas entre el “sujeto” y lo Real	121
8. Cómo el neoliberalismo logra naturalizar el “efecto mariposa”	124
9. La irrefrenable pulsión de <i>poder</i>	133

CAPÍTULO 4

DESDE EL DERRUMBE DEL MURO HASTA LA DERROTA DE TRUMP VÍA MINNEAPOLIS

1. “Cuadro de situación”	139
2. “Todo tiene que ver con todo”	143
3. La nueva hegemonía vs. los enemigos “ejecutables”	146
4. Lugares comunes de la discursividad política del mundo de hoy	148
5. Distribución y reconocimiento de un nuevo bloque hegemónico: ¿de dónde viene Trump?	150
6. Un nuevo maridaje para el neoliberalismo “progresista”	159
7. Minneapolis, la “piedra de toque” que quizás se haga cenizas	164
8. “Es la economía, estúpido”: la disputa por el reconocimiento y la distribución	168
9. La “Ley Patriótica” y la construcción del nuevo enemigo	172
10. El paradojal progresismo de Hollywood en materia racial	177
11. El derrumbe de las ciudades industriales	184
12. “Situación” de incertidumbre y futura contienda electoral	191

CAPÍTULO 5

EL “EMPATE HEGEMÓNICO” DE ÚLTIMA GENERACIÓN

1. “Síntomas” de un cambio de época: un giro a la derecha	195
2. La industria cultural y sus productos aleccionadores	201
3. Los portavoces de una transformación no prevista en la convivencia democrática	207
4. <i>Supremacismo</i> y mitologización: cómo se encadenan las violencias materiales y simbólicas	210
5. Las reconversiones del fascismo y del nazismo	213
6. El “destino manifiesto”: la “pureza” del americanismo	217
7. La sociedad carcelaria y el peligro de la otredad	221

CAPÍTULO 6

ETIOLOGÍA CARCELARIA DEL SUPREMACISMO WASP

1. “El nacimiento de una nación”	229
2. Segregación para siempre y “América para los [norte]americanos”	233
3. De cómo el temor al <i>breakdown</i> transformó al americanismo en neoliberalismo	237
4. El progreso de la evolución carcelaria y el <i>miedo estructural</i>	243
5. Los modelantes sociales de finales de los ochenta y principios de los noventa	248
6. Los engranajes del dispositivo comunicacional negativo: evitar la Verdad, fomentar miedo e incertidumbre, perseguir y encarcelar	251
7. La “ley de las tres faltas”: el macabro juego de la punición	255
8. El novedoso “negocio” de la reclusión masiva	258
9. El impacto global del <i>american way of life</i>	261
10. Justicia y Verdad: dos significantes devaluados	264
11. Vigilar, castigar, reprimir, vapulear, aleccionar, instruir, amaestrar, enseñar: rutinas de la <i>vida cotidiana</i>	269
12. Alabama, Trump y el <i>American Idiot</i>	272

CAPÍTULO 7

LAS CINCO Q SOBRE QANON

1. ¿Cómo funciona un dispositivo comunicacional negativo?	277
2. La construcción de una víctima: Ashli Babbitt	281
3. La “sociedad de control” lo aplasta todo	284
4. Trump, el Mesías de QAnon, y la creación de este movimiento	287
5. Medios de comunicación masiva para una <i>acción</i> social pasiva	292
6. Códigos secretos de un nuevo sistema de valores: “papas de la libertad”, pizzerías pornográficas y WWG1WGA	295
7. Enviados para la redención: un reflejo reactivo del dispositivo comunicacional negativo	299
8. El fin del destino manifiesto: ¿el neoliberalismo podrá lograrlo de nuevo?	302

CONSIDERACIONES FINALES

SOBRE TODO AQUELLO QUE YA NUNCA HA DE ACABAR, O QUE PUEDA FINALIZAR COMO UNA “ERA DE LA EXTINCIÓN”

1. Construcción del concepto de “semiopolítica”	307
---	-----

2. Semiopolítica del americanismo, “componente” cautivo que penetra en la vida social y preanuncia un nuevo derrumbe	311
3. La diáspora teórica, “componente” esencial para el triunfo del americanismo	315
4. Por qué el desenlace de la semiopolítica del americanismo está asociado a una virtual <i>social guerra civil fría</i>	318
5. De cómo nuevamente se asentó la reificación de Lucáks y la razón instrumental de la industria cultural frankfurteana	320
6. La semiopolítica le brinda combate a “la era de la extinción”	327

EPÍLOGO

SOBRE LA EXISTENCIA Y LA NECESIDAD DE UNA SEMIOPOLÍTICA A PARTIR DE LA SOCIOLOGÍA POLÍTICA DEL CONOCIMIENTO

331

Referencias bibliográficas

333

LISTADO DE ABREVIATURAS

AIE	aparatos ideológicos de Estado
CHyS	Ciencias Humanas y Sociales
CIA	Central de Inteligencia Americana
DCN	dispositivo comunicacional negativo
DD. HH.	Derechos Humanos
GOP	Grand Old Party (Partido Republicano)
IC	industria cultural
JFK	John Fitzgerald Kennedy
LGBTQ+	Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transgéneros, Queers
NAFTA	<i>North American Free Trade Agreement</i> (Tratado entre México, los EE. UU. y Canadá)
NATO	Organización del Tratado del Atlántico Norte
OEA	Organización de los Estados Americanos
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PD	Partido Demócrata
PR	Partido Republicano
SIyC	sistema de información y comunicación
TIAR	Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca
WASP	<i>White Anglo-Saxon Protestant</i>

INTRODUCCIÓN

“UN FANTASMA RECORRIÓ A EUROPA, EL FANTASMA DEL AMERICANISMO”

The Time is Out of Joint...
Hamlet, William Shakespeare

GRACUM EST, NON LEGITUR
(latín, axioma medieval: “ES GRIEGO, NO SE LEE”)

La sociedad no es en absoluto un simple conglomerado de seres vivientes cuyas acciones no tienen otra causa que la arbitrariedad de las voluntades individuales, ni otro resultado que accidentes efímeros o sin importancia. Por el contrario, la sociedad es sobre todo una verdadera máquina organizada, cuyas partes contribuyen todas de diferente modo al movimiento de la totalidad. Para Durkheim, las leyes dominan a los hombres con absoluta necesidad y todo lo que estos pueden hacer es someterse
Irving Zeitlin

... la historia de la mediatización, lejos de ser un proceso circunstancial de la modernidad, coincide con el largo plazo de la historia evolutiva de la especie
Eliseo Verón

1. La creación americanista de Europa Occidental

La lectura semiopolítica le corre el velo a lo que hasta no hace mucho se conocía por Europa Occidental, y permite mostrar lo que en verdad fue: una construcción histórica. Una construcción política, ideológica, historiográfica, étnica, antropológica, económica, estratégica, filosófica, sociocultural, y hasta cabría señalar una mancomunidad desiderativa, *a priori*, difícil de asociar con el americanismo. Se trata, en verdad, de países que, hasta poco tiempo atrás, habían tenido existencias desintegradas, rotas, pujas con letales históricas competencias, ya que, entre el enorme concierto de naciones surgido de posguerra, fueran una simple minoría.

En una reelaboración diacrónica, quizás forzada, pero imprescindible para acopiar profundidad analítica, finalizada la segunda conflagración mundial (1945), se construyó un osado montaje “imaginario”, cual si siempre hubiera existido un bloque unitario. Sin embargo, la realidad de los hechos sugiere que ha sido una edificación estratégica, geopolítica, activada por el clima asfixiante precipitado por una dura confrontación. Este ensamble de rápida arquitectura fue cimentado por el influjo de los que emergieron potencia hegemónica: los Estados Unidos de América. Luego de tal reestructuración mundial, los EE. UU. ejercieron un liderazgo hemisférico, por detrás de una consigna retórica, pero de orientada confrontación, de

cotejo, como por ejemplo la del líder belicista inglés, Sir Winston Churchill: *se le ha tendido un “Telón de Acero”, desde el Oriente, al viejo continente*. En aquel momento crítico, el dirigente conservador se encontraba decepcionado por la ausencia de reconocimiento a su aporte tras el exitoso desenlace de la segunda conflagración mundial, tras haber sido derrotado en las elecciones de 1945 a manos del Labour Party (UK) de Clement Attlee, sumado a la amenazante figura de poder bajo las sombras del teórico marxista, presidente del laborismo, el intelectual, conferencista, politólogo, escritor y economista de origen judío Harold Laski.

Este clima hostil le permitió a Churchill ponerse a la cabeza de semejante aventura: la edificación que signó la estratégica confrontación ideológico-política que abarcó todo el “siglo XX corto” bajo la denominación de Guerra Fría. En América Latina se la conoció como “Cortina de Hierro”. Magnífico pretexto para un realineamiento continental que al americanismo le permitiese, de una vez por todas, asimilar a Suramérica más allá de Venezuela. Para ello, debía someter al continente a un clima de confrontación militar, política, sociocultural e ideológica mediante un estado de constante conflictividad al sur del Río Bravo; condición que le resultase favorable para acumular poder y prestigio. Para erigirse como la gran potencia hemisférica debía superar los escollos que le pudieran producir esas díscolas y molestas experiencias “populistas”, así como de la súbita emergencia de un desarrollismo no previsto.

Esta construcción estaba sometida a una lógica prediseñada, vinculada a claras premisas ideológicas. Se trataba de una confrontación integral sobre la base de una compulsión entre los “supuestos” y los “estilos de vida” entre los “totalitarismos” y el “mundo libre”, con dimensiones integrales, extendidas, propias de una tercera guerra mundial. La Guerra Fría se acomodó a un *modo* de lucha que exigía de una debida adecuación táctica permanente. De un “paso a paso” basado en su constante progreso y evolución, dado que tal conflicto debía implicar a la humanidad toda, agotada de tanta insatisfacción, muerte y genocidio.

La idea era ir estableciendo la ansiada paz, así como reparar vastas y postergadas reivindicaciones históricas y sociales. Mediante esta “posición”, la opinión pública mundial, sensible por tanta violencia a la búsqueda de consensos y progreso bajo sus conceptos madre, procuraba la ansiada libertad sobre la base de la satisfacción de las reales necesidades materiales, suscitando independencia y libre elección personales. De esta manera, el Occidente pretendía evitar toda confrontación directa —salvo con Corea—, procurando evadir cualquier fatuo antagonismo con la *otra* potencia triunfadora: la Unión Soviética.

Lo que hasta hace poco se caratulaba por Europa Occidental atañía a un conjunto de países que, bajo tal línea demarcatoria, debían distanciar de manera nítida a las naciones capitalistas de las *otras*, las socialistas, esas *otras* signadas bajo la influencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Así, basada en el Tratado de Roma (1957), un puñado de países se constituyeron en la inicial Comunidad Económica Europea, de la cual habrían de quedar dos Alemanias partidas entre la del Este, la República Democrática, y la del Oeste, la Federal. También quedó dividida su histórica ciudad capital, Berlín, que, a inicios de los años sesenta, dada la radical animosidad beligerante propia de la Guerra Fría, quedara separada por el insigne Muro. Estas dos sociedades resultaban ser las más industrializadas de sendos bloques, quedando subordinadas, a través de una persistente prédica de las acciones de inteligencia y sus propagandismos, por la creciente incidencia estimulada que se tendría a partir de la irrupción de los novedosos *mass media* y la denominada industria cultural.

Muerto ya Franklin Delano Roosevelt —impactado por la personalidad e inteligencia del líder soviético Iósif Stalin—, el clima de Potsdam ya no fuera aquel conciliatorio de 1945. Así se rompía la templanza compartida de angustias, sensatez y ayuda mutua, ante la zozobra que suscitó el perentorio derrumbe de la Europa continental a manos del nazismo. Aquella concordia de vastas coincidencias selladas por los acuerdos de Teherán (1943) y Yalta (1945) fue sepultada, y finalmente cayeron la cooperación y reciprocidad que, frente a la inminencia de una derrota, provocase la admiración de la tan poco prevista tenaz resistencia soviética.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, se pusieron en movimiento, por parte del americanismo, nuevas hipótesis de conflicto, influidas por el señorío que les brindaba su mando en materia de arsenal atómico. Una vez terminada la beligerancia, comenzó una competencia desleal y absoluta entre dos sistemas políticos y económicos. La tarea inicial del americanismo fue recuperar a una Europa devastada: Un Occidente reconstruido bajo la tutela de los EE. UU., por el denominado Plan Marshall (1947-1952), trabajo estratégico elaborado por el secretario de Estado, el general George C. Marshall. Este programa realista y vasto fue ideado para recuperar a un continente que debía absorber a las potencias derrotadas y a los países más vulnerables. Fue una cooptación político-militar, pero, sobre todo, “ideológica”, a partir del dominio de grandes recursos financieros, amén de promover un relanzamiento de la economía capitalista europea bajo la supervisión de la “mirada” angloamericana y sus “valores”.

El programa tenía como objetivo detener cualquier posible expansión del comunismo hacia el Oeste, situación imposible de imaginar para el mundo de hoy, pues la URSS poseía un

encumbrado prestigio tras haber derrotado, en algo parecido a la soledad, a la Alemania nazi. Sin embargo, para aquel momento esta hipótesis era creíble, dado el crecimiento de los partidos comunistas en Europa Occidental. El Plan Marshall se convirtió, en los hechos, en una suerte de imposición para obtener subalternización. Esta reciprocidad pasó a ser un instrumento más ante la inminente Guerra Fría que se habría de iniciar topando a un bloque soviético exhausto, víctima del genocidio y del titánico esfuerzo de su Gran Guerra Patria, teniendo un por demás esquivo reconocimiento e indisimulable omisión por parte del bloque capitalista occidental.

Tal estrategia implicaba una concepción extensa de “la política”, incidiendo en una confrontación entre “concepciones del mundo”, y por lo tanto “de la vida”, vale decir, bajo la lectura gramsciana, de “ideológicas”¹. Este hecho tiene valederas implicancias filosóficas que, hoy, permiten explicar las razones por las cuales se le perdonó el 70% de su deuda externa a la República Federal Alemana (1953), contraída para las reparaciones resultantes del revanchista Tratado de Versalles (1919) y de haber perdido dos guerras en cuarenta años. Así también, se le exigió a la nueva área de influencia que expulsara a partisanos, radicalizados y comunistas de los “gabinetes de salvación nacional” de las coaliciones políticas emergidas tras la guerra.

El agobio por el aumento en los precios de los alimentos de primera necesidad generaba penurias y requerimientos de racionamiento. Los países europeos procuraban evitar que tales incrementos pudieran afectar una trama social caracterizada por las crisis, el desempleo, la existencia de un mercado negro, la informalidad y la presencia de una delincuencia tolerada en la medida que lograra su objetivo de aprovisionamiento. Ante este complejo cuadro social, sólo los EE. UU. estaban en condiciones de aportar los víveres necesarios, las materias primas y la maquinaria industrial, a lo que se le debiera sumar su ventaja de poseer el 70% de la deuda financiera internacional. Con el ascendiente del modelo soviético y el prestigio ruso de su accionar bélico, con partidos comunistas con enérgica base electoral, dentro de un contexto de estrecheces, penurias y miseria, la duda era cómo se podría producir una devolución de tamaños créditos, ante unas obligaciones de compra de requerimientos ineludibles para sobrevivir.

Frente a este panorama social comprometido, en el encuadre de una demanda de contención al comunismo, se produjo, en marzo de 1947, la firma del Plan Marshall por parte del presidente Harry Truman, que procuraba perfilar su modelo de país bajo las pautas de lo

¹ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* 6, Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1975. La matriz gramsciana del concepto de “americanismo” será desarrollado en extensión dentro del capítulo 1.

que la naciente potencia hegemónica pudiera entender por “pueblos libres”. Con el surgimiento de la República Federal Popular de Yugoslavia (1946) y la lucha armada establecida con la guerrilla griega por medio de una guerra civil (1946-1949), se profundizó la ríspida conflictividad entre el Oeste y el Este, es decir, entre quienes rompieran los acuerdos que, en su nombre, se concretaron en Yalta y Potsdam, debido a la insistencia británica por la restauración de la dinastía monárquica. Ambos conflictos, tanto el de Grecia como el alzado con Josip Broz, el mariscal “Tito”, también ocurrieron similares, en las antípodas, en el extremo oriente con China, y más tarde en Corea y Vietnam, experiencias particulares que se oponían a aceptar acuerdos “marco” ajenos sin que sus protagonistas fueran los directos partícipes.

La contención al progreso comunista se volvió esencial y, para viabilizar su modelo de democracia occidental, los EE. UU. idearon este tipo de esquema político de funcionamiento a través de sus planes de ayuda económica. La progresiva escalada de objetivos que trajo consigo la Guerra Fría permitió superar el aislamiento extremo que poseía la España de Franco, por su colaboracionismo y alineamiento con la propuesta fascista, quien recibió, por fuera del Plan Marshall, unos 800 millones de dólares. Entre 1948 y 1952, el auxilio financiero de los EE. UU. resultó decisivo para reactivar las castigadas economías de posguerra. Desde luego, restándole toda ingenuidad —como se deben observar las “cuestiones” desde el nuevo siglo—, con los planes de masiva ayuda económica sobrevinieron los condicionamientos políticos. La Casa Blanca esperaba que los países europeos —no uno por uno, sino dentro de un concepto global— se subsumieran en una región afín, alineándose de manera fiel para un extenso mediano y largo plazo; para ello, se debían superar las reticencias de Francia al beneficiar con tamaña magnitud a Alemania. De esta manera se lograría subsumir a toda la región dentro de un compromiso de reciprocidad, con una debida participación activa que amortizase tal utilitario alineamiento.

Los demócratas, desde un inicio, asumieron esta movida cual estratégica, pero debían hacerlo dentro de un Congreso con mayoría republicana, cuestión que exigiría realizar esfuerzos de seducción para obtener sus votos y disponer de los fondos. En un principio, el Grand Old Party (GOP) no estuvo de acuerdo. La idea de malgastar semejante proporción del PBI (15%) en países extraños iba en contra de los principios republicanos, que siempre se alinearon bajo su tradicional aislacionismo político. Sin embargo, los comunistas se hicieron del poder en Checoslovaquia (1948), y su crecimiento resultaba notorio. Esta “cuestión” reclamaba respuestas urgentes, no sólo en la siempre peligrosa Italia, sino también en Francia, y en todo aquel lugar donde hubiera malestar y existiese fuerte movilización popular. Así, los EE. UU.

lograron su objetivo estratégico: dividir a Europa bajo una compulsa, que se pudiera presentar “ideológica”, sabiendo instaurar, de una forma natural, un terreno ávido y fértil para plasmar su Programa de Reconstrucción Europea (ERP), Plan Marshall, fundando la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), cimiento del Mercado Común Europeo, futura Unión Europea (UE).

El reclamo para que el Plan Marshall fuese aceptado por todas las naciones europeas afines fue el antecedente para la recuperación de las futuras potencias occidentales que se vieron obligadas a integrarse, cooperando entre sí, para de esta manera obtener así la vital ayuda norteamericana. De este modo, se afianzaron las monedas, ajustadas al acuerdo de Bretton Woods (1944), que supo brindarle al dólar la posición central de convertirse en el patrón universal de las relaciones comerciales internacionales.

El Reino Unido de la Gran Bretaña obtuvo la cuarta parte del Plan de ayuda, y el general Marshall recibió el premio Nobel de la Paz (1953). El alineamiento bajo esta política, superado el inicial marasmo por la crisis económica de posguerra, se hizo sobre la base de los recortes financieros en la ayuda social. No obstante, para ello, se debían continuar bajo los impositivos intereses geoestratégicos de la Guerra Fría, sobre todo desde la creación de la NATO, Organización del Tratado del Atlántico Norte (1949), consorcio belicista aún vigente.

Bajo esta dinámica, Europa Occidental habría de recuperar, en pocos años, un rápido progreso. En breve lapso, supo reconquistar inédita bonanza, engendrando bajo una fórmula original, lo que técnicamente se habría de conocer como “Estado de bienestar”; calculado a partir de las concesiones para redimir a los sectores sociales más castigados, luego de privilegiar, previamente, la creación de vigorosas clases medias, que tendrían la posibilidad de ingresos firmes, estabilidad social y previsibilidad económica. Así se consolidó un “Estado social”, bien diferente del norteamericano: gratuidad en materia de salud, educación y seguridad social, con las debidas garantías de que no se asimilase al sistema soviético. También se brindaron las posibilidades para implementar algo útilmente diferente del modelo norteamericano: la nacionalización de áreas de la economía entendidas estratégicas, con la posibilidad de su manejo soberano. De esta manera, se garantizaba masivo acceso a bienes que, en el pasado, resultaban ser prohibitivos —educación, energía, agua y salud—, lo dicho, lo que aquí se lo ha sabido denominar como “Estado social”.

El objetivo de EE. UU. era poseer una retaguardia asegurada; la potencia hegemónica concedía a Europa un complejo sistema político, con fuerte incidencia social, distinto del

norteamericano, pero que le permitiera servir para contener las demandas en el contexto de la Guerra Fría. Tal sistema político estaba asentado en nociones europeas previas, propias del interregno, con medidas que podrían caracterizarse, de modo genérico, como “socialdemócratas”. En los hechos, no fueron propuestas homogéneas, sino herederas de un régimen político que, luego de la Gran Guerra, superados Bismarck y el Kaiser Guillermo II, se conocieron bajo el común denominador de “democracia social”. Quizás le correspondería una clasificación más técnica, menos “política”, que recibiera esa sistematización más sociológica, la de: “capitalismo organizado” o “capitalismo de organización”. Una fase tardía cuya realización acepta la intervención centralizada del Estado, siempre que se sostenga al capitalismo industrial, en vías a uno posindustrial.

Tal como analizo en esta investigación (en particular, en el capítulo 3), luego de la primera crisis del petróleo (1973), pero más grave con la segunda y con la caída del último rey persa (Sha) Mohammad Reza Pahlavi, en Teherán (1979), este modelo político-social comenzó a dar señales de crisis, lo que más adelante Jürgen Habermas denominó “problemas de legitimación del capitalismo tardío”². A lo largo de la década de los ochenta, comenzaron a hacerse evidentes las señales de agotamiento y el potencial colapso de la Unión Soviética (1989-91). De conjunto con estas transformaciones concesivas, se consolidó una retaguardia segura, que permitió conformar un bloque culturalmente alineado a los “valores” de la potencia hegemónica, “cuadro de situación” que conmovió al escenario de posguerra.

La globalización económica del orbe y el cambio de paradigma tecnológico de la revolución científico-técnica del último cuarto del siglo XX, sumados a la brutal línea estratégica impuesta por la Sociedad Mont Pelerin (1947) —más tarde retóricamente atemperada por un más actualizado discurso del Grupo de los Siete, G-7 (1973)—, implementaron su vital e irreverente pragmatismo, con el *ascenso neoliberal* reaccionario de Ronald Reagan, Margaret Thatcher y el socialcristiano Helmut Kohl. Con su creciente control dentro del sistema de información y comunicación (SIyC), arrinconaron al modelo del *Welfare State* y a las recetas económicas neokeynesianas. Estas instancias de dominación global universales continúan siendo un “factor” capital hasta la fecha. De allí la evidente necesidad de analizar las razones de sustentabilidad y credibilidad que le supieron dar fe al modelo social democrático europeo, que logró erigirse cual paradigma, despertando conjeturada

² Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1973.

consideración y una discreta atracción. Este modelo generalizado suele ser comprendido con una inmoderada rotulación de: “europeo socialdemócrata”. Ahora bien, aquí planteo que no todos sus intérpretes estuvieron alineados a la Segunda Internacional Socialista liberal. Este modelo se asentaba, fundamentalmente, sobre la base de cuatro soportes.

El primer soporte consistió en establecer un régimen fiscal jerarquizado, subordinado al atributo de su progresividad: noción clave para un modelo social que logre consensuar el concepto de “racionalidad” detrás del “valor” de la justicia social. Se trata de la aceptación social del mandato de que los impuestos sean progresivos. Una idea firme, compartida y aceptada de forma masiva por la sociedad civil: a mayores ingresos, más riqueza, es decir, que se posea la obligación moral de pagar los mayores impuestos, con cargas impositivas que pudieran llegar hasta el 70%. Esta forma fue tolerada por todos para financiar abundantes políticas sociales que supieron brindar satisfacción de bienestar a un grueso de la ciudadanía, integrando así, con esta línea, a las clases subalternas.

El segundo, combinado con la primera de las significaciones de “soporte”, aludía al concepto de un Estado fuerte, con dominio soberano, vía una nacionalización de sus recursos y activos estratégicos. Esto implicó un punto clave, al brindar mando en la administración de los recursos propios, desvinculando a su financiamiento interno del sector externo.

El tercero conllevó desimplicarse de la otrora descomedia y costosa carrera armamentista. En esta pugna vertiginosa se habían adentrado las dos potencias hegemónicas al inicio de la Guerra Fría. La ausencia de excesivos gastos militares fue un gran logro, no porque estos países no tuvieran una producción bélica especializada propia, sino porque ya no sería una corrida desenfrenada.

El cuarto soporte residió en una potenciación tecnológica para explotar los recursos naturales por fuera de Europa. Se evitaba, así, un previsible deterioro, un abuso del ecosistema y del medioambiente, cuidando asentar, en territorios comprimidos, un hábitat y vida social razonables. Este último elemento habría de cobrar cada vez mayor vigencia frente a las crecientes posturas ecologistas.

El consentimiento sobre la “democracia social” comenzó a resquebrajarse con el surgimiento del neoliberalismo y el inicial Consenso de Washington (1985). Se establecía que, bajo los principios del Estado de bienestar, los sectores de mayor influencia en la vida social irían sembrando, gradualmente, la idea de una excesiva carga impositiva. La liberalización de

tales montos evitaría una dilapidación monetaria que impedía concretar supuestas inversiones productivas que habrían de retroalimentar el circuito virtuoso del emprendimiento capitalista. En definitiva, que los impuestos eran un obstáculo para el progreso económico, el desarrollo de las fuerzas productivas, las inversiones en ciencia y tecnología e investigación aplicada.

Asimismo, se puso en duda la administración estatal de los activos estratégicos nacionalizados que, según esta ideología, era inútil mantener en manos estatales. Las agencias multilaterales del crédito y la administración de las políticas sociales (Fondo Monetario Internacional —IMF— y Banco Mundial —WB—) emprendieron una cruzada para imponer recortes impositivos. Era insensato sostener en manos del Estado todo lo que pudiera ser privatizado, reivindicando avanzar en la desestatificación para desimplicar el dominio del Estado de sus recursos estratégicos.

De esta manera, se establecía una maniobra de presión sobre los recursos estatales. Privados ya de caudales tributarios, ante posibles costos políticos clientelares, comenzaron a reducir drásticamente sus políticas sociales, generando en los Estados inhibición para un accionar creativo, amén de obligaciones a recurrir al objetivo estratégico habitual financiero: lograr el endeudamiento. Al verse obligado a contraer deuda pública ante los organismos financieros y capitales usurarios, el modelo de organización social para la Guerra Fría, un sistema social parcialmente consensuado y relativamente exitoso, terminó estallado. Todo quedaba a merced de las erráticas manos de la fluctuación y las especulaciones, esclavos de las tasas de interés, bajo las cuales ese Estado fue estrangulado, arrastrado a la impotencia al tener que bajar sus gastos sociales e inversiones financieras.

2. Efectos nocivos en el mundo de hoy

La prosperidad europea de aquellos treinta años —*les Trente Glorieuses*—, al no incurrir en esos gastos militares que hoy la guerra de Ucrania ha vuelto a poner en agenda, computa ahora ingentes sumas en material bélico, dejando fuera, por desconfianza, la seguridad europea en una NATO manejada a control remoto por los EE. UU. Este convite se produjo bajo otro clima social: el de un creciente desaliento, tal como lo supiera advertir el difícil, voluble y enfático presidente Donald Trump, sobre la necesidad de replantearse la coparticipación europea dentro de los gastos militares de la NATO.

En el mundo de hoy la novedosa resegmentación social, la inflación y el implacable proceso de desigualación, con un salario real a la baja, provocan malestar, con un alejamiento

del inicial consenso brindado a la globalización capitalista y a las políticas neoliberales. Ellas potencian un estado de ánimo de cansancio, decaimiento y extenuación, en sociedades crecientemente complejas y opacas, con una vida política poco transparente, en las que no hay satisfacción a sus demandas. De allí que se vaya constituyendo, de forma similar, aunque distinta a las experiencias de los años treinta, un evidente giro a la derecha en las sociedades, y que el mismo neoliberalismo necesite asociarse a posfascistas que le asistan. Si a este “cuadro de situación” se le suman todas las vulnerabilidades sociales que trajo consigo la pandemia, y también la geopolítica guerra de Ucrania, el panorama se presenta más que complicado.

De la noche a la mañana, un tema hasta no hace mucho de agenda menor exigió su apresurada revisión en los presupuestos para un aumento de los gastos militares, pero, ahora, bajo otra mirada, ya no de bloque, sino de una lectura dentro de los parámetros de intereses singulares bajo una *visión* que vuelve a los patrones de la defensa nacional. Europa Occidental, otrora verdadero pilar mundial del modelo del Estado social, con inversiones de sus empresas en recursos naturales en todo el orbe, advierte la crisis y la potencial disolución de la UE por el forzoso y abrupto giro en materia de financiamiento, producto de la industriosa capacidad productiva del sudeste asiático y la potencial derrota que trajo consigo “la ruta de la seda”, ahora también en el sudeste asiático. Se trata de una Europa severamente amenazada, no por los riesgos de competitividad con países tercermundistas que les brindan los señalados copiosos dividendos, sino por la reacción de esos países periféricos, que rivalizan con la amenaza de la propia explotación de sus locales recursos nacionales, ahora financiados por China.

Habida cuenta de la perceptible decadencia de la potencia hegemónica, todos los países europeos examinan sus hipótesis de conflicto. Vulnerabilidades e inconsecuencias en sus posibilidades de sostener un rumbo firme al destino, no sólo del mundo, sino siquiera del capitalismo. Este cuadro de inestabilidad lleva a que las potencias europeas decidan aumentar sus gastos militares y contribuciones para fortalecer la NATO. Sin embargo, con los temores y las amenazas que se vislumbran, todo aquel universo previsible y seguro ha caído en saco roto. Tan sólo piénsese que, si Alemania cumpliera su objetivo de instrumentar el 2% de su presupuesto en armamentos, se habría de convertir, en un abrir y cerrar de ojos, en la cuarta potencia militar del mundo, verificando la vieja predicción de Stalin sobre su inexorable potencialidad militarista. Como resulta obvio, esta prioridad en materia de inversiones menoscaba aquello que caractericé como Estado social, en detrimento de planes en materia de

educación, salud pública, equipamiento, infraestructura, esto es: un mayor potencial de crisis y *breakdown* del Estado social.

Las transformaciones producidas en el mundo de hoy, sobre todo a partir de la segunda posguerra —y, mucho más, tras la caída del Muro—, son inconmensurables. Peor todavía, sustanciales, capitales y esenciales. Poseen el peculiar atributo de pasar inadvertidas, dada la fragmentación en la vida social contemporánea, con severas dificultades para calibrar niveles de incidencia e impacto. Al analizar el estado del arte de los campos de influencia, en particular la semiopolítica —esa sociología política del conocimiento para la sociedad de masas—, se poseen variados soportes, dos esenciales. El primero, recuperar una lectura crítica y reflexiva, hermenéutica, de una sociología política; el segundo, la sociosemiótica. Con esta perspectiva teórica, sugiero la necesidad de una relectura instrumental de una operativa teoría de la ideología que permita implicar a la elaboración semiopolítica. Apunto a una *visión* diferencial, integral, global.

Tras la caída del Muro, esta cotidianeidad teórica se radicalizó hasta transfigurarse en creciente y firme modificación de la *vida cotidiana*, y todo ello ocurrió por debajo de los señalados tres ejes núcleo —bien distintos de aquel sustantivismo ideológico-doctrinario que constituyó el concepto de la Europa Occidental inicial, aquel apocado noroeste del viejo continente, cual si fuera un “bloque”—: 1) la globalización económico-social; 2) la primacía de la *cosmovisión* neoliberal, asentada en la previamente cimentada pavimentación del americanismo cual modelante social; y 3) la denominada revolución científico-técnica de la “era de la información”, “del conocimiento”, con su “cuestión” tecnológica, subsumidas dentro de lo que el filósofo surcoreano alemán, Byung-Chul Han, caracteriza de “infocracia”³, el nuevo régimen de la información que condiciona a las subjetividades.

Este concepto señala las consecuencias que trae consigo “la era digital”, que arrastra hacia una grave crisis estructural, y conlleva el debilitamiento de sus supuestos y de los “valores” básicos del régimen democrático. Me refiero, espacialmente, a la novedosa realidad de una nueva implicación en la posesión y el control de las centrales “situaciones” sustantivas estructurales en materia de las condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento. Ese régimen de la información genera un indiscriminable frenesí de datos e informaciones, en el que prima un categórico dominio por sobre cualquier Verdad alternativa,

³ Byung-Chul Han, *Infocracia: La digitalización y la crisis de la democracia*, Buenos Aires, Taurus, 2022.

sometiendo, bajo el draconiano mandato del algoritmo y la inteligencia artificial, a una radical transformación de lo que hasta ahora se entendiera por *vida cotidiana*.

Este complejísimo “cuadro de situación” es tan desatendido como omitido, con una peligrosa “naturalización”⁴ de los terrenos conquistados, invisibilizados por el decurso del día a día. Así deja de advertirse, con extendida propensión, su habitualidad en las actividades; mejor dicho, se desalienta a que pueda establecerse una metódica debida reflexión y un registro sobre tales transformaciones, de lo que los estudios de las mediatizaciones señalan como “vidas mediáticas”⁵. Las vidas mediáticas están arraigadas a una rutinización acrítica, irreflexiva que, de forma crédula, confiada, sin prudencias, resulta principio de realidad para no especialistas, “gran público” y neófitos, cuando no una asunción militante de quedar atrapados en la seducción que causa su captura “ideológica” y para aquellos otros asimilados, convencidos, estudiosos y especialistas.

También florece la propensión y debilidad a la mecanización de las acciones. La desequilibrada ritualización de los consumos nos atrapa en secuencias discursivas que estimulan, imprudentes, la rutinización de las prácticas sociales que llevan a una pérdida de discreción en los aspectos formales. Ellas, sumadas a la avasallante expansión de las plataformas, soportes, medios, canales, términos y conceptos —cada una con sus lógicas—, sobredimensionan de manera ficcional, antes que brindar transparencia, criterio, lucidez y perspectiva. Advierto que a esto se suma la peligrosa actitud en analistas y estudiosos que se desimplican de una reflexión epistemológica que permita la debida categorización racional de sus Verdades. Es sabido que la seriedad y rigurosidad en la articulación entre los distintos saberes favorece un orden teórico-conceptual con una debida prelación. Por el contrario, lo que prevalece es el economicismo teórico, la fetichización tecnológica, una fútil obnubilación que fomenta el consumo acrítico de valores de uso y mercancías. Esto nos arrastra, de modo inevitable, hacia el deterioro volitivo y a una ingenuidad admirativa frente a lo novedoso.

Tal obcecación resulta inocultable, de difícil reversión, dentro de lo que se pudiera caracterizar mecánico modelante social, induciendo a reflatar las definiciones de aquella época de retórica rebelde. De aquel pasado crítico, de aquellas rotulaciones fuertes como “sociedad

⁴ Josep-Vicent Marqués, *No es natural. Para una sociología de la vida cotidiana*, Cap. 1: “Casi todo podría ser de otra manera”, Barcelona, Anagrama, 1982, p. 11.

⁵ José Luis Fernández, *Vidas mediáticas. Entre lo masivo y lo individual*, Buenos Aires, La Crujía/ Inclusiones, 2021.

opulenta”, “de masas”, “de consumo” —hasta el marcuseano concepto de “hombre unidimensional”⁶— abriendo una valiente serie de denuncias de sus tendencias alienantes, deshumanizantes, esquizoides que, bajo las actuales directrices, tienden a la bipolaridad y a la dicotomización facilista. Esta “apraxia social” tiene como resultado una fuerte sensación de ajenidad para quienes adscriban a los fuertes “valores” de otras épocas del mundo; acriticidad y sensualismo táctico para las generaciones más jóvenes; difusa sensación de insuficiencia, esa de vivir de prestado en un mundo exento, donde no caben intervenciones plenas, invocando “valores” que impiden toda integración, para transformarlos en mera “participación ceremonial” —noción desarrollada por Juan Linz—, sin posibilidad alguna de llegar a incidir en una viable transformación⁷.

3. El valor de la lectura semiopolítica: propuesta teórica y definición

La semiopolítica del americanismo intenta desentrañar —desde una perspectiva asentada en una nítida tradición, la de la *filosofía de la praxis*— a todo aquello que hábilmente se busca soslayar, cuando no ocultar: el sistémico *breakdown* integral del mundo de hoy. Aquella politológica linziana noción de “derrumbe” se completa con su circunscripción y renunciamento, que desnuda lo restringido de una realidad académica sin potencial analítico, una desactualizada sociología del conocimiento, o una sociología política adocenada, restringida, agónica, o incluso el desplome de lo que supo ser la teoría crítica de la ideología.

Aquí se procura establecer una guía que facilite un tránsito ordenado por el trabajo. El mismo debiera ser entendido cual una contribución para que el lector encuentre una serie de intervenciones propias dentro del campo que se le puede entender como sociosemiótico bajo la lupa de una sociología política del conocimiento, en esta exposición bautizada semiopolítica. El aporte central de este estudio es brindar una reflexión teórica que visibilice una serie de acontecimientos que, bajo otras ópticas, suelen pasar desapercibidos cuando no, sostenidos por evidentes procedimientos comunicacionales específicos, abiertamente soslayados.

⁶ Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, España, Austral, 2016 (1964).

⁷ Juan J. Linz (1926-2013) fue sociólogo y profesor español de Ciencia Política, acreditado en la Universidad de Yale. Desde un inicio, junto con Alfred Stepan (1978), desarrolló un concepto clave para esta investigación: el de *breakdown*, en *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, traducido al español: *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 2021 (1987). Otra de sus temáticas privilegiadas fue su *teoría de la democracia*, en la que también realiza una comparación analítica entre totalitarismo y autoritarismo, entre otros conceptos, a partir de su noción de “participación ceremonial”, uno de los peligros propios de los regímenes presidencialistas, *Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

El trabajo abarca dos dimensiones. La primera, práctica analítico-reflexiva, se atiene a las “marcas” y “huellas” significantes para una reflexión teórica sobre cómo operan los mecanismos de significación social. La segunda, con un propósito netamente empírico, avanza sobre las distintas intervenciones realizadas por el americanismo develando sus grados de incidencia semiopolítica en las construcciones de sentido del mundo de hoy. Para ello, abordo las operaciones de activación de “memorias” y posibilidades de “registro” de una serie de acontecimientos para obtener su ventaja en distintos episodios de lo histórico.

En sentido estricto, estudio una matriz discursiva que genera y concreta su propósito, desde la fundante referencia conceptual veroniana de condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento, en relación con el impacto que tuvo aquel trabajo inicial de “semiosis de lo ideológico y el poder”⁸. El trabajo está influido por aproximaciones asociadas al marxismo y al psicoanálisis, acercamientos que colaboran en revelar uno de los objetivos centrales de la perspectiva semiopolítica: develar la trama oculta del americanismo.

Las matrices de producción y circulación de las discursividades dominantes y alternativas se expresan en los sociolectos en los que se cristalizan, así como también inciden en los cuadros de situación que articulan sus matrices semióticas. En este estudio procuro desmontar los procesos de naturalización que los muestran *verosímiles*: léxicos, disonancias, regímenes axiológicos que se desplazan para ejercer en la *vida cotidiana* presión, manipulación y violencia *real*. Sus distintas temporalidades activan las diferencias imaginarias, sus variaciones en los posicionamientos a partir de los cambios de “situaciones” en el devenir del tiempo y las temporalidades. Desde las ciencias del lenguaje, ha emergido la glotopolítica, surgida de la matriz lingüística, que, desde otro *corpus*, realiza una tarea afín⁹.

La idea de la disertación es establecer esa relectura política de tales acontecimientos, la mayoría de dominio público, ajustados a relevar sus omisiones de conformidad a las relaciones de poder existentes, modificadas tanto por las “relaciones de fuerza” tácticas como por la propia

⁸ Eliseo Verón, *La semiosis social 2: Ideas, movimientos, interpretantes*, Buenos Aires, Paidós, 2013.

⁹ Elvira Narvaja de Arnoux y José del Valle, “Políticas del área idiomática panhispánica: Ideología y coyuntura política en los Congresos Internacionales de la Lengua Española”, mimeo, 2020: “En la actualidad, consideramos, en términos amplios, la Glotopolítica como el estudio de la dimensión semiótica de los procesos políticos (lo que lleva a considerar, entre otros, los variados modos de discursividad política) y la dimensión política de los procesos semióticos (como podrían ser los derivados del ejercicio de la inteligencia artificial). Focalizamos las intervenciones en el espacio del lenguaje y las ideologías que activan o sobre las que inciden, asociándolas con posiciones sociales y modos de participar en la reproducción, cuestionamiento o transformación de entidades políticas, relaciones sociales y estructuras de poder tanto en el ámbito local o nacional como regional o planetario”.

variación de los tiempos. Esta “construcción” debe abarcar el estudio de su evolución y los soportes debidamente circunstanciados, no sólo respecto de actores sociales y sujetos políticos, sino también de sus planos filosóficos epocales. La clave es indagar el progreso dispar y asimétrico en sus potenciales de conocimiento y de reconocimiento, así como el rezago en las “concepciones de mundo”, ergo, “de la vida”, vale decir, las visiones sometidas a ese concepto extenso de la gramsciana noción de “ideología”. Por lo tanto, con otra acepción más incisiva, concibo una continuidad plena de una reconfigurada y obligada sana extensión de “la política” y de los “supuestos” que la nutren, no sólo sobre cómo se pudieran soslayar con omisiones, sino también acerca de los aspectos esenciales que habrían de materializarse en logros plenos, a partir de una eficiente *construcción hegemónica* que sólo la mirada diacrónica permite abarcar a lo largo de más de tres cuartos de siglo.

Esta lectura semiopolítica es desplegada brindando planos teóricos y conceptuales, para visualizar el alejamiento de los “supuestos” del poder político, como acción de transformación ciudadana, articulando de otra manera sociedad civil y sociedad política. Todo se ha sustituido con una construcción política e institucional emergida desde la segunda posguerra que, recurriendo a la señera figura que promovieron las instancias de la inteligencia norteamericana en Santa Fe I (1980), preanunció el accionar estratégico aquí profetizado por el inicial *neoliberalismo reaccionario*. Liderado por Ronald Reagan, esta cosmovisión brindó fundamento a su política hemisférica, sabiendo expiar a Antonio Gramsci y su concepto de americanismo, tal como desarrollo en el capítulo 1 al definir su genética matriz.

Semiopolítica es, entonces, una sociología política del conocimiento para la sociedad de masas que anexa dos grandes planos. Por un lado, el hermenéutico pretende estudiar aspectos que hacen a una rescatada sociología política crítica, para confluir en una lectura de una reflatada sociología política del conocimiento para la sociedad de masas, que indague los porqués de tan indudable efectividad en el accionar político, con un acendrado proceso, nunca bien relevado, lo que entiendo como una creciente *militarización* de la política. Como predijo el dramaturgo Esquilo: “La verdad es la primera víctima de la guerra”. Este mundo de hoy se encuentra absorbido por una ceguera de intereses creados, que validan la existencia latente de una vedada e irreconocible *guerra civil fría*, tal como procuro demostrar en las consideraciones finales. Esta política, inadvertida para el común de la gente —y más grave aún, para varios académicos, intelectuales y estudiosos—, soslaya la creciente influencia forcluida de los aparatos de Estado, servicios de inteligencia y del accionar del concepto denominado

dispositivo comunicacional negativo (DCN). Tal dispositivo crea un estado de vulnerabilidad e indefensión con su incidencia en los procesos de información y comunicación sociales.

Por otro lado, el segundo plano de incidencia para el análisis semiopolítico deviene de una perspectiva que procura cimentar un equilibrio de lo que, en las Ciencias Humanas y Sociales (CHyS), se denomina plano *meso*, que conjuga dimensiones *macro* y *micro*, entre lo masivo y lo individual.¹⁰ Para relevar satisfacción a esta línea de trabajo, procuro llevarla a un primer plano, que implique alejarse de un propenso neutralismo tecnocrático, para volver a la primigenia postura de Eliseo Verón, quien, en su “semiosis de lo ideológico y del poder”, advierte la importancia de saber indagar las “marcas” que permitan descubrir esas “huellas” que en todo texto deben rastrearse para sonsacarles recónditas u obvias condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento de la vida social¹¹. Aquí aliento una idea según la cual la sociosemiótica genere evidencia para la concreción de una perspectiva semiopolítica, amén de rescatar los aportes de Verón para que sean un vivo instrumento de transformación, y no sólo un externo, pasivo y ajeno marco teórico.

No se puede abordar un texto de manera interesante sin movilizar innumerables percepciones, informaciones, hipótesis y conceptos “extratextuales”, sin los cuales ni siquiera se podría justificar por qué se está analizando ese texto y no otro (...) Lo interesante no es nunca el texto en cuanto tal, sino las marcas de la semiosis de la cual es portador, semiosis que siempre, necesariamente, trasciende el discurso que se están analizando en un momento dado.¹²

Para este diagnóstico crítico, utilizo el concepto “mundo de hoy” del pakistaní Tariq Alí, encaminado a estudiar las inadvertidas y crecientemente ascendentes desigualdades, discriminaciones raciales y sociales, en un regreso a las condiciones de los llamados neo- y posfascismos. Ese novedoso tránsito de una derecha global a una crecientemente reaccionaria se denomina “reconquista autoritaria”¹³, que, de manera inexorable, ocupa espacios ante la evidente impotencia de las democracias rituales, formalistas e institucionales, vaciadas ya de contenidos políticos y sociales para la transformación de sus sociedades. El crecimiento de las

¹⁰ José Luis Fernández, *Vidas mediáticas. Entre lo masivo y lo individual*, ob. cit.

¹¹ Eliseo Verón, *La semiosis social 2*, ob. cit.

¹² *Ibíd.*, p. 105. También véase: “Es la secuencia de fenómenos mediáticos históricos que resultan de determinadas materializaciones de la semiosis, obtenidas por procedimientos técnicos” (p. 147). “Tenemos un fenómeno mediático sólo a partir del momento en que los signos poseen, en algún grado, las propiedades de autonomía tanto respecto de la fuente como del destino, y de persistencia en el tiempo. La materialidad que hace posible la autonomía y la persistencia de los signos necesita la intervención de operaciones técnicas, más o menos complejas, y la fabricación de un soporte” (pp. 145-46).

¹³ Ariel Goldstein, *La reconquista autoritaria: Cómo la derecha global amenaza la democracia en América Latina*, Buenos Aires, Marea Editorial, Historia Urgente, 2022.

sensaciones “anti-política” nunca ha estado tan presente en las vidas reales de las sociedades contemporáneas, para no hablar sólo de Latinoamérica. Esta condición se intensifica bajo el contexto de irreversibilidad e impotencia que trajo consigo la pandemia y la desigualación del acceso a los poderes de decisión, tecnología y satisfacción de los recursos básicos para la vida en sociedad. En este trabajo presto especial atención al modelo económico-social, al papel de la ciencia y a la impotencia en la protección de los más necesitados.

4. Validez de la investigación y organización de los capítulos

El presente trabajo avanza en un debate sentido, cuya fecundidad debiera hacer pensar sobre las irracionales causas que provocan tamaña gravedad con sus omisiones. La evaporación de las álgidas temáticas centrales, la deformación en las conceptualizaciones y los marcos teóricos soslayados exigen materializar alternativas económicas, políticas, culturales y sociales, que se inscriban en un nuevo modelo civilizatorio para la sociedad mundial. Sólo así podrán zanjarse las irreconciliables asimetrías, refloatar *la cuestión ideológica* y realizar este discreto y modesto aporte de la semiopolítica, esa sociología política del conocimiento que permita estudiar cómo impactan las culturas en la sociedad de masas.

El objetivo estratégico es establecer miedo, incertidumbre, temor. Una época en la que, escamoteado, retaceado —en muchas “posiciones” ocultado, en otras restituido—, se avanza con esas expresiones que orillan a esa amenazante derecha global, pero en definido tránsito hacia una derecha reaccionaria. En el Norte condenan, desde sus prejuicios racionalistas liberales, los “populismos de derecha”. Desde el Sur se los ve diferentes, no sólo por el enjuiciamiento crítico del pensamiento de Ernesto Laclau¹⁴. Irreversiblemente, se transmite una comunicación que apunta a aumentar depresión y vida neurótica, ese resultado inexorable del narcicismo que estimula el régimen de la información con su *dataísmo* que, infalible, ha de llevar a la percepción de un capitalismo incierto, pero sí único y totalizante.

¹⁴ Ernesto Laclau (1935-2014), filósofo, teórico político y creador del posmarxismo, graduado de la carrera de Historia de la Universidad de Buenos Aires (1964). Se doctoró y fue profesor e investigador, así como director del programa de Ideología y Análisis del Discurso y del Centro de Estudios Teóricos de las Humanidades y las Ciencias Sociales, de la Universidad de Essex, Inglaterra, doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires, Universidad nacional de Rosario, Universidad Católica de Córdoba, Universidad Nacional de San Juan y Universidad Nacional de Córdoba. Fue, además, director de la revista *Debates y Combates*. Entre sus obras consulares se encuentra, junto a su compañera, la politóloga belga Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista* (1987). También escribió, en línea de trabajo con esta investigación, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo* (1978), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), *Emancipación y diferencia* (1996), *Misticismo, retórica y política* (2002) y *La razón populista* (2005).

En esta suma de coyunturas críticas constantes, como en su momento se predijo con sus crisis cíclicas permanentes, estables y manipulables, el miedo resulta ser ese síntoma esencial para generar la procurada incertidumbre y la ausencia de destino. Se trata de sembrar la idea de una privación de todo futuro cierto y la creciente desconfianza en las instituciones democráticas, partidos políticos tradicionales y elites gobernantes, en definitiva, de “la política” como instrumento de transformación social. Se atenta contra cualquier buena fe, se alimenta la desagregación social, la incomunicación viva, esa inducida impresión de sentirse “arrojado del mundo”, que ya no se posee seguridad alguna, ni resguardo en quien confiar, amén de no sentirse representados ni de creer en nadie. Pero, a su vez, ello no resulta ser un procedente de la casualidad. Se tiene la impresión de que tal desolación es parte de un emergente de una sumatoria de experiencias vivenciales propias, orgánicas, alimentadas. Es un producto socialmente inducido por análogas experiencias comunes; no es una elaboración del aislamiento psíquico individual, sino el resultado de una mortificación permanente, instigada por la presión de un azuzado desarraigo y de alimentar la incapacidad de una *visión* del conjunto: la totalidad.

Ante esta ausencia de “paz interior”, la vida resulta ser una cosa ajena, desoladora, desértica, extraña, que instiga al remordimiento por la constante inconclusión de sus vivencias, la desolación del aislamiento dentro del universo laboral, las trabas de comunicar intimidad en las relaciones, tanto amorosas como personales y amicales. La soledad de vernos solos frente a animosos universos *tecnológicos*¹⁵, autonomizados, que no se sabe bien quién los maneja. Así, nos encontramos alejados de aquellos vigorosos conceptos enaltecedores de *ciudadanía*, aquellos asumidos cual distintiva dentro de la esfera política propia de la revolución democrática. Esa sensación de “reificación”, de esa cosificación desde el “afuera” para el “adentro”, no brinda posibilidad alguna de “identidad” propia indemne, añorando mistificados universos culturales reparadores de un pasado remoto, desajustado de toda vigencia para cualquier vivencia actual¹⁶.

¹⁵ Utilizo la referencia del filósofo y estudioso de la comunicación canadiense Marshall McLuhan (1911- 1980), filósofo y sociólogo de la comunicación canadiense, quien predijo el inicio de “la era tecnológica”, veinte años antes de que se produjera la expansión de la telemática, informática y demás, con conceptos iluminadores para aquellos tiempos: “la aldea global”, “el medio es el mensaje”, por el novedoso lugar que habrían de ocupar los medios televisivos. También fue creador de una noción de “dispositivo” diferente a las acepciones de Michel Foucault y Oscar Traversa. Tuve la oportunidad de acercarme a su pensamiento a través de intensas charlas con el amigo sociólogo Eduardo Vizer, especialista sobre Comunicación y Socioanálisis y creador de la carrera de Comunicación Social en la UBA, quien reconocía a McLuhan como mentor de sus trabajos.

¹⁶ Sobre el concepto de “reificación”, ver el estudio pionero de György Lukács, *Historia y conciencia de clase. Estudios sobre dialéctica marxista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021 (1923), noción actualizado por Axel Honneth, *Reificación: Un estudio en la teoría del reconocimiento*, Buenos Aires, Katz, reimp., 2012 (2005).

Esta obra organiza un rompecabezas discursivo sobre la incidencia de la semiopolítica del americanismo en el mundo de hoy. Tal pieza para armar procura una noción de “totalidad” que permita asimilar los cambios producidos a partir del desarrollo del capitalismo digital y la sociedad del rendimiento, y de cómo tal carácter ficcional y ficticio impide dicha acabada noción de “totalidad”. Los ciclos contemporáneos de la vida capitalista se pueden caracterizar de este modo: la primacía del Imperio inglés, con su capitalismo liberal colonialista (de 1880 a 1930); el capitalismo organizado (de 1930 a 1970), con el gradual surgimiento del capitalismo de Estado, el keynesianismo y el *Welfare State* de posguerra; contra el ciclo nacido a partir de 1980, con la mistificadora primacía del mercado neoliberal y su optimismo en la globalización. A partir de 1989-1991, se acentúa un universo unipolar, mientras que hoy, tras aquella expectativa en el “siglo americano”, se percibe tanto el crepúsculo del ciclo neoliberal chico como también del ciclo hegemónico norteamericano grande, nacido a la salida de la Gran Guerra, y consolidado con Bretton Woods y la caída del Muro.

En el mundo de hoy se observa la necesidad de un cambio en el modelo de acumulación, debido a un aumento en la entropía global. Esto se explica por una serie de transformaciones a partir de una *crisis* en las fuentes de legitimación del régimen social, y también por innovaciones en sus soportes tecnológicos y una variación en la distribución de la riqueza, amén de una *crisis* en los dominios del orden subjetivo de las personas. Languidece una etapa que se acaba, sin que emerja, tal como Gramsci presagió con su concepto de “Interregno”, un tiempo liminar que vaticina la necesidad de urgentes cambios de los cuales el *poder real* reniega.

Emerge, así, la necesidad de un nuevo modelo de acumulación que no aparece, al menos de modo notorio. Tal “situación” provoca un desasosiego generalizado, una multiplicidad de desagregados “posicionamientos”, acicateados por intereses regionales, locales, sectoriales y corporativos, porque nada se presenta patente frente a un tiempo avaro y egoísta bajo la hegemonía neoliberal. Las sociedades ya no creen en lo que creían, con una *visión* ausente de destino, de falta de perspectivas, sin expectativas ni tolerancia. Lo que sí se intuye con esta lectura semiopolítica es la ausencia en la posibilidad de vigencia de los “supuestos” de unos Imperios envejecidos, del crepúsculo de los viejos dioses y de las certidumbres que hasta hace poco confortaban.

La memoria procura, con esta Introducción, construir otra “imagen” del Occidente. De cómo se sobrepusieron de las sucesivas *crisis* capitalistas del siglo XX y de las consecuencias de tales superaciones, muchas de ellas forzadas: las crisis del petróleo y de las transformaciones

con la universalización de los consumos, los mercados y la producción, el cambio de paradigma tecnológico, la revolución científica y técnica, y la inadvertida desconexión del “sentido” de la historia. Estos temas son tratados desde el capítulo 3, al abordar el pasaje desde el Estado social hacia el *ascenso neoliberal* tardocapitalista.

Tales condiciones generan un perceptible escepticismo difuso que vacía y aturde, volviendo todo a ser un “eterno presente”, “presentismo” o “presente continuo”. La parálisis del tiempo predictivo, aquel que preanuncia la inexistencia de un mañana, la desaparición del tiempo social y la no existencia de metas, destinos ni reivindicaciones. Tal “situación” sabe provocar un estructural desasosiego global a partir de una hegemonía desgastada. Ello se verá con sus instrumentaciones psicopolíticas desarrolladas en el capítulo 2. Allí indago la génesis del *supremacismo* WASP, del porqué de la teoría del “destino manifiesto”, la crisis de su discurso de posguerra y de las condiciones que permitieron el ascenso neoliberal. Esta base sirve, luego, para comprender el desarrollo del capítulo 6, donde abordo el tránsito del neoliberalismo reaccionario al progresista, con su indisoluble articulación dentro de una semiopolítica del americanismo, la Ley Patriótica, el papel de la represión policial, las cárceles supernumerarias y la industria penitenciaria, el vacío de *representación político y social* que permite el arribo de Donald Trump, Charlottesville, Minneapolis, entre otros fenómenos, como se preanuncia en el capítulo 4. Por último, el capítulo 7 trata sobre la latencia de una *social guerra fría*, el significado del 6 de enero con el asalto al Capitolio de los EE. UU. y cómo surge QAnon, una de las principales teorías conspirativas de la extrema derecha estadounidense.

Este rompecabezas discursivo señala que “todo tiene que ver con todo” y que se le debe procurar “sentido” a partir de una lectura que supere los prejuicios y coloque una lupa a todos aquellos hechos y acontecimientos que hasta no hace mucho se los pudieran considerar como nimios. La lectura semiopolítica muestra cómo ellos inciden en las *prácticas sociales* y en las condiciones de producción, circulación y reconocimiento de *lo ideológico*, sobredeterminando subjetividades al imponerse bajo sus relaciones de *poder*¹⁷.

¹⁷ Desde el enfoque de la glotopolítica, Elvira Narvaja de Arnoux lo plantea en los siguientes términos: “De allí el interés por el análisis de la articulación de los textos con sus condiciones de producción y de circulación. No abordamos los instrumentos lingüísticos primariamente por su posible ubicación en una Historia de la Lingüística o, incluso, en una más amplia Historia de las Ideas sobre el Lenguaje, sino por su inscripción en los procesos históricos y en especial en lo que corresponde a su dimensión política”. Elvira Narvaja de Arnoux, “La perspectiva glotopolítica en el estudio de los instrumentos lingüísticos: Aspectos teóricos y metodológicos”, *Matraga*, Rio de Janeiro, vol. 23, n° 38, jan/jun. 2016, p. 21.

OBSERVACIONES METODOLÓGICAS Y EPISTEMOLÓGICAS

“El error del intelectual consiste en creer que se puede conocer sin comprender y, sobre todo, sin sentir y estar enamorado (no sólo del conocimiento mismo, sino también del objeto del conocimiento), es decir, en creer que se puede ser un intelectual (y no un mero pedante) aun cuando sea distinto y desprendido del pueblo-nación, esto es, sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprenderlas y, por lo tanto, explicarlas y justificarlas en una situación histórica dada, así como relacionándolas dialécticamente con las leyes de la historia, con una concepción superior del mundo, elaborada científica y coherentemente, con el ‘saber’; no se puede hacer historia sin esta pasión, es decir, sin esta conexión sentimental entre intelectuales y pueblo-nación”
Antonio Gramsci

Esta publicación tiene una orientación cualitativa sobre la base del análisis del discurso asumido con un enfoque sociológico político y sociosemiótico, intermediado por la sociología del conocimiento y la teoría crítica de la ideología, vale decir, a partir de un enfoque interdisciplinario, siguiendo la propuesta de Elvira Narvaja de Arnoux¹⁸. El propósito es desentrañar las subyacencias de los procesos de producción de sentido en las manifestaciones políticas de su “sentido común” u originarias de las interacciones discursivas influidas por el dispositivo comunicacional negativo (DCN) del sistema de información y comunicación (SIyC) hegemónico.

Invito a plasmar lecturas que permitan la construcción y consolidación conceptual de la noción de semiopolítica, introducida al interior de la actual sociedad de masas para una época caracterizada por la primacía del neoliberalismo, la globalización tardocapitalista y la revolución científica y técnica, con una reconversión tecnológica bajo la primacía del régimen de la información dentro de los intercambios discursivos. Abrevo en un esquema analítico-descriptivo de matriz interpretativa: teoría de la ideología, sociología política, sociosemiótica, teoría del discurso, sociología histórica, ciencia de la comunicación, psicoanálisis, filosofía y de toda aquella disciplina que aporte para reinterpretar los discursos instituidos, aquellos establecidos sobre la base de afirmativas lecturas asentadas en acontecimientos nucleares que supieron cobrar incidencia sobre el conocimiento y la cultura de la sociedad de masas.

¹⁸ “Partimos de considerar al analista del discurso como un profesional que debe ser capaz de saber articular saberes provenientes del campo en el cual el discurso ha sido producido con los conocimientos elaborados por las ciencias del lenguaje. En el recorrido interpretativo debe reconocer determinadas marcas discursivas como indicios a partir de los cuales formula hipótesis, en relación con un problema que se ha planteado (...). Si bien lo interdisciplinario es constitutivo del análisis, los modos de abordarlo y el alcance que se le dé difieren según las distintas posiciones teóricas”. Elvira Narvaja de Arnoux, *Análisis del discurso: Modos de abordar materiales de archivo*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2006, p. 13. De la misma autora, *Diccionario de análisis del discurso. Bajo la dirección de Patrick Charaudeau y Dominique Maingueneau*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005.

El *corpus* se delimita desde el “mundo de hoy” (grueso del siglo XX corto y del XXI al presente) hasta el intento de toma del Capitolio y las elecciones intermedias en los EE. UU. de América (2022). Me valgo de datos estadísticos, información de fuentes, artículos periodísticos, análisis producidos por informantes clave, estadistas y estudiosos sobre temáticas pertinentes. En suma, el objetivo es analizar todo material que permita confrontar resultados para comprender cómo se inviste “la construcción social de la realidad”, la “opinión pública”, el “sentido común” y demás “componentes” del mundo de hoy, bajo los intereses creados subyacentes para tamizar *modos* sobre cómo se han constituido las realidades y tendencias, de cómo se generan estereotipos de sentido sobre y dentro de ellos.

Para alcanzar este objetivo, he efectuado algunas observaciones preliminares sobre la naturaleza epistemológica de la Verdad que, como *a priori*, se la establece cual “supuesto”. ¿Cómo se procura plasmar la construcción de un tipo de Verdad? ¿Bajo qué “supuestos” —lo más coherentes y rigurosos posibles— se someten sus juicios a nítidos y transparentes criterios de selección, intentando que se entienda a una nueva realidad histórica, política y social mundial, generada por las ya señaladas múltiples mutaciones cuali-cuantitativas de este *cambio de época*?

Dado que dicha nueva realidad se ha impuesto, la metodología para abordarla exige de otros criterios para establecer encuadres y enfoques con componentes de difícil resolución a los ya históricos graves problemas epistemológicos que supieron tener las Ciencias Humanas y Sociales (CHyS). A las cuestiones debatidas *ad infinitum* sobre “objetividad” y “subjetividad”, se suman las exigencias de positividad, empiria, práctica teórica y práctica política. La sociología reflexiva de Alvin Gouldner plantea el “conocimiento como información” en desmedro del, para él verdadero, “conocimiento como conciencia”¹⁹. Las éticas observaciones habermasianas postulan la teoría de la acción comunicativa y los niveles de incidencia dentro de la nueva realidad mediática. Las macluheanas predicciones de “aldea global” y de que el “medio es el mensaje” preanunciaron estas poco asimilables complejidades, sin prever acabadamente sus impactos, magnitudes y las consecuencias sociales, políticas e ideológicas que, una vez consolidada la transformación massmediática, tendrían sobre la realidad emergente. Tal como lo aseveró Eliseo Verón, “... comporta una mutación en las condiciones

¹⁹ Alvin W. Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1969.

de acceso de los actores individuales a la discursividad mediática, produciendo transformaciones inéditas en las condiciones de circulación”²⁰.

Es cierto que eran difíciles de prever las consecuencias que, para una inmensa mayoría, resultan ser no sólo irrelevantes sino, las más de las veces, inobservables. Aún existe abierta disparidad y restricciones acerca de los verdaderos alcances de “la era digital”, el impacto que ha tenido la revolución científica y técnica con su multiplicidad cuali-cuantitativa diversificada de elaboraciones y producciones, que han sabido agudizar las graves tendencias previas a la opacidad comunicativa e instrumentación del crecientemente concentrado y monopolístico SIyC mundial. De allí que hablar de un esquema analítico interpretativo resulte liviano, sin la debida prevención de lo que se entiende por sinceridad en la actividad científica e intelectual. Ese gramsciano “vivir entre piedras”, tan propio de su Cerdeña natal —y por qué no de una Argentina—, exige otro tipo de acercamiento a la Verdad.

De este modo, emerge otro drama de las “cuestiones”, sobre todo en una temática controversial cual resulta ser la de *lo ideológico*, a la que sólo le cabe una propuesta operacional. Que la realidad se encuentra en movimiento, cosa que todo científico comprometido debiera dar por descontado, ente que exige profundizar una continuidad honda y trascendente en el seguimiento de las “cuestiones”. Que sean de reflexividad intensa, comprometida en su elucidación a la mejor Verdad posible dentro del máximo desarrollo que su momento posibilite. Que sean el producto de una indagación permanente. Que sus interrogantes procuren ser lo más profundos posibles, y que la tan debatida “cuestión” de la “objetividad” sea obtener el conocimiento mejor situado y que su esclarecimiento responda a una actitud asumida y responsable, que evite los acomodamientos de atajos y el lujo de evadir chantajes, profundizando esa noción de genealogía propuesta por el segundo Foucault.

Espero que se pueda construir el mejor artefacto teórico para una lectura política del conocimiento que se anime a rastrear desde fuera y dentro lo que se muestre evidente. Procuro, también, sostener distancia crítica del “sentido común” adocenado por las tentaciones del poder, así como poner en duda todo pensamiento acrítico y tener la valentía de mostrar lo no explícito. El compromiso de una *visión* propia, auténtica y transferible. Esa “mirada” que subsuma, de manera creativa, parciales saberes anteriores para crear esa otra Verdad que arme a descartar la

²⁰ Eliseo Verón, *La semiosis social 2: Ideas, movimientos, interpretantes*, ob. cit., p. 281.

estereotipia y la serie, impuestas por “la ideología”, ese otro soporte de esa otra realidad sabiamente constituida por “la ideología” hegemónica.

CAPÍTULO 1

EL CONCEPTO DE AMERICANISMO CON SU GENÉTICA MATRIZ GRAMSCIANA

“Todo lo que el hombre no conoce, para él no existe.
Por eso, el mundo tiene para cada uno el tamaño que su conocimiento abarca”
Carlos Bernardo González Pecotche

“Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud, en el que, gracias al consumo y el entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre”
Un mundo feliz, Aldous Huxley

1. El neoliberalismo lo ha logrado

El americanismo es parte de lo que, en un rapto de transposición didáctica, se caracteriza como un componente esencial del “proceso de acumulación originaria” que convergió con la construcción hegemónica neoliberal. Esta aseveración debiera ser mitigada, con cautela, pero para nada creerla inicua ni arbitraria. No corresponde que sea leída de forma mecánica como un fatalismo causal sin matices, o el rapto de un automatismo que no respete a las foucaulteanas genealogías. Sin tal cosmología previa ni eficaz complementación, la construcción hegemónica neoliberal no hubiese cobrado tal potencia y envergadura para tan masiva imposición y éxito.

Ahora bien, ¿qué se debiera entender por neoliberalismo? Aquel afluente práctico-ideológico que logró, de una manera eficiente, la *forma* de cómo el Capital supo brindar una estratégica *respuesta* a un perentorio ciclo de crisis sucesivas: Guerra Fría; descolonización de posguerra; procesos de liberación en Asia, África y el Caribe; crisis del petróleo; caída del Sha; derrota en Vietnam; Mayo francés; tasa de ganancia decreciente; crisis económica, financiera, estética y cultural, de racionalidad, de motivación, fiscal; problemas de consenso, de legitimación; y tantas “cuestiones” más.

Esta *respuesta* contundente desde el riñón del capitalismo supo hacerse frente a las inminencias de un clima asfixiante que, de continuar, amenazaría con *crisis* permanentes, derrumbes revolucionarios e inquietantes abismos. El neoliberalismo también supo erigirse de probada *expertise*, solvencia y “fundamento” intelectual y académico, con una serie de propuestas concebidas al efecto, para superar las inminencias de esas graves dificultades, funcionando cual obligada “ideología” que supiera ostentar crédito y seriedad. Articulando un sistema de nociones e ideas coherentes y cohesionadas, se mostró indispensable: la

“satisfacción” adecuada más lógica, razonable y pertinente, a partir de planes, recursos técnicos y remedios programáticos accesibles, amén de erigirse, con su *visión*, como una forzosa “solución” de los grandes problemas. Esta “creación” bien administrada es imposible de soslayar, resultando ser una verdadera *praxis* de mediación social eficiente.

Como procuro desplegar a lo largo de esta memoria, entiendo a *la cuestión ideológica* tal cual es: una problemática de *la más alta complejidad*, que no se resuelve con la denuncia de su papel encubridor o considerándola un factor de alienación. Tampoco cabe exponer esos conocimientos *verdaderos*, frente a esos otros de supuesta *falsedad*. No se la logra desnudar a partir de conjeturas, ni de acusaciones que visibilicen su papel instrumentador de las grandes “cuestiones”, invocando el peso de las Razones y, menos aún, de las Verdades. No resulta sólo la inicial *forma mentis* de “La ideología alemana” del joven Marx. Tampoco es posible adjudicarle su responsabilidad a un tipo de manipulación que sea susceptible de ser reducida a los grados de maldad o bondad humana que posean sus protagonistas, funcionarios, dirigentes o beneficiarios.

La cuestión ideológica es la *forma* que ha de asumir esa “ventana” *mediadora* por la cual se “articula” la vida social: esa por la cual uno mira, asume y actúa. Ese colchón significativo por el que cobra “sentido” el mundo, constituyéndose en su malla ordenadora. Es la indispensable *mediación* articuladora por la cual se han de insertar todas las estudiadas realidades preestablecidas a tal efecto, lo suficientemente atendibles como para que sean entendidas las más aptas para un “gran público” y, de allí, volverse “sentido común”. Esa Verdad, aquí llamada “ideología”, es una práctica que se despliega de una manera inédita, cual obligada “concepción del mundo” y de su extensión, al “agenciar la vida”.

Esa *praxis* permite al *poder* de las elites más concentradas reordenar las existencias humanas a partir de erradicar todos los antiguos fundamentos deontológicos que conquistó la revolución democrática para transformar a la vida en un “presentismo”²¹. Un eterno presente que adocena al pasado y, sobre la base de explotar una percepción superficial de la vida, aniquila toda perspectiva de un cambio real o utópico. Para ello, se materializa al mundo con una vastedad inédita de “factores” a partir de una transformación globalizada jamás vista, una universalización de sus consumos, producción y mercados, logrando un extenso e inédito abanico de aceptaciones y conformidades. La magnitud de estas transformaciones invita a la

²¹ François Hartog, *Régime d' Histoire. Presentisme et expériences du temps*, Paris, Seuil, 2003, en Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2018 (2005).

pasividad, siembra temor, incertidumbre, bajo amenazas de punición para el caso de alguna reacción a su propuesta. Le ofrece, además, una “identidad” a sus víctimas e implicados.

De esta manera, *lo ideológico* sería —cometiendo la audacia de parafrasear los géneros discursivos bajtianos, aunque no en su sentido de formal lingüística funcionalista— una *correa de transmisión entre el lenguaje y la vida*²². En otras palabras, una formación relativamente estable, signada históricamente. Ahora bien, ¿por qué han logrado que se pudiera creer en ella, y no en la *visión* progresista ligada a la filosofía moderna, o a los antecedentes inmediato-antecedentes? Es indudable que ha logrado ser el dispositivo de reconocimiento que obtuvo el mayor e inédito grado de aceptación con relación a las contiendas hostiles propias de “los años dorados” (1945-75)²³, al brindar, en tiempos de duras crisis y temores de derrumbe, una precaria satisfacción y seguridades a la subsistencia. Así, se ha hecho tolerable esa vida entre los sujetos que asumieron tal Verdad, operando hacia un procurado adormecimiento e hibridación. Ha consolidado la idea de una regulación que permite someter a los pueblos a una masiva pasividad, a posicionarse en seres sumisos, ajustados a aceptar sus retrocesos en materia de derechos y conquistas sociales, insuflando el sostén de pacíficas, ablandadas e inocuas interacciones en sus vínculos sociales.

Lo ideológico ha profundizado lo que aquí, cual marco doctrinario, retomo de Eliseo Verón: su noción de teoría de la discursividad o de los discursos sociales, que, transversal, atraviesa en ciernes la teoría de la ideología, en tanto mecanismo de hegemonía y control social. Su hipótesis de lectura, esa que aporta la teoría de la semiosis social, centra sus análisis en un artefacto herramental: las condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento de la vida en sociedad. Aquí las entiendo como una obligada extensión de una *cosmovisión* indispensable que, respondiendo a una política, sobrepasa sus explícitos objetivos económicos iniciales, transmutándose de una *visión* obligada a una inveterada práctica social, *ergo* a una subsumida práctica ideológica.

²² En uno de los seminarios de posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, le consulté a la doctora y analista de discurso Mara Ruth Glozman acerca del desdoblamiento entre “posición” (superestructural) y “situación” (estructural) en la teoría de Michel Pêcheux, tal como lo había planteado Armando Sercovich en sus seminarios. Glozman observó que el estudioso francés, contradictoriamente con su teoría, jamás hubiese podido realizar aquella observación tópica fija en esas dos instancias sociales. Al respecto, Glozman sugirió una definición muy interesante de *lo ideológico* como “correa de transmisión entre el lenguaje y la vida”. Véase Mara Ruth Glozman, “(Re)leer Pêcheux hoy. El problema del décalage en la teoría materialista del discurso”, *Pensamiento al margen*. Revista Digital de Ideas Políticas, n° 12 (2020), pp. 117-133.

²³ Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica - Grijalbo - Mondadori, Serie Mayor, Cap. IX: “Los años dorados”, 1995, pp. 260-289.

Al imponerse sobre las mayorías con una agónica intermediación social sobre la base del aturdimiento —esa “sobreinformación desinformante” forjada para su sobrevivencia—, el americanismo logró establecer una dominante cultura narcisista. Para ello, atrapó a la sociedad en la sustitución de una noción de “comunidad” bajo la instrumentación engañosa que en su momento supo usufructuar el viejo liberalismo y que retomó, después, el *neoliberalismo reaccionario*, con su contrabando de un principio individualista, cosificado, hedonista, de “la libertad”: de la liberación de “la necesidad”, a desdoblarse hacia un concepto de utilidad instrumental. Esta utilización la redujo a mera capacidad de opción individual, que se reflejó en el desdoblamiento teórico de un concepto clave, civilizatorio, extrapolado de los juicios de dominio propios de los marcos normativos de la “filosofía jurídica”. Tal como los supiera plantear un ya lejano Isaiah Berlin (1909-1997), con su desdoblamiento analítico entre “libertad positiva” y “libertad negativa”, reduciéndolo todo a un plano ideológico de elección personal.

Considero que el neoliberalismo es el heredero del pragmatismo utilitario del americanismo y de la inescrupulosidad político-militar imperial anglosajona. Una *praxis* social ineludible que remite a una concepción política. Esa *visión* pragmática obligada de las cosas genera una *cosmovisión* utilitaria instrumental, cuya *acción social* envolvente supo involucrar al grueso de las actividades en la sociedad. A su modo, aun con *respuestas* rudimentarias y elementales, tuvo la audacia y la astucia suficientes para cumplir su objetivo de saber envolverlo a todo. Para sorpresa de muchos, su resultado son respuestas sociales que, con su pasividad, le aceptaron al admitir una *verosímil* asimilación acrítica. Así, pese a la larga serie de Razones y Verdades que pudieran indicarse en contrario, su propuesta reaccionaria terminó siendo creíble.

Sus actividades en la sociedad fueron operadas con suma versatilidad, pero también con un cruel utilitarismo pragmático, en favor de su inocultable beneficio propio: *business as usual*. Toda la vida social debió subordinarse a los “negocios”. Ellos se naturalizaron al punto de ser vividos como lo normal, lo consuetudinario, lo natural. La salud, la educación, el entretenimiento, la alimentación, el cuerpo, el espacio urbano, todo, absolutamente todo, forma parte de los bienes transables que se plasman, aun al costo de fosilizar la democracia bajo el nuevo eje articulador: el mercado —ese “racional” adjudicador de los recursos—, para no hablar del cambio climático, la cultura, las artes, el medioambiente, la ecología, la quema de campos²⁴. Todo se vive favoreciendo a los negocios mercantiles. Todo se transfigura en algo

²⁴ Basta ver, por ejemplo, cómo en nombre de los “espacios verdes” se crean plazas y parques de cemento, con tercerización de empresas privadas para el mantenimiento de lo público.

potencial para usufructuar, en un bien transable. Cualquier valor de uso se convierte en mercancía, en valor de cambio.

Esta aceptada *cosmología* es admitida cual el ordenador de las expectativas humanas —muchas de ellas, asumidas por sus víctimas—, aunque las experiencias personales o su propio reconocimiento en la vida social y usos de la memoria puedan expresar lo contrario. Cabe preguntarse la temprana invocación de Perry Anderson²⁵: ¿cómo puede ser que una ideología tan *ramplona* haya llegado a convertirse en el eje civilizatorio, en “sentido común” y obligado punto de referencia? No pretendo cometer aquí un exceso de caracterización, pero el neoliberalismo ha logrado ejercer el pleno dominio sobre todas las actividades de la vida en sociedad, respondiendo sin una gran exposición, como la única opción “racional” a disposición de los intereses del Capital más minoritario y concentrado, reconociendo válidos a aquellos “supuestos” implacables, los de la codicia del primer capitalismo, aquel descrito por los Manuscritos de 1844 o *El burgués* de Werner Sombart.

Para comprender esta *construcción hegemónica* es preciso analizar una suma confluyente de “factores”. Sobredeterminando la más eficaz reproducción ideológica de las relaciones de producción capitalistas, los aparatos ideológicos de Estado (AIE) imponen condiciones ineludibles a la vida política, al establecer una implacable división del trabajo, generar una despiadada producción de sujetos divididos, escindidos. Su accionar sistemático y sin fisuras establece una realidad impositiva que compele a evitar cualquier peligroso reconocimiento de lo Real: una verdadera *pérdida del sentido de la vida*, a partir de su debido saber abrigar todas las instancias formales con la adecuada cobertura normativa del derecho, la política y las instituciones. En función del dominio de los aparatos del SIyC, atosigan con la “sobreinformación desinformante” que, a partir de una dinámica social que subregistra la magnitud de las transformaciones en sus condiciones de producción y circulación, intoxican a las condiciones de reconocimiento. De este modo, permite sólo posibilidades de opción frente a una vastedad de datos numéricos, meramente cuantitativos, que suplen la personalización del conocimiento.

En este escenario se pierde el grueso de los recuerdos propios, indispensables para desplegar una memoria colectiva, condición que le quita tangibilidad a las Cosas, sustituyendo

²⁵ Perry Anderson, “Neoliberalismo, un balance provisorio”, en Emir Sader (comp.) y Pablo Gentili (comp.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, 2ª ed., Buenos Aires, CLACSO Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2003, p. 192.

los hechos, los procesos, por meros datos. El SIyC sustituye las realidades tangibles, y, así, el mundo se vuelve algo abstracto y especulativo. Se genera una violencia política represiva de inédita subyacencia, a partir de su primacía en el plano simbólico y pleno usufructo de la tecnología de superlativa avanzada. Más allá de la inclusión del imprevisto protagonismo de las redes sociales, tal construcción consolidó el estallido de las mediatizaciones, cuyo eje inicial y fundante es el DCN. Su desempeño es cada vez más activo, junto al inadvertido e ineludible accionar de los servicios de Inteligencia de los poderes centrales.

La diversificación en indisimulables puniciones violentas deviene en distintas formas de un auspiciado estado de guerra y belicosidad permanentes. Las afamadas “guerras híbridas” es una cuidadosa construcción semántica que oculta su contrabando de ser “guerras totales”, análogas, en sus objetivos impositivos, a las de los nazis. Esta “posición” superestructural detenta una presencia ineludible, con un potencial de atosigamiento e influencia discursiva que satura toda existencia de cualquier auténtica democracia. Una democracia abrumada, sobrecargada, que compite con intercambios discursivos más vivos, reales y generalizables. Una democracia soslayada por la negación, en la práctica ideológica, de los “valores” matrices de la “más grande revolución ideológica” de la humanidad, al decir de Eric Hobsbawm. Tal concepto de democracia ha sido dejado de lado, en su sometimiento, por un *cambio de época* radical, desahuciando la vida social, relegando sus supremos “valores” de Igualdad, Libertad, Fraternidad.

El neoliberalismo lo ha logrado. Con la radicalidad de las urgencias y su dominio en lo perentorio, consigue una asunción en la que prima lo efímero y obliga a exaltar su control en las *prácticas* bajo la dominancia de su omnímoda *visión*. A través de esta concepción filosófica de “la vida” y “del mundo” —ideológicas—, su dinámica establece la señalada extendida y apologética noción mercantil, que se expande de manera constante, abarcando todas las esferas susceptibles de influir, e imbricándose al interior de todas las extensas relaciones sociales existentes. El americanismo, derrotero de vida energética, práctica e instrumental, lubricó un rumbo que precedió este proceso generando condiciones de rechazo a todo aquello que pudiera someterse a duda o reflexión. El americanismo fue el antecedente de la futura *cosmovisión* del neoliberalismo, porque había que atacar, sin explicitarlo, los principios y prácticas de sujetos inermes e instituciones que pudieran estar asociadas a cualquier instancia de vida colectiva, a las identidades del pasado, distanciándose de toda idea alternativa de persona, ciudadano, clase, grupo cultural o “fundamento” ético-político.

El lenguaje de la *vida cotidiana* estalla cada vez más con numerosísimos anglicanismos de poco vuelo, o por una larga serie de neologismos de arbitrario sentido. Lo ejemplifica la desaparición de un concepto histórico, propio de la filosofía universal del pasado inmediato: el de “pueblo”. Erradicado del vocabulario cotidiano y del sistema de medios, hasta lograron entenderlo cual si fuera un significante descartable, con un sentido cursi, demodé, cuando no demagógico y vulgar. La irrupción de su sustituto, esa idea de “la gente” (posible traducción literal de *the people*), evidencia cómo funciona la censura en esta “guerra política” por la primacía y las distinciones entre imágenes e identificaciones, en una abierta puja discursiva por el *poder*.

Se trata de una verdadera lucha de clases cultural para ver quién logra su primacía en la coyuntura respecto de referencias, designaciones y representaciones frente a la primacía entre los significantes, robándole toda posibilidad a la invariancia referencial. Ese austineano recurso de qué hacer con el uso de las palabras o, mejor dicho, de cómo hacer cosas con el uso de las palabras. De cómo la preeminencia política y tecnológica en las condiciones de producción se correlaciona en las posibilidades y restricciones para sus condiciones de reconocimiento. Con las palabras también se construye la realidad social mediante discursos circunstancialmente dominantes, esa inexorable operatoria entre *la langue et la parole* para hacer preeminente la adecuada significación social entre los discursos disponibles. Un para nada ingenuo combate para resguardar hegemonía. El lenguaje no resulta ser ese absoluto que constituye lo Real. El lenguaje inclusivo que propicia el feminismo progresista, por ejemplo, no destruye la cultura patriarcal, pero sí la erosiona significativamente al organizar una agenda que le disputa el reconocimiento de lo Real con realidades alternativas. Una verdadera lucha política por la constitución de realidades más favorables, una disputa contra la primacía de un único invariante referencial. Esta reyerta —por llamarla de algún modo— resulta un factor concluyente para la conformación de realidades alternativas contra lo que el capitalismo digital ha sabido manejarse a la perfección.

La confrontación discursiva no es una patológica exacerbación de la confrontación social, sino un componente esencial, nunca bien relevado ni valorado, para la disputa en las condiciones de reconocimiento contra la mecanización de la sobredeterminación del accionar de los AIE en la disputa ideológica por la hegemonía en la sociedad civil. En esta subregistrada *praxis* se disputan *las formas de la conciencia social*, que no son otra cosa que las prácticas ideológicas para ver cómo se constituyen las realidades sobredeterminadas para abrir o

circunscribir las posibilidades de articular el “registro”, la “memoria” y el reconocimiento de una vida en sociedad, junto a su variada y múltiple conflictividad²⁶.

La primacía de los conceptos en la vida cotidiana permite su predominio en la *cotidianidad* plena de un reconocimiento plural. Este colchón significativo del *orden social*, cual malla ordenadora, mediatiza e impone referencias que generan vínculos y relaciones afines en el seno de esa creada novedosa diversidad indócil: la denominada sociedad y sus relaciones. Cada día, tal vocabulario resulta más pobre. Cada vez se manejan menos términos, y las palabras, esa unidad lingüística indispensable, poseen cada vez más significantes escamoteados, con referencias para iniciados, muchas arbitrariedades o una simplicidad extrema, sólo para cerrados sociolectos socialmente adheridos, para no hablar sobre sus penurias de significación ni orientaciones de “sentido”. Otro gráfico patrón de la disputa por el sentido, ante la evidente batalla por la colonialidad, es que, en uno de los tantos negocios de comidas rápidas, se oferten pizzas y dulces empanadas tucumanas, y uno de sus gustos sea *cheeseburger*.

2. Neoliberalismo: etapa superior del americanismo

El neoliberalismo impuso su psicopolítica. Entendió el barrer los límites y fronteras “del adentro” y “el afuera”, trascendiendo también a la histórica observación althusseriana de sobredeterminación y al propio funcionamiento de los AIE de la sociedad civil. Supo forjar otra novedosa “construcción social de la realidad”, según la cual, a partir de una alteración estructural del orden material, causado por el mundo digital, con sus novedosas elaboraciones y un interaccionismo simbólico actualizado, garantizó una naturalización consentida e impensada frente a lo que poco tiempo atrás había sido fuertemente cuestionado. También borró la “memoria” para lograr su objetivo central: generar una dinámica de acriticidad en la que se apruebe sin chistar la “reproducción de las condiciones de producción” capitalistas.

Las mutaciones producidas en los vínculos sociales y simbólicos de la sociedad del rendimiento del capitalismo digital resultaron ser mayúsculas y sometidas a unas proporciones inéditas, tanto en materia de calidad como en cantidad. *L' esprit du temps du monde* ha llamado la atención sobre cómo se han licuado los planos de todo aquello que en el pasado se concibiera como “política”. Cómo se han alterado y reconvertido para la era de la información bajo el sino

²⁶ Paolo Montesperelli, *Sociología de la memoria*, Buenos Aires, Claves, Ediciones Nueva Visión, 2004.

de las audiencias cautivas, con expresiones totalmente distintas comparadas con cualquiera de las otras de sus *formas* históricas.

Los nuevos movimientos sociales son los actuales canales más explícitos para la crítica política, pero poseen manifestaciones totalmente alejadas de las rebeldes expresiones de aquel remoto “siglo XX corto”. Nuestros padres, los setentistas, el pacifismo de otrora, los hippies, las manifestaciones revolucionarias, la guerrilla urbana, los trabajadores, la clase obrera, el sindicato, el partido político, la liberación, la industria, todo resulta ser algo bien ajeno de los actuales tan abiertos novedosos *modos*. Cubren un muy amplio espectro, que va desde el abanico de la violencia callejera a la vieja usanza —los chalecos amarillos en la Francia de la segunda década del siglo XXI, los acampes y concentraciones masivas contra el 1%— hasta los pequeños ejércitos mercenarios que sustituyen la insurrección popular o las insufladas revueltas de las “revoluciones de colores” nutridas por los siempre anónimos servicios de inteligencia occidentales contra aquellos países que consideran hostiles y a subvertir.

Lo que procuro relevar aquí es toda esa serie de otras impensadas rebeliones temáticas, inducidas para lograr un “espacio de atención” que, por su creatividad e impacto, quiebren el alboroto ensordecedor de la aburrida uniformidad de la “sobreinformación desinformante” que procura silenciar cualquier “ruido” anómalo. ¿Cómo se puede llamar la atención a un público automatizado que, en una sola ráfaga informativa, se entera de que “Mirko llegó a Qatar”²⁷ junto con la muerte de Pablo Milanés? Dentro de las nuevas *formas*, ellas, sobre todo para quienes carguen alguna edad, resultan ser decididamente insólitas. Ponerse a gritar en medio de una conferencia, no ya política, sino académica o institucional, saltar al campo de juego durante un partido de fútbol, mancillar valiosas obras de arte, encadenarse a un árbol, torre o pirámide, correr desnudo por el escenario de los Oscar forman parte de los insólitos nuevos *modos* de protesta. Hasta la bomba molotov, elemento de autodefensa frente a la represión, resulta algo más usual y aceptado que las nuevas *maneras*, que vandalizan las obras maestras de la pintura en los museos más prestigiados.²⁸

²⁷ Para quienes no se encuentren debidamente prevenidos, o no vean la televisión de aire, Mirko es el hijo de cuatro años del conocido conductor de programas de entretenimientos, “Marley”, Alejandro Wiebe, que se hizo famoso por su nacimiento en los EE. UU. por subrogación del vientre materno.

²⁸ Este novedoso tipo de acción de militancia política forma parte de una reivindicación social sentida, que afecta obras de Van Gogh, Monet, Goya, Warhol, Klimt... Pareciera ser un *modo* de protesta global, que puede darse en cualquier museo, en cualquier momento. Una protesta que le coloca a uno bajo la siguiente contradicción: solidaridad con una causa que pasa a primer plano, y que en principio se comparte, o indignación por que alguna de esas obras únicas resulte dañada de manera significativa.

De manera condensada, intento demostrar cómo se han producido transformaciones mayúsculas, propias de los cambios de “subjetivación” de una nueva *época*. No existe relación necesaria entre la *acción* y su objetivo, dentro de su sentido tradicionalmente político. Lo que prima es el impacto mediático (se pacta con la productora del telenoticiero la hora de una concentración o manifestación, o se llama telefónicamente para garantizar la presencia de los medios). En el fútbol, donde la interrupción escandalosa no refleja suceso por decisión empresarial, los partidos, para el televidente, se encuentran interrumpidos sin razón evidente, salvo que se brinde una explicación en *off*. El objetivo de los *petits scandales* es materializar el más que procurado llamado de atención mediático, el nuevo escenario de la lucha de clases.

El americanismo resultó ser ese tránsito obligado para lograr una consolidación de la construcción hegemónica neoliberal, constituyendo e institucionalizando con su práctica y “valores” un paso iniciático. Aventuro una audaz analogía, al *modo* del resultado del “fetichismo de la mercancía”, aquel que supo generar inacabada sensación de insatisfacción en las promesas, con secularizados triviales consumos permanentes por la circulación de las mercancías y los valores de uso, sublimando la estafa de su incumplimiento para aquella prosperidad inicialmente asegurada. El neoliberalismo, etapa superior del americanismo, no concede placer ni felicidad, genera vacíos, erradica al *eros* por una mecánica pornografía consumista, hace culto de la desnudez y las transparencias positivas, donde no hay pudor por ventilar las confidencias más íntimas. Así, coadyuva para que se genere una sensación de impotencia y rechazo, basada en una reprimida sensación de descontento e incompletud.

El americanismo lubricó un camino de *sujeción*, que se profundizó al adentrarse en su confluencia con el neoliberalismo. Camino que genera expectativas ajustadas al conocimiento de las elementariedades propias de la naturaleza humana. Las alimenta, pero, a su vez, reproduce frustración, desarraigo, pasivo beneplácito, insatisfacción, dolor, naturaliza impotencias y un estado neurótico de malestar permanente²⁹. Crea una sensación de fracaso personal, desgracia y naufragio; de ausencia de suerte, desilusión, la de saberse abandonado frente a un posible futuro superior. Genera competencia y resignación, la celosía de comparar logros propios con los de *la otredad*, con ese distinto que no debe superarle en el ascenso social,

²⁹ Aquí asocio el concepto de malestar a uno de los textos fundamentales de Sigmund Freud, en los últimos años de su producción intelectual: “El malestar en la cultura”, 1929 (1930), en *Obras Completas*, t. III (1916-1938), pp. 3017-3067, trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres, España, Biblioteca Nueva, 2007. Freud realiza una prevención que siempre viene a la mente, por la cual el hombre nunca será más feliz, pese a la posibilidad de hacer uso del teléfono y poder llamar a las antípodas.

desengañado sobre sus posibilidades de mejora, fomentando pobreza espiritual y pérdida de envidia para asumir que, con fuerza propia, se puedan vencer el infortunio y los desengaños, con esa superación personal que permita enfrentar la vida. Estas construcciones ideológicas plasman el innato sentido de un capitalismo que retrotrae destinos. La suerte ya está echada con los definitivos y cronificados *winners*, que ya nunca más estarán dispuestos a abrir sus manos.

En un trabajo reciente, Ariel Goldstein³⁰ recupera palabras nucleares del sociólogo Charles Wright Mills acerca de cómo entendía la tarea del investigador, cargada de “valores” de Razón y Libertad que, a su entender, resultan ser las supremas metas para las CHyS:

Su política, en primer lugar, es la política de la verdad, porque su función es el mantenimiento de una adecuada definición de la realidad. En tanto que es políticamente hábil, el objetivo principal de su política es descubrir la mayor parte de verdad que le sea posible y decirla a la gente precisa, en el momento preciso y de la manera precisa. O, dicho negativamente: negar públicamente lo que sabe que es falso, siempre que aparezca en las afirmaciones de cualquiera; y ya sea una manera directa o una mentira por omisión, ya sea en virtud del secreto oficial o un error honesto. El intelectual debe ser la conciencia moral de su sociedad, cuando menos por referencia al valor de la verdad, porque por definición, esa es su política [...] El poder y la autoridad suponen la toma efectiva de decisiones. Suponen también la legitimación del poder y las decisiones mediante la doctrina y generalmente llevan implícitos la pompa y la aureola, las representaciones de los poderosos. Es en relación con las legitimaciones y las representaciones del poder y la decisión que el intelectual —lo mismo que el artista— resulta políticamente importante.³¹

Existe aquí la manifiesta intención de revitalizar conceptos asociados a la *filosofía de la praxis*, procurando forzar reflexión crítica y avanzar en una producción de teoría que acumule vitalidad y densidad en el pensamiento reflexivo, para consolidar lo que se entiende frágil “fuerza subjetiva”, y si fuera posible: la creación del *nuevo Maquiavelo*. Ése que procure evitar el actual “cuadro de situación” que, con nitidez, se propaga y divulga a esa inocultable y conscientemente impulsada “irresponsabilidad generalizada” en la vida social del mundo de hoy. Este estado crítico exacerba la lucha por la sobrevivencia, la puja corporativa entre sectores, el desprestigio de la política y de las instituciones, generando un arraigado estado de antagonismo social, de imposible retorno, debilitando aún más y más a los vulnerables. Ese vigoroso concepto impulsado por Wright Mills le adjudicó tal responsabilidad a los intereses ciegos de las elites, cuando logran usufructuar sin miramientos sus abusos de poder. Los poderosos arremeten con decisiones unilaterales, ciegos en su codicia por procurar sólo utilidades, ya no aquí para el burgués decimonónico de la fábrica, sino para los CEOs y equipos

³⁰ Ariel Goldstein, *La reconquista autoritaria. Cómo la derecha global amenaza la democracia en América Latina*, ob. cit.

³¹ Charles Wright Mills, *Poder, política, Pueblo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 475.

tecnocráticos de las transnacionales globalizadas, esos que deciden incidiendo sobre la *vida cotidiana* del grueso de la humanidad, sin medir las consecuencias ni asumir responsabilidades.

Si esto era así para las épocas tempranas del capitalismo, ni pensar sobre sus efectos y resultados en la era tardocapitalista digital, en la cual se produce un automatismo y aplastamiento horizontal en los comportamientos del orbe, bajo una incitada mecanización de las conductas, inducidas por la pasividad de las rutinas y el sometimiento a la inteligencia artificial y los algoritmos. Las firmes asimetrías del *poder* se vuelven aterradoras y borran cualquier signo de evidencia de las antiguas instancias de las “situaciones” sociales estructurales a manos de su pleno dominio en las “posiciones” superestructurales y, con ello, se aumenta la indiferenciación en las identificaciones con sus consecuencias: la modificación hacia la homogeneidad de los patrones culturales que supone una grave supresión de identidades y culturas, aniquilando cualquier *otredad*. En los hechos, realizan el fortalecimiento de lo que la política abusa en denominar “guerra cultural”, pero que es una gráfica metáfora sobre la lucha a muerte por los niveles de conciencia frente al envoltorio capitalismo digital.

Un estudio sobre la semiopolítica del americanismo exige abordar la temática de manera multilateral, sin sucumbir a la tentación de “abarloarlo todo”, pero tampoco caer en los subjetivismos ni en *visiones* voluntaristas, propias de una izquierda cultural, procurando evitar el ya afamado y sumamente quejoso “aique”. Propongo una lucha por la Razón, la Verdad, por la defensa de la diversidad de las identidades, sosteniendo la pluralidad en materia de conocimientos. La semiopolítica busca ser un aporte para recuperar al sujeto de la cruel mecanización posmoderna, neoliberal, al *eros* de la pornografía de la adocenada cultura de masas, el pluralismo y la diversidad cultural, la tangibilidad de las cosas concretas, de caminar sobre la tierra viva, de identificar la violencia tanto simbólica como su amenaza represiva latente, que se encuentra sobre todos nosotros, y que se sabe que no aparecerá en ninguno de los telenoticiarios ni merecerá comentario periodístico alguno.

Detrás de esta lectura del americanismo, que arrastra al neoliberalismo, está la vigorosa lucha contra la deshumanización. Recobrar los vínculos humanos, *face to face*, la barra del boliche, la esquina del barrio, la vida activa al aire libre, sin ese culto al *gympass* ni desafío *fitness*. Redimir la experiencia personal vital intransferible. Asociable a las identidades grupales intermedias, que le saben decir no a la acriticidad de las modas ni darle sólo crédito a lo que se cuenta, la falacia de la limpidez de la televisión, que es una muestra sobre cómo el poder

domestica rescatando esos rituales que supieron brindar apego y comunidad. Luchar contra este montaje antinatural que, en nombre de la Libertad, sólo asfixia y mecaniza.

Se trata de enfrentar al capitalismo de la serie, de la serialidad del mecánico algoritmo, de esas fases numéricas, matemáticas, de esos cálculos y bases de datos digitales que poseen un mayor conocimiento sobre nosotros mismos que nuestros padres, hijos, parejas, jefes o amigos. Una lucha por rescatar al sujeto en su multiplicidad, porque no existe democracia sin la posibilidad de una tolerada diversidad plena asumida por todos. Esta pluralidad invita a luchar en contra de, y evitar que se institucionalicen las asimetrías homogeneizantes que avanzan hacia la robotización y el automatismo. De allí la urgencia por comprender cómo esa *ideología ramplona* alcanzó tamañas dimensiones, para lo cual es preciso recuperar una lectura materialista. Al hablar de “espíritu”, y de toda esa capacidad invasiva y envolvente de que tal “concepción del mundo” logre abarcarlo a todo, asumo la plasticidad de esta apuesta teórica y admito la posibilidad de su carácter orgánico, del dominio espacio temporal y supraindividual. Dado que el enemigo ha sabido monopolizar la idealización de un supuesto progreso de lo humano, es preciso atrapararlo atendiendo al conjunto de las condiciones y determinaciones, tanto históricas como económicas, políticas y culturales

Para ello, me veo en la obligación de dar cuenta de un grave déficit intelectual. En el origen de la cultura se encuentra el ser humano y, dentro de ella, la satisfacción de sus necesidades. Sin embargo, su satisfacción genera estudiadas demandas, cuya novedosa generación de *respuestas* está sobredeterminada por la ideología en cuestión: la revolución científica y técnica nutre con ofertas y tentaciones, cada vez más por fuera de cualquier racionalidad. Detrás de toda esta crítica humanista no está la instrumentación del “derecho positivo”, ni del “derecho natural”. El *poder* neoliberal institucionaliza la violencia contra los vulnerables, porque aquí se rescata al sujeto, sólo procurando cultura, no ese *entertainment* de la industria cultural de masas. En la cultura está el ser humano, porque en ella se sublima, no la mecanización del consumismo algorítmico, sino la creatividad de lo humano, del hombre de clase, socialmente ubicado, témporo-espacialmente “situado” de su lugar en la sociedad. Sin la creatividad humana no habría lenguaje ni, tampoco, literatura, música y, por lo tanto, arte, periodismo, política, acción social o el juicio de la crítica solvente.

El neoliberalismo resultó ser bastante más que una restringida doctrina económica de premios Nobel. Una suerte de *aggiornamento* que construyó un discurso a disposición, que supo representarse la estructura más adecuada, el canal que fuera entendido el más apto, la vía

más cómoda y conveniente a los *media* o a la moda para la satisfacción de demandas y simbolizaciones afines de mayor actualidad. Piénsese en ese nuevo personaje que incide en la construcción del gusto y la distinción: el *influencer*. Acabada representación de la lectura más adaptada para su simbolización bajo estas circunstancias adecuadamente construidas. El americanismo se presenta como el conductor más eficiente para una imposición estética y valorativa adecuada. Esta racionalidad dominante se reproduce en esas mañanas de superofertas matinales en esos espacios de compra rentados —tipo “TVCompras”—, con sus torpes anuncios publicitarios, plenos de americanismos, de azucarados elogios y panegírico de virtudes a elementos técnicos para el hogar de dudosa procedencia y utilidad. Estas piezas publicitarias, con escasa producción y, menos, prolijo montaje ni edición, utilizan un lenguaje sobrecargado, con diálogos inverosímiles; sin embargo, saben desbordar la codicia del exitismo publicitario, de la superoferta tentadora que se debe aprovechar de inmediato, del “tome el teléfono y llame ya”. Todo bien elemental, pero con una fuerza arrolladora: vivir intensamente el instante y aprovechar ese momento con energía, de manera viva, con dinamismo y vigor.

El americanismo resulta ser, con lo importante que para él implica la *vida cotidiana*, un sensual culto del instante: alentar de manera poco contenida al consumismo del “ama de casa”. Una invitación a la vida intensa y vehemente. Consagrarse, contundente, a lo práctico, a lo que se entiende útil, para su señalado enfoque instrumental. El americanismo lubrica el camino para el futuro próximo neoliberal, acentuando el encomio por la vida práctica, rentable, ventajosa, para ese consumo precipitado de lo inmediato, propicio y lucrativo, alejando cualquier noción de futuro. Las cosas no se usan, se consumen hasta gastarlas, porque ya tienen plazo de finalización —obsolescencia programada— para garantizar la rotación. El *infinitum* del consumismo concupiscente, lujurioso, incontinente, libidinal.

Todos los aspectos de la vida están mensurados bajo esta óptica, una lectura en tránsito al neoliberalismo, pero superando —e incrementado— su matriz previa de cultura angloamericana. Mensurados los vínculos sociales bajo estas críticas mediaciones, bajo los patrones de la señalada lectura economicista, ese *homo oeconomicus* se reconvierte, por fuera de reflexiones y conciencia, en un objetivo mensurable bajo la noción de Capital Humano, expresión acabada de lo que el americanismo entiende perseguir la “felicidad” en su *cotidianidad*. ¿Cada ser humano también tiene su obsolescencia programada en el marco de relaciones sociales?

Todas las esferas de la vida se encuentran sometidas a la racionalidad económica. Ello es tan así que, hasta la vida pública, propia de lo que se debiera entender una “construcción cívica” de las relaciones de *poder*, ha perdido la noción del *zoon politikón*, con una subordinación a los “valores” *macro* ordenadores de un orden ético-político ajeno. Así, el economismo transforma a la política en cabal economicismo, en sindicalismo teórico, privilegiando la primacía de las fases económico-corporativas como las dominantes, cosa que implica relativismo cultural en las conductas morales y sumisión de los planos ético-políticos en abierto vasallaje a las relaciones mercantiles en detrimento de la política. Si se tradujeran literalmente los debates del Capitolio, resultarían diferenciales de los que se pueden dar dentro del Congreso de la Nación argentina o en los regímenes parlamentarios de la Europa continental. Los gobiernos de los EE. UU. se presentan a sí bajo esa figura retórica de “administraciones” presidenciales, inscriptas dentro de lo que se pudiera entender como una noción paralela: una eficiente asociación al principio ordenador de una diligencia sometida a las lógicas de la gestión empresarial.

El privatismo dominante del americanismo confluye con los “supuestos” del neoliberalismo. No sólo eso: sus conceptos paralelos están asociados, contiguamente, a las nociones de “gobernanza”, en el lenguaje periodístico y político local, traducible al concepto de “gobernabilidad”, esa noción de seca “administración” sometida a los principios de sus rendimientos mercantiles. Existe la subyacente idea de que la lógica acertada que debiera guiar al gobierno de la sociedad política del Estado es el modelo privatista empresarial. El expresidente Mauricio Macri, capturado por este *corpus*, lamentó que se pudiera “caer en la educación pública”³². La educación superior, que en su momento propuso la Modernidad, no se interesa más por los títulos asociados a los grandes saberes científicos y a las disciplinas decanas de las ciencias consagradas, sino más bien a las posibilidades de su *empleabilidad*, a los campos ligados a saberes de acción aplicados, técnicos o a desempeños laborales. Cabe recordar que las universidades privadas norteamericanas se fundaron cien años antes que las estatales. Esa educación superior no forma parte de un aporte hacia la construcción de una ciudadanía política, no contribuye a la ampliación de un desarrollo cultural ni al de las artes en

³² En marzo del 2017, en el marco de la presentación de los resultados de la prueba Aprender, Macri dijo lo siguiente: “Hay una terrible inequidad entre los que pueden ir a una escuela privada y los que tienen que caer en una pública”.

la sociedad, o al despliegue de los grandes saberes, aquellos que, en el pasado, supieron instruir a las grandes elites, los futuros cuadros políticos o a los funcionarios del Estado.

La sociedad norteamericana establece para sus clases acomodadas una vida plena: los afamados billonarios, modelante social que procura lograr precario equilibrio sobre lo que entienden “éxito” o realización personal, claro que a un costo subjetivo muy alto. Esta sociedad, como en toda otra donde prime el americanismo, se la debe asociar al consumo de los cocteles más acabados en materia de calmantes, somníferos, antidepresivos y drogas, para sobrellevar las exigencias y la presión que exige sustentar reputación, renombre, conquistas, triunfos, superioridad, gloria y prestigio.

Tal como plantean las advertencias a las calificaciones del público previas a cada película o serie, donde se advierte que “el contenido incluye violencia, situaciones y brutalidad sexuales explícitas, lenguaje vulgar, diálogos intensos, y presencia, consumo y preparación de sustancias tóxicas y estupefacientes, haciendo apología de vicios”, esta sociología política del conocimiento entiende que aquéllas son expresiones de su *vida cotidiana* para esa sociedad. Sólo así han de lograr afrontar la radical contingencia anticipada de angustias, ansiedades y ausencia de comunidad en su adelantada vida posmoderna, que las metrópolis norteamericanas anticiparon para conseguir los logros del capitalismo digital.

El americanismo, al ser un instrumento utilitario, está basado en una filosofía propia que se sabe exportar como “modelo” de cara al mundo. Esa filosofía se basa en una de sus históricas piedras basales: el pragmatismo, el abuso de lo que Horkheimer y Adorno le adjudicaron tras su paso por esa sociedad: la “razón instrumental”, que supo encajar de manera admirable con los supuestos de las *praxis* del neoliberalismo, para que pueda constituirse en modelante social e imperiosa Razón para las esferas exitosas del planeta.

El americanismo, como se ha procurado demostrar, resultó funcional al neoliberalismo, atentando contra el integral concepto filosófico de democracia, inscripto dentro de los supremos “valores” de la fundacional revolución democrática. Para ello, debieron ir destituyendo todos aquellos otros “valores” establecidos que estuvieran constituidos para su vigencia y pleno reconocimiento de autenticidad universal. Esta gradual y prolija tarea de demolición de esos principios ha sido un trabajo especialmente dedicado para erosionar las pautas de la organización social, habiendo sido propagadas a manera de un “estilo” superador y nuevo modelante societal. Cual cadena de montaje, esos “valores” fueron sustituidos por los viscerales y prácticos patrones culturales del economicismo neoliberal. Para que su rudimentaria

celebración de la vida sobre reputación, lucimiento, renombre, brillo, fama y aplauso, debió, de manera colateral, ir vaciando “sentidos”, desestructurando al extremo sus juicios asentados más nobles, para ir aceptando ese gráfico concepto gramsciano de “revolución pasiva”, de ese hábil “transformismo” desde arriba para ir comprometiendo a la sociedad dentro de una transmutación inadvertida. Así, ha invertido su original concepto de “religión nacional y popular”, llevándolo hacia su contrario. El americanismo forja un culto a la habilidad para transformar usos y conciencias al articular diversidades. Tal habilidad es la de instrumentar “situaciones”, generar salidas inesperadas, muchas, en las antípodas, de conformidad a su pragmatismo de revertir los hechos que se invocan por su opuesto.

3. Muestras del pragmatismo instrumental

Una de las guerras civiles más cruentas del siglo XIX fue la sangrienta lucha letal contra la Confederación, para la liberación de la mano de obra esclava. El americanismo, una vez establecida la supuesta liberación de aproximadamente cinco millones de “niggers”, sabiamente supo instrumentar las “leyes Jim Crow”³³, una válvula de escape para un Sur hambriento, de trabajo gratuito y sin salario, resolviendo de manera hipócrita un tema insoluble por el que habían establecido una “guerra a muerte” contra el Sur terrateniente. No fue una válvula de escape de circunstancia. La afamada pieza de Abraham Lincoln se dictó en Gettysburg, Pensilvania, donde se libró una cruel batalla para el destino de la contienda. Un 19 de noviembre de 1863, se dio una histórica pieza doctrinaria, de verdadero impacto universal, incorporada al artículo 2º de la Constitución de la Quinta República Francesa, en la que se viene a señalar algo incompatible con las normas de la *vida real* que primarían por más de un siglo en los EE. UU. de América. En tal contexto, Abraham Lincoln expuso:

Hace ochenta y siete años, nuestros padres hicieron nacer en este continente una nueva nación concebida en Libertad y consagrada al principio de que todas las personas son creadas iguales.

Ahora estamos envueltos en una gran guerra civil que pone a prueba si esta nación, o cualquier nación así concebida y consagrada, puede perdurar en el tiempo. Estamos reunidos en un importante campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a destinar una porción de dicho campo como lugar de último descanso para aquellos que dieron aquí sus vidas porque esta nación pudiera vivir. Es plenamente oportuno y apropiado que hagamos tal cosa.

Pero en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este terreno. Los valientes hombres vivos y muertos que aquí lucharon, ya lo han consagrado muy por sobre lo que nuestras escasas facultades pueden añadir o restar. El mundo

³³ Las “leyes Jim Crow” fueron unas leyes estatales y locales en los Estados Unidos de América, promulgadas por las legislaturas estatales blancas, las cuales eran dominadas por los demócratas después del período de Reconstrucción entre 1876 y 1965.

apenas notará o recordará por mucho tiempo lo que aquí se diga, pero jamás podrá olvidar lo que ellos hicieron en este sitio. Somos más bien nosotros, los vivos, quienes debemos dedicarnos a la tarea inconclusa que los que aquí lucharon hicieron avanzar tanto y tan noblemente. Somos más bien los vivos quienes aquí debemos abocarnos a la gran tarea que aún resta ante nosotros: que de estos muertos a los que honramos, se extraiga un mayor fervor hacia la causa por la que ellos entregaron la mayor muestra de devoción. Que resolvamos firmemente que estos muertos no dieron su vida en vano. Que esta nación, Dios mediante, tendrá un nuevo nacimiento de libertad. Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparecerá de la faz de la Tierra.

Abraham Lincoln

Es difícil para el análisis semiopolítico del americanismo reducir esta histórica pieza de trascendencia universal a un mero segmento retórico, o al fragmento producto de una circunstancia. No es sólo el resultado de una transacción propia de un momento radicalizado por una precipitación doctrinaria dentro del contexto de una guerra civil entre hermanos, ni tampoco entendido como un producto cínico, tan propio del mundo de hoy con su mercadeo político. Fue uno de esos tantos capítulos que la vida política le impone al estadista. Esa obligación de ajustar sus dichos a lo que se puedan entender “relaciones de fuerza” para una coyuntura que ya se encontraba “marcada” por las circunstancias de una confrontación. Tampoco sería justo entenderla como el fruto de una exageración exitista. Se trata de una pieza connotada, que hasta, malentendida, se la pudiera comprender de demagógica.

Dentro de la procurada perspectiva semiopolítica, se debe descubrir el porqué de tanta distancia entre su prometida estructura profunda y la realidad que la sostiene —más de un siglo de *apartheid*—. La idea de la semiopolítica es procurar “ver debajo del agua”, ahondar en la búsqueda de los porqués para una coronación tan contradictoria de unos hechos que no formaron parte de la tan mentada “liberación”, que no fue tal, frente a un desenlace militar victorioso, cuando, en la realidad de los hechos, se desatendió a la grave “situación” de la población negra. El tiempo tomó conocimiento de su inmensa postergación por siglo y medio, y que todavía sea motivo de graves conflictos. En todo caso, cabe analizar qué filosofía de la vida de su época le pudo brindar sustento, cuando era sabido que la mayoría de sus presidentes fueron, en su debido momento, esclavistas, un atributo bien propio de la imprudente y extensa filosofía propia del americanismo: el pragmatismo.

Esa “racionalidad” prima en buena parte del mundo de hoy, con una fuerza cuya potencia y vigor ha logrado ser muy pocas veces establecida en la historia de la humanidad. El americanismo se ha sustentado, desde un inicio, sobre la base de los distantes “supuestos” del viejo liberalismo, un magnífico puente de *shifter*. Ese embriague articulador de la transmisión

del motor a la palanca de cambios, en su tránsito a la desigualación encubierta neoliberal o, al menos, una fisonomía que presume una receta universal de que “por allí está el camino”. Su ínsita lógica original es la de la vida empresarial, la de la rentabilidad utilitaria estandarizada, no sólo como la propia y adecuada, la natural, sino como la correcta y normal. Dentro de los organismos internacionales, imponen condiciones, cuando no chantaje, a su lectura de lo que los intereses entienden por Capital financiero y corporativo, y que las *visiones* privatistas logren ser trasladadas a la vida pública y a la sociedad política del Estado.

Existe una lectura inexcusable de los “valores” permanentes propios de la Revolución Francesa que reclaman que sean leídos al interior de un sentido unívoco del concepto de democracia, ya que, en cuanto estructura, reclaman de una articulación que logre acercar nominalmente a las distancias y a las diversidades. Para el grueso de la sociedad planetaria, no es natural una división antidemocrática entre *winners* y *losers*, producto de esta inducida impostura naturalizada por la insistente prédica de “ganadores” tan propia del americanismo. En cuanto estructura, la democracia tiende a atenuar “posiciones” y “situaciones” extremas. Exige no tolerar desigualdades hirientes. Pero el americanismo posee esa envidiable flexibilidad, la coerción y el potencial de extorsión para transformar el auspiciado intercambio bajo una inducida competencia, en la que habrán de saber salir de manera necesaria los “ganadores”. Logran encubrir su objetivo de que los Estados gobiernen para el mercado, así como la financiarización de sus deudores para superar sus crisis y recesiones. De este modo, someten a la austeridad a sus víctimas, presionan para la privatización de las estructuras del Estado y subordinan las acciones del Estado a la lógica de la gestión empresarial, detrás de la aceptación de la noción de “gobernanza”. De ese gerenciamiento de los particulares en la cosa pública, logrando desarmar todo acercamiento a una noción plena de “la política”, propia de la filosofía del siglo XVIII, la Ilustración y de la ideología de los contratos sociales. Así, logran prevalecer a través de la presión, el apremio, la coacción y el no dar respiro a la reflexión, esos componentes procedimentales de los que siempre han sabido sacar ventaja.

4. Apuntes sobre la génesis gramsciana

El americanismo, en Antonio Gramsci, es un concepto abierto, no consumado en su completud. De cualquier modo, el maestro sardo poseía ese atributo especial de saber imantar propiedades proyectables, casi nunca predecibles, partiendo o construyendo conceptos

originales o innovadores. Sobre todo, porque resultaban clarificadores, simplificadores de complejidades, abriendo caminos alternativos, por lo general, por fuera de los previstos.

El americanismo nace, como concepto, en los *Cuadernos de la cárcel*, en su artículo “Americanismo y fordismo” (Cuaderno 22), capítulo fructífero que, pese a no ser tan extenso, resulta ser un manantial difícil de resumir. En su estructura teórica, se trata de una construcción colateral que, sin embargo, permite concebirlo como un concepto que forma parte sustantiva del frente ideológico-cultural ideado por el pensador sardo. También cabría interpretarlo como parte y plano esencial de una dimensión más amplia, la ético-política, porque procura dar cuenta de un nuevo tipo de pensamiento, de una lógica diferente, de un razonar disonante respecto de las filosofías propias del viejo continente. Recuérdese el lugar privilegiado que Gramsci le supo brindar a los grados de la ideología, colocando su énfasis en el peso del papel ordenador y sistemático que debiera jugar la filosofía madre vigente, síntesis de las filosofías previas, y matriz de las *praxis* ideológicas en la vida social. Las ideologías articulan diagonalmente, cual pirámide, al resto de las estructuras de la sociedad, incidiendo en las propias filosofías espontáneas emergentes de las instancias subalternas. Esos grados de la ideología, de manera funcional, saben generar síntesis de interacción social con las lógicas complejidades de las diferentes clases, estamentos y sectores en su *construcción hegemónica*, ordenadoras de la sociedad civil. Para Gramsci, la noción de americanismo se mancomuna de una manera convergente, desde esta contraparte un tanto abstracta, teórica, ideal, genérica, a la complementación de su otra concepción, la del fordismo, entendida dentro de un plano mucho más instrumental y práctico: una organización de corte técnico-productivo.

Gramsci procuraba establecer la construcción de un término que proyectase una orientación de lo que, en su idea, podría llegar a ser, a futuro, un modelo de “hegemonía americana”. Le llamaba la atención su innato patrón de feroz “competitividad”, de búsqueda de arquetipos en una inserción del individuo dentro de una sociedad salvaje, anómica, que se alimenta de un rabioso molde igualitarista, concepto que entrevé una salida a esa selva social. Procuró una indagación, todavía a tientas, cuando las condiciones de evaluación no eran las plenas, dado el carácter no triunfal de este modelo, en la medida que su primacía todavía no se encontraba madura. Especuló, casi fantaseando, sobre cuál podría llegar a ser su aporte. Sobre qué lugar ocuparía el americanismo dentro del mundo capitalista de entonces cuando, finalizada la Gran Guerra, poseía aspiraciones imperiales, dadas las posibilidades en las que podría entrar el *breakdown* británico, previendo que le cabría algún marco de disputa para obtener un “lugar”

expectable dentro de las potencias que “prometían”, tal cual pudo haber sucedido con la Alemania y el Japón para los años inmediato-antecedentes.

¿Qué tipo de propuesta podía desplegar la potencia norteamericana que, tras su guerra civil, avanzó de una manera tan decidida en la Conquista del Oeste, las negociaciones con Luis Napoleón por el Medio Oeste, el robo de la mitad del territorio mexicano, las negociaciones con la Rusia Zarista por el territorio de Alaska, su persistencia permanente por trasgredir y obtener ventaja sobre las retaguardias sobrevivientes de las colonias españolas: Cuba y Puerto Rico, o sus políticas agresivas del *Big Stick* de Teddy Roosevelt para América Central? A esto cabría sumar su influencia internacional, tal como sus expectativas en el Pacífico en un sinnúmero de islas menores, pero, sobre todo, cuando Hawái se independizó del Reino Unido. Estados Unidos siempre se mantuvo expectante de aplicar su política en territorios que entendía propios: América, como cuando los franceses trabajaron por veinte años, hacia 1880, para la construcción de un canal interoceánico para barcos a través del istmo de Panamá, y los EE. UU. habrían de incidir en la secesión del Estado Federal de Panamá (1858-1863) de los Estados Unidos de Colombia —con ese Estado se estableció un tratado mediante el cual se construyó dicho canal (1903)—. Sus omisiones financieras facilitaron la guerra civil en la República Federal de Centroamérica. Todos estos pormenores no quedaron fuera del registro de un hombre culto y ventilado, con una sabida estructura detallista: intuía que allí había algo novedoso y diferente respecto del *modus operandi* europeo.

Sin embargo, a la distancia, Gramsci relevó el estudio del americanismo debido a un proyecto original que brindara *respuestas* atendibles a su preocupación constante: la cuestión meridional, la desintegración Norte-Sur italiana, su anacronismo institucional, las restricciones estructurales en la cosmovisión de la burguesía italiana, su lectura de los acontecimientos, como el “transformismo” de *Il Gatopardo* siciliano, y demás dramas de integración. El modelo del americanismo despuntaba interés por sus atributos, era lo que le interesaba, qué de novedoso pudiera contribuir con relación a las otras viejas potencias europeas. ¿Cuáles podrían llegar a ser sus atributos que lo diferenciaren y qué aporte transformador pudiera brindar el americanismo a una novedosa tónica distintiva con su establecimiento, tramitando concretar su mismo “espacio vital” en el concierto de las naciones centrales? Antes de los *Cuadernos*, sobre la base de reflexiones teóricas de la época de *L'Ordine Nuovo*, Gramsci tuvo un período inicial de estudios americanos que le permitieron sintonizar, retomando el fenómeno desde la propia

cárcel. Por entonces, sorprendido por la afirmación del dramaturgo italiano Luigi Pirandello, definió la dimensión americanista en tanto un “factor” útil para relevar a los tiempos modernos:

Civilización americana y europea. En una entrevista con Carrada Alvaro (...), Luigi Pirandello afirma: “El americanismo nos inunda. Creo que un nuevo faro de civilización se ha encendido allí”. “El dinero que corre por el mundo es americano (!), y detrás del dinero (!) corre el modo de vida y la cultura” (esto es cierto sólo para la crema de la sociedad, y de tal crema cosmopolita parece que Pirandello, y con él muchos otros, cree que esté constituido todo el ‘mundo’). “¿Tiene América una cultura? (habría que decir: ¿tiene una cultura unitaria y centralizada, o sea América es una nación del tipo francés, alemán e inglés?) Tiene libros y costumbres. Sus costumbres son su nueva literatura, aquella que penetra a través de las puertas más sólidas y defendidas. En Berlín usted no siente la separación entre vieja y nueva Europa porque la estructura misma de la ciudad no ofrece resistencias” (Pirandello hoy no podría decir lo mismo, y por consiguiente debe entenderse que se refería al Berlín de los cafés nocturnos). “En París, donde existe una estructura histórica y artística, donde los testimonios de una civilización autóctona están presentes, el americanismo es tan estridente como el colorete sobre el viejo rostro de una prostituta”. Pero el problema no es si en América existe una nueva civilización, una nueva cultura, aunque esté todavía en el estado de “faro”, y si éstas están invadiendo o han invadido ya a Europa: si el problema tuviese que plantearse así, la respuesta sería fácil: no, no existe etcétera, e incluso en América no se hace más que rumiar la vieja cultura europea. El problema es éste: si América, con el peso implacable de su producción económica (y eso indirectamente) obligará o está obligando a Europa a un cambio de su eje económico-social demasiado anticuado, que de todos modos se habría producido, pero con ritmo lento y que inmediatamente se presenta por el contrario como un contragolpe de la “prepotencia” americana, o sea que se está dando una transformación de las bases materiales de la civilización europea, lo que a largo plazo (y no muy largo, porque en el período actual todo es más rápido que en los períodos pasados) conducirá a una transformación de la forma de civilización existente y al obligado nacimiento de una nueva civilización. Los elementos de “nueva cultura” y de “nuevo modo de vida” que hoy se difunden bajo la etiqueta americana son apenas los primeros intentos a trompicones, debidos no ya a un “orden” que nace de unos nuevos cimientos, que todavía no se han formado, sino a la iniciativa superficial y simiesca de los elementos que empiezan a sentirse socialmente eliminados de la operación (todavía destructiva y disolutiva) de los nuevos cimientos (...). Lo que hoy se llama “americanismo” es en gran parte la crítica preventiva de los viejos estratos que precisamente serán aniquilados por el posible nuevo orden y que ya hoy son presa de una oleada de pánico social, de disolución, de desesperación, es un intento de reacción inconsciente de quien es impotente para reconstruir y recalca los aspectos negativos de la transformación. No es de los grupos sociales “condenados” por el nuevo orden que se puede esperar la reconstrucción, sino de aquellos que están creando, por imposición y con sus propios sufrimientos, las bases materiales de este nuevo orden: ellos “deben” encontrar el sistema de vida “original” y no de marca americana, para convertir en “libertad” lo que hoy es “necesidad”.³⁴

Como es sabido, su obra posee una expresión polivalente, ambigua; nunca resulta ser taxativamente definitiva, ni goza de definiciones absolutas. A pesar de su enigmático estilo, quienes lo traspasan con su obligada relectura logran sintonizar “supuestos” de un “código” gramsciano, que se sabe hacer entender, enfrentando no sólo la censura. Queda claro que, por detrás de cada una de sus líneas, sabe trasuntar una caracterización firme de los problemas y las

³⁴ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* 6, ob. cit.

“cuestiones”. Su lector se transmuta en cómplice, quedando atrapado al recibir el impacto de ese imprevisto *plus de sentido*. Quien pueda colegirlo traspasa lo evidente, supera lo superficial, aprende a manejarse dentro de otros dibujos, los propios de su esquema y de sus tramas narrativas que iluminan aspectos imprevistos.

El irónicamente denostado “teórico de las superestructuras” expresó, por una parte, su temor a esa “ideología” que intuía una *visión* de proyección que no compartía, en tanto marxista, sobre cómo ellos “leían” los procesos sociales en los EE. UU. Los estudiosos en la materia hablan de que veía al americanismo cual una “ola de pánico” ante una posible generalización de su tipo de presencia amenazante, incidiendo dentro de un proceso naturalizado de “orden” a escala mundial³⁵. Sin demasías, le adjudicó atributos despiadados: una serie de excesos que apuntan, voraces, a fagocitarlo todo, a devorar al débil y al vulnerable, sin sutilezas ni ambigüedades, cayendo sin rodeos sobre el caído.

Por otra parte, a Gramsci lo alertaba que tal fogosidad del americanismo pudiera llegar a ser algo inexorable: la propia de *los nuevos tiempos*. Señalaba que tal tipo de actuar, tan implacable, fueran parte de los atributos propios de una nueva *praxis*, la americana. Estas intervenciones directas, plagadas de concisa direccionalidad en sus acciones, podían llegar a ser una invitación a ser imitadas. Incluso, desacreditó a tales prácticas, señalándolas como “simiescas”, adjetivo que expresaba su tónica ración de pragmatismo y practicidad desalmada. Para Gramsci, esta virtud merecería algún parcial elogio, frente a lo que interpretaba cuando opinaba sobre esa especulativa “ausencia” hipócrita, propia del pensamiento europeo, objeto de crítica constante por su anacronismo y carácter atávico, antiguallas ridículas supeditadas a vigencias “imaginarias” de unas instituciones anacrónicas, ya superadas por la historia.

Esta prepotencia americana, vista cual una formación reactiva, con esa arrogancia de nunca pedir “permiso”, es anunciada como un “hilo rojo del destino”, un efecto no previsto motivado por su carácter aluvional del desordenado despliegue capitalista en la América del Norte. Tales prácticas desembozadas reflejaban características impositivas, que destellan accionares sin mediaciones, salvajes, con esa impronta del *far-west*, con su carácter voraz, sin enmascaramientos, presentando su codicia bajo las *formas* de los “hechos” consumados, propios de esa identificación que el creador de *L'Ordine Nuovo* les habría de proyectar en tanto

³⁵ LIGUORI, Guido; MODONESI, Massimo y VOZA, Pasquale (eds.), *Diccionario gramsciano (1926/1937)*, Cagliari, UNICApres/ Ricerca: Guido Liguori, Massimo Modonessi, Pasquale Voza (eds.), edición al español de María Cristina Secci y Massimo Modonessi, 2022.

posible “atajo” para enfrentar a unos *tiempos modernos* de un capitalismo concentrado. Atributos feroces que abarcarían tanto el plano económico como los político-culturales.

Procurando respetar estas observaciones del estudioso Giorgio Baratta³⁶, la “cuestión” americana irrumpió cuando Gramsci venía construyendo su concepto troncal de “hegemonía”. Esa relación de la itálica tensión Norte-Sur que supo reflejar el tipo de desconexión entre el modo de construcción del capitalismo entre Europa y América. Según Gramsci, el americanismo podía ser un aporte para superar la parasitaria tónica del pesado modo del capitalismo continental, fruto del anacronismo tradicional europeo. Toda esa incoherencia caracterizada por el creador de *La ciudad futura* se reflejaban en la vetustez de las propias administraciones burocrático-dinásticas —con sus esquemas especulativos y rígidas significaciones propias del idealismo hegeliano—, la inquebrantable influencia del clero, las restricciones de una pasiva intelectualidad retardataria, el peso de la solariega propiedad aristocrática y nobiliaria de la tierra, los *modos* primitivos frente a lo que era un arte del “comerciar” modernizado y contemporáneo. Por todo ello, veía en la propuesta de la práctica norteamericana mucho mayor desapego y una nueva racionalidad. Incluso llegó a denominar a esta manera sociocultural novedosa: “filosofía americana” o “concepción americana de la vida”.

Pero Gramsci también sospechaba. Se preguntaba sobre si tal fenómeno no debería pensarse cual si sólo fuera “una creación propia”. Precisamente, por esta razón, desconfiaba. Le resultaba una obra “creativa”, pero de naturaleza económico-práctica, en la que primaban sus aspectos económico-corporativos, desapegados de los ético-políticos, impropios de una concepción integral de “la política”. Para él era una creación sobre la marcha, sobre la base de “su” hacer, improvisada: el devenir emergente de un accionar propio. Así, examinó el “supuesto” de que si esa América, pragmática, persuadida de que todo nace de la acción práctica, rumbeando hacia tamaña precipitación, ello se hacía sobre la base de una imposición de los hechos consumados. Esta concepción le parecía peligrosa, pues nunca vio con buenos ojos el accionar precipitado. Odiaba al espontaneísmo. Sospechaba de la desmesura del americanismo, de su violencia, asociada a su contracara represiva, de esa intimidación aleccionadora para una sociedad que, por su dinámica, se presentase como innovadora, sospechando de que esa idea, *per se*, fuera realmente de una positividad modernizante.

³⁶ *Ibíd.*, pp. 26-34.

Sus observaciones sobre las grandezas y miserias del americanismo sugerían la creación de un nuevo tipo de *ser humano*. Un enfático culturalista, como él, alertó que su armazón, esa infraestructura de base, habría de ser la *incultura*, al promoverse tamaña apostasía del salvajismo, una carencia de sofisticación respecto del *modo* en que Alejandro Horowicz distinguió a *El huracán rojo*³⁷. Tamaño signo *epocal*, potenciado por las circunstancias históricas, estuvo signado por la dinámica revolucionaria; que no fue otra cosa más que una orgánica y tumultuosa ampliación de perspectivas críticas del *poder* que le supieron imprimir las “marcas” de una *época*, contextualizadas al asimilarse dentro de la precipitación de unos tiempos que, cada tanto, saben dinamizar, sin límites, las concepciones del *poder*, metabolizando una radical ampliación de sus horizontes. En última instancia, el producto de un mayor preciosismo, al ser el emergente de un culto sustentado bajo los patrones filosóficos e ideológicos de la revolución democrática y de la ciudadanía política de la Revolución Francesa que llegaron hasta Octubre y más. Gramsci distinguió expresamente que el americanismo no superaba su primitiva fase económico-corporativa, la misma que supieron transitar los pueblos europeos en el pasado, bajo el alto medioevo, potenciando la superada violencia del “viejo arsenal” propio de aquellos oscuros tiempos clericales, con sus sombríos primitivismos, propios de aquel pensar tan directamente violento como caduco.

Lo estimulaba el pensar que tal *construcción hegemónica* había nacido de las fábricas, con una mínima intervención de los profesionales de la política y la ideología. De allí los aspectos positivos que lo animaron a decir que poseían “vida propia”. Se presentaban cuales hechos consumados, pero contruidos en el día a día de su *cotidianeidad*, ya que resultaban de muy difícil retorno. En la lógica que he venido proponiendo, estudió al americanismo como una suerte de “atajo” para superar los reiterados anacronismos de la contradictoria construcción italiana y europea. Exaltó la necesidad de romper con el “viejo individualismo económico”, para pegar un salto hacia “la economía programada”, en la que se validaba una salida socialista. En la lectura de estas precariedades peninsulares, examinó a una América que, en términos relativos, se presentaba de avanzada, a la búsqueda de una industrialización modernizante en la que, tal como todo revolucionario e intelectual de su época, depositaba inmensa fe para generar las mejores condiciones para el añorado progreso hacia el socialismo.

³⁷ Alejandro Horowicz, *El huracán rojo. De Francia a Rusia 1789/1917. Doble poder: instrucciones de uso*, Argentina, Paidós bajo el sello Crítica, 2018.

Gramsci daba por sentado que una América de supuesta avanzada, como fue leída a fines de los años veinte, implicaba no sólo la “racionalización de la producción”, asentada en un fuerte basamento industrial, sino también en el establecimiento de acciones solidarias, el resultado de las transformaciones en la superestructura jurídica y política, así como, aún más, de los planos ideológicos y socioculturales, al consolidar el afianzamiento de un “Estado liberal” que consintiese complementar sus ineludibles cambios para la total integración de la bota itálica. De producirse, fecundaría de una adecuada dinámica espontánea a otro desarrollo histórico, cosa que ayudaría al progreso en un tema tan delicado como el de la propiedad en la cuestión meridional, acercándose de una manera poco ortodoxa al sistema de los monopolios.

Gramsci infiere que esa novedosa concentración sería un paso adelante hacia el régimen de la propiedad social o colectiva, ya que el Jueves Negro de 1929, y las políticas subsecuentes, permitieron colocar el tema en la agenda pública. Ello habría de implicar una expansión, con una modernización en los consumos, que exigirían superar los anacronismos de las estructuras productivas tradicionales, amén de resolver los usuales y acostumbrados problemas del acaparamiento, el agio y la especulación que le imputaba a la primitividad del universo latino. Le entusiasmaba la idea de que las crisis capitalistas permitieran una superación modernizante no prevista en aquellos estereotipos de sus etapas anacrónicas. Hasta le llegaba a fascinar que, con la profundización de sus “crisis orgánicas”, las propias vetustas estructuras superasen un capitalismo incongruente que para nada deseaba superarse.

Asimismo, reparaba con reserva y sigilo tal pesadez, en el juego de su reflexión crítica, por parte de una intelectualidad europea frágil con relación a la norteamericana. Veía que los intelectuales del viejo continente no eran más que adláteres asociados a las clases acaudaladas, asimilándose a una mera recepción de prerrogativas y a la superioridad que les brindaba el simple trato de linaje privilegiado. Para Gramsci, la joven intelectualidad norteamericana era más rupturista e insolente que la europea. La veía más original, con una búsqueda constante de variaciones y planos culturales innovadores, con elaboraciones más creativas y vitales en las lecturas de sus conflictos. Observaba con simpatía su desarraigo, y lo orgánico de su crítica a las costumbres ancestrales. La vida intelectual poseía existencia propia, con razonable distancia respecto de los “factores” del *poder* y las clases dominantes. Por este cúmulo de “factores”, le brindaba crédito a lo que bautizó “filosofía americana”, que no resultaba ser más que una inorgánica superestructura escindida de los problemas reales. Esta novedosa validación “progresiva” estalló con el americanismo, aunque desde un inicio, en su Cuaderno 1, Gramsci

le reprochó sus rendijas de inexperta historicidad. Le reconocía, sí, haber evadido la pesada carga de la tradición europea, con su parasitismo e improductividad, lo cual permitió entender el “descubrimiento” de las dimensiones americanistas de *los tiempos modernos*: Charles Chaplin, Buster Keaton, Ezra Pound, F. Scott Fitzgerald, el jazz, el comic urbano de masas y las burbujeantes producciones de Hollywood.

Como expresé, su concepto de americanismo se encuentra asociado a la noción de hegemonía. Una elaboración mayúscula, que constituiría un antes y un después dentro de los análisis de los patrones de la dominación. Esta aquilatada producción adquirió, en su concepción madura, una tonificación que influenció su relación con las otras lecturas de muchos de los variados tópicos del marxismo inicial, sobre todo entre quienes establecieron una relación maquinales entre estructura y superestructura. Gramsci discutía las tendencias mecanicistas, realizando una lectura asociativa en el tránsito de su evolución dentro de los *Cuadernos*: la lógica de una construcción hegemónica facilitaría la penetración del concepto de americanismo, haciendo más fácil comprender la compleja evolución de estos conceptos, todavía ásperos y cerrados. Más aún, profundizando esta lógica, la teoría de la hegemonía animaría la posibilidad de brindar aportes progresivos para una actualización superadora de la teoría de la ideología, así como también su articulación con la futura teoría del discurso.

En su obra, la concepción de hegemonía resultaría ser un factor clave, mientras que la noción de americanismo poseía todavía un carácter implícito, tácitamente sobreentendido. Esto podría sembrar confusión, aunque siempre queda claro que debe estar asociado a una respuesta a *los tiempos modernos*. Una suerte de espontánea réplica a la problemática organizativa *real* del capitalismo moderno. Asimismo, aquí reafirmo algunas “cuestiones” para precisar la genealogía del fenómeno del americanismo y su convergencia con el neoliberalismo y las otras dos dimensiones privilegiadas: el proceso de transformación social, generado por la denominada *globalización económica* y, en un plano más estructural, las transformaciones sustantivas que han signado el señalado *cambio de época*. Me refiero a la precipitada evolución y fijación de un nuevo paradigma tecnológico con la revolución científica y técnica (RCyT), con sus múltiples elaboraciones, que han alterado al plano material de todo el universo como para que, en pocas décadas, la realidad ecuménica se haya vuelto irreconocible.

5. ¿Qué capitalizó el americanismo para confrontar con el Este?

El americanismo realizó una proposición simple y clara, pragmática y contundente. Con apuestas estratégicas que le permitieron acomodarse mejor frente al novedoso escenario mundial para plasmar una resolución propicia y conveniente a su favor. Especulaban con un desenlace ventajoso para la salida y conclusión de la Guerra Fría, *vis-à-vis* de un bloque soviético que, sin profundizar, desplegaba, convencido, una lectura estratégica estática.

A partir del XXº Congreso del PCUS (1956), se iniciaron los desarrollos de conceptos cuales “détente” y “emulación pacífica”. Partieron del “supuesto” de que el Estado socialista se encontraba consumado y que, con él, se cerraba una etapa histórica de la humanidad. Un tiempo, de por sí, inexorable. Al régimen socialista sólo le cabría un único destino: triunfar. Bajo los “supuestos” de su lógica, el bloque del “socialismo realmente existente” procuró congelar el “cuadro de situación” universal, realizando una fuerte apuesta: la de coronar un cierre en la evolución del sistema de la sociedad mundial. Para el lector desprevenido del mundo de hoy, este panorama puede parecerle un disparate; pero la sociología política del conocimiento — semiopolítica— le recuerda que, para aquellos años, el territorio socialista constituía la sexta porción del planeta y la tercera parte de la población mundial. Consideraban que, para el largo plazo, poseían las condiciones esenciales para su éxito definitivo. En tal línea de pensamiento, entendían que la congelación de la vida social y los conflictos materializarían la consolidación del socialismo, llegando a una etapa semejante a la del “fin de la historia”.

Así, se daba por consumada la perfección de su sistema de organización social, al que sólo le cabrían coronar algunas inherentes modificaciones menores doctrinarias al interior de la filosofía marxista-leninista. La idea de una “détente” procuraba la distensión universal, algo que sólo se habría de alcanzar profundizando una “coexistencia pacífica”, a sabiendas de que sólo los socialistas lograrían consolidar la existencia de una *paz* duradera, administrando de manera sabia su ventaja en las carreras nuclear y armamentista. Serían reconocidos a escala universal los actores que potenciasen esta emulación de rivalidades entre los regímenes económico-sociales confrontados, que permitieran hacerle saber a la comunidad mundial cuál habría de ser el mejor sistema de sociedad. Daban por sentado que el socialismo superaría al capitalismo en la esfera de la producción material.

Además, los socialistas estaban convencidos de que los estadistas norteamericanos eran, por naturaleza, prepotentes, falsos, mendaces y poco confiables. Para colmo, de tal desconfianza, con la crisis de los misiles de Cuba y el cumplimiento de la erradicación de los

de Turquía, se pasó a establecer una telefónica “línea roja” de colaboración para evitar nuevas crisis entre Washington y Moscú. Al modificar la definición de clase, de “vanguardia del proletariado” a “partido de todo el pueblo”, y desinvolucrarse de la mayoría de las luchas revolucionarias, la lectura del PCUS no se percató de que, con tal revisionismo, se habría de patrocinar una fuerza política e institucional más asociada al pensamiento conservador, al modo de un Edmund Burke, que a los principios revolucionarios del Octubre rojo. El progreso de los escenarios vigentes hasta entonces parecía señalar que, con sólo profundizar las crisis cíclicas del capitalismo en su etapa imperialista, sólo ellas alcanzarían para que este cúmulo de “factores” operasen en un único e inexorable sentido: a su favor.

Por su parte, el Occidente —esa construcción paneuropea pergeñada con equilibrio por el americanismo en la Introducción— procuró una edificación sólida, cimentada sobre la base de una firme acción expansiva, innovadora y mancomunada, dentro de una “pacífica” concepción interna sobre la base del reconocimiento de una reconstruida Europa Occidental, ya que, sus enemigos letales, se encontraban “por fuera” de la NATO. Esta inteligible propuesta integrativa generaba una “imaginaria” unificación y, por su propia dinámica, resultaría de difícil detención. Cuando se señala que ha sido una construcción elaborada a tal efecto, su objetivo era el de brindar satisfacción al antagonismo polarizante de la Guerra Fría y que, por su dinámica feroz, también resultaría trabajoso de relevar, reconocer y asumir.

De este modo, se consiguió establecer una noción que se instituyó, en un cuadro de marcada polarización y confrontación propagandística —propia de todo ese tipo de comunicación bélica con injerencia de las acciones de Inteligencia estratégicas—, la inexorable impresión de que “las cartas estaban echadas”. Europa Occidental consolidó un “proceso de acumulación pasiva” para una coronación estática, la asunción de un definitivo “fin de la historia” que ya había dado por descontado su bloque opuesto. Así, el americanismo asumió que existía un reconocimiento masivo sobre dónde estaba el bando de “los buenos”. De allí que, a partir de esta implícita siembra estratégica, signada por décadas de acción propagandística y consolidación sociocultural en “bloques”, la disuasión de la inteligencia diera por sentado que el alineamiento fuera por “bandos”. Ello, luego del derrumbe del Muro y la implosión soviética, ya no se la podría tomar más que como una previsible “sorpresa”.

El americanismo impulsaba un modelo societal atravesado por la innovación permanente, con una reconversión positiva, favorable, arraigada y estable. Ofrecía aquiescencias en materia política y social, toleraba la diversidad —sexual, cultural, étnica— a

su vez que reconstruía una retaguardia segura, con la aceptación propia de la posguerra de una izquierda “sensata” con una socialdemocracia de “centro”, “pata izquierda” de la *democracy*. También toleraba al *Welfare State* y el keynesianismo cual doctrina económica, validando así una base sólida, cosmopolita y de referencia mundial, a partir de su dominante “imagen” de una reconversión política y social generalmente vista como de poseer una innovación permanente.

Esta *visión* epidérmica procura realizar un señalamiento de las diferencias en el tipo de comunicación estratégica entre las dos superpotencias políticas emergentes de la Segunda Guerra Mundial. Con sistemática inculcación exhibían la trivialización de un concepto clave que, desde ambos *corpus*, entendieran, con un lenguaje imprevisto para los años postreros a la guerra, presentándolo cual el signifiante ordenador de la época. Desde sendos *corpus* de “valores” diferenciales, privativos desde sus propias “ideologías”, sembraron la idea de una presuntuosa “liberación del hombre”, asociadas a las lecturas de las tensiones que cada bloque hacía de su concepto de Libertad: los de una ampliación liberal acumulativa de los derechos individuales, o los emergentes de una colectiva emancipación social de carácter comunitario.

A partir del estallido posmoderno, todo se modificó. De manera coligada a un mundo pleno de cambios, con las sucedáneas transformaciones de la auspiciada “sociedad abierta”, comenzó a cundir la propalada tolerancia, con una estampida en los planos de las costumbres y las opiniones, con tal saturación que, bajo tales contextos, los problemas de la Libertad adquirieron otra dimensión: resultarían un cúmulo de inducidos estereotipos, ingenuamente *verosímiles*. Más aún, bajo tamañas condiciones de credibilidad, y sujetas a los créditos de una potencial masiva condena disciplinarista, constituyeron apretadas “creencias”, estableciéndoles visibilidad a lo que se presentaba como evidentes “componentes” autoritarios del endilgado “totalitarismo”, en detrimento de sus rasgos mucho menos “visibles” de los del Occidente.

Los *topoi* americanistas saben instigar una adecuada instrumentación de la conveniente “construcción social de la realidad”, a través de las consabidas e históricas “condenas”, con esas “miradas” plenas de “lugares comunes” y pensamientos “políticamente correctos”, que se sedimentan dentro de las estructuras profundas de los “sistemas de creencias” de las sociedades³⁸. Esta condición es verificable en la coyuntura actual con sólo profundizar qué se piensa en cualquier estrato de la sociedad occidental respecto de la Rusia de Putin, su liderazgo,

³⁸ José Ortega y Gasset, *Pidiendo un Goethe desde dentro, En torno a Galileo, Historia como sistema, Ideas y creencias, Prólogo a “Historia de la Filosofía” de Émile Bréhier, La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva (Selección)*, Madrid, Gredos, 2014.

pero, también, sobre si su régimen político y social resulta ser “comunista”. Evidentes “lugares comunes” heredados de los preconceptos descalificantes sometidos a las figuras retóricas, como por ejemplo que “los comunistas se comen a los niños”, o las imágenes de un Aleksandr Solzhenitsyn con su interesada *visión* de los *gulags* de Siberia, sus costumbres bárbaras, las representaciones de novelas como *El baile de Natasha*³⁹ o *Los que susurran*⁴⁰, y demás elaboraciones instrumentadas para una tan evidente siembra de la propaganda política, heredera del *climax* creado por la inteligencia estratégica propia de la Guerra Fría y al temor nuclear.

De aquel momento se rescata un concepto aquí utilizado en un sentido opuesto, supletorio al de “ideología”: “psicopolítica”. Entre las acciones publicitadas del intrigar propio de la psicopolítica, aparecen las señaladas consideraciones trilladas: las del “lavado de cerebros”, o la pleonástica caracterización cual la de “idiotas útiles”. Esas construcciones de “aparato”, instrumentadas para adjudicar que los niveles de conciencia de la sociedad de masas puedan llegar a ser el producto de mecánicas instrumentaciones a distancia, una creación de ejercicios de “manuales” de partido o del accionar velado de encubiertos, incógnitos, recónditos e inexplorables siempre todopoderosos e invulnerables servicios de la Inteligencia enemiga. Desde el Occidente, esta elaboración llevó a asociar que estas construcciones de conciencia sean el producto cimentado por los sujetos del “aparato”, del *apparátchikk*, o de las siempre maléficas intervenciones de la Cheka, NKVD o KGB, los comisarios del pueblo, los controles del Partido, o la *Nomenklatura*. Esa desagradable elite seleccionada de funcionarios, aterradores burócratas, seguramente “acomodados” políticos cercanos a la dirigencia en el poder que quién sabe qué méritos o atributos tendrían, propios de esos regímenes “totalitarios”, de segura génesis estalinista. Indispensable para gestionar cualquier “política del Estado”, esa aterradora y atroz burocracia partidaria seguro que habría de ostentar condiciones económicas y sociales superiores a las del resto de la ciudadanía soviética. Todo este cúmulo de “imágenes” opresivas, plenas de tinieblas, atónitas, detenidas en el tiempo, lóbregas, imperturbables, estacionarias, de nula transformación, se han sabido mostrar hábilmente: un universo inhumano, opresivo, que genera angustia y de cuya irreversibilidad nadie puede extraer señal positiva alguna.

Aquí recupero tal construcción para sugerir cómo se realizó ese cultivo sobre la psicopolítica del monstruo estatista. Este concepto permite comparar cómo los “sistemas de

³⁹ Orlando Figes, *El baile de Natasha. Una historia cultural rusa*, España, Edhasa, 2002 (2006).

⁴⁰ Orlando Figes, *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*, España, Edhasa, 2009.

creencias” han estado siempre inducidos desde el *poder* e instrumentados para sus fines. La lectura de una sociología política del conocimiento procura develar este núcleo ciego. ¿Cómo se logran operacionalizar Razón, Verdad, conciencia y cognición para establecer un “sistema de creencias” que se arraigue sobre intereses subalternos y sea la base de pensamientos dentro de una sociedad donde tales nociones se vuelven orgánicas y estables? Este proceder siempre ha sido soslayado de manera cómplice con relación al régimen nazi⁴¹, sin caer en sujetos barrados, ni recurrir a nociones muy extensas de un desmedido *ello*, de inconscientes colectivos y demás figuras psicoanalíticas, todas valiosas, pero —se entiende— llevadas a la desmesura.

La *visión* semiopolítica procura establecer una lectura más ligada a planos de subyacente evidencia, de todo aquello que *no* se supo sustentar sometido a una más definida observación, análisis ni estudio. Ese reconocimiento permite una relación más objetiva y empírica, *real*, bajo qué y dentro de cuáles “condiciones” se brindan las posibilidades para articular las relaciones entre las nucleares variables que pudieran tener su acrecentamiento con plenas consecuencias políticas. Una sociología del conocimiento debe saber recuperar un análisis crítico de la relación “conocimiento, *poder* y sociedad”. Todo se exagera de una manera precipitada para su instrumentación, pero ¿cómo y por qué saben primar estos “sistemas de creencias” en el seno de la sociedad, con tal conformidad acrítica, siempre funcionales a la instrumentación de sus miedos y necesidades? Los resentimientos chauvinistas, las invocaciones guerreras, segregacionistas, confesionales y religiosas, de género, raza, etnia, de preservación de tradiciones y lecturas históricas, todo puede llegar a ser invocado para tal exacerbación. Solamente recuérdense los comportamientos de los partidos socialistas liberales cuando la Gran Guerra, pese a sus compromisos pacifistas establecidos bajo la II^o Internacional Socialista.

Aquí confronto este tipo de instrumentaciones ancestrales —de inequívoca y creciente mayor sofisticación y superior exacerbación— respecto de un *climax* social predispuesto, un universo que no alcanza a más de un siglo, realizando un paralelo en su analogía, sobre la creación de un “opuesto” dentro de una también *construida* propia historia occidental. ¿Cómo se han sabido instrumentar esos miedos, fantasmas, espectros y temores? Tal condena no la han hecho personajes instrumentados de la nada. La han consumado gente asociada a unos “valores” próximos, consulares, a los cuales no les cupiera ninguna sospecha. Entre las premonitorias obras de condena sobre aquellos tiempos, cabe destacar las afamadas *Un mundo feliz*, de Aldous

⁴¹ Daniel Jonah Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler: Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Santillana, Taurus Pensamiento, 1996 (1997).

Huxley (1933) y 1984, de George Orwell (1947-1948), con su “Ministerio de la Verdad”, “del Pensamiento” y su voluntario sometimiento al gobierno totalitario. Por supuesto, Hollywood, desde John Wayne a Steven Spielberg, sabiamente instrumentó pautas y códigos de censura.

La Europa del Este, ligada a la señalada cosmovisión soviética de la Guerra Fría, se encontraba alineada a la vertical impostura omnímoda de la influencia soviética, estableciendo un indeterminable grado de consenso. Se consumaba así, con una hoy indescifrable frontalidad reactiva, la oposición a asumir la idea de la política que auspiciaba el Occidente. Aquí procuro evitar “posiciones” simplistas y maniqueas. Admítase como hipótesis, por lo pronto, el “supuesto” soviético de que sólo pudiera restar un tramo terminal agonizante de la decadencia capitalista, inscripta en su juicio del supuesto “fin de la historia”. Las áreas de dominio y atribución acordadas en Yalta quedarían atrapadas dentro de la señalada propia estrategia estática. Así, quedaron interiormente paralizados por tal congelada propuesta de “emulación pacífica”, con una lectura antidialéctica que les aseguraba que la realidad no habría de “moverse” de manera significativa ni contradictoria, convencidos sobre su triunfo final, mientras que, en los hechos, quedaron atrapados y desarmados en la parálisis de su *statu quo*.

Ahora bien, de manera opuesta, pese a la “invisibilidad” de todas sus *crisis* siempre evidentes, descritas por la “crisis de legitimidad del tardocapitalismo”⁴², el americanismo alimentó —y aún sigue alimentando— una irrefrenable percepción de moverse siempre bajo tiempos de supuesto “cambio”. De momentos de presumida innovación evolutiva o, cuando menos, de cierta movilidad económica y social, o de mutaciones tecnológicas y organizativas importantes, donde se muestra cierta aceleración de un mundo que, con sus transformaciones, genera un apócrifo “efecto demostración” sobre un *cambio de época*. Estas transformaciones irreversibles, todavía no calibradas en su magnitud y proporción, han alterado de manera significativa toda la cognición de la *cotidianeidad*, no sólo occidental, sino mundial.

No sin un dejo de ironía, se supo provocar una analogía con los “manuales” soviéticos, la cual, reflatado el instrumental concepto de psicopolítica, es criticada por los filósofos finiseculares, quienes denuncian las invisibilizadas transformaciones regresivas del capitalismo digital y del régimen de la Información del mundo de hoy⁴³. Desde el extremo sur, tal *visión* resulta difícil de reconocer, pues Occidente posee una metabolización cristalizada, totalmente

⁴² Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, ob. cit.

⁴³ Byung-Chul Han, *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas del poder*, Argentina, Herder, 2021 (2014).

ajena a las lógicas y contrariedades sur-continenciales, a cómo se logran ver desde allí todos estos graves problemas. Por ejemplo, el Norte, con su etnocentrismo, todavía no logra comprender el porqué del éxito de la primera oleada del “giro a la izquierda” de inicios del siglo XXI liderado por Chávez, o la consolidación del nuevo bloque euroasiático, el éxito del “Camino de la Seda” o la creciente influencia de los BRICS en Asia, África y América Latina.

El grueso del hemisferio norte no soportaría la crítica de una inyección de lectura alternativa sobre temas tan delicados, porque ellos ya se encuentran consumados y resultan ser, prácticamente, inapelables e inmovibles en su siempre tan crónica cristalización indolora. No lograrían soportar una inyección de Libertad distinta, que tenga la posibilidad de ser establecida bajo fundamentos disímiles. Su *visión* resulta ser definitivamente empequeñecida, a la vera de un acervo mnémico propio, basado en los “supuestos” solidificados bajo los prejuicios y las anteojeras propios de la Guerra Fría. Se encuentran incapacitados de aceptar un concepto de Libertad diferencial, uno que plasme a otra superación de la política, en distinta frecuencia moral e intelectual. Porque para el Occidente, como también lo fue en su momento para el universo soviético, para su lógica e inercia conservadoras, ya todo se habría logrado. La vida del Occidente resultaría ser, así, la de una Libertad que, para el resto del Sur y el universo exótico, resulta ser impalpable, inesencial, superficial, ya que se plasma solamente como un logro sustantivista ahistórico *per se*, por su mero ejercicio retórico de interpelar a su invocación. A esa Libertad tan inesencial como diluida, Jean Beaudrillard la ha sabido correctamente caracterizar de manera irónica, casi genial, como de “libertad infinitesimal”.

En ella, en ese “todo”, en esa Libertad, misérrima y especulativa, ese avaro y miserable “efecto de demostración” desaparece por su volatilidad y exceso. No se asumen ni reflexionan las críticas, ni del marxismo occidental, ni de la setentista teoría de la dependencia, ni de las tan pormenorizadas filosofías posmodernas. Las consideraciones se encuentran desbordadas por una autoindulgente saturación de la realidad que, en su evolución, está sobrecargada de estímulos inasibles, sometida a una retórica vana, vencida por el tiempo, carente de sentido, tan cerrada como envolvente. El americanismo, con sus proteicos “lugares comunes”, a partir de una abusiva *cotidianeidad* que satura naturalizando “valores”, “supuestos” e implícitos, ha sabido capitalizar su confrontación con el Este en tiempos de la Guerra Fría —y posteriormente también— y, como parte de este triunfo, supo imponer esa *visión* al otro hemisferio y, en particular, al grueso de su “patio trasero” (América Latina).

CAPÍTULO 2

PSICOPOLÍTICA DEL AMERICANISMO

“Quien elige hoy la filosofía como profesión debe primero rechazar la ilusión con la que comenzaron las empresas filosóficas anteriores: que el poder del pensamiento es suficiente para captar la totalidad de lo real”

Theodor W. Adorno

“La racionalidad técnica es hoy la racionalidad del dominio mismo”

Theodor W. Adorno y Max Horkheimer

“Las intuiciones sin conceptos son ciegas”

Immanuel Kant

1. La sociedad de la anomia: prácticas de “irresponsabilidades generalizadas”

El americanismo, el neoliberalismo y la globalización tardocapitalista son tres procesos convergentes, el producto de un ajuste a los requerimientos que establece el sistema capitalista: la constante ampliación de sus mercados. Este atributo básico, condición *sine qua non*, “sabe” encausar la natural evolución del modo de producción tardocapitalista, ajustando sólo a algunos de sus detalles a cada formación económico-social.

Entre las cualidades del tránsito del capitalismo al tardocapitalismo, el concepto fue acuñado por la frankfurteana caracterización, coincidiendo con la inicial rotulación fundacional de Ernest Mandel, de la expansión del proceso de acumulación, internacionalización y centralización del Capital. Mandel introduce la automatización en la producción y reducción de los tiempos de rotación, mientras que Habermas observa que, pese a sus crisis de legitimación, consenso, motivación, racionalidad política, económica, administrativa, otro atributo esencial habría de ser la integración de los sujetos implicados a su sistémica acción reproductiva.

La lectura inicial del joven Marx auspiciaba cierta linealidad inapelable: una *visión* conflictivista que señalaba la incompatibilidad estratégica en el seno del régimen social capitalista. La inherente radicalización de la propia matriz económica habría de marcar su natural progresión evolutiva hacia el radical antagonismo que, de manera inexorable, promovería la revolución social. A mediados de los años cuarenta, la escuela frankfurteana señaló que se estaban soslayando los componentes socioculturales y psicológicos que, tiempo después, retomaría Louis Althusser al condensar su caracterización del funcionamiento de los aparatos ideológicos de Estado (AIE), en 1970. Desde la conjetura inicial marxista, se han producido nuevas y mayúsculas complicaciones.

Uno de los atributos psicosociales opuestos a esta *visión* inicial, es que ellos se han ido profundizando con el tiempo, mediante una creciente *sujeción* a estos consolidados AIE, para que, ellos, con las complejidades propias de las instituciones de la hegemonía y el consenso de la gramsciana lectura de la “sociedad civil”, resulten ser la mejor garantía para la “reproducción de las condiciones sociales de producción”. Así, han arrastrado a los anónimos a una vida caracterizable por una dinámica social dominada por su hibridez, la impersonalidad y su acriticidad para consumos e identidades. Esta despersonalización resulta ser una debilidad de carácter e inconsistencia: condición de reconocimiento letal para personalidades intensas, como las propias del cosmos latino, con privativa incidencia en el universo iberoamericano. Universo que se involucra con limitaciones de expresión y simplificaciones propias de su *modo de ser*.

Cuando Eliseo Verón propuso su semiosis social, realizó una trasmutación en paralelo, privilegiando una matriz discursiva de lectura sometida a las por él consideradas condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento. La perspectiva semiopolítica ha puntualizado su eje en las instancias sociales del reconocimiento, ya que entiende que ha de ser desde allí donde se deben centrar los estudios sobre sus transformaciones que acentuaron las nuevas condiciones establecidas por las relaciones de poder generadas bajo la impronta de la revolución científica y técnica y el régimen de la Información. Dentro de tales modificaciones derivadas de las condiciones de producción, los “factores” del poder poseyeron otras posibilidades políticas, filosóficas e ideológicas para lograr la mayor potestad posible y el mejor margen de maniobra para que sus imposiciones tuvieran inigualables posibilidades y se pudieran presentar poco cuestionables, cuasi mecánicas. Sabido el peso relativo que Verón le adjudicó a la circulación, dentro de los procesos de reconocimiento, que se constituyeron en transformaciones sustantivas, las más radicales aptas para demonizar con evidentes “chivatos”.

Al respecto, aquí se sabe citar a una frase de Gadamer que define con claridad a las aquí señaladas condiciones de reconocimiento:

*Re-conocer no es: volver a ser una cosa. Una serie de encuentros no son un re-conocimiento, sino que re-conocer significa: reconocer algo como lo que ya se conoce. Lo que constituye propiamente el proceso de “instalación en un hogar” -utilizo aquí una expresión de Hegel- es que todo re-conocimiento se ha desprendido de la contingencia de la primera presentación y se ha elevado al ideal. Esto lo sabemos todos. En el re-conocimiento ocurre siempre que se conoce más propiamente de lo que fue posible en el momentáneo desconcierto del primer encuentro. El re-conocer capta la permanencia en lo fugitivo.*⁴⁴

⁴⁴ H. G. Gadamer, *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 112-114, en Byung-Chul Han, *La desaparición de los rituales: Una topología del presente*, Buenos Aires, Herder, 2019 (2021).

La perspectiva semiopolítica impulsa una lectura que procura captar la “permanencia de lo fugitivo” ante este conjunto de transformaciones producidas en la vida material; un análisis sobre la profunda injerencia psicopolítica generada con los procesos de “subjektivación” consecuentes. La confluencia del americanismo con el neoliberalismo y la globalización tardocapitalista ha sabido articular de manera inédita el concepto propio de Libertad del americanismo con la coacción, consiguiendo su resultado: proyectar hacia la idea de una servidumbre neoliberal, que invoque una pertenencia absoluta al interior de una “libertad” cristalizada dentro de un estereotipado modelo de “sociedad democrática”. Este concepto de “libertad”, como expresé en el capítulo anterior, es heredero de la revolución democrática: ser libre significa el transitar por el mundo entre amigos, estar y vivir (“convivir”) entre amigos.

La sacralización conceptual es un rasgo esencial del americanismo, el recurso de un “estilo” habitual. Se entiende que, para crear inmanencias, le sirva establecer “sistemas de creencias” fijos e inmutables, que se sometan a postulados inmodificables, como para generar un efecto de arrastre. No sólo lo hace mediante su fetichización instrumental del concepto de “libertad”, también cuando proyecta hacia su frente interno —y, más peligroso, a escala de su política exterior y su lectura internacional de los conflictos— su unilateral estereotipia conceptual de lo que entiende por *democracy*. La “democracia” del americanismo retrotrae una fórmula estática, institucionalista, casi anquilosada, que toma distancia de los conceptos dinámicos de la revolución democrática. Además, para su frente interno, sacraliza una lectura fija, inquebrantable y rígida de los principios doctrinales formalistas de su Constitución.

No pretendo aquí realizar un esquema interpretativo basado en el negativismo extremo, siquiera el adorniano, ni caer en un derrotismo sobre “la condición humana”. Sí prevenir, basado en lo vivido con el siglo de “la era de los extremos”, acerca de cómo los habidos desastres del pasado inmediato del mundo de hoy se profundizan sin dominio *ad infinitum*. Existe una oculta y perversa orientación en la disputa sobre la visibilidad de las “cuestiones”. Perversión que viene consigo de la mano de la revolución científica y técnica que, sabiamente administrada, institucionaliza sus ventajeros “atajos” para el predominio de la *visión* neoliberal en los intercambios discursivos. La perfección de esta violencia simbólica, en muchos casos, encubre la material o, de manera crecientemente sofisticada, la soslaya y administra.

Desde los misiles, cada vez más rápidos y de mayor alcance, o los drones direccionados, hasta la represión institucional vía las pistolas *Taser*, los distintos gases y armas pequeñas y livianas que priman al interior de la sociedad civil, sólo se informan los “daños colaterales”, de

acuerdo con su debida conveniencia. En este tipo de sociedades se direcciona una construcción “imaginaria” que, bajo la asumida aceptación de sus ilusiones, en nombre de la “Seguridad”, sabe alimentar un interesado *laissez faire* del que se saca ventaja y provecho al fomentarse prácticas asociables a la anomia, al promover procedimientos sociales sometidos a las “irresponsabilidades generalizadas” —esa caracterización de la impunidad distinguida por Charles Wright Mills—. Actividad a la que también responde el sistema de información y comunicación (SIyC), que posee la exitosa habilidad de silenciar las “cuestiones” problemáticas, tal como se lo hace al vetar, desde el Vietnam, figuras e imágenes de guerras, catástrofes humanas del pasado que, selectivamente, son omitidas o administradas por niveles de mostración: Holocausto, Frente Oriental, Hiroshima, Nagasaki, terrorismo de Estado, doctrina de la seguridad nacional, plan Cóndor, guerras híbridas, de tercera, cuarta y, ahora, de quinta generación, sublimando al manejo de la Información que, como en toda política en donde prime el concepto de “guerra”, se omite cualquier noción alternativa de Verdad y sus Razones.

Si bien estas conflictividades son conocidas en su magnitud por expertos e iniciados, se realiza —para el “gran público”— una magnífica resegmentación sobre los accesos a su lectura de la vida social *real* y potencial de entrada a sus condiciones de reconocimiento. Tal monopolio de veda encubierta y censura genera dominio, vigilancia y absoluto control sobre el régimen de la Información —*Infocracia*, según Han—, sin posibilidades de relevamiento democrático para una plebe adocenada especialmente instruida al efecto. El americanismo ha inventado la presentación de la vida cual si fuera un *show*, una idea representacional de la sociedad como un espectáculo. Como supieran integrar a Messi y sus malabares para consolidar la *Major League Soccer* (MLS). De allí su mecanicismo en sociedades maniqueas, simplificantes y con audacias sin filtros, o a la instrumentación de las figuras sociales cual “héroes”, “réprobos”, “traidores”. Todo este debate tampoco se encuentra a disposición. Se lo instrumenta para “borrar” de la escena pública sus horrores, para adecuar una conveniente construcción representacional que disfraze lo que se procura colocar en el tapete: la derivación de una disputa social retrotraída a querellas personales, individuales, cual si fuera el producto de una construcción política que califica y descalifica las “representaciones” que no resulten ser funcionales, o apenas molestas.

¿Por qué y cómo, con sus selectivas omisiones y sus agendas preelaboradas, instigan “situaciones” y generalizan “posiciones”, con una ausencia de preaviso acerca de su instrumentación dentro de una *articulación hegemónica* que se sabe ocultar? Este dispositivo (DCN) sólo lleva agua hacia el molino de los *poderes reales*, con inadvertidas exclusiones,

naturalizaciones, silenciamientos, abierta direccionalización de los conflictos e identidades beligerantes. La semiopolítica impulsa condiciones de reconocimiento que permitan “leer” a esta instrumentación del *poder*. Para que estos conflictos no salgan a la luz, construyen una sociedad paliativa, de reparo sobre todos sus daños colaterales extremos, a la búsqueda de una perecedera fugaz felicidad, procurando reflexiones estereotipadas sobre la inocultable violencia creciente y diversificada por perversos mecanismos y expulsión de lo distinto. Obstaculizando a esa *otredad* no deseada a la búsqueda de acrílicas sociedades homogéneas, con mensajes contradictorios, pero unívocos porque así asfixian la multiplicidad y las diversidades sociales.

¿Cómo lo hacen? Lo concretan con una fuerte agonía del *eros* y el estímulo pornográfico por medio de la transparencia y la desnudez, ese abrumador cansancio con que nos autoimponen la explotación personal y el *multitasking*, con la desaparición de los ancestrales rituales, y, junto a ellos, del sentido de comunidad, de esas ceremonias significantes que supieran brindar “identificaciones” para sostener “identidades” en el tiempo. En suma, su topología de lo humano y de sus acciones simbólicas transmiten sojuzgamiento a “valores” y órdenes que cohesionan malhadadamente las sociedades. Esta comunicación impersonal, masiva, astuta y vertical carece de fuerza simbólica y vacía deshumanizando, restándole estabilidad a la vida. El *eterno presente* en nada interrumpe alimentar la innoble egomanía etnocéntrica alienada, un paso previo a las forzosas actuales enfermedades psicológicas de segura y previsible depresión.

Frente a este panorama, realizo un relevamiento de los dramas contemporáneos, reflotando al vital concepto de “nuda vida”, de Giorgio Agamben. Ese temor de que, con tamaña audacia en los procesos de despersonalización, a partir de su sobreexcitación de anodinos estímulos publicitarios y catarata de datos e información, arrastren a sus víctimas a soportar una sobrevivencia basada en lo elemental, en lo *mínimo viviente*. Sometiendo la vida humana a lo efímero, al consumo, a la vacuidad; aquello que, sabiamente, señalase sobre la miseria humana Primo Levi cuando, en su descripción del Holocausto, planteó que le habían robado al sujeto la “voluntad de vivir la vida”. La vida exige, como mínimo, vigorosa interacción simbólica. Para ser vivida, se necesita la matriz de una vital interacción simbólica, no de disecada e instrumental comunicación publicitaria que deshumaniza y sólo arrastra al codicioso consumo mercantil.

La sociedad que se atisba, en esta escalada preventiva de caracterización semiopolítica del americanismo, es la que reduce lo humano a la biología, al mínimo sustrato. A ese

“chismorreos” invocados por Yuval Noah Harari en su *Sapiens*⁴⁵. A esa instrumentación impersonal del *poder*, radicalizado sólo para el consumo que fagocita cualquier ideal humano de Razón y Verdad a la lógica de los “negocios”. Esto es lo que se teme del capitalismo digital: que las personas se conviertan, sin reflexión, en víctimas numéricas del Big Data. Quizás ya haya ocurrido; si no, ¿qué implica esta regimentación algorítmica e inteligencia artificial reguladora de nuestras vidas, para transformarse, valga el replotamiento otra vez, en algo similar a lo que la sociología a inicios del siglo XX denominó *cosificación*, o *reificación*? La de Lucács, reformulada por Adorno, tal como lo concretó la barbarie fascista: la conversión de los seres humanos en “cadáveres ambulantes”. Reducir lo humano a mero *homo consumens* de la era 3.0, asimilando de manera contraproducente todo aquello que en el pasado se impulsara: el desarrollo de las fuerzas productivas, sociales, culturales y políticas bajo la encubierta astucia de un “estado de excepción”, sometido a la lógica de un mercantilismo de inagotable *poder*.

El neoliberalismo profundizó de manera fáctica las tendencias regresivas propias del economicismo pragmático del americanismo. Explotó, de manera inteligente, su siembra. Sabio recorte aislacionista del concepto de Libertad, de “la libertad” como si fuese un absoluto. Con el neoliberalismo, tal juicio vital se ha reconfigurado *a piacere*. ¿Por qué? Porque lo hace de conformidad a lo que se puede colegir de los “supuestos” de la filosofía del siglo XVIII, la Ilustración y demás posturas que tuvieron contacto con la Revolución Francesa. Al auspiciar concebir a la sociedad una sumatoria lineal de individuos atomizados, esa profundización economicista, propia del universo anglosajón, procura acicatear la competencia, en la idea de que de allí habría de surgir el progreso. Una apuesta a su paso siguiente: “la igualdad de oportunidades”, según la cual se comienza a significar una interpretación alejada de los primeros años del concepto. La libertad individual, esa delimitación taxativa, fue una necesidad que exigió el capitalismo para invertir una suerte de esclavitud disfrazada tras la libre competencia. Un simulacro de supuesta “igualdad de oportunidades”, sin ningún filtro sobre las selecciones naturales que siempre producen las propias condiciones sociales y culturales.

De allí que el capitalismo digital, ese universo seco, opaco y anónimo, sea el emergente que dirija y oriente nuestras vidas, con la creciente inmaterialidad del mundo de hoy, sabiendo transformar al trabajador en un empresario que administra su autoexplotación. La pandemia potenció el tema a niveles impensados, asumiendo las nuevas condiciones para que el propio

⁴⁵ Yuval Noah Harari, *De animales a dioses, Breve historia de la humanidad*, Buenos Aires, Debate, 2022 (2013).

trabajador las viva cual si fuese una ventaja diferencial, sin sospechar que de esta manera renunciaba a derechos que le estaban siendo conculcados y a asumir su propia autoexplotación.

La distinción entre tiempo libre y tiempo laboral se ha entremezclado. Si se quitan de la “agenda pública” los límites a los tiempos de descanso, recreación y comidas, cada vez se posee menor actividad sexual, se duermen menos horas y existe una fuerte disminución en las mediciones del mitificado angloamericano CI, esa medida de la inteligencia expresada en números. La producción laboral no resulta ser ajena a la vida personal. Al contrario, suma indiscriminación a un universo social y simbólico que ya se encuentra poco diferenciado, donde cada vez resulta más confuso cualquier discernimiento. Y con ello: la pérdida de prudencias, criterio, discreción, cordura, reflexión, responsabilidades, raciocinio, distinción. Amén de una percepción también más ausente de *visión* creativa sobre los problemas y “cuestiones” críticas.

Lo que queda claro es que la vida es, cada vez más, menos propia. Cada persona, en una lectura benevolente, trae consigo el fantasma de la merma de la problemática “cuestión” del empleo, ya que pasa a ser su amo y, el trabajador, esclavo de sí mismo. Como aleccionó *El Manifiesto*, con los intereses creados del mundo de hoy, la lucha de clases se transforma en una lucha al interior del mundo propio, íntima, personal, consigo mismo: una puja psíquica resocializada sobre “lo que más me conviene”. Lo que en siglos atrás fuera objeto de ancestrales batallas por los derechos, con magnéticos campos antagónicos diferenciados bien definidos —baste recapacitar sobre las históricas luchas por la jornada de ocho horas, o el derecho a la sindicalización— hoy resulta ser un debate sin conciencia social. El trabajador puja por hacerse notar que no está agremiado para, así, obtener ese bono o premio *plus* por su no afiliación.

El poder opresor, propio de la sociedad de la vigilancia o novelas distópicas en torno a “la tiranía soviética”, devino en un poder fascinador, omnipotente, que seduce, generando un plano inclinado de sometimiento a los sectores concentrados. Los más fanatizados se adjudican, cual propios, los atributos patronales, consumando ausencia de distinción en los roles de los procesos económico-sociales, arrogándose ser empresarios. Un sistema de dominación por el cual el sujeto se asume, “pleno” de sometimiento, “libre” y “soberano” en sus decisiones, tal es la eficacia del psicopoder que le hace creer, convencido, de que resulta un ser “autónomo”. ¿Esta *red*, del individuo sometido, se hace imposible de asir? El ser humano aparece subyugado en su inconsciente rendición a un *Big Brother* digital, esa construcción “imaginaria” de supuesta indiscriminada “libertad” total. El patrón no resulta más ser el enemigo que le explota, sino de los límites de una dócil conciencia social, vaciada de todo reconocimiento distintivo de clase.

2. Walter Benjamin tenía razón: el capitalismo, una nueva religión

Las nuevas realidades laborales se han diversificado de una manera tal que se hace difícil realizar generalizaciones absolutas. Sí son posibles de relevar juegos de tendencias. Lo que en el pasado eran bandos, a los que la sociología inicial denominó estratos y estamentos, la propia izquierda los alimentó fogoneando instancias divisorias para casi tres siglos, auspiciando a las clases cual si fueran clanes o castas irreconciliables. El mundo de hoy muestra otras divisorias: las de un arriba y un abajo, o de un *continuum* sin grandes instancias divisorias donde no cobran nitidez las parcialidades, facciones, clases ni partidos. Así, logran que la vida contemporánea se haya ido transmutando en algo indiscriminable hasta volverla conceptualmente concertada, en consumada ausencia de evolución; no sólo eso, además, invisible y asumida por sus víctimas.

El problema es que esa ética [la ética neoliberal] es muy astuta, y por eso resulta tan devastadoramente eficiente. Me gustaría explicarle en qué consiste esta astucia. Karl Marx criticó una sociedad gobernada por un poder externo. En el capitalismo se explota al trabajador, y a partir de un determinado nivel de producción esta explotación por otros llega a su límite. De forma muy distinta sucede con la autoexplotación, a la que hoy nos sometemos voluntariamente. La autoexplotación es ilimitada. Nos explotamos voluntariamente hasta colapsarnos. Si fracaso, me responsabilizo a mí mismo del fracaso. Si sufro, si me arruino, el único culpable soy yo. La autoexplotación es una explotación sin dominación, porque se realiza de forma totalmente voluntaria. Y como está bajo el signo de la libertad es sumamente efectiva. Nunca se constituye un colectivo, un “nosotros”, que pueda alzarse contra el sistema.⁴⁶

Hasta varios estudiosos sociales progresistas proponen diferenciar esa figura que interpelaba Marx bajo el rótulo de “proletariado” —ese universo tan diverso de trabajadores y explotados—, sustituyéndola con la caracterización de “precariado”. Esta mutación, de difícil reconocimiento, es considerada cual asumible a tal “autoexplotación”. ¿Qué transformaciones permitieron esto que, hasta no tanto tiempo atrás, fueran imposibles de pensar? Una serie de recursos técnicos han permitido el inicio de este proceso de autoexplotación sobre la base de los “supuestos” del éxito, la realización personal, la supervivencia, un cúmulo de “factores”, extraños todos ellos de ser reagrupados dentro de un mismo plano, que abarcan una plenitud de dimensiones, pero que nacen de la transformación en los procesos de “subjetivación”. Procesos de escasa visibilidad, difíciles de prever en el pasado, que se viven dentro de ese salto cualitativo en sus condiciones de reconocimiento, “ideológicas”, donde cabría pensar que la perspectiva de clase resultase indispensable, sin la cual ninguna resolución se habría de volver factible.

⁴⁶ Byung-Chul Han, *Capitalismo y pulsión de muerte: Artículos y conversaciones*, Buenos Aires, Editorial, 2022.

El neoliberalismo ha logrado que, si no se funden acciones en común, el *poder* evite toda posibilidad de resistencia y aun de lucha contra este sistema envolvente que, a ojos vista, resulta ser irregistrable. En este contexto y bajo esta dinámica, las posibilidades de alzamientos del pasado, así como la solidaridad de clase de entonces, se han vuelto difíciles de materializar. El adocenamiento a las rutinas acríticas, la desaparición de los rituales de la comunidad local y de clase, las diferenciaciones simbólicas, las pérdidas de una genuina religiosidad —salvo los indigestos santones televisivos—, todo ha contribuido para profundizar este procurado e inducido “desencantamiento”, orientado hacia la grisitud y la intrascendencia. Su objetivo ha sido una domesticación sin alteridades, ni una posible emergencia subversiva de héroes.

Ese mundo es la coronación del americanismo neoliberal, que ha logrado lo central: evaporar las históricas preocupaciones sobre el destino de la humanidad y borrar las “marcas” de su pasado. Sólo hay luchas defensivas, máxime, reivindicativas, de sobrevivencia o de dimensiones económico-corporativas. Sí han asomado las fogosas luchas de los nuevos movimientos sociales, feminismos, preservación del ambiente, ecología, regionales, salud, pocos más. Pero, la mayoría, defensivas, y sin esos aglutinamientos históricos, donde, al interior de un proyecto envolvente de dimensiones ético-políticas, le otorgaban sentido y orientación estratégica a ese cúmulo de segmentadas luchas parciales, brindándoles perspectiva y direccionalidad integrativa, tal como lo hicieran el anarquismo, el socialismo y el comunismo.

Así resulta ser el empobrecimiento, la desolación y la deuda en las representaciones sociales, como también en sus potenciales de proyección con relación a sus posibilidades de abrir otras perspectivas, registros originales y condiciones de reconocimiento con un mayor grado de creatividad. Estas perspectivas no alcanzan a superar los estereotipos, ni se relacionan con *visiones* alternativas, independientes pero colectivas, autónomas, ni se conectan con un sentido democrático integrativo desde la base con la vida social. En este mundo de hoy, tan improbable y difícil de conceptualizar para no caer en psicologismos, siquiera se posee un bosquejo respecto de “lo que se dice” con algo que, generaciones atrás, se pudieran “ver” como cosas evidentes, tangibles, materiales, sin mayores vueltas que impidiesen su *significar*.

¿Qué se puede interpretar hoy cuando un militante invoque “la dictadura revolucionaria del proletariado”? Seguro que el chino mandarín pudiera dar una representación más cercana a esa supuesta antigualla del pasado que, hoy, para ese interlocutor, siquiera llegue a representar algo, o la nada. La misma noción —o quizás debiera decirse el concepto marxista de “liberación de la necesidad”, cual ordenador próximo de aquella invocación de otrora— hoy no puede ser

entendida como el resultado de una lectura de una “necesidad” social y, mucho menos, asociarla a “donde hay una necesidad nace un derecho”, una de las frases más repetidas y populares de la Argentina de los cincuenta pronunciada por Eva Perón. Así se asume que sólo el *poder real* posee la potestad o que se encuentre sólo dentro de sus atribuciones el de brindar una *respuesta*, o que sólo las pueda brindar de manera unívoca el Capital; y, con ello, el natural menoscabo de que se descarte que ninguna demanda pueda alterar instituidas y verticales relaciones de poder.

Walter Benjamin tenía razón cuando concebía al capitalismo como una nueva religión. Esa caracterización de “realismo capitalista”, de Mark Fisher⁴⁷, que tanto hace recordar a la afamada frase de Fredric Jameson cuando plantea una desorientación similar en *Las semillas del tiempo*: “parece que hoy día nos resulta más fácil imaginar el total deterioro de la Tierra y de la naturaleza que el derrumbe del capitalismo”. Esta frase fue usada al inicio de la primera conferencia de Slavoj Žižek en el país, presentada por Eduardo Grüner, en el patio de la calle Puán de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, hace varios años ya⁴⁸.

La resocialización individualista barre toda primera persona del plural, empuja al desencantamiento de cualquier divinidad y, con ello, descoloca rituales, ceremonias y comunidad, así como también todo lo que pueda entenderse como “mágico” en la vida social. Las posibilidades de cambio con sentido de progreso son vistas con una distancia suprema, con total ajenidad. Más aún, implican correr el peligro de involucrarse y, por ende, ser arrastrado a una idea de encubierto fracaso personal. La sociedad de control *macro* acobarda, con su lectura psicopolítica, amenazando a quien se salga de las filas con un medroso estado de vergüenza personal. Así, se sobredimensionan los fracasos, al contribuir con ese americanismo masivo y peyorativo del *loser*, condición que de manera indefectible impacta en lo personal. Su resultado: un individuo aislado, atomizado, sin contención colectiva, ni conexión con los otros, avergonzado por su incapacidad de estar a la altura de las exigencias sociales, desinvolucrado de cualquier responsabilidad para con el sistema social o la organización que lo expulsa.

La impresión es la de una suerte de “chivato” social, de *bullying*, esa descalificación que destituye toda condición humana, asimilada a esa sociedad norteamericana plena de

⁴⁷ Mark Fisher, *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra, Futuros Próximos, 2016 (2022).

⁴⁸ Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2019.

estereotipos de “lo bueno”, “lo malo”, “lo criminal”, con su catarata de series⁴⁹: CSI, Law & Order, NCIS, FBI y demás producciones culturales que construyen “sentido común” para disciplinar las anónimas conductas de los grandes conglomerados urbanos, operacionalizados y estandarizados bajo una comprensión externa y litúrgica de los rituales de capitulación frente a las normas y las reglas, para adocenarlas en instrumentados usos y costumbres. “Lo correcto” es un producto disciplinador, el resultado de lo que dicte la siembra de ese “sentido común” de una pirámide social que coloca en su cúspide los “valores” del *poder supremacista* blanco.

El neoliberalismo se ha ocupado especialmente, y se diría que lo ha asumido como una continuidad de tal práctica, sobre cómo el americanismo supo manejarse con su “patio trasero”, sabiéndole dar lineal continuidad. Su don de mando y modelante social en su relación se plasman incidiendo en los gobiernos, las Fuerzas Armadas y los organismos panamericanos, alimentando su punto de vista como obligada referencia hacia una “posición” de subordinación, obligaciones y compromisos. De este modo, logran que no se pueda tener capacidad para resistir, procurando que las transformaciones sustantivas se produzcan cuales hechos consumados, las más, sin conciencia ni posibilidad de un “registro” cabal. De allí que, una vez impuestos y cumplidos los hechos, ellos sean asumidos, de difícil reversión y posean ese carácter inescrupuloso de ser instituyentes. Las instancias formales de los poderes burocráticos saben adquirir un potencial de sometimiento absoluto a las patrocinadas normas establecidas con su coronación en usos y costumbres que rigen toda la convivencia social. A esto se suman las peculiaridades propias del mismo americanismo que, invocando similares principios, genera que su funcionamiento metropolitano posea explícitos logros diferenciales, mientras que, en su implementación periférica, los mismos procedimientos adquieran atributos de ser una irónica caricatura o un grotesco, sin correlato alguno con su marcha en la metrópoli. El famoso “en Estados Unidos funciona” —llámese “Estado”, “democracia”, “mercado” o local de comidas.

Para obtener tales logros, la “religión” del americanismo genera un sistema de “identidades” de accesible socialización y, a la vez, una debida atomización individual. Ya por los años cincuenta y sesenta, el modelo de la razón instrumental constituía a la publicidad cual fuente de penetración de la modelación social. Vienen a mi memoria las aleccionadoras lecturas

⁴⁹ Baste ver cualquier serie policíaca para juzgar lo caprichoso y autoritario del comportamiento de cualquier uniformado.

de las Selecciones de *Readers Digest*⁵⁰, en las salas de espera de consultorios, odontólogos y demás. Un ingenuo modelante social: salud, vida cotidiana, chistes. Eran editadas en México, como las “revistas mexicanas” de divulgación masiva de “superhéroes”, similares a lo que sería lo que hoy llamamos *Marvel*, en sintonía con el trabajo de la Escuela de las Américas, todavía residente en Panamá —hoy en Virginia—, con el tránsito de 60.000 soldados de 23 países.

El sobrino político de Sigmund Freud, Edward Bernays (1891-1995), fue el iniciador de estas ideas relacionadas con la instrumentación del inconsciente para manipular y dirigir a las sociedades. En los EE. UU. se inició este traumático proceso de la psicopolítica, para la persuasión del *self*, en verdad no tan distante —lógico que con otro léxico y distinta orientación— de los once principios de la propaganda nazi de Joseph Goebbels, el afamado “enano cojo y diabólico”. En un comienzo asociados a los ámbitos masivos de la propaganda publicitaria, no tardaron en ser instrumentados a la vida política y a las relaciones hemisféricas. Su libro *Propaganda* (1928) rompió con los moldes publicitarios. Bernays fue el operador del concepto de “acción estratégica”, y llegó a ser un asesor privilegiado y el consultor institucional de varios presidentes norteamericanos, además más que cercano responsable en la mostración de aquel “golpe” militar realizado por aquella naciente CIA, para beneficio de la bananera United Fruit, en contra del presidente guatemalteco Jacobo Árbenz Guzmán (1954).

En definitiva, el americanismo resulta ser un “proceso de acumulación originaria” para consolidar la eficacia del funcionamiento de aparatos, artefactos, operaciones e instrumentos creados al efecto, dentro de lo que en el presente estudio denomino DCN. Tales herramientas son insustituibles para avanzar dentro de la calificada incidencia neoliberal en los procesos de “subjetivación”. La psicopolítica instituye sensaciones de vana comunicación, e inducidas y extensas impresiones sensibles de Libertad, reconvertidas en este mecanismo dispositivo de “todo respuesta”, que exige del control dominante para una *construcción hegemónica*, con un accionar subregistrado sobre sus eficientes operaciones de control y vigilancia.

3. La era del *dataísmo* despersonalizador: del trabajador al *influencer*

Lo que aquí señalo es que, de manera conjunta con los procesos de matriz estructural de desagregación y resegmentación sociales, el americanismo instituyó una severa fragmentación

⁵⁰ Existe una interesante tesis de maestría en la que, justamente, se profundiza esta observación: *Selecciones de Reader's Digest, Relaciones laborales y “sueño americano” para exportación (1940-1950)*, de Gustavo Pascual Cresta, para el Departamento de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella.

en las “identidades” sociales de lo que —en el pasado— se concebía conceptualmente universo del Trabajo. Así, alteró las históricas tipificaciones de “lugares” tópicos: empleado, operario, obrero, trabajador, aprendiz, productor, técnico, supervisor, patrón, encargado, capataz, jubilado, delegado, ayudante, vigilante, jefe, consultor, ingeniero. La observación progresista de “precariado” cundió. Lo paradójal es que se logró en todos sus objetivos, hasta con la colaboración de sus implicados, como si las “posiciones” sociales, con “identidades” que hasta no hace mucho habían sido asunciones subjetivas de orden sociocultural se hubieran volatilizado a partir de los cambios en la “situación” social estructural con la vulnerabilidad laboral de los trabajadores, al consolidarse el proceso de haber perdido su organicidad material. La “posición” ideológica en esta disputa histórica del sentido de trabajador se evaporó dentro del universo de las ubicaciones y expectativas y su proyección desiderativa. Todo pasó a ser un juego lúdico de arbitrarias “identificaciones” circunstanciales porque, más allá de lo que en el pasado podía ser orgánico, no se brindaron respuestas y ello dio pie a la fuga de las “identidades” sociales. Una fuerte volatilidad psicosocial poco registrada.

Tales condiciones de reconocimiento estremecieron el sistema de “identidades” vigente hasta pocas décadas atrás —quizás hasta los noventa—. Las superestructurales “posiciones”, liadas a las “identificaciones” opcionales bajo estos estímulos externos, resultaron ajenas a toda organicidad social. Se encuentran vulnerables a implicaciones de circunstancia, a aventureras opciones de “identificaciones” aleatorias, signadas por modas, estéticas, imposturas o de distinguos sociales de estatus de clase. La misma noción de ser un *follower*, la misma idea de dar lugar a un *influencer*, el inadvertido peso que puede generar la suma de *likes* para entronizar a personajes que, aunque apenas se los conoce, tienen la potestad de indicarnos *qué hacer*.

Estos universos inimaginables pocas décadas atrás han logrado pasar inadvertidos. Tal inadvertencia evidencia lo que aquí se señala: una habitualidad impuesta, una intromisión sin conciencia en sus usos y costumbres. Sin extremismos ni dramaticidades, la lógica que aquí propongo es que ese inadvertido *follower* no posee la debida conciencia de su renunciamento a ese bien determinado concepto, propio de la revolución democrática, de Libertad. ¿Por qué? Su entronización implica asumirse integrante, sin conciencia, de un dispositivo digital que nos signa y que lo ha sabido dominar todo. Ese que diseña orientaciones y destinos, a través de una impersonal instrumentación que ha de manejar y arrastrar al concepto aquí básico y nuclear de lo “impersonal” y, con ello, una cantidad imposible de datos e información: el cruel *dataísmo*

de la información programada. Esta funcionalidad, que carece de referencias contextuales, retroalimenta procesos de procurada despersonalización que borran pasados e historias.

Piénsese solamente cuántos lenguajes autóctonos y dialectos se están perdiendo en este mismo momento, sin siquiera ser registrados. Mientras ese patrimonio cultural se pierde, se multiplican cada vez más datos e información funcional a “recetas” universales, cual una recomendación del FMI, o de una política pública para las ONG, esas sustitutas auspiciadas por el Banco Mundial. Este proceso personal debería ser asumido por todo intelectual consciente, replanteando viejas discusiones epistemológicas de los setenta y adentrándonos en la lógica de la teoría del discurso para refloatar su concepto madre: “texto en contexto”. Datos e información funcionan sin referencias, desterritorializados, cual jalea universal, sin relaciones contextuales, un enjambre con vida propia, sin identidad, de mínima comunidad, que no simboliza, y sólo desinforma o entretiene, esa seca inducción que sólo sabe *representar* a la nada.

Toda esta complejidad tiene una acción de reflujo al incidir en la construcción de “situaciones” estructurales que condicionan de manera cruel con la lasitud y el decaimiento en las “posiciones” ideológicas. Sin límites en este potencial de inducción, se instauran interesadas fabulaciones con sus verbos potenciales, desarticulando saberes pasados —“memorias”—, destruyendo recuerdos de acervo personal para establecer principios de realidad, generando vacíos siempre dispuestos a ser “bien” llenados por esos intereses creados a disposición para una lectura favorable a las instancias del *poder*. Con este enfoque semiopolítico, busco superar —aunque sin contradecir plenamente— los planteos iniciales de *Apocalípticos e integrados* (1964), de Umberto Eco. También procuro un distanciamiento de la “teoría de la manipulación”, propia de los años setenta, aquella que potenciaba cierta lectura de McLuhan y que se plasmó con *Para leer al Pato Donald*, de Armand Mattelart y Ariel Dorfman. Me refiero a algo más potente y orgánico: una transformación material radical, con resultados inadvertidos.

La “cuestión” comenzó a generar algunas reflexiones recién diez años atrás. Sin embargo, el aturdimiento de tales fenomenales transformaciones ha impedido un equilibrio que permita sopesar sus consecuencias. La asociación del americanismo con el paradigma envolvente del neoliberalismo, sus alteraciones por la magnitud de las transformaciones producidas con el cambio de paradigma tecnológico señalan una integralidad en el mundo de hoy que erradica, por condiciones de “situación” y “posiciones” sociales —en términos de Michel Pêcheux— las “identidades” socialmente constituidas, aquellas que fueron orgánicas en algún pasado. Este accionar pragmático impide fuertes planos para la toma de una conciencia

reflexiva. Esta “situación” trae a la memoria el debate de la escuela norteamericana, la de la sociología reflexiva, de Alvin Gouldner⁵¹. En su crítica a la problemática del “conocimiento”, al calor de su concepto de “ética de trabajo”, desdobra conocimiento “como conciencia”, de conocimiento “como información”. Estas ideas de los sesenta vuelven a colocar sobre el tapete el carácter moral, político, ideológico, del investigador social, dilema que le cabe a cualquier profesión, para desechar cualquier inocencia de lo que se valora una “mirada” impersonal.

¿Qué tipo de debate traen consigo aquellos cuestionamientos críticos a la monstruosidad generada en la actualidad? El mundo de hoy no permite tiempos personales ni debido procesamiento de la Información, con una circulación precipitada de la que no se tiene dimensión. Al mismo momento en que a uno le ocurre todo esto, lo mismo le está sucediendo a millones y millones. Este tipo de circulación precipitada y voraz, que inadvierte dimensiones, alcances y tiempos, resulta ser una verdadera traba para una meditación rigurosa, para el recogimiento, para una medida estudiosa, seria y austera y, por lo tanto, para el pensamiento, el juicio ponderado, la imaginación creativa. Nada de ello es posible bajo el sometimiento a estos acelerados ritmos y tamaño dirección de una circulación que atonta. El diagnóstico le cabe también, por supuesto, a una gran parte de las producciones académicas de las CHyS.

El corolario de todo esto es la “nuda vida” en *red* y la Big Data que, con sólo mensurar sus dimensiones, arrastra a que una persona se sienta espontáneamente minusválida. Retraimiento, encierro, incomunicación, cuando no aprovechados a alimentar una escalada de insuflados “odios”. Sin cavilación posible, proliferan las tendencias regresivas, debido a la inmensidad de estos malestares de desubicada insignificancia dentro de tan desproporcionada dimensión de la cultura. Se trata de un desconocimiento y autoextrañamiento dentro de un mundo que ya no sólo no se domina, sino que ni siquiera uno le encuentra ubicación.

Tal regresividad lleva la inadvertencia de una implacable “situación” de vulnerabilidad. De una asimetría de poder para quienes, además, poseen la inobservancia de vivir vigilados, aun entre pares y propios, y de acciones de servicios de inteligencia públicos y privados. Bajo estos auspiciados “controles” de una vida urbana plagada de cámaras de seguridad, que lo desbordan a todo e inculpan de criminalidad, se reproduce un montaje de un mundo “ajeno” en paralelo de universos masivos, avasallados por múltiples e inacabados estímulos. A esto se le debe sumar esa mimesis del *coaching*, que instruye universales recetas edulcoradas,

⁵¹ Alvin W. Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, ob. cit.

conductistas, que auspician la plena autorrealización, todo regido bajo normas preestablecidas de un pasado disecado sobre lo que se debiera entender por correcto comportamiento humano.

Cómo vivir. La neurociencia. Libros de autoayuda y de realización personal. Una seca justicia asimétrica de derecho positivo para ricos y pobres. Pragmática rendida a la pleitesía de los *poderes fácticos* y reales. Todo este complejo “cuadro de situación” sobrelleva a una “vida nuda” que exige conciencia para un sobrevivir pleno de dolores, sufrimientos y frustraciones, de promesas que jamás se habrán de cumplir: una interesada contaminación regresiva por una cantidad de cosas a las que jamás se podrán tener acceso. Tamaña calidad de vida, con una sistemática sensación de fracaso, desgracia y desencanto, provoca consabidos desequilibrios afectivos, emocionales, neurológicos —aquellos que en otra época se hubiera denominado “vida psíquica”—. El principal, su potencial ineludible: la depresión. Una parte abrazará los atajos de triunfar en las “ligas mayores”, con conductas desviadas, perversiones, adicciones, alcoholismo; mejor aún, los recursos adecuados para la instrumentación social de la psicopatía, de ese arribismo que impide cualquier toma de conciencia grupal y justifica todas sus manipulaciones sin “culpas”. Otra parte, los más audaces, arrollarán con sus “mentiras sanamente verdaderas”, esas que sirven para “salvar a la humanidad de todos los males”, de una asumida vida de sociópata —quien no se amedrenta por la ausencia de pudores, recato ni honestidad—, para no hablar de su conspicuo culto a la mentira.

Así, han sido sepultadas las antiguas predicciones de desmanicomialización, propia de otras épocas, en las que se solicitaba una asunción social responsable comunitaria de “la locura”. Franco Basaglia, Franca Basaglia Ongaro, Ronald David Laing, David Cooper, antipsiquiatría, el Anti-Edipo, la psicología de la vida cotidiana de Enrique Pichón Rivière, Michael Balint... Tantos que procuraron horizontalizar los vínculos simbólicos y sociales, sobre cómo preservar un concepto de salud mental enfrentado a la escalada de violencia asimétrica que este psicopoder instituye al avanzar en arrollar a la sociedad sin pedir permiso.

El inicial americanismo estableció una experiencia aplicada para que el ulterior neoliberalismo lograra su objetivo nuclear lo más limpiamente posible: barrer todo compromiso con una cultura cívica que nutriera de vida democrática a las sociedades. Ha logrado reducir la vida de los individuos a pasivos consumidores, desagregando una resegmentación social que permitiera, por una parte, cumplir con uno de los fundamentos esenciales del capitalismo: su ampliación de los mercados. Pero también consolidó una resegmentación, al producir una obligada fragmentación social que se muestra oculta, procurando que el mercado administre,

con su “mano invisible”, los grados de consumo más adecuados para mantener “adentro” a la mayor cantidad de “pueblo” —consumidores— posible. Además, es preciso que los sectores víctimas de tal estamentización y ajuste, con tal recategorización de las jerarquías, no puedan complicar el sistema social acrítico con antagonismos sociales imprevistos, atentando, comprometiendo, con su visibilidad y efecto dominó la potencial integración sistémica.

Como he procurado señalar, los planos de ataque fueron múltiples y convergentes en variadas dimensiones de la vida social. No se pueden restringir a una sola instancia ni, menos, a un acontecimiento único y demoledor, como se pudiera ver desde un punto de vista geopolítico e institucional: la caída del Muro, la disolución del “socialismo realmente existente”. Hay una suma de otros planos convergentes, como el gradual vaciamiento de “la política” que, con tal proceso, logró un doble efecto: por una parte, que no se la entienda esencial para las transformaciones sociales; por la otra, que ninguna de las supuestas propuestas alternativas pudiese mostrarse ni ejecutarse de un modo revolucionario, tal como lo supiera plantear el *Huracán Rojo*⁵², con esa *visión* omnímoda, transformadora, radical y vanguardista en potencial latencia, que tuviera vigencia a lo largo de casi doscientos años.

4. De una vida democrática a una *práctica amorfa*

Relevar y asumir estas mutaciones exige recuperar la tajante división de la política que realizó Gramsci en su *Maquiavelo*: esos dos planos convergentes y complementarios, el económico-corporativo y el ético-político. Para ello, con el vaciamiento de los “fundamentos” de legitimación de los intereses sociales a la subjetividad, en la actual *visión* de la política se evacúan no sólo abruptas rupturas no deseables, sino que se han vaciado muchas de las expectativas y diversidades, con una licuación de los severos antagonismos sociales, transformándolos en desagregados bloques eleccionarios pasivos. Sin embargo, estas nuevas *formas* no se jugarían a transformar nada —como en *El Gatopardo* de Luchino Visconti—, pero, con las debidas restricciones estratégicas de riesgo, sin ellas existiera el peligro de que pudieran producirse fuertes rupturas institucionales, estatales o de régimen.

El ciclo de la Revolución Francesa, aquel de los pensamientos de avanzada, las vanguardias articuladoras del cambio y, con ellos, las artes y las revoluciones estéticas recibieron el ansiado certificado de defunción al poseer dominio pleno sobre la “memoria”, los

⁵² Alejandro Horowicz, *El huracán rojo*, ob. cit.

“registros” y las condiciones de reconocimiento, o remitirlos al salvaje mundo de las relaciones mercantiles y negociados del arte. Fueron reemplazados por burocráticas y legales delegaciones ceremoniales en partidos, sindicatos, confederaciones, asociaciones intermedias y demás mediaciones oficinescas y de otras tantas morosidades creadas al efecto.

El postrero neoliberalismo lo perfeccionó, obteniendo su objetivo madre: desarticular de raíz cualquier posibilidad que permita cobrar sistematicidad, o que se lleguen a representar expectativas para una toma del poder estatal asociado al cambio social. Se licúa, bajo la eficiencia práctica de estas acciones estratégicas, toda representación asociable a un protagonismo de masas con los intereses comunitarios asociables a la política. Así, se potencia el descarte de toda asociación para una *acción social* direccionada a cualquier revolución mancomunada con un transformador cambio firme y comprometido, arrastrando con ello una movida que supere a lo económico: redimensionar las funciones del Estado, desvertebrar toda la indispensable articulación entre sociedad civil y sociedad política, distraer con hazañas de orden electoral la licuación producida para desbaratar sueños, ideales de transformación auspiciadas por culturas radicales no deseadas o la concreción de amenazantes utopías. El tránsito de una vida democrática a una práctica amorfa. Una maniobra corporativa de envidiable excelencia, que ha sabido transformar al *zoon politikón* de la ciudadanía política de la revolución democrática a un indistinguible y mero pasivo ciudadano ahorrador.

El americanismo, asociado en tal desarticulación junto al discurso neoliberal, en los hechos, se ha transformado en un obligado punto de referencia. Se debieron complementar para obtener los logros de tan acabadas sensaciones triunfales con la licuación de los planos más temidos: erradicar la posibilidad de forjar criterios humanitarios y cívicos que garanticen condiciones de reconocimiento, recuperar “memorias” y posibilidades para elucidar planos en instancias colectivas que permitan asociar su vida a lo Real y “situaciones” de clase. En tal línea, resultó indispensable el mayor dominio posible del DCN para que se cumpla en su obligatoriedad el objetivo de impedir que reverdezcan los criterios cívicos y humanitarios.

Invocando libertades de propiedad, trabajo y expresión, se neutralizó toda referencia que garantice la autodeterminación informativa. La instrumentación coherente de estos “fundamentos”, sumados a los alcances de sus beneficios, permiten asociar al discurso neoliberal con las producciones de la revolución científica y técnica en materia de comunicaciones, pues ellas llevarían a domesticar los efectos de sentido a los que se ha sumado la era digital con toda su potencia. Ese emergente anónimo, seco, imprevisto, pleno de

polarizaciones y grietas, es una fértil siembra de antagonismos y odios. Todo bajo demagógicas invocaciones a la Verdad, la horizontalidad y la transparencia.

Lo cruel —e hipócrita— es que estas valorables exigencias de transparencia también se producen con relación a la vida personal de los políticos y sus naturales maniobras, al desnudarlos para una oportunista descalificación *in toto* con una suma de escándalos, procreando un deseado clima de rencor y desconfianza de una “opinión pública” sensible frente a la ausencia de reconocimientos sobre los porqués de tamañas asimetrías sociales. Se trata de una herramienta útil para que tal denostación brinde las posibilidades de desprestigio para aportar “negatividad” al clima de insuflado fatuo optimismo y excitación en la idea de que en la humanidad todo “progresas”. El objetivo estratégico es consolidar un “sistema de creencias” maleable y prejuicioso, según el cual se desacredite a la acción política como una instancia de transformación revolucionaria. Así se reduce a la política a una “tiranía de la elección”⁵³. Sin embargo, bajo este inocultable destrato, no se posee igual correspondencia, similar ni tamaña severidad, con los planos procedimentales de la vida política e institucional, por caso, las connivencias entre políticos y grupos económicos.

⁵³ Renata Salecl, *La tiranía de la elección*, Buenos Aires, Godot, 2010.

CAPÍTULO 3

DEL ESTADO SOCIAL AL ASCENSO NEOLIBERAL TARDOCAPITALISTA

“La Historia siempre es contemporánea, o sea, política”
Antonio Gramsci

“¡Hablar del mejoramiento de la especie! ¡Vamos! La raza que nosotros, hombres y mujeres, representamos, la vieja raza anglosajona, es la mejor especie del mundo entero... y nos ha hecho superiores al resto del mundo”
Sir Charles Adderley

“Cuando adviertas que para producir necesitas obtener autorización de quienes no producen nada; cuando compruebes que el dinero fluye hacia quienes no trafican con bienes sino con favores; cuando percibas que muchos se hacen ricos por el soborno y por influencias más que por su trabajo: y que las leyes no te protegen contra ellos sino, por el contrario, son ellos los que están protegidos contra ti; cuando descubras que la corrupción es recompensada y la honradez se convierte en un autosacrificio, entonces podrás afirmar, sin temor a equivocarte, que tu sociedad está condenada”
Ayn Rand

1. La trama de un desencuentro manifiesto

Antonio Gramsci advertía, siglo atrás, que los “nuevos métodos de trabajo” y las “formas de la vida” resultan ser inseparables. Es imposible triunfar sin un campo tan vital, como es el de la producción, el trabajo y su estructura organizativa, sin acomodar a las “formas de la vida” que, de manera obligatoria y por necesidad, requerirán de forzosos —cuando no de forzados— ajustes. Tal afirmación merece ser tomada cual riguroso objeto de estudio.

Producto del señalado *cambio de época*, han confluído inestabilidades sustanciales en el plano de la estructura material, y también notables desequilibrios y transformaciones socioculturales que, junto con el fin de la Guerra Fría, no debieran restringirse al mundo de lo tangible ni de lo evidente. Los “factores” *reales* del *poder* produjeron sustanciales metamorfosis acerca de cómo se plasma la producción material y simbólica, forjando condiciones mitificadas, fetichizadas, acerca de una mentada vital revolución virtual e imaginaria en la vida social.

¿Por qué canales y vías circuló tamaña mitificación? Procreando un éxtasis sobre una embelesada “leyenda blanca” y reconfigurando el giro crítico para abrir nuevas dilemáticas modificaciones en las condiciones de reconocimiento y en las posibilidades de reflexión y análisis. Sobre la base de una “subjetividad” deteriorada, han variado sus posibilidades de “registro”, además de trastocado todas las representaciones de los fenómenos políticos, sociales, culturales e institucionales. Bajo tal “situación”, procuro compaginar esta desestructuración subregistrada bajo el cedazo de la lectura conceptual de la semiopolítica, esa

sociología política del conocimiento para una sociedad de masas que permita otra “relectura” de los hechos, las cosas, los procesos, como los acontecimientos y antecedentes, examinados como “factores” y “componentes” del estado crítico en el que se vive dentro del mundo de hoy.

Las modificaciones *macrosociológicas* incidieron en todas las esferas *micro* de la *vida cotidiana* de la sociedad. Ya en los tempranos ochenta, Eliseo Verón previno acerca de estas transformaciones sustantivas. Sabiendo “leer” las “marcas” o “huellas” del material significativo, con su pertinente “lectura” se despejan las posibilidades de calibrar las alteraciones producidas en las condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento de la vida social. Con todo, tales “lecturas” debieron haber advertido o al menos orientado, con plena conciencia, acerca de estas profundas y cualitativas mutaciones inadvertidas. Desde el derrumbe del Muro (1989), las CHyS poseen conflictos en ponderar, consensuar y evaluar la proporcionalidad y magnitud de tales cambios. Se trata de una omisión ideológica que implica, según la sociología crítica, nociones como *cuestión*, región o dimensión de la ideología o, continuando con Verón, los horizontes de *lo ideológico*.

El siglo XX ha sido controversial. Tal vez, estas severas dificultades de consenso obedezcan a una sobreopinión a partir de los distintos recortes de las diferentes disciplinas científicas. Ese “siglo XX corto”, conceptualizado por Hobsbawm la “era de los extremos”, lleva a lo que aquí destaco: lo que se presenta evidente para una determinada lectura significa lo opuesto para la escuela de enfrente, pero, también, incompatible para corrientes que pudieran entenderse equivalentes, sustentadas en autores de similar base doctrinaria, teórica, metodológica o de opinión. Un desencuentro manifiesto. Procuro, más allá del relevamiento historiográfico, desplegar una lectura semiopolítica sobre la *trama* que nutre los fenómenos del “sentido”, de lo que ha sido una construcción social del *poder* creada al efecto, para desnudar lo dificultoso que resulta revelar y relevar este mundo con el cual se convive.

Como sugeriría la perspectiva trágica de Max Weber, con su afamado “pero, a pesar de todo...”, la problemática del “sentido” resulta fundamental. Aquí planteo que la Historia, en su acepción más llana, tiene “sentido”, no ya como “construcción social de la realidad” en materia de contenidos manifiestos, sino como “construcción social del sentido”, ese que se obtiene en el “aquí y ahora” al momento de su consumación. Procuro descubrir su verdadero y no siempre asible significado, ya que tampoco el “sentido” resulta una linealidad que emerja de lo evidente, sino que, para su cabal comprensión, se lo debe reconstruir dentro del contexto de sus condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento específicas. Además, es

preciso vincularlo con los complejos “componentes”, nunca producto de simplificados “supuestos” rectilíneos, unívocos, como la ética, la Razón o la legitimidad de tal o cual *acción social*. Las acciones cobran “sentido” al transformarse en *acción social* bajo las orientaciones de una “subjetividad” envuelta en un “sujeto” asimilado, constricto, cooptado, partícipe en su intencionalidad u orientación.

El capítulo establece que, para mediados de los años setenta del siglo pasado, comenzó a desmantelarse, buscando su plena desarticulación, un *ciclo* clave: el del Estado social o Estado de bienestar, un período de los más transformadores, intensos y dinámicos de la historia política contemporánea del mundo occidental. Tal Estado fue —y sigue siendo— motivo de denostación por parte de una corriente de pensamiento muy potente: la derecha neoliberal, que realiza una lectura denigratoria de todo ese *ciclo*. En ese Estado social ve un elemento pernicioso, un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas productivas, una traba letal para una “sociedad abierta”, en la que los mercados —abrumados por la especulación política, las tensiones sociales y la presión fiscal— deberían ser redimidos para ganar la genuina —y liberal— evolución de las sociedades.

Esta “mirada” comete omisiones. Olvida, por ejemplo, que tal florecimiento del Estado y la política brinda sustento al *ciclo*, pues surgen precisamente como *respuesta* para superar medio siglo de trágicos años en los que proliferaron *crisis* permanentes, dos guerras mundiales, múltiples recesiones, genocidios, amén de crónica depresión. Tras la segunda posguerra, se observó un resarcimiento para un grueso de los pueblos al desagravio de restablecer competencias políticas para ejercer presagiados derechos sociales, conquistados sobre la base de la sangre derramada por siglos de imperecederas luchas.

No obstante, para los neoliberales todo resulta ser un formidable gasto superfluo, que usufructúa de una sobredimensionada sociedad política del Estado —elefantiásica, según la caracterizan— que no desempeña ningún papel técnico trascendente. Invasiva, avasallante, clientelar, distorsiva, plena de compromisos sociales, esta política resulta una agobiante carga que impide el sano cumplimiento eficaz-eficiente de las funciones del Estado. Tales “situaciones”, según el prisma neoliberal, sólo pueden resolverse con un regreso al círculo virtuoso de la superioridad que brinda la salutífera schumpeteriana “destrucción creativa” a manos del Capital⁵⁴. Ante tal Estado malgastador, con políticas públicas universalistas y

⁵⁴ Joseph Alois Schumpeter (1883-1950) fue un destacado economista de cultura austro-estadounidense, ministro de Finanzas en Austria. Estudió en la Universidad de Viena y fue discípulo de Eugen Böhm von Bawerk y

desempeños extraños a su esencia arbitral y mediadora, con metas “ajenas” a su enfoque sobre la naturaleza humana, se auspicia una *visión* pragmática sólo juzgable por sus resultados. La “razón instrumental” exclusivamente prioriza a los ciegos y endogámicos objetivos personales, ceñidos a las confrontaciones competitivas y a la negación *del otro*: así, estas sociedades se encuentran por fuera de toda noción de comunidad, y no poseen ni le brindan atención ni compromiso al más remoto “sentido” de la igualdad ni de la solidaridad.

2. La hegemonía como política viva: orígenes de un concepto controvertido

Zygmunt Bauman, con su concepto de “extimidad”, en tanto nueva forma de *ser* en el mundo de hoy —retomado por Graciela Brodsky y Jacques-Alain Miller—⁵⁵, alertó acerca del conflicto de renunciar a toda idea de intimidad, pues esto le brinda certificado de defunción a la “vida privada” propia de la época victoriana⁵⁶. El auge de la telerrealidad y las redes sociales vulneran cualquier noción de privacidad. Junto a la impunidad de estas transformaciones violentas inducidas desde los *poderes reales*, aunque abiertamente soslayadas —con la

Friedrich von Wieser. Radicado en los EE. UU. desde 1932, fue profesor en la Universidad de Harvard. Se destaca por ser un entusiasta de la importancia de la actividad empresarial como dinamizadora de la economía; desarrolló estudios sobre los ciclos económicos haciendo eje en la innovación y fue creador del concepto de “destrucción creativa” como forma de describir el proceso de transformación que acompaña a las señaladas innovaciones. Vaticinó la autodestrucción del capitalismo producto de su propio éxito. Destaco, en particular, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Página Indómita, 2010 (1942).

⁵⁵ Graciela Brodsky es una psicoanalista argentina, miembro de la EOL, Escuela de Orientación Lacaniana, profesora de la Universidad de San Martín. Posee un fuerte y reconocido desarrollo teórico dentro de la corriente de esa escuela, cuya referencia central es Jacques-Alain Miller, fundador de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, quien inició sus estudios con Jean Paul Sartre, ingresó joven a la Escuela Normal Superior de París (1964), y fue discípulo, junto a Jacques Rancière y Etienne Balibar, de Louis Althusser. Althusser impulsó a Miller a estudiar la obra de Jacques Lacan, con quien entabló estrecha relación, e incluso contrajo nupcias con su hija Judith. Fue director del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad París XIII y presidente de *L'École de la Cause freudienne* (1981), fundada por Lacan. Tras la muerte de Lacan, Miller fue el principal difusor de su pensamiento y estuvo a cargo de la edición de sus seminarios, cursos y conferencias dictadas alrededor del mundo. Véase Graciela Brodsky, “Los envoltorios de la Extimidad”, Jornadas de la NEL, Bogotá, 6/8/2012, presentado el 2 de diciembre en Buenos Aires con referencia al libro *Extimidad: Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

⁵⁶ Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*, Buenos Aires, Paidós Estado y Sociedad 126, 2004 (2006); *Pensando sociológicamente*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, Colección Diagonal, 1990 (1994); *Vida líquida*, Barcelona, Paidós Estado y Sociedad 143, 2005 (2006); *Ética posmoderna*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina, 1993 (2004); *La sociedad individualizada*, Madrid, Ediciones Cátedra, Teorema, 2003; *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 2000 (2005); *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, Cuestiones de antagonismo, 2001; *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002; *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000; *La globalización: Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998 (1999); *La hermenéutica y las ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, Colección Cultura y Sociedad, 1978 (2002); *La cultura como praxis*, Barcelona, Paidós Studio 154, 1999 (2002); *Miedo líquido: La sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós Estado y Sociedad 146, 2007; *Teoría social y ambivalencia. Una perspectiva crítica*, Barcelona, revista *Anthropos*, Huellas del conocimiento 206, 2005.

cómplice anuencia de sus víctimas y del DCN del SIyC—, todo este proceso se asocia a los normativos aristotélicos conceptos de que, bajo estas novedosas condiciones de vulnerabilidad, no exista en verdad la maldad, sino que se alimente solamente la plena ignorancia.

El neoliberalismo ha llevado a transformaciones imposibles de concebir décadas atrás, modificando los dispositivos del trabajo, los “actores” y su organización, al “sujeto” histórico tal como ideológicamente se lo entendía hasta hace poco tiempo atrás. También ha fragmentado y segmentado sin límites a los sectores laborales en un infinito abanico de inserciones, conmoviendo “identidades” políticas y sociales afianzadas. La clase obrera, generalizada con conceptos afines como trabajadores, proletariado y demás, ha mutado hacia “identificaciones” y “filiaciones” borrosas que la han llevado a la inconsistencia, desnudando impotencia, falta de personalidad, cuando no de carácter. Esta “clase” todavía logra, trabajosamente, identificarse en un “en sí”, pero posee abiertas dificultades para reconocerse en un “para sí”.

Si bien en este apartado no ofrezco un desarrollo pormenorizado de la noción de hegemonía, aclaro que se la entiende vital para circunscribir al americanismo, en particular, para entender cómo supo consolidar la lectura neoliberal como perspectiva. Procuro una adecuada representación para profundizar esta temática, cual es la disputa por la producción social del “sentido”, clave no sólo en su dimensión analítico-descriptiva, sino también para sacarla de un ejercicio inocuo, al brindarle al estudio una debida orientación estratégica.

La lectura semiopolítica brota de una reacción frente a esa *vulgata* trivial, propia no sólo del periodismo, que licúa el término hegemonía de su “sentido” veritativo, produciendo de esta manera una distorsión mayúscula. Esta transformación también impacta sobre la academia e, incluso, sobre algunos intelectuales que asisten a los sets de televisión. El vital concepto de hegemonía está asociado a Gramsci, quien brinda ese *plus adicional* de “sentido” al implicarlo en conquistar la influencia, propalación y “dirección intelectual y moral” de la sociedad.

Gramsci se diferencia del concepto sociológico más lineal de “dominación”, de lo que Talcott Parsons designa “deflación del poder”, cuando el *poder* sólo se garantiza por medio de la “coacción”⁵⁷. Para Gramsci resultaba vital cimentar una legítima *construcción hegemónica*

⁵⁷ Talcott Parsons (1902-1979) fue un sociólogo norteamericano que profundizó con su lectura la weberiana “teoría de la acción social”, con un enfoque estructural funcionalista. Figura consular de la sociología estadounidense del siglo XX y doctor en Economía, creó el Departamento de sociología de la Universidad de Harvard. Tradujo de manera opinable la obra de Max Weber, Vilfredo Pareto y Émile Durkheim. Su encuadre teórico está caracterizado por un enfoque conservador que, haciendo eje en los valores culturales y las estructuras sociales, resulta ser uno de los motores de la perspectiva que fundamenta la semiopolítica del americanismo. Sus obras consulares son *La estructura de la acción social* (1937) y *El sistema social* (1952).

basada en una filosofía temporalmente ajustada a un momento histórico determinado, que genere consensos, confianzas y cultura. El objetivo era operar una aleccionadora educación efectiva, insuflando “opinión pública” e incidiendo con la creación de lo que definió de manera esencial: una adaptación de los grados de la ideología que atravesase diagonalmente a la sociedad civil y sepa adecuarse funcionalmente para cada uno de sus sectores y clases sociales. Esto era medular para ese Gramsci, que poseía un concepto extenso del Estado, conformado por la sociedad política y la sociedad civil, en disputa por la ideología, esa “concepción del mundo” en movimiento que posee su preeminencia —una *construcción hegemónica*— en la vida social.

Sus consensos resultarán de esa proporción de hegemonía lograda a partir de una confrontación entre la “correlación de fuerzas” de opiniones y mundo de las ideas, los intereses sociales de una *visión* económico-corporativa en disputa por la vida política, con una sobredeterminación de arrastre instituida en las ancestrales *prácticas* y “marcas” genéticas del aparato estatal inicial. Siempre acotada por la persistente y dinámica lucha de clases actual, por las fuerzas vigentes dentro de tal confrontación social, que se encuentran siempre en constante movimiento y continuamente asociadas a las siempre vivas “relaciones de fuerza” entre “sujetos” y “actores” vigentes, los mismos que procuran incidir desde la sociedad civil para obtener los favores de ese Estado. El neoliberalismo confunde, de manera intencionada, la sociedad política del Estado con el Estado, lo cual les resulta funcional a su exigencia de hacer primar centralmente la “coerción”, esto es, la “coacción” material y normativa.

La acepción de hegemonía que aquí propongo está asociada a una disputa *real* entre consensos e ideología, procurando que no sea lineal ni incierta de anquilosarse. Cabe recordar que el estructuralismo restringe su lectura de ideología a un planteo que podría asimilarse a afirmar que las FF. AA. y de seguridad debieran recurrir a su acepción lineal, según la cual la ideología, en un concepto economicista, sirviera sólo para afianzar sus filas dentro de las instituciones para cumplir sus objetivos. Este reduccionismo también las restringe en esas esencias de los diferentes “ismos”, cuando los partidos políticos todavía eran entes doctrinarios.

Muy por el contrario, aquí procuro articular de manera crítica y actualizada lo que se supo estudiar, años atrás, como “teoría crítica de la ideología”, o entender una dimensión extensa y articulada de la política en la que obligadamente posea su genética estructurante sobre la base cierta de un concepto extenso de *lo ideológico*. Si no fuera así, ¿para quienes habrían de hacer política los políticos? ¿Cuál habría de ser la bisagra de su prédica para construir ese *vínculo social* que les permita asociarse de manera viva a una representación que interpele con

“fundamento” ético-político los diversos intereses materiales de la sociedad? Ésta es una soslayada propiedad genética, verdaderamente *constituyente* para toda concepción extensa de la política y el *poder*, que sólo logrará cabal comprensión en la medida que sepa escapar de toda noción sustancialista, dicotómica, simplificadora y esencialista.

La clave es eludir cualquier desdoblamiento maniqueo que, inicialmente, pueda hacerse gráfico con un ejemplo determinado, pero que, al tiempo, se transforme en un *obstáculo epistemológico-epistemofílico*: estructura-superestructura, sociedad civil-sociedad política, política-ideología. Así, procuro tomar distancia de quienes sólo confían en la primacía de ciertos atributos únicos, puros, fundantes e impermeables, sustrayéndose de la dialéctica del conflicto al no admitir que el Estado concentra estos “componentes” imprescindibles, mucho más vigorosos y energéticos de los que a los interesados en su denostación piensan en relevar.

El Estado condensa, además de potenciales atributos coercitivos, perspectivas potenciales acerca del *real* “cuadro de situación” específico. Esta conjetura revela, de manera indicial, una lectura activa de las “relaciones de fuerza” en la que prime el orden táctico y el “paralelogramo de fuerzas” de cada coyuntura. Pero también es preciso comprender cómo se encuentra dispuesto el “sistema de creencias” más o menos inalterable, especialmente sembrado para que en su momento rinda sus debidos frutos, susceptible de ser modificado cuando la *real* disputa por el “sentido” de fuerzas sociales esté al borde de una efectiva, cuando no estratégica, querella. La figura que utilizó Gisela Catanzaro en una conferencia reciente de Álvaro García Linera es elocuente: *El Estado como estado de situación de la sociedad*.⁵⁸

Gramsci expresa haber heredado el concepto de hegemonía de Lenin. Sin embargo, la noción originaria deviene de la socialdemocracia revolucionaria de Karl Johann Kautsky, a inicios de la década de 1890. El austriaco militante del SPD afirmaba que la socialdemocracia debía representar no sólo a los trabajadores asalariados industriales, sino —en una importante ampliación de una noción cerrada e inclusiva de “clase”— a todos los estratos laboriosos y explotados; en consecuencia, a la inmensa mayoría de la población, de lo que comúnmente se reconoce en la idea alemana de *Volk*. En Rusia la noción fue importada por Gueorgui Valentínovich Plejánov, primer teórico marxista ruso relevante, y retomada por Vladimir Ilich Ulianov Lenin. El SPD revolucionario concebía que debía ser el partido de los trabajadores el

⁵⁸ Conferencia virtual dictada en el 2021, titulada “El Estado post-coronavirus: Entre la protección proveedora y el autoritarismo patrimonializado”, a cargo del profesor Álvaro Marcelo García Linera y con los comentarios de Patricia Funes y Gisela Catanzaro, bajo la coordinación de Julián Rebón, secretario de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

que bregase, con su conquista en “el mundo de las ideas”, por un concepto expandido al aglutinar las *identidades colectivas del pueblo* en la sociedad. El SPD poseía una perspectiva comunitaria en su extendida proyección de la noción de “clase”, al asumirse protagonista del combate por las libertades más plenas y democráticas, que logren las mejores condiciones para concretar su trabajo político —que ahora debía incluir la lucha electoral—.

Vale decir, de allí que se entienda pertinente esta polémica: que la misión del proletariado no se agotaría en su lucha por el socialismo, sino que tendría que hacerse cargo de lo que las revoluciones liberales y democráticas no habían podido resolver. Me refiero a abrir las mejores condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento para la plena vigencia de las más extensas libertades democráticas, aquellas que debieran erradicar al absolutismo y permitir la consiguiente igualdad en la circulación y difusión de las ideas.

La nominación del partido como socialdemocracia, con el aval de los fundadores del materialismo histórico, no fue un mero gesto retórico. En efecto, evidencia un compromiso que diferenciaría al marxismo con relación a las otras corrientes socialistas de finales del siglo XIX. También resulta sugestiva, en esta acepción bastante más extensa de las nociones de “clase” y hegemonía, la representación que realiza Domenico Losurdo con su texto *La lucha de clases*⁵⁹. Allí Losurdo aborda, en sus capítulos iniciales, su interpretación, a lo largo de la obra de Karl Marx, de una amplia acepción de “clase”, más extensa de la que inicialmente alcanzaron sus remotos portadores y significativa parte de sus herederos con la Revolución de Octubre de 1917. Según Losurdo, la “lucha de clases” está asociada a un forzado juicio, constreñido a la literalidad metafórica, como ha trascendido de una mecánica lectura del inicial capítulo de “Burgueses y proletarios” de *El Manifiesto Comunista*, en torno a “clases”, naciones y, más audaz todavía, la unidad doméstica con el “género femenino”. Para ubicar de manera adecuada y en un plano productivo tamaño controversia, deben rastrearse las “situaciones” epocales que produjeron sus génesis e instrumentaciones, así como los sistemas socioculturales que les brindaron sostén y respaldo. En particular, es preciso analizar los conflictos *reales* que precipitaron tal acelerado *fin de ciclo*, con su ajuste a las condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento de los discursos sociales que consolidaron esta situación de “tierra arrasada”. Tanto así que tanto Bill Gates como Elon Musk se caratulan a sí mismos cual “socialdemócratas”. ¿Algo “huele mal en Dinamarca”, o se exagera?

⁵⁹ Domenico Losurdo, *La lucha de clases: Una historia política y filosófica*, Roma, El Viejo Topo, 2013, Impreso en España.

3. La gran crisis del petróleo (1973-1979)

La primera gran crisis del petróleo, producida a inicios de los años setenta, catapultó a una ignota organización corporativa de un bien primario no renovable: la Organización de Países Productores y Exportadores de Petróleo (OPPEP), vigente hasta la actualidad. Se trató de un conflicto insospechado, tanto por la dureza como por sus consecuencias, asociado inicialmente a la guerra del Yom Kippur —entre Israel y los países árabes— y al fracaso de las negociaciones con las destilerías y grandes empresas petroleras, con un desenlace que implicó, para el año 1974, una multiplicación del precio del crudo.

El revés de aquella operación comercial tuvo graves consecuencias políticas: la imposición unilateral del precio del petróleo a escala internacional fue un desastre que empujó a la economía mundial hacia la catástrofe. Tuvo un efecto multiplicador con resultados que acarrearón una *crisis* sin precedentes y de proporciones desconocidas, al empujar a los EE. UU. de América y a todo el mundo occidental a un nunca visto incremento de la inflación, que los llevó a una “racionalización” y al “control de precios” sobre el combustible y derivados. Todavía resuena, para la actual ciudad de Buenos Aires, la autorización de la salida por chapas pares e impares, según el día de la semana, para el uso del transporte automotor.

Este cambio de escenario instituyó “nuevas reglas de juego” que anticiparon la modificación en las “relaciones de fuerza” y de *poder* entre las naciones del Occidente industrialista y los países productores de bienes primarios. El Occidente aprendía rápido de sus derrotas, reconociendo vulnerabilidades que bien pronto habría de zanjar. Había soportado, desde los años sesenta hasta fines de los setenta, un tiempo de conatos y revoluciones, convulsiones y rebeliones, de luchas masivas contra la escalada nuclear y la carrera armamentista, el surgimiento del pacifismo y la liberación femenina. Había logrado solucionar una larga serie de guerras poco favorables, amén del surgimiento de la guerrilla urbana, la ecología y el altercado por el medioambiente, los derechos civiles y humanos, los magnicidios y atentados, toda una serie de conmociones del más diverso tipo, relacionadas con un cambio radical en los consumos, tradiciones, costumbres y estéticas de la vida cultural y las artes que incidieron decisivamente en los estándares de la *vida cotidiana*.

Así, el mundo capitalista desarrollado se vio acorralado a idear un “plan” riguroso que, junto a la resolución de la catástrofe energética, también corrigiera un sustancial cambio de naturaleza política que superase al *estado de crisis* permanente con que se había vivido el siglo XX. El Norte poseía la figura consular para impulsar este audaz plan: el Secretario de Estado

de los EE. UU., Henry Kissinger. El personaje indicado para delinear e implementar profundas transformaciones estructurales de carácter político y material que permitieran resolver la urgencia de “poner las cosas en su lugar”: tanto a la insurgente periferia rebelde como al estado de anomia, exaltación y cuestionamientos permanentes que realizaban las clases subalternas a escala planetaria. Tras haber emergido a la mesa chica del escenario internacional a partir de la Gran Guerra, ahora le tocaba al americanismo la notable tarea de convalidar lo que se había acordado en Bretton Woods, no sólo ser la potencia occidental, sino representar el liderazgo mundial de ser quien mejor personificara los “valores” del modelo capitalista occidental.

La idea era recuperar la iniciativa para plasmar su mayor potencial de imposición y establecer otras “relaciones de fuerza” que consintieran sopesar potenciales exigencias. Esta agenda reclamaba la decisión de redimensionar la unidad productiva dominante hasta entonces: *la gran fábrica*, ancestral organización técnico-social de la producción fabril-empresarial de la industria capitalista. La idea era no volver a vivir las aflicciones provocadas por las insurgentes y díscolas barriadas obreras de las grandes metrópolis, con esos “cinturones rojos”, cuna de demandas “ciegas”, reclamos masivos, violencia, manifestaciones gremiales, sindicatos y centrales obreras, base social cuya dinámica habría de nutrir a movimientos radicales, guerrillas locales o internacionales. Era preciso lograr ese oxígeno básico que les redimiese de la “situación” de *no-contest* en el que se había caído, recuperando ese potencial de “coacción” que históricamente habían poseído los países centrales sobre la periferia y de lograr la domesticación de las clases sociales rebeldes y demás sectores insubordinados.

Se constituía una confrontación inédita, en la que la evolución planificada del sistema capitalista encontraba una “golosina” subsumiendo a los díscolos sectores periféricos a su propia lógica mercantil, cuando esos bienes primarios se renombrasen *commodities*. Las *commodities* son productos, materias primas, bienes primarios. A las *commodities* las enajena el hombre, o están en la naturaleza en proporciones importantes de una geografía, cosa que permita pasar a ser un bien transable, cotizable, a la vez que especulativo y rentable: una mercancía más dentro del sistema capitalista. Se pueden citar *commodities* a lo que se dispone a elaborar productos alimenticios: soja, trigo, maíz; o en la naturaleza para extraer: esmeraldas, diamantes, oro, litio, u otra piedra preciosa o mineral que, para este caso, lo sería el petróleo.

Así, esta primera gran crisis del petróleo abrió las puertas para un inusual desenlace que les permitió a las potencias occidentales salir de aquel atolladero y de su “situación” de defensiva estratégica. De ese escenario de sentirse acorraladas por un tenaz estado de

intimidación, atosigadas por demandas permanentes, crecientes cuestionamientos y un orden social que trajera consigo periódicos, cuando no cotidianos, problemas de legitimación.

Aquella coyuntura colocó en un brete a todo lo existente. La obsesión era recuperar la idea del histórico potencial de “coacción” y “coerción” normativa del viejo poder imperial. Para ello, amenazaban que la *crisis* energética —*crisis* que, por derroche, afectaba al consumo masivo del combustible y al propio modelo industrialista de producción— generaría un contexto crítico, que sería presentado ante la “opinión pública” cual un cataclismo insoluble. Que de tal maldición, habría de complicarse la supervivencia misma del mundo civilizado.

Por primera vez, por fuera de las necesidades de una guerra a gran escala, los servicios de Inteligencia, sumados a la gran prensa y los representantes de la política, supieron elaborar una fábula derrotista, asegurándose la posibilidad de recuperar la iniciativa para imponer una serie de mitos difíciles de entender, pero también dificultosos de desentrañar. Tal victimización consintió al replanteo del orden mundial y otras condiciones de reconocimiento acerca del curso por el que se estaba transitando con la Guerra Fría. Se presumía una virtual supremacía militar soviética, amén de las implicancias que podría traer el surgimiento y emergencia de un Tercer Mundo que llegó a barruntar la posibilidad de cercar al centro y hacerlo implosionar. Así lo proclamaba Ernesto Guevara con la *visión* de su lejana consigna: *Por dos, por tres, por muchos más Vietnam...*, propia de su afamado texto “Guerra de Guerrillas”, o la también en su momento acreditada “teoría del foco” de aquel inicial y hoy tan lejano Régis Debray⁶⁰.

En ese centro preocupado, se planteaba que había que brindar una contundente *respuesta* a tan embarazoso “cuadro de situación” por parte de quienes debían tomar decisiones imperativas: los EE. UU. y los sectores más duros de los países metropolitanos. La “crisis de legitimación del capitalismo tardío” exigía una cohesión que permitiera protagonizar tal audaz movida: la Trilateral Commission —EE. UU., Europa, Japón—, versión anticipada del núcleo duro de países más poderosos del Norte: el G-7, o Grupo de los Siete (1973), estructura de aglutinación de los países capitalistas de mayor peso político, económico y militar a escala global, integrada por Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Reino Unido y

⁶⁰ Régis Debray es un pensador francés, proveniente de una familia acomodada, que estudió en el Liceo Hanson de Sully de París y se doctoró en la Escuela Normal Superior de París, donde luego fue docente. Fue seguidor de Louis Althusser e íntimo, en su momento, de Fidel Castro y el Che Guevara. En 1967 escribió su texto más trascendente, que reproduce sus conversaciones con el “guerrillero heroico”: *¿Revolución en la revolución?* Luego de su encarcelamiento, se afilió al Partido Socialista Francés, del que se distanció por diferencias ideológicas con su líder François Mitterrand. Desde entonces ha liderado una línea de pensamiento tecnocrática modernizante en materia de cultura, educación y tecnología, a la derecha de la socialdemocracia europea.

un representante por la Unión Europea (UE). Para aquellos años, el G-7 poseía el 64% de la riqueza global, esto es, las casi dos terceras partes del PBI de toda la sociedad universal.

En sus inicios, aquel replanteo estuvo pensado para el tema del petróleo, para enfrentar el delicado escenario de Cercano y Medio Oriente. Pero, por el peso de la propia potencia hegemónica, incidió para ordenar su “patio trasero”: Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala y el resto de Centroamérica: Panamá, Haití, Granada, Belice, Guyana. Mucho más concluyente y homicida fue su auspiciar, con una dura respuesta, para con los insurrectos países del Cono Sur del subcontinente, brindándole apoyo a las dictaduras militares genocidas con “el Plan Cóndor”: Chile, la Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay y, de manera gradual, el resto de Suramérica. El secretario de Estado Henry Kissinger arremetió con éxito y audacia sin precedentes, tampoco explícita, su *objetivo estratégico* de una *severa reformulación del patrón económico-social dominante: el modelo industrialista fordeano-taylorista*, asociado al Estado Social, el *Welfare State* y las políticas keynesianas de posguerra.

Quienes vivieron aquellos años jamás imaginarían cómo tales transformaciones estructurales cobrarían tamaña envergadura para lo que este estudio denomina mundo de hoy. En algunos casos de manera gradual, en otros abrupta, produjeron esenciales modificaciones en las relaciones de fuerza entre el Capital y el Trabajo, además de alterar el lugar ceremonial concedido a la política, la democracia y la igualdad, modificando severamente su promovido un “mundo para todos”. La comprensión de toda esta época resulta difícil de transferir, casi ininteligible. Sobre todo, para los más jóvenes, o para quienes adquirieron su conciencia política y social en aquellos noventa o en el nuevo siglo XXI: una realidad, por poco, indescifrable.

El mundo estaba constituido de otra manera, organizado bajo otras lógicas, propias de una era de confrontación y antagonismos doctrinales, pero también bajo distinta calidad y sometida a diferentes compromisos colectivos respecto de las pujas actuales. Era la Guerra Fría, época de “fronteras ideológicas”, sometidas a “concepciones del mundo y del hombre” inhomologables, inadmisibles de concertar. Un enfrentamiento integral: social, político, económico, militar, informativo, científico —y hasta deportivo— de dos mundos de fines de posguerra, mucho más que lejos de la colaboración de cuando fueran “aliados”.

Después de la conferencia de Potsdam (Berlín, 1945), de la noche a la mañana el mundo se encontró con un cambio integral del clima político. Arrebatadamente se discutió la devolución de los territorios ocupados, la división de Alemania, las “situaciones” en Polonia, Yugoslavia y Grecia, las circunstancias para la rendición de Japón y qué hacer con la España

franquista. Al no arribarse a acuerdo alguno, tal querella —mal predispuesta y peor resuelta— llevó a “posiciones” muy cercanas a la ruptura, luego de la exitosa solidaridad recíproca y la asistencia logradas durante la guerra con los encuentros de Teherán (1943) y Yalta (1945).

A partir de entonces el mundo quedó dividido en tres grandes agrupamientos macro irreductibles. Un “primer mundo”, el de los EE. UU. y la Europa noroccidental, a partir de entonces, denominado “mundo libre”, capitalista. Un “segundo mundo”, alrededor de la Unión Soviética y aliados, detrás de “la cortina de hierro”, socialista. Y un “tercer mundo”, integrado por el agrupamiento de los “países no alineados”, un agregado de las naciones y pueblos de Asia, África y América Latina, objeto de seducción y disputa entre las potencias orientadas hacia quienes luchaban por su “liberación”. Las comillas se deben entender para acentuar los estereotipos de extrema “ideologización” que sostenían tales lecturas para aquellos agrupamientos. Hoy, poco de aquello existe, pero sí continúa la interesada instrumentación de los AIE y el DCN del SIyC, con sus simples lógicas demonizadoras.

El “segundo mundo” implosionó con la Unión Soviética, cuando se hizo evidente que una fortaleza con pocos sobrantes no alcanzaba para ser sustento de un posible “socialismo”. El “primero” convive con vastos bolsones de miseria del “tercero”: los Estados Unidos poseen por debajo de la pobreza extrema más de 75 millones de personas y el 21% de sus niños —no sólo de negros y latinos, sino también de *white trash*—. Además, existe un “tercer mundo” con apreciables enclaves del suntuoso “primero”. También se ha cronificado un “cuarto mundo”: el África profundo, por debajo del desierto del Sahara hasta llegar a Sudáfrica. Mientras tanto, surgen las economías emergentes. El Oriente extremo (China, India, sudeste asiático) se han convertido en “la fábrica” a escala internacional, a costos imposibles de competir, donde la producción crece a tasas inéditas. Para el mediano plazo, de continuar estas tendencias, serán el “nuevo eje productivo del mundo”, sustituyendo una Europa que se la vislumbra en decadencia. Tras 600 años de superioridad y eurocentrismo, incluso hasta finales del siglo XX, fue el auténtico “fundamento” civilizatorio desde los orígenes de la época moderna.

No obstante, con la señalada rigidez estructural de buenos-malos, libres-esclavos, comunistas-imperialistas, se tenían, aun en aquellos tiempos, firmes posibilidades de imposición de reivindicaciones y reclamos. Era un mundo estremecedor, pero sensible. También poco previsible, como el de hoy, aunque por otras razones: un mundo poco permeable, no sólo por su rigidez ideológica-política, sino porque le acompañaba *el espíritu de una época* convencida en la “perfectibilidad del hombre” y en el progreso infinito de la humanidad.

Permeaban las optimistas posibilidades al presentarse evidentes las políticas de transformación para los procesos emancipatorios de Asia y África; las revoluciones radicales en la China continental, Argelia, Cuba; las luchas por la liberación en el sudeste asiático; las independencias de la India, Israel, Egipto, Siria; la descolonización europea y de la antillana América anglo-franco parlante. Eso estaba allí, latente, con probabilidades ciertas de finales felices, mucho más abiertas que cualquier perspectiva “progresista” del mundo de hoy, que, inexorables, resultan denigradas. Un disímil y opuesto “principio de realidad”.

También se propagaba una novedosa rebeldía masiva en las luchas obreras y juveniles que hasta alcanzaba a la cultura del rock inglés, asociable al ascenso de los Beatles, los Rolling Stones y demás, punto de ruptura con un remoto pasado conservador ya inviable, efectiva línea divisoria con un protagonismo de masas de ingentes bastiones, esencialmente juveniles, críticos del pasado inmediato. Estos movimientos estaban originados en convicciones íntimas de una *época*, que sólo surge muy de tanto en tanto, de lo que pudieran entenderse “causas justas”: los valores morales del Concilio Vaticano IIº, extendido a la grey católica del hemisferio, la “teología de la liberación”, la “opción por los pobres”, la misma noción de socialismo, de los fines del comunismo, del marxismo occidental, la expansión del mundo musulmán, un quiebre sin precedentes para un “masivo consumo popular” en bellas artes, junto al hundimiento de instituciones anacrónicas: la nobleza, las monarquías, el colonialismo, los *poderes* ancestrales.

Del principio al fin se sentía que, con el derrumbe del nazi-fascismo y los reaccionarios nacionalismos conservadores de aquel pasado que se sentía haber superado, el ideal de *cambio* —junto a la noción de “progreso”— era un concepto válido y necesario. La misma idea de “revolución” era vivida cual un legado lícito y vigente, un recurso axiomático validado a plasmar ilusiones de *cambio social*, fuertes imágenes ineludibles en todo proceso de modernización. En aquel momento histórico, el pensamiento y la *visión* crítica marxista del filósofo francés Jean Paul Sartre encontraba máxima vigencia y apogeo en las artes.

Con la crisis política y energética, hacia fines de los años setenta, pero sobre todo para mediados y fines de los ochenta, se intuía que esa época estaba por finalizar: una fase de treinta años de capitalismo de organización, del Estado social, *Welfare State* o *L'Etat du Providence*. Este modelo político consolidaba una integración social para el mundo occidental hasta poco tiempo atrás impensable, en paralelo con los procesos latinoamericanos encabezados por los llamados “populismos”: Lázaro Cárdenas en México, Getulio Vargas en el Brasil y Juan Domingo Perón en la Argentina. De diferentes maneras, el hemisferio todo se encontraba

madurando para aniquilar los rezagos de anacrónicas e históricas clases oligárquicas aristocráticas del viejo modelo clerical hispánico que todavía campeaban en el continente.

Este período es difícil comprensión si no se lo *contextualiza* apropiadamente. Todo se produjo dentro de un “cuadro de situación” específico: la Guerra Fría, eufemismo con el cual, soterradamente, se oculta que existió una Tercera Guerra Mundial (1945-1991). Período de cruel competencia entre regímenes político-sociales contrapuestos, nutridos en los antagonismos de sus “logros” entre las dos grandes potencias triunfantes de la Segunda Guerra Mundial. Para el universo occidental, tal ciclo de transformaciones se asentó sobre la aceptación de las ideas de una “democracia social”: original arquetipo de apertura política y social que, de manera gráfica, Hobsbawm denomina “Los años dorados”; los franceses, *les Trente Glorieuses* o “Treinta Años Gloriosos”; y los alemanes, *Nachkriegsboom*, traducible cual “el boom de posguerra”. Aquella época resultó ser uno de los períodos socioeconómicos de mayor progreso del Occidente. Transcurrió desde finales de la Segunda Guerra Mundial (1945) hasta la salida de la segunda crisis del petróleo (1979), cuando se clausuró el viejo Pacto negociado de Bretton Woods. El presidente Richard Nixon sustituyó al “patrón oro”, que sostenía al dólar papel, para homologarlo con el precio del petróleo crudo universal acordado con la Arabia Saudita (1981).

A partir de entonces, se consolidó el capitalismo de organización en su etapa tardía, asentado en el otrora modelo industrialista fabril de matriz fordeano-taylorista de *la gran fábrica* más finanzas. Para graficar una visión crítica de sus “fundamentos”, viene a cuento la figura de Charlie Chaplin con su significativo fordismo por las cintas transportadoras en *Tiempos modernos*. Aquél fue, sin dudas, un período de formidable crecimiento y progreso social dentro del ciclo del modo de producción capitalista iniciado en 1780, pero que llegase a su “cenit” con el Estado de bienestar, en el que, por primera vez, un trabajador, un obrero, un industrial, un manufacturero, un productor o vendedor de mercancías, el empleado público, estatal o el administrativo, se animaban con los productos del mercado: la sociedad de consumo.

4. De los intelectuales orgánicos del neoliberalismo al recrudescimiento de la Guerra Fría

Célebres intelectuales reaccionarios se rebelaron de manera abierta y febril contra el Estado de bienestar. Liderados por Milton Friedman, Friedrich von Hayek, Salvador de Madariaga, Ludwig Erhard —responsable del denominado “milagro alemán”—, Jacques Rueff, Ludwig von Mises, Walter Lippman, Karl Popper, y los premios Nobel de Economía George Stigler (1982), James M. Buchanan (1986), Maurice Allais (1988), Ronald Coase (1991), Gary

Becker (1992) y Vernon Smith (2002). Desde la Argentina, un asiduo referente fue el militar capitán ingeniero Álvaro Alsogaray. Todos ellos constituyeron la Sociedad de Mont Pelerin, inevitable antecedente de los procesos que transformaron la lectura del mundo a partir de los setenta e inicios de los ochenta. Se reunían periódicamente desde 1947 —así como hoy las transnacionales y los principales países centrales lo hacen en la localidad de Davos, Suiza— en el Hotel du Parc en la villa Mont Pelerin, cerca de Montreux, también Suiza.

Todos ellos fueron los responsables doctrinarios de esta reacción que se consolidaría años después como una corriente filosófica, económica, política e ideológica: el neoliberalismo. Aunque la vida sea vista como el producto de una contingencia, del azar, de la gracia divina o del innatismo de un *winner*, ella siempre obedece al resultado de las relaciones sociales. Hoy en día, los obstáculos y fracasos se encuentran “naturalizados” a ese innatismo que lleva a promover a un primer plano al *self made man* de un mundo que no existe, ilusionando con universos “imaginarios” a aquellos sectores menos problematizados ni politizados. De esta manera, se ha creado el concepto que la sociología funcionalista supiera denominar “sociedad de masas” —con una tendenciosa lectura hacia una cerrada “teoría de la democracia” y sus ramificaciones: el autoritarismo, el totalitarismo y el populismo—. Este interesado maníaco ofuscamiento, pleno de alienación, etnocentrismo y racionalidad instrumental —de utilitarismo y desamorado pragmatismo—, provocó una formidable confusión teórico-conceptual para un sector de la *intelligentsia* que finalizó siendo cooptado con fuerte incidencia en todas sus áreas de especialidad: política, análisis, economía, periodismo, intelectualidad y la misma academia.

El saber técnico y del experto ha logrado reemplazar a la reflexión crítica del intelectual y del académico, al sustentarse renunciando a los soportes fuertes, debido al debilitamiento en el conocimiento epistemológicamente fundado. Las carreras universitarias basadas en un saber profesional de base científica pasaron, de manera creciente e irremediable, a recortes aplicados, generalmente asociados a la gran empresa. Así se alteraron las condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento, a unos saberes acotados, prácticos, aplicados, circunscriptos, empíricos, sometidos a las presiones propias de los *profits* de irreflexiva connivencia con los beneficios, responsabilidades y niveles de compromiso acerca de un mundo que —en su apariencia externa— estaría constituido cual una “era de la ciencia y la tecnología”.

Una “leyenda blanca”, publicitada como “la era del conocimiento”, al blindar “supuestos” y “sistemas de creencias” que se encuentran afirmados en mundos ilusorios y relaciones “imaginarias” sobre cómo funciona la vida en sociedad. De esta manera, y para no

quedar atrapados en ese mundo de simulacros, es indispensable reafirmar que el capitalismo de organización ostentaba una sociedad política del Estado basada en su capacidad de gestión, en la intermediación entre los réditos complejos, velando por generar un equilibrio entre los intereses del conjunto social, esto es, entre el Capital y el Trabajo, sumados a un Estado de Providencia, proveedor, comprometido en la idea de brindar tangibles beneficios colectivos: previsión social, salud pública, educación, consumos, empleo, vivienda, infraestructura, equipamiento, transporte, para un grueso mayoritario de la sociedad.

La confrontación que aquí analizo se la denominó *proceso de emulación pacífica*. Sin embargo, en la realidad ocasionó una páfida, infiel y feroz competencia: armamentista, militar, social, política, teórica e intelectual, de información y espionaje. Este período delicado, inscripto en una encubierta y desmedida hostilidad brutal, alimentó esa cruel y feroz hostilidad manifestada por rechazos y desconfianzas iniciados en los 1945-47, según se tome aquella conferencia de Winston Churchill que, en la Universidad de Fulton, Missouri, sur de los EE. UU. (1946), impactó al mundo al declarar: “Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente [Europa] un telón de acero”. La dramaticidad de tal mensaje trastocó todo: la simpática figura de “uncle Joe” pasó a ser Stalin y el “acero”, a proyectar esa metálica imagen de dureza y frialdad extrapolada a su régimen político.

La procedencia del término “Cortina de hierro”, en su adaptada versión castellana, es heredera de los “esfuerzos de posguerra”, cuando la propiedad de “la bomba atómica” partía del “supuesto” acerca de la imposibilidad que la potencia rival pudiera hacerse del letal elemento nuclear en el futuro inmediato. Tal elemento alteraría la lógica del “marco de alianzas”, ya que Franklin Delano Roosevelt descansaba en paz y su debido sucesor, Henry Agard Wallace, fue destronado mediante una oscura maniobra en la convención demócrata por su derecha partidaria, la que impulsó a Harry Truman —el del famoso “si no puedes convencer, confunde”—, raso empresario sin un debido conocimiento sobre política internacional, tutelado por Churchill a la beligerancia. No existían más las “exigencias” de desembarco del Ejército Rojo en Manchuria para la derrota del Japón. La bomba atómica fue lanzada el 6 de agosto de 1945 en Hiroshima y el 9 de agosto en Nagasaki. Para los mismos días, el 8 de agosto los soviéticos debían cumplir sus compromisos contraídos en Yalta, desembarcando en el extremo Oriente, en el seno del Estado títere japonés de Manchukuo (Corea, Manchuria y Mongolia interior), donde millón y medio de soldados nipones moraban, impedidos de defender su comarca para la salvaguardia de su territorio nacional por ausencia de combustible.

¿Contra quién se lanzó la bomba atómica, entonces? No cabe otra reflexión de que fue un mensaje por elevación por parte de quienes se consideraban los verdaderos *winners*, por el rédito y la ventaja que les brindaba el producto nuclear del proyecto Manhattan. Su detonante fue la declaración de Churchill, el Plan Marshall, que al inicio incorporaba la reconstrucción de la Rusia soviética, pero que, ahora, bajo los nuevos objetivos de confrontación, servía de “chantaje” para eliminar a los representantes *partisanos* en los “gobiernos de coalición” de “salvación nacional”. Allí las guerrillas ocupaban un lugar propio frente a los regímenes colaboracionistas recién depuestos. Era la época del “Bella Ciao”, expresión del clima de confrontación que se avecinaba, y que daría lugar a la señalada puja integral de la Guerra Fría entre las jefaturas de los dos bloques político-ideológicos: los EE. UU. y la Unión Soviética.

El tiempo demostró que, tal como se lo ideó desde un inicio, el Occidente habría de perseguir que toda esta “situación” no permaneciera estática. Al contrario, tenía que evolucionar de manera viva, con avances y retrocesos parciales, por medio de milimétricos triunfos y derrotas, en general propagandísticos, nunca juzgadas por ser conquistas absolutas, terminantes. Los resabios de lo antiguo forjarían lo propio: la DC, democracia cristiana, animada por la OSS, el Vaticano y la mafia, que lograron derrotar al poderoso PCI, los ideólogos y protagonistas de la triunfante itálica resistencia partisana, quienes imaginaron un fácil triunfo electoral (1948).

El capitalismo, con sus *crisis*, suscitaba, en sí, severos cuestionamientos morales, políticos, militares y culturales. Para fines de los setenta, el heredero director de la Escuela de Frankfurt, Jürgen Habermas, se refirió a los *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, aquí llamado “capitalismo de organización”⁶¹. En este conjunto heterogéneo, pueden destacarse los procesos de descolonización, los rebeldes sesenta y los tempranos setenta, los desarrollos para una liberación del “tercer mundo”, la misma Guerra Fría, el rock, la píldora anticonceptiva, los *teenagers* y, sobre todo, pero, fundamentalmente, el lento progreso técnico del capitalismo, la caída de la rentabilidad empresarial, el débil ritmo de acumulación y el desempleo estructural.

Con este ciclo de cuestionamientos, y en respuesta a tanta desobediencia y rebelión, las expresiones concentradas del *poder* mundial fueron brindando sus primeras *respuestas*, inicialmente denominadas neoconservadoras (“neocon”): grupo de Mont Pelerin, Trilateral Commission —Europa, EE. UU. y Japón—, bajo la tutela del magnate David Rockefeller y Henry Kissinger. Junto a las apodadas corporaciones multinacionales, comenzaron a ensayar

⁶¹ Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1973.

sus primeras habilidades de programas económicos y sociales “de ajuste”, sobre la inicial base de su experiencia asentada con las dictaduras militares de Chile y la Argentina. En su sorprendente evolución doctrinaria cobraron gradual centralidad mundial hasta convertirse en la única cosmovisión válida, el denominado: “pensamiento único”, afincado en todos los sistemas sociales de influencia occidental, para mostrarse cual única lectura racional. Receta etnocéntrica para obtener éxito y logros sobre cómo pudiera pensarse la vida económica y social.

Durante este ciclo, postrero al fin de la Guerra Fría (1989-91), se consolidaron una serie de programas económicos y sociales (FMI, OCDE, BM), inscriptos en la lógica del paradigma neoliberal, que fortalecieron las relaciones mercantiles al beneficiar las situaciones del *poder* de “clase” dentro de los “lugares” socialmente más concentrados. Su expresión más nítida lo conformaron, para los tempranos ochenta, Reagan-Thatcher-Köhl, en el significativo contexto de retroceso de los “valores” del bicentenario de la Revolución Francesa. Trama influida por el *derrumbe* de las condiciones políticas y sociales para el mundo de la cultura y las artes.

Para el grueso del “siglo XX corto”, tales condiciones se encontraban emparentadas con la noción de *cambio*, con los “valores” de la democracia y al predicamento del concepto de revolución social; mientras que, para fines de los años ochenta, ya comenzaron a incidir otras corrientes intelectuales y académicas más agnósticas, en las que primaban el economicismo, el relativismo cultural y moral, las filosofías neutras, ajenas de cualquier compromiso político con el *cambio social*. Antes, sin proponérselo, habían servido de *marco* para un auspiciado ascenso social, político e ideológico —favorable para un cambio radical y revolucionario— primero el existencialismo y luego el estructuralismo de matriz francesa, así como las nuevas corrientes renovadoras de la Historia, la Sociología, el Psicoanálisis y demás CHyS que, en principio, influyeron con esa renovada lectura occidental epocal y del marxismo⁶².

Para fines de los años ochenta, todo cambió con el desvío del estructuralismo: el posestructuralismo, sin mayor propósito perceptible alguno. Un simple acomodarse al *clima de otra época*. En esta atmósfera más diletante, escéptica, carente de asunciones políticas, habría de primar el relativismo cultural y moral, el posmodernismo, muy desinteresado de cualquier

⁶² Jacques Derrida, *Espectros de Marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la Nueva Internacional*, Madrid, Editorial Trotta, 1998.

compromiso con la vida económica, social, cultural y artística de las masas. Un *cambio social* que confluyó con este crítico señalado contexto “neocón”, con agoreras penosas consecuencias.

Pensadores que antes se encontraban bajo determinado bando —radicales como Jean Baudrillard o Gianni Vattimo, quien después habría de cobrar severa autocrítica— pasaron al insulso campo del relativismo posmoderno, produciendo así este evidente descentramiento como eje articulador de la política, el *poder*, el Estado, la Historia y la Ideología. A todo este panorama de hechos consumados, se le debe sumar el “boom” del absolutismo hegeliano de Francis Fukuyama, con su *El fin de la Historia y el último hombre* (1992), junto al debilitamiento de la influencia del pensamiento marxista, al menos como hasta entonces era pensado. Este debilitamiento se agudizó más tras el derrumbe del Muro y disolución soviética. Para los noventa, el pensamiento social no apeló más a nociones de “clase” ni de imperialismo.

En este derrotero se fue acomodando la doctrina neoliberal, discurso más que predispuesto a confrontar por el *poder real estratégico* de las sociedades. Considero que esta realización político-ideológica se encuentra cercana a los silenciosos procesos gramscianos de “revolución pasiva” y “transformismo”, por lo solapado y sigiloso de sus operaciones. Un *poder real* que deposite al modo de la mafia: que alecciona, abstrayéndose. Nunca será frontal ni manifiesto; instruirá de manera solapada sobre los *modos y medios* adecuados dentro de los cuales ese *poder* se sirve, se hace, se plasma. Sobre qué se alienta, qué se reniega, qué se escamotea o se lo distrae, aunque nunca se lo haga de una manera traslúcida ni explícita.

Tal como señala la antropóloga feminista Rita Segato, con su “pedagogía de la crueldad”, el poder amaestra y se sustenta sobre la base de sus operaciones *massmediáticas*:

No es que el ojo del público sea cruel y rapiñador, sino que se lo enseña a despojar, a rapiñar, a usar los cuerpos hasta que queden solo restos; es una pedagogía porque ese público está siendo enseñado (...) El público es enseñado a no tener empatía con la víctima, que es revictimizada con la banalidad y la espectacularización con que se la trata en los medios.⁶³

Este poder aleccionador adocena con disputas en constante movimiento y transformación. Sus “fronteras” son móviles, en ajuste a “relaciones de fuerza” que, en poco tiempo, fueron contra la ideología que hasta no hacía mucho dominante en Occidente: “la democracia social”. De forma insólita, se la denostó cual una *visión comunista*, cuando era más

⁶³ Entrevista a Rita Segato, “En los medios existe una pedagogía de la crueldad”, *Traficantes*, Universidad de La Plata, 13/1/2017, en <https://bit.ly/3OzrEDU>.

que sabido que no sólo eran rivales, sino enemigas. De allí a lo aquí invocado de “razón instrumental”, cuando se abusa en el manejo de las *acciones sociales* conforme a su utilidad.

El ascenso neoliberal implicó la vuelta a un pensamiento esquemático y simplificado. El neoliberalismo es un discurso partidario de dogmas “secos”, sintéticos, sustantivistas, imperiosos, radicalmente capitalistas. Un neoliberalismo que supo extraer las debidas conclusiones acerca del americanismo, cual doctrina deslucida, parcial, para nada académicamente solvente, ni bien fundada. Se trató de una relectura simplista —cuando no reduccionista—, trasplantada de manera mecánica del viejo liberalismo plural de los siglos XVIII y XIX, frente a un secularizado mundo de hoy concluyentemente más complicado y diferente. El *vademécum* de este recetario se extrapola de manera disipada a principios inamovibles en una desprolija operación de reconversión a manos de sus fuentes políticas esenciales: los sectores financieros y *reales* de *poder* de la era tecnológica del capitalismo concentrado, reconfigurados en transnacionales, propios del tiempo de la economía global, en el que convergen la mundialización de la producción, los mercados y los consumos.

5. La “jaula de hierro” de un eterno presente: la puja por la memoria

Esta tosca espontaneidad de un *poder* se perfecciona en sus pingües instrumentos sobre la marcha. El mundo de hoy se encuentra insuflado y encerrado bajo “la jaula de hierro” de un eterno presente, sin utopías, que tampoco admite la posibilidad de ningún otro futuro posible, siquiera consiente memorias ni triunfos de cualquier *otro*. Impide, a toda costa, recuperar los movimientos colectivos de aquel pasado que le brindó neta distinción al “siglo XX corto”.

El neoliberalismo comprime las vidas a un eterno presente. El mundo de hoy está signado por una supuesta vorágine de elaboraciones que brindan la “imaginaria” impresión de un *cambio permanente*. Desde luego, sus soportes fundamentales, tecnológicos, económico-sociales permanecen incólumes, subterránea e invisiblemente firmes. La sociedad de libre mercado asegura satisfacer los “deseos” “más profundos”, cuando en la realidad de los hechos ha de ser ese dispositivo comunicacional negativo (DSN) el que domestique a esos sueños colectivos de otrora pasar a ser utopías individuales “privatizadas”. Mundo de hoy que moldea las perspectivas de la vida bajo una trama de sometimiento y acriticidad, allanadas por el tamiz ordenador de la resignación en instituciones y relaciones sociales predigeridas.

En las sociedades neoliberales, al pasado se lo cosifica y al recuerdo se lo privatiza. No son otra cosa que un artículo de consumo: los recuerdos se vuelven algo psicológico, inofensivo,

folklorizado, construido y difundido para su consumo personal. Individualizado y nostálgico, pierde su primigenio “sentido”, al haber sido asimilado —metabolizado— por una industria cultural que lo vuelve inocua mercancía —cual muestra, las remeras con la figura del Che Guevara—. Las políticas de la memoria —museos, conmemoraciones, feriados, evocaciones— pasan a ser instancias de acrítico recupero sobre lo vivido. Esta malla ordenadora les permite a las víctimas una reconstrucción de “sentido común”, “políticamente correcta”, que favorezca el adocenar lo vivido, amansándolo a los criterios vigentes de opaca cosificación o reificación —según Lucács—. Así, se sublima todo aquello que pueda ser disruptivo, heroico o memorable en algo inerme, homérico, inofensivo y adaptado a brindar la máxima productividad al más bajo costo: la mayor rentabilidad, con una cobertura en los medios de comunicación masiva o modas, sobre adaptadas a gustos preestablecidos bajo los patrones socioculturales neoliberales.

La globalización tiende a reconvertirse neutralizando y avanzando, sobreponiéndose y sofocando cualquier autonomía, sobre todo, para todos aquellos actores que supieran derivarse de los viejos protagonistas contemporáneos de la avasallada primera modernidad: el Estado y la política. Sin embargo, incidió en su retaguardia, dentro de una sociedad civil quebrantada. Todo tiene una reconfiguración orientada, un reconocimiento de la vida y la sociedad inclinadas al interior de los patrones culturales de esta nueva “subjetividad” conformada. Para ese “sujeto” debidamente disciplinado, que ha hecho del ser humano un ser vulnerable: en ese tránsito del ciudadano político de la democracia que pasa, de la noche a la mañana, a mero consumidor. Se trata de una más que directa vuelta para atrás de aquellos derechos trabajosamente conquistados, sujetos a cierta disciplina impuesta por una *visión* imperiosa que, en tal lineal literalidad, esconde y sustrae, deificando esquemáticos y dieciochescos dogmáticos principios del viejo liberalismo —algunos de ellos sabios, aunque extrapolados acríticamente al mundo de hoy—.

Este mundo distinto exige una regresión licuada para su sacralización abstracta. Tal credo vanidoso y solemne de *mercado, propiedad privada, derecho a la renta absoluta, individualismo radical*, lucha contra cualquier *instancia colectiva*, auspiciando consumismo, desmantelamiento al costo que sea de todo lo que pueda olfatear “irracional” Estado polifuncional, elefantiásico. A su vez, condena todo ese exceso de demandas sobre una sociedad política del Estado que deba abstenerse, no corrompiéndose con exigencias ni orientaciones opuestas a la iniciativa individual, al libre juego de la oferta y la demanda, ese verdadero “ordenador natural” para la convivencia de la vida en sociedad. Mientras el mercado es el asumido “racional” adjudicador que sabe administrar los recursos justos para la vida en

sociedad, al mismo tiempo se restringe aquella influencia de los viejos colectivos: partidos, sindicatos, centrales obreras, política, legislaciones laboral y previsional, organizaciones colectivas, cooperativas, mutuales y demás. Se limita al máximo a cualquier “intervencionismo” estatal, salvo en “situaciones” extremas o de excepción —pandemia, crisis financieras— cuando los privados no puedan —o no quieren— resolverlas.

Esto provoca el libre desarrollo de los mercados y el auspiciado flujo global de los capitales. Liberados del corsé, redimidas las schumpeterianas pasiones, esas fuerzas productivas estallan, se desatan a su natural arbitrio: se tornan constructivas, irrefrenables, valiosamente febriles. Los particulares están desimplicados de la carga de impuestos asfixiantes, bajo el aleccionador catecismo de la libertad individual, emancipados de toda restricción “negativa” —en palabras de Isaiah Berlin—. La promesa es que con el ascenso de esas relaciones mercantiles redimidas y globales se generarán auténticos horizontes de realizaciones personales que desborden para todos, cual esas “burbujas de champagne”.

Así, ante tal ausencia de restricciones frente a ese mundo liberado de constricciones y límites burocráticos, se ha de plasmar el auspiciado apotegma de la Libertad neoliberal: *procurando cada uno su propia realización, la sociedad toda habrá de avanzar*, decía la síntesis propagandística de la quimera neoliberal, tan propia y vigente para la más que larga década de los años ochenta y noventa. De esta manera, se produjo el afianzamiento de una doctrina que, reinterpretando a Perry Anderson, resulta pueril, huera, cándida, trivial, insustancial, rústica hasta la grosería por su interesada simplificación en la lectura de una realidad crecientemente compleja y multilateral. No haciendo otra cosa que afianzar dogmas intocables, de un *modo* desmañado pero efectivo, entronizando a su Verdad dentro de conceptos más que ligeros.

A fines del siglo pasado, se consolidó un “cuadro de situación” con una “agenda pública” asentada en muy diferentes condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento. Estas prácticas discursivas garantizaron otros “registros”, basados en una inédita concentración del SIyC, asegurados por una novedosa tecnología digital desconocida, el DCN, que, al concentrar sus potencialidades de acceso y circulación, se tornaron en socios dependientes de “los grandes jugadores”. Los conglomerados multimediales asociados a los factores *reales* de los poderes fácticos lograron inéditos niveles de incidencia en la *vida cotidiana*, en esa rutinaria y desimplicada *cotidianeidad* simbólica, cultural, ideológica, de las sociedades del mundo de hoy. Se constituyeron en “factores” esenciales para la conformación de una intimidad dentro del “sujeto”, tolerando, con su pasividad y naturalización, a un mundo

de hoy malcriado, que ya ha consentido su sometimiento al haber aceptado de una manera tan sumisa a las sabiamente impuestas nuevas condiciones de precariedad laboral y social.

Frente a esta grave vacancia de una solvente sociología política del conocimiento, quedó desierta un área vital para los estudios sobre “la ideología” como *cuestión*, la “subjetividad” y lo que se sabe denominar producción social del “sentido”. Sugiero que estos ámbitos quedaron sin la cobertura por parte del psicoanálisis, la comunicación social, los estudios psicosociales, amén del declive teórico del marxismo y la omisión de la politología, que no entiende esencial tal *objeto de estudio*⁶⁴. La antropología social y cultural y la filosofía social gozan de autores influyentes, pero con consabidos típicos quebrantos crónicos: inmoderadas e inespecíficas generalizaciones, habituales *visiones* idiosincráticas: unas, ligadas a las subculturas o cronicidades posmodernas, con fijaciones centradas en los particularismos; otras, inespecíficas y con generalidades sin retorno, que abusan de absolutos en categorías taxativas unilaterales.

Esta relectura de complementación psicopolítica se acopla a la semiopolítica del americanismo al confluir en el relevar sus condicionamientos para la significación social. La novedosa movida plurimediática de la doctrina neoliberal a través de las mediatizaciones exige reelaborar otro marco contextual inexplorado, con una formidable e incesante innovación científica jamás vivida. El mundo de hoy establece una hiperproducción inasible, sometida a una nueva lógica sobre múltiples mediaciones sociales, lugares donde comunicacionalmente los “sujetos” participan, interactúan o mantienen relaciones recíprocas desde una dimensión política, que incide de manera decisiva en las interacciones y posibilidades para cualquier *acción social*, generando una dinámica cambiante, retrotraída en su posibilidad de cualquier posible “registro” alternativo, debido a su —por demás— *acción integrativa* envolvente.

En resumen, los hitos centrales de este tránsito son el fin de la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría, la caída del Muro, el ascenso y el auge del neoliberalismo. En tal decurso, se constituyó un campo orégano —un inmaterial súbito terreno fértil— para que la doctrina neoliberal cobre sustancial aceptación a bajo costo. Una omnímoda presencia “ausente”.

Una cosa resulta “escuchar” una noticia en una de esas viejas radios eléctricas; otra bien distinta en una de las portátiles a pila o batería. También es muy diferente “mirar” noticieros en un Smart o en una televisión a rayos catódicos, propio del núcleo de reunión familiar en el

⁶⁴ Al respecto, cabe mencionar el aporte de Karel KOSÍK, *Dialéctica de lo concreto*, México, Enlace, Grijalbo, 1967.

comedor diario o cuarto de estar. Son “registros” disímiles a los de la comunicación digital o del walkman, el casete o de la deck a cinta, para no hablar de los cambios suscitados a partir del *smartphone*, o de los ámbitos o sitios de escucha: dormitorio, estudio, biblioteca, automóvil o al caminar, bien distintos según sea su soporte material: libro, revista, periódico diario de papel, de un cautivo podcast, de una escucha de ambiente, o que se lo haga con auriculares.

Aquí cobra relevancia el epígrafe de Gramsci: “La Historia siempre es contemporánea, o sea, política”. Los acontecimientos resultan ser releídos siempre desde un presente. Es preciso estar prevenidos de que se lo hace desde un tiempo propio: el mundo de hoy. Doy por verdadero este “supuesto” de que existe un dominio pleno actual de los tiempos históricos con el aquí caracterizado “presentismo”. Vale decir, que se lo hace desde una instancia superior de lectura, por parte de una reinterpretación no siempre reflexiva ni consciente, que brinda el filtro de que las vivencias experienciales pasadas y los hechos estén sometidos a *un eterno presente*, a partir de los “valores” que se encuentran vigentes e implícitos desde un actual *aquí y ahora*.

Con tal señalado dominio y control desde el presente sobre el relevamiento de lo pasado, aun de aquellos elementos que pudieran considerarse conflictivos, lógicamente pasados por el cedazo de una selectiva y conveniente discriminación que permitan ser *representados* lo suficientemente adocenados o radicalizados, así que, con ello, se incide sobre sus condiciones de reconocimiento. Por esta Razón las experiencias vivenciales, incluyendo a los recuerdos propios, quedan así reducidos a una empiria personal, menor, poco calificada ni trascendente. Frente a esta “subjektivación” empobrecida, si se le suman las carencias de perspectivas y expectativas sobre futuro alguno, se recrudecen las restricciones para una construcción de *instancias colectivas*: la “memoria”, la procurada exacerbación de vivencias sensuales del *aquí y ahora*, la descalificación de las experiencias propias, todo con severas *crisis* sobre su validación y ausencia de autoridad para repensar sobre lo vivido, las restricciones en la validación del conocimiento propio. En conjunto, todo esto crea inexorables dificultades para que se logren aprendizajes que se permitan trascender los saberes técnicos, lo fáctico, lo laboral.

Así, las profundidades y los horizontes de las perspectivas humanas, adentradas al interior de la ciudadanía política e instancias democráticas, han sido hábilmente recortadas a más que una muy corta expresión. Más aún, en los hechos, la ampliación integral de un omnímodo y unilateral SIyC ha potenciado la novedosa y sustentable *construcción hegemónica*, con una adecuada y considerablemente estereotipada lectura historiográfica, instrumentando

aquello de “Quien quiera oír que oiga”⁶⁵. A su vez, todo ello ha debilitado de manera fáctica a las dimensiones populares de la creatividad, la significación social y la supuesta autonomía.

6. Misterios y maneras de las crisis cíclicas del capitalismo

Luego de la primera crisis del petróleo (1973-75), se concretó la segunda, a partir de la caída en Irán del gobierno pronorteamericano del Sha de Persia (1979). Se produjo un derrumbe no previsto alrededor de la señalada paridad cambiaria entre el dólar y su fianza o garantía: el patrón oro. Un banco privado, el Tesoro de la Reserva Federal norteamericana, regulaba las relaciones entre el capital financiero y Wall Street con la vida institucional política de los Estados Unidos. Brindaba respaldo a un tipo de paridad cambiaria hasta que, por la magnitud de sus *crisis*, selló la extinción de la supuesta “espontánea” flotación de la tasa de cambio.

Con tal intranquilidad, se generaron inquietud y nerviosismo, y desaparecieron los arreglos de posguerra, por los cuales las potencias occidentales contaban con la “garantía” de los EE. UU. mediante el “Acuerdo de Bretton Woods”. Una caución por su alineamiento y subordinación a la política de los EE. UU., que controlaba al 70% del mercado financiero mundial del dólar, única moneda de cambio para las transacciones comerciales internacionales.

Estas modificaciones minaron las posibilidades de estabilidad que requería tal capitalismo de organización para sostener su carácter social. Las *crisis cíclicas* del capitalismo pasaron a ser un “componente” estructural: un *fenómeno sistémico y persistente* que, con el paso del tiempo, se perfiló como un instrumento para involucrar al conjunto del sistema internacional, sin perder ser el eje centralizado del *poder* mundial. Los síntomas se habían hecho evidentes a mitad de los sesenta, se intensificaron con la segunda crisis del petróleo (1979) y se consumaron con la crisis de la banca financiera estadounidense de los dos mil: Lehman Brothers Bank, febrero del 2007, que se potenció en el 2008 cuando colapsó el mercado de hipotecas *subprimes* (“truchas”), y estalló con letanía y en máxima plenitud en el resto del orbe.

Antes de la crisis de la UE luego de las *subprimes*, los mercados bursátiles ya habían crujido en varias oportunidades. En 1989 se derrumbaron las bolsas del Japón, en 1994 México tuvo su “Efecto Tequila”, en 1999 el Real colapsó en Brasil con su “Efecto Caipirinha”, en

⁶⁵ Litto Nebbia, “Quien quiera oír que oiga”, canción con música del autor y letra de Pedro Orgambide (1983), dentro del filme docudrama: *Evita, quien quiera oír que oiga*, dirigida por el publicista y escritor Eduardo Mignona (1940-2006). “Si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia, quien quiera oír que oiga...”.

1998 ocurrió la crisis del rublo en Rusia, en 1999 otra crisis de la moneda azotó a Turquía, en diciembre del 2001 en la Argentina no hubo más margen para este tipo de “salvatajes” del Fondo Monetario (FMI), tal como selectivamente se habían producido para tantas otras crisis.

Este señalamiento desnuda la discrecionalidad política para sus aliados ideológicos. En la Argentina, entre 2018 y 2019, para favorecer la reelección del expresidente Mauricio Macri, realizaron un “salvataje” que transgredió los marcos normativos de la institución. El FMI colocó a disposición del mandatario la inédita suma de las dos terceras partes de sus recursos financieros, sin tomar habidos recaudos creíbles para su devolución. Inédita discrecionalidad de esfuerzos de una entidad global para favorecer sus asociados ideológicos, cosa que motivó la renuncia y traslado de su directora, Christine Lagarde, al Banco Central Europeo (BCE).

Los países centrales han aprendido a manejarse dentro de los “mecanismos anticíclicos” para transferir sus crisis hacia las economías más vulnerables. Recuérdese la Mar del Plata del 2005, donde se abortó la iniciativa del plan del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), donde ya George W. Bush supo reclamar que el rival era China. Tales mecanismos anticíclicos están basados en la imposición del incremento de los gastos en armamentos y en la inmediata movilidad de los capitales encerrados dentro del mismo *ciclo*, muchas veces hasta en un mismo día, ya que nacen en el extremo Oriente (Tokio, Seúl, Shanghái, Hong Kong) y finalizan al anochecer del Oeste del continente norteamericano. Situaciones bélicas en conflictos de baja intensidad, consumos sin control y endeudamientos familiares se convierten en un pasivo permanente. Años después, Thomas Piketty, en *El capital en el siglo XXI* descubrió que tal tipo de segmentación regresiva produce retraso y caída del poder adquisitivo real de los jornales y de las remuneraciones de los sectores asalariados y del trabajo en la sociedad⁶⁶.

La denominada “teoría de la modernización” de Walt Whitman Rostow fundamenta el desarrollo capitalista en tanto *ciclo económico*, un proceso que —por analogía— está asociado al continuo folk-urbano de Robert Redfield. Rostow extrapola la noción de Redfield al sistema social capitalista que impulsa a una sociedad modernizada, la de masas, en cuanto mejora para obtener beneficios en su tránsito de una sociedad tradicional. Los países periféricos en vías de desarrollo deben alcanzar los niveles de modernización conseguidos en las metrópolis, cuando industrialización y prosperidad económica. Para ello, deben realizar una serie de cambios en sus “valores” y en su estructura social. El modelo para obtener tal modernización debiera seguir

⁶⁶ Thomas Piketty, *Capital e ideología*, España, Grupo Planeta, Ediciones Deusto, 2019.

los pasos producidos por los países metropolitanos: un cabal patrón de la semiopolítica del americanismo que evita relevar las peculiaridades que poseen las complejidades periféricas.

La modernización ha de producirse por la adquisición de las pautas de los consumos sofisticados y la urbanización. En definitiva, ese par polar de la transición de la tradición sociológica de “comunidad” a “sociedad” (Ferdinand Tönnies). Esta idea, nacida entre fines de los cincuenta y principios de los sesenta, fue la base para la denominada “Alianza para el Progreso”, ideada por John F. Kennedy para sacar del ostracismo a la América Latina rural tradicional, aventando la potencial influencia que pudiera establecer la Revolución Cubana.

La idea del desarrollo económico está asociada a la teoría de la modernización, exigiendo períodos de crecimiento estimulado, en los que se implemente el papel promotor del Estado y la política. Para los años sesenta, de manera conjunta con la auspiciada modernización, asomaron las teorías del desarrollo o desarrollismo, a partir de los estudios del secretario de la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL), Raúl Prébisch. Estos estudios impactaron en los gobiernos de Kubitschek, Quadros y Goulart en el Brasil, y de Frondizi, Frigerio y Ferrer en la Argentina. El desarrollismo sostenía que la modernización surgiría del proceso de desarrollo: una progresión sistemática, escalonada, de transformaciones crecientes, que superarían las formaciones tradicionales basadas en el agro y las exportaciones primarias, al utilizar al progreso científico y tecnológico para acortar la brecha existente con los países desarrollados a partir de los valores culturales, la socialización de los principios de Libertad, Igualdad y Justicia para todos, centrados en la industrialización.

A poco de andar, tuvo la *respuesta* surgida de la “teoría de la dependencia”, primera corriente teórica que, metódica, marchó, por primera vez, desde los países periféricos de Latinoamérica a las metrópolis. Un *mentis* al entusiasmo inicial que provocaba el desarrollismo, que le colocó “paños fríos” al frenesí de su exaltación, al sistematizar las dificultades de los “componentes” político-ideológicos de las fuerzas tradicionales: las FF. AA., el peso de los viejos terratenientes y las oligarquías ancestrales, sumados al fuerte estancamiento socioeconómico propio del hemisferio —relevado no sólo geográfica, sino materialmente en su reubicación de la dualidad centro-periferia—. A todo ello debieran agregársele los tiempos diferenciales y las posiciones físicas relativas, con la limitante de la propia inserción de ser países periféricos y dependientes de la economía mundial y la división internacional del trabajo.

Lo que en la teoría se pensaba como modelo de progreso sistemático poseía rezagos estructurales insalvables. Este diferenciado diseño de las desigualdades resultó una restricción

insuperable para los países no desarrollados, donde fue una traba infranqueable el componente periférico de la producción y la cronicidad de su dependencia, con su débil inserción en el mercado internacional de las materias primas y el bajo valor agregado. Desde siempre, los centros decisorios de los países centrales se reservan las definiciones estratégicas nucleares para lograr maximizar sus inexorables mayores beneficios. Las naciones periféricas han de brindar sólo recursos naturales, mano de obra barata, amén de la limitación de su tecnología vetusta.

Esta polémica fue planteada pasada la mitad del siglo XX. La teoría de la dependencia desnudó la eterna cronicidad de estas insalvables desigualdades, donde las naciones centrales se habrían de eternizar en sus “posiciones” relativas favorables, sosteniendo los estándares de calidad de vida diferenciales, siempre incuestionables por la simple Razón del valor de su peso y sus atributos de consumo. No se trata sólo de un problema economicista. Se lo verifica en su atraso en materia político-institucional, mediática, deportiva, cultural, y en todos los aspectos de su subdesarrollo humano. Esta asimetría insalvable, verificada para todo el período de posguerra, debe ser tomada en cuenta ante tamaña exaltación al modelo neoliberal. Para el último cuarto del siglo pasado y lo que va del actual, se ha producido un cambio de paradigma tecnológico que, sustentado sobre la RCyT que le brinda soporte, origina ese insoluble fenómeno denominado “globalización”, bien útil para comprender estas asimetrías.

La teoría de la dependencia adelantó el fracaso desarrollista. El mundo se modernizó, pero para nada lo hizo la “estructura” *real* del subcontinente. La supuesta integración teórica a una vida *real* y plena dentro de un capitalismo a nivel mundial, superior a las de experiencias pasadas y posguerra, sí la consiguió con la realidad del extremo Oriente, pero fracasó en nuestro hemisferio: Norte, Centro y Suramérica. La RCyT fortaleció la noción de unificación del mercado mundial de la producción y el consumo en los países de altísima densidad poblacional, tal cual sucedió con China y la India, que pasaron de una participación del 8,3% para 1970, a casi más del 40% en el PBI mundial, integrándose de manera plena y exitosa al proceso de mundialización. Estos países se sumaron sin compromisos ni vulnerabilidades políticas de manera competitiva con las economías occidentales, mientras que los de la ex área soviética, Europa Oriental, lo urdieron bajo los estándares de la UE: gradual, acrítica, incondicionada, similares a nuestro hemisferio, así, con severas restricciones y dificultades de competitividad.

Éstas han sido las *formas*. Los estudiados mecanismos por los que se ha podido sostener e imponer con rigor y crudeza la economía capitalista sobre todas las áreas de su influencia. Un procedimiento con limitaciones en tanto salida integral económico-financiera, como se vio con

la señalada crisis de la primera década del nuevo siglo —2007-2008—, heredera de las ventajas por las transformaciones producidas con la primera crisis del petróleo de 1974. Con permanentes ingredientes de distorsión en todas las esferas, estos efectos atenuantes, estos altibajos en los *procesos de acumulación del Capital*, cobran visibilidad cuando se generan sensaciones de pánico, inestabilidad e incertidumbre en el orbe. En la Europa occidental, sus países se resignan a la pasividad y descreen en futuros, mientras se pierden privilegios, conquistas y derechos adquiridos. Tales acontecimientos explican, desde la semiopolítica del americanismo, las imprevisibles “sorpresas”: la huida del Brexit y la elección de Donald Trump.

Sin embargo, la lectura a-histórica desecha conceptos claves de los últimos siglos: modernización, democracia, cuestión social, Ilustración, Revolución Francesa, revolución industrial, Razón, Verdad, capitalismo. Imposibles de soslayar por su ceguera de intereses, pero también por lo inviable de dar una “vuelta para atrás la rueda de la Historia” para recuperar centralidades superadas. Esta lectura, trae consigo los atajos propios del resurgimiento de los mecanismos de una “reconquista autoritaria” posfascista⁶⁷, resultado de una *visión* extemporánea y organicista. Más aún, biologista. Mezquina y angurriente, usufructúa de “posiciones” centrales, relativamente favorables del disfrute del *poder*. El *poder real* no emerge del triunfo en elecciones presidenciales, menos de las de medio término. Ese “pato rengo”, como la derrota en elecciones de medio término, esa constante de impotencia y de fracaso.

7. Mediaciones opacas entre el “sujeto” y lo Real

La organicidad del *poder* no es una *cuestión* electoral ni de fuertes “posicionamientos” superestructurales. Esa nostálgica derecha autoritaria de tiempos mejores pretende reconquistar un voluntarista salto regresivo al pasado, a la búsqueda de esos períodos más fluidos y ricos de aquellas transformaciones progresivas para la humanidad. No evalúa de *forma* realista su cabal dimensión, con imposiciones regresivas que, estratégicamente, al igual de lo que se menciona con Trump, acometen sin escrúpulos ni contemplaciones, apostando a una vuelta regresiva imposible de concretar. Esta novedosa derecha forma parte de un insólito escenario de “reconquista autoritaria” ante los fracasos del modelo neoliberal: con “fundamentos” doctrinarios sumados a *prácticas* posfascistas de imposición. Lleva a cabo extrañas alianzas, más por intereses que por cuestiones ideológicas, como las del Mossad con Polonia, negadora

⁶⁷ Ariel Goldstein, *La reconquista autoritaria. Cómo la derecha global amenaza la democracia en América Latina*, ob. cit.

del Holocausto, la de Putin con Hungría y China, o con Berlusconi y Trump. Tramita medidas “proteccionistas” vía las *fakenews* (noticias falsas) cuando las asimetrías del mundo se encuentran definidas. Intenta reflotar industrias, como la automotriz (Detroit) o metalmecánica, cuando ellas ya se encuentran globalmente *transnacionalizadas*, vale decir, mundializadas.

Esta novedosa derecha propone una vuelta tutelar inducida a un mercado vigilado bajo sus amenazas, sanciones políticas, militares, económicas, embargos, bloqueos, o usufructuar de una contradictoria primacía sin reparos en las relaciones mercantiles, o su cara afín: las corporativas. ¿Se trata de un regreso al siglo XIX o, peor aún, una regresión a etapas superadas, previas al capitalismo de libre competencia? Tal concepción primitivista, instrumental y reaccionaria de la vida social implica un renacer de la idea de “la sobrevivencia del más apto”, sobre la base de la fuerza, análoga al concepto de “supervivencia” de la teoría de la selección natural de Charles Darwin. En realidad es antipolítica, que renuncia a una noción evolucionada de progreso contra una Verdad ético-política, ideológica y/o filosóficamente tolerable. Así, las masas habrán de pasar a ser “convidados de piedra”, sin destino, habiendo sido partícipes protagonistas parciales del *ciclo* de logros y conquistas a través de la política del Estado social.

La schmitteana dialéctica de la confrontación, el alimentar tales antagonismos de la discrepancia a la hostilidad, del agonismo a la rivalidad opositiva, lleva al extremo la dinámica amigo-enemigo. Para sostener tales supremacías recurren de manera salvaje al “estado de excepción”, subsumiendo las crisis estructurales a sus esencias: el desaforado *modo* sobre cómo los poderosos de la Tierra se han acostumbrado a obtener pingües ganancias, y nunca perder. El agudizar los conflictos hasta llevarlos donde logren medir su supremacía a través de sus favorables posiciones impositivas de *poder*, donde el conglomerado *transnacional* globalizado supera con creces a la mayoría de los Estados nacionales, hasta no hace tanto entendidos cuales los ejes centrales de la vida política y económica universales. Eran los mecanismos de autodefensa sistémicos, propios del régimen capitalista vigente hasta entonces. Los resultados de este tipo de inducidas *crisis* maximizadoras no resultan ser gratuitos: poseen víctimas. Las cifras que se manejan vía sus procuradores, el Banco Mundial (BM-WB) y el Fondo Monetario Internacional (FMI-IMF), señalan el derrumbe de centenares de millones de personas que pasaron a militar dentro del descenso social hasta su declive en la pobreza extrema e indigencia.

El capitalismo se estructura dentro de un sistema de fuerte e inocultable visibilidad, que no debería ser de difícil comprensión para estudiosos, académicos e iniciados. Los datos son inequívocos. “Pero...”, nuevamente la trágica profesión weberiana, también han sabido

“comprar” empeños y aquiescencias. Se ha producido un cambio en la voluntad de lucha y en los niveles de conciencia de muchos de sus damnificados, esperando que, fatuamente, el no hacer “olas”, les redunde en el beneficio de no resultar sacrificados. Todo se ha fragmentado o resegmentado por estratos. Una época de fuerte desgranamiento social, como lo señalaron Pierre Rosanvallon y Fitoussi, en su momento, con la “nueva era de las desigualdades”⁶⁸.

Esta manera de ver la realidad sólo suma parcelas particulares atomizadas. Siempre habrá una *visión* oficial comprometida en tender un “paraguas” protector que esconda la dimensión de sus crisis estructurales, del descenso social con efectivas elipsis para encubrir o atenuar la visibilidad de sus impactos. Con esta condición, resulta imposible componer esa nítida noción de la “totalidad social” para lograr “ver” *quién se beneficia y quién pierde*. Sobre todo, cuando ella afecta o descapitaliza la “imaginaria” y codiciosa lectura de los mercados.

En efecto, se han sabido instrumentar mecanismos por los cuales los procesos sociales, mucho más los económico-financieros, nunca se los habrán de presentar transparentes. La misma conformación de las conciencias, influidas por el DCN y los AIE, interpelan “a los individuos en tanto ‘sujetos’” —en términos de Althusser—. La sociología crítica arriba a la concluyente afirmación de que el sistema ha ideado mecanismos ideológicos de ocultamiento sobre los cuales se constituye la “subjetividad”. Estos “sujetos” son seres racionales que, ahora, incurren en inocultable insolvencia crítica con un vendaval de dudas respecto de la crecientemente diversificada mediatización social. Entre el “sujeto” y lo Real, existen innumerables mediaciones sociales que le impiden de cualquier traslúcida nitidez.

Todo ocurre de manera independiente de sus posibilidades de “registro”. Esto lleva a la desconfianza, la sospecha, la suspicacia, al entredicho, la aprehensión, la incredulidad, la duda, y empuja, en última instancia, al escepticismo y al temor, al miedo y al estado de alarma. Una falta de seguridad estructural que la múltiple “mediación” favorece, sobre todo a partir de la creciente influencia que acarrea su mediatización, mucho más con “la era digital”, esa respuesta mecánica de la inteligencia artificial, los algoritmos y las redes sociales. Mediante esta novedosa función los medios de comunicación masiva “depuran” —cual colchón significativo que “retraduce”— la construcción de una malla ordenadora que logre atemperar su impiedad. Esa dura “información hostil” debiera ser asimilada sin que ella los lleve a arrastrar a dilemas

⁶⁸ Pierre Rosanvallon y Jean-Paul Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, Buenos Aires, Manantial, Colección Reflexiones, 1997. Pierre Rosanvallon, *La contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial, 2006. Del mismo autor, *La sociedad de iguales*, Buenos Aires, Manantial, 2012.

ni a la vacilación de comprender su dominio de lo que, de una manera administrativista, vía el *broadcasting*, posee la “sociedad de control” —el afamado concepto de Gilles Deleuze—. ⁶⁹

El 92% de la producción occidental que nutre al SIyC es el producto de una “industria de la información” basada en el oligopólico agrupamiento de seis grandes conglomerados originarios dentro de la matriz de la semiopolítica del americanismo, diversificados en el mundo de hoy por su transnacionalización. Someten, a través de su manejo pragmático, sin escrúpulos, a un sistema sin fisuras, a través de un manejo técnico y de Inteligencia solventes, que logra eludir sospechas y desconfianzas, que siembra inseguridades y promueve despreocupaciones. Estos aparatos de difusión, publicitarios, en definitiva, de propaganda, son administrados para atenuar las diferencias sistemáticas, estructurales, y acarrear a un tipo de “razonamiento” favorable en línea con la matriz de tales discriminaciones, arriando a la vida en sociedad hacia estándares inhomologables que ralentizan toda posibilidad de reacción al adormecer sus percepciones. Están ahí: son los que provocan “claridad”, cuando antes generaban resistencias. Ahora neutralizan y generan un inédito adormecimiento o una verdadera autodestrucción, a partir de su dominio de los planos emocional-afectivos del supuesto “racional” especulativo.

8. Cómo el neoliberalismo logra naturalizar el “efecto mariposa”

La RCyT permite cierta transparencia —esto es, visibilidad— a lo que se ha dado en llamar “composición orgánica del capital”. Esa síntesis brinda “valor” a la *composición del Capital*, dentro de esa proporción entre el *capital constante* y *capital variable*, y la *composición técnica del capital*, esa proporción entre los medios de producción y la fuerza del trabajo. Por más mistificaciones massmediáticas que haya, de manera inexorable la *composición del capital constante* siempre refleja las modificaciones que trae consigo la sobreexplotación del *capital variable*. Si bien es cierto que el automatismo y la máquina avanzan, ese adelanto no resulta ser

⁶⁹ Gilles Deleuze, “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, Revista Latinoamericana Polis, n° 13, 2006: “La tesis central de este artículo es que ‘los centros de encierro’ disciplinarios descritos por Foucault: ‘cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia, atraviesan una crisis generalizada’. Vivimos la decadencia de la ‘sociedad disciplinaria’, que fue ‘la sucesora de las sociedades de soberanía’, cuyos fines y funciones eran completamente distintos. Éstas surgieron en los siglos XVII y XVIII hasta mediados del XX, y fueron el tema central de las investigaciones de Foucault. La sociedad actual es denominada como ‘sociedad de control’ y éste se ejerce fluidamente en espacios abiertos, en forma desterritorializada, mediante los psico-fármacos, el consumo televisivo, el *marketing*, el endeudamiento privado, el consumo, entre otras modalidades. Lo esencial en ellas son las cifras fluctuantes e intercambiables como las que muestran el valor de una moneda en las otras, el movimiento incesante del surf que sustituye los deportes lentos y estratégicos como el box. Las fábricas son reemplazadas por las empresas, que son formaciones dúctiles y cambiantes, las máquinas simples por sistemas computarizados de producción y control. La in-dividualidad es sustituida por ‘divuales’ externos, informatizados e informatizables, que se desplazan en un espacio virtual”.

un progreso lineal ni al margen de las decisiones políticas. ¿Cómo se puede responder, u ocultar, que la producción más calificada, y aun la más sofisticada, provenga del extremo Oriente?, ¿no resulta ser que el proletariado universal más instruido se encuentra en Europa o en los EE. UU.?

La RCyT no ha generado la potestad para que el mundo multiplique su producción alimentaria sin restricciones; sus mayores productores son, no países tercermundistas productores de alimentos agropecuarios, sino que lo sean los de mayor tecnología: los EE. UU., Francia, Holanda, Alemania. Dos quintas partes de la humanidad sumidas en la inanición, en la pobreza extrema crónica o indigencia. ¿Cómo es posible que los mecanismos del capitalismo local sean tan ineficientes? Los niveles de visibilidad han hecho ininteligible *la composición orgánica del capital* que cambia tanto por las variaciones en su *composición técnica* como por las *variaciones en los precios de los medios de producción*, aparte de los salarios.

El desenvolvimiento y la ampliación, el rumbo por el cual el colectivo capitalista decida invertir no resulta ser el producto de una cuestión técnica. Tiene relación directa con la conflictividad social y sus antagonismos. La acumulación del Capital, su desarrollo técnico e industrial genera el espontáneo proceso de aumento de la inversión en los medios de producción —maquinarias, edificios, materias primas, utilitarios auxiliares, insumos, etc.—, con reversa relación a la inversión en la fuerza de trabajo. Tal “situación” provoca un aumento en el *progreso de la composición orgánica del capital*; ergo, descenso de la *tasa de ganancia*. Por esta razón Marx siempre fue explícito respecto de la tendencia al aumento de la *composición orgánica del capital*, explicable por la crónica *tendencia a la baja de la tasa de ganancia*.

Con este nivel de visibilización de sus crisis, se hacen transparentes los *procesos de sobreacumulación capitalista*. Así se manifiesta la inexorable tendencia, desde la lejana crisis del petróleo, a que las orientaciones del mundo capitalista, aún hoy, se inclinen hacia las inversiones de menor riesgo. Antes de invertir, de arriesgar, de asumir esa inversión productiva, se las entiende un compromiso que lleva a especulativas resistencias. Las dos grandes crisis del petróleo, y sus crisis sucesivas, fueron el pretexto para la ansiada “operación” de “ajuste estructural” o, como gustan decir con sus metáforas médicas, de “cirugía mayor”. Desde aquellos tiempos ha cobrado nitidez que *el capital financiero se habría de convertir en el eje central del sistema capitalista*. Las inversiones especulativas, valores, acciones, bonos, fideicomisos, letras fiscales y *commodities* son diez veces mayores que los de la propia inversión productiva neta. Esta codicia permite entender a las famosas “burbujas”.

Quienes tengan dominio del “conocimiento” técnico, predominio en el manejo de la “Información” y de la posición social, así como de los debidos “contactos”, podrán capitalizar su *poder*. Es preciso comprender que estos “procesos” no resultan ser “un suma cero”. Todos estos “procedimientos”, en su apariencia realizados para el dominio “soberano” de los intereses particulares, que forman parte de la mentada “libertad personal”, individual, inciden decidida y decisivamente de manera masiva en todos los sectores de la economía universal.

El afamado “efecto mariposa”, ese fenómeno en el cual este caótico sistema —digamos que imprevisible— incide sobre determinadas condiciones iniciales, y cualquier variación en ellas genera determinaciones no previstas de mayores diferencias en sus estados posteriores. Entonces, ese *libre albedrío individual* tendría inexorables consecuencias sociales. La industria, la manufactura, los servicios, la producción agropecuaria, la minería, el comercio, los procesos de distribución, la circulación y los canales del consumo, los hiper- y supermercados, los shoppings, todos estos elementos “ajenos” han de estar contaminados por esta lectura cortoplacista del “negocio” exitista inmediato, propios de los procesos económicos de esta época cada vez más sofisticada. Desatada la pandemia, tales lugares de privilegio, de control, cavaron más las asimetrías en sus posibilidades de *respuesta*, pues los poderosos han instaurado su extensa posibilidad de establecer precios o mando tecnológico, esos “factores” de todo aquello de lo que, en el pasado, se los entendían como las *externalidades de la economía*.

Los fenómenos del “sentido” son una producción social. Deben ser indagados desprejuiciadamente. Exigen explorar sus condiciones de producción, circulación y reconocimiento, del “texto en contexto” del análisis del discurso. Entre los resquicios creados por su complejidad, confluyen en un *nudo borromeo* lacaniano que abarca una *visión* multilateral e interdisciplinaria de lo social, la sociología política del conocimiento, la vida social, la *cotidianeidad*, lo *ideológico*, la política, lo *político*, el componente de la sociología histórica, la producción social del “sentido”, lo discursivo, hasta esta rudimentaria “mirada” de lo económico. Tal enlace inescrutable representa los *a priori* para superar esta inasible realidad. Exige de severos esfuerzos de acomodación y apertura, a partir de los cuales los discursos cerrados iluminen abriendo aspectos que superen la estrechez que, para una mayoría de disciplinas, sólo resulta opacidad y acontecimientos insolubles, oscuros e insondables.

Es allí donde no existe la moral, ni los “valores”, donde tampoco existen conductas austeras, ni Razones; sólo los réditos de lo que Marx despiadadamente llamó “el crudo cobro al contado”. El aumento de la *concentración y centralización del Capital* acelera la

reestructuración de la Producción y del Trabajo. Ellas opacan las condiciones de reconocimiento al incidir en el ocultamiento por invisibilización de los procesos sociales. La intangibilidad de los procesos visibles, su fragmentación, las áreas sólo reconocibles para iniciados, las cerrazones para el acceso a las facultades y aptitudes del “saber” carcomen las condiciones de reconocimiento para un “gran público” alterado por inducidas lógicas y gramáticas que obstaculizan el acceso para su cabal y traslúcida comprensión. A esta vida enigmática, enajenada, irreconocible por su desconocimiento, se suman la mitificación, su adulteración por falseamientos o engaños, y la exageración de las vanas promesas que lleva consigo la RCyT, donde “la tecnología” ha de viabilizar, todo, hasta lo imposible.

Ello provoca una *vida cotidiana* investida de “componentes” ficcionales, mitologizados, quiméricos, apologéticos del mundo de hoy, excesivos, fantaseados, ilusorios, con opresivos ingredientes “imaginarios”. La creciente asunción de ese mundo intangible en una *vida cotidiana* mitificada arrastra a “naturalizar” lo que no se conoce ni se le tiene precisión alguna. En la *cotidianeidad* de la vida social, el común de la gente posee dificultades para saber cómo están elaborados los productos de la industria alimenticia que consume a diario, así como entender cómo funcionan los aparatos electrónicos con los que convive, sobre todo de esos electrodomésticos que poseen plazo fijo de defunción. Si sobreviene tal autoextrañamiento con el mundo de hoy que nos rodea, nadie imagine sobre los procesos críticos económicos o bélicos.

Al inicio del *ciclo*, cuando la primera crisis del petróleo, los jeques árabes y sus enormes familias, amén de adinerarse, adquirieron extravagancias o clubes de fútbol europeos; tal primacía financiera habría de alterar toda la relación entre el capitalismo y sus productos. Al haberse reinsertado al mundo *real* de aquella multiplicación del precio del crudo al mundo de las finanzas, el *poder* no sólo supo priorizar al corto plazo, con reinserción especulativa dentro del propio mercado financiero de los euro- y petrodólares, sino que generó una alteración en el manejo del flujo de la liquidez y las tasas de interés. El comportamiento capitalista oscila entre una racionalidad asociada a pragmáticos fines, con el señalado concepto de “destrucción creativa”, y *movimientos mecánicos propios* de la “memoria” de algún momento favorable de su pasado. Una suerte de “compulsión a la repetición”. Liberados de los “fantasmas” y potenciales riesgos de su confrontación con el “comunismo”, deberían competir con otra serie de actores no iniciales, reconvertidos, otros nuevos actores capitalistas poco previstos.

Estos “mecanismos”, ligeramente descriptos, son fruto de una pulsión, esto es, de un instinto compulsivo apenas mediado por la conciencia, que permite compensar la *tendencia*

decreciente de la tasa de ganancia que, durante los sesenta y setenta, fuera vivida cual una severa amenaza de inminente asfixia. De allí que las concentradas esferas de las metrópolis occidentales hayan empleado todas las posibilidades que les ofrecían el transporte, las nuevas tecnologías informáticas, comunicacionales y del procesamiento de los datos con las novedosas fronteras que abrieron el novedoso manejo de la Información, para iniciar un proceso decisorio no previsto: *la relocalización de las empresas manufactureras hacia la periferia*.

La empresa tardocapitalista concentrada tuvo una respuesta instintiva: al llegar a su límite en la *tasa a la baja* en materia de salarios en las metrópolis, la lógica del Capital procuró ubicar a nuevos escenarios, para lo cual no vaciló en reelaborar estrategias por fuera de los límites de la política y el Estado. Las *multinacionales* —empresas de determinado color de bandera de Capital inicial, que conquistaban y lidiaban contra empresas competidoras de otras naciones y otros Estados— resultaron estar envueltas en gastos de su Capital variable, con una tendencia a la suba de sus salarios (para ellos, onerosos), por lo que no dudaron en tomar su decisión de emigrar. Desmantelaron gradualmente las unidades productivas de carácter nacional, abandonando sus residencias para iniciar un imprevisto y audaz *proceso de relocalización* por segmentos a escala global. Esta reestructuración estuvo inferida por “ventajas comparativas”, signadas por *un universo que abría una estudiada diversificación por segmentos dentro de la concepción universalista propia de aquel sistema capitalista originario*.

Tal sistema tardocapitalista concentrado comenzaba a sentirse liberado de aquellos “fantasmas” amenazantes estatales, fiscales, del “chantaje” gremial, de todas esas exigencias y reivindicaciones sobre las “condiciones de trabajo”; redimido de los temas salariales y previsionales, y tantos otros incontables desalientos intolerables propios de las industrias nacionales metropolitanas locales, privativas de aquellos años del “atosigante” Estado social. Como si se hubieran “liberado” de una grave *crisis* motivacional y salvados de compromisos, dejaron de tener que lidiar con la construcción de fatuos consensos contra quienes ya no los soportaban más, resignando cualquier obligación para con la local integración social.

De esta manera, se produjo este tan bien ocultado tránsito de la *multinacional* de bandera al grupo *transnacional*. Desarticuladas las viejas “amenazas”, se generaron otras más que favorables condiciones para esta otra facilitada *forma* organizativa sin límites. Tal “situación” se consumó —ahora sí, sin remordimientos— con la concreción de estos nuevos *modos*, estructuras y ordenamientos con enérgicas mejoras y progresos en materia de investigación y desarrollo, diseño y tecnología, desconocidos complementos y experimentaciones que, hasta no

hace mucho, eran descartadas por onerosas o irrealizables. Nuevas *formas* organizativas de lo que en el ámbito local se denomina “unión transitoria de empresas” (UTE). Novedosos y robustos horizontes para un universo que, bajo este mundo de hoy, se presenta sin resistencias.

Un grupo se alía con otro, complementando sus déficits y fortalezas, calidad total y mejora continua, que ya no han de ser coyunturales, de orden táctico, sino coaliciones de largo aliento o estratégicas. La gran empresa *transnacional*, o el consorcio de grupos que les coligue, enfrentan un futuro despejado y traslúcido, sin las maceraciones de ese pasado apremiante. Sólo deben abocarse a investigar y desarrollar mejoras en los modos de producción, distribución y consumo que, al estar desagregados, serán de máxima utilidad para todas las ramas del sistema productivo mundial. No sólo eficacia, sino máxima eficiencia al menor costo posible. También se fue desarticulando el concepto de “ramas”, porque se lograron destabilar las áreas de especialización cerradas. La universalización del *modo* capitalista ha generado una nueva realidad: la de producir, distribuir y consumir. Así, se inició un desconocido *ciclo* en la historia económica de la humanidad, dando por superada la etapa de la expansión capitalista a escala mundial, propia del tránsito del Imperio al imperialismo. Se abrió otra etapa, la de “la globalización capitalista” que genera interdependencia, potenciando la extensión de nuevos *modos* de integración a las *formas* capitalistas en cualquiera de sus segmentos.

El neoliberalismo, aquel viejo y simplificador liberalismo económico redivivo, sin restricciones, proyectado a futuro, habrá de tener otras limitaciones graves, pero son las propias de estos lares. Su distanciamiento de los poderes nacionales, Estados y la política, les han evadido y les permiten soportar las mayores restricciones a sus competitividades, pero, también, disminuyen sus posibilidades de acatamiento de objetivos y horizontes en el orden local. De esta manera, muchos investigadores sociales, sobre todo los economistas, creen lograr empoderarse cuando dictan cátedra con sus opinables Verdades, vigentes no precisamente por cultivar la linealidad de una ortodoxia o tradición originaria: aquella de la economía “neoclásica”, ya que los hechos les han impuesto Razones bien distintas de sus avaros contruidos “imaginarios”. Bien otras han sido las verdaderas causas *reales*, diferentes de los caminos y “situaciones” por las que ellos se autoconvalidan de como creen que sucedió.

Se ha generado así una teoría política económica que surge de los “atajos”, confeccionada con “el diario del lunes”, a partir de los logros obtenidos en la realidad y sus resultados. Una teoría que se presenta victoriosa por muchas otras Razones de las que se invocan. No es el emergente de una ortodoxia, sino el producto de su propia *crisis estructural*:

la del particular estrangulamiento que vivió el sistema capitalista. Su fase tardía fue el resultado de la compleja realidad descrita para los años setenta, en el contexto de las dos crisis del petróleo. No le resultó difícil al Capital concentrado volver a recuperar aquellos funcionales credos doctrinarios que le resultaban favorables, sabiendo adaptarse sin “dramas” al surgente Estado del régimen capitalista en esta cruda etapa abierta por la globalización tardocapitalista.

De conformidad a esta obligada “mirada” tan distante e impotente de los Estados, se invirtió “la carga de la prueba”. Hizo que los Estados resultasen, al revés, dependientes de la consistencia y del peso del Capital *transnacional*. Un análisis sobre esta dependencia del peso del *capital transnacional* fue realizado por Rudolf Hilferding, teórico de la socialdemocracia, economista austríaco del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), con un hábil manejo de la política económica internacional, expresado en su acreditado texto sobre *El capital financiero*:

... cuanto mayor sea un espacio económico y más poblado esté, tanto mayor puede ser la unidad empresarial, tanto menores los costos de producción; tanto más intensa también la especialización dentro de los establecimientos, lo cual significa, igualmente, disminución de los costos de producción.⁷⁰

Este movimiento de *relocalización del capitalismo noroccidental* generó una dispersión que tomó rumbos asiáticos. Las economías del Pacífico asiático mostraban determinadas afinidades con los requerimientos para los procesos de plasticidad productiva y organizativa: a los iniciales “tigres” del Oriente —Japón, Taiwán, Corea del Sur, Singapur, Hong Kong— se les sumaron los “dragones” —Tailandia, Malasia, Filipinas, Indonesia, China—. Si el Occidente se encarriló hacia el continente asiático, las empresas norteamericanas edificaron su espacio estratégico propio, con el NAFTA, con Canadá y México. Asumieron las expectativas de una baja de sus costes asimilando los “atajos” que les prometía *la maquila mexicana*.

Sin embargo, tal descentramiento *práctico* de la gestión, producción y circulación no se habría de concretar linealmente. Las casas matrices conservan las estratégicas funciones decisorias y la centralidad de su planificación global. Sus opiniones son las definitivas dentro de las decisiones estratégicas en todos los rubros donde haya algún alto valor agregado: ingeniería de procesos, prototipos, robotización, automatización, diseños, producción de armamentos, *big data* y cualquier alteración de relevancia que implique fuerte inversión e innovación tecnológica. Pero no solamente para las esferas propias; también toda esta evolución tecnológica resulta un componente integral, esto quiere decir, parte sustantiva de un “todo”

⁷⁰ Rudolf Hilferding, *El capital financiero: La tragedia de la socialdemocracia alemana*, Madrid, Tecnos, 1973.

sistémico en el que se incluyen las denominadas *externalidades de la economía*. Éstas son las externalidades positivas y negativas, que deben ser tenidas en cuenta: los costes o beneficios relativos entre cada una de las sedes, subsedes, segmentos de la producción y de los consumos de bienes y servicios, que ya no sólo han de reflejar los precios relativos de mercado, sino que abarcan al conjunto de las actividades que posean alguna incidencia en el proceso productivo —ahora, bajo la novedosa realidad de una escala planetaria—.

En este contexto, deben poder anticipar las consecuencias de sus disposiciones, así como sus potenciales resultados que, para evitar equívocos, exijan debida planificación integral en la toma de decisiones. Así se ha de retener un punto decisivo, ese núcleo productivo, el más dinámico y fuente de las decisiones estratégicas. Éste ha sido el camino mediante el cual se gestaron toda esta serie de transformaciones sustantivas al interior de los sectores concentrados del Capital. Asociados a las cadenas de suministros del mercado internacional, estas transformaciones están lideradas por las nuevas empresas *transnacionales aggiornadas*, proceso en el que habrá de incidir decisivamente la investida cosmovisión del americanismo.

El descentramiento de los núcleos fabriles no fue una acción improvisada, sino el resultado de una serie de circunstancias impensables en el pasado. El “efecto” de una no prevista irrefrenable productividad masiva de mercancías orientadas a la satisfacción de demandas implicó estar involucrados con los procesos del “carácter fetichista de la mercancía y su secreto”. De esos atributos adjudicados al dinero, a la inclusión de demandas ficticias, de valores de uso impuestos por el viraje de esas necesidades procreadas y fiscalizadas por el mercado. La novedosa emergencia exitosa, también poco prevista, ha de ser la transformación que se produjo en China. Un país con un modelo de *poder* centralizado por su gobierno y con recursos propios basados en conceptos ancestrales, adentrados dentro de la filosofía oriental; aquellos que auspiciaban la utilización de “la fuerza ajena” han hecho emerger un arrollador e imprevisto contrincante y competidor a Occidente: con las particularidades de su “construcción socialista con peculiaridades chinas” —en los términos de Deng Xiaoping—.

El *ciclo* se adentra cual una nueva etapa del desarrollo capitalista. De un capitalismo liberado de sus compromisos de subordinación al desarrollo de las fuerzas productivas del orden local y nacional. Esta relocalización es un cambio sustancial en la estructura del empleo y en sus relaciones con los mercados internos de los ámbitos nacionales. Así como, al tiempo, la revolución bolchevique erradicó de la “agenda pública” la lucha por la “jornada de ocho horas”,

ahora sí, a escala universal, los sucesos de referencia signan este rotundo tránsito de una *construcción hegemónica* afincada en los “supuestos” del discurso neoliberal tardocapitalista.

La desocupación, el desempleo estructural, la ocupación, preocupación y subocupación eran los espectros temidos con el fantasma del “paro”. Hoy, éstos han desaparecido de la “agenda pública” porque la cosmovisión semiopolítica del americanismo, su concepto de las obligaciones de la relación del trabajador con su empleador y la ideología neoliberal la han erradicado. Más aún, logró imponer la exigencia de restablecer un debate en otros términos sobre las necesidades de la recalificación laboral por segmentos, asimilando las contrataciones periféricas. Se permite así constituir un nuevo tipo de “ejército industrial de reserva” —hoy bajo una dimensión mundial— que atraviesa calificaciones y naciones, sacando del medio al trabajador desocupado, propio del orden local, para sentarlo en el banco de los “suplentes” y así retrotraer una baja sustantiva de los costos del *capital variable* en materia de salarios; en otras palabras, una acabada y audaz reestructuración productiva organizacional universal.

La *cuestión* del “paro” —como se dice hoy— generó otras condiciones para la discusión en la vinculación entre, de y con los trabajadores. Los viejos “fantasmas” sindicales fueron doblegados para obtener la imprescindible elasticidad “puertas adentro” al interior de la fábrica: al modo de la consabida precarización, la flexibilización propia de un trabajo modelado por las necesidades de las demandas fabriles, la aceptación del trabajo a destajo, de la mentada polifuncionalidad —hoy denominada *multitasking*—, que debilitan de manera abrupta todos los requerimientos para las calificaciones laborales, aunque también se cometen excesos de sobrecualificación. A partir de los años ochenta, además, se cimentaron otros novedosos supuestos en temáticas originales e innovadoras: gerenciamiento, gestión, liderazgo, procesos, estrategia empresarial, sintetizados bajo la realidad del *management* y los CEO: “calidad total”, normas IRAM, ISO, procesos de optimización y eficiencia en la producción y de “control final”.

Estas transformaciones *transnacionales* impactaron de manera dramática en Europa y el mundo: insoslayables para el desempleo estructural, con una latente espada de Damocles tras de sí, la de convertirse en un “factor” de amenaza permanente ante las cíclicas *crisis* de plena ocupación y trabajo. También se hizo constante la desindicalización, y con ella, el derrumbe de las condiciones de trabajo, la resegmentación en materia de ingresos y haberes, lo que dio oportunidad a que se crease la señalada recalificación y las modificaciones en la legislación laboral. La precarización del trabajo generó un *efecto dominó*, con una fuerte caída salarial, tanto nominal como real, así como la reducción de los beneficios sociales. Además, se

estimularon las contrataciones a término, esto es, por obra y trabajo cumplido, ampliándose el mercado laboral a monotributistas y por contrato. Se aumentó así a los grandes conglomerados sociales, el acrecentamiento de una resegmentación de los puestos de trabajo, pero, sobre todo, y en los países periféricos, se desnuda que ellos sean cada vez más de baja calidad.

Si se suma el quiebre con las centrales sindicales, ellas tomaron distancia con relación a la genuflexión de la política de los políticos de esta época, ya que ellos también, con sus diversas expresiones, fueron otros modos de “hacer caja” para sostener “aparatos”, tal como resulta con las jerarquías sindicales. Por tal razón, la CGT, la CGL y demás, como tantas otras centrales obreras, ya no representan lo que etimológica e inicialmente supieran designar: la Confederación General del Trabajo. En otras palabras, los gremios ya no son los representantes del Trabajo; sus afiliados pasaron a ser, ahora, “clientes” de un “negocio” privado, del mayor número posible, porque resultan ser usuarios cautivos de “la nueva razón del mundo”⁷¹.

Estas transformaciones generalizadas no fueron cambios puntuales, sino “la razón mercantil” que supo vertebrar los nuevos “negocios” provocados al interior de la lógica del Capital y sus fracciones más calificadas. Lo han logrado a partir de toda esta reestructuración señalada de cuadros ideológicos y emocionales, con su generalización en los estadios de miedo, pánico, temores, inseguridad, zozobra, a partir de asumir su inducida condición de vulnerabilidad a esta serie de fuertes transformaciones en detrimento de un concepto integral del Trabajo y el trabajador. Este proceso confluye con la “era de las incertidumbres”⁷², en el contexto de una nueva “era de las desigualdades”. Esta lectura semiopolítica permite concebir los porqués de cómo aletean las mariposas y comprender que, detrás de su vida frágil y efímera, habita esta compleja trama de relaciones sociales que confirman la nueva realidad del *poder*.

9. La irrefrenable pulsión de *poder*

La semiopolítica del americanismo vela por brindarle visibilidad a estos silenciados procesos que han transmutado sensiblemente la vida en sociedad. La dilapidación de las conquistas sociales adoptadas por el período previo del Estado social no resultaron ser un error de apreciación, sino que formaron parte de la irrefrenable codicia y angurria desatadas por

⁷¹ Christian Laval y Pierre Dardot, *La pesadilla que no acaba nunca: El neoliberalismo contra la democracia*, Barcelona, Gedisa, 2016. De los mismos autores, *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa, 2010.

⁷² John Kenneth Galbraith, *La era de la incertidumbre: Una historia de las ideas económicas y de sus consecuencias*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1997.

hacerse de un botín mayor, fruto de una lectura facciosa. Para ello, aprovecharon una oportunidad histórica sobre la base de una “relación de fuerzas” favorable para el Capital.

Las *respuestas* de un Donald Trump, y su base social, no resultan ser tan ajenas a las de un Joe Biden, supuestamente progresista, y todavía están a flor de piel. Además, condicionan todas las posibles ulteriores concreciones, pese a su aparente giro keynesiano y proteccionista. Pero las iniciales invocaciones republicanas supuestamente nacionalistas, localistas, no alteraron el *régimen de acumulación financiero y acaparamiento monopolístico*, que continúa siendo una garantía única para el supuesto *neoliberalismo progresista* de Wall Street a su modelo que en nada asegura ni certifica *soluciones* estratégicas para el destino de la humanidad. Más aún, así lo demuestran la contraofensiva neoliberal hemisférica, la suramericana, la que supo ajustar cuentas con el “patio trasero” —pero también la de los regímenes filo-, neo- y posfascistas en Europa Central y Oriental—, así como su ausencia de *respuestas* para el África y el empantanamiento y la confusión en el Cercano y Medio Oriente. Se tolera todo este panorama de vacilaciones, eufemismos, desequilibrios, ausencia de horizontes claros y de perspectivas ciertas que preanuncian una continuidad de estas manifiestas inestabilidades.

La realidad resulta más que sugestiva. Una supuesta ventaja nuclear y armamentista de Rusia, corroborada en Ucrania en su carrera tecnológica contra la NATO, la amenaza de una China que no merma en su crecimiento, como el surgir del ASEAN⁷³, son “factores” de difícil control ni de posible dominio. El mismo proceso de la globalización, pese a sus grandilocuentes logros, no es otra cosa que una activa adaptación de las iniciales “formas de la vida” a la estructura del capitalismo de siempre, bajo nuevos ropajes. Un mismo fenómeno económico y social revestido bajo las mismas vanas promesas de siempre de la ideología neoliberal. El economista francés Thomas Piketty, afamado por sus ciclópeos estudios de ingresos en los registros fiscales de los EE. UU., Francia, Inglaterra, Alemania y otros, ha probado que existen “factores” ínsitos del capitalismo que fomentan una evidente y creciente desigualdad:

Con independencia de lo justificadas que puedan estar inicialmente las desigualdades de riqueza, las fortunas pueden crecer y perpetuarse más allá de todo límite razonable y más allá de cualquier justificación razonable en términos de utilidad social. Los empresarios tienden entonces a convertirse en rentistas, no con el paso de las generaciones, sino en el curso de una sola vida...⁷⁴

⁷³ ASEAN - Asociación de Naciones del Sudeste Asiático: Indonesia, Vietnam, Birmania, Brunéi, Camboya, Laos, Malasia, Filipinas, Singapur y Tailandia, el mayor espacio comercial integrado del mercado mundial.

⁷⁴ Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Marx, en su tomo III de “El Capital”, sostuvo:

¡Capital, suelo, trabajo! Pero el capital no es una *cosa*, sino [una] *determinada relación social de producción perteneciente a determinada formación histórico-social* y que se representa en una *cosa* y le confiere a ésta un carácter específicamente *social*.

El capital no es la suma de los medios de producción materiales y producidos. El capital son los medios de producción transformados en capital, medios que en sí distan tanto de ser capital como el oro o la plata, en sí, de ser dinero. Son los medios de producción monopolizados por determinada parte de la sociedad, los productos y las condiciones de actividad de la fuerza de trabajo viva automatizados precisamente frente a dicha fuerza de trabajo, que personifican en el capital por obra de este antagonismo...

¿Qué es lo que se procura señalar? Desde un principio hay que destacar que la perspectiva inherente del Capital es *la desigualación*, cosa que resulta propia de su naturaleza: la afamada fábula “del escorpión y la rana”. Más allá de la voluntad del funcionario o la promesa del gobernante, es el ínsito ADN de un sistema social que se plantea de ese modo, aun cuando se lo oculte o encubra. Lo que se forja es una guía irreversible de sus “fundamentos”.

La pobreza, el subdesarrollo, sus *crisis*, los déficits, las deudas, el mercado, tal como se presentan, no por las supuestas virtudes de su arrollador dinamismo con que se lo invoca, son conceptos que se vuelven abstractos si no se los mira por el estrecho cedazo que implica la realidad, el de las *relaciones sociales concretas*. El maestro de Tréveris reafirmaba la línea de investigación en la que se basa esta monografía: “La manera como se presentan las cosas no es la manera [de] *como son*; y si las cosas fueran como se presentan la ciencia entera sobraría”.

Más allá de entender cómo Marx concebía la función de la cientificidad y cómo orientar el accionar científico, su afirmación evidencia una *práctica discursiva* que procura develar los efectos de estructura, *verbi gratia*, descubrir lo más cercano posible, con la aptitud y el rigor que le brinden los instrumentos teórico-conceptuales y empíricos lo más próximos a lo Real. Dentro del *corpus* marxista, lo Real son las estructuras determinantes de efectos, el dominio de las “causas”; mientras que la realidad resulta ser sus efectos en sí, bajo un contacto dinámico, dialéctico, con sus habilidades para la elaboración de una sólida construcción “imaginaria”.

... hemos puesto de relieve ya el carácter mistificador que transforma las relaciones sociales a las que sirven en la producción, como esas mismas cosas (mercancía) y que llega aún más lejos al convertir la relación misma de producción y en el caso del capital, que forma su categoría dominante, su relación de producción determinante, ese mundo encantado y distorsionado se desarrolla mucho más aún...

Como el capital, el trabajo asalariado y la propiedad de la tierra no son otra cosa que determinadas formas sociales históricamente determinadas...

La disposición del ser humano actual forma parte de una decisión política acerca del modelo de sociedad que el poder mundial dispuso con los *winners* de la semiopolítica del americanismo supo desplegar. Es “el hombre genérico”, “la vida que crea vida”, una especie en su actividad vital, una *acción* libre y consciente: “... el objeto del trabajo es (...) la objetivación de la vida genérica del hombre, pues éste se desdobra no sólo intelectualmente, como en la conciencia, sino activa y realmente, y se contempla a sí mismo en un mundo creado por él”.

Immanuelle Wallerstein, otro gran historiador norteamericano, comprometido con la gesta hemisférica, no ha vacilado en preguntarse:

¿Habría algo hoy fundamentalmente diferente de lo que sucedía hace cincuenta años? (...) Para mí, la respuesta es no: económicamente no sucede nada diferente de lo que actualmente denominamos “globalización” (...) “La globalización (...) es la esencia del modo de funcionamiento de la economía-mundo capitalista, y lo ha sido toda la vida. Los capitalistas no se concentran en un solo país, no los grandes, no los importantes. Y es totalmente falsa la idea de que solamente hoy existe mercado mundial (...) Lo que pasa hoy no es algo nuevo; sin embargo, se manifiesta como una expresión ideológica de la situación actual. El término globalización, que es utilizado desde hace más o menos diez años, parte de la campaña neoliberal para imponerse sobre resistencias varias, fomentando la creencia según la cual hacemos frente a una situación inevitable, y es en este sentido que los Estados no pueden hacer nada, deben someterse.”⁷⁵

Quizás sea cierto que, en lo central del modo de producción, nada haya cambiado, pero el cuadro de *complejidad* actual nunca ha sido, a su vez, tan explícito e invisibilizado. Las edulcoradas y mentirosas “recetas” del *poder real*, en su pulsión irrefrenable, se siguen multiplicando: Netflix, Uber, Fly Bondi, Rappi, Mercado Libre, PedidosYa, ejemplos del novedoso y arrebatador capitalismo particularista individualizado del modelo tecnologizado de “la era digital”, y sus avasallantes mediaciones y tentadoras líneas de fuga —*Neurocapitalismo* en términos de Giorgio Griziotti—. Ilusionan con su exaltación a las posmodernas *experiencias únicas* y en plena Libertad, tal como se le propone al futuro ciclista de Glovo: “Sé tu propio jefe. Flexibilidad de horarios, ingresos competitivos y la oportunidad de conocer tu ciudad repartiendo al aire libre. Apúntate y en menos de 24 hs. colabora con nosotros”.

Slavoj Zizek, tiempo atrás, tomó una película: “Los sospechosos de siempre” (1995), *The usual suspects* prototipo anticipatorio de los tiempos que habrían de fluir. No sólo los de

⁷⁵ Entrevista a Immanuel Wallerstein, “Sobre la economía-mundo actual”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, 17/8/2009. Del mismo autor, *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979 (2007); *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1660-1750*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1984 (2007); *El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1860*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1989 (2007).

los vínculos criminales en los EE. UU., sino de la cabal expresión sintomática de lo que este capítulo ha procurado expresar cual una semiopolítica del americanismo. Un *thriller* mafioso. Un policial dramático con una resolución original. En el filme se plasma una condensación de las ruinosas malformaciones dentro de las cuales uno se desenvuelve. Relaciones patológicas, psicopatías, *fakenews*, *lawfare*⁷⁶ y, si se rasca aún más, el 11-9, la posverdad, o muerte de toda Verdad, Venezuela, Siria, Nisman, Ucrania, *tutti li fiocchi*. Una película menor que terminó siendo de culto, con iniciales cuatro millones de dólares de inversión, para nada retribuidos al momento de su estreno. La nueva *forma* de todos estos preanunciados conceptos que supo anticipar el prolífico sociólogo polaco Zygmunt Bauman con sus nociones de “vida líquida”, “ética posmoderna”, “sociedad individualizada”, trabajo, consumismo, nuevos pobres, “la posmodernidad y sus descontentos”, “sociedad sitiada”, “modernidad líquida” y demás. Sin embargo, hace más de veinte años Zizek ya había predicho el tipo de vínculo social que se estaba consolidando con la *construcción hegemónica* de finales de siglo.

El mundo de hoy extendió resignadamente a una pasiva aceptación de ir instrumentando un acomodar de estereotipos de manera eficaz y utilitaria con tamaño empobrecimiento en las condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento discursivos y sus posibilidades de “registro”, amén de la señalada ausencia de discernimiento. Se procuran evitar catastrofismos, “golpes bajos” o exitismos. Sí, desde la sociología crítica, se ha dejado vacante una pieza esencial frente al derrumbe de “la cuestión social”, al desinvolucrar el *factor ideológico*, evaporado junto a una sociología política del conocimiento. Frente a la señalada acriticidad de esta sociología adocenada de todo compromiso con la Verdad, vale recordar al axiomático Alvin Gouldner: “todos los poderes vigentes son enemigos de los ideales supremos de la sociología”. Para cerrar este capítulo, combino esta idea con la hipótesis seis, de Eduardo Grüner, cuando con su premonitorio texto finisecular expresó lo siguiente:

El postmodernismo, lógica cultural de un tardo-capitalismo globalizado no por primera vez, finge presentar ‘novedades’ al mismo tipo que induce la creencia en un universo transparente de representaciones, como etapa superior de la dominación subjetivada.⁷⁷

⁷⁶ El fenómeno del *lawfare* se asocia a las denominadas “responsabilidades objetivas”, esas semiopolíticas visiones creadas por el americanismo exportadas tanto para el Brasil como para la Argentina, de un derecho penal “creativo”, bajo el paradigma del difunto Claudio Bonadío, cabal expresión de la lógica móvil de la semiopolítica neoliberal.

⁷⁷ Eduardo Grüner, *Las formas de la espada: Miserias de la teoría política de la violencia*, Buenos Aires, Puñaladas. Ensayos de Punta, Colihue, 1997.

CAPÍTULO 4

DESDE EL DERRUMBE DEL MURO HASTA LA DERROTA DE TRUMP VÍA MINNEAPOLIS

“La historia la escriben los vencedores y la narran los vencidos”

Ricardo Piglia

“La verdadera función social de la filosofía consiste en la crítica de lo existente. Esto no significa en modo alguno un superficial afán de crítica de ideas o situaciones particulares, como si el filósofo fuera un extravagante mochuelo. Tampoco significa que el filósofo lamente ésta o aquella circunstancia tomada aisladamente y recomiende su superación. El verdadero objetivo de una crítica de este tipo es evitar que los hombres se pierdan en aquellas ideas y formas de comportamiento que les ofrece la sociedad en su organización actual. Los hombres tienen que aprender a ver la conexión que existe entre sus actividades individuales y aquello que se logra con ellas, entre su existencia particular y la vida general de la sociedad, entre sus proyectos cotidianos y las grandes ideas que ellos aceptan”

T. W. Adorno

“El *acontecimiento* en sí sólo existe en la medida en que está sometido por una intervención cuya posibilidad exige la recurrencia —y por consiguiente el no-comienzo—, a la *estructura reglada* de la *situación* y que, en virtud de esto, *toda novedad es relativa*, siendo sólo *legible*, después como el azar de un orden. Lo que nos enseña la *doctrina del acontecimiento* es, más bien, que todo el esfuerzo consiste en *seguir sus consecuencias*, no en exaltar su ocurrencia”

Alain Badiou

“La larga y oscura noche del fin de la historia debe aprovecharse como una enorme oportunidad. La omnipresencia muy opresiva del realismo capitalista significa que incluso los destellos de posibilidades políticas y económicas alternativas pueden tener un efecto desproporcionadamente grande. El evento más pequeño puede abrir un agujero en la cortina gris de la reacción que ha marcado los horizontes de posibilidad bajo el realismo capitalista. De una situación en la que nada puede pasar, de repente todo vuelve a ser posible”

Mark Fisher

1. “Cuadro de situación”

Como ya se ha planteado, la primacía del capital financiero lo transmutó a todo. Fue el determinante inicial para un proceso que se supo consolidar con el tránsito del americanismo a la *construcción hegemónica* neoliberal. Convalidó “huellas” imperceptibles, indescifrables para el grueso social. Alteró las privilegiadas instancias del “registro” y la “memoria”, estableciendo “marcas” invisibilizadas para quienes transiten de *forma* frívola o ligera las condiciones de reconocimiento de la vida en sociedad, para aquellos que deambulen erráticos, distraídos o de *modo* irreflexivo las realidades problemáticas para las cuales el *poder* construyó una solvente estratagema: una creciente mediación múltiple, intangible para el reconocimiento de lo Real. Además, estableció una inducida y favorable mediatización múltiple, compleja, dentro de un

sistema de Información y Comunicación (SIyC), instrumental, con el propósito de acomodar las realidades sociales a los efectos de “sentido” que se adecuen a los distintos procesos, instancias, estratos o segmentos en las diferentes coyunturas, configurando un opaco e irrevelable eterno presente, el ya varias veces referido “presentismo” o “presente continuo”.

Ahora bien, la primacía financiera no se comprimió al conjunto de actividades asociadas al mundo del dinero. La destrucción de significativas estructuras productivas industriales estimuló tal sometimiento, cuando no la capitulación, una vuelta a regresivas e insoportables condiciones de trabajo —muchas humillantes—, bajo la pertinaz precarización laboral, la naturalización del desempleo y su flexibilización: McEmpleos, Uber, Flybondi y demás. La tolerancia a “situaciones” profesionales precarias e indecentes, al universalizar la informalidad del trabajo “en negro” y procesos de marginación sociales, desarticuló la cadena que unía la realidad fabril con el comercio. También prolongó la jornada de trabajo, a destajo, el *multitasking*, la disminución de las ayudas en políticas sociales, un aumento aleccionador en la represión de las minorías —populares, sexuales, raciales, aborígenes—, la tenaz violencia policial y de los servicios de seguridad, así como la tolerancia y legitimación a las operaciones de espionaje: la aceptación del velado tránsito de una sociedad disciplinarista —en términos de Foucault— a una sociedad de control —en palabras de Deleuze—, instaurando una agónica y dramática lucha por una supervivencia digna: personal, familiar, doméstica, barrial o regional.

El DCN produjo efectistas “bullicios” publicitarios, propios del marketing, que sustituyen, con exitismo, sus “logros” e innovaciones generadas por el propio progreso científico o la misma evolución de la humanidad, pero que consolidan una realidad de sometimiento inconfesable, donde las mayorías, gradualmente, se acostumbran sólo a saberse perdedoras. Todo se da con un manejo de los tiempos y las velocidades en el que se pierde la posibilidad de *respuestas*, discernimiento y reflexión. Una realidad plena de “espejitos de colores”, fruto del consumismo acrítico de mercancías, producto de una avasallante RCyT que, con sus múltiples e innovadoras elaboraciones, provoca dudas en sus consumidores orientados a las “superofertas” o a las compras de “oportunidades únicas e irrepetibles”.

A ese inducido consumismo acrítico se le suma un contexto de deterioro, de resignación frente a la irrupción de las semillas transgénicas o al glifosato, las emisiones de dióxido de carbono, la puja sobre los alcances de la deforestación de bosques y la Amazonia, una apatía frente a la incidencia del “cambio climático” con sus variaciones y renegación: esos largos veranos abrasadores y tórridos, pero con inéditos chaparrones e inundaciones. A esto se le debe

agregar la pérdida de derechos dentro de un *clímax* social iatrogénico. En suma, una desgastante realidad plena de averías y bajos signos vitales que supo promover un ambiente de decaimiento, desasosiego y retroceso, corolario de la percepción de una vida “carente de horizontes”.

Un mundo que vocifera asegurando su “avanzar”, pero que, por detrás de su proclamar sostenido e irrefrenable “progreso”, a su vez, sólo cultiva la incertidumbre, con ausencia de previsibilidad y falta de perspectivas confiables. El aumento del costo de la vida, sobre todo de la canasta familiar y la inflación, con su incidencia en los hogares vulnerables y la vida comunitaria, altera de manera grave la realidad doméstica en su *cotidianeidad*. Otros indicadores de este *clímax* son la precipitación del derrumbe sanitario, señalado por múltiples indicadores de salud —la pandemia lo evidenció aún más— y la privatización de la educación pública, sostenida por supuestos niveles de estatus y proyección sociales. Un regreso a enfermedades superadas trae la sospecha sobre *cómo vivimos*, con una amenazante progresiva aflicción de padecimientos, molestias y achaques. El deterioro del sistema de previsión social lleva a que la tercera y cuarta edad sean vistas como “los nuevos pobres”. La fragmentación de toda noción de comunidad induce al desprestigio de cualquier *forma colectiva* de organización.

También hay alteraciones en los ritmos de la vida familiar. Los jóvenes, con inédita desagregación por segmentos sociales, llevan su propia “agenda” y cadencia de vida, con salidas —jueves y viernes— que repercuten en el deterioro e integración del fin de semana familiar, concretando *universos simbólicos y culturales* escindidos. El avance del universo de la droga y el narcotráfico, visibles no sólo en los barrios marginales, pobres y medios bajos, ha llegado a sustituir al universo de los viejos “punteros” propios de la antigua política: resultando palpables también en los mundos acomodados, de la intelectualidad y en ambientes artísticos.

En lo *macro*, síntomas de un *clímax psicosocial* enrarecido: aumento del déficit fiscal y deuda pública, inéditos endeudamientos domésticos para cubrir necesidades básicas. Ante esta percepción de profundo desgaste en la vida social, los *vínculos sociales* se recharacterizan con estereotipados atributos psicosociales: severa hostilidad, antipatía, desazón, irritación, arrebato, excitación, aflicción, sufrimiento, angustia, disociación, resentimiento, animadversión, rivalidad, rencor, suspicacia, rabia, resignación, inmovilidad, complacencia, avenencia.

Esta heterogénea realidad de “síntomas” expresa una violenta *puja simbólica* sobre las posibilidades de “registro” de lo Real, y de los esfuerzos que permitan impermeabilizar cualquier “contaminación” favorable que abra condiciones de reconocimiento y conciencia social. Este “cuadro diagnóstico” que sólo pareciera implicar al *orden local*, tan propio de esa

“mirada” parcial de clase media argentina prejuiciosa y autocomplacida, no resulta ser así. El “cuadro de situación” no es un fenómeno que pueda quedar circunscripto al *orden local*. Resulta ser un complejo episodio *epocal* que, con lógicos matices y tonalidades, implica no sólo al hemisferio, sino a buena parte de la esfera occidental y el mundo de hoy. A un campo social que, desde la anteojera de *lo ideológico* del mundo del Occidente, se lo consideraba inmune.

Son “síntomas” universales que se procuran ocultar, realizando un esfuerzo por evitar que los mismos puedan salir a la luz, y se advierta su condición de trágica regresión, mucho más profunda de *lo visible*. De manera irreflexiva, con pasiva aceptación, las sociedades absorbieron *modos* que metabolizaron el *american way of life*. Mediante esa *americanización* de alcance universal se asimiló su *sistema axiológico*, cuyos “valores” arrastraron a esas pautas del consumo que digieren al exótico mundo de hoy, organizando una “agenda pública” y una *vida cotidiana* en hipotecas, cuotas y tarjetas de crédito. El lema se puede resumir en esa sentencia de la metrópoli anglosajona: *si te va mal, no busques fuera, sólo es culpa tuya*.

Lo interesante es que tales *prácticas discursivas* ritualizan rutinas mistificadoras generando estándares de consumo que asimilan una “concepción del mundo” y de “la vida” que se ha ido naturalizando. Adocen a “supuestos” que hacen que parte de ese “gran público” mire con hostilidad cuando se los aleja de las leyes retóricas que la lógica de mercado supo imponer. Estas *prácticas discursivas* se reconocen patentes cuando estandarizan sus pautas estéticas y de consumo de tal *americanización*. Las rutinas de la *industria cultural* (IC) reiteran sus propuestas estéticas que se aproximan a usos y costumbres estandarizados bajo las rutinas del procurado consumo. El rechazo del “gran público” a la vigencia del “cine secuencia” del universo europeo y su estética, o la distancia a las “miradas” de las grandes obras de autor, por “complicadas”, son signos irreversibles del tipo de *cambio de época* que aquí se señala.

Así, se multiplican la reiteración de automatismos y ritos que se someten a estilos bajo formatos asimilados, sobre todo frente a los estereotipos y temáticas de series y películas de la IC, asociados al miedo o a tramas fantásticas, sometidas a las gramáticas de la dominante *americanización*, con sus condiciones de producción propias de los *spots publicitarios*. Esta estructura productiva procura comunicación inmediata, propone diversos “sentidos” a una gran velocidad. La industria cinematográfica norteamericana arrastra al mundo hacia una eficaz *americanización* de la *vida cotidiana*. El escritor y filósofo inglés Aldous Huxley profetizó que “Sesenta y cuatro mil repeticiones hacen a la verdad”. El psicólogo industrial y experto en

marketing, “padre de la investigación motivacional”, Ernest Dichter, dijo que “el objetivo de la publicidad es fabricar mentes”. Roland Barthes lo resume con estas otras palabras:

La forma espuria de la cultura de masas es la repetición vergonzosa; repiten los contenidos, los esquemas ideológicos, la difuminación de contradicciones, pero varían las formas superficiales: no cesan de aparecer libros, emisiones, nuevas películas, sucesos, pero siempre con el mismo significado.⁷⁸

2. “Todo tiene que ver con todo”

Esta “profecía autocumplida” es heredera del mítico “destino manifiesto”, del tantas veces auspiciado modelante y organizador social del “sueño americano” y de las predicciones de *De la démocratie en Amérique*, de Alexis de Tocqueville, cuando no de su metonímico, sino sinécdoque generalizante, “la parte por el todo”. Al ser ese “todo” el continente de América, no sólo “para los americanos” —cual aseverase la doctrina Monroe, cuando las circunstancias exigían “doctrina”—, sino de los Estados Unidos de América, de la América del Norte, que es, ahora, la “América”. El “todo” de las cuatro Américas que generó condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento de *potencia hegemónica, real winner* del siglo XX.

Waldo Ansaldi y Verónica Giordano supieron anticipar la exposición de “clarividencia” que expresara el afamado Conde de Aranda (1783), secretario de Estado de Carlos IV, quien predijo que *dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia tiránica de este coloso*. El noble español anticipó la prepotencia que habría de tener la política de los EE. UU. de América, quien así habría de pagarle a las potencias que le brindaron “ayuda” indispensable, sin la cual no se hubiera producido su independencia, vale decir: España y Francia⁷⁹.

A este relevamiento no se lo debiera entender cuál una “mirada” nostálgica por mejores tiempos idos. Al contrario, advierto que es el resultado de una estratagema elaborada por parte de quienes están convencidos de que, con la imposición de sus “supuestos”, se logra el éxito definitivo final, y que ello se consigue al adiestrar nuestras lecturas al progreso material.

Procuro, mediante una “mirada” semiopolítica, dar cuenta de cómo opera el americanismo en las *prácticas* de sus personajes clave, de cómo tal *práctica significativa* orienta la evolución de sus pensamientos, condicionándolos. Para ello, recorro a un sociólogo renombrado, inicialmente asociado a la camada crítica norteamericana, con una notable

⁷⁸ Ignacio Ramonet, *La golosina visual*, Barcelona, España, Editorial Debate, Temas de Debate, 2002, p. 15.

⁷⁹ Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, *América Latina: La Construcción del orden*, T. I: “De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica”, Buenos Aires, Ariel, 2012.

evolución hacia la derecha. El temprano escotomizador⁸⁰ Ralf Dahrendorf, en uno de sus últimos libros⁸¹ realiza una acérrima defensa del liberalismo, garante de “progreso” que, para su época, acompañó a los “supuestos” del americanismo para consolidar el *ascenso neoliberal*. Su postulado *La paradoja de Martínez* condensa la lógica que pretendo analizar.

Alejandro Martínez Cuenca fue ministro de Comercio Exterior cuando la revolución sandinista de 1979. La *paradoja* trasuntaba, en sus palabras: “la revolución ha transformado un mundo de abundancia para unos pocos, en un mundo de escasez para todos”. Así lleva a la *práctica* el aforismo de esta corriente de pensamiento: “del crecimiento sin redistribución a la redistribución sin crecimiento”. Se trata de un anatema gráfico de este *modo* de razonamiento neoliberal, a lo Domingo Felipe Cavallo, con su característica tergiversación entre crecimiento y desarrollo. Esta *paradoja* trae a cuenta las anomalías del americanismo, cual resulta ser su simplificación entre lo particular con su debida articulación al interior de postulados generales.

A su *modo*, tal razonamiento se traslada desde una disciplina científica, inicialmente denominada Economía Política, pero que, en su evolución, con el *ascenso neoliberal*, asume su versión “neoclásica”, y pasa a denominarse sólo Economía. Así se disocia, no casualmente, de la política, con modelos economicistas de teórico cierre perfecto, matematizables, secos, formalistas, que impiden el asumir la contradictoria realidad de los vastos y heterogéneos intereses en conflicto con sus complejidades multilaterales. El economista también queda atrapado dentro de los “supuestos” del americanismo: reduce, simplifica, aplasta, cuando se ve obligado a operar sobre una realidad tan diversa con la imprevisibilidad de la *variable X*, malformaciones que se potencian mucho más en las economías subdesarrolladas o emergentes.

Esta “mirada” contaminada de los economicistas hace que, habiendo nacido inicialmente dentro de las CHyS, renuncien de ver a los “sujetos” sociales y a los procesos de “subjetivación”. Siendo minuciosos y detallistas, sus esquemas ideacionales son sólo generadores de fracasos. Dahrendorf no da cuenta de que, con la ampliación de los consumos de los proyectos políticos socializantes, sobrevienen los castigos, las sanciones económicas, los bloqueos, los embargos: Berlín, Cuba, Irán, Venezuela, Rusia, así lo atestiguan.

⁸⁰ La escotomización (del griego antiguo σκότος / skótos, “tinieblas, oscuridad”) es un término usado en el psicoanálisis para describir el mecanismo de ceguera inconsciente, mediante el cual el sujeto hace desaparecer los hechos desagradables de su conciencia o de su memoria.

⁸¹ Ralf Dahrendorf, *El conflicto social moderno: Ensayo sobre la política de la libertad*, Barcelona, Editorial Biblioteca Mondadori, 1988.

Tanto Eliseo Verón, con su concepto de *la construcción del acontecimiento*⁸², como la lectura del pasado de Enzo Traverso⁸³, desnudan la paradigmática historia sobre las conspiraciones políticas; mientras que Mario Vargas Llosa, con su novela *Tiempos recios*⁸⁴, advierte sobre la “importación” de la Guerra Fría. Vía sus intereses creados, la incidencia semiopolítica del americanismo induce a rastrear “mentiras”, al contrabandearlas cual “legítima” Verdad. El escenario narratológico de *Tiempos recios* es la Guatemala de 1954, con el golpe de Estado auspiciado por la naciente CIA, consumado por Carlos Castillo Armas, para derrocar al gobierno de Juan Jacobo Árbenz Guzmán, admirador de la sociedad norteamericana. Pauta anticipada del modelo de las *fakenews* y *lawfare*, según el cual “la mentira” es introducida cual “realidad” consagrada por su mera gratuita afirmación del *poder* de quien la emite.

Con Guatemala, se modificaría por décadas el devenir de América Latina. Hasta el presidente de los EE. UU., Dwight David Eisenhower, disfrutó de su falacia instrumental de “acusar” al presidente guatemalteco por *impulsar la irrupción del comunismo soviético en el hemisferio americano*. Los ecos del usufructo de conspiraciones para la época de la Guerra Fría resuenan en el mundo de hoy. La novela de Vargas Llosa denuncia cómo una reyerta menor, por una puja de *poder* de naturaleza corporativa con la United Fruit, potencia el despropósito. Su *efecto dominó* continuó cuando Perón brindó asilo político a estudiantes y, luego, los encarceló ni bien llegasen a la Argentina. *El diario de un motociclista* impactó provocando una radicalización sin límites de un ignoto joven médico por tamaño dislate, que en México se sumó a las huestes de Fidel Castro. Como lo afirma la semiopolítica: “*todo* tiene que ver con *todo*”.

Varias décadas después de la irrupción de la señalada *paradoja de Martínez* para Nicaragua, para los tempranos años ochenta se imantó por contagio al grueso Centroamericano donde, a plena conciencia, se “liberaron las fronteras” a la búsqueda de una solución militar favorable para toda una serie de conflictos políticos circunstanciales mal resueltos. Se avasalló cualquier interpretación del derecho internacional que garantice el principio de “no intervención en los asuntos internos de las naciones”, para que todo pase a ser “relaciones de fuerza” donde priman las minorías poderosas, quienes dictaminan, con su Verdad, sometiendo a instituciones

⁸² Eliseo Verón, *Construir el acontecimiento: Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island*, Buenos Aires, Gedisa editorial, Colección El Mamífero Parlante, 1987 (1981).

⁸³ Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso*, ob. cit.

⁸⁴ Mario Vargas Llosa, *Tiempos recios*, Perú, Editorial Alfaguara, 2019.

claramente en crisis. La ONU, la OEA y el TIAR ya no tienen incidencia, amén de que tampoco existe ningún organismo internacional que se lo entienda instancia superadora.

Lo que debiera ser una representación federativa de naciones y países, la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, para el manejo de un *poder real* que sea garante de una paz aleccionadora, sólo se materializa en los forzados acuerdos de los intereses creados que atraviesan esos quince asientos privilegiados del Consejo de Seguridad. Organismo que debiera velar por esa “paz y seguridad mundiales”, cuando, en la verdad de los hechos, todo el mundo subalterno —más de cien países— jamás podrán establecerse allí. El Consejo de Seguridad, ese “factor” determinante para la realidad mundial, está en aquiescencia con el “poder de veto” de las cinco naciones privilegiadas, fiduciarias de los acuerdos de Potsdam.

En este escenario es posible incluir los escándalos asociados, tipo “Irán-Contras” o “Irangate”, donde la potencia hegemónica, bajo la presidencia de Ronald Reagan, vendió armas, pese al embargo armamentista a un gobierno rival, el iraní, en confrontación con Iraq, y al mismo tiempo vendió cocaína en su propia retaguardia, Chicago, para financiar al auspiciado movimiento a favor de la “contra” nicaragüense. O de los militares argentinos que se proponen hacer habilitada “guerra sucia” en Centroamérica pero que, poco después se enfrentan con la segunda potencia militar de la NATO cuando la Guerra de Malvinas. Una abierta secuencia de confrontación del americanismo, desplazada en el tiempo, instancia de su impacto universal.

3. La nueva hegemonía vs. los enemigos “ejecutables”

Al inicio de esta investigación, Perry Anderson se preguntaba sobre la viabilidad de una potencial preeminencia neoliberal; al tiempo, Dardot y Laval observaron que “la razón neoliberal”, para ellos esa “pesadilla que no acaba nunca”, vertebrará resignación en todas las dimensiones sociales, prevaleciendo por encima de las crisis económico-financieras circunstanciales⁸⁵. También fue caracterizada de “ramplona”, pero se sostuvo irrefrenable. Así, dentro de la propia complejidad de este cúmulo de tendencias, su éxito es el producto de la múltiple conciliación donde, en sus inicios, vía el resignado posmodernismo —aquel de las múltiples “muertes” y otros tantos “fines”— le aportó una *cobertura ideológica* de impunidad bajo la promesa de futuros logros, potenciando su atractivo. Cuando decayó, se dotó de cierto *progresismo* metropolitano —Bill Clinton y, más tarde, Barak Obama—, que amplió y

⁸⁵ Christian Laval y Pierre Dardot, *La pesadilla que no acaba nunca...*, ob. cit.

profundizó su imposición universal. El derrumbe del Muro arrastró a la acriticidad que, sumada a la ausencia de cuestionamientos sociales, poca cosa se le opuso, y hasta se miró con simpatía su propuesta de rejerarquización meritocrática sobre cuál y qué base racional se pudiera discutir acerca de aquello qué se opina y entiende sobre la mejor *distribución* de las rentas nacionales.

Liberadas las sociedades de sus antagonismos domésticos, apareció toda una pátina de supuesta “emancipación” mediante la IC que, cual eje libertario de independencia, brotó de esas lecturas metropolitanas de la semiopolítica del americanismo y sus frívolas modas. Esta dinámica *empobrecedora y empobrecida*, concesiva y cruelmente recesiva, claudica, absoluta y sin cuestionamientos, frente al sólido universo del “sistema global económico y social”.

La nueva hegemonía se consolidó bajo una disposición plena de concesiones. Neutraliza toda belicosidad, salvo los elegidos “enemigos” que, por orden, y de una manera táctica y debida instrumentación por una “agenda” alimentada por el DCN, sean los “ejecutables” a vencer: Manuel Noriega, Sadam Hussein, Osama bin Laden, Savo Milosevic, Muamar el Gadafi, Vladimir Putin. La construcción de un cóctel letal: la política socavada, liberada de los antagonismos vitales, que sabe condenar a cualquier oposición o discrepancia, licenciada para su más que violento aniquilamiento, todo bajo el paraguas de una vida cosmética que invoca generar una sociedad menos hostil, en la formalidad, igualitaria, desde ya que más “civilizada”.

Ptolomeo, en la Alejandría del siglo II, aseguraba enfático el geocentrismo —lectura astronómica y matemática vigente hasta ya entrado el siglo XVI—. Esa “mirada”, sólo mucho tiempo después, quedó sepultada por la propia evolución de los fundamentos de la realidad científica. El conocimiento científico posee restricciones. Aquí resulta pertinente recordar la figura kuhneana de competencias entre los “paradigmas emergentes”, cuyos soportes brindan las estructuras de las revoluciones científicas basadas en las cosmovisiones históricas que circunscriben sus condiciones de producción, estatus y entidades instituidas por los “saberes” de su *época*. Esos paradigmas habilitan los reconocimientos, dados por los instrumentos metodológicos y las anteojerías ideológicas de prejuicios y por la naturaleza de los sistemas de validación *epocales*. Desde luego, son dependientes de las posibilidades que les brindan la apertura y cerrazón de los sistemas socioculturales, inequívocamente asociados al “sentido común” propio de su *tiempo*; de allí lo oportuno de destacar al concepto de *crisis*.

El problema es que, de manera constante, se vive en el seno de las *crisis*. La “cuestión” es cómo escapar a las dificultades de discriminación que presentan los problemas *reales* de los fenómenos retóricos creados al “efecto” por el DCN que desborda al SIyC que impiden elucidar

lo esencial de toda Verdad política. Esa Verdad que todavía, en la mayoría de los casos, se desempeña dentro de un contexto banal y declamativo propio, que siempre acompaña a la lógica clientelar de la política. Son estímulos de seducción incentivados para lograr pragmáticos cometidos —la mayoría, creados a tal “efecto”—. Para el caso, el *efectismo* que trasuntan las verborrágicas expresiones con las que satura el expresidente Donald Trump, que no debieran ser subestimadas como se las “condena”, por tratarse de alguien que se desgastó por su mal uso, o por el simple hecho de haber abusado en la instrumentación de sus impiadosos “recursos”.

4. Lugares comunes de la discursividad política del mundo de hoy

Esos “recursos” son la parte testimonial, la parte externa y cosmética del problema. El punto de partida que brindan los “componentes” comunicacionales, la puerta de entrada para un *análisis semiopolítico* certero. Esta lectura desentraña las proyecciones y relaciones *reales* del *poder*, con sus múltiples conexiones, dentro de la complejidad de una sociedad de masas.

Para ello, propongo una articulación de tres dimensiones privilegiadas que, de conjunto, son las que producen “sentido”, generando la posibilidad de la adecuada lectura de *lo ideológico*: la social, la política y la discursiva. Este proceso analítico se encuentra sometido a una racional pesquisa en su potencial capacidad de interpretar a los juicios ponderados, a partir de una rigurosa Razón política comprometida que, también, a su vez, sea prudente y ecuánime. Se trata de un conocimiento producto de una meditación asentada, de una reflexión sensata y equilibrada, esa que únicamente la otorga el discernimiento. Sólo así se forja un “criterio” que supere a los folklorismos, las fábulas y los anecdóticos, que separe “la paja del trigo”.

Tales “recursos” han de estudiarse ahondando en el indagar de las Razones profundas de ese *accionar social y político*. El objetivo es la posibilidad de superar esa sensación de sobresalto inicial que provocan las externalidades creadas por el DCN: esa aptitud de poder ser “instrumentados” políticamente, o esas iniciales primeras impresiones prejuiciosas y superficiales, esas que saben provocar ese uso tan abusivo de tales “recursos” externos. Estas manifestaciones de esta “cobertura” ajena, procuran ocultar lo que expresa su discursividad.

Jean-Claude Anscombe y Oswald Ducrot, con sus *topoi* de la teoría de la argumentación en la lengua, hicieron un aporte interesante, aunque no llegaron a plasmar una definitiva *forma* superadora⁸⁶. Pretendían identificar, por una parte, entre el valor léxico y el

⁸⁶ Jean-Claude Anscombe y Oswald Ducrot, *La argumentación en la lengua*, Madrid, Gredos, 1995.

mundo real y, por la otra, abordar su *significado*, referencial y pragmático, integrado cual que pase a ser un “recurso” argumentativo más de la política. Los enunciados brindan las claves esenciales de por qué “ocurren” *las palabras*, los *significantes*, las *secuencias discursivas*, los encadenamientos del *hablar político* sobre el *mundo real*. Éstas se explican desde las profundas intenciones que produce su “construcción social de la realidad”. Para demostrarlo, se las deben descifrar dilucidando cómo el protagonista recurre a sus principios ideológicos implícitos para seducir con el concepto del “nosotros inclusivo”, de Emile Benveniste, y se transfiera a los prodestinatarios y paradesinatarios de la teoría de la palabra adversativa que nos plantea Verón.

Realizando una construcción arbitraria de tales *representaciones ideológicas*, se produce esa seducción de capturarlo a lo suyo propio, a esa tan interesada intención en “atrapar” a su privativa comunidad lingüística. Para ello se vale de los aquí denominados “recursos”, esos *verosímiles*, como si fueran *una real interpelación veritativa externa al locutor*. Los *topos* se constituyen así, aquellos que se van construyendo a través de *microsistemas argumentativos*, en donde sus conclusiones se representan taxativas, sin necesariamente ser una Verdad ni, mucho menos, una expresión lógica, sino que están ordenadas por ese afán propio de la obligada seducción política, tal como ocurre con el caso que se invoca. Trump construye sus “recursos” de conformidad a su integración para seducir a las audiencias —y vaya si las sedujo—.

Esa lectura inteligente, penetrante, basada en los hechos, las cosas y los procesos, permite elucidar sus estructuras determinantes y el campo empírico de las *acciones* del lenguaje por las cuales, a través de sus discursos, construyen realidades. ¿Cómo se constituye la escena *real*? El analista debe indagar aquello que cobre “sentido” al adquirir significación social, así como brindarle racionalidad política y organicidad —la weberiana relación medios-fines— a esta serie de testimonios externos, fehacientes, de cuyas realidades construidas se desbrozan los exitismos de sus “efectos”. En tal sentido, es preciso identificar las ilusiones que construyen esas consecuentes establecidas relaciones “imaginarias”, para descubrir las estructuras determinantes de tales “efectos”. También cabe explorar esas “causas” sobre las que se basa la construcción de esa realidad discursiva: filtrar las muestras de esas “cáscaras” interesadas de determinada *acción social*, que se saben presentar de manera aislada, en tanto simple “recurso”.

En definitiva, invito a indagar a todo aquello que escudriñe en los “efectos de sentido” provocados, que son los que le garantizan al político sus posibilidades de *éxito* para lograr adentrarse en la estructura profunda generadora de tales procurados efectos de sentido. Tal línea argumentativa se propone satisfacer una noción de “explicación” que pueda ser superable,

desde luego, que aúne los privilegiados tres planos convergentes de lo social (que naturalmente subsuma la dimensión socioeconómica), lo político y lo discursivo, al enlazar sobre un asiento creativo de la Razón que, plegado a una lectura de sus “fundamentos”, sepa brindar el “sentido” profundo de los hechos tal como se presentan. Todos ellos son tamizados por el cedazo del “filtro” semiopolítico, construido para que se procure circunscribir la multicausalidad de los acontecimientos: motivaciones, móviles, principios, orígenes, intereses. Esta tríada de convergencia se sustenta sobre un juicio contenido de tales críticos “recursos” discursivos que accedan a su valoración atada a justicia, equidad, prudencia, cordura, ponderación, tacto.

El *análisis político* sólo será útil si supera la “cáscara” de no quedar atrapado en el hecho aislado y equilibra su capacidad descriptiva para modular, sobre la base de *lo ideológico*, los planos de lo social, lo político y lo discursivo. Sólo logrará significar su profundidad implícita si supera todas estas mayúsculas superficialidades de sus manifestaciones externas, permitiendo la posibilidad de enlazar, de manera concertada y creativa, esa *visión* crítica para lograr la “filtración” de las insignificancias. Para ello, se deben inferir sus implícitos alcances indagando los “fundamentos” de su índole moral e intelectual, para nutrir de su fijada racionalidad — articulación medio-fin— la orientación de esa *acción social* y las consecuencias u ocultos móviles políticos. Parto de una metódica *duda* racional, de congruente “sospecha” guiada por sus evidencias, organizada por un sistema que estructure la pluricausalidad de toda *acción social*, que siempre posee indeterminable cantidad de consecuencias políticas. Sólo así, esos “recursos” dejarán de ser raptos clausurados, excesos retóricos, *lapsus*, y pasarán a estar dispuestos por una estructura cierta generadora de “efectos de sentido”, no de hechos aislados.

5. Reconocimiento y distribución de un nuevo bloque hegemónico: ¿de dónde viene Trump?

Aquí analizo el proceso discursivo en tanto secuencia y fenómeno integral. La clave es atrapar su lógica subyacente que tiene ascendiente circunstancial en la coyuntura política de determinada formación ideológica, cuando su predominio e influencia arrastra a disyunciones esenciales. Así ocurrió con el Brexit, fenómeno que desnuda la esencia de cómo el *neoliberalismo reaccionario*, con su decisionismo táctico, impulsa medidas gravosas, con fuertes restricciones institucionales al incidir sobre temas trascendentes que se derivaron en su ruptura con la UE. La sociología política del conocimiento debe expresar que no resultan ser

ausencia de diplomacia, excesos de énfasis, seducción retórica, locura individual o desvaríos personales, tal cual sugiere ingenua, más bien cómplice, la lectura del periodismo especializado.

En este punto destaco un epifenómeno que expresa el pragmatismo utilitario *epocal* en materia de política comunicativa: Steve Bannon. Denominado “el gurú de la ultraderecha”, fue tapa del prestigioso semanario neoyorquino *Time*, bajo el rótulo de “El Gran Manipulador”. Bannon es un emergente de lo que se entiende por “astucia” en la novedosa comunicación política neoliberal: responsable del primer triunfo de Donald Trump y del ballottage de Jair Bolsonaro en el Brasil. Un símil de lo que en el ambiente local se conoce por “asesor electoral” —tipo el ecuatoriano Jaime Durán Barba—. Bannon es un estratega de “las campañas sucias”; es un experto en instrumentar aquello que los españoles denominan “bulos”. Además, es responsable de idear la noción de “enturbiar” la vida social a través de la tergiversación política, utilizando al “vale todo” para generar una ciénaga o “pozo de barro”.

El análisis semiopolítico de este referente debe procurar discriminar lo que hace aparecer todo confundido, Verdad y “bulo”: mentiras, información tergiversada, verdades a medias, indiscreciones, chismes, falacias, inexactitudes, todas esas cosas que arrastran al *ello* del “gran público”. Es histórica su recomendación de *Flood the zone with shit*; ese “llenar todo de mierda” tiene como resultado ventajas electorales al inundar la escena política con pírricas “superioridades” circunstanciales. Así, para sembrar confusión táctica, imponen un discurso neoliberal, instrumento lo suficientemente versátil como para desplegarse en el DCN.

De esta manera, la cuestión de la hegemonía resulta esencial. Antonio Gramsci plantea que las clases dominantes *no resultan ser (sólo) clases estructurales (sociales), sino funcionales*⁸⁷, que se constituyen para consolidar ideológicamente su “principio de dominación legítima”, en términos de Pierre Bourdieu. La clase hegemónica lleva a lograr su dominancia conquistando un sometimiento consensuado a su punto de vista dentro de buena parte del grueso social. A su vez, logra que tal sometimiento sea visto como una “realidad” patente, traslúcida, o que aparezca de una manera natural para su grueso social, o para el sector que le sea más útil y relevante de influir, cosa de consolidar, así, su ansiada mayoritaria sumisión.

Para establecerse al modo de un “sentido común” masivo, su cosmovisión también permite ser asumida por las *prácticas discursivas* del conjunto de la sociedad. Para ello, este aquí visto “componente” esencial de *lo ideológico* se instituye de manera eficaz procurando

⁸⁷ Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, *América Latina: La Construcción del orden*, ob. cit.

constituirse en algo eficiente, y que esas *prácticas* permanezcan flotando en el *tiempo*. Ellas deben tomar gradientes —los grados de la ideología—, que afectan al conjunto de los “sistemas de creencias”. Se trata de una cosmovisión superadora del mundo, supuesta síntesis de las filosofías previas que ha sabido asimilar a las escuelas filosóficas anteriores. Al ser la filosofía la “piedra angular” de la ideología, este asunto trasciende al grupo social dirigencial *stricto sensu* quien, para orientar al sistema de sociedad, recurre a sus intelectuales orgánicos: el DCN. Ellos colaboran en la trascendental tarea de operacionalizar de manera fáctica la administración de sus conceptos nucleares, dentro de lo que hoy se sabe denominar *práctica discursiva*.

Las maneras de esta práctica discursiva obligan a una diversificación en el seno de la disímil y heterogénea sociedad civil a la búsqueda de consensos. Para ello, la traspasa diagonalmente, al cubrir y brindar satisfacción de coherencia, conexión y adaptación con esa “mirada” oficial-oficiosa que consensua los desempeños sociales del sistema. Hughes Portelli las desagregó en filosofía, sentido común, religión y folklore⁸⁸. A esto se suma su especificidad de tratarse de una constitución material concreta en su medio social de desempeño.

Cada *construcción hegemónica* que procure establecer un “bloque histórico”, deberá hacerlo sobre la base de aceptar determinados “supuestos”. Ellos son el cimiento para lograr una más o menos acabada construcción sociocultural funcional que permita establecer una red de compromisos con futuros “valores”, para que lleguen a ser vistos cuales marcos normativos de un “sentido común” secularizado acerca de qué se debiera entender por lo correcto, lo recto y honrado, respecto de todo aquello que no lo es. Esta *construcción simbólica*, a la salida de la *posguerra*, llevó a que el universo capitalista occidental —el noroeste de Europa, países escandinavos y los EE. UU.— mostrase su propio sistema axiológico, emergente de los valores filosóficos de mitad del siglo XVIII, en derredor del juicio de “mundo libre”, ligado al compromiso de un inédito *aggiornamento*, impensable a inicios del mismo siglo pasado.

En el contexto de la Guerra Fría, se velaba por una inédita apertura de integración social a partir de otra noción de *distribución*, para incorporar la central idea del consumo. Una integración a la realidad social del mundo del trabajo y la producción, así como también a otro concepto nuclear, brindado por la dirección de la tercera generación de la *Frankfurter Schule*,

⁸⁸ Hugues Portelli (1947) nació en Constantina, Argelia. Es miembro del Senado de Francia por el departamento de Val-d'Oise, miembro de la Unión por un Movimiento popular, alcalde de Ermont y profesor de Ciencia Política y Derecho Constitucional en la Universidad Panthéon-Assa. Se lo considera un autor relevante porque ha escrito de manera temprana una interpretación heterodoxa de Antonio Gramsci en su libro *Gramsci y el bloque histórico*, México, Siglo XXI, 2000 (1972).

del discípulo sucesor de Jürgen Habermas, el filósofo y sociólogo alemán Axel Honneth, quien produjo una creativa y novedosa noción del concepto de *reconocimiento*⁸⁹.

La construcción de este inteligente y estratégico marco normativo imaginario, resultó ser una inacabada fuente y el verdadero soporte *real* sobre el que se supo asentar la legitimación del Occidente europeo frente al mundo, sobre la base de estas nociones centrales, las de *distribución* y *reconocimiento* (Nancy Fraser). Conceptos vitales, responsables de articular su *construcción hegemónica estratégica*, esenciales para cualquier arquitectura de un “orden” político. Esos patrones se erigen como válidos para “medir” la “salud democrática” de las sociedades. Verdadera “piedra de toque” sobre los alineamientos desde fines de posguerra, que continúan vigentes a la fecha. Cada *bloque hegemónico* construye su modelo societal, brindándole *verosimilitud* a los “valores” que constituyen su verdadera Razón, trascendiendo cualquier balance menor. La prolongación de este concepto de “medición” nace con doble vara para saber medir a aliados, cómplices, rivales y enemigos, una total verificación discrecional.

Cuando se “rechaza” un *modo* de hacer política, esa *crisis* se “hace carne” al interior de una voz política “subjetiva”, que resulta ser su dramático portavoz. Esta resulta ser la expresión de una crisis sintomática que, cuando se generaliza, es una *crisis* de hegemonía. Aquí planteo que la figura de Donald Trump encarna un modelo de un tipo de crisis hegemónica. ¿Cómo se constituyeron los bloques sociopolíticos que permitieron las posibilidades de su *ascenso*?

La *construcción hegemónica* de posguerra organizó su elaboración “imaginaria” sobre efectivas ilusorias relaciones de estos dos núcleos básicos que le devolvieron a la sociedad una “mirada” especular de la democracia, para nada desimplicada de su carácter social: *distribución* y *reconocimiento*. Una *distribución* sobre cómo entender, y que la sociedad sea inducida a asumir una lógica que actúe con su reclame, como parte de una “justicia” sustantiva, la asignación de bienes y recursos, en particular, el estímulo para generar una superación al ascenso social y compartir una política “racional” en la distribución de los ingresos.

De este modo, se ha inoculado la incipiente postrera noción central del discurso neoliberal de “meritocracia”. En su faz del *reconocimiento*, se establecieron “valores” que se distinguieron como sacrales para ordenar a la diversidad social. Así ha generado una fuerte “identidad” en torno a un orgullo de pertenencia, motivación e integración social, instaurando reconocidas y compartidas jerarquías sociales que consentirán a su común identificación.

⁸⁹ Axel Honneth, *Reificación: Un estudio en la teoría del reconocimiento*, ob. cit.

Los “componentes” sustantivos, de tales “valores” que legitiman la distribución y el reconocimiento, se habrán de constituir en los esenciales ingredientes normativos, que hasta se los pudieran llegar a considerar en los “meritorios”, dentro de la novedosa hegemonía de posguerra. Trump —y su coalición—, no siendo un orgánico del partido republicano, “barrió” a dieciséis competidores en pocas semanas y, pese al desgaste de su figura, continúa siendo un referente vital de su partido. Seguramente le favorecieron su convicción, habilidad comunicativa y locuacidad, sumadas a un concentrado aparato comunicacional con experiencia. Pero lo que aquí se procura desentrañar es cómo, cuando todo parecía indicar la inexorable celebración de una Hillary Clinton triunfadora, todo aquello que se había montado se derrumbó.

Eso fue posible debido a una ruptura, la producida dentro del *bloque hegemónico* previo. Tal fractura desmoronó *vínculos sociales*, la conexión que permitió enlazar al propuesto marco normativo distintivo de *distribución y reconocimiento*. Una serie de cabos sueltos colaboró para generar aprensiones: la desconfianza sobre una mujer política, profesionalizada, sospechable por su frialdad y hermetismo, una figura soberbia, cuya arrogancia y despotismo generaba un vínculo dudoso, o la Fundación Clinton, asociada al “terrorismo” vía las retrógradas monarquías medievales sunnitas. Los analistas de campaña de Trump investigaron, y entendieron cómo determinadas emociones despertaban ira en la candidata; estudiaron cómo estimular su enojo para obligarla a tomar malas decisiones en los debates públicos y televisivos. Trump, con frases preparadas al “efecto”, desataba su irritación, quedando él impávido frente a una reacción que endurecía el rostro de su rival, que se agriaba, perdiendo todo control estratégico en la discusión.

Los enojos de una mujer temperamental fueron sabiamente usufructuados. Trump supo perfilar el carácter psicológico de su rival. Si se analiza, en tal contexto, el señalado descrédito del nexo normativo y la realidad vívida, ello evidencia el grado de crisis hegemónica que vivía esa sociedad, no porque se fuera a derrumbar por una *acción social y política* insurreccional por parte de una de sus minorías. Este fenómeno confirma que el desgaste del “cuadro crítico universal” señalado no es sólo un problema de las realidades locales, sino que se ha asentado de un *modo* firme en el seno de la potencia hegemónica. Sus crisis demandan lecturas incisivas y, dentro de ellas, si Joe Biden puede involucrar una resolución orgánica a tamaño dimensión.

De manera previa al ascenso trumpeano, con su política *neoliberal reaccionaria*, la política norteamericana estaba dominada por un bloque hegemónico, el conservador. Al

ascenso de Bill Clinton (1993), Nancy Fraser lo denominó *neoliberalismo progresista*⁹⁰. La malla de esta trama estaba compuesta, por una parte, por una fuerte coalición social y política, poderosa, nutrida de las principales corrientes dominantes liberales del antirracismo, el multiculturalismo, el ambientalismo y de los derechos de las comunidades LGBTQ+, así como también de un fuerte feminismo, y, por la otra, por el Capital concentrado, los sectores más solventes, los del empresariado de alcance *transnacional* y una hacendosa vanguardia de punta, la avanzada de las industrias simbólicas y los siempre presentes dispositivos financieros: Wall Street, Silicon Valley y Hollywood. La coalición de Clinton, que mancomunaba tan diversos intereses, adosaba una presencia lateral, la del complejo industrial militar, que ocupaba segundo plano, aunque su presencia es un “factor” instituido cual un “actor” permanente: los Balcanes.

Ambos grupos del *liberalismo progresista* poseían el cuadro diagnóstico cierto para que se potencie el sostener en el tiempo tales contruidos “imaginarios” de *distribución y reconocimiento*. Esta coalición apostaba a encadenar la persistencia y continuidad regresiva del programa económico de la *política meritocrática liberal de reconocimiento*. El modelo neoliberal venía señalando límites en materia de profundizar su distribución, razón por la que su *modus operandi* se centraba en independizar de gravámenes las fuerzas motoras del mercado. Ellas serían su nutriente esencial, no siempre visible, las que permitiesen el garantizar vital sustento a la coalición, al restringir su incidencia y, en lo posible, dejar de lado a un grueso de las políticas del Estado, para liberarse de una mayor intervención que implicase el ampliar los manejos fiscales y aumentar el gasto público, sin provocar con ello un quiebre en la sociedad.

Su objetivo central era continuar emancipando a las fuerzas del mercado del agobio de las políticas fiscales de los Estados nacionales, en función de su propósito esencial: persistir en la *liberalización* del mundo, al ritmo de sostener su “desarrollo” tal cual se había hecho hasta ese momento. Me refiero a la continuidad de la política de “la globalización de la economía capitalista”, profundizando su financiarización. Fundado en el gerenciamiento de Ronald Reagan (1981-1989), el modelo se consolidó de manera definitiva. El neoliberalismo abatió la política de posguerra, desalentando las bases de sustentación del modelo anterior, los del *Welfare State*. Lo prueba el papel adjudicado a las élites sindicales, cuya depresión durante este período resultó en su estudiada baja en los niveles y la calidad de vida, una desagregación,

⁹⁰ Nancy Fraser, *¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*, Buenos Aires, Biblioteca del Pensamiento Socialista, Siglo Veintiuno Editores, 2019.

rejerarquización y pérdida del peso específico de la clase obrera que habría de involucrar a vastos sectores: las capas medias bajas, y los técnicos y profesionales urbanos no calificados.

Esta gradual transferencia de recursos del Trabajo al Capital fue denunciada por un inesperado nuevo “actor”: los *Occupy Wall Street*. Ellos impusieron en la “agenda pública” la denuncia de una desmedida concentración en el afamado “1%” de la sociedad, lo que Thomas Piketty analiza en tanto *procesos de desigualación*. Se trata de una institucionalización del apalancamiento por el cual el Capital y los mercados financieros se hicieron visibles en su avasallamiento de la economía industrial y agrícola, la desregulación de la actividad bancaria, la eliminación de las barreras proteccionistas, las acciones estatales que destraben el libre movimiento de los capitales, el apoyo a las políticas de endeudamiento universal que propiciaron la desregulación, y su consecuencia, la pesada “deuda” que nutre la financiarización de la potencia hegemónica, reservada para una gran parte de los países pobres del universo.

Esta política no fue una invención del *bloque neoliberal progresista*. Se asentó sobre la base del indagado *ascenso neoliberal*, ese conjunto de renuencias que provocaron *les trente glorieuses années* o “los años dorados”. La política asumió un plano más operativo, menos teorizante, con una *práctica* fundamentalista que se nutrió de las especulaciones de los maestros Friedrich von Hayek, von Mises y la serie de premios Nobel que inspiraron al “milagro alemán”. Un ejemplo de ello es Reagan, un no tan previsto “gran comunicador”, con sus dramatizaciones y lecturas vía “teleprompter”, sin un conocimiento fundado de lo que estaba hablando; sin embargo, cooptó la atención mediática y construyó sólida “opinión pública”.

Vale recordar que al grupo suizo de Mont Pelerin, del que Milton Friedman era parte, los EE. UU. le sumó la figura de James McGill Buchanan, representante creador de la teoría de la elección pública, que liga la economía con la política a través de las *acciones políticas* del Estado. Desde este enfoque, el Estado es un producto de la suma de voluntades individuales a partir de “la opción racional”, el afamado *rational choice*, concepto que desimanta de toda pureza cualquier *acción política* que enlace instancias de *lo público*.

Corolario de un largo *ciclo* previo, ése que poseyó indudable punto de referencia en la figura de John Fitzgerald Kennedy, más allá de los partidos y del *liberalismo progresista* de posguerra, esa etapa finalizó con la radical intervención de Richard Nixon y la indicada crisis del petróleo. El *tiempo* mostraba señales de agotamiento de una *época* al generar otras condiciones y la apertura de circunstancias para constituir una nueva gramática de lectura. Se consentía un “cambio de paradigma” ante la evidencia de saberse caminando a tientas sobre un

desfiladero. El *derrumbe* de Irán, su sensibilidad doctrinaria en materia de DD. HH., el fallido intento por recuperar a los rehenes de Teherán hicieron de James Earl Carter una figura vulnerable. Así, se abrió una “situación” extraordinaria de *cambio*, cuyos cimientos habían sido plantados por Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski, figuras del salto cualitativo en este proceso de *reaccionarización*. Un alemán y un polaco, con su nítido antagonismo antisoviético, fueron los *reales* “operadores” para la reconversión hacia el *neoliberalismo reaccionario* fundante de este nuevo *ciclo*.

El neoliberalismo sepultó el pensamiento del *ciclo* previo, el del americanismo de posguerra. Así quedó entre bambalinas cualquier futura interpelación en torno al agotamiento que pudiera tener la ajada lectura fundamentalista republicana, caracterizada por sus restricciones y su falta de plasticidad. Una lectura en las antípodas, distante, de los “supuestos” históricos del “New Deal” de Franklin Delano Roosevelt. Por ello, resulta necesario, para la cabal comprensión del *ciclo* completo que desemboca en Trump, partir desde atrás, para subsumir la matriz construida para superar el Jueves Negro del 29 de octubre de 1929 y su encerrona subsecuente: la depresión económica y social mundial. La causa del “crack” no fue sólo el desplome de la Bolsa de New York, ni un problema bancario o financiero. La crisis resultó ser de una magnitud que sembraría inédito pánico al generar condiciones para la postrera depresión integral de los EE. UU. y las relaciones internacionales.

La crisis venía presagiada por el “deterioro de los términos del intercambio”, expresado por la caída de los precios y acuerdos neocoloniales del siglo XIX, aquellos que aprobaron la institucionalización de las naciones independizadas de España. La división internacional del trabajo brindó sustento al *modelo liberal* que, al menguar la devolución de sus pagos a los centros financieros metropolitanos por parte de los países exportadores de bienes primarios, sin advertirlo, hicieron que los ámbitos industriales entraran en grave vulnerabilidad. Dentro de esta trama de desorientación y ausencia de *respuestas* por parte de la rígida ortodoxia de la economía clásica, surgieron los “cien días”, que nutrió la *doctrina de shock* del “New Deal” (1932), formulada por la estudiosa canadiense Naomi Klein, o del neoliberal procurado “caos”, asociada a la concepción de “destrucción creativa” de Joseph Alois Schumpeter. Junto a ello, el aporte doctrinario del intervencionismo del economista escocés Lord John Maynard Keynes firmó la defunción del *ciclo* del *capitalismo de libre competencia* que, por más de medio siglo, había asegurado el despliegue europeo a toda vela.

Este contrato de mediación de la política creó otras condiciones socioculturales para la intervención mediadora entre el Trabajo y el Capital. Otra relación entre sociedad civil y Estado, entre política y economía. Una salida imprevista, creativa, que facilitó superar complejidades mayores, no sólo fórmulas de manual. De esta manera, se abría un período impensado. No sería más sólo “la era del imperialismo”, de la fusión del capital bancario con el industrial y de la emergencia del mundo de las finanzas, ni el lineal choque entre desarrollo de las fuerzas productivas con las relaciones sociales de producción; sino entre políticas prácticas, efectivas, operacionales, con plena incidencia en la *cotidianeidad*.

Lo mundano resultó ser un *dispositivo* esencial para adjudicarle “valor” efectivo a los “componentes” socioculturales. No sería más ese contexto externo, ni la consecuencia directa de los “factores” de la infraestructura. Tampoco sería el producto de una sumisión relativa, a partir de una “determinación en última instancia”, o los “componentes” de una difusa “sobredeterminación”, que asentía plasmar la “lectura” de aquello que no se logra “ver”.

Lo “estructural” exigía una apertura imposible de predecir para una política rígida o doctrinal. Se presentaban realidades cuya “complejidad” exponían estar atadas a un naciente y problemático *nudo borromeo*, inescrutable. Tal desafío requería multiplicar la apuesta para un desprejuiciado método materialista, producto de la interdependencia de “factores” y “componentes”, si se pretende realizar “un análisis concreto de la realidad concreta”. En este contexto radical de realidades inadvertidas y enigmáticas, cayó la segunda República española, se consolidó el fascismo en Italia y emergió una figura de las audacias de los iniciales *freikorps* que se coronó en un Adolf Hitler. También se desnudaron las inconsistencias de los Neville Chamberlain, Daladier y Wilson, de la Sociedad de las Naciones, la de la “política del apaciguamiento”, y el suicida y concesivo “Pacto de Múnich” (1938). Nada volvería a ofrecer ínsita pureza.

Roosevelt fue quien, cual “canciller de Hierro”, reorientó la *acción política* hacia y desde la base de la sociedad. Exigió la creación de nuevas *mediaciones* con una fórmula original: los antagonismos, otrora enraizados, debían repensarse, y a los gobernantes se les exigiría mayores niveles de astucia y creatividad. Todo aquel *ciclo* se lo debiera entender cuál un “proceso de acumulación originaria” para el postrero, y hoy renegado, período del Estado social. Los análisis soslayan coligar su asociación con el desenlace de la Segunda Guerra Mundial y su posterior contexto de la Guerra Fría. Existe una acomodación a los hechos, adjudicándole ingenuo innatismo a los “actores”. Se fomenta así una “imaginaria” *construcción*

ideológica que obvia tamizar aquello a lo que los científicos sociales debieran someterse. La cita teórica madre del análisis del discurso: “*texto en contexto*”.

Siempre resulta más cómodo alinearse dentro de las preconstituidas *construcciones ideológicas* dicotómicas y polarizantes: “libres” y “esclavos”, “imperialistas” y “comunistas”, “democracia” y “totalitarismo”. Mucho más cuando se conoce o intuye el desenlace de un *winner*, y se olvida de las zozobras que provocaron los momentos en los que la condición crítica hizo temblar todas las certezas. El ascenso fascista influyó al “Estado Novo” del primer Getulio Vargas; la “Carta del Lavoro” (1927), a Juan Domingo Perón. ¿Qué “huellas” pueden encontrarse en esa acta de defunción del Estado liberal, firmada por Roosevelt, en los libretos que Steve Bannon le preparó a Trump?

6. Un nuevo maridaje para el neoliberalismo “progresista”

Sobre la base de una selección de acontecimientos hecha por O. Stone y P. Kuznick⁹¹, la transformación del período bajo la muñeca de Roosevelt puede ser interpretada como un esfuerzo desde una comprensión liberal, pero con un compromiso social asociable a una izquierda. Algo irreconocible para los dos partidos mayoritarios norteamericanos con sus cosmovisiones desde el hoy. Michael Harrington⁹² realiza una exégesis de Roosevelt, a quien le adjudica el haber modelado la sagaz creación de una propuesta extensa, amplia y ventilada, que renovó la base social de un PD de derecha, con un fuerte asiento en el Sur.

Roosevelt evaluó cómo se había constituido la evolución política y social norteamericana. Procuró, antes que su potencial *radicalización*, desideologizarla de las corrientes históricas, principalmente de las europeas. Proyectó influir en la representación política y social cuando todavía, para aquellos años, la izquierda cultural poseía un peso significativo: Woody Guthrie, Paul Robeson, Pete Seeger, Ernest Hemingway, Arthur Miller, entre tantos otros. A estos nombres se suman las simpatías de izquierda que tenían los autores, productores y artistas de Hollywood que, luego, serían perseguidos por el macartismo. Supo “leer” los conflictos raciales, pero sobre todo los sociales, realizando un esfuerzo por neutralizar su potencial *radicalización* hacia el anarquismo, el socialismo y el comunismo. Aún estaban presentes las luchas por el 1 de Mayo, con los mártires de Chicago –único país que lo celebra

⁹¹ Oliver Stone y Peter Kuznick, *Historia no oficial de Estados Unidos*, Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 2015 (2012).

⁹² Michael Harrington, *Socialismo*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1978 (1972).

allí, el primer lunes de septiembre—; la masacre por el encierro y la quema de 146 obreros en la fábrica de camisas Triangle Shirtwaist de New York City, del 8 marzo de 1911 —por la cual se conmemora el Día de la mujer—; y la ejecución en la silla eléctrica de Sacco y Vanzetti (1927).

Complementando esta interpretación de Harrington, el sociólogo Charles Wright Mills⁹³ confiere al *poder* la creación de un “aparato de inteligencia pública” (*public intelligence apparatus*), que concretó la codirección de la sociedad bajo tres élites históricas: la económica, la política y la militar. Con esta lectura de Wright Mills, Roosevelt realiza una maniobra de anticipación y cooptación de cualquier *radicalidad* al hacerles copartícipes del *poder* de entonces. Para que se tome conciencia de la magnitud de lo que destacó, el jefe del Partido Comunista de los EE. UU., Earl Browder, de gran influencia durante el período previo en la Gran Depresión, apoyó el “New Deal”, pero exigía su *radicalización*. Siendo pionero en una propuesta de “coexistencia pacífica” entre los diferentes regímenes políticos, llegó a especular con la disolución partidaria fusionándola con el PD.

Una tercera interpretación corresponde al maestro de la Ciencia Política norteamericana Sheldon Wolin, quien⁹⁴ evalúa la crisis aquí analizada, que se corona con el ascenso de Trump y las que habrían de seguir a su sucesión. Wolin, severo, realiza un análisis crítico del sistema presidencialista norteamericano. Le adjudica su decadencia a la figura de George W. Bush Jr. Respecto del sistema político e institucional, destaca como el último presidente libre de ataduras y de pleno *poder político* justamente a Roosevelt, por fuera de las influencias del Estado profundo, realizando la salvedad de su mutismo y su conciliación, al no responder con su silencio a la defenestración de la candidatura de su vice H. Wallace.

La salida de la Gran Depresión de los años treinta fue el producto del ingenio y perspicacia de Roosevelt con su “New Deal”. Un acto revolucionario, por su audaz ampliación de los derechos sociales, del que fue heredera una Nueva Izquierda, “desideologizada”, por fuera del anclaje internacional, con los movimientos por los derechos civiles y los movimientos sociales que concibió a la izquierda progresista del *ciclo* de posguerra.

Esta irrupción de los movimientos sociales que dieron un giro a la izquierda devino en magnicidios y “ajustes de cuenta”, para que los “factores” *reales* brindasen señales directas de

⁹³ Charles Wright Mills, *La elite del Poder*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1956 (1957).

⁹⁴ Sheldon S. Wolin, *Democracia S. A.: La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Buenos Aires, Katz Editores, Conocimiento, 2008.

disciplinamiento, es decir, colocar límites a lo que el *grupo de poder* decide imponer: JFK, Robert Kennedy, Malcolm X, Martin Luther King, y cabría la tentación de Marilyn Monroe, aunque su muerte haya sido por Razones de promiscuidad distintas del Servicio Secreto.

Para forjar mejores condiciones y que el futuro proyecto neoliberal triunfase, se debía ganar en incidencia, generando expectativas solventes, diferentes de la aureola conservadora que inicialmente supo brindarle el originario Mont Pelerin. El grupo suizo cumplió una etapa doctrinaria, desarrolló su carácter *reaccionario*, reactivo al “orden de las cosas” con que la política “socialista” amenazaba. Pero con las políticas del Estado, se debía elaborar un mensaje más claro y atractivo. Contundente, energético, ganador; además, debía ser con una voz universal socarrona, decidida y prepotente.

Así aparecieron políticos como Ronald Reagan y Barry Goldwater, sumados a sus adinerados apoyos, aquellos que, desde atrás, fraguaron el *cambio*, como los hermanos Koch, Charles y David, dueños del conglomerado industrial más significativo de los EE. UU., sólo superados en su fortuna por Bill Gates y Warren Buffet. Más tarde lo serían Goldman Sachs y Georgy Soros, cuando la *era* de Bill Clinton, que confluyeron con esta *radicalización del ascenso neoliberal*. La misma asunción de Margaret Thatcher en Gran Bretaña y de Helmut Kohl en Alemania, aportan esa impresión de “fin de ciclo”, de un irrefrenable avance de la cosmovisión neoliberal.

Todo ello ocurrió frente a una Unión Soviética con problemas de abastecimiento, alimentarios, cercada por sanciones económicas, y el debate interno de una élite desconcertada con severas trabas entre “halcones” y “palomas”, que se hizo evidente tras la muerte de Leonid Brezhnev. La búsqueda entre una descompresión interna y sostener la ortodoxia implicó giros radicales en pocos años: Yuri Andrópov, Konstantín Chernenko, y el definitivo desenlace bajo la figura de Mijaíl Gorbachov, con sus propuestas de *Glásnost* y *Perestroika*, una mala traducción del Estado social, que descentrarían toda posibilidad de competitividad mayor en la disputa por la “emulación pacífica” con la otra potencia, con su definitiva defunción bajo la primacía de Boris Yeltsin, aquel exsecretario general del PC Ruso.

El paso de su supremacía militar a la bravata reaganiana de las *Star Wars* recalentó el clima de precariedad en la conducción soviética que, de continuar su compulsión, comprometería no menos de la mitad de su presupuesto en materia de seguridad, defensa y carrera armamentista que, sumado a la ciénaga de Afganistán (1978-1992), presentaba signos de caída libre y trabas para sostener el frente interno, amén de los reclamos por espacios más ventilados que abrieran

las cerrazones de su modelo social. La década de los ochenta llevó a una grave encerrona, al demandar la “toma de decisiones” no resueltas en tiempos prudentes, que hicieron manifiesta su decadencia y el declive de la voluntad de lucha, con una población no dispuesta a sostener la compulsa.

En tal contexto de “fuegos cruzados”, el *ascenso neoliberal* se supo mostrar “ganador” e invicto en la compulsa Este-Oeste. Sin embargo, la concepción de base republicana, con su rigidez retórica fundamentalista, era considerada frágil para su frente interno. La derecha neoliberal difícilmente pudiera continuar exitosa y sostenida en el tiempo, sobre todo al estar asociada sólo a una figura presidencial triunfante, magnánima y plenamente política, pero con peligrosas limitaciones de sucesión.

George H. W. Bush senior no era carismático. Poseía restricciones de imagen en cuanto gracia, donaire y ausencia de una personalidad atractiva. Su desempeño público más relevante fue el haber sido director de la CIA para el exitoso período en cuestión. Sólo fue congresista y embajador sin tareas ejecutivas. Pese a sus triunfos, era vulnerable, en un país donde las “promesas” pudieran hacer agua frente a la tradición del pensamiento de posguerra y espíritu del “New Deal”, por un progreso de las ideas de la “ampliación de los derechos” y una izquierda radical de los sesenta todavía vigente. Todo ello le exigía un *aggiornamento* al discurso neoliberal. Pero, como tampoco las condiciones materiales podrían extenderse sin hipotecar sus objetivos de priorizar al Capital, debía realizar una ampliación ideológica que brindase satisfacción a las aspiraciones emancipatorias no ligadas al plano económico.

De esta manera, irrumpió en el PD la figura de un matrimonio *progresista*, que le hizo guiños de reconocimiento a delicados temas pendientes de actualización. Se trató de una línea de reclutamiento programático más amplia, procurando integrar diversidades de fuera del proyecto inicial: comunidad homosexual, feminismo, una lectura más concesiva, tolerante y plural en materia racial, aceptar el multiculturalismo y las reivindicaciones ecológicas. Sin embargo, eran promesas vanas, enfatizando grandilocuencias que jamás cumplirían, al *modo* que en estas tierras criollas lo supo hacer —para la misma época— Carlos Saúl Menem, forjando culto de “imprudente” transgresión ceremonial y distractiva, con su “revolución productiva” y su “salariazo”.

Las restricciones en materia económica exigían la necesidad de un *cambio* fisonómico. Un baño cosmético, una permuta de estuche. Algo que permitiera mostrarse *progresistas*, generar entusiasmo en una sociedad contradictoria: que mezcla demandas de justicia sustantiva

pendientes del “New Deal” o los iniciales sesenta, con JFK, pero, también, alineada a una superioridad chauvinista de gran potencia, alimentada desde la doctrina Monroe, el augurado “destino manifiesto” y la promesa de cumplir el “sueño americano”.

Cuando sugiero que los *neoliberales progresistas* no fueron los responsables de esta política, pretendo significar que, para aquel momento, esta fuerza potente, el neoliberalismo, no había sedimentado aún. No estaba afianzado a nivel de masas, menos aún a escala mundial. Todavía no había logrado la unanimidad ni se había consolidado cual un “bloque histórico” orgánico; aunque sí había logrado —algo no menor— su hegemonía.

El naciente discurso neoliberal llevaba en su seno las congénitas “huellas” de la confrontación estratégica e ideológica de su *época*. Un nítido giro anticomunista y una formación reactiva frente a cualquier instancia de asociación colectiva eran los límites para sus posibilidades de socialización. También poseía restricciones estructurales: cómo sostener con entusiasmo sobrellevar una nueva etapa, cuando la distribución auspiciada por el *ciclo* anterior “de repartir” poseyera límites. Por su parte, la resocialización llevada adelante por la cosmología del fundamentalismo republicano resultaba incapaz de suscitar entusiasmos más allá de sus fieles seguidores —cuando sus figuras devienen en personas mayores superadas por el tiempo—.

La procurada resocialización debía resultar una siembra de expectativas positivas. Un encadenamiento que, con su *efecto dominó*, generase una dinámica de *cambios* que no se restringiera a la cosmovisión de una derecha alineada. La Inglaterra de Thatcher también demandó recambio. En la España del “Isidoro” de la clandestinidad, vía los “Pactos de La Moncloa”, emergió un confiable Felipe González. Cuando los prometidos programas radicales de François Mitterrand se deshicieron, junto a la vieja guardia golpeada, sus líneas volvieron sobre sus pasos para el ejercicio de un gobierno “responsable”.

Anthony Giddens orienta un replanteo del grueso de los “supuestos” del Labour Party británico, adaptando condiciones para “el nuevo laborismo” por medio de la “tercera vía”⁹⁵. Ésta reestructura al viejo partido de los proletarios, el más antiguo de la clase obrera en la

⁹⁵ Anthony Giddens (1938) es el más destacado sociólogo inglés de la vida contemporánea; especialista en teoría sistemática, se ha destacado como el creador de la teoría de la estructuración, con una “mirada” holística de las sociedades modernas. Fue un renovador de la socialdemocracia al crear su teoría de la Tercera Vía, que inspiró a la transformación del Labour Party en la renovación desplegada por el exministro Tony Blair. Junto a John Maynard Keynes, resultan ser los teóricos británicos más reconocidos. Destaco, en particular, *La tercera vía: La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus, 1999.

sociedad más estratificada y poco reconciliada de Occidente, transformándolo por una orientación sesgada hacia la clase media progresista, técnicos y profesionales con la figura de Tony Blair. El *cambio de época* orada las brújulas que orientaban hacia un destino, e imanta.

Sin embargo, bajo el *clima epocal*, postrero de la Guerra Fría, la realidad se presentaba equívoca. Pink Floyd, una de las bandas más politizadas del universo del rock, en sus dos grupos, Roger Waters y David Gilmore y sobrevivientes, en distintas fechas, celebraron el aniversario de la caída del Muro de Berlín. Por ese mismo momento, McDonald's inauguró una sucursal en Moscú frente a cinco mil consumidores, una continuidad lineal de la compra de jeans en *época* de *glasnost* o de toallas con las banderas norteamericanas en las playas cubanas.

Y entonces se encontró al matrimonio. Los personajes que cumplirían la tarea de coronar, desde otras posiciones, el definitivo triunfo del neoliberalismo. La publicidad decía “compre uno y llévase dos”, u “otro gratis”: Bill y Hillary Clinton, propagandizados, al modo de su *época*, una publicidad mercantil de “superoferta”. Todavía se recuerda a su vicepresidente, Al Gore, luego de su tramposa derrota, brindando conferencias, cual maratón por el mundo, sobre el tema del “cambio climático”. Esta relectura adocenaba, mitigando o especulando variantes atenuadas, las versiones originarias del *neoliberalismo reaccionario*. En cuanto al feminismo, por ejemplo, se lo sumó como producto al discurso neoliberal y, por ende, se lo alejó de su inicial contundente versión de compromiso radical, con su *visión* asociada a la cuestión social de la comunidad. Así, aún hasta hoy, se lo resocializa mediante pautas individualistas, afines a la ideología del neoliberalismo *epocal*: la ruptura del “techo de cristal”, la lectura corporativa, las mujeres en cargos ejecutivos, las CEO de empresas y corporaciones, etc. De este modo, se abdica de cualquier inicial asociación con la señalada cuestión social.

7. Minneapolis, la “piedra de toque” que quizás se haga cenizas

Por condiciones estructurales, cultura y construcción histórica, los EE. UU. tienden a asentarse sobre una sociogénesis firme, los “factores” de socialización propios del individualismo anglosajón. También poseen características y atributos que asumen tendencias impositivas intolerantes. Evidencian una predisposición a resolver “situaciones” sobre la fricción desde “posiciones” personales, tal el ejemplo de la Segunda Enmienda constitucional, donde sectores de la sociedad logran sostener la posibilidad de poseer y portar armas. La más militarizada del orbe: trescientos millones de armas en la sociedad civil. A su vez, detentan un relacionamiento social que arrastra a una *radicalidad* que polariza de manera binaria y los lleva

al extremo. Esta “situación” suele dejar, por *ciclos* y en momentos críticos, vacante a una masa social flotante a disposición, que emerge de manera reactiva: una suerte de negatividad inflamable, reacia, opositiva, que se anima al rechazo y al enfrentamiento. Desobediente, repulsiva del de enfrente, que brota dura frente a las condiciones críticas, cuestiones sociales, raciales o —lo dicho—, la injusticia sustantiva.

Eugene Debs, cinco veces candidato a presidente, se supo al frente de un movimiento obrero que enarbolaba la bandera del socialismo, y movilizó a una amplia coalición de la Costa Este con los restos del populismo agrario del Medio Oeste. Socialista, tuvo el mayor caudal electoral en elecciones presidenciales: para 1912, el 6% de los votos. La izquierda en los EE. UU., salvo esa señalada experiencia de la Nueva Izquierda de los años sesenta y setenta, y el breve período previo del PC de Browder durante la Gran depresión, costosamente tuvo vigencia y una presencia estable y significativa a nivel de masas como fuerza “subjetiva”. A ello se les pueden agregar algunos momentos fuertes, por liderazgos circunstanciales: Stokely Carmichael, Malcolm X, Martin Luther King, Barbara Garson, Abbie Hoffman, Angela Davis, de las señaladas protestas por los derechos civiles de los sesenta, más que por una interpelación plenamente política o de clase. Si a ello se les agrega el tronchado radicalismo obrero de los años treinta, al que dio respuesta Roosevelt, la izquierda nunca poseyó estructura orgánica; sólo emergía por las “cuestiones” sociales y con intermitencias. Trabajosamente superó a los *red scares* —el terrorismo de los “pánicos rojos” de la histórica derecha violenta multiforme a fines de la Gran Guerra—, como del terrorismo ideológico del macartismo, centrado en Hollywood, artistas e intelectuales.

La izquierda resurgió, ambigua y licuadamente, para sorpresa de muchos, procurando *respuestas* bajo el contexto de la crisis del 2008. A partir de esa fecha, comenzó un proceso de “acumulación de fuerzas”: difuso, reivindicativo, a partir de reclamos de base, sociales, civiles, de derechos humanos, o sobre el sistema carcelario y represivo. A esto se sumó una sorpresiva *respuesta* masiva a la primera candidatura de Bernie Sanders (2015), quien enarbolaba las banderas de un socialismo democrático al interior del PD. Así se produjo una suerte de renacimiento ideológico sobre una movilización social dentro de lo que puede “leerse” la heredera de los patrones culturales de esa histórica izquierda contestataria de protesta.

A partir de los *Occupy Wall Street*, las protestas de Charlottesville en Virginia, el *Black Lives Matter*, o las reacciones locales frente a estragos o abusos policiales en Minneapolis, se produjo una escalada no prevista de movimientos que forman parte de las crónicas históricas

derrotas de la vieja izquierda norteamericana. Si se le suma lo que esa sociedad tan particular genera, cada tanto y por lapsos, se forjan espontáneas “situaciones” de ingobernabilidad, sin una nítida condición “subjetiva”, difíciles de dominar. Lo extraño es que se producen, de vez en cuando, pero son fehacientes. Esta serie de encadenamientos imprevisibles generaron un *efecto dominó* a partir de la imprevista e impensada masificación a un grave incidente, multiplicado por la televisión y las redes sociales: el asesinato de George Floyd.

Ese “gigante amable”, que decía “no puedo respirar...”, se había quedado sin empleo debido al coronavirus. Su asesinato desató una oleada de protestas que abarcó a más de doscientas cincuenta ciudades de los EE. UU. En su momento, el entonces presidente Trump envió tropas federales para reprimir las protestas vigentes en Portland y Seattle. Un afroamericano de 46 años fue asesinado por el consabido abuso policial, el que se ve en las series de televisión y en las películas. Había perdido su trabajo de portero en un bar latino, había estado preso por robo y tenía una hija de seis años en Houston, Texas, donde había nacido. También había sido, en su secundaria, un prometedor jugador de básquet y fútbol americano. Sin duda, fue “la gota que rebasó el vaso”, las mismas circunstancias de tantos otros, y por ello se convirtió en un ejemplo de la “situación” política y social que, de largo, asola a los EE. UU.

De vuelta al ascenso *neoliberal progresista*, cada tanto sabe regresar el “supuesto” de la Norteamérica blanca, la *supremacista*, la WASP, que, bajo contextos críticos, responde con “negociemos”. Esta sigla condensa, a modo de epítome, la abreviatura de *White Anglo-Saxon Protestant*. Los postulados igualitarios de “los treinta años gloriosos” se travisten en la “igualdad de oportunidades”. El ascenso de Bill Clinton no fue más que una expresión por reinstaurar una reformulación meritocrática. Vale decir que, en lo central, las nociones de supuesta “avanzada”, en el fondo, no modificaron nada de lo esencial de la histórica y dominante jerarquización social de la primacía WASP.

Esta nueva semantización para una política cosmética habilita restringido ascenso social en materia de mujeres, personalidades profesionales de color y minorías sexuales que lleguen a ser “productos” masivos —Whitney Houston, Michael Jackson, Michael Jordan, afamados *quarterbacks* multicolores, beisbolistas latinos y demás—, basados en una concepción individualista, cuya noción es promover a quienes posean los “méritos” suficientes y tengan posibilidades de sobresalir. Una ampliada política de reconocimiento que no altera, en lo esencial, nada de los conservadores conceptos *reaccionarios* que, de fondo, resultan centrales para ordenar la sociedad. Un ejemplo nítido de este diálogo y conciliación con el “imaginario”

del *poder* resultó ser el incidente del “humo” del cigarrillo de marihuana y la ronda de Bill Clinton⁹⁶. Gráfica muestra de la genuflexión y el travestismo de los “supuestos” *progresistas* frente al *poder real* y de cómo aleccionan con su proyección a la sociedad.

Con todo, la política de reconocimiento entusiasmó, resultó efectiva. Además, si existiera algún hecho que sobrepasara los límites tolerables, el *poder* siempre tendrá un vestido azul (demócrata) y una Mónica Lewinsky para disciplinar. En los hechos Bill Clinton y el PD sumaron “opinión pública”, seduciendo al anexar parte del *progresismo* al *bloque neoliberal*, pero si ese progresismo realmente hubiese calado hondo en esa sociedad, ¿cómo se explicaría el postrero asesinato de Floyd mediante prácticas anquilosadas?

La lectura que aquí propongo sostiene que el *progresismo* fue marginal en aquel proceso. Se consagraron dosis homeopáticas cual hálito de supuesta “emancipación”. Pero resultó indispensable para la consolidación de un *mito* que robustecía la imagen de una activa gestión *progresista*, colocando en la “agenda pública” temáticas históricas para esa sociedad conservadora. Sin embargo, cuando se constituyó la “agenda pública” *real*, en lo sustancial, lo dicho: “gato por liebre”.

Se apartó del siempre núcleo central republicano concentrado en el Medio Oriente e Israel, pero violó la Carta Orgánica de la Organización de las Naciones Unidas con los bombardeos a Yugoslavia (1999), velados “crímenes de guerra”. Una “guerra” no declarada, esta vez, porque para la próxima, con el PR, ni siquiera fue “necesaria” la ONU para invadir Iraq y Afganistán. Bastó la simple mayoría de la OTAN. Frente a la República de Serbia, cuando la Guerra de Kosovo, ocurrió algo similar. Los ejemplos sobran: el conflicto interno entre Ucrania y su territorio del Este, la ocupación militar rusa de la península de Crimea y el histórico puerto de Sebastopol.

En definitiva, posguerra, Guerra Fría, derrumbe del Muro, nuevas configuraciones hegemónicas... Frente a la redacción de estas líneas, mañana no se sabe siquiera qué peso tenga el caso de George Floyd, ocurrido en Minneapolis, estado de Minnesota, o si se recuerde, habida cuenta de la liviandad de los “registros” y la fluidez de las condiciones de reconocimiento *epocales*. Sin embargo, este incidente sacó a la luz constitutivas “cuestiones” pendientes de larga data en Estados Unidos, como la violencia policial sistémica, el aumento del costo de la

⁹⁶ En la campaña electoral de 1992 Clinton dijo que había probado la marihuana una o dos veces cuando estaba estudiando en Inglaterra, pero que no le gustó: “nunca inhalé y nunca intenté inhalar otra vez”.

vida, la disminución de las ayudas sociales, el establecimiento de un punitivo sistema penal carcelario para minorías raciales y sociales. Por ello, lo planteo como una “piedra de toque” de la semiopolítica del americanismo.

8. “Es la economía, estúpido”: la disputa por el reconocimiento y la distribución

Bill Clinton poseía un equipo soporte para profundizar su línea política. Consciente de que tocar el tema económico del *nuevo bloque histórico* resultaría delicado, arrinconó a un impotente Bush Sr. con su marquetinera descalificación solapada: “(Es) la economía, estúpido...”, destrozando a un candidato que llevaba tras de sí sus triunfos en la Guerra Fría y el Golfo Pérsico, amén de un 90% de aceptación a su gestión. Las habilidades de los equipos de campaña, encuestas, toda esa parafernalia de las nuevas condiciones para la política, triunfaron en su proyección massmediática. Un estratega de campaña, James Carville, ideó una frase que se supo popularizar, cuya gramática fue reutilizada en un sinfín de “posiciones”. Clinton respondió, dadas las excepcionales ventajas que para 1992 poseía el candidato republicano, centrándose en *la cotidianidad* y en las necesidades inmediatas ciudadanas. Así Carville pegó un cartel en las oficinas centrales con estos tres puntos: 1) Cambio vs. más de lo mismo, 2) *La economía, estúpido*, 3) No olvidar el sistema de salud.

Si bien el ayuda-memoria era un simple bando, al modo de como los policías pegan en la pared antecedentes a la búsqueda de un criminal o asesino serial, la frase se potenció cual imprevisto reguero. Este eslogan que distinguió toda la campaña presidencial de Clinton fue definitorio para alterar las “relaciones de fuerza” y derrotar a Bush Sr. De manera inmediata, el dicho se instaló en la cultura política norteamericana y pasó a ser una muletilla secularizada en todos los niveles de la vida social.

Al conquistar la hegemonía, el nuevo bloque *progresista neoliberal* recuperaba las banderas pendientes de resolución de los *ciclos* previos: reagrupar parte de la vieja coalición social del “New Deal” y reorientarla. Reactivar “cuestiones”, así como adormecer y disolver otras, en la medida en que fueran un obstáculo para el “logro” de sus objetivos estratégicos. De allí, debía mantener una tradición, pero, más importante aún, tomar distancia o reconvertir a los trabajadores sindicalizados que habían sido núcleo vital de los proyectos históricos de Roosevelt y JFK: inmigrantes, afrodescendientes, clases medias urbanas, empleados rasos, comerciantes mercantiles menores y de los sectores manufactureros de las viejas pequeñas

industrias, durante la primacía industrial metalmecánica y automotriz de posguerra. Así se reestructuraría de raíz su más fresca propuesta programática electoral.

El *neoliberalismo progresista* debía vencer al original, al *reaccionario*, y debía hacerlo, en su faceta visible, su rival histórico: el PR. Quienes saquen conclusiones de la realidad, de su estudiada rivalidad retórica y televisiva, en los hechos, el Grand Old Party (GOP) resulta, en principio más coherente que el *neoliberalismo progresista* del PD.

Ahora bien, poseían en común su proyecto económico, con similares beneficiarios estratégicos. Claro que existía un *modo* diferenciado para concebir la realidad, sobre todo, en los rubros señalados y en los ejes organizadores de la realidad discursiva en materia de *distribución y reconocimiento*. Esos que brindan contención normativa respecto del “sentido común” dominante de la sociedad, que determine con sencillez lo correcto respecto de lo que no lo es. También poseían en común su política de distribución, modelo que no sólo debiera funcionar para los EE. UU., sino que correspondía que fuera un punto de referencia universal.

Sin embargo, los diferenciaba su política de reconocimiento. Aunque anunciaban una línea retórica de trabajo —por ejemplo, comunicaban estímulos audaces para la promoción de pequeñas y medianas empresas (las Pymes argentinas), disponían de auxilio financiero e impulso para su reconversión tecnológica—, en la *práctica* esa prometida *acción* estratégica de protección se dirigía con mayor énfasis al mundo de las finanzas, al complejo industrial militar y a la industria de producción energética extractiva. Así, el sector concentrado de la economía tenía, en lo nuclear, asegurada su continuidad dentro del proyecto neoliberal.

En el “imaginario” se mostraba una disyuntiva de diferenciada “posición”. Una línea retórica más radical, pero, a su vez, una extensión social más amplia y modernizante. Eran los disímiles ejes en el manejo de los reconocimientos del SIyC: la política de migraciones, su oposición a los ideales cristianos evangélicos, en su amplia gama de fundamentalismos en materia de “razas”, la concepción patriarcal inmovilista de la sociedad e irreductible homofobia, amén del abordaje sobre cómo encarar la cuestión étnica nacional.

La tradición WASP continúa siendo nuclear. Los cristianos protestantes, los orgánicos o los televisivos, los blancos sureños, los hombres del campo y los segmentos sociales más bajos de la población, como la clase obrera blanca del denominado Cinturón del Óxido, y las crecidas urbes de la zona de los grandes lagos y el noreste de su histórico proyecto automotriz y metalmecánico de posguerra, para inicios de los noventa, con el ascenso del rap y el hip-hop

pasaron a denominarse *white trash*, un forzado punto de confluencia con el proyecto del PD. En este panorama, debían cohabitar de manera subordinada a los nuevos emergentes de otro inesperado fanatismo: los economistas libertarios —a lo Miguel Boggiano y Javier Milei—, fruto de la radicalización economicista y los protagonistas de otro “actor” emergido: el Tea Party.

Pero no sólo eso. A este “cuadro de situación” se habrán de sumar otros “actores”: la Cámara de Comercio y sus exigencias de trastienda, en tanto iniciales mentores, los financistas del “gran salto adelante” neoliberal —los citados hermanos Koch—. También la élite bancaria en ascenso, los monopolios inmobiliarios y la industria energética de viejo tipo y de las novedades tecnológicas —como la eólica—, amén de los “fondos buitres”, inescrupulosos capitalistas de alto riesgo, los inversores de los fondos de cobertura, los privados previsionales, y de otra naciente industria: la del sistema punitivo que trasciende el universo carcelario.

El debate sobre el “impuesto a los ricos” —histórico capital simbólico del PD— fue una “ceremonia” más en materia de las históricamente construidas discusiones entre ambas partes. Se realizó con vocinglería, pero nunca se coronó. Ambos declararon un “dogma” común: ser una sociedad que adscribe al “libre comercio”. También, ambos auspician la “disminución de la presión fiscal” a las grandes corporaciones, con la debida flexibilización laboral que libere a su albedrío el desarrollo de las fuerzas productivas. Ambos prometieron privilegiar a los núcleos que supieron sostener al sistema: los accionistas, una escala salarial privilegiada y de excelencia para los CEO y ejecutivos, los protagonistas que implementan su gerenciamiento. Toda esta transformación de modernización, que procura la auspiciada eficiencia, apoya sin disimulos la desregulación financiera para los EE. UU. y, por añadidura, para el resto del mundo.

Los dos partidos invocaron a la “unidad política e institucional”, encauzados dentro de “los grandes ideales” que suscribieron la brújula de los EE. UU. Es cierto que presentan una lectura distintiva sobre la restricción de los derechos sociales y una diferenciación en sus retóricas del *reconocimiento*, más aún, en su manera de comunicar a partir de sus interpretaciones propagandísticas y publicitarias en materia de la *distribución*. Un ejemplo de ello fue el “golpe de efecto” de la campaña electoral de Clinton con su señalado “(ES) la economía, estúpido”. En tal compulsión, a partir de sus habilidades para “encubrir”, el PD ganó la batalla. Pero la concretó a un inadvertido alto costo: “soltarle la mano” a buena parte de su histórica base social. Las industrias emergentes de posguerra venían en dramática pendiente por su falta de competitividad, sobre todo, a partir del auspiciado “libre comercio” propio de la

economía de “la globalización tardocapitalista”, con su apertura poco discriminada de las fronteras y su alta competencia con instancias de mayor valor agregado y menores costos. Durante los casi últimos cuarenta años, bajo el pretexto de la “eficiencia” y la lógica mercantil, las cadenas de suministros de la producción de bienes se descentralizaron en las grandes potencias occidentales —excepto Alemania—. Bill Clinton fue el auspiciante de profundizar este ciclo. El señalado tránsito de las *multinacionales* a las *transnacionales* es un indicador de esta orientación rígida e instrumental, la de orientarse hacia los países y regiones en donde los salarios fuesen más bajos, los derechos laborales se encuentren lo más ausente posibles y los impuestos se hallen reducidos a su mínima expresión y posean fácil transgresión.

Esta novedosa “situación” reestructura la relación centro-periferia. Lleva a que se presenten implacables la mundialización de los eslabones de las actividades productivas, convirtiendo en los hechos a los EE. UU. y a Europa en un gran supermercado de consumo final de los productos elaborados en China, la India, México, Singapur, Taiwán, etc. Así se habrían de profundizar otros nuevos “años dorados” —aquellos de Eric Hobsbawm (1945-1974)—, pero esta vez no para los sectores populares de posguerra, sino para el libre comercio y la superexplotación de las denominadas “ventajas comparativas”.

Para esta *época* esta divulgación de las ventajas globalizantes, bajo la responsabilidad de Bill Clinton, habrían de impactar en las industrias de la zona de los lagos, lo que se ha dado en llamar el “Cinturón del Óxido”, como también en los reconvertidos núcleos recientes industriales del Sur, que fueron dejados de lado. Quedaron descartados por estos lineamientos estratégicos del nuevo *bloque histórico neoliberal*, el de “la globalización tardocapitalista” que, con audacia y entusiasmo, había auspiciado ese Clinton que apostaba a la transformación radical del sistema económico, social y político, procurando una irrefrenable mayor eficiencia universal y al mentado como auspiciado progreso. Su política tuvo tres grandes apoyos fundamentales que le permitieron consolidar al neoliberalismo en este tránsito del pensamiento *reaccionario* al *progresista*. Para la nueva *fase del ciclo*: primero, instituyó el NAFTA, *Free Trade Agreement of North America o North American Free Trade Agreement* (1994); segundo, generó la integración económica con la República Popular China, en la idea de que, con la implicación de la potencia oriental, sometida a los patrones de la OMC, digeriría su concepto de “democracia” y así habría de estallar una “revolución cultural” por el consumo; y tercero, derogó la ley Glass-Steagall, a partir del supuesto de que, ahora sí, se produciría una plena liberalización de los activos bancarios. En suma, como vemos, no era sólo la economía.

9. La “Ley Patriótica” y la construcción del nuevo enemigo

Con esta relectura, la construcción *hegemonica neoliberal* partiría de una certeza vital e irremplazable: la sustancial figura de Bill Clinton. A partir de la fundamentación de la socióloga feminista norteamericana Nancy Frazer, su gestión resultó imprescindible para robustecer y afianzar el discurso neoliberal: un punto de partida para una consolidación a escala social local y —mucho más importante aún— a nivel de su proyección universal. Como señalo, la concreción de las promesas de “libre comercio”, asociadas a una expansión del desarrollo de las fuerzas productivas con la globalización a escala mundial, tendría un imprevisto alto costo electoral interno, colocando una infinita y excesiva fe “a la baja de los precios”.

Este fenómeno implicó la integración de las “maquilas” al circuito productivo de América del Norte para sopesar los costos de la mano de obra asiática. Cuando se cotejan los resultados *reales* del NAFTA, una cosa fue su especulación inicial, teórica, y otra distinta la cantidad de efectos no previstos que trajo consigo, por ejemplo, cuarenta millones de ciudadanos de origen mexicano en territorio estadounidense. De allí que, iniciado este camino, con el largo *statu quo* que involucraron a las otras “administraciones” implicadas, se dio un punto de ruptura, un hito de extraordinaria trascendencia cuando, luego del 9-11, el de las *Twins* en la isla de Manhattan y el ataque al Pentágono, el 26 de octubre de 2001 se sancionó “La Ley Patriótica”: la *USA PATRIOT Act.*, acrónimo de *Uniting and Strengthening America by Providing Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism Act*. Vale decir, en su versión castellana: “Ley para unir y fortalecer América proveyendo las herramientas apropiadas, requeridas para impedir y obstaculizar el terrorismo”.

Mediante esta ley federal los EE. UU. profundizaron su escalada de transgresión al derecho internacional, iniciando un impune *accionar* de sus organismos de seguridad que avasallaban los marcos normativos universales creados en la materia. Esta condición brinda inédita posibilidad al despotismo y a la arbitrariedad con su unilateral y procaz utilización punitiva de la amenaza y la fuerza. Todavía se recuerda al general Colin Powell, secretario de Estado del presidente George W. Bush, frente al Consejo de Seguridad de la ONU, aseverando lo que ya los servicios de Inteligencia sabían que no existía con relación al “despótico” régimen de Sadam Hussein (2003), que aquel acopio de “armas letales” no existía, como tampoco aquella otra fraguada agresión con el incidente del golfo de Tonkín (Vietnam), instrumentado en su dramaticidad por el presidente Lyndon B. Johnson (1964), con el mismo pretexto belicista de ampliar su escalada militarista.

A la caza de Osama bin Laden, se invadió el Afganistán del Talibán, con quien, tiempo después, Trump firmó armisticios para el gradual retiro de sus FF. AA., residentes durante más de veinte años por esas latitudes. Este retiro se materializó de manera desordenada, de una forma abrupta, por su sucesor, el presidente Joe Biden, con el abandono de buena parte de su infraestructura y logística. Algo que se supo interpretar debilidad y “derrota militar”, similar a lo vivido cuando los soviéticos, en la década de los ochenta, hociaron a las vísperas de su *breakdown*. Lo interesante es que “La Ley Patriótica” de los EE. UU., que promovió el expresidente George W. Bush, fue una respuesta al 11 de septiembre del 2001. Una legislación criticada porque, impune, generaliza el espionaje masivo, legaliza el uso de la tortura y compromete a la institucionalidad jurídica con la exención de cargos frente a un sinfín de arrestos y detenciones arbitrarias cuando se invoque “la lucha contra el terrorismo”.

En un análisis ligero, se habla de recursos presupuestarios análogos a los de la Guerra Fría. Claro que, en lugar del sovietismo y el comunismo, el nuevo enemigo se actualiza bajo otros patrones culturales al asimilarlo a su condición de “terrorismo”, bien diferente de lo conocido en la etapa previa. Esto es, una diferencia en los *modos* de la violencia, distinta base doctrinaria, sin un definido asiento territorial, ni de explícitos objetivos políticos; una opaca, antes que transparente, línea de reclutamiento social, amén de la viscosidad de un “enemigo” poco reconocible ni susceptible de ser identificado, vale decir, manipulable *a piacere*.

“La Ley Patriótica” se aprobó sin oposiciones, por abrumadora mayoría. Sus violentos “supuestos”, que le brindaban sustento, fueron los de prevenir a los “ataques terroristas”, que no sólo abarcasen al interior del territorio propio, sino a una extensión universal, brindando continuidad a esa figura que se les endilgase de “gendarme internacional”. Al producirse un incremento continuo de su expansión y diversificación en una inmensidad de *acciones* políticas, alimentadas por sus agencias de Inteligencia, suministrados por servicios propios inverificables, y basados en Razones de una lógica geopolítica imperial, apenas disimularon su expansionismo. Se trata de esa invariable ampliación de objetivos propios en su constante ensanchamiento en las áreas y los ámbitos que, siempre de manera móvil, sepan entender naturales de su injerencia.

Así es la *forma* de cómo se transita, de las “primeras guerras”, a la “tercera”, “cuarta” y, ahora, de “quinta generación”. Aquellas que se proponen el dominio de los *modos* del pensamiento para la diversidad social. El concepto de “guerra híbrida” le confirió un salto cualitativo de proporciones a los conflictos políticos. Ellos pueden —o no— cobrar una forma armada, pero habilitan la utilización de cualquier tipo de medio y procedimiento:

convencionales, irregulares (insurgencia, contrainsurgencia, terrorismo), el uso de componentes de “la era digital”, con las sofisticaciones propias de la RCyT y la más alta tecnología. Las víctimas de estos mecanismos, al realizar un uso imprevisto de sus técnicas, *know-hows* y procesos, son los célebres Julien Assange, Aaron Swartz y Edward Snowden.

En sentido contrario, sus principales objetivos son erosionar la confianza de los ciudadanos con relación a sus instituciones, generando suspicacias e insatisfacción en, con y contra el sistema democrático, al socavar la cohesión y las bases sociales de los Estados con sus frágiles comunidades políticas. Procuran fragilizar los sistemas de gestión —las tan temidas condiciones de “gobernabilidad”—, para provocar distanciamientos sociales, pesimismo, desilusión, insatisfacción, desánimo, incertidumbre, inseguridades y temor.

A su vez, estas *acciones* “híbridas”, a través de su instrumentación de “situaciones” equívocas, alimentan un mutuo acicatear que favorezca la polarización social. La “grieta” no es un invento argentino; tampoco lo es la “guarimba” en Venezuela: es una lógica que procura facilitar la confrontación para lograr manifiesta enemistad entre los cuerpos privados de la sociedad civil. Ambicionan impedir que se organicen, y mucho menos se instauren condiciones de hegemonía ajenas de las deseadas; y, para el caso que interese, impulsan la mayor degradación posible para las propuestas opositoras que ansíen forjar contrahegemonía.

Las guerras de “primera generación” eran las premodernas: *ejército contra ejército*. Las de “segunda generación”, *totales*; nacieron a partir de la Revolución Francesa, con una implicación integral de las sociedades después de la Revolución Industrial y los progresos producidos en materia de comunicaciones y transporte —su ejemplo: la Primera Guerra Mundial—. Las *guerras tecnológicas*, de “tercera generación”, cobraron expresión con la guerra de Kosovo. Las de “cuarta generación” fueron aquellas que se implementaron sobre la base de la *doctrina militar norteamericana*: guerra de guerrillas, las históricas guerras asimétricas, las de baja intensidad, las denominadas “guerras sucias”, incluso la guerra popular, civil, el terrorismo y el contraterrorismo, además de combinar en esta integralidad la C&T —ciencia y tecnología—: la cibernética y la telemática.

Como se ve, se tratan de instancias no convencionales, más aún, *non sanctas*. Ellas se han ido privilegiando de manera pragmática para su instauración al precio que sea para imponer sus metas, haciendo eje en la propaganda, la versión aligerada de los “golpes bajos” de la competencia mercantil publicitaria. Una publicidad crecientemente *militarizada* con la potenciación del progresivo salvajismo de la lucha grupo a grupo, corporación contra

corporación, al incluir sabotajes, espionaje, adulteraciones, denuncias, estragos, imitaciones, engaños. Se percibe un alto grado de competitividad salvaje, “sin reglas” ni “supuestos” éticos.

Así llegamos a las guerras de “quinta generación”. Éstas incorporan a los *trolls* en aquellos temas en los que haya una disputa por los niveles de conciencia en las redes sociales. Trabajan para asentar sus condiciones de ventaja: vigilancia, manipulación, transparencia, a través de su dominio, control y primacía en el universo de Internet, los videos, todos insustituibles medios de difusión para el mundo de hoy. Son, en definitiva, los responsables de establecer “sistemas de creencias” que permitan fijar prioridades y urgencias en la “agenda pública”. Todo se formatea para reinar, atentos al hecho de que son los televisores, *notebooks*, *laptops* y *smartphones* las “pantallas” que legitiman. Allí se materializa patente una realidad socialmente constituida, logrando que se soslaye toda reflexión entre sus consumidores. Tal simplificación lleva a la señalada *infantilización*, que instrumenta contenidos por su dominio tanto de las *formas* y canales, maniobrados por las corporaciones concentradas.

Volviendo a la “Ley Patriótica”, es interesante observar cómo se estructura este *modus vivendi* sometido a los “supuestos” de una reflatada “ley del garrote” y el retorno al “estado de naturaleza” de “todos contra todos”. Luego de la Revolución Francesa, se supo legitimar la racionalidad democrática, en detrimento de que siempre primen y triunfen los más fuertes. Esa doctrina de Libertad, Igualdad y Fraternidad impedía la idea de una “guerra civil” asimétrica, establecida por una socialización salvaje con “sordina”, hoy impuesta por el discurso neoliberal.

En cambio, en las guerras de “cuarta y quinta generación” se releva que ellas ya no sean necesariamente el producto de enfrentamientos directos entre Estados. Pueden llegar a ser perfectamente entre un Estado contra determinado grupo o grupos de naturaleza “violenta”, aquellos que defiendan intereses étnicos, políticos, económicos o religiosos no convenientes. Así, activan una laxa e indeterminable “concepción” de las fronteras morales, políticas y militares para la actividad bélica, brindando legitimidad a sospechosas y abusivas incursiones. Para ello, se hace un manejo despótico, pragmático e instrumental de cualquier información, divulgando, de modo aleccionador, los linchamientos públicos de personajes, tipo Muhammad Gadafi, o la reconstrucción de la *acción* de Inteligencia que le brindó legitimidad a la caza de Osama bin Laden, “Operación Gerónimo” (2011), transmitida casi en directo.

Este novedoso e inusual ordenamiento de las doctrinas se coronó en una “industria de la Información”, esa que construye —a partir de su “ordenamiento” de los hechos de la realidad social— “la actualidad”. Sospechosa expresión no siempre bien relevada que expresa la

vigencia del “presentismo”, ese “eterno presente” que absorbe pasados dentro de lo que se presagió desde un principio: la *militarización* de la política.

Basta investigar en Internet las revistas en materia de Defensa y Seguridad. Todo se encuentra allí, explícito y sin tapujos. Una *militarización* sin pudores de las *formas* de la política. Así también, una desmesurada ampliación con su autoindulgencia en cuanto a los abusos del *poder*. Resulta ser razonable su discrecional administración de la Información, en tanto sea parte de los intereses creados; generalmente filtrada por las *acciones* de Inteligencia y propaladas por los usuales canales del SIyC massmediáticamente favorables. Pero nadie asocia sus “sospechas” sobre bin Laden y Al Qaeda, como tampoco del ISIS, Estado Islámico, con esa infinita e indefinida gama de agrupamientos y asociaciones secretas irregulares *yihadistas*, la CIA o el Mossad. Con indescifrables siglas árabes —una mayoría, incalificables—, nadie sabe qué o a quiénes representan. Resultan dudosas, como que se nutren de mercenarios. Baste tirar del hilo sobre ¿quiénes pagan tantos islámicos fundamentalistas?, ¿cómo se los nutre de armamento, logística, infraestructura?, ¿a dónde se dirigen sus dividendos y los productos de sus territorios ocupados? Amén de estar instrumentados por terceros Estados, como sería el caso de los adinerados sunnitas, esos “aliados”, de forma colaborativa, realizan deshonorosas *prácticas* sucias que salpican de deshonor a sus intérpretes, desempeñando esas *acciones* de todo aquello que nadie anhela protagonizar o a las que sólo les quepa sospecha. Así, se naturalizan intervenciones “ciegas”, se habilitan nociones que invocan “disputas integrales” de un tablero geopolítico, en lo central, oculto o ignorado.

Enigmáticas luchas apenas conocidas: Siria, Yemen, Sudán, Somalia, Etiopía, El Sahel, Myanmar, el conflicto saharauí, la República Democrática del Congo y Grandes Lagos, Armenia y Azerbaiyán son parte de esta conflictividad que, sin dominio cabal y silenciada, se las inculca con una opinión mediatizada que, en lo sustancial, desconoce sus porqués. Esto no se reduce a la controversial temática de Ucrania. ¿Nadie se toma la tarea de sospechar de las Razones por las que se silencian?

Se tratan de métodos análogos a la imposición fáctica de los “hechos consumados”, aquellos a los cuales no les caben *preguntas*, esos que fueran tan propios de la histórica Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN), heredera del terrorista “credo” genocida francés utilizado en Argelia y el sudeste asiático, o de aquello que inculcó la Escuela de las Américas de Panamá, histórica instancia, hoy erradicada, célebre por sus abusos a partir de sus intervenciones en Centroamérica y el Cono Sur.

No son los mismos tiempos, tampoco los mismos “actores”, pero existe una afinidad en la impunidad triunfalista, tan propia del americanismo que nadie cuestiona, amén del crear “situaciones” para su instrumentación. Una búsqueda de la “construcción social de una realidad” sin límites que se permite transitar de manera irreflexiva, que progresa sobre países y regiones, plasmando confluencias con una combinación violenta legitimada por “doctrinas” y *acciones* de Inteligencia, de un SIyC cómplice del *poder* local y de los grupos concentrados que usufructúan de los *poderes fácticos*: los EE. UU. y las élites del *poder transnacional*.

En esta etapa significativa, en la que se tipifica el papel imprescindible de Clinton, las dos presidencias de George W. Bush Jr. cobrarían su relevancia porque desempeñaron *performances* muy similares o equivalentes a los cometidos institucionales en materia política cumplidos en su momento por Nixon, Kissinger y la Trilateral Commission. Estos desempeños fueron nucleares al modificar e imponer nuevas “reglas del juego”, dando pie a la *transformación* del americanismo en potencia absoluta. Sin embargo, la omnipotencia que provocan suele estimular un exceso de confianza y, así como Nixon finalizó con el escandaloso espionaje en el Hotel Watergate que provocó su renuncia, el exgobernador texano también poseyó la suma del poder público, pero finalizó con mínimos índices de popularidad. Recuérdesse la prédica de Trump: desalentar la participación popular en la política de la sociedad. Quizás sea ese el estudiado y único *modo* por el cual los republicanos puedan triunfar en una elección presidencial, tema que salió a la luz cuando Hillary Clinton ganó cuantitativamente sus elecciones. Salvo la reelección de George W. Bush Jr., pocos candidatos republicanos han sabido ganar sus elecciones por el “voto popular”.

10. El paradójal progresismo de Hollywood en materia racial

A inicios de la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt convocó a Frank Capra —líder cinematográfico— para aglutinar a los directores comprometidos de Hollywood que generasen un favorable clima bélico ante lo que se pudiera entender la inminente participación en la contienda. Se le demandaba una sensibilización favorable sobre la guerra para cambiar a una retaguardia de la sociedad norteamericana poco comprometida. Se concretaron varias realizaciones, entre ellas, *Por qué luchamos: la batalla de Rusia*, dirigida por el mismo Capra, quien, amén de ser un progresista, poseía una visión propia de lo que se habría de coronar con este filme documental. Finalizada la guerra, el universo de Hollywood no volvería a ser el mismo. A Capra ya no se le daría nunca más el lugar de número uno.

Sin adentrarnos en la apetecible tentación de realizar observaciones acerca del papel opinable que ha jugado y desempeña Hollywood, destaco que la producción cinematográfica sobre este tema ha procurado desprenderse de la subyacente disposición subordinada que suele cumplir, dentro de la IC, la semiopolítica del americanismo. Es una paradoja, porque tales desempeños cinematográficos, que siempre supieran generar “opinión pública” con impacto universal, con el tema *supremacista* lo han hecho, en general, resguardando ser “políticamente correctos”. Más allá de algunas burdas excepciones de trabajos menores, sus producciones iluminan “posiciones” generalmente adecuadas con relación a la cuestión racial. Sea porque no se quiera abusar con una línea vertical explícita, como que tampoco se profundice demasiado sobre orígenes y fundamentos, o porque se procura preservar aquella distante frescura del lejano y oscurecido parcial perfil de su liberalismo, la meca del cine, en la mayoría de sus producciones trascendentes, no ha tomado “posiciones” abiertamente *reaccionarias*.

Muy por el contrario, procura preservar aquella imagen mítica de “el país de la libertad”, alejándose de lo que se subraya de esta producción impositiva de una IC cómplice con sus cosmovisiones instrumentales y utilitarias⁹⁷. Peor aún, si se realiza un seguimiento de sus producciones más calificadas, cuanto más uno se aproxima al mundo de hoy, la inmensa mayoría de ellas posee una *visión* acabadamente, cuando menos, *progresista*. Es sorprendente, porque pareciera que va *contra natura* con lo que esta semiopolítica del americanismo ha prevenido y vino desenmascarando. Claro que existen producciones menores para consumo del universo doméstico que problematizan la temática con otra distancia y alineamientos bien lejanos de la cosmovisión crítico-cultural progresista, tipo *El francotirador* (1978).

Esta cosmovisión impositiva restringe la comprensión de los procesos complejos. Los desproblematisa al hacerlo sobre la base de controvertibles “sistemas de creencias” previamente asentados. Así consiguen su objetivo: formatear conductas y percepciones; de allí que llame la

⁹⁷ El crítico Juan Arconés selecciona quince películas que abordan el tema del racismo y la opresión: *12 años de esclavitud* (2013), *42* (2013), *Adivina quién viene a cenar* (1967), *Arde Mississippi o Mississippi en llamas* (1988), *Detroit: zona de conflicto* (2017), *Gran Torino* (2008), *Harriet* (2019), *La bahía del odio o Alamo Bey* (1985), *Malcolm X* (1992), *Matar a un ruiseñor* (1962), *Mudbound: el color de la guerra* (2017), *Selma: el poder de un sueño* (2022), *The hate u give* (2018), *Tiempo de matar* (1996), *Farming* (2018). Si a ellas se le suma la señalada en este trabajo, *Green Book* (2018), existe una inacabable serie de películas reivindicativas de condición reparadora o de denuncia de la cultura *supremacista*. Entre las tan no seleccionadas: *El Mayordomo* (1965), *Figuras ocultas* (2016), *Enmienda XIII* (2016), *12 años de esclavitud* (2013), *El nacimiento de una nación* (2016), *Cuestión de justicia* (2019), *El largo camino a casa* (1990), *En el calor de la noche* (1967), *Conspiración de silencio* (1955), *Haz lo que debas* (1989), *Loving* (2016), *Fences* (2016), *Historias cruzadas* (2011). Cuanto más cercanas las producciones cinematográficas a la fecha actual, más decididamente *progresistas*.

atención que, de su seno, previo al *derrumbe* de Trump, haya emergido una producción cinematográfica “políticamente incorrecta”, menor, pero que puso en claro el complejo “cuadro de situación” que relevo. Me refiero a *Vice*⁹⁸. Este filme relata una carrera política y su gestión presidencial. Se trata de una película biográfica reciente (2018) que narra la historia de “Dick” Cheney, vicepresidente de George W. Bush Jr. Desnuda, cual *House of Cards*, una larga cadena de ocultamientos políticos que se utilizan al poseer asumida impunidad. Una serie de medios y procedimientos —las señaladas guerras de “cuarta y quinta generación”— que realizan una siembra de confusión al infundir de manera pragmática “opinión pública” moldeable. Cheney ha sido una figura discutible cuyo *modus operandi* fue maridar y fecundar “guerras” como parte de sus “negocios”; como se sospecha que ha ocurrido con sus vacunas de la gripe aviar, en confluencia con los servicios de Inteligencia que, ahora, son la congregación de privatizadas y públicas agencias tras objetivos políticos que superan la tradición de las “guerras asimétricas”.

La condena pública de figuras políticas también tiene su historia en los EE. UU. En 1953, Ethel Greenglass Rosenberg y Julius Rosenberg, cónyuges estadounidenses, fueron ejecutados en la silla eléctrica acusados de espionaje. Esta fue la primera ejecución por espionaje de civiles en la historia de los EE. UU. Ella es, desde el *hoy*, sospechable, luego de que las pruebas hayan sido desclasificadas; tras un simulacro de “juicio justo”, hecho por una de las universidades más prestigiosas de ese país, el jurado no los hubiera condenado. Este tipo de manipulación habría de anticipar al actual remanido recurso de aliviar o soliviantar “opiniones públicas”, con expiaciones que satisfagan la “sed de sangre” a través de un castigo purificador, detrás del supuesto “logro” de una bomba atómica por parte de la potencia enemiga bajo el *contexto* bélico de “ideologización” dado por la guerra de Corea.

“La Ley Patriótica” instituye procedimientos inaceptables del pasado. Agentes federales que irrumpen, sin orden judicial, para registrar domicilios particulares, indagar y obtener acceso a registros personales: médicos, bibliotecas, negocios y la propia educación. Ser monitoreados

⁹⁸ *Vice* (titulada *El vicio del poder* en España y *El vicepresidente: Más allá del poder* en Hispanoamérica) es una película biográfica estadounidense de 2018. Sus protagonistas son Steve Carell, Sam Rockwell, Alison Pill y Tyler Perry; fue dirigida y escrita por Adam McKay. La trama cuenta la historia del ex vicepresidente de los EE. UU. “Dick” Cheney. Estrenada el 25 de diciembre de 2018, a través de la productora Annapurna Pictures y Plan B Entertainment, contó con un presupuesto de U\$S 40.000.000. En el sitio web especializado Rotten Tomatoes, la película posee una aprobación de 65%, basada en 369 reseñas, con una calificación de 6.6/10, mientras que de parte de la audiencia tiene una aprobación de 60%, basada en más de 5000 votos, con una calificación de 3.3/5. El sitio web Metacritic le ha dado a la película una puntuación de 61 de 100, basada en 54 reseñas, indicando “reseñas generalmente favorables”. Las audiencias encuestadas por CinemaScore le han dado una “C+” en una escala de A+ a F, mientras que en el sitio IMDb usuarios le han dado una calificación de 7.2/10, sobre la base de 148 501 votos. En el sitio web FilmAffinity la cinta tiene una calificación de 6.8/10, basada en 16 695 votos.

a través de su seguimiento por y desde Internet, los GPS, correos, teléfonos, de todo aquello por lo que se supieran ufanar por plena Libertad. La seguridad nacional por encima de las libertades civiles y los derechos ciudadanos. Tal fue el caso de Edward Snowden, a quien se lo “operó” desde un concepto instrumental de la seguridad nacional, versus inconfesables maniobras ilegales que encubren *acciones* criminales. Prioridad que antecede a la certeza acerca de lo qué ha sucedido y sobre qué se condena o exime, aunque se sospeche o tengan pruebas de aquello que pueda ser *real* y verdadero. Y todo en nombre de la Libertad y la “democracia”. Una estructura montada por una inevitable IC que le brinda soporte por retaguardia.

Ahora bien, si todo ello no estuviera en potencial crisis, bajo el descreimiento creciente de la sospecha, no se hubieran producido películas al *modo* de *2 Guns*⁹⁹ (2013), donde se reflejan las tensiones de la corrupción entre las diferentes estructuras de la seguridad nacional: la patrulla fronteriza, la DEA, la Inteligencia de la Marina, la mafia mexicana y la CIA, amén de la saga interpretada por Matt Damon, iniciada con *El caso Bourne* (2002), extendida a varios filmes más, en los que se presenta a la temática de una manera elocuente sobre lo que el americanismo entiende por “traiciones” dentro del sistema. Una persecución de la Inteligencia a sus agentes, cuando no resulten funcionales, operativos, sean inútiles o caídos en desgracia.

Las promesas de Trump eran firmes. Su idea era recuperar el mercado interno, la de volver a “hacer grande a Norteamérica”: *First, America*; ‘M.A.G.A.’, *Make America Great Again*, decían su consigna y gorritos de campaña. Repatriar capitales, facilitar su retorno con subsidios, una genuina reinversión para las que habían sido las históricas empresas propias. Además, se consideraba “enemigo” y “víctima” de Wall Street; prometió una fuerte promoción de la industria norteamericana, al igual que el discurso de *posguerra*. Devolución del *poder* a los “olvidados”, política migratoria restrictiva, construcción de un Muro de contención que habrían de pagar *ellos*, los mexicanos, y así de seguido. De todas sus promesas, de manera completa, no cumplió ninguna, salvo la disolución del “acuerdo transpacífico”. La otra única, y parcial, fue pedirle al inicialmente denostado presidente mexicano Álvaro Manuel López Obrador (AMLO) una solicitud de salvataje a través de una visita imprevista cuando, a sus fines, se encontraba acuciado por su mal manejo con el coronavirus y a su retórica imprudente.

⁹⁹ Titulada *Armados y peligrosos* para Latinoamérica, o *Dos armas letales* para España, y sus postreras retransmisiones por los canales del cable local. Película policial estadounidense, de acción y comedia, dirigida por el director islandés Baltasar Kormákur, protagonizada por Denzel Washington y Mark Wahlberg, basada en el cómic del mismo nombre, publicada por la editorial ¡Boom! Studios.

Ésta ha sido la coherencia del más alto dignatario estadounidense. El único ejemplo nítido de una reformulación en línea con lo prometido fue el acuerdo comercial trilateral entre Canadá, los EE. UU. y México. Un acuerdo del bloque que sustituyó al “Tratado de Libre Comercio para América del Norte”, TLCAN (NAFTA, siglas en inglés), tras catorce meses de negociaciones durante los cuales, una vez más, tal como ocurrió con sus vínculos con la mayoría de los organismos internacionales, despotricando contra ellos, sosteniendo graves descortesías, incluso, para con sus aliados militares más íntimos de la NATO, o como con la OMS, inculcando a esos organismos de sus propias idas, venidas e inconsecuencias con la pandemia. Ya no sólo la UNESCO, ahora también la UNICEF y demás. La nueva denominación del tratado fue USMCA (según siglas en inglés): “Acuerdo de Estados Unidos, México y Canadá”, con meras reformulaciones parciales, nada sustantivas respecto del pacto original, pero sí presentadas, a su modo, como un “gran logro” propio, ostentado con bombos y platillos.

Retomando los cambios en la potencia hegemónica, con la doble crisis del discurso neoliberal que permitió el ascenso de Trump, las arriba señaladas modificaciones fueron centrales. Tanto en el plano estructural como en su dimensión sociocultural, sobre todo, tal como se produjo el reperfilamiento entre “ganadores” y “perdedores” bajo la *hegemonía neoliberal progresista*. Esta realidad fue letal para las industrias manufactureras norteamericanas. A decir verdad, no sólo los *progresistas* les soltaron la mano; tampoco el perfil patriotero del PR hizo mucho por auxiliarlas. Solicito atención a este tránsito por las dos décadas de *políticas neoliberales progresistas*, porque ellas fueron centrales para el ascenso trumpeano. El replanteo discursivo de sus secuencias omite que, de lo que se supo proyectar, lo habría de ser vía estos dos “componentes” complementarios esenciales: la creciente incidencia de la *militarización* de la política —a partir de su geopolítica—, como de esas actividades de la otra política mecanizada: las de las *acciones* de los servicios y agencias de la Inteligencia, que también fueron en un ascenso progresivo y estudiadamente articuladas, vía la privatización de una “agenda pública” nacional e internacional con su ya globalizado SIyC.

Las condiciones críticas resultaron ser integrales y, cuando la promesa *progresista* es deuda, la masa se toma revancha de manera inédita, sobre todo, cuando se supieron sembrar expectativas socioculturales. Lo que muchas veces se afianza de forma incisiva en las realidades *macro* en el seno de la propia sociedad, aún de manera contradictoria, da pie al replanteo del grueso de las temáticas pendientes, cuyas soluciones estallan de manera controversial e

inesperada. Bajo el paraguas de la teoría del acontecimiento de Alain Badiou¹⁰⁰, lejos de un acontecimiento de genética unicista, propio de la semiopolítica del americanismo, advierto —cuando menos se los esperaba— los síntomas críticos que remiten al usufructo pírrico de las relaciones del “paralelogramo de fuerzas” de cada coyuntura: los poderosos aleccionan un escenario por el cual al mundo se le señala sobre *quién manda*. En un contexto tan multilateral, pleno de diversidades complejas, coexisten tendencias que generan inéditos niveles de opacidad. Nadie sabe por qué pasa lo que pasa, y cada uno se atomiza a su Razón del porqué.

Aquellos sectores de la sociedad que poseen incidencia y que, también, muestran signos de su *poder* retroalimentan lo que saben desplegar: la estratificada tónica de un *ambiente tóxico*, donde se refracta acerca de quiénes poseen incidencia y despliegan esa “marca” que les identifica, el ser parte de *las élites de los poderosos de esas sociedades*. Vienen a la “memoria” cómo juegan en la “sociedad del espectáculo” norteamericana las escenas de los “juicios” tribunalicios de tantas innumerables series y películas. Su concepto, que en otra parte se desarrolla cual “justicia negociada”, reside en las ofertas que procuran las fiscalías a la búsqueda de litigios abreviados y, en tal línea, privilegiar su *poder* los personajes consagrados. Dentro de esta “memoria”, señalo los enjuiciamientos massmediáticos, donde priman el *poder* y el dinero. Phil Spector, sin dejar de nombrar al suicidado Bernie Madoff, pero, sobre todo, al primer juicio de O. J. Simpson, sobre cómo una estrategia enturbiada puede, desde su lugar de *poder* vía la prensa amarilla y la vidriosidad del accionar policíaco, señorear su mando y burlar todo concepto de Verdad para instrumentar “situaciones” a su beneficio.

El punto que pretendo destacar, aquí asociado al estructural concepto de crisis hegemónica, versus el *modo* sobre cómo se saben usufructuar de los abusos del impúdico *poder*, es el siguiente: el rechazo de quienes pueden realizar un *accionar* mancomunado desde, por ejemplo, una concepción feminista, cuando el universo femenino de Hollywood se levantó con su *Me Too*¹⁰¹. Este movimiento incontenible, imposible de acallar, ocurrió cuando sectores de la sociedad comenzaron a “darse cuenta”, restringiendo los márgenes del libertinaje de ese gran

¹⁰⁰ Alain Badiou, filósofo, pensador, dramaturgo y novelista francés. Estudió filosofía en la Escuela Normal Superior de París y fue profesor en la Universidad de París VIII y la ENS. Discípulo de Louis Althusser; junto a Jacques Rancière, son los teóricos contemporáneos más reconocidos de su país. Creador de la teoría del sujeto, se asimila su teoría del acontecimiento, inversa de la lectura angloamericana en la materia. Si bien la desarrolla a lo largo de su obra, se centra en *El ser y el acontecimiento*, Buenos Aires, Manantial, 1999 (1988). Allí diferencia su visión desconfiando de los acontecimientos fundacionales y unicistas para hacer eje, no en su irrupción, sino en el seguimiento diacrónico de los hechos.

¹⁰¹ El *Me Too* denuncia el despotismo, las agresiones y los abusos sexuales y morales de uno de los grandes referentes de la gran producción cinematográfica hollywoodense: Harvey Weinstein.

poder. “Yo también”, de *forma* viral, en octubre del 2017, creció irresistible para el mismo crítico período del ascenso trumpeano y la “mirada” con recelo a la candidata del PD, Hillary Clinton. Una fractura en el seno de su sociedad. Un quiebre de los “valores” y la vidriosidad del *bloque histórico neoliberal progresista* en época de dudas, ayudando al ascenso trumpeano.

En tal sentido, por parte de los dos bandos, PR-PD, existe una rivalidad expresa, pero también, dentro de un marco consensuado. No se impulsan lecturas antitéticas. Las diferencias entre un partido y el otro han sido estrechas, muchas, más que confusas. Imposibles de compendiar con la simplificación de una serie *derecha-izquierda*. Como bien supo caracterizar en su momento Charles Wright Mills: *un país conservador sin ideología conservadora*. No son visiones absolutas o confrontativas, al *modo* que supieron tener liberales y conservadores en América Latina, o el Partido Conservador vs. Labour Party en el Reino Unido de la Gran Bretaña, para no señalar al PSD alemán ni al PCI cuando la *posguerra*.

Todos subestimaron la figura de Trump. Lo minorizaron por su descaro y grosería. No imaginaron su estrategia. La formalidad del *poder real* efectuó una desatención, pensando que las “relaciones de fuerza” serían asimétricas de por vida, omitiendo la descontrolada fuerza con que surgirían las economías emergentes. Acostumbrados a su *modo* impositivo desde la caída del Muro, operando desde una determinada conformación del *poder* para Europa y su “patio trasero” de América Latina, no supieron prever, cerrados por sus urgencias, los impactos que pudieran haber tenido en sus aliados las crisis financieras internacionales de los años 2007-2008. Subestimaron la red que, a manera de autodefensa, establecieron tales crisis con China sobre sus costes, la mano de obra más barata del universo, que llevó a que la potencia asiática pudiera generar un vínculo fundado en un nuevo *bloque* euroasiático y en la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN). Así, estableció convenios con el grueso de países vecinos, a los que se deben agregar su concesiva estrategia financiera para África y América Latina en materia de obras, inversión e infraestructura. La nueva “Ruta de la Seda” sostuvo sus negocios, y su competitividad tecnológica es letal. Los norteamericanos tampoco pudieron ver la evolución de la Rusia de Putin, con la profundización de su perfil energético y armamentista.

11. El derrumbe de las ciudades industriales

Mientras tanto, ¿qué ocurría en su territorio? Se derrumbaban las economías de la zona denominada de “los grandes lagos” —que habían florecido dada su proximidad a los grandes lagos, canales y ríos—, el denominado *Rust Belt* o *Manufacturing Belt* —literalmente “Cinturón

del Óxido” o “Cinturón Industrial”—, región de centro Noreste y del *Middle-Atlantic*, las zonas mineras de los Apalaches y la costa atlántica al Este de Wisconsin. Me refiero a lo que había sido el “corazón de la industria pesada y manufacturera” hasta principios de los años ochenta, decadentes con las crisis del petróleo. Entonces se produjo un descenso en las principales ciudades de tan vasta región. Las zonas más afectadas por el *derrumbe* fueron Delaware, Illinois —principalmente Chicago—, Indiana, Baltimore en Maryland, Michigan, Saint Louis en Missouri ya en el Sur, Nueva Jersey, el estado de Nueva York —principalmente Buffalo y NYC—, Ohio, Pennsylvania, Virginia occidental, y Milwaukee en Wisconsin. En el pasado, habían sido zonas políticas de histórica tradición demócrata. La ciudad de Detroit, otrora capital de la industria automotriz, entró en una “quiebra” económica y social sin retornos, con una bancarrota de la que se convirtió su histórico *Downtown* en una “tierra de nadie”.

La reconversión modernizante de algunas de las viejas ciudades del Sur, en especial los bolsones del Sur profundo, fue el “talón de Aquiles” de este proceso económico-social. Escenario de una huida de las industrias, con la gráfica nominación de *Rust Belt*, de “óxido”: esta figura metafórica que grafica de manera expresa una realidad de decadencia, de fábricas abandonadas. La región recibió el nombre de “Cinturón de Óxido” sobre fines de los setenta, luego del fuerte declive del trabajo industrial: fábricas abandonadas y desérticas, un aumento del óxido, habida cuenta de su exposición a la intemperie y a los elementos metálicos. Se la conoce también como “correa de fabricación” o “correa de fábrica”, ya que su morada, tiempo atrás, fue la floreciente industria que, ahora, poseía un escenario de nostalgia por los tiempos pasados, con ciudades fantasmas, aumento de la pobreza y disminución poblacional. A este *ciclo* de decadencia se le debió sumar el desplazamiento que, en su momento, se había tomado con la decisión política de renovar al Sur, también por su incompletud. Tal *ciclo* tuvo sus inicios a fines de los años cincuenta, cuando se precipitó, abriendo patente esa decadencia cuando el *ascenso neoliberal*, al abrirse las globalizadas fronteras para la importación internacional.

El perfil reconquistado de “gran potencia” los obnubiló. El proceso de modernización capitalista que trajo consigo la RCyT sería, vía las nuevas condiciones dinámicas del mercado, un vínculo de inexorable perspectiva que sabría generar superación y aniquilaría aquellas culturas nostálgicas del viejo paradigma industrialista metalmecánico, con su reivindicativo *discurso de posguerra*. Con este optimismo, con esa fe que poseen de que el mercado sea la “mano invisible” que brinda racionalidad, el *discurso neoliberal progresista* condenaba lo que entendían culturas paralizantes, anacrónicas, inscriptas en los “valores” de un pasado superado.

Esas culturas eran arcaicas, vetustas, frente a las perspectivas de un “progreso” sin límites que se avecinaba, con un futuro inmediato auspicioso, garantido de poseer estratégico éxito. La dinámica establecida por la nueva *era* de “la globalización capitalista” sería arrolladora e irrefrenable. Los animaba un dogma presuntuoso: confiaban en que ese venturoso futuro asegurado, con holgura, los llevaría a ser la gran potencia *sine die*, líder sin restricciones del mundo de hoy. No pensaron que estuvieran alimentando, aunque de una manera impensada ni premeditada, las invocaciones de redención que, desde las sombras, el expectante discurso de Trump sabría usufructuar. Bill Clinton fue el ideólogo de estas nuevas formas expectantes de la globalización, pero bajo la realidad de los hechos, sometidos a esta tan arrolladora dinámica desplegada, habría de acomodarse ni bien se aplacase el batallar y las cosas habrían de acondicionarse bajo una *forma* creativa y versátil sometida al *poder*.

Sin embargo, el universo simbólico de Clinton y sus continuadores republicanos —la perjura tríada George W. Bush Jr., Dick Cheney y Donald Rumsfeld— encontrarían una pendiente favorable y cómoda para continuar su expansión post 9-11. Se trató de una codiciosa lectura sin igual, bajo los “fundamentos” de un chauvinismo de gran potencia, sin “registrar” ni tener sospecha de que estas restricciones y estrecheces de mira pudieran tener tan graves repercusiones “puertas adentro”. Tal conformación se consumó al interior de las dos versiones del neoliberalismo vernáculo. Se estaba generando un nada “registrable” *campo vacío*, una brecha entre sus “víctimas”, de la que resultaba esencial diferenciarse. En efecto, la perjura tríada tomó distancia de las condiciones de reconocimiento que consolidaron el triunfo demócrata.

Se le abría una “disyuntiva de hierro” para aquel hombre taimado, Trump, pero sagaz, audaz, rápido, resolutivo, de vasta experiencia y habilidades específicas para desenvolverse frente a las cámaras dentro del modelo comunicacional. La percibió, no porque fuera obvia, sino porque era fácilmente legible, al menos para quienes estuvieran dispuestos a verla. Me refiero a la “disyuntiva de hierro”, la de optar entre el multiculturalismo globalizante o el nacionalismo étnico. Realizar una siembra para un *catch all* por demás favorable para obtener réditos masivos reflatando el *supremacismo* a un “bajo costo”. Hasta podría involucrar a sus propias víctimas, los *white trash*, y esas rebeldías sin sublimar de inconformistas y desahuciados.

Con el “diario del lunes”, esta fórmula puede resultar previsible y explotable, pero, en ese momento, por la misma dinámica ideológica que estableció el americanismo, no se supo

“ver” ni valorar, subestimando lo que pudiera ser un *real* “factor” de acumulación política inadvertido. La imprevisibilidad de las *prácticas discursivas* en la creatividad de sus invocaciones, cuando aciertan en el momento justo, brinda satisfacción a un mundo atosigado de demandas pendientes, sobre todo para aquellos que, a inicios del siglo XXI, confundidos, llegasen a entender qué lugar ocupan frente a tal cantidad de supuestos “éxitos”.

El modelo del nuevo *bloque progresista* había quedado atado al multiculturalismo y la desindustrialización, a la globalización corporativa que llevó aguas al descubierto “1%”. Un universo supuestamente exitoso, pero también palpable, que ninguna de la gente común, del histórico ciudadano norteamericano medio, usufructuaba. Aquel “mundo feliz”, donde se hacía palpable la caída de los estándares de la calidad de vida, se volvió evidente y la vieja clase obrera, asfixiada, también estaba atravesando un no tan perceptible deterioro salarial en sectores medios.

El neoliberalismo poseía la primacía de “la palabra pública”, asociado de *forma* indiscriminada a sus resultados secundarios, consecuencia de los “efectos” de los procesos de modernización, cosa que les haría caer en la propia trampa, por esas mismas Razones que producían la obnubilación de sus éxitos. El *discurso antineoliberal*, en cambio, no poseía espacio dentro del SIyC, como tampoco incidencia en las grandes decisiones. De esta manera, sin llegar a ser reconocido por sus imposibilidades de “registro”, se produjo una zona de *gran vacío* de representación política y social que dejaría vacante un espacio contestatario sin discurso público que lo cubriera. Para el 2015, este fenómeno inédito no sólo se produjo en la derecha, con el surgimiento de Trump, sino también en el aparato político opuesto.

En este contexto, la de Bernie Sanders fue una aparición singular, imprevista, impensada: el surgimiento de un demócrata socialista al interior del “partido del burro”¹⁰². Un senador coherente, varias veces gobernador del progresista Estado de Vermont, a la izquierda del Estado de New York, que recuperaba las tradiciones propias de la política con una relectura radical de la vida norteamericana contemporánea. No sólo las reivindicaciones pendientes de “la época dorada”, sino las “cuestiones” aplazadas de resolución, al interpelar al mismo sector vacante que invocaba Trump desde otra tradición discursiva, recuperando la histórica línea política del PD de un Roosevelt y JFK. A este llamamiento se lo denomina *bloque populista*

¹⁰² Las designaciones de “partido del elefante” y “partido del burro” —respectivamente, PR y PD— tienen su origen la caricatura “Third Term Panic”, de 1874, de Thomas Nast.

*progresista*¹⁰³. Esta instancia que sorprende por su magnitud y fuerza, una respuesta juvenil y de sectores imprevistos no centrales de la política. Una ingrata experiencia para que el “aparato” logre el uso de los antidotos y recaudos de la vieja politiquería, solventes para que el PD pueda neutralizarlo y evitar sofocones en las internas del 2020.

La globalización y el discurso neoliberal harían estragos con la flexibilización de los empleos, ese cuadro de desasosiego que describe la frustrante realidad local, la asimilación de lógicas de pérdida y derrota, amén de las proporciones diferenciales dentro de expectativas tan diversas, junto a la consistencia y al lugar central de la potencia metropolitana. En el 2019 Trump se ufanaba de su supuesta recuperación del mercado laboral —construcción precaria e informal—. Ni bien se declaró la pandemia, esa recuperación neoliberal mostró sus “patas cortas”. Las vulnerabilidades propias de la *economía neoliberal*, toda esa larga serie de empleos precarios, informales, frágiles, sin las debidas condiciones históricas de seria empleabilidad, ni seguro de desempleo y previsión social, sindicalización, laudo y demás.

Otra realidad gráfica fue la del mundo de las hipotecas bancarias de largo plazo, centrales en la vida económica norteamericana. Se habla no sólo de las *subprimes*, propias de la especulación financiera —crisis analizada en el cap. 6—, sino de las *mortgages*. Esas que ordenan la *vida cotidiana* norteamericana, que organizan la existencia de su clase media. Desde la financiación de la vivienda, compras, transporte automotor, tarjetas, consumos alimenticios hasta la seguridad social, constituyen la *cotidianidad* en las transacciones con las entidades bancarias. La pérdida del valor adquisitivo comprometió toda esa realidad y volvió palpable su vulnerabilidad. Ese “remar” para adelante, creyendo que se avanza pero que, cada vez, cuesta más. Los McEmpleos, deudas familiares, hipotecas indefinidas e ilevantables impactaron en este declive no manifiesto, pero que caló hondo en una —no fácilmente visible por su dinámica— “era de las desigualdades”, que cronifica incertidumbres más allá de lo *visible*.

Casi las dos terceras partes de esa sociedad estaban implicadas en el *derrumbe*. El estallido de esa “burbuja financiera” desnudó los escasos soportes que en la vida material le brindaban las auspiciadas especulaciones del mundo de las finanzas. Por cada diez dólares idos al mundo bursátil, fideicomisos y valores abstractos, sólo uno era de verdadera inserción productiva. Acontecimiento estremecedor que provocó una “situación” de pánico imposible de frenar. Enseguida vino la “memoria” del Jueves Negro y la posterior Gran Depresión de la

¹⁰³ Nancy Fraser, *¡Contrahegemonía ya!*, ob. cit.

década del treinta. Se vaticinaba la caída definitiva de la globalización, el *breakdown* del sistema de “globalización neoliberal capitalista”.

Los “mecanismos” de prevención de catástrofes fueron utilizados de la manera acostumbrada. Los Estados, con inevitable y conocida intervención al modo keynesiano, con descarada emisión de dólares vía la Reserva Federal, marcharon cual “bomberos” al salvataje, con las peculiaridades de que ya tal *transformismo* norteamericano había brindado su “pauta” a las relaciones internacionales. Esto es que, con las crisis, tal como había ocurrido en los años treinta, con las peculiaridades de la *era* de la economía global, cada Estado Nación salió en defensa de su moneda, de sus mercados, a resguardar sus saldos exportables, custodiar la balanza comercial, y vigilar los equilibrios financieros y fiscales.

En Estados Unidos, con una administración republicana, la crisis también insufló egoísmo de gran potencia, una suerte de despliegue de políticas de “sálvese quien pueda”, entendidas cual naturales a partir del tamiz de la semiopolítica del americanismo. Así se produjo un desborde por la inundación de dólares, escenario que perjudicó en tiempos diferentes a la UE, al Medio Oriente y al Tercer Mundo, los diferentes mercados comunes, sembrando desconfianza a los “recetarios” de los organismos internacionales de crédito. Todo el mundo tomó recaudos, y hubo mayor recelo en una ingenua confiabilidad en los mercados. Cada uno, a su manera, retomó los viejos mecanismos keynesianos: las recetas contracíclicas. Sus consecuencias fueron que generaron otras condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento para que, *sotto voce*, emergiera otra “cosa” triunfante y, más luego, con la pandemia, China, su connotado gran rival. Fue la permanencia de ese contexto de incertidumbre e inestabilidad permanentes, de desconfianza sobre cualquier futuro, los que generaron las condiciones ínsitas del modelo económico y sociocultural que sostuvo tal *derrumbe*.

Resulta interesante la observación acerca de cómo “la palabra” deviene un “recurso” para justificar estos giros imposibles —muchos, difíciles de creer—. Tal como se supo valorar al “prejuicio del invariante referencial”, según Emile Benveniste, si se observa la secuencia del *ciclo neoliberal* con sus matices, en el plano de la confrontación retórica, el plano de su semantización frente a la vida pública, también de la pragmática, la confrontación pareció ser absoluta. Como si los dos universos simbólicos —PR vs. PD— estuvieran realizando una compulsión “a muerte”, cuando, con una “mirada” diacrónica de los campos de confrontación, no se modificó nada sustantivo y, en lo Real, las “subjetividades” que pudieran haber sido afectadas no lo fueron.

En aquellos años de crisis, postreros al 2007 y 2008, plenos de proyecciones de desastres y desconcierto, se abrieron imprevistas condiciones para que se rompiera el tablero con una nueva figura, cuya iniciativa retroalimentó el histórico espiral de “nuevos horizontes” que siempre inyecta el americanismo. Se produjo la irrupción de una figura, históricamente comprometida con los sectores sociales de Chicago y que, por su propia constitución afroamericana, despertó expectativas para renovar una visión *progresista*. Esta incursión implicaba una “apertura mental” para una sociedad anclada, como la norteamericana. Nominar esta figura implicaba un halo de frescura, como había ocurrido con el matrimonio Clinton. Pocas veces en la historia se abrirían tantas esperanzas y buenas posibilidades para nuevas condiciones de producción, circulación y reconocimiento desde otras perspectivas para alguien que pudiera alterar la inercia del desdén neoliberal.

Desde luego, mejor no hablar del desencanto, la frustración y la desestima que, al final del camino, su gestión impregnó. En su última etapa, incluso llegó a hacer *lobby* para los grupos de *poder*. Apoyó al sector más reaccionario del “aparato” partidario, en detrimento de los Warren, Harris, Sanders, y el incipiente grupo *The Squad* —Alexandria Ocasio-Cortez, Omar, Presley, Tlaib, Bush Bowman y Turner—, sus enemigos. Barak Obama dejó el *poder* en manos de Wall Street, el “actor” que creó y potenció la crisis extrema, para que regulase su “solución”. Millones de sacrificados por la crisis financiera perdieron sus viviendas, ante su connivencia desgarradora: “las instituciones bancarias son demasiado grandes para quebrar”.

En línea con su predecesor, George W. Bush Jr., Obama profundizó la emisión de dólares con complicidad de la Reserva Federal. Un ejemplo: el HSBC, banco responsable de la decimonónica “conquista de China” a través de “la guerra del opio”, es la misma institución que acepta indispensable el “lavado de los activos del narcotráfico” porque es un “negocio” al que “no se puede renunciar”. Otra muestra de su claudicación fue el constante recorte a su proyecto del *Medicaid*, ni hablar de su *Medicare*, tabla de salvación para la clase obrera norteamericana, dados los imposibles costos en salud y medicamentos para esa sociedad. El Premio Nobel de la Paz del 2009 duplicó la muerte en el mundo, un equilibrista “moderado”, del que tanto se esperaba, que es defensor del *statu quo* y un posibilista del *neoliberalismo progresista*.

Las condiciones de producción, circulación y reconocimiento del discurso neoliberal se retroalimentan cada vez con más *poder*. El movimiento crítico del 2011, el de los *Occupy Wall Street*, colocó en la “agenda pública”, con vigor y convicción, el dominio del “1%”; pudo no

sólo ser neutralizado, sino revertido para pasar a convertirse en un “factor” de incidencia electoral. Se utilizó el temor a un mundo incierto para favorecer la conveniente reelección del propio Obama en el 2016. Frente a una “situación” de abierta incertidumbre, la población prefiere estrechar filas realizando un repliegue conservador con lo conocido, para así reafirmar esta lectura *progresista neoliberal*, brindándole en los hechos un “voto de confianza” a Wall Street.

Claro que lenta, pero gradual y de manera creciente, se precipitaron este cúmulo de “cuestiones” pendientes, que estallarían con sordina, bajo la condición crítica de imponerle “autoridad” a esta cabeza demócrata. De esta forma, emergieron condiciones imprevistas, inéditas, para la compulsa electoral de las primarias 2015-2016. Mientras tanto, el universo vitalista del *populismo demagógico* trumpiano comenzaba su ascenso. Provocando, irritando, desafiando con descalificaciones indecorosas, tan vigorosas como originales, supo canalizar ese difuso descontento subregistrado en los procesos sociales y la incomodidad de “situaciones” de postergación nada visibles. Un candidato con carisma, que barrió sin dificultades a sus oponentes republicanos. Insolente, provocador, denigratorio: se erigió cual un “efecto demostración” de un activo luchador “imaginario” antisistema, con verborragia estudiadamente insultante e instigadora. Llevó sus líneas argumentativas al extremo, con un estilo que lo convirtió, de la noche a la mañana, tal como había procurado, en el centro de la escena.

Sin embargo, así como Trump se mostró canal de repudio para el potencial de conflicto latente, de manera imprevista, un veterano senador del Estado de Vermont, reivindicando su condición de socialista, Bernie Sanders, comenzó a incidir con impensada eficacia en las entrañas de la interna demócrata, movilizando una base social muy joven que le permitió acumular insospechada fuerza propia. Comenzó a producirse un fenómeno imperceptible para quienes no estuvieran especialmente prevenidos sobre qué estaba sucediendo al interior de la sociedad norteamericana. Los dos bloques consolidados del discurso neoliberal, en las cúpulas de los dos partidos mayoritarios —el PR y el PD—, tanto el *reaccionario* como el *progresista*, habrían de comenzar a perder su histórica consistencia, lo que tendría consecuencias.

Así tambalearon los “componentes” históricos inamovibles del “único camino”, desde el derrumbe del Muro, en sus condiciones de reconocimiento, rumbeando por carreteras distintas. En el republicano, una invocación a los “supuestos” nacionalistas, patrioteros, proteccionistas. En el demócrata, la idea de destrabar la “situación” económica de los anquilosados “factores” dinamizadores de la economía, con una vuelta al keynesianismo

universalista e igualitario. De manera inteligente, el candidato republicano —Trump—, con vasta experiencia en los *media*, recurrió a la impactante descalificación retórica, denostativa y xenófoba. Canalizaba una actitud sensible para el electorado, aun para el pobre, al invocar el regreso a una tradición histórica que se encontraba adormecida, el *supremacismo* WASP. La denostación de la cultura musulmana, la homofobia, el racismo, la misoginia. Toda una batería de fácil acceso, que materializó una estrategia eficaz.

Así como la clase obrera blanca, con mayor nivel de conciencia, optó por retornar al camino demócrata —Sanders—, el aluvión publicitario republicano cooptó masivamente a quienes pudieran escasamente “leer” el “sentido” profundo de la compulsión. Dominaban las artimañas y cerrazones propias de la política y del DCN que, de manera inconsciente, se sumó en hacerse eco de sus disonancias, y así restarle racionalidad a este cotejo estratégico para la sociedad norteamericana. Aquí vienen a la “memoria” cómo juegan los “aparatos”. Recuerdo la película documental del activista Michael Moore, *Fahrenheit 9-11*, que muestra cómo en la votación de la convención nacional demócrata del 2016 en Filadelfia, Pensilvania, los representantes del Estado de Ohio votaron la lista oficialista que ungía a Hillary Clinton, cuando en las primarias *reales* había salido tercera. La derrota de Sanders cerró caminos y alternativas. Era esperable. No así el triunfo de Trump, quien supo acumular expectativas y profundizar esa tentación del animal político: la del “batacazo”.

12. “Situación” de incertidumbre y futura contienda electoral

En la actual “situación” para las elecciones 2024, se parte de un Estado profundo y un DCN prevenido para incidir. Si a ello se le suma lo polarizado de la evaluación de su gestión y se le agrega el cúmulo de causas judiciales pendientes, existen condiciones bien distintas de las de aquella tentadora sorpresa. Son diferenciales, aunque tampoco se debe dejar de aguardar sobresaltos ni extrañezas. Trump todavía posee fuerte control sobre la base republicana y nítido liderazgo sobre el resto. No es el de otrora, pero para nade resulta un cadáver, aunque Ron De Santis tampoco pueda asegurar su triunfo. Aunque el DCN, a diferencia del pasado, sabe administrar la fatiga suscitada por la figura de Trump —con 76 años, menos de los 80 de Biden—, tampoco implica que la base del “partido del elefante” haya realizado una definitiva ruptura franca y de descarte a su política.

Por el contrario, los cuatro años de ejercicio del *poder* de Trump estuvieron lejos de “conmover las estructuras de la dominación”. Sobre todo, de su confrontativo *vis à vis*

ceremonial con Wall Street, relación de la que se considera “víctima”. Tampoco alteró la afirmada modificación de la estructura del empleo ni de la obra pública, aquella prometida para dinamizar la economía. Más bien fue otra variante del neoliberalismo: aumento significativo de los “empleos basura”, profundización de la informalidad que muestra sólo efectistas modificaciones en los números *macro* de las cuentas nacionales sin alterar su estructura. Bajo la administración Trump, continuó linealmente el proceso de concentración y centralización de la crónica “desigualación” impuesta por el neoliberalismo, avanzando, como en la Argentina con la experiencia neoliberal, con un “capitalismo de amigos”, una “gran familia”, la *Ndrangheta*. Ese tufillo mafioso y de intenso *ambiente tóxico* que, de una manera tan similar y análoga, ha ido adquiriendo el mundo del hoy.

Trump abandonó desde un inicio su discurso populista de prometida *distribución*, al acentuar sus aspectos más *reaccionarios* en sus políticas de *reconocimiento*. Incluso llegó a alineamientos insólitos, cual su defensa filonazi en los acontecimientos de Charlottesville, su rescate —nunca condena— de la violencia *supremacista*, su alineamiento con las políticas duras y su apoyo al veterano jefe Arpaio: “el sheriff más implacable de los EE. UU.”, quien sospechó sobre una falsificación del certificado de nacimiento de Obama. También destaco su amparo a los monumentos de los generales confederados, y siempre supo alimentar las políticas más radicalizadas contra cualquier *progresismo* en materia de inmigración.

Más aún, con su característica soberbia de autocentramiento, siempre tendió a hacer el uso de un lenguaje sedicente, altanero, provocativo. Con una constante tentación a acentuar los énfasis, lo hiperbólico, así como también a desplegar ejes de confrontación para acentuar su acendrada idea de una necesidad sobre la existencia de las jerarquías sociales. Otra constante: sus amenazas de prohibiciones, la búsqueda de la ejemplarización a través de la expiación, y una compulsiva e inquebrantable instalación discriminatoria de la cultura musulmana, las prohibiciones de viajes a zonas remotas o desconfiables, alimentando un “sentido común” prejuicioso y adocenado. A esto puede sumarse la progresiva satanización del proceso venezolano y, ni bien tuvo oportunidad, la censura al gobierno argentino de Cristina Fernández de Kirchner. De este modo, fue deshaciendo cualquier asociación con la vigencia de los derechos humanos. Así lo hizo también con los derechos civiles en el Departamento de Justicia y de Trabajo: en un plano, con relación a los acuerdos extrajudiciales; en el otro, con los abusos de los contratistas en sus discriminaciones social y raciales.

¿Cómo fue que el derrumbe de las ciudades industriales llevó a este regreso hacia el acorralamiento de las minorías sexuales y culturales? Una escalada de proporciones hacia una política *reaccionaria* en todos los niveles y dimensiones de la vida social. Su política en materia de relaciones internacionales fue absolutamente imperativa, la más carente de toda diplomacia. Desplegó prácticas de sobreexigencia, no sólo con la UE, sino en su trato con sus aliados estratégicos en la NATO, para no hablar de aquellos países que, desde su retórica, creyera de obligada sumisión y sometimiento a su influencia.

En definitiva, planteo que existe un universo irreconciliable con el candidato de campaña y sus promesas electorales. Un discrecional manejo en cuanto el ejercicio del *poder* presidencial, que produce crónica crisis del sistema institucional norteamericano. Esta crisis de funcionamiento, no casualmente, se produjo y tuvo sus inicios, con este deterioro especulativo de su funcionamiento, cuando el señalado *ascenso neoliberal*. Desde el primer Reagan, entre el Capitolio y la Casa Blanca, entre la mayoría del Senado y el Ejecutivo, dentro de un país que fue el iniciador del republicanismo presidencialista. Este giro de la palabra presidencial generó un efecto de “sentido” no previsto. Lo que se había consolidado en tanto *construcción hegemónica* —algo próximo a la consolidación de un nuevo bloque histórico— con Trump pasó a ser una lectura populista “electoralera”. Su *práctica*, en toda la línea, transitó a un *neoliberalismo ultra-reaccionario*, por lo cual resulta difícil que los “actores” que supieron constituir su triunfo electoral pueda reconstruirlo nuevamente para las próximas elecciones. Sin embargo, aunque difícil de prever y menos de diagnosticar cual absoluto, la dinámica económica parecería estar recuperando algo de sus “posiciones”, por supuesto que al impositivo *modo* de la semiopolítica del americanismo, la de “los hechos consumados”, más a partir de la crisis de Ucrania, bajando la inflación, pese a que aún se diagnostique una recesión inevitable.

En lo inmediato, se hace difícil pensar en la posibilidad de consolidar un procurado bloque histórico del que, en verdad, estuvieron cerca de lograr. Están comprometidas las posibilidades de una sólida *construcción hegemónica*, sobre todo porque desde el actual sistema político norteamericano, tan dispuesto del arriba para abajo, es difícil crear una perspectiva que canalice la señalada masa flotante de energía a disposición que los movimientos sociales supieron mostrar y desplegar. Tal masa flotante se encuentra vacante para cualquier construcción, bajo el actual contexto de crisis estructural: pandemia, Ucrania, confrontación con China, rebeliones en el “patio trasero”, pobreza extrema en su retaguardia, condiciones críticas lo suficientemente amplias como para que impliquen a los grandes conglomerados de

clases medias y trabajadoras. Gran parte de la agricultura, los servicios, la manufactura, las LGBTQ+, la construcción, la minería, el trabajo doméstico y el sector público, con una creciente y vasta población femenina, inmigrante y de gente marrón y negra, difícilmente se alineen orgánicamente dentro de una propuesta que no perciban sólida e históricamente viable.

Biden está protegido por su avanzada edad, sin embargo, existen “cuestiones” que trascienden la cronificación de su figura con vacilaciones y *lapses*. Lo hacen “componentes” de la comunicación, sociología y ciencia política que deben ser tenidos en cuenta. No se sabe si, detrás de tanta consultoría y grupos de especialización, exista una adecuada lectura de las condiciones de producción, circulación y reconocimiento del discurso por fuera del Estado profundo. Los jóvenes no votan: fenómeno extraño. Muchos están en la calle y se manifiestan. O lo hacen en los muros —no sólo en las redes sociales—. Todo sería más claro si existiera un canal de participación donde la juventud pudiera plasmar sus opiniones. Si bien es una tendencia mundial, se reconoce que es una falencia y una señal del deterioro de la vida democrática.

En resumen, el neoliberalismo ha logrado el vaciamiento del “sentido” de la política. Promueve la antipolítica, el recelo, la desconfianza, las “grietas” que licuan cualquier acuerdo. La juventud no participa porque no cree y no ve posible *cambio* alguno. Lo han logrado. Los componentes estáticos del *poder* generaron una “situación” de licuación, frialdad e impotencia que restringe cualquier *credibilidad*. Nada es *verosímil*. Todo se presenta estático y pasivo, poco conmueve. Sería mucho mejor si se diese ese canal de expresión que dinamice la creciente diversidad y tal dispersión en el espectro de opiniones. Pero resulta lo contrario.

Aun poseyendo los niveles de los *colleges universitarios*, la formación particularista del universo angloamericano atenta contra una *visión* del conjunto, no sólo del mundo que les resulta realmente ajeno y hasta manipulable *a piacere*, sino también de una “mirada” prolija de los universos particulares. Lo hacen desde una lectura instrumental, tal como se puede colegir de la guerra en Ucrania, una oportunidad de los “negocios” que forman parte de las posibles utilidades para su vida política, que es, sin dudas, la larga vida del americanismo.

CAPÍTULO 5

EL “EMPATE HEGEMÓNICO” DE ÚLTIMA GENERACIÓN

“El tiempo no es una cuerda que se pueda medir nudo a nudo, el tiempo es una superficie oblicua y ondulante que sólo la memoria es capaz de hacer que se mueva y aproxime”
José Saramago

“Desconocer una Verdad me hace esclavo de una mentira”
Proverbio japonés

“Estar contra el fascismo sin estar contra el capitalismo, rebelarse contra la barbarie que nace de la barbarie, equivale a reclamar una parte del ternero y oponerse a sacrificarlo”
Bertold Brecht

1. “Síntomas” de un cambio de época: un giro a la derecha

Los fenómenos políticos del siglo XXI, lejos de simplificarse, tal como la cosmología neoliberal lo prometía, sumaron nuevas y mayores complejidades con una serie de galimatías ideológicos imprevisibles. La fragmentación y atomización que alteraron las condiciones de reconocimiento adosaron inéditos obstáculos. Una intrincada red de vínculos simbólicos, reagrupados al modo del original concepto de “enjambre”¹⁰⁴, habrían de diversificarse de conformidad a una yuxtaposición inextricable de acuerdo con su materialidad, como sucede con las redes sociales, que se “controlan”, pero nunca se “dominan”. Me refiero a una sociedad orientada hacia el rendimiento y al novedoso consumo irreflexivo de un capitalismo digital, en el que se profundizan una serie de efectos de “sentido” y de reacciones compendiadas en campos ajenos a cualquier intelectualidad orgánica comprometida con la transformación social.

Ya sea por los procesos de “desigualación” que trajo consigo el neoliberalismo; las reacciones producidas por la competencia, la envidia o la celosía ante tamaño despliegue material y tecnológico tan sofisticado; o al temor por quedar afuera de la sociedad; ya sea por las reactivas resistencias y renuencias a las amenazantes pérdidas, por las rebeldías frente a la cruel coacción; o la “situación” de constante amenaza; todo ello produjo una larga serie de niveles de oposición desagregados, y hasta de oposicionismo a cualquier sometimiento, potenciados de manera poco esperada, improvisada y espontánea.

¹⁰⁴ Byung-Chul Han, *En el enjambre*, Buenos Aires, Herder, Colección Pensamiento, 2020.

Se tratan de fenómenos que irradian reacciones difíciles de medir. Resistencias a los cambios que, producto de “situaciones” no siempre deseadas, provocan desobediencias e indocilidades no previstas, o una contra reacción que instiga vertical represión para su aplastamiento, producto de un tipo de rechazo que tantea la desintegración de todo aquello que al *poder real* no le plazca. Advierto que es un error inclinarse a esa lógica “periodística” que habla de una *época* que favorece la irrupción de “loquitos” sueltos: Bolsonaro, Trump, Orbán, Elon Musk, Putin, Zelensky, Salvini, Milosevic, Meloni, Berlusconi, Díaz Ayuso, Netanyahu, entre tantos. Ellos deben ser “releídos” como lo que son: efectos de procesos de estructura.¹⁰⁵

Estos productos de un tiempo inusual deben ser rastreados y estudiados con relación a sus comportamientos orgánicos, al entendimiento de los porqués de tan constantes movimientos vertiginosos. Existe una común matriz desiderativa propia del *signo epocal*: las bolsas de residuos que fingieron “desaparecidos” el 27 de febrero del 2021 en Plaza de Mayo —con la figura de Estela de Carlotto, militantes de DD. HH., Santiago Maldonado y demás—; el asalto al Capitolio del 6 de enero del 2021; la represión en el Perú tras el Golpe a Pedro Castillo en 2022; el asalto bolsonarista¹⁰⁶ al Palacio del Planalto o el intento de asesinato a la vicepresidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner el 1 de septiembre de 2022, a pocos conmueven o se lo justifica. Resultan ser los “síntomas” de un *cambio de época* radicalizados por su “giro a la derecha”. Si bien este tipo de *acciones* siempre existieron, el fenómeno de la mediatización, bajo las actuales condiciones de reconocimiento, las multiplica sin una consideración estudiada. De manera arbitraria, las asocio al *ascenso fascista* de los años treinta, no porque sean de lineal vínculo, sino porque sospecho que se establecen por inducidos climas psicopolíticos.

En este apartado me propongo elucidar esta espontánea asociación que liga al conservadorismo con el neoliberalismo, desnudando esa linealidad de dificultades con la que se abordan los *análisis políticos* del mundo de hoy. Advierto que se simplifican los fenómenos complejos, como fascismo, neofascismo, posfascismo, nazismo, populismo, totalitarismo, autoritarismo y toda su cadena asociativa subsecuente, para que tal dimensión ideológica se descalibre bajo una nominatividad ligera. Se los ha reagrupado, provisionalmente, con este señalamiento global de “restauración conservadora”. Ahora bien, se trata de una conceptualización corta e insuficiente, ya que no implican a los dramáticos eventos sucedáneos

¹⁰⁵ Natascha Strobl, *La nueva derecha: análisis del conservadurismo radicalizado*, Buenos Aires, Katz, 2023.

¹⁰⁶ Ariel Goldstein, *Bolsonaro: La democracia de Brasil en peligro*, Buenos Aires, Historia Urgente, Marea Editorial, 2019.

que, inducidos, en los hechos, de *forma* inmediata se los asocia a la barbarie fascista, o a un paso inmediato anterior que acumula en tal sentido, Victoria Villarroel mediante. Se los induce para ser “leídos” como chantaje, porque se los implica cual sobreentendida amenaza necesaria.

No siempre resultan suficientes para materializar su procurado objetivo de paralizar al Estado y la política, pero son una instrumentación subyacente de la violencia simbólica y material propia del fascismo, aunque se los eludan implicarlos en su nominatividad para ajustar su adecuación a los discursos ceremoniales de la política actual. Esa ventajosa acomodación mercantil y oportunista, siempre “políticamente correcta”, que procura no herir susceptibilidades y así evadir “costos” adicionales, abarcando a toda esta cáscara posmoderna tal como se sabe entender al actual concepto indoloro de democracia.

La semiopolítica del americanismo muestra que se trata de una cosmovisión cuya *forma* favorece, eficiente, a la *irreflexión* acerca de las relaciones de poder en la sociedad, sobre quién se beneficia o a quién se perjudica. Así, se generalizan inmotivados planos inclinados que estimulan a *prácticas significantes* que expresan no otra cosa que el dominio de las causas. Inmotivada, transhistórica, transocial, la *práctica significativa* analizada por la semiopolítica del americanismo —siempre ideológica en tanto “concepción del mundo” viva— trasciende los omnipotentes trazados ideacionales de la conciencia, pragmático reflejo de sus *reales* mandos en los “factores” de la dominación. Involucra su sabio control sobre la dimensión y la calidad de los impactos que se producen sobre la significación social.

Recuerdo que la semiopolítica tiene un basamento inicial dentro de la “mirada” frankfurtiana. Esto es, una resultante no prevista del recorte de una sociología política del conocimiento abocada al estudio que ubica a la Razón cual “fundamento” del progreso humano, la transformación de las “subjetividades” y del estudio de la alienación del individuo propia del mundo de hoy. Desde esta mirada, el fenómeno designado “semiopolítica del americanismo” se ubica en la múltiple dimensión de *lo ideológico*, aquella superficie que se sabe ubicar por encima de las ideologías en *stricto sensu*. Un fenómeno eficiente, material, concreto, que se supo encarnar abstracto, con su dominio y su control de las causas, más allá de la Verdad y sus lógicas, cristalizado, en su estado de supremacía concreta y material, entre el imperio de su prepotencia y el señorío de su control axiológico¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Axiología: Del griego axia: (valor) y logos: (estudio, tratado). Como ciencia es la parte de la filosofía que estudia el origen, desarrollo y naturaleza y funciones de los valores. Bien supremo: objeto, proceso o fenómeno portador del valor fundamental.

De esta manera se perdió *el momento de la Verdad*, en un mundo en donde la mitad de su población se encuentra de más y, por lo tanto, liberada a su suerte¹⁰⁸. Cuando aquí privilegio de tal manera el universo de *lo ideológico* como determinante de una “lectura” política de lo Real, y lo caracterizo inmotivado, transhistórico, transsocial, se lo debe entender distante de la original versión lacaneana de su definición de inconsciente, luego recurrida cual equivalente espejo por Althusser para la ideología en su *visión* de los AIE.

La propuesta semiopolítica debe ser entendida dentro de la tensión existente entre lo que aquí distingo como “situación” —asociada a la instancia física dentro de la estructura social material— respecto de su “posición” —su dimensión ideológica y política superestructural—, siempre concebida a partir de su inscripción en una dialéctica sin posicionamientos estables, tal como se comprende de la intervención de Michel Pêcheux¹⁰⁹. Esto no implica comprender *lo ideológico* libre de sobredeterminaciones sociales entre tales polémicos “lugares” tópicos como “situación” y “posición”. La dinámica social oculta sus interesadas “huellas” *epocales*, instancia que supera las posibilidades subjetivas de determinación, ya que parten de lo Real, pero sólo se manifiestan en las realidades socialmente constituidas a través de sus discursos. Así, se encuentran por fuera de la voluntad de las personas, y los analistas debieran realizar el esfuerzo para recuperar sus “sentidos”¹¹⁰, esos que se despliegan en el seno de su discursividad y que deben ser rastreados a través de la conflictividad ínsita que lleva adelante esa lucha de clases propia, bajo una determinada coyuntura ideológica particular.

La formación discursiva concreta debe ser analizada dentro de una coyuntura que incluya su estructura ideológica, económica, jurídico-política, en dinámica interacción con otras formaciones sociales del “paralelogramo de fuerzas” inscriptas en lo Real de la sociedad. No existen las *prácticas sociales* sin discursos; éstos son los portavoces para su interpretación. Lo discursivo se encuentra más allá de la lingüística, ha de estar dentro de la lengua donde se expresa cabalmente lo que está ocurriendo en el interior de las *prácticas sociales*, ya que la lengua resulta ser la interpretante universal de todos los sistemas semióticos.

Volviendo al “giro a la derecha”, en los EE. UU. se transita desde hace años hacia esta orientación fascistizante. Procuro no caer en grandilocuencias y en amplificaciones que

¹⁰⁸ Damián Tabarovsky, *El momento de la verdad*, Buenos Aires, Editorial Mardulce, 2022.

¹⁰⁹ Françoise Gadet y Michel Pêcheux, *La lengua de nunca acabar*, México, sección de Obras de Lengua y Estudios Literarios de Fondo de Cultura Económica, 1984.

¹¹⁰ Eliseo Verón, *La semiosis social 2: Ideas, movimientos, interpretantes*, ob. cit., p. 105.

indiscriminen conceptos nucleares asociados a la violencia a partir de una semantización que arrastre a la exageración o a una dramatización inaceptable. Al fascismo se lo caracteriza por su abuso aleccionador de la violencia simbólica con que se apropia de los acontecimientos violentos ejemplificadores al estilo mafioso. Por su parte, el nazismo resultaría ser el punto cúlmine de la irracionalidad más irascible de esa violencia, cuya materialidad llevó a Hannah Arendt a acuñar su afamado concepto de “banalidad del mal”. Ahora bien, tales precisiones se encuentran conceptualmente anquilosadas. Llamar “fascista” a cualquier violencia no prevista, o que avasalle los estándares de tolerancia, o “nazi” a un proceso extremista aislado, inigualable y de unicidad ahistórica sólo caracterizable por su excepcionalidad, es un error que, con su tolerancia, arrastra a la apatía, la indeterminación y la inespecificidad.

La perspectiva semiopolítica precisa otros “componentes” que forjen el romper con esta unicidad del movimiento social fascista, por sus niveles de articulación que en tal *radicalización* se coronaron en la excepcional experiencia alemana. La sociología política del conocimiento debe avanzar barriendo esta singularidad histórica y entender a los acontecimientos del pasado en tanto “procesos”. Sólo así se sabrá sacar de este consabido carácter estereotipado de los “lugares comunes”, con sus tan cristalizados ejemplos paradigmáticos: Mussolini, fascismo; Hitler, nazismo. Las CHyS con influencia política, capturadas en su marasmo dentro de la teoría de la democracia de matriz angloamericana, funcionales al post Bretton Woods y al *ethos* posterior a la Guerra Fría, arrastran a pueriles conceptos generalizantes e indeterminados. Aquellos herederos que se aprisionaron en nociones estandarizadas: “totalitarismo”, “autoritarismo”, “populismo”. “Trajes a la medida” para categorías residuales generalizantes que sólo sirven para condenar lo que “no les gusta” o censurar lo que no puede explicarse, pero poco aportan para revelar o razonar acerca de “por qué sucede lo que sucede”.

El comportamiento fascista se asemejaría al de un adolescente enojado, mientras que el filonazi, al de un burócrata que, de manera utilitaria, abusa de creencias e ingenuidades hasta la extrema atrocidad masiva. El actual progreso de proto nazificación resulta ser el corolario de cuando el fascismo se tienta y crece, perdiendo sus invocaciones iniciales, cebándose en su intento por imponer autoritariamente “gobierno” a “situaciones” enojosas. Esto es lo que le ocurre a los EE. UU. El ascenso demócrata de Biden al gobierno posee un diagnóstico corto: sugiero que se encuadra en una *guerra civil fría*, amén de que la escalada de objetivos potencie la conflictividad de Ucrania en *guerra mundial*. La “solución” mágica que permita retrotraer las actuales condiciones indomables a *épocas* más favorables no se avizora nada fácil. Los actos

mágicos no existen o, peor aún, en dosis inapropiadas, sólo envalentonan lo que pretenden abortar —baste recordar cómo se alentó a Hitler, tal como Occidente lo generó con su teoría del apaciguamiento de entreguerras—. De allí la necesidad de reflexionar de manera anticipada en torno a la larga serie de errores producidos al articular el inadecuado manejo de un “polvorín en ciernes” y que el embrión fascistoide no progrese en su crecimiento al adulto nazi.

Como ya he señalado, la génesis de la potencialidad fascista estadounidense parte de su matriz *supremacista*, heredera del concepto WASP, en alusión a los originarios norteamericanos del norte de Europa. Esta denominación fue impresa, para los años sesenta, por E. Digby Baltzell, sociólogo académico y escritor de Filadelfia, quien ironizó con tal simplificación a los miembros del grupo étnico y religioso considerado el más poderoso, privilegiado e influyente de los EE. UU. Por extensión, tal sigla hoy se refiere a toda persona blanca de clase media, descendiente de los primeros colonos que asumieron esos “valores” tradicionales que la semiopolítica del americanismo procura estudiar y develar.

Este nucleamiento alcanzó a primar en sucesivos *ciclos*; en otros, a debilitarse. Para la década de los ochenta, supo “leer” el contexto *epocal* y reflatar su calificación originaria. Se trató de una abierta reacción que asumió otra “correlación de fuerzas”, cuando estaban eclipsados los movimientos pacifistas y los derechos civiles de los sesenta. Ahora sí, era posible celebrar en plenitud el restablecimiento de los históricos “patrones de normalidad” de aquel auténtico *mito* centrado en ratificar un futuro “destino manifiesto” para los EE. UU.

Baste mirar cualquier serie de la televisión norteamericana, en la que en toda ciudad, pueblo o instancia rural, la preeminencia de los blancos resulta apabullante. Si se compara con el resto, Iberoamérica está compuesta por “indios de dos continentes, mezclados con español”¹¹¹. A esto se agrega la vastedad de la migración mundial que, tanto para la América del Norte como para las otras tres, le yuxtapuso la “situación” del “siglo XX corto”, sumada la realidad de posguerra e inmigración de refugiados políticos y sociales.

¹¹¹ Los Tigres del Norte, “Somos más americanos”, del álbum *Uniendo Fronteras* (2001), escrita por Brad Wilk, Enrique Valencia, Tim Commerford, Tom Morello y Zack de la Rocha: “... yo soy la sangre del indio, soy latino, soy mestizo, somos de todos los oficios, y si contamos los siglos, aunque le duela al vecino, somos más americanos, que todititos los gringos (...) Y si no miente la Historia, así se asentó en la gloria, la poderosa nación. Entre guerreros valientes, indios de dos continentes, mezclados con español. Y si a los siglos nos vamos, somos más americanos, somos más americanos, que el hijo de anglosajón”.

2. La industria cultural y sus productos aleccionadores

El advenimiento de la IC —según Adorno y Horkheimer¹¹²— fue decisivo para el “siglo XX corto” pero, para esta obra, lo es mucho más dentro de lo que se transita del siglo XXI. Las transformaciones producidas con el capitalismo digital y la RCyT han sido mayúsculas, irreconocibles aún para sus usuarios que no establecen siquiera reflexión en sus consumos. Eliseo Verón condenó el uso abusivo del concepto de IC por ser una caracterización genérica, al asumirla cual una metáfora testimonial¹¹³ de un acontecimiento social *real*. De acuerdo con Verón, se trata de una aproximación inmoderada de quienes, alineados bajo la teoría crítica, la entendieran cual asunción militante en su condena anticapitalista. En los minoritarios círculos frankfurtianos poseyó preeminencia, mucho más a partir de la gradual consolidación de la industria cinematográfica —herramienta indispensable para la semiopolítica del americanismo— que cobró arranque a partir de las producciones de Hollywood con su proyección como herramienta de transformación artística y cultural a escala internacional.

Para Adorno, la IC, en definitiva, involucra un tipo de *praxis* que desprecia al ser una expresión de la linealidad mercantil: la acomodación de las elaboraciones culturales bajo el simplificador paraguas del lucro económico, ínsito atributo de cualquier desarrollo capitalista. Un “factor” distorsionador para las creaciones culturales, en coherencia con la mercantilización *epocal* en comparación al papel sublime que su teoría estética le adjudica a “la obra de arte”.

Todas estas definiciones de mediados del siglo XX quedaron estrechas, cortas. Los fenómenos socioculturales, históricamente complicados, se fueron complejizando y desagregando en múltiples recortes y disciplinas, sin ninguna expresión común totalizante ni integradora. La IC, la RCyT y las elaboraciones del capitalismo digital han ido creando una realidad cuyos ámbitos son los “aparatos”. Una suerte de industria de la Información, muy próxima a lo que aquí denomino DCN. La industria de la información, bajo tal creciente complejidad, tiene un resultado buscado: la noticia. A ella se la debe entender el producto de una industria, no precisamente libre de intereses. Esta noticia sale de una fábrica, que es el medio informativo, de un SIyC dispuesto a generarla y transformar en meros datos a las cosas.

De esta manera se construye “la actualidad” con la que se convive, el resultado de un proceso productivo, de una producción política de la realidad social cuyo objetivo es incidir de

¹¹² Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Ediciones Akal, 1981 (2007).

¹¹³ Eliseo Verón, *Construir el acontecimiento*, ob. cit.

manera manifiesta en la experiencia colectiva. Tal “actualidad” metaboliza su hegemonía a través del eterno “presentismo” de François Hartog, de ese relato histórico que sabe construir las debidas categorías ideológicas permanentes para juzgar al pasado a partir de sus criterios actuales, realizando una operación de legitimación que tienda a la glorificación de la realidad “presente” como el logro y resultado de una construcción exitosa. El “presentismo” juzga al pasado bajo el prisma de los “valores” que le insufla la *construcción hegemónica* dominante. Esa realidad “presente” que abdica de las complejidades y sus condiciones de producción para restarle perspectiva a cualquier tono que pudiera inscribirse en un histórico contexto crítico.

Tal transformación secuencial evidencia una serie de reflexiones atravesadas por los cambios del paradigma tecnológico de cada época, de cuyos intereses sería ingenuo no desconfiar. Walter Benjamin observó que, con la evolución de los tiempos, se perdió el enlace entre “experiencia transmitida” (*Erfahrung*) y “experiencia vivida” (*Erlebnis*)¹¹⁴. La transmisión de este enlace, es decir, de las “memorias” por las “experiencias transmitidas”, fue alterada por la producción cinematográfica, que supo habilitar una lectura que galardona “triunfadores” y vitupera “perdedores”, en construidas condiciones de reconocimiento y de “registro” para un “gran público” desagregado. Se trataba de un público masivo pobremente preparado para juzgar, que no posee las solventes condiciones iniciales para indagar hechos sobre los cuales no se encuentra formado ni dispuesto a entender. Tampoco posee una conciencia política propia, heredera de la “memoria” popular.

Con el cine se “baja” una implícita “línea” vertical que debe lidiar, muchas veces, contra la filosofía popular: supersticiones, folklorismos, ritos. Toda esa cultura defensiva privativa de los pueblos genera sus núcleos de “buen sentido”, propios de la señalada espontánea e ideológica filosofía popular. El declive de la religiosidad, la interpretación católica del cristianismo, el mismo desarrollo tecnológico, vía un *Cinema Paradiso* (1988), la inorganicidad a la que se les arrastra el consumismo inútil y alienante, evidencian la asunción de impuestos ajenos “valores” estéticos que asisten a borrar “identidades”, tradiciones y “memorias” históricas. Conciben el generar autoextrañamiento, conductas desviadas o anomia. El estado de desorganización social o aislamiento individual es consecuencia de la falta o incongruencia de su relación con las normas sociales. Tales condiciones arrastran a la pasividad y al retraimiento, incomunicación social o a la procurada sumisión subordinada, sublimando cultos originarios de

¹¹⁴ Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso*, ob. cit., p. 15.

acontecimientos fundantes, cual anclajes identitarios de un pasado que resume consagrados “valores” laicos que pueden llegar a ser objeto de deificación.

El *derrumbe* de la fe tradicional conlleva una simbología histórica que recurre a otros “lugares” para las interpretaciones políticas y sociales, cual si fuera un culto de religión civil. De esta manera, la cita de Adorno, “Después de Auschwitz escribir poesía es un acto de barbarie”, es parte de un proceso de institucionalización de algo subliminal —de allí la pertinencia de la semiopolítica—, un trabajo de duelo para la sociedad occidental, que ha cambiado su objeto. Se entroniza un significante fundacional de la barbarie de lo que no debe repetirse, y así se genera un efecto de “sentido” político redituable de naturaleza estratégica.

Esta magnífica jugada repercute de manera constitutiva en su *acción* confluyente, desde los *Memorial Studies* a fragmentos de la memoria colectiva, donde la *Shoa* del siglo XX resulta ser una gesta paradigmática de la irracionalidad, testigo de la barbarie sometida al concepto de crímenes de *lesa humanidad*. De esta manera, con una maniobra ideológico-política histórica, la IC juega un papel central en los *sistemas* de representaciones políticas y sociales, porque construye “testigos” documentales que legitiman lo vivido: los sobrevivientes de los campos de concentración. De allí en más, su manipulación política: los *gulags*, los campos de reeducación, la descalificación de lo que “el régimen soviético” valoraba cual “la confesión”; todo se acomoda dentro de un concepto de *barbarie* política funcional que valida la calidad de las experiencias históricas para suplir el recuerdo personal y el “registro” de la *práctica* particular.

De más está decir que se trata de un quiebre de proporciones en las condiciones de reconocimiento. Se alimenta una ausencia de voluntad para relevar los planos filosóficos y político-ideológicos más profundos, naturalizando consensos a partir de estados emocionales afectivos con condenas preestablecidas con todas sus dificultades de “registro” reafirmando lo que ya se encuentra asentado. Así se consuman las “operaciones” ideológicas fundacionales que pasan a ser cimiento de conciencia. Frente a los vacíos de significación que provoca el tardocapitalismo neoliberal, irrumpe su lectura conveniente, la que brinda *respuestas* apropiadas y pertinentes bajo el prisma de su estereotipada acomodación que evita disrupciones. Se utiliza el empirismo positivista, ese del machacar, al *modo* señalado líneas arriba por Aldous Huxley. Me refiero a la reiteración exponencial de dichos preconstituidos, que fraguan una “operación” legitimante modelada cual contundente *verosímil*, lo que instrumenta la legitimación política de cualquier Verdad.

Para los confines de la Guerra Fría, dos miniseries conmovieron al “gran público”. Dramatizaban privilegiadas *respuestas* a temas pendientes de resolución. De esta manera se avanzaba en sellar con saldos debidamente satisfactorios a sensibles problemáticas críticas. Se satisfacían niveles de conciencia favorables para una provechosa “memoria” activa que supiera construir definiciones funcionales que le brindasen resultados de integración mnémica al sistema conservador propio del americanismo. Su objetivo era mantener vivas las debidas conclusiones, vía la RCyT, así como su *construcción hegemónica* sobre una teleaudiencia cautiva y acrítica al profundizarse en temáticas que exigían satisfacción. Las dos miniseries produjeron análogos impacto y ascendiente, de conformidad a lecturas “políticamente correctas” que permitieran despejar al *corpus* ideológico de una pasiva y ávida audiencia, pendiente de definiciones que les cerraran heridas. Sin embargo, su rendimiento fue diferencial.

Así lo supo expresar al momento fundacional *The Birth of a nation* original¹¹⁵, al dejar, no sólo “marcas”, sino “huellas” indelebles del carácter indestructible del americanismo. La nueva oleada brindó claridad al retroalimentar una nueva lectura, adaptada a los tiempos “políticamente correctos” del *supremacista apartheid* de aquella insigne metáfora de la cruz de fuego, asumida por las prácticas rituales del Ku Klux Klan (KKK), y la cargada alegoría del suicidio de la dama blanca frente a la imaginaria construcción fundacional sobre su supuesta potencial violación *nigger*. Esta vez, con relación a aquella, tal inducción ideológica supo consolidar “valores” al facilitar lecturas de alto impacto a partir de su consumo emocional, propio de una propaganda política que ha sabido asimilar las modernas técnicas publicitarias de *shock*, para así reafirmar los “valores” fundantes del americanismo, haciendo de ellos un “dogma de fe” para el “gran público” masivo. Al *modo* de las series televisivas de entonces, el novedoso formato por capítulos abordó debidamente las problemáticas medulares asimilando la evolución tecnológica de tales tiempos.

¹¹⁵ D. W. Griffith, *El nacimiento de una nación*. La película se estrenó el 8 de febrero de 1915, en el Auditorio Clune en el centro de Los Ángeles. En su estreno fue titulada *The Clansman*, pero el título fue cambiado posteriormente a *El nacimiento de una nación* para reflejar la creencia de Griffith de que EE. UU. emergió de la guerra civil norteamericana y su reconstrucción como nación unificada.

Raíces (*Roots*)¹¹⁶ y *Holocausto*¹¹⁷, producciones de 1978, tuvieron pleno éxito de audiencia, cumpliendo funciones de naturaleza política e ideológica diferenciales. *Lo ideológico* se constituyó en un “factor” decisivo, ya que incidió de manera manifiesta con una siembra sobre la cosmovisión semiopolítica del americanismo de alcance universal. No sólo impactaron en los EE. UU., sino también en Europa occidental, a partir de un tema vedado para Alemania, pero que tuvo decisiva conmoción estratégica de una miniserie respecto de la otra.

Raíces contaba la historia de *Kunta Kinte*, un hombre libre africano forzado al trabajo esclavo en los EE. UU., con varios intentos vanos para obtener su libertad. Dado su éxito, la miniserie fue recuperada con una nueva versión (2016), recreada y difundida por el canal *History Channel*, también emitida en simultáneo por los canales *A&E* y *Lifetime*. Fue una adaptación de la histórica novela *Roots* de Alex Haley: *The Saga of an-American Family*.

Holocausto fue emitida por la cadena norteamericana NBC justo para los años previos a la Caída del Muro, y de lo que dos años después sería la disolución de la Unión Soviética. Esta miniserie supo entronizar el papel de potencia hegemónica de los Estados Unidos. Así como a renglón seguido se verá que la fascistización debe ser vista cual un “proceso”, con ese producto cultural se realizó una siembra para concretar una cadena sociativa afín a aquel

¹¹⁶ *Raíces* recibió 37 nominaciones, ganó nueve Emmy, un Globo de oro y un Peabody Award. Tuvo gran número de espectadores y cautivó a las audiencias de la televisión estadounidense, logrando con éxito dejar atrás los prejuicios raciales y psicológicos de todo tipo de familias y grupos étnicos. La serie y su secuela de 1979 se caracterizaron por añadir a su reparto a varios actores importantes afroamericanos con gran experiencia. Su secuela, *Roots: The Gift*, fue producida como una película de Navidad y es ampliamente considerada como una producción de menor calidad. La serie y el libro *Raíces* revivieron el interés en la historia oral y la genealogía entre la masa popular. También hubo interés en África y en nombres que sonaban africanos, como Kizzy, interpretada por Leslie Uggams, que llegó a transformarse en un nombre popular entre las niñas afroamericanas, aun en la siguiente generación. La serie fue dirigida por Marvin J. Chomsky, John Erman, David Greene y Gilbert Moses. Fue producida por Stan Margulies y David L. Wolper fue su productor ejecutivo. La música fue compuesta por Herald Fried y Quincy Jones. Alex Haley aparece en los últimos minutos de la serie, junto a fotos de los antepasados que lo conectan por nueve generaciones, desde la abuela de Kunta Kinte hasta él. Tuvo otra secuela de 14 horas, *Raíces: las siguientes generaciones* (*Roots: The Next Generations*), en 1979, y una película para televisión, *Roots: The Gift*, estrenada en 1988.

¹¹⁷ *Holocausto* procura ser un testimonio de época desde la perspectiva de la familia Weiss, de origen judío alemán, en *vis à vis* con la de la familia Dorf. En su desarrollo cada uno de los miembros de la familia Weiss experimenta los horrores del Holocausto, con un desenlace trágico, excepción hecha de Inga y Rudy. Anna Weiss vive traumatizada tras su violación por agentes de la Gestapo, es ejecutada junto a otros enfermos mentales, con la política de “eugenesia” de la Alemania de fines de los años treinta. De forma desesperada, persigue a Karl por varios campos de concentración. Inga consigue entregar las cartas si consiente relaciones sexuales con un sargento de las SS. Cuando se reúnen en Theresienstadt, queda embarazada. Erik Dorf, abogado de Berlín, al no encontrar trabajo, se afilia a las SS y se transforma de un hombre decente y honrado a asesino sin escrúpulos al frente de las operaciones de gaseado en los campos de exterminio. Sufre una crisis de conciencia a mitad de la guerra, pero su esposa lo insta a seguir adelante. Al finalizar la guerra, es capturado por el ejército norteamericano y termina quitándose la vida antes de ser sometido a juicio. La serie finaliza con imágenes de Rudi Weiss jugando al fútbol con niños griegos huérfanos en un ya liberado Theresienstadt.

concepto clave de Walter Benjamin sobre la “empatía historicista” con los vencedores. En la Argentina, *Holocausto* confluyó como la novelización de un drama historizado, pero no fue consumida sobre un terreno virgen. Convalidó los “supuestos” de la *barbarie* nazi, potenciados en su *verosimilitud* a la reiteración de la *cotidianeidad* burocrático-autoritaria de la propia realidad local. Tales operaciones recónditas lubricaron la naturalización de unos hechos cristalizados, con dispersos “factores” que colaboran para la sobredeterminación de los “sistemas de creencias” que no siempre confluyen con lo Real, lo vivido, la Verdad, ni con experiencias ciertas, aunque sea argumento vital en la disputa por la “memoria” con la Historia.

Lo diferencial de los impactos de estas dos exitosas miniseries es que poseían un potencial de reparo frente a una necesidad de apego y justificación en tiempos políticos e ideológicos desbordados por los *problemas de legitimación del capitalismo tardío* y sus perceptibles crisis. Estas crisis, que atravesaron a todo Occidente, generaron una vastedad de angustias e incertidumbres basadas en una común preocupación sobre la noción de futuro que se presentaba *realmente* incierta. La IC brindaba *respuestas* de reparo y satisfacción para un mundo de treinta años de Guerra Fría con la irresolución de un dramático “pasado que no pasa”.

Holocausto concluye con la irrupción de los estudios sobre la “memoria” bajo un nivel de legitimación académico, más allá del debate con su creador Pierre Nora. Ello genera un tiro por elevación que los libera de rendir cuentas. De hecho, los EE. UU. nunca muestra ninguna responsabilidad ni autocrítica sobre lo que fueron sus propios genocidios de nativos y negros. En este sentido, son un producto, como estas series operan cual “cortina de humo” y difuminan responsabilidades bajo el carácter propio de la naturaleza humana tras sus ínsitos afanes de dominio o de la corrupción propia del individualismo liberal. Sin embargo, cumplen una notable función: la de su depositación genocida en el “afuera”. En un suceso ajeno, el de la Alemania nazi, mientras reafirman su histórica desconfianza del autoritarismo germano, en tanto que ocultan sus cuarenta bases en territorio alemán. Esta instrumentación de la teoría del totalitarismo fecunda una categoría generalizable mediante una acción aleccionadora que opera por sobre las producciones del cine y la literatura; pero, sobre todo, maximizada en su alcance y extensión a partir de la producción televisiva que, instrumentalmente, fecunda su prédica al homologar el nacionalsocialismo con el comunismo y contra cualquier otro liderazgo opositor que la enfrente. Lo valida en tanto *verosímil* dentro del mismo contexto integral proyectando *ad infinitum* y en un “eterno presente” de lo que se entiende que fue la confrontación de la Guerra Fría. Lo relevante es que, superada tal conflictividad inicial, reproduce la matriz de

aquellos años, con juicios que pueden fundamentarse portátiles para enfrentar cualquier enemigo móvil, al formar axiomática manipulación categorial de incuestionable Verdad eterna.

Esa lectura buscaba ordenar al frente interno de cara a las mutaciones que les exigiría el “ajuste estructural”, junto al *ascenso* del *neoliberalismo reaccionario* de Ronald Reagan. Un cúmulo de ideas que el giro fascistoide supo acumular, generando consensos, en derredor de un plexo de “valores” no sólo conservadores, sino también fuertemente autoritarios, que allanasen a tales doctrinas para acompañar los aspectos *militaristas* propios de la post Guerra Fría. Tal como lo expresaron sus masivos consentimientos a las intervenciones militares por el mundo, el funcionamiento en materia de represión policial y las concesiones otorgadas en el plano interno a la “Ley Patriótica”, como se ha visto en el capítulo anterior.

3. Los portavoces de una transformación no prevista en la convivencia democrática

Este “imaginario”, gradualmente construido, se fue consolidando desde un inicio, estableciendo una anuencia tácita y generando un sólido movimiento social filo-fascistoide que, para la época del *ascenso* de Trump, sin ser su directo representante, supo alimentar ese equívoco concepto con el que sueñan muchas de estas expresiones de la derecha violenta: poseer a su demagógico portavoz. Ese que “les habrá de hablar claro” y decir “lo que se les debe decir”, con invocaciones que despierten al adormecido espíritu patriótico en la Casa Blanca. Esa larga serie de instructivas prohibiciones que han de enseñar “cómo ser un buen americano”, los campamentos, el armamento y los pertrechos que nutren a la sociedad más *militarizada* del orbe, así como la utilización de cárceles tipo campos de concentración. Estos mismos preceptos han aislado a los descendientes de japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, aceptando los allanamientos, los tiroteos a escuelas, o la desmedida punición pública a lo anómalo y la *otredad*. Todo ha ido constituyendo un *clímax* de violencia potencial en torno a la política, que difícilmente se pueda confrontar con un liderazgo liviano, frágil y poco carismático como el de un presidente tipo Joe Biden, quien, en términos relativos y bajo su lógica *militarista*, no lo ha hecho todo tan mal, pero que no es visto como una solución.

La percepción desde el extremo sur del hemisferio es que el acontecimiento del 6 de enero del 2021 no resultó un hecho más. Fue un verdadero punto de inflexión para un país que, si bien ha tenido magnicidios y castigos ejemplares, no sufrió golpes institucionales. Una suma de hechos y sucesos, un encadenamiento asociativo que, en su gravedad, no debiera pasar desapercibido. La historia lo habrá de recordar, pero no sólo por el vil aprovechamiento que su

escaso repudio provoca, propio de tantos rituales de los intereses menores, sino porque expresa una *crisis hegemónica* y política de proporciones que no debiera pasar desapercibida, en tanto expresión de la magnitud del trance crítico por el que peregrina el pensamiento liberal. Recién en estos días, a más de tres años de aquellos sucesos, y por motivos de alarma electoral, el Congreso recién se expidió, mientras que la vía penal, todavía, no lo ha hecho.

Estas metodologías violentas contra las instituciones tuvieron rápida réplica, sobre todo frente a cualquiera de las fuerzas denominadas *progresistas*: Bolivia, Chile, Perú, Brasil, Ecuador, y ahora reverdecen de manera imprevista en la Argentina, donde se las creía superadas con el “Nunca más” y los conceptos de “Memoria, Verdad y Justicia”. El DCN y las instancias judiciales realizan esos “abrazos del oso” con sus tan perceptibles *lawfares*. Tal “situación” es novedosa en el escenario dilemático que atañe a uno de sus protagonistas *reales*: la vida interna del PR. Sus posibilidades de sostener un equilibrio con aquella histórica base social dentro de los marcos de la convivencia democrática impulsan “situaciones” nuevas e invitan a una *radicalización* opositora, del mismo modo en que se ha vivido desde hace décadas con el “empate catastrófico” de la Argentina, y que padece el mundo de hoy en el propio hemisferio. Se trata de un modelo de polarización irresponsable que, a su modo, gradualmente, arrastra la hegemonía neoliberal hacia el subcontinente y parte de Centroamérica.

Tal transformación no prevista en la convivencia democrática del país del norte, al presentarse de una manera tan abrupta, orienta a la tentación de su *radicalización* y a “doblar la apuesta”. Trae consigo una legitimación de la violencia, la victimización, la aceptación de la mentira “táctica” y al opositorismo irresponsable, recurso instrumental del avance de la *posverdad* en la política. El hecho de que un expresidente haya generado tamaña invocación sediciosa para una movida de fuerza que trajo consigo por lo menos cinco muertos, en la idea de evitar la institucionalización de un gobierno elegido democráticamente por el pueblo, resulta una fuerte disyuntiva en el plano de las opciones políticas. Luego de su inaceptable expulsión de las redes —tema que explicaré luego—, que hoy Trump haya lanzado su precandidatura 2023, para “volver a derrotar” al PD “por tercera vez”, permite dar cuenta de una suma de “factores”, una *real* pendiente de sobreexcitación dentro del escenario político, cuya resolución no se halla a disposición. El inducido acontecimiento irresponsable pudo ser una efectiva e irreversible masacre catastrófica.

Si el analista se pone a reflexionar, cabría pensar que la sensatez de algún ala mayor del “partido del elefante” al llamar a sosiego, aceptando que era posible que “se hubiese ido

demasiado lejos”, resultó insuficiente para alertar sobre un “camino equivocado”. Pero ¿es esa la línea de reflexión mayoritaria de la Inteligencia del PR? Algunos lo han hecho, incluso menos de una decena votaron a favor del *impeachment* cuando su pedido de enjuiciamiento (2019). Pero desde aquí se vislumbra un razonamiento contemplativo de naturaleza especulativa para cubrir los espacios del mercado del voto, antes que un profundo debate ético-político. El inicial pánico a Donald Trump fue abrumador; hoy, su figura en el PR posee paridad sino mayoría.

La “trama” que procuro describir acerca de los prejuicios y cómo han producido tamaña alteración de la racionalidad, procura señalar el éxito de determinados efectos de “sentido”, ha arrastrado a que todo se haya recalentado con “miradas” de corto plazo. No sólo su cúpula, sino también vastas zonas de influencia de sus votantes que conciben que “las elecciones han sido robadas”. Algo similar a cómo desde el campo demócrata opuesto se formuló con el “Rusiagate”: una serie de proyecciones especulativas poco serias, que los arrastraron a un razonamiento economicista-corporativo que alentó meras especulaciones. Incluso peor: confabulaciones improbables, proyecciones massmediáticas plenas de prejuicios, que alteran no sólo el problema del voto, sino también a su organicidad, colocando en tela de juicio la institucionalidad y la representación política y social de la vida democrática republicana.

Se trata de un encubierto apoyo rodeado de misterio en derredor del acontecimiento, una ausencia de “condena” al brindarle sustento activo al pasivo apoyo republicano a las inconsistentes denuncias de fraude formuladas por Trump. Peor, luego del 6 de enero, se evidencia un alineamiento con horizontes comprometidos para cualquier futuro de su vida colectiva. Por suerte, de la inicial aceptación de un noventa por ciento del votante republicano, tal interesada mitificación gradualmente fue a la baja, pero ronda a la mitad de sus adherentes, que hoy, en más de un noventa y ocho por ciento volverían a, una vez más, votar a Trump.

Así se produce una “situación” paradójica: los líderes republicanos no se encuentran en condiciones de repudiar este tipo de “operaciones”. Si lo hacen, comprometen su futuro. Otro acto especulativo por fuera de la Razón. Peor aún, no forman parte de un “grupo de presión”, al modo del “Tea Party” o de los nacientes economicistas libertarios. Aquí se inicia otro camino. El modelo Trump es abusivo de los “recursos” válidos, todo un método y un *modo* de “hacer política”. Se ha sabido hacer efectivo sobre la base de un personaje para la mayoría anónimo: el sociópata macartista Roy Cohn, su inicial ideólogo. Cohn fue el creador de una escuela que fragua, con sus omisiones y mentiras, el terrorismo ideológico de los años cincuenta.

El ala moderada del PR viene a cuenta de Mitt Romney que, siendo conservador, se opone al “vale todo” y, con ello, se consolida un estado de parálisis. Nadie se anima a dividir aguas, a señalar un componente ético procedimental, la weberiana “ética con ajuste a medios”, donde las *formas* valen. Capturados en “situaciones” de *no contest*, no existe una política con *respuestas* que no trepiden en enfrentarlo. El temor se funda en la posible pérdida de posiciones dentro del partido, su conducción, y en cómo repercutirá en sus bases políticas del orden local.

De esta manera, el escenario político norteamericano se está adentrando en una etapa que, desde esta semiopolítica del americanismo, advierto como un mal ya existente en estas tierras del mundo latino, donde la política se encuentra recalentada, con un “empate hegemónico” y su “grieta” de muy difícil resolución. Este empobrecimiento de la trama conflictiva se enmarca en la *militarización* de la política, con la incidencia de las últimas doctrinas de las “guerras de cuarta y quinta generación”, también llamadas “guerras cognitivas”, en las que se procura alterar las lógicas con la administración de la Información sobre “la actualidad” al “cuadro de situación” sobre el cual pueda construirse tal realidad distorsionada.

Con un fuerte emparentamiento a una lectura interesada y confrontativa de algún pasado remoto, los portavoces de esta política invocan la generosidad de una *visión* nostálgica de algún tiempo pretérito, inexistente, ya ido. Todo eso lleva a que la violencia simbólica se precipite al instigar cálculos especulativos de un pasado pleno, superado e improbable, y la utilización pragmática de la razón instrumental. Asimismo, denuncian todos esos sueños inalcanzados, incumplidos, avalando con que “el fin justifica los medios”, a partir de una lectura pequeña, *infantilizada*, que avanza incauta sobre las esferas emocional-afectivas irredentas de un pasado que nunca fue así, honrando a la valiosa tradición maquiavélica.

4. Supremacismo y mitologización: cómo se encadenan las violencias materiales y simbólicas

La violencia material y la violencia simbólica son hermanas. Forman parte de la misma cadena procesual, a la que sólo les resulta sucederse y que todo sea una cuestión de *tiempo*. Sus productos son la *posverdad* posmoderna, el *lawfare*, las *fakenews* y toda la cadena asociativa que, de manera indulgente, se aleja de principios y “valores”. El fascismo no resulta ser más que otra “sabia” asociación de esa cadena y su capacidad de generar confabulación, tolerancia, silencio cómplice y especulativo frente a una auspiciada violencia orgánica que promete

superación. Convoca a una señalada “retaguardia” silenciosa, a una connivencia cómplice plena de *acciones* violentas que, de manera inexorable, bajo tal lógica, habrán de precipitarse.

La interpelación a las reservas patrióticas invoca “componentes” menos racionales, a partir de desenterrar sensaciones, pasiones, emociones y afectos. Promulga la idea de transformar a ese anónimo retraído que señala la pusilanimidad que la política de la “casta” les ha impuesto. Es propia de la debilidad en la que se ha caído. Invitar a comportarse cual nietzscheano *superhombre*, para alcanzar el temple de la inexorabilidad de los “fuertes” que les hagan temer, para quienes no se animan a reaccionar, a lograr por medio de la toma de iniciativas arrollar a timoratos y medrosos, a esos gozosos que usufructúan impolutos las iniciativas mayúsculas del “sueño americano”. Nuevamente, lo que se pretende señalar es que se trata de un descalificador movimiento audaz para recuperar esa mitologizada histórica “memoria”, la que les ha hecho perder ese impulso matriz del “destino manifiesto”.

Entonces, a esta altura del estudio sobre porqué irrumpió Trump. ¿Cuál habría de ser ese sustrato que mancomunó tamaña magna tarea? El “fundamento” *supremacista* cae cual “anillo al dedo” para esta incauta construcción mistificadora. Con fuerte potencial de interpelación, activa a grupos sociales que expresan la decisión de alimentar la tenacidad de “la fuerza”, en oposición a la política y las instituciones, expresiones plenas de los más débiles e irresolutos. De allí que el *supremacismo* recapture la mítica del “destino manifiesto”, la “raza blanca”, esa construcción “imaginaria” del “sueño americano” para una nación edificada bajo los “patrones” de la precipitación, la dominación violenta y el sometimiento; pero que ha implicado a amarillos, marrones, blancos, rojos, negros; en definitiva, un cruce multirracial para su pleno beneficio. Sobre esta relectura inducida e ilusoria, determinado sector de la sociedad, ante el anquilosamiento y la ausencia de *respuestas* dinámicas de sus sectores políticos e institucionales, juega experimentando al *modo* “ensayo y error”, para ver si “prende”.

De esta manera se absorbe un amplio abanico de cuestionamientos que van desde la condena de la política, sus *formas* institucionales y procedimentales, hasta alcanzar a “chivatos” poco sensatos, como los del actor Tom Hanks o la demonización de Hillary Clinton. Tal absorción de tan múltiple espectro abarca, cual *significante vacío o flotante* —siguiendo a Laclau—, tamaña dispersión de insatisfacciones, manifestando la inexistencia en su seno de patrones de racionalidad. Esta suerte de *catch all* de descontentos, sin un acumulador doctrinario antisistema, desnuda el papel central del SIyC, que aún no logra fijar un “sistema de creencias” articulado, consistente y firme. Con sus exitismos y grandilocuencias, tampoco

los *media* aportan al juicio crítico solvente que tamice tamaña irracionalidad, permitiendo filtrar excesos o impidiendo que puedan tamizarse las desmesuras para calibrarlas.

Así se propala una lógica moral y un concepto del *poder* corporativo y utilitario instrumental para sus beneficiarios, según los cuales se contrabandean nociones superadas desde el siglo XVII con Thomas Hobbes y su *Leviathan*. La *mitificación* exagera la defección y el sacrificio gratuito, e indirectamente obliga a retrotraerse a las pautas de modelos como los de la *concepción de la vida* bajo los patrones socioculturales del “estado de naturaleza”, una versión actualizada del darwinismo social y la “sobrevivencia del más fuerte”. También extrapola la necesidad de transformar a una nación que se ha vuelto débil, en contraposición a la supuesta “fortaleza” de otrora, propia de ese algún tiempo ido.

Esta *mitologización* selectivamente utilizada se encuentra basada en una siembra ancestral de un “sistema de creencias” inaceptable, imposible de tolerar al interior de una racionalidad moderna, pues atenta contra toda convivencia, la tolerancia, el pluralismo y la democracia. Se encolerizan los ánimos, se potencian las divisiones, se exageran los odios, se exageran los fenómenos colaterales y se demoniza al distinto, a la *otredad*, invocando tiempos pasados en los que los componentes “raciales” tuvieron algún peso, pero no se sacan las debidas conclusiones para apaciguar tanta impaciencia y su estado de sublevación.

El pensamiento fascistoide exagera la intolerancia, mientras le atribuye a la paciencia, al acuerdo y a la armonía, ser expresiones de la debilidad. Afirma que el país triunfante del pasado nunca rehusó el actuar de manera “dura” imponiéndose sin miramientos a la realidad. Su inaceptable culto por la violencia la legitima como históricamente constructiva “puertas adentro”, pero totalitaria cuando ella resulta ser ajena. Según su “mirada” expiatoria, la “furia” purifica, solivianta las pasiones y, por ende, es constitutiva de aquella *americanidad* perdida. Estas mitologías, altamente publicitadas, generan símbolos que realizan una siembra no siempre perceptible dentro de su “sistema de creencias” alegóricas de ese pasado mitificado. Un “cuadro de situación” que agrava la impaciencia. Que acalora, que enardece, que provoca el chocar con el encandilamiento que excita el enfrentar a todas las “promesas incumplidas” desde aquel pasado remoto de “plena felicidad” a este presente que sólo denota frustración y sufrimiento.

En los hechos, lo actuado por Trump no se lo debiera concebir como el producto de una racionalidad objetiva o de un hacer planificado, así como las hordas hitlerianas tampoco fueron el producto de un *accionar* sistemático, aun cuando se supieran presentar tan ordenadas. Así, el objeto del presente capítulo es comprender la desorientación que cunde cuando se prueba

conceptualizar al fascismo, como anticipó largo tiempo atrás Angelo Tasca: “El fascismo es una dictadura; de este punto se arrancan todos los intentos actuales de definición. Pero este punto es el único en que hay coincidencia”¹¹⁸.

El *accionar* de Trump pareciera estar signado por ese decisionismo táctico, tan propio de su personalidad exultante, que ya supo anticipar la misma *práctica* del neoliberalismo. Su invocación a la *acción directa* lo es a partir de desafiar tradiciones, tribunales, procedimientos. En suma, un actuar que se encuentra por encima de la ley y sus compromisos. Lo fatuo y móvil de sus promesas, su culto por la amenaza, sus ofrendas vanas son el producto de una ruta de construcción de simbologías, así como también de sus prohibiciones recurrentes. Su connivencia filofascistoide posee, sin él advertirlo, una prédica de masas que se encamina, sin sensatez ni conciencia, hacia otro recreado autoritarismo. Resulta ser el producto de su especial seducción por lo repentino, por la creatividad del momento vivo y actual, por esa sensibilidad que le da su particular intuición y su sabio adiestramiento por la maniobra táctica: aquella que percibe las sensaciones convenientes para cada instante adecuado, propia de los aventureros y psicópatas. Se trata de una suerte de espontaneísmo, confluyente con su apología de la *supremacía* racial y la exacerbación del tradicionalismo sureño, de esa apología sin autocrítica de lo blanco, de ese “código” comunicacional que ha sabido generar su hiperbólica *práctica discursiva* grandilocuente y pleonástica. Ésta vela por un mensaje en “código”, articulado con esa simbología latente que brinda coherencia y sistematicidad para reelaborar otras condiciones de reconocimiento que potencien una interpretación unívoca, acumulando “sentidos” sueltos orientados a un fin práctico: la *acción*, instrumentación consciente del *poder* hacia fines particulares. Este accionar sabe acopiar los elementos circunstanciales, impulsando acumulación incierta hacia la “Tempestad”, ese tremendismo reparador que, cual rayo, construyen los grupos nutridos por teorías conspirativas virales adictas a Trump.

5. Las reconversiones del fascismo y del nazismo

En esta línea de razonamiento debe interpretarse el pensamiento propuesto con relación a qué está sucediendo en los EE. UU., incluso a nivel interno. El nazismo representa una versión extrema de un movimiento caracterizado por el abuso de la fuerza cual es el fascismo. Pero, a

¹¹⁸ Angelo Tasca, “Condiciones generales del nacimiento y auge del fascismo”, en C. Bauer, H. Marcuse y A. Rosenberg, *Fascismo y capitalismo, Teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo*, selección de Wolfgang Abendroth, introducción de Kurt Klien, Jörg Kammler y Rüdiger Griepengurg, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, Novocurso, 1967, p. 176.

su vez, tampoco se lo debiera escindir a manera de instancias desarticuladas, como invertebrados comportamientos estanco. Uno fue la consecuencia extrema del otro cuando, dadas determinadas circunstancias, se produjo tal *radicalización* del propio movimiento fascista que, a su vez, se fundamentó en alguna utopía fundacional, en algún *mito* que le brindaba racionalidad y permitía hacer coherente la invocada leyenda inaugural.

Cuando el fascismo se articuló como instancia superior de la violencia, generó un cierre mágico al interior de sus filas. Este tipo de reciedumbre estereotipada anuló encomios, resistencias, loas, cursilerías, cual un centralizado mando vertical, propio de las instituciones totales —en palabras de Erving Goffman—¹¹⁹, y en tal proceso de endurecimiento y tenacidad, se expandió y potenció. Si se observa el plano analítico de este trabajo, tales “recursos” han sido *prácticas* frecuentes para cada uno de los bandos durante la Guerra Fría. Luego, finalizada, la violencia no se llamó a sosiego y, pese a la derrota de una de sus partes, no se paralizó el cruel militarismo tras la caída del Muro. Durante la Guerra Fría, los “fundamentos” de la violencia, de manera lógica, no podían restringirse por discrepancias circunstanciales, ya que eran el producto de diferencias ideológicas, lo que impedía que tales desacuerdos fueran negociables. Resultaban ser proyecciones inhomologables, el producto de *corpus* disímiles debido a las diferencias en las matrices de sus “valores”¹²⁰.

Ahora bien, el camino fascistoide, así desagregado, opera como un “recurso” de propia decisión. Articula la existencia de fenómenos violentos usuales que, ahora, poseen “códigos” de lectura y “fundamentación” de legitimación móvil. La fascistización de última generación cobra independencia doctrinal, resulta ser una metodología instrumental a disposición, no de las fuerzas sociales de los años treinta. Supera toda condena al partir de su *visión* esquemática que conjura aceptable al ser parte, ahora, de una invocación “democrática” o, para el caso, como pudo haber sido su contracara “revolucionaria”, a la invocada lucha contra el bando opuesto.

Tal *travestización* invoca estereotipos de autenticidades legales a partir de su exhortación a “fuentes” propias de legitimación. Superado el desconcierto y el encandilamiento que pudiera producir cierta Historia que siempre sabrá legitimar la *barbarie* admitida al invocar irredentas causas de “injusticia” que merecen reparación, ellas resultarán ser ese “atajo” de

¹¹⁹ Erving Goffman, *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001 (1972).

¹²⁰ Para una interpretación filosófico-política sobre la naturaleza de los desacuerdos, véase Jacques Rancière, *El desacuerdo: Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.

tomar el portante del triunfo a partir de la legalidad en sus clichés de “fundamento”. Esos “recursos” de largo abuso instigan, constantes, a una recurrencia utilitaria e instrumental. Remiten con precisión, tal como advirtió Enzo Traverso¹²¹, a esa difusa confluencia del “giro a la derecha” con “fundamento” de masas propio del fascismo, neofascismo y posfascismo. Esta sabia lectura se distancia de la “relectura” estereotipada del *pasado* cristalizado, para transitar a otra no esquemática que conceptualice los procesos políticos vivos *reales*. Se hace eje en los abusos de similares “recursos” de análoga violencia bajo los supuestos de otros “fundamentos”, que permitan superar esa cristalización ideológica de que “eso es el fascismo”, diferenciales de estos tales “otros”, de aquellos que posean una supuesta fundamentación “democrática”¹²².

Este “giro a la derecha” exige de esfuerzos supremos por parte del *análisis político* para arribar a una interpretación pertinente que no haga “la vista gorda” frente a los inequívocos signos de uniformidad en sus *respuestas* que superan los grados de su conservadurismo y autoritarismo confluyendo en ser operadores del neoliberalismo. Ariel Goldstein así lo releva con su concepto de “reconquista autoritaria” de alcance mundial¹²³. En esta línea lo producido por Trump resulta confluyente. Supo articular “imaginarios” que provocaron rupturas que radicalizaron expectativas, bosquejando otros horizontes desiderativos y planes para un nuevo modelo de sociedad, por fuera de los consabidos dentro de la convivencia democrática.

Esto debiera haber sido tomado con mayor seriedad cuando específicamente se evitó la seria condena de los acontecimientos y provocación *supremacista* en Charlottesville, Estado de Virginia, en el momento en que el progresismo y los pacifistas propusieron desmontar la estatua del general Robert E. Lee, comandante mayor de los Estados Confederados del Sur. Allí, ya existía algo que resulta asociable a la idea de una noción subyacente, prístina, que debiera preservarse de alguna esencialidad norteamericana. Algo en consonancia, o en similar frecuencia, a conceptos tales como los de las “Soluciones Finales” latentes. Tales “leyes raciales” constituyen un novedoso “nosotros”, diferente, de aquellos quienes procuran, con su invocar, la elaboración de una complicidad secreta para subsumir al control total de las contingencias radicales y las sorpresas a las que les somete la sociedad actual. De allí que tal

¹²¹ Enzo Traverso, *Las nuevas caras de la derecha*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2018.

¹²² Esta lectura semiopolítica del americanismo es útil para explicar por qué los mercenarios de Zelensky resultan más legítimos que la Wagner de Putin en Ucrania. Su hipocresía logra desembarazarse de las “marcas” de su violencia criminal y de los respectivos “daños colaterales”.

¹²³ Ariel Goldstein, *La reconquista autoritaria: Cómo la derecha global amenaza la democracia en América Latina*, ob. cit.

discurso genere nuevas condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento hacia una uniformidad básica, tan vecina del nazismo, en la que se impone una naturalización de tal “recurso” violento y la ferocidad, y —más importante aún— de la irracionalidad como arbitrio válido, aceptado por una extensa base social que la legitima con silencio y complicidad.

En efecto, se trata de un culto por *la acción directa* tan propia del protonazismo como del más liviano y atenuado filofascismo. Lo interesante de un *análisis político* de lo que sucede es que, además de aquello que se desea con énfasis que se logre abortar, esta cultura de tolerancia con la violencia enseña *prácticas* de abuso y brutalidad con masiva aceptación pasiva. Se potencian acumulativamente y se vuelven permisibles para quienes exijan salir de la resignación histórica, tolerando el asesinato como “recurso” válido en su lectura de la política.

En este sentido, la naturalización del 6 de enero del 2020 resulta ser la aprobación que admite la posibilidad del recurso del “golpe” violento. Un tipo de pensamiento que, a sabiendas, no sólo tolera, sino que legitima la *acción directa*, logrando una línea de ventaja en la aceptación —cuando no un abierto consenso, con apoyo de masas, para un “golpe institucional”—. El camino de tal proceso de *radicalización* exige abrir la uniformización, la posibilidad de crear un indistinguible marco unitario que tienda a generar homogeneidad. De allí que la mayor robustez y reciedumbre potencia ese auspiciado monstruo, la liberadora “Tempestad”, esa que redima de los excesos y abusos del *poder* instituidos por el *neoliberalismo progresista*, al que tanto se le teme y se invoca a *modo* de objeto de perjuración. En tanto estudioso de la República de Weimar, recuerdo cuál fue el papel de las fuerzas de la derecha —*deutsches* nacionales—: en tanto maniobraron licuar su *poder* en favor del nazismo. Hoy los *poderes reales* en Latinoamérica apuestan a fuerzas nacionalistas conservadoras históricas en contra de la *real* democracia, aquella heredera de *les philosophes*, la genuina, la de la Revolución Francesa.

¿Qué se puede “leer” del accionar de los republicanos históricos? ¿Qué conducta están sosteniendo? Por supuesto, a no dudarlo en absoluto, procuran la polarización, una *cuestión* más que sirva para la acumulación táctica. Sobre todo, para aquellos que chantajejan dramatizando, invocando o al advertir acerca de la supuesta inminencia de una guerra civil. Un grueso de los cuadros del PR se encuentra, en una proporción alarmante, en máximo silencio y sin portavoces. No condenan, pero tampoco explicitan sospecha alguna de la maniobra. Están alineados detrás de la figura de Trump. No se pronuncian, menos reprueban, los sucesos del 6 de enero del 2020. El concepto de fondo es que las elecciones fueron “robadas” por las maniobras del poderoso Estado profundo. Ni siquiera lo ponen en duda; resulta ser un dato *real*

más, de una realidad interesadamente preconstituida. Así como del otro bando, cuando el primer *impeachment*, el del “Rusiagate” a Trump, el grueso de los demócratas se alineó por detrás de la “confabulación rusa”. Una falacia que jamás se comprobó, siquiera parcialmente.

El deterioro de la trama pública e institucional propone un escenario donde se desplieguen estrategias y tácticas de “acumulación” en función de cuestionar la legitimidad del poder presidencial. La cuerda no se tensa hasta el final porque los hechos concretos resultan imposibles de revertir, pero los conflictos desgastan hasta producir el máximo daño posible. También considerarse un despliegue de un consabido *know how* espontáneo, sólo útil para continuar con la confrontación constante que se vive en el Capitolio. Todos ellos, conscientes o no, apuestan a una *radicalización*, a sostener una poco responsable e incivilizada polarización.

6. El “destino manifiesto”: la “pureza” del americanismo

Se tratan de jugadas de sospecha sin cabal “fundamento” empírico, de una duda inducida, condición de la que se hace difícil retornar. Cuando se piensa que se “robaron la elección”, el sustrato conlleva ese implícito de sostener un razonamiento que, de manera inexorable, lleva a una construcción, la de un supuesto “nosotros” agredido, construido de una manera deliberada para sacarle el máximo jugo al supuesto incidente. En los hechos, se asocia a que están siendo víctimas de un agresivo implícito ataque del que es una obligación defenderse. Una cadena asociativa de tal *construcción del acontecimiento* recuerda cómo siempre se han reproducido los “mecanismos” de utilitaria victimización.

Me refiero a aquellas reveladoras e instructivas *acciones* útiles para modelar su instrumentación, ese aleccionamiento que sirva para “acumular”, a lo Steve Bannon. Una deliberada construcción de polos absolutos, que arrastren a una nueva apuesta de *radicalización*, aquella que acarree a “dividir aguas” o “bandos”, es decir, la construcción de clivajes absolutos, como en 1933, cuando Adolf Hitler asumió como canciller. El primer día hubo redadas contra la oposición. A la semana, se generó el sospechado incendio del *Reichstag*, con un juicio sumarísimo al obrero neerlandés Marinus van der Lubbe, ejecutado diez meses después. Luego, para más desgaste, ocurrió el más extenso juicio ideológico al dirigente búlgaro Gueorgui Dimitrov, secretario de la Comintern.

El escenario ya se ha edificado. La derecha, aunque no lo diga en voz alta, sólo piensa para sí. Pero, más importante, actúa sin pudores ni conciencia, como si el *poder real* les hubiera sido “robado”. Arrebato que incide en la construcción de ese incipiente “nosotros” que se va

consolidando. Un proceso inexorable de procurada e inducida *radicalización* irreflexiva, que induce a la *acción directa* de los propios que, cuando se desata, ya todo estará encaminado a su debida marcha. ¿Quiénes se han de asumir subjetivamente mentores puros del salvataje frente a tanta intoxicación? Los blancos, los elegidos, los fundacionales herederos del primigenio WASP que construyó a esta nación y la orientó hacia su “destino manifiesto”, aquellos que poseen los horizontes claros, dispuestos a darlo todo por la “pureza” del *americanismo*.

Si bien Donald Trump aún es dubitativo y no se muestra todavía con las necesarias “agallas” de ponerse decididamente al frente, ya van surgiendo figuras por detrás que apuntan a colocarse en la primera línea. El hasta no hace mucho ignoto Josh Hawley se candidatea y cobra buen nombre y notoriedad. Se trata de un hombre de naturaleza extrema y “pocas pulgas”, ideal para el despliegue de “acumulación” para una toma radical del *poder*. Las obstrucciones de otrora, que fueron motivo de tantas reflexiones sobre el fuego cruzado del Capitolio respecto de la Casa Blanca, pasaron a ser una obstrucción *activa* y dinámica. El tránsito de la especulación electoralera, de la imposición de una negociación política parlamentaria, está a años luz de estos “fundamentos” conspirativos. La realidad es que en las últimas décadas los demócratas sólo han demostrado indecisión y defección: no son solventes, ni expresan firmeza en la defensa institucional. Al respecto, cabe recordar la fallida elección de Al Gore.

Tal ausencia de firmeza proyecta “relaciones de fuerza”, una compulsa de voluntades, una confrontación de audacias que, en política, siempre implica solidez, consistencia, coherencia, algún grado de fiereza indispensable para la defensa de sus convicciones y algún desapego en función del objetivo. No se ve un claro concepto militante de la política, tal como se entiende que la concibe y practica el PD. Para colmo, existe una ruptura en su seno, entre los *neoliberales progresistas* y la nueva camada de militantes activos progresistas radicales, llamados demócratas socialistas, alrededor de Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez, figura que nos tendiera una mano con su denuncia del acoso de los fondos buitres al país.

La proyección massmediática es similar al maltrato de los oficialismos por estas tierras. Cuesta, en tal escenario de creciente radicalidad, someterse a la disciplina del juicio ponderado. Es esperable que a alguien se le “suelte la cadena”. Y justamente cada “cadena”, juega su juego. Cada consorcio corporativo vela por sus intereses que, por supuesto, no son los de la nación norteamericana. La versión “dura” que estas líneas expresan, con recargada dramaticidad cercana al abuso, no es un mero “acto especulativo”. Resulta ser una descripción firme sobre un juego de tendencias, en potencia, existente. El *neoliberalismo reaccionario* se encuentra,

desde una perspectiva no mistificada, transitando por un decurso de endurecimiento. En otras palabras, un concepto fascistoide y, en potencia, tendencias realistas pronazis. La precipitación de los escenarios radicalizados no son instancias que posean un pleno dominio de las partes, aquellas que jueguen de manera provocativa a una dura *radicalización*. Para ello se debe coronar este proceso de transición conservadora, ultra radicalizada hacia la violencia.

En el seno de la sociedad política del Estado, ya existen las descriptas tendencias a instrumentar pánico, amenaza y cruel brutalidad. Si ellas se consolidan, esa sociedad política seguirá reproduciendo antagonismos radicales. Esta reconversión abarca las instituciones, las estructuras del *poder* y los mecanismos de la administración del gobierno. Todas estas predisposiciones se habrán de ir consolidando, provocando un endurecimiento al extremo para que, tendencialmente, tales amenazas se presenten una realidad vívida. Ya lo han hecho los demócratas, apoyando a las colaterales del ISIS, mintiendo, como si nadie se diera cuenta, cuando se decía que se las condenaba. La noción de la “Tempestad” no se retroalimenta de una *forma* espontánea. El apoyo evangélico a la causa israelí, a la *supremacía* blanca, ha sido la suma de esfuerzos convergentes que, día a día, crecen y se multiplican.

También operan de manera preocupante la liberalidad y la naturalización con que se estandarizan las “posiciones” protofascistoides, siempre por detrás del “componente” conservador e ingrediente liberal que transporta consigo la *cosmología neoliberal*. Todos estos “factores” favorecen el construir una mitología novedosa de un fascismo moderno, de nuevo tipo. Para no hablar de la ajenidad y absoluta ignorancia que poseen las nuevas generaciones respecto de lo realmente vivido, producto de la fractura de los procesos de “registro” y “memoria”. Si bien el sionismo ha sostenido la vigencia del *Holocausto*, la misma Guerra Fría deglutió toda “verdad histórica” sobre la situación de la barbarie nacionalsocialista: qué hicieron con los homosexuales, discapacitados, enfermos mentales, para no hablar de la violenta falsificación de la Historia con relación a *quién ganó* y cuál fue la inversión de humanidad en la Segunda Guerra Mundial; ni mencionar la realidad más adulterada de la Historia de la Humanidad, cual fue lo realmente sucedido con ese eufemismo llamado “Frente Oriental”.

A ello se le suman las variantes politizadas del cristianismo evangélico¹²⁴ radicalizado y de plena injerencia política, ya no sólo del viejo predicador de los presidentes —Billy Graham—, sino del parodiado por Jorge Guinzburg “Club 700” de Pat Robertson, Terry

¹²⁴ Ariel Goldstein, *Poder Evangélico. Cómo los grupos religiosos están copando la política en América*, Buenos Aires, Historia Urgente, Marea Editorial, 2020.

Meeuwsen y Gordon Robertson. Cada vez más son los aspectos de la *vida cotidiana* que cumplen el señalado apotegma de que “*todo* tiene que ver con *todo*”. “El mensaje es el medio”, de Marshall McLuhan, se ha recrudecido con el DCN que instrumenta todos los filtros para que ese SIyC le sepa brindar la debida legitimidad a todo lo que al *poder real* le interesa, en torno a lo cual, “cualquiera” puede llegar a decir “cualquier cosa” sin retorno ni reflexión.

Este abanico abierto relaciona todos los planos de la sociedad. Brinda una idea de la necesidad de “enderezar el barco” con una restauración y vuelta a esa prístina esencia, la del regreso a las fuentes, aquellas profundamente arraigadas en los “fundamentos” que le brindaron seguridad y destino a la nación norteamericana. A esa “América profunda”, como les gusta decir a ellos. A Isabel I de Inglaterra, Walter Raleigh, la gran Virginia al norte de la península de La Florida, el “Mayflower”, las trece colonias al este de los montes Apalaches, los puritanos de Nueva Inglaterra, de Plymouth, Boston, Connecticut. Aquellos grandes prohombres de fe que se distinguieron por fundar colonias con declamada “pureza” de propósitos, al basarse en sus ideales religiosos. La idealización del recupero de un “pacto” originario: puro y genuino. En tal sublime “restauración”, se restituye su tarea microsociológica de una “vuelta a estrechar filas”, a cerrarse en derredor de un regreso a la cultura originaria. Para ello, poseen un pilar en una sólida propaladora: los canales Fox y, en especial, la complicidad de *Fox News*, a través de la prédica de sus columnistas y editorialistas.

Este proceso de *radicalización* no posee, aún, final asegurado. Muchas de estas líneas de reflexión no pueden evitar su homologación con la experiencia *real* vivida desde la Argentina y el hemisferio; algo inconcebible de aceptar para la racionalidad de la masa etnocéntrica de la gran potencia del Norte y para la intelectualidad de la que se nutre. Allí tal etnocentrismo del colectivo *supremacista* difícilmente pueda concebir diferencias entre “esos países de mierda” (Donald Trump), indiscriminables para quienes viven por debajo de México. El universo WASP pretende “curarse en salud” respecto de esos *hyspanos*; desconfían de que ellos puedan entender a esa sociedad superior, históricamente exitosa, plena de *winners*, sobre los laberintos metropolitanos desde instituciones arcaicas y subdesarrolladas desbordadas de *losers*. Sólo cabe realizar una cura del espanto y de la infinita cantidad de calamidades y tomar la mayor distancia posible de esas naciones. Siquiera es posible advertirles sobre nuestras décadas de infortunios, desdichas y adversidades, ni prevenirlos acerca de algunas posibilidades de inventiva que trajo consigo el “empate hegemónico” sobre estas tierras.

Las tendencias polarizantes del “paralelogramo de fuerzas” se están *radicalizando* de manera apresurada, y el pudor por apoyar una solución violenta se evapora, así como el jaqueo sistemático, por parte de la corporación massmediática que responde al Estado profundo que, finalmente, pareciera hacer entrar en un cono de sombra a la figura de Donald Trump con sus cuatro mega causas penales. Sin embargo, la semiopolítica del americanismo enseña que nada nunca queda absolutamente definido. Todo forma parte de las tantas posibles resoluciones en carpeta que sólo se despejan bajo la simple descripción del “campo de fuerzas” abierto y del elemental diagnóstico del “cuadro de situación” a partir de una lectura de la “agenda pública” dentro de cada debida coyuntura. Siempre existe esa posibilidad de algún magnicidio, otro 9-11 o Pearl Harbor, algún suceso cualquiera que pueda provocar algo novedoso y aterrador. Nada se despeja sólo, ni totalmente, bajo la conflictividad compleja de la sociedad norteamericana.

Sin avanzar sobre su *sociogénesis*, que no remite al objeto de este trabajo, la potencia hegemónica poseyó un modo diferente de articular con su metrópoli. Aun cuando inicialmente tuvieran resquemores por el apoyo hispanofrancés, la reconciliación fue trabajosa, pero gozaban de “marcas” indelebles, propias de una común genética pragmática, la anglosajona. Sea por el origen religioso de sus migraciones, o por su íntima relación con la metrópoli que llegó a incidir con la propia política exterior británica, ambas poseyeron vastos “componentes” de integración en sus cosmovisiones, nunca del todo distantes. Sabidos fueron los siempre etnocéntricos “fundamentos” del Imperio británico, donde subyacen no tan ocultos sentimientos racistas.

7. La sociedad carcelaria y el peligro de la otredad

Las diferencias entre la colonización norteamericana con la lusitana y la española son ostensibles, aunque se inculpe a la matriz hispánica de las fuertes responsabilidades con su conquista esclavizante, aunque en la realidad del *Deep South* norteamericano se puede decir que llegó al extremo. El gran sociólogo peruano Aníbal Quijano, el filósofo argenmex Enrique Dussel, y otros tantos, asumieron el molde de José Carlos Mariátegui. Estos académicos superaron esa presión que tuvo la *visión* genetista, de matriz conflictivista, que trajo la lineal “mirada” clasista, subordinada a esa ínsita estructura económica de la “lucha de clases”.

Esa matriz esclavizante se sigue reflejando en los EE. UU., que hoy poseen bastante menos del 10% de la población mundial. Lo interesante que se releva como dato extraordinario es que ostentan el 25% de los presos del mundo, *verbi gratia*, la cuarta parte. Uno de cada cuatro reclusos es norteamericano. Tal “situación” resulta inadvertida, así como es tolerada su

omnímoda cosmovisión, la cual resulta una pauta universal de un modelo societal generalizable: el punitivismo. Esto merece ser analizado y tomado como *objeto de estudio*, procurando sacar conclusiones y haciendo eje en su *sociogénesis*. Hoy en sus regímenes carcelarios se registran más de 2.300.000 reclusos, el 1% de su población económicamente activa.

Esta mayor tasa de encarcelamiento en el mundo debe ser problematizada desde diferentes planos y puntos de vista. Sobre todo, es necesaria una lectura acerca de cómo se organizó esa sociedad, de acuerdo con cómo se fue constituyendo su semiopolítica del americanismo, ya que su modelo privatista funcional lo es de conformidad a sus pautas de organización social o, al menos, a lo que su retórica predica. Así también, es preciso analizar cómo se produjo tal evolución carcelaria desde la aquí señalada crisis del petróleo, pero más con el ascenso de régimen punitivo en abierta asociación con el neoliberalismo. ¿Cómo se socializa tamaña indulgencia? ¿Cómo se plasma la aceptación de tal asimetría?

Pareciera que, luego de los acontecimientos del 2020, se está hablando de lo que, hoy, se encuentra silenciado: el levantamiento de las minorías étnicas y sociales a partir del asesinato de George Floyd, como se supo analizar en el capítulo anterior. Para ser justos, es posible retrotraerse a algún tiempo atrás, cuando la producción hollywoodense impuso temáticas hasta no hace mucho proscriptas, con series modelo cual *Orange is the New Black*, o del establecimiento de medios televisivos de consumo particularizados a gente de color, que asocian la cuestión social, la cárcel y los procesos de marginamientos sociales. Así, atraviesan una hermética “agenda pública” plena de silencios y proscripciones, fuera de un primer plano que, distraído, difícil, se permitiese cobrar visibilidad. Una temática trágica e insolublemente viva. Sin embargo, hay otra constante del patrón angloamericano en sus condiciones de reconocimiento y posibilidades de “registro”: sus dificultades para una debida autocrítica sincera. Baste realizar la comparación con los señalamientos de los *gulags* soviéticos, y cuánto se está dispuesto a poner en el tapete y replantear su sistema carcelario. Cuando se lo pone en cuestión no se lo hace desde un punto de vista de los DD. HH., ni por lo vergonzoso y atribulado de sus cifras, sino mediante la supuesta evaluación economicista de costos o la dimensión que ha cobrado el sistema, nunca por las consecuencias humanas que provoca en la población implicada, el respeto por sus derechos ciudadanos o el temible destino de sus víctimas.

Este “antagonismo” de matriz social somete a la sociedad norteamericana a una realidad sin claridad, interesadamente poco transparente, ya que, como toda *cuestión* problemática, apenas se la toca. La peculiaridad de la lucha de clases en esa sociedad es que sólo cobra

“sentido” superando su invisibilización y rastreando su génesis a través de los ancestrales elementos sabiamente ocultados que, cual ley de la sociología, a mayor presencia masiva de esta señalada peligrosa *otredad*, más intenso su ataque aleccionador, para disciplinar a todos aquellos elementos disruptivos que puedan aportar para el cercenamiento del actual *poder real*.

La cuestión social en los EE. UU. cobra una originalidad diferencial de lo que se entiende por lucha social en Europa occidental, así como también con la del resto del continente. En la nación norteamericana el actual sistema de sociedad poseyó sus propios “mecanismos” de “antagonismo” cuando cobró vida su conflictividad social, tanto de una manera visible como solapada. Me refiero a las heredadas de las ancestrales migraciones, propias de la mano de obra esclava, como de las actuales “mano de obra barata”, de la maquila mexicana, Centroamérica y parcialmente de las Antillas. A esto se suma su Estado federal asociado, Puerto Rico —su *51st state* que pronto podría hacer agregar una estrella a la bandera—. Cabe recordar que cuatro de cinco boricuas reside en el continente, afuera de su origen familiar; estos individuos están significativamente condicionados por su “situación” estructural, resultado determinante de su “lugar” de origen, inserción y destino en tanto visible fuerza de trabajo a bajo costo.

Allí reside una parte de su descalificación de *la otredad*, ante la inminencia aluvional de un peligroso avance de la multiplicidad racial y social de un mundo que, de largo, ha emigrado hacia los EE. UU., a la búsqueda del *american dream*. Al parecer, de continuar las actuales tendencias de posguerra, las minorías sociales y culturales sumadas superarán la mayoría blanca. Sin proponérselo, el lenguaje castellano, denominado idioma español, posee cincuenta millones de parlantes. La cultura WASP procura que los resortes centrales de las decisiones y del *poder* se mantengan en un sano *statu quo*. WASP resulta un término informal sumamente significativo. Es utilizado, no casualmente, en su vecina Canadá, como también en su único aliado estratégico en el extremo Oriente: Australia. En los EE. UU. se describe a ese grupo social bien cerrado, de elevada posición social, asociado a *The Big Three*: las universidades históricas de Harvard, Yale y Princeton que, junto con la *Ivy League* (las 8 Antiguas o las *Hiedras*) de 1954 —Brown, Columbia, Cornell, Dartmouth College, Harvard, Pennsylvania, Yale y Princeton—, constituyen el heredero directo de la tradición británica, de la diversidad protestante, que históricamente ha cumplido un papel rector en la vida social, política y económica del país. Éste es un punto de referencia para el universo blanco, que nutre de “valores” tradicionales y rechaza las avanzadas de otros grupos sociales de otra etnia, nacionalidad o cultura ajena a la propia. Principalmente, este agrupamiento de la *intelligentsia*

de los estadounidenses blancos, cristianos y protestantes excluye a los judíos, católicos, negros, asiáticos, nativos aborígenes, hispanos o latinoamericanos, gitanos, italianos, turcos.

También rechazan cualquier otro novedoso “grupo de poder” que se pueda instituir producto de las migraciones recientes. Dada la *crisis orgánica* que se procura señalar con el debate sobre su *construcción hegemónica*, se debiera sumar, oficiosamente, al denominado *Tea Party Movement*, movimiento político de la derecha recalcitrante que, a diferencia de los genéricos WASP, centra su debate *antiestatalista* contra el gobierno de Washington, el endeudamiento político y la clase política que les defraudó sea demócrata o republicana. Sus ideas son convergentes con la del neoliberalismo: recuperar una posición fiscalmente conservadora que sostenga al grupo original que dio origen a la nación norteamericana. Desde distintos lugares, esta *construcción hegemónica* procura un regreso a las fuentes filosóficas de los orígenes. Aquellas que prometieron su “destino manifiesto” y llevaron a que esa nación se realice, para lo cual, entre sus elementos sustantivos, existe la deificación, un endiosamiento divinizante de su Constitución. Instancia inmodificable, que aboga por la reducción de la incidencia de nuevos grupos menores e invasiva presencia del Estado a partir de las necesidades clientelares y electorales que permitan avanzar al Gobierno Federal sobre la sociedad.

Sin embargo, aquí cabe destacar una tónica diferente acerca de cómo se maneja esta disputa. Ella está desarrollada en *Historia no oficial de Estados Unidos*, de Oliver Stone y Peter Kuznick, quienes ajustan tal centralidad en el Estado profundo de los albores y fines de la Gran Guerra. Advierto que esta razonablemente ciega disputa no siempre fue visible, y se sustenta en otro origen divino que dio rumbo a su destino. De allí que se encuentre tan viva la *supremacía blanca*, la incontaminación y el regreso al camino sagrado del que fuerzas oscuras procuran evadir. Resulta interesante también que, con el nacimiento de la segunda posguerra, vía el sobrino de Sigmund Freud, Edward Bernays, nació la publicidad y un concepto utilitario e instrumental de la vida social. El pragmatismo es una corriente filosófica e intelectual de matriz norteamericana, según la cual todo debe ser juzgado por su resultado y, lo sutil, lo encubierto, las metodologías punitivas ejemplificadoras son los “mecanismos” válidos para coronar sus objetivos de “gran Nación”, por los que se supo “constituir” el mismo país.

Cuando se habla de hegemonía, se parte del implícito de subsumir una suma mayúscula de la diversidad social. Las contiendas electorales, largo rito ancestral de la vida política norteamericana, implican la adición de vastos contingentes sociales que se encuentren a disposición. Así, la gran masa diversificada de “la industria del óxido”, los *white trash*, los

diversos universos de campesinos del Sur y medio Oeste han de resultar ser esa “masa flotante” a disputar, con una disposición al aturdimiento superficial propio de los “recursos” del posicionamiento del propagandismo político. Recordemos que la “agenda pública” posee gran versatilidad y movimientos únicos. Pareciera que *la construcción social de la realidad* es un objeto de disputa propio del día a día, y que aquello que se aseveró juramentadamente anteayer pase a sus antípodas hoy, y pueda ser replanteado mañana. La violencia simbólica y política siempre es móvil, y tamaña disipación, disolución, licencia, vicio, inconsecuencia y ligereza saben provocar que el debate de tales temáticas siempre desaparezca de todas las “agendas”.

Desde hace décadas, ya venía existiendo un *clímax* de sobreexcitación que se fue extendiendo a crecientes capas y sectores de la población. Ello habría de incluir a sectores sociales bajos, donde se fue exhortando un discurso xenófobo y racista, que supo envolver incluso, en múltiples oportunidades, a interpelaciones fanáticas, neofascistas y macartistas, tanto para el frente propio —los EE. UU.— como para el resto de la humanidad.

Este fenómeno, estudiado por Enzo Traverso¹²⁵, debiera estar asociado a los efectos de “sentido” que saben centrarse en los “mecanismos” de equilibración frente a las constantes “situaciones” de incertidumbre, temor, desigualación o potencial expulsión, que provocan el carácter devastador de inseguridad que sostiene y nutre al neoliberalismo como sistema. El mismo objetivo de la desigualación, como amenaza constante, resulta ser un precipitador paranoide para lograr establecer a los razonamientos *simplificadores* y *empobrecidos*, que siempre resultan ser implementados por el DCN a través de “mecanismos” complejos y sutiles.

Aquellos sectores sociales que en el pasado sobrevivían o solventaban buen pasar, hoy, aun preservando sus fuentes de trabajo, padecen sensaciones de precariedad y vulnerabilidad percibidas cual absolutas. La conquista del Estado de bienestar —en el señalado contexto de la Guerra Fría— fue un producto de la compulsa y de determinada “correlación de fuerzas” dentro de lo que se entiende un desarrollo de la lucha de clases. Una vez obtenido su desenlace y el triunfo en la Guerra Fría, el objetivo estratégico fue desmantelarlo a cualquier costo. Para ello se debía reflotar un tipo de resocialización similar a un “estado de guerra de todos contra todos”. Una imposición de sobrevivencia con atributos personales: una descarnada “ley de la jungla”.

¹²⁵ Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla: Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012; del mismo autor, *El final de la modernidad judía: Historia de un giro conservador*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014; *Melancolía de izquierda: Marxismo, historia y valores*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2019.

Ello supuso generar desconcierto y angustia, así como un retratamiento solipsista, en la idea del auspiciado y sistémico “sálvese quien pueda”. Esta “situación” de contracción y disminución al interior de *winners* y *losers* del régimen social exigió una intervención corporativa que impuso conductas carentes de solidaridad, muchas, miserables. De allí que, de un modo simplificado, “votar en elecciones” era relevante para los partidos, ya que implicaba pasar a tener una nacionalidad de origen de los trabajadores que habrían de poseer un capital de “identidad” propio. Sin embargo, las “situaciones” de *crisis* permanentes y la precariedad pasaron a ser una interesante medida malintencionada y maligna que precipitó “posiciones” de inquietud, ansiedad e impaciencia, preocupación que les arrojó a enconos y rivalidad social.

La *simplificación* de los políticos a la búsqueda de un *catch all* lo más extenso posible suministró una serie de vanas y adormecidas “promesas” para los “vendedores de verdades”, los *opinadores* y *doxólogos*. Ello generó una fuerte colaboración en el señalado proceso de *simplificaciones* y *empobrecimiento* de las conciencias electorales, la construcción de “chivos expiatorios” para una justificación de descarga para sus masivos fracasos, y el acumulativo *derrumbe* de las credibilidades, caídos a pique para el mediano y largo plazo. La frustración, algo no previsto, ha pasado a ser un “componente” inadvertido de la *cotidianeidad*. La idea *supremacista* latente se ha vuelto indispensable: la de un regreso al *corpus* de un discurso primigenio que imponga un retorno al sendero del *éxito* y el progreso asociados a ese “orden” auspiciado del pasado. Resulta ser un paso indispensable. Un *mentís* a ese mundo de hoy, globalizado, de promesas vanas, responsable de conquistas perdidas e inasible tembladeral. El sistema no puede darse el lujo de que las amenazantes minorías desaparezcan. Ellas también habrán de resultar necesarias y funcionales para la nueva etapa, cual “mano de obra” flotante, forzosa, ineludible de usufructuar las excepcionales condiciones de abierta explotación. Y cuando no respondan a esos objetivos, siempre tendrán un sitio asegurado: la cárcel.

Ese tembladeral inasible, inteligentemente construido, ha colocado en *duda* la vigencia de los derechos sociales, previsionales, humanos y económicos. Si se es trabajador sin papeles, mejor: a la defensiva, se evaden reproches y reclamos. Una verdadera y primitiva lucha por la supervivencia. Los capitalistas jamás están en condiciones de expulsar a los migrantes recién llegados. Son indispensables, en tanto mano de obra esclava, crónicamente sumergida, imposibilitados de emerger a la superficie. Sin ellos no se maximizan beneficios, contexto que genera servilismo, degradación y deterioro de las condiciones laborales. Además, es preciso

evitar posibilidades de protesta, al provocar una grave declinación de la conciencia política en los rocosos sectores del trabajo y la producción.

Atemorizar y desregular, las dos tareas. Potenciar subordinación, eliminar las condiciones de reconocimiento, las posibilidades de “registro”, e imponer el evaporar a las reflexiones de la “memoria”. Provocar una “situación” de regresión fuerte, en la que hasta las fuerzas policiales y de seguridad jueguen un papel indispensable. Así, el discurso político va adquiriendo atributos xenófobos favorables para que, con tal razonamiento de derecha impune y envalentonado, se dé pie a “posiciones” de ultraderecha. Advierto que, con este escenario, se establecen condiciones inéditas para el chantaje y amenaza social para lograr sumisión, dividiendo “posiciones” para generar “situaciones” de retraimiento hacia un moderno esclavismo asentado sobre la base de la propia inconsistencia de un mundo precario, al que nadie se anima asomársele con rebeldías. La ausencia de derechos y la amenaza para vastos sectores de la población es esencial para que esta sociedad, cual fue el ejemplo de la experiencia europea. Europa se fue doblegando gradualmente al encontrarse envejecida e incapaz de brindar contención y futuro¹²⁶, frente a una mano de obra joven, que tenía asumido su descreimiento de destino alguno. Los sectores medios se acurrucaron al interior de un silencio cómplice, ante la evidente y manifiesta incertidumbre de no poseer, a futuro, ventura alguna.

Un mundo de rapiña y destrucción se ha sabido generar tras la nueva etapa nacida al calor del derrumbe del Muro. Esta retracción plena de la solidaridad social se corrobora en la Europa actual de migrantes y refugiados, colocando en la “agenda pública” su expulsión, el cierre de las fronteras y el pago a Estados “colchones” que impidan los tránsitos migratorios. El objetivo es evitar la imposición de los derechos elementales, dejar a la discreción de los empleadores el arbitrio de la administración de justicia y explotación.

El mundo asistió, en 1948, con aplausos y embeleso, a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Era la salida de la más grave confrontación bélica de la Historia de los pueblos y de una de las *barbaries* irracionales mayores de las que se tenga “memoria”. El mundo de hoy está bloqueado por amnesia, supo abrirse por un tiempo a recorrer una humanidad comprometida con el “progreso”, pero generó también los discursos de resentimiento, la confrontación, la desazón, la división, la diferenciación, la oposición, la

¹²⁶ Marc Augé, *Futuro*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2013; del mismo autor, *¿Qué pasó con la confianza en el futuro?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, Mínima, 2011 (2015); *Los nuevos miedos*, Buenos Aires, Paidós Espacios del Saber, 2014; *El antropólogo y el mundo global*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, Biblioteca esencial del Pensamiento Contemporáneo, 2014.

discrepancia, el odio y la xenofobia. El regreso del derrotado posfascismo parece haber sido, una vez más, el complemento ideal que encarna la lectura esclavista moderna.

CAPÍTULO 6

ETIOLOGÍA CARCELARIA DEL SUPREMACISMO WASP

“Viví en el monstruo y le conozco las entrañas. Y mi honda es la de David”.
José Martí

“... que la verdad no es una, sino múltiple; que está, desde siempre, escondida en el ser, y que descifrar ese enigma es una tarea tan ardua (y éste es uno de los secretos más complejos y fecundos del mundo) como no descifrarla”.
María Negroni

“Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. [...] Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su propio arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y le han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla al cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse a transformarse y transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado y toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este ropaje de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal”.
Karl Marx

1. “El nacimiento de una Nación”

En los EE. UU., como en pocos países de la tierra, aún aquellos de arraigada tradición racista —por ejemplo, los europeos—, el destino de su pueblo está asociado a la determinación genética de sus ancestros. Ser negro o moreno, así lo afirma la teoría de la colonialidad de Aníbal Quijano¹²⁷, lo impusieron los españoles con la conquista y colonización de las Américas, pero cobró otras peculiaridades dentro del subcontinente norteamericano —“Indios de dos continentes, mezclados con español”¹²⁸—. La Decimotercera Enmienda de su Constitución (1789)¹²⁹ estableció ilegal que cualquier persona sea mantenida esclava, garantizando la Libertad para todos los estadounidenses. Esta generosa norma no fue gratuita; se logró al costo de casi un millón de vidas —una de las guerras civiles más sangrientas de la humanidad— y con el asesinato de un presidente en ejercicio. Claro que también poseía una cláusula de escape:

¹²⁷ Aníbal Quijano, *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, copia mimeográfica.

¹²⁸ Los Tigres del Norte, “*Somos más americanos*”, cit.

¹²⁹ “Enmienda XIII, Sección 1, Ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria, con excepción de los casos en que ésta sea impuesta como castigo por delitos de los cuales el interesado haya sido convicto, podrán existir ni en los Estados Unidos ni en lugar alguno que se encuentre bajo la jurisdicción de éstos”.

excepto si tiene castigo por un delito. Esta *conditio sine qua non* les dio una tónica diferenciada a cien años de construcción de una “subjetividad” funcional a la lucha de clases norteamericana.

En este racismo implícito cunde, cual regresión de la política, un “componente” ineludible de asociar al actual “cuadro de situación” social que, en su superficie —se enuncie o no— expresa ese peculiar “malestar en la cultura” en la que viven los EE. UU. ¿Cuál ha resultado ser la sociogénesis de esas “marcas” —casi cabría designarlas “huellas”— indelebles? Esa “marca” originaria puede “leerse” en el afamado filme fundacional en la creación de su vida moderna de principios del siglo XX: *El nacimiento de una Nación*¹³⁰. Allí se observa, cual nutriente sociocultural, una serie de conductas desviadas que responden a una silenciada “necesidad” estructural.

La resolución formal de la Guerra Civil (1861-1865) implicó un reordenamiento estructural de la sociedad. No sólo hubo una “paz” entre yanquis y confederados, sino una tónica mucho más compleja. La resolución de la contienda devino en un país con un sur derrotado, exportador de materias primas y proveedor exclusivo de lanas para la producción textil de Inglaterra, lo que implicó la desaparición de la esclavitud y dejó la economía en ruinas. Pasaron a ser *libres* cinco millones de personas que formaban parte de la propiedad del blanco. ¿Qué hacer con ellos? ¿Cómo reconstruir una economía devastada? Su consecuencia implicó la concreción de cien años de segregación racial y social. El tecnicismo de la Enmienda XIII explotó de inmediato, con un masivo arresto de los afroamericanos: el primer gran aumento de la población carcelaria norteamericana. En el plano de lo Real, una inexorable vuelta a la esclavitud. *Salvo los criminales, todos son libres* proclama la confirmación de su doble moral.

El arresto por delitos menores cual “tirar basura” o “vagabundeo” exigía de trabajo gratuito, si no forzado, para reconstruir la realidad heredada de la Guerra Civil. Así se produjo una transición en la que se insufló la creación de un mito: la peligrosidad que implicaba la criminalidad negra. “Diabólico crimen de las Bestias Negras”, titulaban los periódicos sureños; una semantización exagerada, aunque para nada ingenua, con la intención subyacente de generar una predeterminación que les brindase “soluciones” económicas. La criminalización del “negro” sembró la idea del carácter violento “innato” de aquella raza, asociado a su ínsita primitividad —hombres-bestias “fuera de control”—.

¹³⁰ *El nacimiento de una nación* (*The Birth of a Nation*) es una película muda norteamericana, de 1915, bajo la dirección de D. W. Griffith. Por la calidad técnica e innovadora para su época, resultó una de las más afamadas de las producciones del cine mudo.

El tío Remus era aquel benévolo narrador de historias breves que le contaba al hijo del amo. Este clásico de la inicial literatura norteamericana fue obra de Joel Chandler Harris, y señalaba sin pudores la humillación de la mansedumbre del esclavo dócil. El *nigger* se transformó en un “chivo expiatorio”. Una vida elemental, primaria, arcaica, remota, tosca, de irrefrenable animalidad, poseedora de un salvajismo imposible de revertir. Se le supo atribuir determinado innatismo a toda esa enorme diversidad de matices de colores, cuya negritud, de modo tan brutal, había llegado al continente americano cual indigno rapaz malintencionado.

The Birth of a Nation (1915) es una adaptación de la novela de Thomas Dixon, *The Clansman*. El resultado de un elemento nuclear para interpretar este proceso de estigmatización *supremacista*. Este ciclo encuentra su desenlace, en tiempos de una cínica hipercorrección política, en un filme reciente, *Green Book: una Amistad sin fronteras* (2019) donde, con ese efectismo tan pragmático propio de Hollywood, protagonizada por Viggo Mortensen y Mahershala, con dirección de Peter Farrelly y guion de Nick Villalonga: un inmigrante italiano de los barrios populares neoyorkinos sea el chofer rentado de un sofisticado pianista negro que debe viajar por el *Deep South*. ¿Qué se procura señalar con esta “golosina audiovisual” elaborada un siglo después de *El nacimiento de una nación*¹³¹? La semiopolítica permite, con otra lectura y relevado *cambio de época*, señalar los “componentes” estables que operan cual “factores” permanentes para interpretar las condiciones socioculturales de una *construcción hegemónica* para la “reproducción de las condiciones de producción” de la vida social. En una puja por las conciencias, estas dos expresiones cinematográficas —con un siglo de diferencia— verifican los cambios y las persistencias socioculturales afincadas en los niveles profundos de los “sistemas de creencias” de la sociedad norteamericana. La IC no es una circunstancia social, sino un ámbito de “lucha” para establecer sus dominantes condiciones de reconocimiento.

Griffith, pastor baptista, legislador de la Asamblea de Carolina del Norte, miembro del PR, donante de la campaña de Theodore Roosevelt para la alcaldía de Nueva York, fue un hijo de aquella época, la de la acomodación del Sur a las consecuencias de su derrota en la Guerra Civil. La construcción de ese clima social es un acontecimiento central. Esta película fue un verdadero éxito, tanto de público como de taquilla. Aclamada por sus logros artísticos que colaboran para potenciar ese *verosímil* de la desmesura funcional tras su objetivo político. Una *respuesta* empírica, aclamada como “la mejor película de todos los tiempos”. Esta trama

¹³¹ Figura utilizada por el periodista gallego, exdirector de *Le Monde Diplomatique* de Francia, Ignacio Ramonet, para referirse a la industria cinematográfica norteamericana.

confirma una historia que muchos de los blancos querían contar acerca de la Guerra Civil, y así borrar su derrota. Sacar de ella su martirio, una “situación” que todavía hoy viven implicados en incidentes cual Charlottesville, en donde se produce una puja por lograr derribar de las plazas a los monumentos que todavía homenajean a los generales confederados en el Sur.

El presidente Woodrow Wilson dijo que se trataba de una “historia escrita con iluminación”. No hay casualidad que, en cada imagen, toda persona negra se encuentre degradada, sea animalesca, brutal, caníbal, asociada a una figura feroz, inhumana, desalmada. La constituida al efecto con la imagen estereotipada de la mujer blanca víctima de la bestialidad, aquella que se tira del acantilado, cautiva del pánico que le provoca el temor a ser violada por la animalidad salvaje de las “bestias negras”. La película tuvo increíble receptividad porque, junto con la innovación tecnológica, se dieron insólitas condiciones de recepción, brindando satisfacción a una reparación político-ideológica, tanto por la natural fetichización del nuevo medio como por su capacidad de generar efectos de *verosimilitud* a una directa “bajada de línea” que les convenía a todas las partes. La élite política y las empresas blancas poseían la urgencia de resolver esa “necesidad” de que todos los negros trabajasen a destajo y a bajo costo.

El exitoso filme confirma una historia que muchos blancos querían que se llegase a contar pero, sobre todo, otra escucha sobre la Guerra Civil y sus consecuencias: borrar la derrota y sacar de ella una estoicidad y un martirio por parte de un “fatal desencuentro entre hermanos”. Lo trascendental es que, para un buen sector de la población, este relato era el más conveniente y reparador de una histórica “situación” crítica que continúa vigente más de un siglo después.

La película posee “mecanismos” performativos: la idea de un puente de reconciliación entre las élites para permitir la recomposición económica del Sur. Debía incidir en el afianzamiento de una “memoria” colectiva en común. Se trató de una elaboración nostálgica por el dramático desencuentro de un pasado remoto. Fue, también, una ocasión que permitió elaborar condiciones de tolerancia e imprevistos como el resurgimiento del Ku Klux Klan (KKK). El Clan no tenía hasta entonces el ritual de la cruz incendiada. El impacto del filme abrió una impensada condición de producción para introducir tal rito. La lectura de lo social pocas veces se detiene en un acontecimiento de la IC que genera una *visión* determinada; en cambio, naturaliza, por ejemplo, una fase del terrorismo y la presenta cual eventualidad derivada de “una pandilla cuelga Negros”, tal como titulaban los diarios sureños de aquella época. Con esta relectura, plenamente ideológica, nada neutral, incitaron al clivaje y la *radicalización*, así como legitimaron el linchamiento y la violencia simbólica y material.

En la convención nacional del PD, en la ciudad de Nueva York, en 1924, se estimó que no menos de 350 delegados pertenecían al KKK. Un grupo activo de odio, propio del Sur de los EE. UU., de extrema derecha, *supremacista* blanco, reconocido por promover actos violentos y frenéticos de una propaganda que invoca al racismo, la xenofobia y el antisemitismo, así como también la homofobia, el anticatolicismo y el anticomunismo. La emigración de “negros” desde el *Deep South* a Los Ángeles, Oklahoma, Chicago, Detroit, Cleveland, Boston y NYC no sólo fue el producto de la realidad económica, sino una Razón de supervivencia: la asfixia y la opresión que los arrinconaban los forzaron al éxodo sureño para refugiarse del horror. Valga recordar algo no tenido en cuenta: la constitución del PD, durante la “reconstrucción” del país en las décadas postreras del desenlace de la Guerra Civil, fue un reagrupamiento blanco conservador, asentado sobre las estructuras de clase partidaria del Sur profundo. Aquí cuestiono lo que se da por sentado, confundir la actual línea de reclutamiento *progresista* del partido del “burro”, con su ancestral base social reaccionaria de otrora.

La actual imagen *liberal* del PD se asienta sobre una reconversión de las “bases doctrinarias” realizada por Roosevelt, profundizada, mucho tiempo después, con otra línea político-ideológica, más apropiada para los años sesenta. Esta nueva “imagen” se ligó a los *tradeunions*, los intelectuales progresistas, las minorías culturales, raciales, sexuales y de los derechos civiles que plasmaría JFK con su orientación postrera a la segunda posguerra.

2. Segregación para siempre y “América para los [norte]americanos”

Un chicago *nigger*, Emmett Till, adolescente de apenas catorce años, pretendió coquetear —se entiende que emitiendo un piropo poco apropiado para la atractiva esposa de Roy Bryant Carolyn—. Su resultado, el asesinato. Hallado en el río local, por haber silbado a una mujer blanca en un ámbito inadecuado, impropio para el medio rural sureño (Money, Mississippi), en un gesto de aprobación propio de la vida urbana que, para 1955, resultó letal. Abierto choque sociocultural, gráfico de cuando existe una presión social y política del orden local sobre lo que se pudiera entender inaceptable. Con este tipo de *prácticas* punitivas se consolida lo que subyace: un cimiento segregacionista, sustrato de su concepto ordenador de una calificación: *Segregation Forever*, cuyo “fundamento” fueron las “leyes Jim Crow”¹³².

¹³² Jim Crow fue un personaje creado por las revistas caricaturescas norteamericanas. Un espectáculo denigratorio del musical “Jump Jim Crow”, de Thomas Rice (1832), que infantiliza al agraviar a lo afroamericano.

Legislaturas estatales y locales promulgadas por los parlamentos blancos, dominados por los demócratas durante el período de la “reconstrucción” (1876-1965), promovían la segregación racial en todas las instalaciones públicas bajo el lema de “separados pero iguales”, aplicado a todos los afroamericanos y minorías no blancas. De allí que el trato y el alojamiento fuera de una calidad abiertamente inferior, asegurándose la *primacía blanca* para sistematizar sus desventajas económicas, educativas y sociales, que debían sobrellevar unas minorías —no tan minorías— en el Sur profundo de los EE. UU.

Aunque en el Sur este segregacionismo fuera explícito y salvaje, también en el Norte se producía *de facto*. Se constituían *ghettos* urbanos, al arrinconar a sus habitantes a determinadas zonas, barrios o calles para su vida social. Las “leyes Jim Crow” segregaban las escuelas y lugares públicos, baños, restaurantes, agua potable, discriminando a negros y blancos, así también al propio ejército norteamericano. También impedían viajar al extranjero, votar y poseer armas. Eran herederos de “los códigos negros” (1800-1866), que restringían toda interacción social. Para ello se estableció una pormenorizada reglamentación de derechos y libertades, hasta que tal discriminación escolar fue declarada inconstitucional (1954) por la Corte Suprema, con el caso “Brown vs. *Board of Education*”. El resto de las “leyes Jim Crow” se extinguieron de manera gradual con los “Derechos Civiles” (1964) y del “Voto” (1965).

En reacción a este universo de opresión, surgió el activismo por los derechos civiles. Una original e insólita idea para la época: la de renegar de cualquier tipo de integración —educación, salud, playas, recreación—. Entonces nació el Comité Asesor de La Florida, parte de la Comisión de los Derechos Civiles de ese Estado, en donde el activismo asomaba con otra política para plasmar con dureza estos “componentes” de nítida provocación. Se trató, en efecto, de una abierta resistencia a todo el universo de avasallamiento, opresión, discriminación y criminalización étnica y racial. Sobre esta base, se dio un nuevo contexto en el que surgió una reacción original. Esta renegación rechazaba cualquier tipo de integración física y social, así como también se resistía a aceptar su crónica subordinación.

Recuerdo que, cuando chico, en la edad primaria, hablando justamente de América, México pertenecía a América Central y, como cantan los Tigres del Norte, “la frontera se corrió”. Hoy nadie duda de que forma parte de América del Norte, razón por la cual, como lo expresa Fito Páez, se reafirma la perspectiva semiopolítica de que “las cosas tienen movimiento”. El 11 de julio de 1767, más de dos siglos y medio atrás, en la ciudad de Braintree, condado de Norfolk, Estado de Massachusetts, todavía colonia británica previa a la Declaración

de la Independencia nació un “actor” trascendente, que habría de darle tónica vital a un fundamentado concepto: el del “destino manifiesto” para el *modus vivendi americanista*.

John Quincy Adams fue su sexto presidente, quien por poco no se convirtió en una de las figuras consulares iniciales de los próceres norteamericanos. Hijo del segundo presidente de los EE. UU., John Adams¹³³, John Quincy Adams fue uno de esos próceres fundacionales, junto a su cónyuge, Abigail Quincy, el aventajado gran constructor de las primeras decisiones de peso que habrían de constituir en potencia al gran Estado del Norte. Se lo recuerda como el autor intelectual de la histórica sentencia conocida como la “Doctrina Monroe”: “América para los americanos”. Durante siglos, esta frase grandilocuente y magnánima brindó, de manera performativa, una tónica particular a la vida política de la gran potencia del norte.

Nacido dentro de un ambiente pueblerino, local, que no sobrepasaba las treinta y cinco mil personas, su célebre predicción signó la orientación en boca del quinto presidente de los EE. UU., James Monroe, de quien John Quincy Adams fue su secretario de Estado. Cuenta la historia que, con apenas siete años, fue testigo del triunfo británico en la batalla de Bunker Hill, el 17 de junio de 1774. Un estímulo para su cosmovisión de hombre de Estado fue haber sido el responsable de la compra de La Florida al reino de España. Su idea era imponerles a las potencias europeas occidentales la inhibición para incidir en los asuntos americanos. Esta concepción se basaba en su lectura de las estrategias de dominación del Reino Unido de la Gran Bretaña para obtener ventaja sobre los posicionamientos de *poder* que les permitieran a los EE. UU. imponerse a los nuevos Estados latinoamericanos, principalmente a partir de las condiciones que se abrían por su endeudamiento ni bien las naciones se independizaran. Tal incidencia se reflejó hacia fines del siglo XIX sobre el Caribe y Centroamérica.

Tras una vida extensa, falleció en 1848, con más de ochenta años. Fue un activo protagonista de la vida política en distintos partidos: el Federalista, el entonces PD, luego el PR y, por último, el Nacional-Republicano, del que fue fundador con una prédica antimasónica y *liberal*, y con el cual alcanzó la presidencia. Fracasada su propuesta de reelección frente a Andrew Jackson, futuro séptimo presidente, promovió, para la época, fuertes cambios sociales a favor de los blancos postergados. En su retorno a la vida pública activa, fue electo para la Cámara de Representantes, cargo que, a partir de entonces, pasaría a ser habitual en la vida institucional norteamericana. Se eternizó en ese puesto —en la Argentina sería diputado—

¹³³ John Adams, presidente de Estados Unidos (1796-1800), dijo: “Hay dos formas de conquistar y esclavizar a una nación, una es con la espada, la otra es con la deuda”.

durante diecisiete años, hasta su muerte. Partidario del abolicionismo, observó lo delicado del tema y que pudiera ser detonante de una *guerra civil*.

En este repaso histórico es preciso recordar la génesis de la cultura *supremacista*. De los primeros seis mandatarios de los EE. UU., cinco fueron propietarios de esclavos, situación que incluye al propio Abraham Lincoln. Tal dictamen produjo, década y media después de fallecido Adams, sustentar firme una posición abolicionista. Hombre de Derecho, egresado de Harvard, Adams sostuvo una práctica profesional jerarquizada que jamás lo desvió de su comprometida lectura política para entender la vida institucional. En 1797, a solicitud del general y primer presidente George Washington, se lo había nombrado embajador en Prusia. Fue el primer presidente casado con una extranjera (inglesa), imitado luego por Trump, cuya esposa es la eslovena Melania.

En 1817, al tomar su banda presidencial James Monroe, Adams asumió por ocho años la Secretaría de Estado. Responsable de la vida política para el sector externo de los nacientes EE. UU., en 1802, fracasó su candidatura de representante, aunque sí fue designado, por su Estado, senador entre 1803 y 1808, quebrando su filiación federalista al unirse con los demócratas republicanos. Se trata de un personaje clave en la historia norteamericana que, por sus giros políticos, se vio obligado a renunciar, pero le brindaron la oportunidad de asumir su actividad principal: la diplomacia. La impronta geopolítica del “destino manifiesto” marcaría los atributos de la superioridad *supremacista*.

Adams fue el estratega de las políticas proteccionistas que impulsaron el desarrollo industrial del norte, creando el modelo denominado “sistema americano”, que materializa una fuerte articulación interna de su sociedad en materia de comunicaciones e infraestructura —carreteras, canales, creación del Banco Central—, así como instauró una banca norteamericana, responsable de la emisión de la moneda y el fomento del crédito productivo, e impulsó la creación de las universidades públicas, siglo después de las privadas. Asimismo, forjó las condiciones para el despegue y un perfil propio para su nación a escala internacional.

Inicialmente resistido por los partidarios de Jackson, polarizó en una confrontación con una larga serie de iniciativas con los dos grandes bloques políticos que coronaron la Guerra de Secesión. El bloque agropecuario, ligado al abastecimiento textil a Inglaterra, asociado a los grandes terratenientes del Sur, veía esencial sostener la esclavitud y el dominio pleno de las superficies históricas ligadas a los pueblos originarios. Adams, referente del bloque abolicionista del Norte, procuraba profesionalizar al sector público, intentando despolitizar a

los agentes del Estado, recurso vital para que pudieran garantizarse los lineamientos generales políticos frente a su rival Jackson.

La particularidad histórica de su gran enemistad fue la ausencia ante la asunción de su sucesor, el señalado presidente Jackson. “Situación” que se repitió luego, siglo y medio después, con las ausencias de padre e hijo: George Herbert Walker Bush, y su hijo, George Walker Bush, portavoces del alineamiento de los *neoliberales reaccionarios*, en renuencia ante el reagrupamiento del *neoliberalismo progresista* de los Clinton y Obama.

3. De cómo el temor al *breakdown* transformó al americanismo en neoliberalismo

Luego de casi un siglo de parálisis en la implementación de una política *progresista* en materia de derechos civiles, tal motivo de retracción sólo se resumió dentro de una nueva dinámica social, propia de la “época dorada” de posguerra, sobre todo a partir de los años sesenta. Desde ya que, con picos y mesetas, fueron años de profundas transformaciones y estudiada intolerancia, durante los cuales el movimiento activista cambió su táctica: renegando de cualquier integración, confrontando abiertamente en materia de educación, salud, playas y ámbitos de recreación. La actividad desplegada por el Comité Asesor del Estado de La Florida, mediante la Comisión de los Derechos Civiles, asumió una serie de tácticas de *radicalización* dispuestas a transgredir “la ley”.

En su búsqueda para “violar la ley”, este movimiento tomó la audaz estrategia de invertir la ecuación: la idea de volcar a la “opinión pública”, posicionando una temática dentro de una “agenda pública” omitida, como con posterioridad lo realizarían los “Panteras negras” —claro está que con la asunción de la violencia armada—. Su idea era llamar la atención con rupturas de la dinámica social estandarizada, con lo que entendían fueran “rutinas” de la *cotidianeidad* conservadora que naturalizaban usos y costumbres. Una asunción militante distinta de lo que se entendía por *práctica política* al cambiar, con tal militancia, los modos del proselitismo. Se procuraba una ruptura con los estándares de aquella normalización que siempre dominaron la sociocultura *supremacista* WASP. Dramatizar con *acciones sociales* radicalizadas, tematizando y abriendo una fisura para una reflexión sobre lo que se pudiera entender por criminalidad. Al ser encarcelado, tal “situación” alteraba los estándares de *lo ideológico* con *prácticas discursivas* inusuales. Se convertía en un “acto militante”, pleno de “sentido”. Una confrontación ético-política, que ennoblecía al protagonista al asumir “la causa” a partir de su sacrificio, audacia y arrojo. Ser objeto de “arresto” daba nuevo “fundamento” a la resistencia

de las abusivas *prácticas* del *poder blanco* y se transformó en un compromiso militante por una “causa” trascendente que, a través de su prédica, siempre tendría consecuencias políticas.

La salida al Oeste, la “Conquista del Desierto” norteamericana, la compra de la Luisiana francesa, el mito cinematográfico del John Wayne de *El Álamo*, los ominosos acuerdos —con un Estado mexicano derrotado— de Guadalupe Hidalgo, el señalado avance sobre “La Florida” española, la conflictividad extendida sobre las complejísimas pugnas con las islas de Cuba y Puerto Rico, la compra de Alaska al imperio ruso, la conquista del Hawái, ni bien se independizó de la Gran Bretaña, las políticas del *big stick* de Theodore Roosevelt Jr. para esa larga serie de pequeñas “republiquetas” de Centroamérica. Toda esta durísima y sofisticada expansión siquiera es reconocida por el “gran público” del americanismo. Por detrás se encuentra una evidente naturalización de su necesidad de “expansión” permanente, asociada a la implícita noción fundante del “destino manifiesto” de John Quincy Adams.

Advierto que la semiopolítica del americanismo permite entender esta necesidad de propagación impositiva a partir de la instrumentación de “la violencia simbólica y política” que apenas disfrazan sus aventuras militares. ¿Cómo aquellas raquílicas y menores colonias británicas, destinadas a la expulsión y erradicación de las minorías religiosas no anglicanas del Reino Unido de la Gran Bretaña pudieron haber llegado a alcanzar ese comportamiento de gran potencia emergente? Esa que no reconoce límites que, tal como mencioné, predijo el subido reproche del multifacético don Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea. Este afamado y múltiple Conde de Aranda, ministro político de la corona española, profetizó sobre lo que se podía esperar del comportamiento de quienes sólo procuran “ventajas”, anticipando su proceder estratégico político-militar contemporáneo, los que, cual Pinochet luego, admitirían su política de “fronteras móviles”. Sin embargo, los denotados bandos emergentes de la señalada ínsita conflictividad interna, a partir de la constitución de *lo ideológico* y sus atributos de marcada ilegibilidad para su sociedad, llevan a que hoy día, existiendo *stock* de vacunas contra el Covid 19 para tres veces su población, casi la mitad rechaza su inoculación y se organicen para una activa campaña en su contra.

En esta “huella” esencial en la configuración de la “subjetividad” norteamericana, la puja implica la *lucha* por hacer reconocer al *nigger* como ser humano. Y, con el negro, al marrón. Tanto el nativo indio, como a los que, desde esa herencia de la ancestral descalificación inglesa, son llamados *hyspanos*. Ese modo de referencia descalificador es una herencia directa de las asignaturas británicas que, todavía hoy, celebran la batalla de Trafalgar. Esta lucha es en

varios planos. Diversa, múltiple, no sólo por el color de la piel, sino un “componente” esencial para esa puja constante que nutre la “agenda pública” norteamericana para entender que, detrás de todo ser humano, existe una persona susceptible de ser “sujeto de derecho”. Los EE. UU. no han logrado aún superar esa encrucijada esencial que los atraviesa desde los orígenes.

Mientras que JFK amplió la “agenda”, Lyndon B. Johnson procuró materializar su tronchada tarea, con la “Ley de Derechos Civiles”. En los EE. UU., la esclavitud, en la formalidad, habría finalizado en 1865. Pero fue un *acto ceremonial* de la cultura política —al decir de Gabriel Almond¹³⁴—, porque de manera inmediata fueron cercenados los mismos derechos conquistados. La generación de la *posguerra civil* se las ingenió para culpabilizar en latencia la existencia de la negritud. Uno de los canales, cual “cláusula de escape” de esta liberalización racial, fue este hábil e inducido aumento de la criminalidad. La propia evolución, con las complejidades de las sociedades industriales, el *cambio* y la transición demográfica, esta reconversión del tránsito rural al urbano y medio urbano, todo ello conformó un nuevo tipo de *poder*, asociado a lo bélico y las armas. La “salida” fue concertada con el Sur racista: hacer la “vista gorda” y responsabilizar a los derechos recién adquiridos por esos naturales indicadores del *cambio social*. Entonces se presentó la disyuntiva sobre qué hacer con tamaña población carcelaria que tuvo un aumento exponencial constante durante todo el siglo XX.

Para la década de los setenta, se produjo un *cambio* cualitativo. Bajo tales condiciones de reconversión, se provocó la “necesidad” de una reafirmación *supremacista* bajo las tensiones de las crisis del petróleo y posible derrota frente a la Guerra Fría y a una escalada en la carrera armamentista. Aquellas condiciones necesitaron de una constante expansión, como siempre lo produjo la sociedad norteamericana cuando el señalado *ascenso neoliberal* fue una *respuesta* para aquellos días de *crisis*, al comenzarse a implementar las políticas de un encarcelamiento masivo. La figura de tal reposicionamiento fue, una vez más, Richard Nixon, así como también, para su efectiva implementación, la del secretario de Estado: Henry Kissinger.

La expiación de Nixon sirvió para justificar las políticas autoritarias: “Esta es una nación de leyes. Nadie está por debajo de la ley y vamos a hacer cumplir la ley, y América debería recordarlo si quiere tener ley y orden”. Durante más de veinte años existió una serie policial

¹³⁴ Gabriel Almond (1911.2002), politólogo norteamericano, reconocido por su trabajo en materia de política comparada y cultura política. Desarrolló el enfoque funcional en la política, modelo que otorga un esquema de análisis general y sistemático para los estudios de política comparada. Realizó una ruptura superando los enfoques tradicionales de la política comparada que se centraban, en su gran mayoría, a contrastar con los países occidentales desarrollados, haciendo eje en los aspectos formales e institucionales de la actividad política.

adaptada a las principales urbes norteamericanas, una inclusive londinense, denominadas: “Law and Order”, que continúa vigente, con “La ley y el orden: UVE” (Unidad de Víctimas Especiales). Esta serie policial hace eje en potenciar el concepto angloamericano de *poder* bajo la lectura de ínsita criminalidad de las minorías, la marginalidad y la irrenunciable responsabilidad que le cabe al *poder* de una policía que está obligada a trabajar de manera mancomunada con las fiscalías. Esa particular concepción mercantil de la Justicia conlleva la oferta del “arrepentimiento”, algo que tanto daría que hablar en su insólita aplicación vernácula.

En 1970 Nixon inició un movimiento irrefrenable hacia el *encarcelamiento* que instituyó la estigmatización social de las minorías y al desenfreno carcelario. Al inicio de la era Nixon de “la ley y el orden”, rondaban los 357.292 reos estables. Justamente por ese momento comenzó a producirse un proceso de directa asociación entre la criminalidad y lo que se apelaba “raza”. Mecanismo social bien trabajado por Daniel Jonah Goldhagen¹³⁵.

Esta desproporcionada campaña propagandística de divulgación sostenía los postulados y principios de esta política de *radicalización*, cuando el presidente afirmaba: “Si hay un área donde la palabra ‘guerra’ es la apropiada, es en la lucha contra el crimen”. La profundización de estos aspectos unilaterales auspició la promoción de un ascenso progresivo *liberal* hacia principios *neoliberales*. Se trató de una peligrosa despolitización genetista de la política, con una creciente mecanización *militarista*, en la que los recursos de las especializaciones comunicacionales, a partir del *marketing* publicitario, realizaron campañas de divulgación para opacar cualquier problematización no deseada. Esta compulsiva y acrítica implementación de *respuestas* mecánicas empobrece cualquier noción de las instancias públicas y la comprensión cabal de la realidad vivida.

El resultado de esta campaña fue una *política de Estado* con componentes discriminatorios y autoritarios, con un calibre simplista, que tuvo los mismos resultados que la realización de la racionalidad instrumental, esto es, un *empobrecimiento* de la vida política y una severa tendencia al reduccionismo *simplificador*. El núcleo central del *poder*, con su “guerra contra el crimen”, comenzó con una persecución de los movimientos políticos que le devolvieron “identidad” a la negritud: “Poder Negro”, “Panteras Negras”, el movimiento contra la guerra en Vietnam y los movimientos pacifistas, o contra la carrera armamentista y el poder nuclear, los movimientos feministas y de gays. Contra ellos dirigió sus cañones Nixon. La

¹³⁵ Daniel Jonah Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, ob. cit.

estrategia del gobierno federal, por entonces entronizada en el FBI, penetró con fuerza para rastrear tamizando las instancias de la sociedad civil. Escutaron todas las áreas sospechosas — o insospechables—: una severa advertencia para aquellos a los que el *poder* les fabricaba el concepto de subversivos o sediciosos, cuyos cómplices también serían encarcelados.

El *poder* declamaba: “No habrá progreso en América sin respeto a la ley”. Era dable de esperar —y, como se verá, ya había ocurrido en el pasado— que se generasen determinados efectos de “sentido” deseados y se alterase cualquier idea por la cual el *poder real* pudiera haber perdido “el control”. De esta manera, se duplicó el presupuesto para las instituciones policiales e instancias de seguridad (federales, estatales, guardias civiles y locales). Se le endilgó a todo lo que se presentaba como *distinto*, a todo ese proceso emergente, de más que compleja lectura y visibilidad, cortar con lo que fueran años de rebeldías y perspectivas de *cambio*; su blanco: los “agentes de la transformación”, a los que se les adjudicaba la responsabilidad del desorden.

Estos “componentes” degradantes eran los responsables de la “descomposición del cuerpo social”, de una rebeldía irracional, de esta larga serie de crímenes y corrupción en que había caído la sociedad norteamericana. Así, la “reestructuración social” se constituyó en el obligado antecedente para el *neoliberalismo reaccionario* que, ligado a las crisis del petróleo y del modelo de sociedad, les obligó al tan necesitado “ajuste” con la instrumentación publicitaria de campañas tales como “La ola de crímenes no será la ola del futuro en los Estados Unidos de América”. La *militarización* de la política retroalimentó una autoagitación militante para todas las esferas oficiales, estableciendo, para encubrir su estrategia represiva, lo que se denominó “guerra total contra el enemigo público número uno de los EE. UU.: las drogas peligrosas”.

Esta definición abrió una nueva etapa para la relación *consenso-coerción* en la sociedad norteamericana, diferente debido a que, en su radicalidad, exacerbó una polarización de las conductas, erosionando toda posibilidad de crítica, para siquiera hablar de rebeldías. Dentro del señalado contexto de *crisis orgánica* de la potencia hegemónica con su incierta realidad militar en el marco de la Guerra Fría, emergió la imprevisibilidad sobre la realidad económico-social de cara al futuro para la humanidad o el área de influencia del universo occidental. En la Argentina, tales *radicalizaciones* coercitivas exacerbaron una realidad contradictoria: invocaron principios, pureza, transparencia, cuando en los hechos potenciaron opacidad, encandilaron toda posibilidad en sus condiciones de reconocimiento, mucho más cuando el mundo de las finanzas se independizó, desagregando a los consumos de bienes y servicios de los “componentes” productivos de la realidad económico-social.

El sombrío universo de las drogas, la proyección de imágenes sobre las adicciones, de las mafias, la violencia y el narcotráfico, generaron un escenario de parálisis y cristalización a partir de fáciles, y vistos desde el mundo de hoy, en cristalizados estereotipos que impedían cualquier elucidación racional y responsable de una temática de por sí compleja. De esta manera, se insuflaron fantasmas de escaso dominio, generando fracturas generacionales, entumeciendo las relaciones sociales, instituyendo prejuicios y obstaculizando la integración social y la comprensión *del otro*. Este universo cultural y social encaminó a la estereotipia y la desavenencia. El fantasma de las adicciones y la dependencia de las drogas fue puesto en el primer nivel de la “agenda pública”, *simplificando* el problema criminal, y no el sanitario.

Con esta manera de abordar los “fundamentos” éticos de la política, bajo tal contexto crítico de un potencial *derrumbe*, su factible *breakdown* arrastró a que se recurriera a un discurso de carácter guerrero, absoluto, dicotómico, belicista, que *militarizó* los ideales de la vida democrática. Sus consecuencias fueron irrefutables: millones de personas perseguidas, cientos de miles encarceladas, por el simple hecho de hacer un uso indebido de la marihuana, pobres ofensas con ese bajísimo nivel de la criminalidad. Nixon duplicó su apuesta al profundizar una aproximación maniquea e instrumental: “El enemigo público número uno de los Estados Unidos es el abuso de las drogas. Para poder combatir y vencer a este enemigo, es necesario lanzar una nueva ofensiva a fondo”.

Así se profundizó la tentación de caer en una *militarización* que empobrezca los “fundamentos” éticos y la pluralidad de la vida política. Surgió la *Southern Strategy*, la “estrategia del Sur”, una estratagema de tipo electoral del PR, para favorecer el apoyo político de los votantes blandos del Sur de los EE. UU. Se apeló, una vez más, al trillado recurso del racismo contra los afroamericanos. En la medida que avanzaron el movimiento de los derechos civiles y el desmantelamiento de las “leyes Jim Crow” de las precedentes décadas de los años cincuenta y sesenta, se retroalimentaron crueles estereotipos, “recurso” para exacerbar y radicalizar la conflictividad social, en la idea de generar tensiones para una polarización favorable al PR. Tanto Nixon como el senador racista Barry Goldwater desplegaron maniobras de realineamiento político alterando las prioridades de la “agenda pública”. El *modo* resultó exitoso: esta *Southern Strategy* abrió un ciclo que supo generar gradual transformación y traspaso del votante demócrata del Sur al PR, con “posiciones” que se sabrían orientar hacia una creciente *radicalización* a la derecha del espectro político.

Los que habían sido consabidos demócratas conservadores mutaron a militantes “posiciones” sustentadas sobre la base de estereotipos, prejuicios y *simplificación* de culpabilizar la amenaza negra. Una especie de equilibración y reparo frente al inexorable horizonte de decadencia que habrían de asumir los blancos, pobres y trabajadores no calificados. Del partido de Roosevelt y de los Kennedy al de Richard Nixon y Ronald Reagan. Un éxito total. Tal estrategia supo proyectar su reconversión hacia el futuro *neoliberalismo reaccionario* a través de una delicada interpelación racista que fue dejando de lado las sutilezas al colocar en su eje a un Sur que añoraba alcanzar la estatura e importancia de las grandes metrópolis urbanas del norte.

La estrategia del “Law and Order”, vista a la distancia, fue un atajo táctico, con consecuencias irreversibles para el mediano y largo plazo. Un agrietamiento de difícil resolución estratégica, con el peligro de su creciente exacerbación en las calles. La política de “ley y orden” llevó a la exaltación de pasiones encontradas bajo una cruel *simplificación*: “Una ofensiva a fondo contra el crimen, contra el narcotráfico, contra la permisividad en nuestro país”, según palabras de Nixon. No fue otra cosa que parte de una “contraofensiva” que se constituye cuando el *poder* asume su vulnerabilidad, para extremar ese “contragolpe” que removió los contruídos obstáculos que la amenazaban.

John Ehrlichman, abogado y asesor de Nixon, lo expresó de manera implícita:

La campaña de Nixon en 1968, y desde la Casa Blanca después, tenía dos enemigos, la izquierda pacifista y los negros. ¿Entiendes lo que estoy diciendo? Sabíamos que no podíamos hacer algo ilegal, estar en contra con una guerra contra el negro (...), pero al hacer que el público asocie a los hippies con la marihuana y al negro con la heroína, y luego criminalizarlos a ambos fuertemente, podríamos perturbar esas comunidades...

4. El progreso de la evolución carcelaria y el *miedo estructural*

Los 357.292 reclusos de inicios de los años ochenta pasaron a ser 524.900 para fines de dicha década. Fueron años de alteración referencial, con un uso abusivo de los significantes en las *prácticas discursivas*, cuando el común de la gente pasó de expresar *blacks* a *niggers*. Ronald Reagan transmutó la retórica de Nixon de “guerra contra las drogas” hacia un efectivo *acto bélico real*. El DCN se fue constituyendo sobre la base de denuncias hiperbólicas, la dramatización en la que cunde esa exageración desproporcionada, con la complicidad de artefactos y aparatos comunicacionales, potenciando el abuso de drogas y el alcohol, que atraviesa a todas las generaciones pero, en especial, es un crudamente dañino estigma para los

jóvenes. Tal es así que, para el año 1982, se implementó una campaña propagandística de “cruzada nacional” contra “una tentación constante para muchos”. El *spot* del cerebro frito como un huevo, propio del *neoliberalismo reaccionario*, resulta un buen ejemplo del clima publicitario, pleno de exitismos metafóricos, que procura asustar y generar una sensación de retracción, con una plenitud de implícitos, como el de la esposa del presidente, Nancy Reagan, cuando expresó: “Sólo di NO”¹³⁶.

Este panorama sociocultural de conflictividad integral y permanente trajo consigo un asalto al sistema educativo, de bienestar, estructural, de salud, generando desaliento frente a la desazón que provocaba la imposibilidad de sostener programas que mantuvieran un presupuesto equilibrado, en épocas en las que todavía se presentaban los números públicos ventilados de cara a la ciudadanía y la “opinión pública”. El neoliberalismo pasó por alto transparentar su déficit presupuestario crónico; inútil el hacer partícipe y “angustiar retaguardias” de una sociedad de leída cronicidad negativa.

Se trataba de una maniobra cercana a la idea de “último recurso”, al transparentar lo que, en definitiva, había sido romper con el acuerdo sobre la dolarización del precio de los petrodólares con Arabia Saudita. Se lo hizo para superar la exigencia de devolución en oro del general Charles De Gaulle de acuerdo con los compromisos contraídos en Bretton Woods. En verdad, no fue otra cosa que un abrupto abandono de los ideales comprometidos con “la era dorada” o *les trente glorieuses* del Estado social. Se pasaba a un obligado “ajuste estructural”, para ganar, al costo que fuera, la Guerra Fría. Este inédito esfuerzo, por su magnitud, trascendía al mundo doméstico: expresaba un audaz objetivo de trascendencia mundial, extraño para aquellos tempranos ochenta.

Si bien la realidad emergente no se hizo explícita, visto desde el mundo de hoy, queda claro que tal “ajuste” sería pagado por los “bolsillos de ustedes”, con una reapertura de las condiciones de expansión de la “libertad de empresa” de los EE. UU. y su clase emprendedora. Tal liberalización de los poderosos sería letal en el orden estratégico. Éstos fueron los primeros atisbos del tránsito del mundo de las *multinacionales*, ligadas a la potencia triunfadora de posguerra y la Comunidad Económica Europea, a una “economía global” emergente, sería un golpe de *knock out* con las nacientes *transnacionales*. Para los diferenciales números de su época, se ahoraban, hacia finales del ciclo de reconversión bajo la nueva *proto-visión*

¹³⁶ La famosa campaña *This Is Your Brain on Drugs* data de 1987 y es actualizada cada diez años.

neoliberal, unos 1.800 millones de dólares por año fiscal (1982), con una nueva geografía social diferente a la de posguerra: con fuerte aumento de la pobreza en las clases sociales más bajas y sectores sociales de menores recursos, ya desmantelado el *Welfare State*.

Este proceso *in crescendo*, salvo en la administración Carter, se transitó por carriles estandarizados, generando las condiciones para la irrupción radical del discurso neoliberal: ese mundo de las panaceas prometidas, bálsamos, elixires a futuro, de promesas de beneficios *por venir*, cuando maduren sus frutos, los del *ascenso neoliberal*. Ya a mediados de los ochenta, repotenciada la siembra producida por Nixon, pero ahora incrementada por una cobertura integral de esas “promesas” a escala universal, con la asunción de Reagan los componentes socioculturales asfixiantes también iban de la mano con la prédica de disolución e insolvencia de la integración social.

Entonces emergió una droga novedosa, el “crack”, señalada como la propia de los sectores paupérrimos, la de los indigentes, los miserables, vale decir, del universo afroamericano. El “crack”, cocaína fumable, era la reina en los *Downtown* populares, mientras que la heroína abundaba en los suburbios ciudadanos; las sentencias judiciales eran más severas para ese “crack” consumido por la marginalidad, que para la cocaína en polvo, con similar pena para 30 gramos de “crack” que para tres kilogramos de cocaína común. La “anteojera” social estratifica las esferas de clase, pero no impide los negociados del tráfico de armas, ni inundar Chicago de drogas para solventar a “los contras” y aliados en Centroamérica. Se trata, en efecto, de una politización selectiva de lo que se puede “ver”, o puede llegar a ser “leído”, dentro de un mundo selectivamente opaco y vidrioso. El puntapié inicial de lo que, con el paso de las décadas, se hizo irrefrenable: el *double bind*, o “doble constreñimiento”, concepto acuñado por Gregory Bateson. Ese “mensaje contradictorio” alude a que la *acción comunicativa* produce “efectos” diferenciales y discriminatorios, dañando al sistema comunicacional con mensajes esquizofrenizantes, que generan, para el largo plazo, la cronificación disfuncional orgánica en los cerebros.

La víctima del doble vínculo recibe órdenes contradictorias o mensajes emocionales en diferentes niveles de comunicación (por ejemplo, el amor es expresado por medio de palabras y el odio o desprecio por medio de comportamientos no verbales; o un niño es alentado a hablar libremente, pero es criticado o silenciado siempre que lo hace).¹³⁷

¹³⁷ Gregory Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente: colección de ensayos en antropología, psiquiatría, evolución y epistemología*, Ballantine Books, 1972.

Así, al “fallar en el cumplimiento de las órdenes contradictorias” el sujeto implicado habrá de ser “castigado, por ejemplo, quitándole el amor”. Auténtica *guía de la enseñanza* para una masiva instrucción cívica sobre lo que ellos denominan “comportamientos políticos”, aleccionadora de curarse en salud para el adiestramiento de tan vaga y difusa cultura, para una retaguardia social con escasa “identidad” popular.

Tales *mensajes contradictorios* transmiten lo que —técnicamente— se denomina “información disonante”, ya que, al proceder de una misma fuente, como se decía, *esquizofreniza*, porque, supera el nivel clínico individual, genera un vínculo psicosocial que, en las *formas*, satisface a las partes, pues resulta un mensaje reparador y satisfactorio para ambos. Aunque en la realidad de los hechos no sea así. Se genera una falsa satisfacción al implementar una implacable relación de *poder* asimétrica entre las partes. Esta *dualidad discursiva* funciona obteniendo uno de los objetivos esenciales del DCN: instrumentar *mensajes antagónicos* que paralizan, destruyen convicciones, crean nuevas incertidumbres, parálisis, pánico, temor, y así arribar al procurado estado de *miedo estructural*, cosmovisión del *neoliberalismo reaccionario* en pleno *ascenso*.

Durante la presidencia de Reagan, comenzó a producirse a escala masiva una vigorosa *construcción hegemónica* a nivel sociocultural. Se inició una época signada por los masivos encarcelamientos de negros, de los que ya no habría retorno. Además, implicó a *hyspanos* o latinos, funcionales a un punitivo *superyó* que le permitió sostener el aleccionador grado de culpabilización por la piel y el posicionamiento social de clase. Esta *construcción hegemónica* se fundamenta en ancestrales prejuicios constitutivos de la *americanidad* que, a nivel de lucha de clases, legitima su edificante *modelante social*, cual verdadero *instructivo educativo* de los *reales* alcances que habría de implicar el “ajuste estructural”.

La desigualdad social, inicialmente de no tan accesible lectura, fue uno de los signos de “la nueva razón” ordenadora mundial para la *época* —tal como señalan Dardot y Laval¹³⁸—. Aquí destaco que la realidad económica y la estigmatización social constituyen la nueva “trama” de otro tipo de segregación que se crea para el grueso de las urbes con la irrupción de ese otro nuevo gran “negocio” de proporciones: el del tráfico de las drogas y de las sustancias.

Esta “guerra” no fue sólo retórica ni propagandística; al contrario, su *complejidad discursiva* sobrepasa las metáforas y metonimias. Se trató de una realidad integral producida al

¹³⁸ Christian Laval y Pierre Dardot, *La pesadilla que no acaba nunca...*, ob. cit.

efecto como para que su “sentido”, en su orientación profunda, no pudiera ser soslayado ni desatendido. Lo que fue retórico con Nixon pasó a ser, en la noción neoliberal, integral y a fondo con Reagan.

Es imposible comprender la cultura política norteamericana sin tener en cuenta la realidad racial, dado que, junto con lo social, productivo y laboral, es un “factor” *constituyente* de su conflictividad. Es la *forma* en que se produce la *construcción hegemónica*, bajo el mando de “relaciones de fuerza” de un *poder* que procura poseer una dominancia que le permita constituir esa realidad favorable, con *prácticas discursivas* que sostienen su modelo societal. Con tal conflictividad como referencia, se procura modelar, designando o constituyendo los espacios de sus rivales, y hasta cómo se habrá de producir la expiación de enemigos y elementos que consideren ajenos a su esquema ideacional.

El universo simbólico de la semiopolítica del americanismo es sensible con los modelos societales que propone: quiénes quedan “dentro”, y quiénes es dable desear que se encuentren “fuera”. De allí que sea una construcción meticulosa, según la cual hasta los sectores del trabajo y la producción no se encuentran referenciados del mismo modo al que las análogas clases subalternas europeas. Allí nadie, ni por casualidad, sorteará soslayar al campo obrero. Con las clases subalternas tienen la aceptación y la tolerancia posibles, amén de las culturas de las que se nutren y proyectan. Los AIE legitiman con quiénes se puede conciliar o ser condescendientes, o descalifican sin indulgencias ni reconocimientos.

Para 1980 la población carcelaria superaba los 513.900 reclusos. Mientras que para 1985 ascendió a los 759.100. Como todas las cosas, los procesos sociales poseen sus propios “mecanismos” de equilibración. La sobrerrepresentación en la divulgación del SIyC genera “anticuerpos” de rechazo de noticias inducidas por las monolíticas cadenas oficiosas de los “relatos” del *poder*. Siempre surgen “válvulas de escape” que descomprimen tensiones, canalizando y sublimando *respuestas* contraculturales que emergen de manera “mágica” frente a lo que no sería extraño concebirlo como abuso. Una de las reacciones contraculturales propias de la cultura afroamericana en los EE. UU., así como en el pasado habían sido los góspeles en las iglesias dominicales, fueron las bandas de hip-hop, raperas, tales como, por ejemplo, *Public Enemy*, para los tempranos noventa, una suerte de refutación y réplica a la campaña de asfixia y criminalización.

5. Los modelantes sociales de finales de los ochenta y principios de los noventa

Las redes sociales, “la era digital” y la telefonía celular acortaron de manera inédita las posibilidades del “registro” temporal. Con la nueva realidad no sólo se alecciona, sino que también se enseña sobre lo conveniente, apropiado, oportuno, lo ajustado, lo lógico, que se instruye sobre la base de los comportamientos. Se adiestra al inculcar el ejercicio de las *prácticas* auspiciadas. Se aconseja sobre lo que el *poder* entiende por conductas “correctas” de “la vida”, como se ve una plena definición gramsciana de ideología en cuanto “concepción del mundo”. La nueva realidad inculcada ilustra sobre los “buenos” modelos sociales, la historia, las glorias nacionales; al tiempo que guía, sugiere y asesora sobre los caminos que se consideran adecuados. Claro que, con tan notable “tarea”, se penetran todos los “contrabandos” señalados por la Escuela de Frankfurt sobre cómo funciona la IC. Proyectan un promedio en el proceso de masas, un producto que genere esos efectos, tan caros de producir “sentido”, a partir de la estrategia de lo que la ciencia política designa *catch all* y, con ello, la descalificación *cliché* que lo penetra. Aconsejar, adoctrinar, advertir, adiestrar, asesorar, documentar, educar, en definitiva, brindar modelantes sociales que sean las pautas de la novedosa organización social y sirvan de ejemplo: enseñar, formar, inculcar, instruir, moralizar.

Justamente, para esa misma época, la televisión pasó a patrocinarse como el eje de los canales dentro del SIyC, donde se instituyó bajo ese raro y gráfico concepto de “superpredador”. Esta noción tomada de las ciencias naturales —biología, zoología, ecología— es usada por la antropología social para denominar a los depredadores que poseen rivales; esos depredadores naturales imponen un alto para no alterar su cadena alimentaria. Sería una noción de excepcionalidad sobre los “animalitos de Dios” que no honran a su especie, y calza cual “anillo al dedo” para la calificación de “subhumanos” a todo un conjunto de *losers* de su sociedad, cosa que no ha de implicar al grueso social, sino más bien a la totalidad de la baja clase subalterna. La novedad sería que ahora también subsume a los niños: no sólo a los inestables “rebeldes adolescentes”.

Este tipo de caracterizaciones es usado por esas personalidades que supieron perder su triunfo cantando, como Hillary Clinton, en una de sus tantas imprudencias, cuando aceptó su derrota. En otro dislate, la precipitada e irreflexiva entonces secretaria de Estado dijo: “Llegamos, vimos y él murió”. Palabras textuales que pronunció mientras celebraba de manera festiva el momento de la muerte del comandante coronel Muamar el Gadafi, verdaderamente linchado frente a la televisión. También hizo referencia a la población desfavorecida: “esos

pandilleros, seres sin conciencia ni empatía”. Tal ampliación de los “adolescentes rebeldes” al círculo de los niños resultó ser una extensión que sorprende al dar la impresión de sumar una inexplicable serie de prejuicios sobre la proyección del plano delincucional, reduciéndolo a una problemática genética. Unas criaturas que se crían sin Dios, sin miedos, sin trabajo, verdaderos “animalitos”, unas bestias que debieran ser “controladas”. Ya para esos años, Donald Trump propondría la “pena de muerte” para los “forajidos antisociales” que supieran amenazar a la sociedad blanca de su pureza.

Black is beautiful fue el movimiento cultural que estableció la reivindicación de las culturas y estéticas negras. Un movimiento social que cobró vida a partir de los años sesenta, asociado a los conceptos fundados por Steven Biko en Sudáfrica, denominado “Conciencia Negra”. Una idea basada en que la *negritud* no debía ser entendida vergonzosa. Poseía raíces en el movimiento panafricano *Négritude*, que procuró brindar “identidad” y “valor” a la ascendencia africana, generando mérito a su aporte a la cultura universal. Resultó esencial para ese ascenso que se llevó adelante, desde 1912, cuando la creación del “Congreso Nacional Nativo de Sudáfrica”, que en 1932 pasó a denominarse “Congreso Nacional Africano” (CNA), afamado y legendario partido proto comunista de Nelson Mandela.

Black is beautiful resultó ser un esfuerzo para brindar, en un momento convulsivo y de ampliación de los derechos en el mundo, un atributo que les permitiera combatir la noción racista que se reflejaba no sólo en el color de la piel, sino también en sus rasgos faciales, cabellos, aromas corporales. En todo lo que aquella noción *supremacista* profunda, hegemonizada por siglos en los EE. UU. y la cultura occidental, dominara su descalificación de ínsitamente “feos” y “delincuentes”. La noción de *negritud* condensa una diversidad de colores, propios de la extensión y heterogeneidad de la inmensidad de todo el continente subsaharásico.

Asociado al abolicionista John Stewart Rock (1858), el afamado dicho “lo negro es hermoso” fue acuñado para los señalados años de ruptura, propios de los sesenta, aquellos que brindaron “vida” y masividad a la lucha por la “autoestima”. Un esfuerzo por restringir la descalificación racista de la cultura norteamericana que, desde sus inicios, supo desdeñar a *la negritud* a algo inferior, por debajo de los “supuestos” de la cultura blanca. El objetivo es que tal *contexto cultural* supiera arrinconarles para que se interiorizaran de su ínsita inferioridad. El racismo logró su objetivo: dañar la psique afroamericana al obtener una propia defensiva autorreclusión al interior de los EE. UU.

No sólo la persecución consiguió evaporar los “supuestos” que homogeneizaban las *respuestas* políticas y sociales. El inevitable *ascenso* social, propio de la evolución de los tiempos, fue logrando desarticulaciones parciales, como aquel primer logro lejano de que el inmenso bajo barítono Paul Robeson, preso de melancolía por la persecución macartista de J. E. Hoover, logró representar al primer “Otelo” (William Shakespeare) sin tiznar habida cuenta de su negritud natural. El inexorable ascenso de los sectores negros a clase media y clase media-alta fue llevado de una manera gradual, a la búsqueda de reconocimiento e “identidad” en sus consumos, tal como que cotizase en baja la masiva compra “negra” de la línea de automotores alemanes BMW, en detrimento de los Mercedes Benz consumo propio de acaudalados “blancos”.

Otro de los triunfos ideológicos de la restauración segregacionista fue que, de tal resegmentación en sus grados de aceptabilidad y conformismo, se acordasen realizaciones personales, plasmadas en aquiescencia a sus *estatus* sociales y consumos. De allí que tal resegmentación, de fines del siglo XX en tránsito al XXI, expresó su éxito al interiorizarse por estamentos y que, en una misma barriada homogénea de negros pobres, un afroamericano demostrase su desprecio a otro al insultarle denominándolo “africano”.

Retomando el hilo central con la evolución de los cercenamientos, para aquellos años del *ascenso neoliberal*, resultaron descarnados y salvajes para los menores de 18 años. En los Estados más críticos, aun en niños de 6 a 13 años, fueron condenados con penas propias de adultos mayores o aislados en prisiones para menores, no en institutos de rehabilitación. Se inoculó, de contrabando, la idea de que existía un ADN propio de la negritud. Ser *nigger* poseía un grado de criminalidad inherente, constitutivo de su “raza”.

La estrategia montada por la Inteligencia avanzó con un creciente dominio sobre los medios de comunicación masiva, resultando de entero *éxito*. No sólo lograron extender su objetivo que tal estigmatización sea asimilada para amplios sectores del universo “blanco”, sino que, además, le brindase el provecho de asumirse por sus propias víctimas: los negros. También la población negra se nutrió de una campaña propagandística de culpabilización, ya que, no sólo la “creyeron”, sino que *vivieron aterrados* por prejuicios mortificantes que la sociedad institucionalizaba sobre ellos. El caso de Willie Horton, durante la campaña electoral de 1988 entre George H. W. Bush (Sr.) y Michael Dukakis, evidencia cómo se posicionaron los candidatos frente a un condenado a cadena perpetua cuando, “reincidente”, por el mal uso de una licencia (un delito formalmente menor, pero que se tornó central cuando su convicción

racista dio vuelta una elección). El ex director de la CIA supo posicionarse en el lugar central de la contienda de tan cargada “agenda pública” racista, cuando sentenció: “Seré el salvador y protector de la población blanca”.

La realidad señala que los EE. UU. es el país con el mayor índice de violaciones sexuales del mundo, con una particularidad que corrobora la línea de trabajo propuesta: la del *supremacismo* machista que resulta patriarcal. Tal instrumentación abusiva del *poder* subyace a un fenómeno único: la mayoría de las violaciones no se producen contra las mujeres, sino contra los propios varones. Se trata de una marcada desviación respecto de la media universal: estas mistificadas violaciones de los blancos son contra las mujeres negras, antes que las de los negros contra las mujeres blancas. De allí la desvergüenza del enfoque dominante en el relevamiento de sus intercambios discursivos, al generar una pendiente sobrecargada, con una manipulación instrumental de los datos y los hechos *reales*: un campo de “escucha” distorsionado que potencia las anomalías sobre estos datos de una realidad inducida.

La estrategia de supervivencia de esta *negritud* socialmente acorralada por la instrumentación de sucias “campanas de divulgación y propaganda”, que adhieren a una fácil frenética condena política e ideológica, genera una prevaricación social activa, que sólo se supera con “válvulas de escape”, referentes exitosos de la música, el arte y los deportes de élite. El *arte* puede convertirse, de manera no explícita, en instrumento político de liberación.

6. Los engranajes del dispositivo comunicacional negativo: evitar la Verdad, fomentar miedo e incertidumbre, perseguir y encarcelar

Elsa Drucaroff afirma que *lo ideológico* puede devenir en una “ardua tarea de evitar la verdad”¹³⁹. Al modo en que Foucault pensaba al dispositivo, una *indigesta red de heterogéneas instituciones de la más variada naturaleza que se coadyuva*, aquí el DCN privilegia *lo no-dicho de lo dicho*, cuyo desenlace, al entender de esta investigación, es una apelación al miedo y la ansiedad. La planificada erradicación de las certezas ha sido señalada por diversos autores: Galbraith, Castel, Rosanvallon y Fitoussi, Hobsbawm. La incertidumbre es el esfuerzo de los devotos de la contingencia del mercado al admitir su naturalización. John Kenneth Galbraith se refiere a una “era de la incertidumbre”:

En el siglo pasado, los capitalistas estaban seguros del éxito del capitalismo; los socialistas, del socialismo; los imperialistas, del colonialismo, y las clases gobernantes sabían que estaban hechas

¹³⁹ Elsa Drucaroff, *Otro logos. Signos, discursos, política*, Buenos Aires, Ideas Edhasa, 2016.

para gobernar. Poca de esta certidumbre subsiste en la actualidad. Y sería extraño que subsistiesen, dada la abrumadora complejidad de los problemas con que se enfrenta la humanidad.¹⁴⁰

Esto equivale a decir que el *poder* necesita de la *inestabilidad* para lograr su “reproducción acrítica de las condiciones de producción”, las cuales se encuentran dentro de estos “componentes” psicosociales en la complejidad de unos “cuadros de situación” ilegibles. La *construcción hegemónica* es la elaboración ideológica dominante para una determinada etapa histórica. Esa “concepción del mundo” lo permite hacer vivible, pese a la cronicidad de sus antagonismos, rivalidades y enemistades. Sin embargo, esto resulta difícil, dada la traba que se genera para la construcción de sanos y mancomunados “nosotros”. En tal “sentido”, estos “componentes” emocional-afectivos siempre tienen que excitar presión, para un manejo generalizable dentro de las auspiciadas angustias e incertezas en contra de seguridades y convencimientos. Pero también bajo la constante reproducción sistemática de sus “patrones de dominación”, sometidos a una *acción* o reacción a ese procurado miedo y ansiedad permanentes que nos sobrecoge a “vivir en el limbo”, al borde del evadido infierno desconectado de los problemas esenciales, aquellos de compromiso problemático.

Al modo de cómo funciona la razón instrumental de la “Dialéctica de la Ilustración”, la IC no sólo ha subyugado y primado con sus consumos, sino que también ha reproducido, hasta no hace mucho tiempo, tanto su articulación interna con la sociedad como una proyección sumamente eficaz cual “pauta” ordenadora de racionalidad a escala universal. Así se retroalimenta la gramsciana noción de “opinión pública”, que juega un papel central en el SIyC, ya ahora, dentro de “la era digital” y de la RCyT en sus planos oficiales y oficiosos, y en tanto gran orientador de las vidas privadas.

Aquella tónica fue la dominante hasta un no tan remoto pasado. Se la manejaba sólo para los “períodos de excepción”, propios de los “estados de guerra”. La presuntuosa conceptualización *militarista* de que en la reconstruida “actualidad” se viva en un “estado de guerra” permanente, pero esta vez “cognitiva”, hace prevalecer el dominio de la Información y la Verdad. En el viejo modelo, durante los conflictos tradicionales, era la Información la primera que “caía”. En el mundo de hoy, con el dominio de la Inteligencia infiltrada en la geopolítica y la política, se trata de “conflictos integrales”. Se los desplaza, en tal abuso, a las “guerras de quinta generación”: una lucha por las conciencias a partir de controlar la

¹⁴⁰ John K. Galbraith, *La era de la incertidumbre*, ob. cit., p. 10.

“memoria”, los “registros” y las condiciones de reconocimiento sociales. Vivimos en un período en el que, por una ficticia realidad de agonal dramaticidad indeleble, nos encontramos inmersos en tensiones propias de un “estado de guerra”, aunque supuestamente haya “regímenes de paz”. De allí, el estrés permanente.

Del titular periodístico “Estamos ganando”, de José Gómez Fuentes durante la Guerra de Malvinas, a la manipulación de la información sobre la Guerra de Ucrania. Ese antagonismo propio de la Guerra Fría fue llevado a un preestablecido acostumbramiento, a un estado de habituación con la realidad conflictiva. El instrumento de la semiopolítica exige, entonces, la kantiana invocación del *sapere aude*, ese “atrévete a saber”. Es preciso saber “leer” esa insuperable naturalización de los antagonismos, ya que, en su dinámica asimilada, sigue siendo el *modo* de concebir “la vida” para la instrumentación política en la sociedad de masas.

Desde una sociología reflexiva, los EE. UU. son generadores de realidades políticas que, todavía, tienen fuerte incidencia y alcance mundial. Las anomalías de la sobreactuación de una figura como la de Donald Trump engendraron una saturación mundial que, independiente de cómo sea percibida en la metrópoli, fecundó límites, desgaste y deterioro de su ascendiente. Pese a su derrota, no está dicha la última palabra. Forma parte de un dilema propio del sistema político norteamericano que no ha previsto, por su histórico *poder* impositivo, la profundización de sus *crisis*. Trump: figura conflictiva, fiel reflejo del estado de paroxismo y decepción que vive su sociedad. Aunque no exista un modelo antagónico al modelo conservador y reaccionario, es cierto que tampoco existe una clara síntesis para un cierre superador por un masivo sistema civilizatorio, como ocurrió con la revolución democrática. Al contrario: lo que nació siendo un “estado deliberativo permanente” favorable, viendo a su propuesta cual una “salida” a determinadas *crisis* de *representación política y social*, terminó generando “situaciones” propicias para audaces reacciones a las corrientes dominantes del mundo de hoy, como el movimiento *Black Live Matter* (BLM).

Si en EE. UU. para 1985 existía una población carcelaria de 759.100 reclusos, para 1990, se extendió a 1.179.200. ¿Cómo se explica este crecimiento exponencial? Una oleada de jóvenes demócratas dinámicos se presentó cual una generación que venía a renovar al mundo de la política. Astutos y ambiciosos, formados, enérgicos, dispuestos, incansables, vendrían a reemplazar a esa generación que concebía a la presidencia el corolario de una larga carrera política e institucional. Bajo el término *neoliberalismo progresista*, a su manera, retomaron la posta y potenciaron al inicial derrotero *reaccionario*. Bill Clinton y Al Gore romperían muchas

tradiciones históricas del PD, al tomar prudente distancia con lo que había sido su universo cautivo: obreros industriales, *tradeunions*, artistas, intelectuales. Sin hacerlo explícito, redoblaron una amenazante apuesta contra el “pobrerío”. Un claro mensaje de demonización contra “los criminales”, no dudando en auspiciar un regreso a “la pena de muerte”.

Las sucesivas derrotas del PD en 1980, 1984 y 1988 obligaron a un cambio de estrategia electoral. Repensaron “supuestos” e “implícitos” de sus desempeños históricos, los principios electorales de *posguerra* del “partido del burro”: los discursos de Roosevelt y Kennedy. La idea fue proyectar un distinto “modelo de sociedad” basado en una reestructuración de largo plazo, entendiendo que la “cuestión” de la *punición* debía ser central.

Bill Clinton tomó la iniciativa con consignas fuertes: “Necesitamos más policías en las calles”. Así, elaboró un proyecto de ley contra el crimen, que —como efecto no deseado— comenzó a desnudar las “situaciones” facciosas que se estaban viviendo en la vida institucional norteamericana. Maniobras dilatorias y obstruccionistas le impidieron usufructuar con claridad las nuevas políticas. El Senado pasó a ser un punto clave para la ingeniería institucional norteamericana, pues, para el pleno éxito de las políticas presidenciales, tuvo que trabajar en línea con el Capitolio.

De esta manera se produjo una ruptura con la tradición demócrata: los liberales blandos no volverían a proteger más a las minorías de color, mientras que los conservadores duros se radicalizarían, habida cuenta del *clímax social* propenso a la dureza. El grueso de los debates electorales de principios de los noventa estuvo signado por una atmósfera de violencia “ideologizada” sobre quién debería cumplir una condena más extremista. Fue entonces cuando Bill Clinton se dio cuenta de que sus márgenes de maniobra debían subordinarse a un país estructurado por el *neoliberalismo reaccionario* del PR. De este modo, Clinton se transmutó, alejándose de las expectativas de ser un estadista progresista y asumiendo de manera militante los puntos de vista de “mayor dureza”: “El crimen violento, y el miedo que provoca, está paralizando a nuestra sociedad”.

7. La “ley de las tres faltas”: el macabro juego de la punición

En tal *clímax social*, se multiplicaron una serie de crímenes lamentables, difundidos por el SIyC en primeras planas y *prime times* para exacerbar a una “opinión pública” que reclama “mano dura” y “justicia”. El crimen de una niña de doce años, Polly Klass, secuestrada de su pieza y asesinada, desencadenó una vorágine de amarillismo que hizo que un Estado

progresista, como lo era en general California, estableciera un marco normativo voluble e irracional, culturalmente letal: “la ley de los tres *strikes*” (faltas), tal como lo desarrolla su juego nacional: el béisbol.

Encaramado en esta oleada, Clinton expresó: “Cuando cometes un tercer crimen violento, serás encarcelado de por vida. Tres faltas y estás afuera”. Así, una persona condenada por tres crímenes es enviada a prisión “de por vida”. La creación de este marco normativo generó un *efecto dominó* que habría de precipitar una oleada de arrestos, todos pendientes de juicio. La “ley de las tres faltas” creó un cuello de botella donde se empastaron la resolución de los juicios por delitos menores para dar lugar a juicios sumarísimos: un vendaval de nuevos reclusos.

Como consecuencia de esta vorágine sin límites, se creó la *Mandatory Minimums*, esa idea por la cual se minimizarían “las sentencias obligatorias” (*mandatory sentencing*). Se ejercía de este *modo* fuerte presión sobre los jueces de primera instancia, para que no se tuviera ninguna contemplación sobre las circunstancias atenuantes de los crímenes producidos, dictándoles a los delincuentes inculcados sentencias perentorias de la más extrema radicalidad preestablecida. En definitiva, un “clima social” de purificación.

Se estaba alterando, como jamás en el pasado, una sociedad que —baste revisar su producción literaria de novelas negras y policiales, películas y series— poseía por décadas declarada “devoción” por el concepto de Justicia y Orden. Se perdía toda noción del derecho a la defensa en juicio, igualdad ante la ley, exculpabilidad hasta su sentencia firme, mediante la estandarización forzada de las condenas sobre la base de la mayor popularidad de los “actores” y los crecientes grados de influencia que podrían cobrar en la prensa.

Este *modus operandi* se generalizó tanto la justicia federal como en la de los diferentes Estados. Cabe recordar que el 95% de los fiscales electos en los EE. UU. son blancos. Por cada blanco condenado se condena a tres o cuatro negros e *hyspanos*, dependiendo de la propia atmósfera social y cultural de cada Estado. Por su parte, para Clinton: “Los crímenes violentos serios deberán cumplir al menos el 85% de su condena”. Las penas resultantes fueron cronometradas. Desapareció la posibilidad de “la libertad condicional”. En el sistema federal, cuando se dictan penas de veinte o treinta años de prisión, ellas se habrían de cumplir de manera efectiva. La implementación de “la libertad condicional” era una manera de desagotar las cárceles, cuando los afectados fueran considerados que no representaban amenaza para la seguridad pública.

Con la nueva realidad de insuflada sensibilidad social, una “mula”, el acarreador que transporta cocaína, pasa a ser condenado “de por vida”, sin posibilidad de “libertad condicional”. Tal categorización de “crímenes privilegiados” plantea que, con un solo y único arresto agravado *per se*, por su peligrosidad, se lo recalifica, posea o no antecedentes y, así, habrá de cumplir el máximo de la pena normativamente prescrita por las leyes federales.

Vale decir que no sólo se produjo un aumento de las sentencias, sino que ellas pasaron a ser más graves y extensas: las “nuevas ofensas” —así recalificadas, susceptibles de transformarse en pena de muerte— aumentaron a más de sesenta. Ante esta cantidad de penas de máxima punición, se materializó un aumento del presupuesto para la lucha de una “ley para punir al crimen federal”, de treinta mil millones de dólares. Como siempre ocurre en estas áreas, se generó un aumento significativo de los gastos e inversión. Se orientó así hacia un nuevo “mercado de negocios”, dado el clima político, ideológico y psicosocial, por ser una instancia que se convierte en un tentador campo para nuevas inversiones. Estos nuevos clientes y proveedores, naturalmente, produjeron un alza en los costos en materia de seguridad. Su colofón fue una masiva expansión del sistema carcelario, una doble moral que incentiva “negocios para los amigos”, buenos contactos que posean la debida Información, maniobras perversas, envilecimiento por incentivos monetarios para estimular la lucha contra el crimen. En síntesis, negociados vidriosos.

Clinton supo utilizar este significativo aumento presupuestario presionando para “sacar de la calle” a cien mil criminales, y sumar otros tantos, cien mil policías para esa “calle”. Así potenció una lectura perversa, por intereses particulares y subalternos para sostener su popularidad. Todo se *militarizó* al crear cuerpos comandos y el surgimiento de los conocidos grupos SWAT, y también se sobredimensionó a la policía rural y distrital. Todo esto produjo un aumento de proporciones en la población carcelaria. En 1990, de 1.179.200 pasó a 2.015.200 en el 2000. La población carcelaria afroamericana, para el 2001, fue de 878.400.

Advierto que la idea fue borrar del “imaginario colectivo”, a un alto costo, no sólo las luchas sociales y raciales, sino también las imágenes de sus próceres. Me refiero a eliminar a una generación de líderes negros de décadas pasadas, los de las luchas por los derechos civiles; erradicarlos de la “memoria” histórica. Colocar al FBI, otra vez, con un perfil bien alto. Cuando se habla de “imágenes”, tiene que ver con que, pese a que en vida fue combatido, producida su muerte, Martin Luther King pasó a ser un ícono de la persistencia en la lucha y, pese a su pacifismo, un símbolo de combatividad.

No casualmente los procesos socioculturales generan sus propias reacciones. Para esos años, nacieron otras proto-organizaciones distintas, que en el 2013 se extendieron, en poco tiempo, como reguera. Por ejemplo, la creación reactiva del BLM, en general al margen de los movimientos de liberación tradicionales, o que pudieran tomar la posta de luchas reivindicativas de los sesenta y setenta. Se trata de otros métodos, otros conceptos, asociados a un nuevo tipo de comunicación por las novedosas vías: las redes sociales, incluyendo hashtags: *#BlackLivesMatter*, en el “sentido” profundo de la orientación de un movimiento que bien pudiera ser traducido al castellano como “las vidas de los negros son importantes”. Este nuevo movimiento al interior de la comunidad afronorteamericana tuvo impacto internacional. Esta organización descentralizada es una sumatoria de estructuras parciales que se reagruparían para consolidar su reacción frente a la innoble absolución de George Zimmerman, autor de la muerte por disparo del adolescente Trayvon Martin.

Vale recordar que J. Edgar Hoover, el FBI *Chief*, acérrimo anticomunista, quien no transigió hasta producir la emigración hacia la Gran Bretaña de Charlie Chaplin, estuvo al frente de la señera institución oficial que retomaría la nueva cruzada, análoga a la del macartismo de décadas atrás. Más sutil, menos verborrágica, pero parte de la campaña de estigmatización y cerco de la diversidad racial y social. A mediados de los años cincuenta, aquel terrorismo ideológico se vio obligado a aminorar su presión, cuando, en una sobreactuación bien propia de la semiopolítica del americanismo, el Comité del Senado de Actividades Antinorteamericanas llegó a poner en tela de juicio a miembros del gabinete del presidente Eisenhower y al Estado Mayor de la Marina norteamericana. En aquellas filas militaba el abogado Roy Cohn, mano derecha de McCarthy y futuro ideólogo de Donald Trump. Sin embargo, el trabajo de barrido sobre la sociedad civil lo realizó el FBI, con Hoover a la cabeza, quien, en su *radicalidad* retórica, señaló: “MLK, the most notorious liar in Country”. Figura palmaria, de incuestionable notoriedad a nivel de masas, respetada incluso por negacionistas y detractores.

Así, el círculo de Malcolm X estuvo infiltrado por agentes federales, tras una fuerte campaña de descalificación. Por su parte, los Black Panthers asumieron la táctica de defensa armada de sus derechos, de acuerdo con su lectura de la Constitución; ello produjo que desde el *poder* del FBI se los señale como “la mayor amenaza interna de la Nación”. Lo que se veía con simpatía desde sectores progresistas y liberales pasó, de la noche a la mañana, a ser el principal enemigo público, cuya destrucción fue parte de la *militarización* de la política.

Fred Hampton, vicepresidente de las Panteras Negras, fue asesinado a balazos en su cama en 1969. Assata Schakur fue perseguida y pasó a vivir en la clandestinidad hasta 1984 y luego se exilió a Cuba. Angela Davis, profesora de filosofía y discípula de Herbert Marcuse, tutelada por Theodor Adorno en la Universidad de California, líder del Ejército Negro de Liberación y afiliada al Partido Comunista de los EE. UU., fue falsamente acusada por secuestro y asesinato; allí escribió uno de sus libros más famosos, *Cartas desde la prisión* (1979). Fue absuelta un año después, mientras que Ronald Reagan, expresión exultante de la locución *supremacista*, le pedía a la Universidad su expulsión y que se le prohibiera dictar clases. Excepto una candidatura a vicepresidenta para 1980 y 1984, Davis desapareció de la escena pública. Nuevamente, Hoover la colocó entre los criminales más buscados. Desde entonces, pese a su activo perfil feminista, y de haber recibido el premio nominado “Robert K. Merton” y el *doctorado honoris causa* de la Universidad de Nanterre, para el “gran público” sólo fue vuelta a nombrar adentrado el siglo XXI.

Para el 2014, el número de la población carcelaria *afro* ascendía a 1.306.200. En el contexto de tamaña ofensiva racista, el Estado de Florida estableció una ley denominada *Stand Your Ground* (“defiende tu posición”). Esta ley libera de “culpa” a cualquier ciudadano, por supuesto blanco, que asesine “en defensa propia” cuando se sienta amenazado. Es el aludido caso de George Zimmerman, quien asesinó al nombrado joven “de color” de sólo 17 años: Trayvor Martin. Con las peculiaridades de los Estados federales y sus llamativas diferencias, se supo establecer un organismo de la sociedad civil, que no ha de hacer otra cosa que instituir el “patrullar” con la hegemonía *supremacista*.

8. El novedoso “negocio” de la reclusión masiva

Justamente entonces surgió una temida articulación entre lógicas privadas y públicas, que jugó un papel central en la interpretación del “sentido” profundo de las leyes proscriptivas y el *American Legislative Council*, el bien conocido para los ámbitos judiciales: ALEC. Los regímenes carcelarios son los marcos en los que es posible interpretar cómo se brinda la lucha de clases en la sociedad norteamericana. Clubes políticos, asociaciones de intereses implicados para maximizar los buenos “negocios”, que inciden al definir la estructura normativa oficial para las distintas instancias del país. Ello ha de ser entendido jurisprudencia para los EE. UU. Una oleada de exageraciones y persecuciones, una suerte de “paraguas” legitimado en borrosa legalidad, aceptado por el Capitolio, que dispone a discreción entender sobre las necesidades

que posean las corporaciones de la industria correccional recién constituida detrás del novedoso “negocio” de la reclusión masiva.

Uno de cada cuatro legisladores es miembro de esta estructura corporativa recién nacida, facilitadores para la gestión legislativa. Si bien el ALEC funciona desde hace cuatro décadas, dentro del contexto del avance normativo que produjo el triunfo de Reagan y la ofensiva del *ascenso neoliberal*, ahora ha cobrado mayor vigor. Se trata de un nexo dinámico e interesado entre legisladores y líderes de las corporaciones, para la concreción de estos “negocios” tan aceptados como legales.

Hasta las elecciones que perdió Trump, el más grande supermercado a nivel mundial, Walmart, resultó ser el principal vendedor de armas largas y municiones, claro que, esta vez, habida la alarma social desatada con los últimos tiroteos, frente a la posibilidad de manifestaciones y disturbios, se autocensuró en su prédica del consumo armamentista. La *Connections Corporation of America* (CCA), en las últimas décadas, previa a la cadena de los incidentes a partir de la reacción a Minneapolis (2020), poseía sesenta centrales de expendio en todo el país. Una instancia que supo legitimar con la corriente de una “opinión pública” desatada para validar la construcción y el mantenimiento de establecimientos correccionales y cárceles, calificando sus niveles de seguridad.

Resulta ser otra realidad novedosa que, a fines de la segunda década del siglo XXI, Latinoamérica también lo haya estudiado como recurso estratégico, frente a una constante ampliación de la reclusión, cada vez más masiva, ante el irremediable aumento de la criminalidad. Un elemento contingente, como el COVID 19, sumado al circunstancial derrumbe de la influencia neoliberal en el subcontinente, pareció colocarle “paños fríos” a la iniciativa. Promediando el ejercicio de su poder, el expresidente Macri colocó en la “agenda pública” la temática de la seguridad, promoviendo la jerarquización y ampliación del régimen carcelario. La múltiple *crisis* estatal, económica y financiera argentina abortó tal propuesta.

Esa corporación que representa los intereses privados de las cárceles para los EE. UU. incide no solamente en el contralor, sino en las adjudicaciones, diseños, infraestructura, tipos de inversiones y contratos con los Estados. Constituyen intereses corporativos que aseguran rentabilidad a las inversiones y le saben brindar direccionalidad a las contrataciones y proyectos. Se trata de un singular proceso que empalma múltiples planos, con centralidad en los *massmedia* y su dispositivo dominante. Se impone, como tantas cosas, una

“agenda pública” cargada de dramaticidad y casos testigo que generan esa “opinión pública” encolerizada y necesitada de “seguridad”.

La corporación carcelaria tuvo su origen en Tennessee (1983). En principio, una serie de empresas menores parte del “negocio” dieron el puntapié inicial. Con una inaugural alta rentabilidad creciente, producto de la especialización y compulsa de antecedentes de los iniciados en la materia, estableció una red de autopistas en el orden local. Como era de esperar, la “situación” dominante de la *cosmovisión neoliberal* de la CCA se consolidó cuando, de manera creciente, influyó sobre el gran *lobby* político del Congreso, teniendo garantizado el éxito de sus emprendimientos.

Con el respaldo del ALEC, la CCA se convirtió en el aglutinamiento corporativo líder en la construcción y administración del sistema carcelario al brindar dividendos que rodearon a los 1,7 mil millones de dólares. Con tales márgenes de beneficios y asegurada la continuidad y profundización de su vigencia política, la CCA modeló al sistema penal del país que, no sólo implicó el aumento de la construcción de cárceles privadas, sino que garantizó la continuidad de la política punitiva de las penalizaciones. La filosofía neoliberal mercantil de la semiopolítica del americanismo eterna: *business as usual*.

Otra ley que tuvo incidencia en la estructura del ALEC fue la SB070. La CCA era parte del grupo de trabajo de la ALEC, que impulsaba la norma. La ley le brindaba el derecho a la policía de detener a cualquier persona que generase la impresión de ser un “inmigrante indocumentado”. Lo desembozado de la ley generó rispidez, pero, con el abarrotamiento en los centros de detención, aunque fuera temporal, fue otro pretexto para un “negocio” rentable.

Detrás de toda esta concepción tan utilitaria e instrumental de lo público, no se puede dejar de señalar que tal pensamiento resulte ajeno de cualquier percepción de lo humano y de “la vida”. Incapaz de medir las consecuencias en su afán de lucro, esta “concepción” —tan afín a la estructura de base de la semiopolítica del americanismo— segmenta, separa las unidades familiares, y ni “registra” la existencia, siquiera habla, de “dos mundos” imposibles de conciliar. Las víctimas de este sistema social no se encuentran posibilitadas de ser entendidas, con la, para ellos, abiertamente enigmática cosmovisión del universo de los reclusos. Tal como le resulta incomprensible para muchos el porqué de la masiva reacción al incidente de Minneapolis. Por una parte, el universo de los reclusos varones. Por la otra, el de las madres. Y algo que jamás el neoliberalismo y su corriente carcelaria tiene en cuenta, un tercero: el de sus criaturas.

Los centros de detención de migrantes son “campos de concentración” sin ningún eufemismo. Son cárceles todavía más precarias, rudimentarias, una nueva esfera creada al efecto del sistema de criminalización para quienes son estigmatizados, al modo de como lo supo hacer el expresidente Trump, al referirse a centroamericanos y latinoamericanos, los señalados “países de mierda”. Desde esta *simplificadora* y elemental lectura *supremacista*, se tiende a generalizar cual un “atajo mental”. Las pieles cobrizas nativas procuran no caer de una manera burda, como cuando seleccionó diferenciando a la población negra: “no son los negros, son los mexicanos”, los violadores, asesinos, delincuentes. Ese “chivato”, tan facilista como estigmatizador, sólo retroalimenta los “mecanismos” de burda expiación.

9. El impacto global del *american way of life*

¿Qué se procura probar con esta lectura retrospectiva para proponerse una construcción del “sentido” de buena parte de todas estas *prácticas discursivas* cimentadas de largo para el “gran público” norteamericano? Que de su intercambio, a partir de tal cosmología del universo angloamericano, la semiopolítica del americanismo genera inéditas condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento a escala mundial, una matriz discursiva global. Una *construcción hegemónica* cuya resonancia resulta ser tal que, hasta las posibilidades de “situaciones” —que de manera ingenua se podrían denominar particulares, específicas, propias de su Historia—, esas tradiciones norteamericanas, en tal contexto material, expresan ser condicionantes inéditos y originales para su predicamento universal. Las peculiaridades que impusieron las condiciones de “la economía global”, el *plexo axiológico* del discurso neoliberal, las materialidades de un estrechamiento de la vinculación entre la universalización de la producción, los mercados y la ampliación inédita del acceso a bienes y valores de cambio y de uso, bajo las pautas de un consumo masivo, abrieron otra etapa para la construcción de los “imaginarios”. Se trataba de una “posición” irreversible: los triunfadores del proceso se fueron potenciando y, *a priori*, todo habría de resultar de un difícil retorno tras “la caída del Muro”.

El ejemplo de cómo el *american way of life* signó al mundo evidencia que la semiopolítica del americanismo poseyó un similar *poder* de imposición con su directa incidencia en “la década perdida de los ochenta”: el Consenso de Washington, los procesos políticos similares en su correlato con Salinas de Gortari en México, Fujimori en Perú, el otrora líder libertario del MNR Paz Estenssoro del ajuste de 1986 en Bolivia, Carlos Saúl Menem en la Argentina, Collor de Melo en el Brasil, la reestructuración en sus relecturas de las

transformaciones sociales vía los ajustes económicos del FMI y el Banco Mundial en todo el hemisferio. En definitiva, se trató de una apuesta hacia la reestructuración del “lugar” de la política, el Estado y los espacios que debieran ocupar los sectores más concentrados y dinámicos de la sociedad civil.

En los noventa, se “privatizó” lo público, en una cruel analogía de lo sucedido con las políticas carcelarias con la privatización de la “libertad condicional” y la “libertad bajo palabra”, un efecto de “sentido” que repercutió en el subcontinente. En este contexto, hasta la evolución tecnológica acompañó las políticas del “ajuste estructural”, una progresión que generó una constricción de las “subjetividades” a mero dato de imposición de los *poderes reales* y del Estado profundo. El surgimiento de los GPS, los brazaletes de tobillos y de muñecas, así como la extinción de la jaula hacia el concepto de cárcel muestran el grado de institucionalización de los *poderes profundos* sobre la vida privada familiar, el despótico *poder* de las instancias formales, invadidas por “imaginarios” *poderes* abusivos, parte del gran “negocio”. La consecuencia diagnóstica de aquellos años, en la creciente evolución invasiva de los intereses particulares, concentrados y privados, produjo ese efecto de “sentido” tan deseado: que *la gente se sienta encarcelada dentro de sus comunidades*.

Esta sociedad padece múltiples *tiempos* de conformidad a su ubicación entre “situación” y “posición” sociales. Acceder al *poder* concentrado, la Información y los contactos les permite fijar las condiciones de producción de un discurso direccionado, sabiendo hacia quién se dirigen, dónde están y cómo se genera un mensaje que les exija la obligación de pensar como a su productor le conviene. Por “situación” estructural, me refiero al lugar tangible material; con “posiciones”, a las que procuran conmovir a través de perturbar sus condiciones de reconocimiento, descomponiéndolas al direccionar sus posibilidades de “registro”, así como falsificar alterando, tergiversando y aturdiendo su “memoria”. En suma, condiciones y gramáticas indispensables para quienes ostenten capacidad de imposición de la “agenda pública”, ese comando sensible al DCN respecto de un masivo grueso social que, dada la dinámica del mundo de hoy, se encuentra replegado a la pasividad, cronificado al interior de sus comunidades y a la defensiva, impotente de retomar y hacer valer sus derechos civiles y sociales de otrora.

La “sociedad de control” de Gilles Deleuze tiene una lectura amplia, en consonancia a este señalamiento sobre cómo se produce la semiopolítica del americanismo. Es una sociedad sometida a las vulnerabilidades de la vigilancia y el control perpetuos de la mano de un conjunto

de corporaciones que poseen condiciones ideales de imposición. Hasta la crisis por el monitoreo de los GPS, el complejo industrial carcelario resultó ser uno de esos “negocios” *modelo* más favorecidos. Poseía un cierre perfecto respecto del carácter punitivo social en *lo ideológico*, que hasta podría denominarse “moral”, porque supo instaurar con claridad quiénes estaban “dentro” y quiénes “fuera”. El complejo industrial carcelario norteamericano resultó ser, en tanto “remedio”, un *modelo* de “ajuste social”.

Nótese que todo es parte del negocio. Desde las cárceles se permite la comunicación con familiares, pero con tarifas diferenciales, que deben ser pagadas tanto por el usuario como por su receptor. Su correlato con la televisión es evidente. Una serie de hace unos años, *Orange is the new Black*, precisa el turbulento submundo carcelario femenino para aquella etapa de la humanidad. Otro tanto ocurre con los servicios gastronómicos y de salud. La privatización es un *efecto dominó* para la particularización de los consumos, arrastrando a la miseria a sus usuarios. El encarcelamiento: contratos que poseen garantizada extensión y un manejo poco responsable de sus presupuestos. Bajo esta dinámica se garantizan tratos de largo aliento, con un resguardo de continuación sin exigencias. En la Argentina se lo replicó con “la patria contratista”, *modelo* perceptible en concesiones, peajes y autopistas.

Cuando se habla de mercantilizar *la vida cotidiana*, el significante *business* revela su peso sociocultural en *la langue* del americanismo. Ese peso propio de su alcance economicista, ya que los individuos, amenazados en su “vida personal”, hacen emerger su *respuesta* de *my privacy is none of your business, is my business*. El neoliberalismo es una cosmovisión que, cuando logra la suma del *poder público*, no posee pudor para obtener sus máximos beneficios. Lo interesante es que, estando “fuera del *poder*” formal, resulta crítico de cualquier iniciativa ajena, que denuncia abusivas e incoherentes.

Otro tema sensible es la intermediación de los trabajos, la producción del universo laboral en condiciones de prisión. Invocando fingidos pretextos de corrección sanitaria, de mentirosa “ergoterapia”, se crea la industria correccional. Una industria con conexión directa a la empresa privada. Nunca resulta ser un emprendimiento de pequeño alcance. Las grandes corporaciones de los crecidos “negocios” reiteran que los procesos de concentración y centralización son despiadados. No sólo por su dimensión, que podría estar relacionada con sus costes, sino porque el neoliberalismo tardocapitalista es un “capitalismo de amigos”. El de los buenos “contactos” y del manejo de la Información reservada para iniciados y miembros de la logia o cartel. Esto abarca la explotación de los migrantes, a través de la mano de obra barata y

la tolerancia a condiciones de trabajo inadmisibles —esclavo, por la comida, en definitiva, gratis—¹⁴¹.

10. Justicia y Verdad: dos significantes devaluados

En los Estados Unidos la noción de Justicia se inscribe fuera de los “fundamentos” de las culturas latinas, de lo que se entiende por derecho romano. El afamado *ius romanum* es un ordenamiento jurídico que sostiene un concepto sustantivo del ideal de Justicia, fundado en la noción de “ciudadano” político de la antigua Roma, basado en el oriundo *zoon politikon* aristotélico. Su estructura normativa es de gran complejidad, aplicada a la evolución en los seres humanos. Primero, se reagruparon para reproducirse. Más tarde, crearon sus aldeas bajo la orientación de sus “maestros naturales”, capaces de gobernar y administrar Justicia, y los “esclavos naturales”, usados para ser fuerza de trabajo. Finalmente, se unieron para formar parte de la Ciudad-Estado. El derecho romano brinda el “fundamento” de los códigos civiles contemporáneos, esencia de lo que la abogacía denomina “derecho continental”.

La noción de “Justicia sustantiva” está basada en la tradición romano-germánica, aquella que nuclea al grueso de las expresiones jurídicas latinas. Se trata de un concepto distante del “fundamento” del *common law*, heredero de la tradición del derecho medieval inglés. El derecho sometido a “fundamento” romano, con la participación del juez desde un inicio, conlleva un “régimen de garantías”, diferente al tipo de connivencia peligrosa del *common law* establecida con la construcción de su fase sumarial a cargo de la policía y la procuración, en ese armado central que forma parte del procedimiento notarial de la investigación judicial.

Tal noción diferenciada de estos dos puntos de vista afecta de manera decidida a la administración de Justicia, amén del papel determinante que implica construir la carga de “la prueba”. Baste advertir la innumerable cantidad de ejemplos televisivos con la relación al choque que se produce entre los intereses individuales y colectivos en abierto conflicto. En esta línea, resultan palmarias la vulnerabilidad y la permeabilidad de la incidencia de las denominadas “circunstancias” y las posibilidades de evaluación para su dable atenuación, aún admitida la “culpabilidad”.

¹⁴¹ Estos empleados “carcelarios” son utilizados en aquellos rubros de un escaso “valor agregado”, como los deportes, los uniformes, sombreros, Microsoft, Boeing, misiles Patriot, Victoria Secret, JCPenney, las tareas agrícolas para cualquier plantación manual y de baja calificación.

Bajo esta dinámica política e ideológica desplegada en el contexto de la *ofensiva neoliberal*, sobre todo en su primera fase —la *reaccionaria republicana*—, en los EE. UU. se auspició la “confesión voluntaria”. Este paso habría de jugar un rol central en otra *visión* en la gestión de la Justicia. Cualquier delito menor, cometido o no, puede llevar a ser motivo de “negociación”. El espíritu mercantil de la semiopolítica del americanismo profundizó, desde el inicio con la carátula, una fase del relevamiento de los hechos susceptibles de ser juzgados como delito. La comisaría, o mejor dicho el “precinto”, pasó a ser una fase esencial para saber si el imputado podía irse a su casa o no. Si, como se ha visto, las fiscalías actúan de manera mancomunada con la policía en la “construcción” de “la prueba”, la procuración permanece ajena de velar por la incontaminación de lo juzgable.

De este *modo* se disparan una serie de pasos mecanizados que dejan poco margen para un régimen de garantías en la defensa del imputado. El carácter mecanizado de tales procedimientos pasa a ser un elemento ajeno respecto de los hechos criminales en sí. Cobran independencia los siempre complejos pasos para una administración de Justicia, alejándose de los marcos probatorios de lo que debiera procurar todo procedimiento judicial, es decir, la búsqueda de la Verdad.

Aquí resulta determinante esa figura popular que aparece en la televisión, para nosotros ajena: “la fianza”. Con esta irrupción economicista, los términos de una suma de dinero garantizan la posibilidad de una “situación” de fuga o potencial libertad. Los precios de las “fianzas” se dictaminan por fuera de los acontecimientos *reales*, sin mayor comprobación y menos aún de verificación; resultan altos, inaccesibles para la mayoría de los imputados. De allí que la cadena de Justicia, basada en acontecimientos procedimentalmente espurios, estandarizan las imputaciones y llevan al prejuzgamiento, salvo que solvente la fianza una mafia, alguna institución o una organización de la sociedad civil no gubernamental. Así se consolida la tendencia al aislamiento jurídico y la segmentación en la administración de la Justicia, cuyas diferencias se radicalizan frente a la insolvencia y la pobreza. Las vulnerabilidades sociales se incrementan, con una sensación de desolación que deteriora el prestigio de la Justicia, tanto a nivel jurídico como psíquico y psicosocial.

Para exportar este punto de vista procedimental a otras geografías, la potencia hegemónica lleva adelante una política de expansión hacia todo el subcontinente. Cursos, conferencias, congresos, la “mirada” de la semiopolítica del americanismo cunde en nuestras esferas contra la visión de ese derecho romano que hacía eje en la administración de Justicia

sustantiva y en la condena del crimen. La visión del americanismo prejuzga sobre la base del innatismo de la criminalidad, más allá de las historias personales o de inserción social. De esta manera, arrastra con su ínsito mercantilismo a la compulsión de los “tratos” y las ofertas capciosas, que poco tienen que ver con la Verdad, sino con “lo que se pueda probar en la Corte”, condición que lleva a las conocidas representaciones actorales a lo *Perry Mason*, a la presión probatoria del momento por medio de una dramatización. Como se procura inferir por medio de este razonamiento lógico, tales procedimientos se alejan de toda Razón, Verdad y Justicia, “situación” estructural que condiciona a “posiciones” que favorecen los “valores” prosaicos del mundo de hoy.

Las extrapolaciones e influencias de esta *visión*, orientada a lecturas pragmáticas e instrumentales políticas de la Justicia, son la base para el *lawfare*, con la inadmisible administración de la Información pública por parte del DCN, que sólo genera escándalos que, al tiempo, se los descubren de ínsita liviandad. Tanto los casos de *Mani pulite* en Italia (“manos limpias”) como los descubrimientos del *Lava Iato* en Brasil forman parte de “operaciones” políticas. El primer caso se usó para debilitar el movimiento autonomista en el Norte de Italia; el segundo, para proscribir a un candidato presidencial. El juez a cargo en Brasil, Aldo Moro, pasó de manera inmediata, como si fuera parte de un pago, a ser nombrado Ministro de Justicia por Jair Bolsonaro.

Tal sistema judicial está alejado de los hechos. Las tendencias apriorísticas doctrinales, basadas en prejuicios, con precedencia dogmática, segregacionista, discriminatoria cuando no racista, someten a un régimen social validado por una fuerte presencia plutocrática. Allí, los poderosos, con sus estudios prohibitivos, poseen los “recursos”, provocando una sensación generalizada perceptible para un pueblo que lo absorbe y se alecciona en saludo a la prevaricación y el cohecho. La sospecha sobre la pureza y la transparencia de los actos, asociada a los señalados “recursos”, habilita a los actos puntualizados de las estrategias a lo Steve Bannon, las de “embarrar la cancha”. Sus ejemplos, los juicios capciosos y controversiales: O. J. Simpson, Phil Spector, la intromisión masiva del *#MeToo*, donde juegan la desmesura y la sensibilidad que despierta el caso y la popularidad de los protagonistas.

En estos movimientos nunca caen los poderosos. Vale recordar la larga serie de procesos penales que involucran a Donald Trump (apropiación de documentación secreta en Mar-a-lago, su residencia en Florida; el pago con dineros de campaña al chantaje de escorts y estrella pornográfica; la evasión impositiva de sus empresas en el Estado de Nueva York; y tantos más).

Este “componente” plutocrático no se explica sólo por una condición económica, sino por la adjudicación de una proyección ideológico social, mediante la cual se establece una relación “imaginaria” previa que adjudica un *a priori* de no culpabilidad si eres rico, o de vulgar malhechor, si eres pobre y aún inocente. La riqueza cumple el papel de una proyección social preestablecida, no su culpabilidad. En ello incide la mediatización que define sus resultados. Los semióticos la denominan *múltiple mediatización post broadcasting*¹⁴², una interesada retraducción según la cual la reiteración múltiple de películas, *actantes* televisivos o ficciones sobre los juicios brindan este insólito *verosímil* frente a algo preconstituido.

Así, se le otorga *credibilidad* a una supuesta administración de Justicia que se transforma en un ritual en el que se cristalizan una larga serie de prejuicios y estereotipos: *media*, “opinión pública”, policía y seguridad, sistema penitenciario, narcotráfico, fiscalía, defensoría, jueces y jurados. Ninguno resulta ajeno a la intoxicación estratégica de la política y la ideología. Nadie está exento de los prejuicios raciales y del etnocentrismo que campean desde las fraguas del *poder* y las estructuras profundas de la sociedad. Una encrucijada de hierro: se marcha al juicio para la defensa de “su inocencia”, donde el inculcado se juega a suerte o verdad, o se transita “negociando” con la “oferta” del fiscal, que produce la instancia *de poder* correspondiente, desde un mundo prescripto y cargado de intencionalidad prejuiciosa, sin fisuras en la construcción del acto criminal. La fiscalía propone: “Te ofrezco un trato: te doy tres años, o se puede ir a juicio y te damos treinta”. Todos lo piensan. Nadie de las barriadas va a juicio. Nadie corre ese riesgo. El 97% de la población recluida “mercadea” su condena, lo que significa una ostensible violación a los derechos humanos.

La idea de la reclusión resulta una amenaza de “hipoteca” de por vida o, por lo menos, para los años de juventud o madurez productiva. Para comprender las dimensiones de lo que se habla, el sistema de Justicia norteamericano, con esta promiscuidad exitosa entre la procuración y quienes dan fe de “la escena del crimen”, colapsaría si todos los reos juzgables llegasen a juicio. Si se ejerciera el derecho a juicio y se condenara, la realidad es que el castigo siempre sería mayor. Las Cortes, de manera inocultable, castigarían a los reos por el hecho de haber rechazado la “propuesta”, generando suspicacia por haber impugnado un “acuerdo”, cuando el *poder* ha realizado una propuesta facilitadora del proceso. Tal es así que al ir a juicio y haber resistido u objetado la propuesta, la dinámica del procesamiento hace que, entre el supuesto delito y los tres años promedio que se le proponen, comience su *derrumbe*. Arranca el larvado

¹⁴² José Luis Fernández, *Vidas mediáticas. Entre lo masivo y lo individual*, ob. cit.

deterioro mental sometido por la alta presión vivencial de esos institutos totales, ajenos a la *cotidianidad*, extraños de la vida diaria de los imputados. Tal proceso de ajenidad absoluta, durante el cual se carece de espacio propio, aislado de toda Razón, impone el perder cualquier esperanza.

Se condena a una vida de pánico, a “vivir asustados”, a vegetar transitando por un mundo extraño con el que se convive, cohabitando una ajenidad sin pertenencias. Esa condena no es sólo para el “reo” o la persona que es detenida, sino para cualquiera que ose enfrentarse al *poder*. Viene a la mente la figura de *Internados* de Erving Goffman: el abuso de un sistema penitenciario, también mafioso, sea por parte de sus guardias o los mismos reclusos¹⁴³. Divididos en bandas previamente constituidas, a las cuales uno se debe alinear para subsistir en tal infierno. Se convive con la amenaza del suicidio. Ese componente estructural con el que se coexiste.

La construcción “imaginaria” del suicidio debe ser asumida parte de la vida, de la *cotidianidad*. Inclusive, aún absuelto y excarcelado, tal fantasmática no se elimina. Forma parte inevitable de sus “vidas”. El “componente” traumático no se suelta, como sucedió con la devolución especular del no *reconocimiento* que arrastró a los ex combatientes de Malvinas, cuya cantidad de víctimas por suicidio es mayor a los muertos en *acción*. El suicidio ha de estar siempre presente. El tardocapitalismo neoliberal, alecciona inscripto dentro de esta lógica instrumental y utilitaria tan propia de la semiopolítica del americanismo. Canaliza sus ínsitas fuerzas destructivas y su “pulsión de muerte”¹⁴⁴ hacia el crecimiento o el triunfo. Sin embargo, cuando se percibe el fracaso, si no sirve para sus fines, finaliza siendo una catástrofe “subjetiva”. Con el tiempo se vuelven fuerzas destructivas que someten a los sujetos, imponiéndoles impersonalidad y anonimato, arrollando a la vida, proyectada a la humanidad misma. Cuando se instituye un complejo industrial, como el sistema carcelario norteamericano, se trata de un acontecimiento traumático que no tiene retorno. Brutal y despiadado, socava toda “identidad”, cundiendo la dura tarea de sobrellevar señalamiento y culpabilización, es decir, el estigma de ser negro o latino delincuente.

¹⁴³ Erving Goffman, *Internados*, ob. cit.

¹⁴⁴ Byung-Chul Han, *Capitalismo y pulsión de muerte*, ob. cit.

11. Vigilar, castigar, reprimir, vapulear, aleccionar, instruir, amaestrar, enseñar: rutinas de la vida cotidiana

El resultado del *ciclo* es que, con el *ascenso neoliberal reaccionario*, cuajó una vuelta de tuerca mayor a la admitida en los tiempos en los que todavía primaban las “posiciones” punitivistas sociales, los de las viejas y anacrónicas jerarquías en los *media* del pasado. Las estrategias políticas de la dominación no sólo utilizaron las foucaulteanas figuras del *vigilar* y *castigar*, la represión, el vapuleo, los elementos punitivos visibles, sino que también avanzaron con una tarea aleccionadora, que implicó instruir, amaestrar, enseñar. La confluencia de un abanico de “factores” que se fue perfeccionando, centrados en determinados históricos “valores” nucleares de una tradición asentada en los aspectos más libertarios de la filosofía del siglo XVIII y la Ilustración.

Como hemos visto en este capítulo, se generó la creciente *militarización* de la política, imposible de concebir si no se entienden los niveles de incidencia y supervisión de sus servicios de Inteligencia que, cual prolija “guardia pretoriana”, realizaron un sólido “patrullaje” sobre la sociedad civil y sus expresiones, prestando atención hasta a sus mínimos detalles. Solidificaron un *imaginario colectivo* construido para generar un campo sobre una multiplicidad de efectos de “sentido”: el de estar viviendo bajo inigualables grados de Libertad. Los aspectos externos y cosméticos, vendidos cual esenciales, generaron esa sensación de estar “vigilados”, así como la necesidad y la impresión de vivir con cautela, dada la existencia de un *poder subyacente* que vela con alerta y recelo. Lograron salvaguardar los predicados “valores” eurocéntricos del universo occidental y de la tradición judeocristiana. El sistemático bombardeo integral de la IC, en su vigilia permanente, supo anticipar una custodia por fomentar la “huella” de vivir bajo el acecho de una omnipresente *paranoia*.

Este sistema realiza un despliegue eficaz sobre cómo deben *circular* las ideas y las Razones, al influir de manera decisiva en la conformación de los “valores”, “identidades” e “intereses” con graves consecuencias al deteriorar, objetivamente, los juicios críticos de la ciudadanía, con la *infantilización* de sus razonamientos. Se trata de un manejo ganado en arreglo a la configuración de una “agenda pública” selectiva y ordenada para precipitar prejuicios y cosmovisiones superadas en luchas del pasado, o maduras para lograr la admisibilidad de los umbrales de intolerable pobreza, migraciones, refugiados, neofascismo, racismos, censura, y más.

En los hechos, se produce un *transformismo* estratégicamente elaborado en la noción de “revolución pasiva”. Extremadamente severa, alecciona “lo correcto” de lo que no lo es. Aparte, resulta exitosa en cuanto sus objetivos de deshumanizar los vínculos sociales y lograr la pérdida del “sentido”, diferenciaciones sutiles y complejas, insensibilización social, individuación, diversificación de grupos en gradientes tras lo que debiera haber sido un mismo objetivo de instrumentación. La figura que lo grafica es que se avanzó en encerrar metafóricamente en gabinetes —ideal la figura de “jaula de hierro” en la parsoniana interpretación de Weber—, sometido a la promiscuidad de espacios mínimos, que siquiera las mascotas hogareñas tolerarían. Todo se concretó con la gente consciente y con su lógica capturada. Las cárceles resultaron ser una oculta metáfora de lo que no se supo *invisibilizar*: unos admitidos depósitos “privatizados” de toda Libertad.

Así se ha producido otro fenómeno paradójal, propio tanto del americanismo como del neoliberalismo, el de *asfixiar*. Una pormenorizada estructura de normas que licencian al *laissez faire* de los *poderes fácticos* a través de sus vacuos efectos de “sentido”, de ese sometimiento a un supuesto estricto “orden” de y en la sociedad. Se genera una *hipernormativización* de la *cotidianeidad*, aquella que los sociólogos denominan *rutinas de la vida cotidiana*, que implica subsumir la ceremonia de una *regulación* rigurosa, invocada en defensa de la auspiciada plena Libertad. Esta silenciosa *normativización* alcanza hasta los vasos capilares de la circulación de la vida en sociedad, generando una *estructura normativa* sobrecargada, plena de implícitos que logró, en defensa de objetivos estratégicos, el monopolio del *poder* con el cercenamiento de un grueso de conquistadas libertades elementales para un vasto y masivo sector de la gente.

Se conculcan leyes y derechos adquiridos, barriendo principios éticos y morales. Sin mayores advertencias, la sociedad se compromete a una acrítica aceptación y masiva tolerancia sobre lo conveniente del “encierro” a esa cierta parte sospechosa y peligrosa, al presentarla estudiadamente criminal. Esta política pública, salvo en los ciclos de rebeldía ciega, provoca alineamiento a “valores” circunstanciales, incluso asimilables a exhortaciones patrioterías de sometimiento, al cómodo alistamiento chauvinista, con invocaciones históricas orientadas a su convencido y verificado “destino manifiesto”, aquel que establece sólido “sistema de creencias” basado en su larga tradición imperial.

La *hipernormativización* genera un exagerado marco preceptivo, sea este legal, oficioso, explícito o no. Provoca una escalada de objetivos inmanejable. El *poder* se asienta cómodo, auspiciando determinado *modelo de sociedad* al generalizar tolerados marcos represivos

impuestos, estigmas que se prestan para hacer más sencillo esa manipulación y la desacreditación de lo no deseado con descalificaciones. Así se logra la aceptación activa de una mayoría, sobre todo, mientras los logros puedan presentarse exitosos.

La *hipernormativización* debe ser estudiada y entendida como lo que es. Implica no sólo una sobreproducción de leyes, sino también, que alcance con su generalización a demasiada gente que, usualmente, responde a un mismo alineamiento social. Plantea un ficcional número de casos excesivos, con veredictos y dictámenes inadmisibles por la magnitud de población implicada, sentencias con durezas carentes de proporción, que llevan al atiborramiento en las prisiones y a graves procesos de regresión social, no debidamente advertidos.

La *hipernormativización* no sólo ejerce “chivatos”. También produce “expiación social” que, al concebirse a manera de una criminalidad patológica individual, impide entender que es una emergencia misma de los propios procesos sociales; cuando no, ellos se encuentren agravados por intencionadas fijaciones políticas. Parecido de lo que se señala como una involución, no sólo al siglo XIX, sino a una lectura pre-hobbesiana o, peor aún, una naturalización del darwinismo social, castigando a los individuos de “patológicos” cuando respondan, en última instancia, al desenlace de conductas sociopáticas socialmente determinadas por la supervivencia de un modelo de sociedad auspiciado.

Tal política restrictiva, de aislamiento del agente “patógeno” que contamina impidiendo la convivencia “sana”, produce una sociedad constituida por elaboraciones con “componentes” ilusorios, circunscripta a “rituales” publicitarios *pour la galerie*, mostrados por sus consecuencias fenoménicas que ocultan los porqués de sus desviaciones y aceptan que sea extirpado, eliminado, sofocado, lo que implica que todo resulte abandonado a su suerte. Así hemos arribado a una sociedad de “esencias”, tal como concibe el *supremacismo* WASP, tal como el neoliberalismo logra naturalizar con su elementariedad y primitiva “concepción” de las sociedades complejas, sin prever políticas de reinserción social cuando cumplan sus condenas.

El rechazo social se utiliza como la pauta de la vida norteamericana, y, por ello, también está presente en sus series policiales. Es un concepto pleno de conformación semiopolítica, el de “felonía”, cuya traducción desde una semiopolítica del americanismo implica “traición o acto desleal contra alguien”. Y ese alguien es la sociedad, que no es otra cosa que el producto de su *construcción hegemónica*. Sus series para el mundo difunden sinónimos de deslealtad, traición, infidelidad, infamia, perfidia, alevosía.

Con tamaña carga denotativa: ¿cómo se puede volver a una normalidad en la vida social? Baste recordar toda esa larga catarata de series policiales sobre cómo actúan los detectives y policías cuando se produce un crimen: lo hacen, de movida, indagando la existencia de los “antecedentes” de sus implicados, vale decir que los que alguna vez fueron condenados sobrellevan de por vida la cruz de su reprobación. Para cualquier solicitud de empleo, las empresas contratan agencias privadas de selección de personal en donde se delatan desempeños vitales y resultan ser el principio de cualquier formulario. Un *habeas data*, que debiera quedar circunscripto al ámbito de *lo privado*, se vuelve un inhibidor social dirigido por agencias privadas especializadas en materia de un concepto orgánico, biológico y reaccionario de “la seguridad”, con un uso prejuicioso y estereotipado de la “información hostil” particular. Todo se amplifica. Cuando se procura un préstamo bancario, financiero, fondo de comercio, tarjetas de crédito, nuevos consumos, alquileres para la vivienda, seguros de vida, aquel “error” es la reprobación que los hunda “de por vida”.

12. Alabama, Trump y el *American Idiot*

El estado de Alabama —y su río— atraviesa la unidad geográfica hasta desembocar cerca del condado de Mobile, en la bahía de Mobile, única parte con acceso al mar a través del Golfo de México. El término “Alabama”, como tantos otros que utiliza el armamento y la estructura política de los EE. UU., proviene de la nominación de una tribu originaria: los *choctaw*, que habitaban de lejos esas tierras. Se referenciaban *Alibamu*, que en inglés significa *open the thicket*: “elimino la maleza”.

Con esta gráfica y mortuoria referencia, el 30% de la población negra del Estado de Alabama perdió su “derecho al voto” por haber sido condenada por hechos criminales. Como se colige de esta sucesión de “casualidades”, la evidente *visibilización* intencionada funciona a modo de un estigma que cronifica *imaginarios sociales* constituidos al efecto. Cabe señalarlo con preocupación, ya que se lo ha hecho con la anuencia de los dos partidos mayoritarios: el PD y el PR. La observación de estas arbitrariedades exige avanzar en propuestas civilizadas, que impliquen *cambios* en los sistemas de reclusión y su evolución. La misma Hillary Clinton, aquella que apoyó con entusiasmo las propuestas maximalistas de su esposo, planteó: “Reformaremos el sistema judicial penal de principio a fin, reconstruiremos la confianza entre la policía y la comunidad”. Este es el *modo americano* de su semiopolítica, que avanzar en la vida es el del particularismo indiscriminado: uno a uno, paso a paso, sin una concepción

integral, estratégica, que sostenga objetivos de largo plazo en un modelo social que supere lo táctico, las coyunturas, así como también las perentorias necesidades del mercado.

Todo parecía estar equilibrado hasta que apareció el síntoma reprimido: Minneapolis. Con la ciudad de Minnesota, doscientas cincuenta ciudades se levantaron frente a esta escisión estructural que posee la sociedad norteamericana. Una sociedad desguarnecida de garantías oficiales, desvalida de normas igualitarias, despojada de derechos, de resguardos y garantías ciudadanas, desposeída de las obligaciones normativas. Desarmada frente a los poderes federales, estatales y policiales locales, se muestra vulnerable y sometida a la arbitrariedad, hundida frente al desamparo.

Tanto va el cántaro a la fuente que la figura de George Floyd desbordó a estas largas “situaciones” de arrastre. La acomodación del *statu quo* les resultó comfortable; recién se modificaría con la figura de Barak Obama. Por primera vez, un presidente de los EE. UU. habría de visitar una cárcel. Y lo hizo en el momento que, en su lectura política, nunca estuvo interesado en la temática, porque los delitos graves habían bajado por primera vez en cuarenta años. Hoy, con la dramaticidad que precipitó el alineamiento de Trump frente a las sucesivas confrontaciones raciales, hasta el PR acepta la necesidad de una reformulación integral del sistema penal, cuando siempre se caracterizaron por insuflar el estigma social. El obstáculo es que la política norteamericana posee una determinación seca de los componentes “realistas” de la materialidad concreta. Es una estructura cuya pesadez cuesta poner en movimiento. Peor aún, cuando comienza a colocarse en la “agenda pública” la necesidad de una reforma, nunca se logra garantizar una *visión* progresista o de avanzada, porque las “posiciones” se polarizan. De acuerdo con lo que se ha estudiado sobre el tema, comienza por determinadas necesidades de *cambio* pero, en los hechos, siempre con una institucionalización de mayor represión.

Con la llegada de Donald Trump al *poder*, se precipitó otra vuelta de tuerca en la lucha de clases bajo esa lectura propia de la tradición norteamericana alrededor del eje que las “marca”: la segregación racial. Lo contenido se precipitó, se reagruparon los bandos, sus conflictos no serían lo dramáticos de otrora, pero sí más evidentes, nítidos y explícitos, aun con eufemismos. Queda claro el alineamiento a una lectura cerrada de la tradición *supremacista*. Trump, en un raptó de audacia, declaró su amor por “los viejos tiempos”, generando las primeras reacciones. Las tradiciones siempre poseen ese resguardo de su compleja multilateralidad de “registro” y, aún en los casos que se puedan acoger a una lectura dialéctica,

muchas veces, sus condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento resultan favorables para generar sus antídotos.

Estas transformaciones, denominadas “salto en calidad de lo cuantitativo a lo cualitativo”, generaron propuestas superadoras o “reactivas”, imposibles de prever en un inicio. Trump supo acentuar señalamientos laterales de elementos que ofrecían su pensamiento de base: “En los viejos tiempos los arrancaría de ese asiento tan rápido...”; “En los viejos tiempos, las fuerzas policiales actuaban más rápido. Mucho más rápido”. Una *respuesta* sin ironías que justifica su no intervenir ante Charlottesville.

De manera previa, la banda del post punk *Green Day* expresó parte de una reacción negativa frente a la sorpresiva reelección masiva del “partido del elefante” con George Walker Bush (Jr.). Tal suceso acrecentó la polarización al crear “códigos” de disconformidad para los iniciados juveniles del rock n’ roll crítico que se entiende vigente. El álbum *American Idiot* supo describir este clivaje que provocó en los sectores pensantes la insuflada reacción patrioter que estimuló la reelección del expresidente¹⁴⁵.

En ese álbum existe otro similar himno de la decepción juvenil, análoga titulación de otro afamado tema del músico español, Joaquín Sabina: “El boulevard de los sueños rotos”. Allí se refleja la decepción por las ilusiones prometidas y la realidad de un mundo de mentiras, trucos y miserias. Su *I walk alone* expresa el efecto de “sentido” que genera la desolación a tal *empobrecimiento* atrapado bajo la *hipernormativización*.

La reacción de este sector juvenil potenció una respuesta incrementada, más orgánica. El movimiento de los *Black Lives Matter* (BLM) inició otros *modos*, distintos de aquellos procesos de “acumulación de fuerzas” de los años sesenta. Un honnethiano *reconocimiento* a escala generalizada en el país. Contracara opuesta a la otra escalada, una inmediata *respuesta* previa al vecino triunfo trumpeano. El asesinato de dos afroamericanos, Michael Brown y Eric Garner, en el 2014, provocó protestas y disturbios en Ferguson, Estado de Missouri.

¹⁴⁵ “No quiero ser un idiota americano / No quiero una nación bajo los nuevos medios / ¿Y puedes oír el sonido de la histeria? / La mente subliminal jode América / Bienvenido a un nuevo tipo de tensión / En toda la nación alienígena/ Donde todo no está destinado a estar bien / Sueños televisivos del mañana / No somos los que estamos destinados a seguir / Porque eso es suficiente para discutir / Bueno, tal vez soy el maricón de América / No soy parte de una agenda de campesinos sureños / Ahora todos hacen la propaganda / Y cantan la era de la paranoia / Bienvenidos a un nuevo tipo de tensión (...) La televisión sueña con el mañana / Nosotros no somos los que estamos destinados a seguir / Porque eso es suficiente para discutir / No quiero ser un idiota estadounidense / Una nación controlada por los medios / La era de la información de la histeria / va a idiotizar a Estados Unidos...”.

Tal reacción superó el histórico aislamiento del *Deep South*, ya que, muy al norte, hasta la Gran Manzana reaccionó al desencadenar movilizaciones inéditas en las frías grandes metrópolis, para este caso, la de *New York City*. Desde entonces, cada muerte, frente a la consabida violencia y los abusos policiales, no dejaría de tener su debida *respuesta*. Muchas, más numerosas y sometidas a ejes concretos, cada vez más sagaces y afinadas en sus definiciones políticas: Tamir Rice, Eric Harris, Walter Scott, Jonathan Ferrell, Sandra Bland, Samuel DuBose, Freddie Gray. Todo un masivo detonante que afirmaba la mecha cultivada por George Floyd, y en la incógnita que hoy se abre con el desenlace tras la muerte de Tyre Nichols, en el sitiado *Deep South*, cuando la policía todavía se declara inocente.

Los procesos sociales no resultan ser meros “ecos” ajenos a los intercambios discursivos. Ellos plantean esquemas ideacionales propios de la política, así como la política tampoco se produce en una ajenidad a las reacciones que sus expresiones sociales y socioculturales provocan, aunque ellas se expresen de *forma* latente y puedan mostrarse invisibles, silenciosas o no manifiestas. De cualquier modo, son condicionantes que inciden en los comportamientos.

Esta reciente asociación con el americanismo no es un acontecimiento arbitrario. Recupera un apotegma subyacente que siempre brindó significativos sucesos menores: *Law & Order* (1990), esa multiserie de la cadena NBC, se la toma como un ícono de la producción adocenada con predicamento para su frente interno. Aunque se trata de una producción menor, con una denuncia estereotipada y llena de lugares comunes para los excesos del universo americanista que se debían disciplinar, funciona como un tosco indicador de lo que no supieron ver que eran los tiempos por venir. En su momento fue el soporte de un *sustrato ideológico* anticipándose a un contraataque político y social que se convalidó en esa ficción del ascenso y primacía de esta propuesta, funcional a determinado “orden” social. Desde aquel “Law & Order” de Richard Nixon en 1968, existe una semiosis ilimitada que se corona como efecto de “sentido” no previsto, retomado por Trump, quien asumió con una significativa sentencia: “Yo soy el candidato de la Ley y el Orden”.

Esta combinación de *social guerra civil fría*, radicalizada, y la señalada imprevista reacción de la Norteamérica de colores, vía Minneapolis, se ha hiperbolizado, sin medir las consecuencias, con el cerco a Rusia vía Ucrania. Tal expresión agresiva del americanismo evidencia su ausencia de límites frente a un ascenso favorable tras la caída del Muro. Sin embargo, en su escalada de objetivos, aún no ha previsto que de las *crisis* subsecuentes y debido

a los imprevistos alineamientos pueda producirse una tercera guerra mundial, si es que eso ya no ha ocurrido.

Como todos los procesos sociales, las fuerzas del “orden” historiográficamente dictaminan un inicio y un fin. Queda claro que el “fin de la esclavitud” resultó ser un mero principio. Que luego de cien años de las “leyes de Jim Crow”, las del terror y linchamiento, llegaron *les Trente Glorieuses*, “los años dorados”, para que ese mundo negador se estremeciera con algunas cortas transformaciones sustantivas y una dinámica amenazante de la que el mundo de hoy no pareciera tener “registro”. De aquel universo ideológico habrían de emerger figuras paradigmáticas como Martin Luther King, Ella Baker, Fannie Lou Hamer, William Edward Burghardt Du Bois, Thurgood Marshall, A. Philip Randolph, Angela Davis. Próceres que, desde las artes, el orden jurídico, la tarea sindical, la reivindicación feminista, plasmaron la tarea de concebir igualdad normativa para instaurar un plano deseable en materia de derechos civiles.

La lucha continúa, como cuando los basquetbolistas o los jugadores de fútbol americano se hincan en una rodilla contra el racismo. Se trata de una lucha viva que recuerda la persecución que recibieron los atletas negros que celebraron su triunfo en las Olimpiadas de México de 1968 con el *puño cerrado*, o *puño en alto*, saludo propio de la izquierda que se remonta a la antigua Asiria como símbolo de la resistencia. En esa competencia también fue castigado Peter Norman, velocista australiano parte del podio que se sumó al reclamo y, al llegar a su país, sufrió la condena de no poder volver a competir.

La población negra representa el 6,5% de los EE. UU., mientras que forman parte del 40,2% de su población carcelaria. Hoy existen más negros bajo la supervisión criminal que la población esclava norteamericana de 1850. La decimotercera enmienda constitucional expresa que *no habrá servidumbre voluntaria, excepto para los convictos por un delito*. Como hemos visto, resulta una “cláusula de escape” para la condena plena por parte del propio Estado para “reproducir las condiciones de producción”. Si bien la disposición de criminalización pudo haber tenido su génesis en la relación fuerza de trabajo-producción, queda claro que, de largo, ha sido —y sigue siendo— un mecanismo de abuso, sometimiento y dominación.

CAPÍTULO 7

LAS CINCO Q DE QANON

“No hay conocimiento sin historia. En esta frase se recapitula gran parte de las reflexiones que autores franceses, como Gaston Bachelard, Michel Foucault, Jean Cavalillos o Georges Canguilhem, han realizado sobre el conocimiento científico en el marco de la epistemología. La historia, para estos autores, constituye el espacio insuperable e inevitable para pensar la configuración del saber científico”.
Naim Garnica

“Quien controla el presente controla el pasado y quien controla el pasado controlará el futuro”
George Orwell

1. ¿Cómo funciona un dispositivo comunicacional negativo?

Cuando se plantea una convivencia con el pensamiento mitificado¹⁴⁶, el mistificar envilece. Punteado con alguna suspicacia, “visto” en su funcionamiento, el análisis semiopolítico lo entrevé dentro de un “cuadro de situación” que lo hace sospechable. Un producto vil y abyecto, bajo, corto, ajeno, lacónico. Parte de ese amplio abanico que va desde lo innoble a lo corrompido, ahondando en su mezquindad, dejando entrever “marcas” y, muchas veces, explícitas “huellas” toleradas de degradación, ausencia de escrúpulos, indignidad, ceñido a la iniquidad, lo indebido, lo inicuo, inclusive lo desleal. Este pensamiento mitificado se relaciona con un manejo del tiempo de supuesta aceleración (“ya no tengo tiempo para nada”), que se encuentra atomizado, pero que no resulta ser otra cosa que los síntomas de una grave dispersión temporal, asociable a una disincronía que tiende al adormecimiento, a través de un manejo de los tiempos carentes de “orden”. Esto le permite al *poder real* metabolizar y brindar una ubicación témporo-espacial conveniente para unos sujetos a-sujetados, que no podrán zafar de ese ambiente asfixiante, induciéndolos a arrastrar una marcha por la vida a los tumbos.

Se tiene esa extraña sensación de que todo se acelera, cuando en realidad se produce un estado de catatonia psíquica e ideológica que se afirma en el concepto de “presentismo”. Ese estado vivencial de “eterno presente” se percibe cual persistencia de un “pasado que no pasa”,

¹⁴⁶ Del griego *mythos*, cuya etimología remite a significados como “palabra” y “discurso”. Se entiende por *mito* todo relato acerca de los orígenes de cualquier tipo de realidad (desde el origen del universo y del ser humano, hasta el de un objeto cualquiera). Tal relato tiene las características de apelar a lo sobrenatural, como elemento explicativo, y de recurrir a un lenguaje ambivalente, lo que le lleva a incurrir en contradicciones. Platón, en la *República*, se refiere al mito al explicar las razones por las que no se debe autorizar su difusión en la sociedad ideal: “Razón por la cual hay que atajar el paso a esta clase de mitos (...) que hablan de los dioses, de los démones y héroes y de las cosas de ultratumba”. En cuanto discurso carente de fundamento racional, el *mito* se opone al *Logos*.

entreviendo el uso público de tal pasado, con una siembra de “memorias” —en plural—, que tiende a lecturas de ayeres elusivos, cuando en realidad son expresiones de una disputa por el pasado. La “memoria” es una de las maneras en que las formas ideológicas cobran conciencia histórica y social. Allí sabe “operar” el DCN, que ha sustituido al acontecimiento por relato, al rarificar y enrarecer mediante sus dispositivos creados a tal “efecto”.

También se posee esa extraña sensación de inmaterialidad, producida por la evaporación de las nociones de Razón y Verdad. Con holgura trascienden aquello que se pudiera entender una acción racional consciente. Sometidas a “fundamentos” de circunstancia, resultan ser los emergentes de lo que aquí se los enlace cuales productos sospechables de alguna provocación, esos productos, resultados, efectos de sentido, surgidos de elaboraciones sometidas a conocimientos rebatibles, pero que, en su superficie, se presentan cuidadosamente *verosímiles*.

Se trata, como hemos visto a lo largo de este escrito, de una preparación ponderada, astutamente “fabricada”, que simula la posesión de consideraciones medidas, razonables y responsables. Una producción generada alrededor de “componentes” que, *a priori*, se pudieran considerar adecuados y convenientes, que procuran constituir una elaboración de realidades interesadas que pretenden transformar en una seria, congruente y realista *visión* de lo Real. El marco de un campo interactivo material y simbólico le brinda verosimilitud a todo ese módulo de razón instrumental, pragmática y utilitaria. Se materializa conector de diversidades, y se muestra como emisor-receptor “objetivo” de datos inermes, despojados, punto de conexión y congregación de una vida social cual aglutinador de cosmovisiones. Aquella vieja Verdad que, a inicios de los ochenta, Eliseo Verón descubrió como la verdadera naturaleza de los medios informativos de que ellos sean unas “máquinas de producción de la razón social”, anticipándose al concepto hoy tan en boga de “mediatización”. A esto agregaría que, en el mundo de hoy, la tecnología malversa la palabra, afectando también a la *langue*, que se podría asimilar a la patria. El lenguaje no ha de ser sólo la lengua, menos su habla, sino una mentalidad en acción, en donde se refleja la diversidad social expresada a través de la cultura, la ideología, el conocimiento, la Verdad, la concepción de la vida y el mundo, y al “nosotros” de la clase.

El DCN es un concepto clave que nos advierte sobre el borramiento de las evidencias. Muestra cómo se “producen” la concurrencia de planos y dimensiones en la construcción de ese sustituto *verosímil* que suplanta las infalibilidades y seguridades que pudieran brindar y abonar aquella vieja ciega “fe” en “la verdad” de las antiguas religiones. El DCN es un generador de axiomas que suprimen dudas, dilemas, desconfianzas y engaños. Tal concurrencia

interviene al hacer converger tantas “ficciones”, singular confluencia de supuestas opiniones plantadas, “libres” de políticas interesadas, ajenas de toda cotidianeidad, que trasuntan supuestas “sentencias” fundadas. La noción de “dispositivo”, vital concepto acuñado por Michel Foucault aglutinó el funcionamiento de los aparatos (AIE), conectando diversidades *verosímiles*, creíbles, fiables, operables, que se muestra cuál sistema de garantías y clarividencia, cuyo contexto emerge de una solvente segunda conceptualización, al profundizar sus atractivas y originales lecturas sobre el *poder*: “biopoder”, “biopolítica” y demás.

De tal irreconocible instrumentación emerge una nueva otra Realidad, bien distinta, “forcluida”¹⁴⁷ en sus posibilidades de reconocimiento. Una realidad dispersa, inverificable, maliciosa, sobreopinada, recelosa, controversial, incontrastable, penosamente disipada, borrosamente inducible y ardua. Aquella que se representa implacable, despiadada, inobjetable. Bajo una tensión de estereotipos consagrados rendidos a ancestrales “sistemas de creencias”, aceptados a través de décadas de siembra, de aquello que la burguesía originaria supo asegurar que habría de ser: “de una vez y para siempre”.

Se trata, en suma, de un modelo exaltado, donde ninguna representación política y social puede ser puesta en “duda”. De un tipo de “orden”, de cuyos consensos nadie puede sospechar. Se encuentra bien preconstituido, con una formalidad inobjetable, porque nace de una prédica acendrada en múltiples labranzas anteriores, tradiciones que no se debieran poner en tela de juicio ni sospechar. De tal institucionalización, emerge una palabra pública acreditada, por fuera de cualquier aprensión, temor o desconfianza. Quienes la pongan en duda serán duramente escarmentados y castigados. Su consecuencia, por la suma acumulativa de tantos “supuestos”, es un modelo paranoide, sometido a miramientos, recelos y delirios persecutorios hacia desvencijadas teorías conspirativas. Una vez más, esa realidad intangible así montada resulta ser sumamente efectiva por sus mismas condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento que la legitiman al presentarse, en los hechos, como una matriz discursiva.

Cualquier reacción frente a tamaño despótico dispositivo comunicacional (DCN) deja en claro aquello planteado desde un inicio: tales rémoras, estereotipos y todas esas trabas montadas, en algún punto, al dejar abierta la “trama” de los intercambios discursivos, ha de resultar un “componente” fundamental para la *construcción hegemónica* de *poder* bajo las “marcas” americanistas. Claro que la conformación de un dispositivo comunicacional, tan

¹⁴⁷ “Forclusión” es un término que designa el rechazo de un significante primordial —el nombre del padre—, que no se inscribe en la cadena significativa, dejando al sujeto sin una regulación del goce.

vertical y eficiente genera que cualquier potencial de reacción arrastre a rebeldías que impulsen confrontaciones totales, con posibilidades de resistencias imprevistas y extremas.

En tamaña realidad tan bien sobreestimulada, su producto es un individuo atomizado, *infantilizado*. Varios autores confluyen, desde perspectivas diversas, en analizar los productos del neoliberalismo: “individualismo negativo” (Robert Castel), “nueva era de las desigualdades”, “farandulización de la política” y “sociedades opacas” (Rosanvallon y Fitoussi), “modernidad líquida” y “sociedad sitiada” (Zygmunt Bauman). Una condición de vulnerabilidad e incertidumbre invita a apoltronarse en convicciones elementales —algunas, muy primitivas—. Aglutinarse en ideas, conceptos, imágenes, opiniones que, en tamaño estado de desperdigación y desmoronamiento, brindan algún axioma válido, real.

Así emerge, cual matriz de discurso, ese componente “mágico”, que resulta ser el “sistema de creencias” básico. Dentro de ese clímax enrarecido, agotador, asfixiante, el SIyC cumple sus objetivos: producir insumos para que se cumpla su función de DCN y así generar opacidades, vaguedades, confusiones, sombras y amenazas. Su resultado habrá de ser la creación de una multiplicidad de temores y de estrategias de sobrevivencia basadas en “recursos” psicopáticos, melancolía, miedo, fobias, desequilibrios esquizoides, también genuflexión, aislamiento, postración, carencia de equilibrio, estrés, abulia, falta de paz interior, incomunicación, desamparo, sensaciones de pérdida y frustración. Frente a este mundo incierto se han sabido generar los aquí señalados primitivos y elementales “sistemas de creencias” a la búsqueda de contención. Forjarán la producción de una serie de rústicas elementariedades en la idea de brindarle solvencia a “mecanismos de defensa” primitivos y primordiales.

El sujeto se ha de aferrar a lo conocido, a aquello que en algún momento le supo brindar algo de esa fe perdida frente al temido *no future*. Se ha de asir, aferrado a seguridades de un mundo primario, elemental, los de los inicios, la niñez de las viejas narraciones y de los “cuentos de hadas”. Precisa retener aquel mundo infantil elemental que, con su agarre a respuestas básicas, esenciales, le permite aprisionar aquellos convencimientos extraviados. Sustitutos refractarios de la materialidad de lo vivido y de las certidumbres quebrantadas por esa realidad plena de neurosis y angustias, sustituyendo aquellas evidencias perdidas. El DCN es el nuevo cuento que se nos susurra, con voz diabólica, para que no podamos dormir.

2. La construcción de una víctima: Ashli Babbitt

Un día, miércoles 6 de enero del 2021, de repente, irrumpió. Nadie previó ni supo advertir aquello que, en potencia, podría suceder. Nadie logró vaticinar tamaña masiva reacción, ni tampoco el vigor que habría de cobrar el obrar de tal “chusma”. No había “registro” de su extensa magnitud, ni siquiera había sido relevada su existencia. El DCN apenas había hecho una serie de designaciones retóricas al pasar. De circunstancias que ocultaron su inhabilidad para calibrar la magnitud y calidad de lo que surgía, amén de subestimar sus niveles de incidencia en los sucesos que estaban aconteciendo.

Hoy ya no puede negarse la represión en el Perú, como anteayer en Bolivia, ni tampoco la mimética reproducción sediciosa del bolsonarismo con su ataque al Planalto. Pero antes de ese 6 de enero siquiera se poseía una valoración realista que fuera parte del capital trumpiano. Allí estaban, emergiendo de las sombras. Ellos, “en apariencia”, inclasificables. Esos violentos que brotaron de increíbles teorías conspirativas por fuera de toda racionalidad. Para colmo, tampoco fueron el producto de algún liderazgo tangible; más bien, el subproducto de una actividad conspirativa *on line*. Infantiles, irritantes por su simplificada candidez, emergieron así de una *caricaturización* de la realidad, de los intereses creados que procuran ocultar sus seducciones inconfesables, cual androides humanos producidos —y reproducidos— por las pantallas. Se trató de una suerte de culto satánico, ese por el que *QAnon* los convocó. Esa turba indomable se identifica en tal simplificación perversa, que le provoca irritantes reacciones a “lo políticamente correcto”, como si las pantallas dijeran: “nosotros no somos responsables”.

Me refiero a un fenómeno sociológico más que complejo, que no puede explicarse bajo la lineal literalidad de su emergencia. Como lo expresó Gaston Bachelard, *el primer conocimiento puede llegar a ser el obstáculo más severo para superar*. Así que aquel día habría de emerger un verdadero *obstáculo epistemológico*, más aún, *epistemofílico*. Este fenómeno provoca todas estas enojosas interpretaciones de circunstancia que crisan, que irritan para quienes posean una formación crítica respecto de tan estereotipadas caracterizaciones, como las de “sorpresiva violencia imprevisible”. De aquellas lecturas que no superan la *visión*, hoy anacrónica, de la inicial *Psicología del yo y las masas* de Sigmund Freud, de la “sociología” de Gustave Le Bon o *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset.

Cuánta comodidad para acondicionar los acontecimientos de la realidad por parte de ese SlyC desconcertado, cuántos recursos para sembrar confusión sin promover una legibilidad

“inteligente”. Demasiada *disposición* para encubrir, distraer y esconder. De conformidad a los testimonios, habría sido “el día esperado”. La fecha preanunciada de largo por las redes sociales, con un mensaje replicado una y otra vez: *I’m here, because “Q” sent me*.

Una de las seguidoras de esta masiva manifestación contra el Capitolio fue asesinada: Ashli Babbitt. Ella se había preparado para este “gran día”. Una jornada de redención, por la cual, tal como venía funcionando, el mundo habría de cambiar radicalmente. Preguntada por un amigo en Twitter sobre cuándo todo habría de cambiar, ella respondió con firmeza: “El 6 de enero de 2021”. Se la ve muy suficiente en las fotos, con su gorrito americano, tras haber transcurrido catorce años en la Fuerza Aérea, y su orgullosa inscripción de *Make America Great Again*, “M. A. G. A.”. Su nombre habrá de estar de por vida asociado a esta fecha y a la multitud de “alborotadores” que rompieron los vidrios de la puerta que conducía al *lobby* del presidente del Capitolio. Si no fuera lo que es, el mundo se habría de quedar con esa imagen. O peor, la de una pequeña figura calzada en botas de nieve, jeans y una bandera de campaña de Trump amarrada al cuello cual capa.

Una vida nada fácil, llena de infortunios, mortificada, pero para nada hostil, si se la compara con la de una latinoamericana o la de cualquier otra mujer del tercer mundo. Aun viable, pero que forma parte de la larga decadencia en la que ha ido rumbeando, inexorable, la vida norteamericana. Salida del ejército, Babbitt se instaló en el sur de California, en la fronteriza San Diego, donde hizo varios trabajos menores asociados a su formación. Sostenía un pequeño emprendimiento de abastecimiento de insumos de pileta. Con una vida trabajosa, comenzó a involucrarse a lo que pudiera entenderse por vida política, con sus muy elementales posibilidades, dentro de la tradición e historia del americanismo.

Así se inscribió en ese torrente silencioso, nacido al calor de este crítico vendaval subterráneo, reactivo al sistema político partidario norteamericano, en donde ese *outsider* llamado Trump fue objeto de precipitada admiración. Pero ¿qué es *QAnon*? Este universo “Q” está alimentado por una *visión* conspirativa, con fuerte resentimiento a la inmigración de esos “feos”, los que “se roban los trabajos”, que traen consigo las drogas, población de la que se saben servir los políticos demócratas, dominantes en el Estado de California. Esta reacción elemental, sembrada de largo por la semiopolítica del americanismo, fue carne de cañón de *lo que vendrá*.

Su hermano Witthoeft, de Lakeside, California, expresó con resignación: “Si sientes que entregaste la mayor parte de tu vida a tu país y no te escuchan, es algo difícil de asimilar. Por

eso estaba molesta”. En su vida hogareña, Babbitt era apolítica. Con cuatro hermanos menores, se alistó en la Fuerza Aérea, para terminar sus estudios secundarios. Transitó por Afganistán e Iraq. Fue reserva federal y miembro de la Guardia Nacional Aérea. Allí se instruyó en la lucha antidisturbios, y se retiró de la fuerza sin recibir pensión alguna, ni los otrora beneficios por desempeños oficiales en actividades militares. Se divorció, tras diez años de matrimonio, no sin incidentes, hasta que se mudó definitivamente a California para abordar el emprendimiento de toda su familia en los servicios de piletas.

Frustrada por la situación económico social de San Diego, emitió sus primeros juicios políticos, naturalmente reducidos a una lectura de lo inmediato, en tanto respuestas al resentimiento que le provocaban las promesas incumplidas de la política. Según su hermano, era “una californiana normal”: “Los problemas que le molestaban, eran las cosas por las que todos estamos enojados”. Con esa perspectiva de vida, que trasunta tan lineal como externa lectura de su *cotidianeidad*, se fue involucrando con la “mirada” conspirativa del agrupamiento virtual *QAnon*. También creía que las elecciones habían sido “robadas” por esa camarilla elitista, la que “adora a Satanás”, y que lo único que cabía era la “legítima” reinstalación de Donald Trump.

En tal linealidad, sin grandilocuencias, marchó con énfasis propio, afirmando que “nada nos detendrá”, tal como expresó en un tuit a veinticuatro horas de su muerte. Defendiendo a Trump, el legítimo presidente despojado, en tal lectura rectilínea y simplificadora, sentía que estaba “defendiendo al pueblo de los EE. UU.” del cual era parte. Y por esa causa, llegó y se sumó al gentío que pedía redención aquel 6 de enero.

El caso de Ashli Babbitt representa un elemento poco tenido en cuenta. No se repara en que el *poder* omnímodo tiene esa tendencia miope de abusar de su uso y, si bien posee alguna planificación, lo hace para sus objetivos cuantitativos propios, y observa a la sociedad bajo la óptica ciega de sus intereses particulares mediante la razón instrumental. Esta “mirada” del *poder real* provoca ausencias de perspectiva, el juego de un recorte infinito de la *cotidianeidad* que sobrecarga de tensiones la convivencia social. Luego de tanta arbitrariedad, se finaliza con la demonización de los propios “factores” del *poder real* de una manera reactiva, descerrajada e irrespetuosa, haciendo crujir los propios “valores” que la misma sociedad invoca y de la que expresa ser su portadora.

Las “miradas” de corto plazo deshumanizan la vida social y dislocan, desquiciando lo que se pudiera entender propia retaguardia política. Aquellos “chivatos expiatorios” del pasado,

tan efectivos para la corriente *supremacista*, pueden llegar a reorientarse de manera disparatada y sin blanco. Babbitt es un emergente de este dislocamiento que no ha sabido —y tampoco habrá de saberlo— lograr la discontinuidad de todas estas *prácticas* irreflexivas de un sistema informativo acostumbrado a la comunicación fuera de toda lógica.

3. La “sociedad de control” lo aplasta todo

En este superficial relato procuro condensar una semblanza acerca de los procesos de *invisibilización* y encubrimiento de la *época* del “capitalismo global” y de la denominada “era de la información” del mundo de hoy. De lo oculto que nunca llega a alzar su voz. Un todavía externo “cuadro de situación” sobre cómo se han ido constituyendo los contradictorios escenarios de la semiopolítica del americanismo, simples, llanos, pero bien diferentes de esas lecturas oficiales rimbombantes y aleccionadoras, cuyas grandilocuencias moralistas responden al concepto desarrollado en otro capítulo de “guerras orientadas” por la Inteligencia actual: las de su instrumental y utilitario “caos controlado”.

Si se observa en detalle el acontecimiento del 6 de enero, esta irrupción violenta no resulta ser tan diferente de los imprevistos estallidos que se han producido en países latinoamericanos que el neoliberalismo “veía” como “territorios propios”: “Bloque del Pacífico”, Grupo de Lima, los apéndices seguros contra el chavismo: Chile, Colombia, Perú, el Ecuador. Hoy todo está estallado; han reaccionado lo que hasta no hace mucho eran sus “retaguardias” más seguras. Todo cambia de color. Entonces, lo que debiera ser esa liberal compulsión entre proyectos ético-políticos, sometidos a esquemas ideacionales respecto del tipo o modelo de sociedad a plebiscitar entre su población, se fosiliza en tal cotejo con *prácticas discursivas* que poseen lineamientos pragmáticos y utilitarios *a priori*, que se anticipan con una vida mecánica, movidas de ajedrez, de varias jugadas por delante, todas anticipables por programas de “aparato” o automático “sistema” previamente adoctrinado e instruido.

En la actualidad, frente a “situaciones” que el *poder* considera de *crisis* —crisis financieras, caídas bursátiles, corridas del dólar, inflación—, se multiplican esas dramatizaciones televisivas tan frecuentes, bien menores, con sus consabidas lecturas derrotistas de circunstancia. Se trata de esos peligros estructurados desde la “mentalidad” especulativa mercantil dominante; la RCyT, lejos de brindar satisfacción a las precariedades de la población mundial, se anticipa con un mundo ritualizado, programado de manera preventiva a liquidar acciones, anticipar caídas rentísticas, modelos matematizables desarrollados a modo

de simulación para evitar *derrumbes*, actuando de manera independiente de toda decisión gubernamental y —hasta cabría decir— humana.

A determinados síntomas, dados explícitos indicios, se señalan “alertas” de establecidos programas, que se despliegan de manera mecanizada. Algo parecido ocurre con el plano de la política y sus definiciones. Subsumidas *respuestas* que surgen de un tablero prefijado de automáticos movimientos mecánicos estratégicamente militarizados, que se preanuncian a partir de esquemas referenciales, relaciones que determinan la nueva realidad decisionista, bajo el schmitteano concepto de amigo-enemigo. La política se mecaniza *militarizando* y la *militarización* genera “sociedades de control” o “caos administrado” contra el enemigo estructural. Todo al margen de cualquier decisión de sus pueblos, asimilados a modo de “públicos” administrables, a partir de ese gerenciamiento de sus adecuados “recursos” por el DCN, que ha de ser el que defina sobre qué se debe, qué se puede y qué es lo conveniente saber.

Lo interesante es que tamaño despliegue asimétrico de la tecnología, desplegada como nunca para el pleno dominio del *poder*, no puede prever lo evidente de quien posea sensibilidad política y atributos de clase. La crueldad del trato de los medios de comunicación masiva como herramientas políticas de adscripción, “operaciones” y chantaje se ha vuelto, para muy pocos, inocultable, como la Verdad sobre el porqué del desenlace de los conflictos, sus motivos, sus ininteligibles desarrollos, objeto de fuerte y abierta manipulación.

Aunque la “sociedad de control” lo aplasta todo, esto no quiere decir que sepan “dominar” bien “todo”. Si, tal como se prevé, la circulación informativa se nutre principalmente de consumir más noticias falsas que verdaderas, tal sistema impone su mayor capacidad de penetración en todos los planos. Si, como aquí se previene ha muerto la Verdad, el fenómeno *QAnon* expresa justamente el carácter específico de este tipo de emergencias. Se trata de una resultante de esta multiplicidad inmanejable de “factores”, aquellos referidos por Irving Zeitlin al invocar a la sociedad como una *verdadera máquina organizada*. Ahora queda claro que no ha de ser para la siembra del *bien común*, ya que, desde las sombras y al margen del dominio público y de lo que debiera ser la transparencia de sus instituciones, el impune “cálculo especulativo” resulta el *leit motiv* para el corolario de esta desmesurada instrumentación de los poderosos. La infrecuente descripción superficial de Babbitt, esta simple ciudadana norteamericana media, exacerbada en su radicalización cual *zombie*, torna trascendente “leer” por qué ocurren los “imprevistos”.

Según la Real Academia Española, un *zombi* es “aquella persona que se supone muerta y ha sido reanimada por arte de [la] brujería con el fin de dominar su voluntad”. Los *zombies* serían, entonces, aquellos cuerpos vueltos a la vida para ser instrumentados cual esclavos. Frente a tamaña definición, producto de una decisión del *poder fáctico real*, resulta imposible que no se produzcan las reacciones más insólitas y diversas. Tal “situación” de señalada *crisis hegemónica*, estructural, de largo alcance y previsiblemente desplazada en el tiempo, excede la simple definición gramsciana “crisis de gobierno”. Esa crisis, sin dudas evidente, conlleva tanto el desenlace como el ascenso, despliegue y caída de Trump, así como también la imprevista realidad de la “contingencia radical”, inadvertible para el *poder* y para cualquier oposición “antisistema” o “contrahegemónica”. La irrupción de movimientos como *Black Lives Matter* (BLM), o su opuesto, a la derecha, *QAnon*, son “salidas de emergencia”.

La Guardia Nacional del Capitolio mató a una soldado por suya sin dudarlo. Ante esta “situación”, en apariencia burda y superficial, es preciso “leer” la dramaticidad de este acontecimiento para nada trivial. El New York Times y la CNN, siempre en “la periferia de las cosas”, identifican al movimiento “Q” cual “culto conspirativo demente”. Esta caracterización apresurada es un resultado de la *cotidianeidad* violenta en la que viven los EE. UU. Se toma partido al exaltar livianas “posiciones” supuestamente estratégicas, juzgadas desde una gigantesca impostada “sensatez” institucional. Ello no hace más que generar una irresponsable manera de sustanciar históricos y trágicos “síntomas” como al pasar, cuando son un piso firme para ahondar en la comprensión de las verdaderas controversias *reales*.

Además, lo que rápidamente califican “culto mesiánico demente” se mezcla con comparaciones o calcos históricos estereotipadamente ritualizados, como por ejemplo la horda religiosa de Charles Manson o el delirio místico de Jim Jones en Guyana. No son realmente precisiones políticas que den cuenta de la peligrosa fase que recorre la otrora gran potencia. La sociedad política norteamericana y su SIyC, embriagada en su estilo mercantil de “espectacularización de la política”, renuncia a una lectura medianamente sistemática que le permita “registrar” la comprensión de los desbordados juegos de *poder*. Esta observación no pretende ser una descalificación a su intelectualidad, ya que todavía una parte de sus análisis, de brillantes estudiosos y académicos, resulta autocrítico.

De cualquier modo, existe un tabicamiento estanco que lleva a una incompreensión estructural fenoménica y a suplir con abordajes no integrales sus propios dramas por demás evidentes. ¿Por qué, sin más, un movimiento social tan elemental, logra cobrar tamaña entidad

y se convierte no sólo en “actor político”, sino también en un “sujeto”: *We are Q?* Los *media* hablan de “ese oscuro agujero negro”, una superficialidad de “aparato” conceptualmente preconstituida, donde convergen la sospecha desde la incidencia de una potencia extranjera o una nueva articulación de antiguas teorías conspirativas hasta la histórica expiación antisemita, así como las sospechas y fantasías de que Norteamérica resulta ser mal vista por “el resto de la humanidad”, con una autoindulgente “mirada” victimizante por resentimientos ajenos. Siempre el eje por “fuera”, exógeno. Esa “mirada” bien desarrollada justamente por Daniel Jonah Goldhagen¹⁴⁸. Así que *Q: Here We Go One, We Go All*, resulta ser una mala interpretación de un burdo y elemental defensismo etnocéntrico: ser atacados por “triunfadores”.

4. Trump, el Mesías de QAnon, y la creación de este movimiento

Las ideas que nutren a “Q” recurren al pensamiento “mágico”, parecen desplegarse como soportes de argumentos cinematográficos, como si funcionasen cual las “gafas” adecuadas o esa píldora correcta de *Matrix*. La tarea intelectual debe ser develar ese mundo “mágico”, descubrir su “sentido” recóndito que el Estado Profundo hábilmente ha sabido ocultar. En este sentido, ese astuto movimiento “Q” ha logrado revelar la Verdad vergonzante bien ocultada por intereses profundos, y por ello es un objeto de estudio indispensable para este trabajo.

Si bien la “subcultura Q” sostiene un abanico diverso, lo cierto es que, de tal conflictiva confluencia, le adjudica a Trump el papel de un Mesías, el de un “enviado”, bajo la histórica interpretación de la parábola judeocristiana. Ese “elegido”, cual “profeta”, conlleva, en su fantaseada amplitud, ser un “viajero del tiempo”, o que arriba como “purificador”. Hasta en su quimera, llegan a concebirlo “originario de otro planeta”. Si se rasca la epidermis, no se puede soslayar que lo que está en *crisis* son los procesos de legitimación del *poder* y de los conflictos socioculturales de su proyección crítica. Más allá de ser un mitómano o un sociópata, Trump es un hábil instrumentador de “situaciones”. Lo que se le endilga es un emergente construido a partir del establecimiento de determinado “sistema de creencias” que, aun siendo elemental, convoca a una “guerra abierta” contra el Estado profundo.

Tal proyección desiderativa lo transforma en un “valiente” que, desde las sombras, reorganiza las huestes patrióticas de “la América profunda”, esas que deben reaccionar para que

¹⁴⁸ Daniel Jonah Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, ob. cit.

se desate el auspiciado y justiciero “acto” reparatorio de salvación: “la Tormenta” o “Tempestad”, según se traduzca *Storm*¹⁴⁹. Esa purificadora *acción*, con su desate, barrerá todo eso presumiblemente sinuoso, propio de una realidad norteamericana nunca en verdad transparente, que siempre está sospechada de viscosa. Las suspicacias y fantasías de esta realidad “loca” soslaya que se trata de un emergente reactivo no previsto.

“La Tormenta” barrerá todo lo sospechoso que los poderosos poseen en su innata suspicacia acerca de su recelada inmoralidad y corrupción, tal como se les desconfía de largo. De esos malignos atributos propios del *poder* instituido, de esa camarilla estable de burócratas que constituyen lo que, en las esferas locales, no se dudaría en denominar “clase política”, a quienes Javier Milei llama “la casta”. Como la “clase política” es un ámbito profesional de escasa rotación, exige asumir otras *formas de representación política y social*, tal cual, en apariencia —y con pocos buenos resultados—, prometió en su momento el PD.

Justamente, profundizando el cataclísmico concepto de “Tormenta”, ese fácil y redentor lugar común, “Q” se adjudica la potestad de sospechar, sin mayores porqués, de la moralidad y corrupción de la camarilla burocrática del PD y, en especial, de una sobreopinada figura: la de Hillary Clinton. A partir de esta sospecha, comienza una escalada de adjudicaciones precipitadas y sin límites. Detrás de todas estas proyecciones especuladas, impulsan las mayores aberraciones y una fantaseada descalificación sin límites: pedofilia, abuso de niños, adoración por Satanás, cumplir con el ancestral *mito* cruel del “pacto de permanencia” con el Diablo, y demás cultos de vampiros y muertos vivos, con la redención purificadora de sangre infantil. La misma noción de “Tormenta” está asociada a una idea de emancipación, de revolucionaria eclosión, de una libertad reconquistada y de la liberación de toda sumisión, de ruptura con la lujuria de los poderosos que sojuzgan en la ignorancia y más cruel opresión. Sin embargo, el ejemplo de *QAnon* ha resignificado estas nociones, al defender ideas que, la mayoría de ellas, parecen disparatadas y, vistas de modo aislado, resultan ser delirantes, pero, al integrarse en una sistematización dentro de un *corpus* acorde, dan cuenta de un nuevo *ordenamiento*. Ese nuevo ordenamiento les brinda coherencia para que devengan en un “sistema de creencias”.

Conceptos radicalizados, percepciones imperfectas, ideaciones “imaginarias” o ilusorias, bajo el predominio de los efectos de “sentido” de una proyección desiderativa que

¹⁴⁹ Q: *Into the Storm*, “Q, dentro de la tormenta” es una miniserie de televisión documental dirigida y producida por Cullen Hoback, la cual explora la teoría conspirativa de *QAnon* y las personas involucradas en ella. La miniserie consistió en seis episodios y fue estrenada por HBO el 21 de marzo de 2021.

encubre y expresa necesidades insatisfechas. Pese a ello, al establecerse estos juicios dentro de un marco de interacción comunitaria, bajo la presión de un común *background* sociocultural de logia, al encontrarse articuladas mediante una lógica interna coherente, con algún grado de interacción simbólica en común, consolidan ese “sistema de creencias” sólidamente afincado que les confiere *credibilidad*. Al pasar a ser *verosímiles*, son tenidas en cuenta. Así cobran asidero, obnubilando el juicio de su impertinencia y racionalidad acrítica, requerimiento básico para cualquier exigencia que demande una *credibilidad* primordial.

Cuando le preguntaron cuál era su relación con este grupo, Trump dijo “lo descubrirán...”, una inaudita y extravagante comunicación iniciática. Sometida a tales increíbles *verosímiles*, cobraron entidad al asumir un fantasmático diálogo subyacente con la supuesta expresión máxima del sistema político institucional: el presidente de los EE. UU. Se trata de una apertura a un diálogo “secreto”, con la expresión más acabada del *poder* formal del sistema norteamericano.

Este juego contradictorio y enigmático, más allá de sus postreras negaciones, fue parte de su capital político. Nadie puede negar la extrema habilidad de Trump para manejar la ambigüedad con sus conocidas implícitas amenazas. Bravucón y altanero, verborrágico y avieso, malintencionado y arrogante, su figura ocupa un lugar central inocultable. Trump se encargó especialmente de manipular tal ambigüedad, en un balance, como un agente especialmente beligerante y descarnadamente militarista. Como ejemplo, durante su gestión no se iniciaron nuevas “guerras” y hoy se ufana de que en 24 horas resolvería al conflicto de Ucrania. Una encuesta reciente del Trafalgar Group muestra que los posibles votantes republicanos aumentaron de 43,8 a 56,2%, respaldando al expresidente luego de que se adelantara su posible detención¹⁵⁰. El sondeo se dio a conocer antes de su presentación ante la Oficina del Fiscal del Distrito de Manhattan. Estar en el centro de la escena le permite exacerbar una de sus virtudes: potenciarse cuando se siente acorralado y lograr posicionarse en sus históricas descalificaciones.

Conveniente a su crónico comportamiento confrontativo personal entre figuras, sugiero que Trump puede ser interpretado como una personalidad *border* extrema y extremista, pero significativamente hábil, ya que su enemigo personal y estratégico, de largo, es la íntimamente despreciada figura de Obama. Para Trump, detrás de la máscara de hombre pacífico y

¹⁵⁰ PANAM POST, “Crece apoyo a Trump y una mujer se acerca a disputar segundo lugar con DeSantis”, por Oriana Rivas, del 3 de abril de 2023, <https://bit.ly/43hMoEp>.

progresista de Obama, es el portavoz del *poder* del Estado profundo que lo instrumenta, y el responsable de la mayor cantidad de muertes de población civil, pese a su inicial y gratuito premio Nobel de la Paz (2009): Libia, Irak, Siria, Irán, Oriente medio, Yemen, el Congo y tantas otras¹⁵¹. Más de dos millones de muertes.

El 5 de octubre del 2017 se instituyó este “componente” decisivo con la definitiva toma de trascendencia del movimiento político-social *QAnon*. Aquella invocación fue su punto de inicio. Lo críptico de los enunciados forma parte de sus habilidades: ser ese irritante, con ausencia de talante y culto a la violencia, que posee la sutileza de observaciones laterales que sus enemigos, por tirria, sabrán apreciar. A la semana, en las redes sociales irrumpió *QAnon*. Un 28 de octubre surgió en un Muro, en una página *on line* de antecedentes filonazis, inicialmente con “componentes” estáticos, foro *on line* denominado *4Chan*, donde apareció el enigmático personaje *Q Clearance Patriot*:

Mis conciudadanos, en el transcurso de los próximos días, indudablemente se darán cuenta de que estamos recuperando nuestro gran país (la tierra de los libres) de los malvados tiranos que desean destruirnos y destruir el último refugio que queda de ligero resplandor. Por orden de POTUS, habrá imitado ciertas cajas de seguridad que deberán garantizar que ocurran 11.3 tras el anuncio de arresto del Sr. Podesta (acción procesable 11.4). Confirme (al público) que lo que está ocurriendo será entonces revelado y no será aceptado abiertamente...

Estos discursos llegan a un grupo tan heterogéneo que se ha de alinear por detrás; aun en la ausencia de su nominatividad, orientan el móvil de su comunicación de manera latente hacia la *acción*. Esta presencia-ausencia acompaña a un público expectante, incluso ante los silencios gubernamentales. Todo habrá de ser entendido con relación a esa auspiciada mística de un supuesto “ajuste de cuentas” con el *poder* corruptor, parte de esa esencia de la *americanidad* ausente e irrepresentada en los magnos escenarios de la gran política. Los “silencios” son entendidos, a veces, como complicidades con el *poder real*: los políticos resultan simples marionetas o enfermos perversos que hacen abusos de sus potestades para materializar oscuras perversiones. Siempre ese “silencio” es señal de latencia, de ese potencial de las “calmas que son predecesoras de las Tormentas”.

La idea de este movimiento es poseer una interlocución secreta, privada, desde la propia base social, particularizada entre elementos iniciados, entre pares, dedicada a un público afín que llegue ser lo más extenso posible, hacia la construcción de un “nosotros”. Más aún, lograr

¹⁵¹ “El inesperado legado de Obama: ocho años de guerra continua”, *The New York Times*, por Mark Lander, 18/5/2016, <https://nyti.ms/3MtWjQk>.

una interlocución con las más altas esferas del gobierno o de la Inteligencia adicta, sus FF. AA. y, quizás, con alguna voz que les permita dialogar con la más alta esfera de la administración política del Estado. La leyenda “Q” procesa un “código” con información secreta sobre lo que realmente estuvo sucediendo con esta redentora cruzada liberadora. Desde el tejido de tal trabajosa “trama”, desde esos fragmentos, se transmite su información agitativa. De allí que los corrillos atraviesen a la nación con lo tantas veces anunciado: el supuesto inminente arresto a Hillary, el despliegue de la Guardia Nacional o el amparo de poseer virtual retaguardia que les brinde “seguridad” ante cualquier manifestación del sector. Se trata, en suma, de una construcción elaborada desde inducidas fantasías que auguran el arribo a ese futuro deseado, en el que se habrá de hacer justicia con ese núcleo que supieran construir y que liderará por siglos la tan prometida grandeza de esa nación.

Sus denuncias se multiplican de un modo disparatado, aunque eficaz, como por ejemplo, una oscura trama sobre “tráfico de niños” ligada a un *poder* de alcance mundial que, “desde las sombras”, tendría trascendencia nacional. Su estructural división entre “buenos” y “malos” es una maniquea segmentación propia de la *simplificación* política, pero un magnífico “puente” para la sensibilización hacia una causa que, de por sí, por axioma, cubre de una pátina humanista al rígido movimiento político “Q”. Tal idea de goce, de *jouissance*, está asociada al sufrimiento de seres indefensos que resultan ser los niños. Un acierto propagandístico de proporciones que supo brindarles impensada masividad, subterránea. La Información para iniciados se encuentra en la frecuencia adecuada para obtener extensión y generalización envidiables, respondiendo a una “demanda” ausente de satisfacción política en la sociedad. El trillado recurso propagandístico de la “demonización” de los personajes oscuros resulta ser efectivo. Sobre todo, en sociedades cuya diversidad, fragmentación y segmentación internas dificultan la interacción efectiva sobre la base de una simbología compartida.

5. Medios de comunicación masiva para una *acción social pasiva*

Las “situaciones de guerra”, más en una sociedad como la norteamericana que vive bajo “estados de guerra permanentes”, les ha servido para acertar con un tipo de articulación en la que, al asirse de tales mecanismos, las agencias de Inteligencia puedan acomodarse dentro de su comunicación de masas. Como *en toda guerra, lo primero que cae es la verdad*, el “estado de guerra permanente” acepta para que un SIyC bien estructurado sea exitoso en el manejo de la “opinión pública” en la sociedad de masas.

Las “situaciones de guerra” arraigadas y permanentes alteran las condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento. No sólo modifican la Información, sino que —más importante aún— la politizan, comprimen, instrumentan y, al asociarla con la Inteligencia estratégica, la *militarizan*. Ello se refleja en todos los *modos* y tipos de Comunicación; de allí su obligada centralización contradictoria. Así, los medios de comunicación masiva no pueden ser otra cosa que DCN: indefectiblemente funcionan cual *herramientas políticas* de chantaje y manipulación, resultando ese su destino inexorable.

Por un lado, fijan sus metas de fines políticos públicos. Por el otro, al asociarse de manera obligada dentro de un inducido contexto bélico, se ligan con las agencias de Inteligencia, condición que los obliga a instituirse dentro de determinados procedimientos, *formas* y rutinas. A su vez, se particularizan, ya que siempre los conglomerados mediáticos resultan ser “factores” de *poder* a los que jamás renunciarían para opinar sobre los grandes temas, y difundir e imponer sus “puntos de vista”. La particularización de intereses ha llevado a que también incidan en la formación de sus recursos humanos, principalmente universitarios. Como ha ocurrido con el personal de gerenciamiento, CEOs, empresarial, científico-técnico, por todo lo que en el cosmos norteamericano implicó la creación de las Relaciones Públicas y la privatización de las instancias académicas e intelectuales. La incidencia del modelante social del mercado en la oferta universitaria tuvo repercusión en los títulos finales de grado; en el mundo de hoy, la inmensa mayoría son de inserción técnico-laboral a su puesto de trabajo-profesional, antes que por la solidez de su formación académica.

En el apartado sobre la fascistización y nazificación de la sociedad norteamericana, en el capítulo 5, brindé mi punto de vista. Sin embargo, para reflexionar acerca de este fenómeno imprevisto del movimiento “Q”, es preciso reconocer el “estado de guerra permanente” que vive esa sociedad, amén del constante contexto interno de demonización en tanto recurso manipulatorio de expiación. Tampoco se pueden soslayar las consecuencias de tales procesos, que se vuelven fenómenos cualitativos por el simple hecho de ser “factores” acumulativos y legitimadores de sus “supuestos” y de exigencias de recurrir de manera inveterada a construcciones “imaginarias”. Si bien forman parte de la tríada insoslayable lacaniana de *lo real*, *lo simbólico* y *lo imaginario*, esa presión produce la instrumentación abusiva de un SIyC que habrá de generar, indefectiblemente, un alejamiento manifiesto de los hechos verificables.

Para no dejar de lado este punto crítico del debate contra la otrora afamada “teoría de la manipulación”, aquella de Mattelart y Dorfman, cabe analizar los surgimientos de Amazon,

Netflix, Olé, Fox, Star+ y toda la larga cadena de series de cable que atosigan los formatos televisivos para el “gran público” de los EE. UU., proyectables hacia el mundo entero. Esa población objeto no consume *House of Cards*, *Game of Thrones*, *Vikings*; sí, el paquete tipo TNT: *Law and Order*, en todas sus variantes, “FBI”, “SWAT”, toda la cadena de ciudades de las “CSI” y “NCSI”, *The Mentalist*, *Criminal Minds*, y así de seguido. Una producción masiva creada al efecto que resulta el consumo popular maniqueo para generar sólido “sentido común” metabolizando “el dominio de la norma”, “la policía es la ley”, al nivelar y materializar la estandarización de los patrones socioculturales de trato —maltrato y destrato—, asimilándolos cual rutinas.

Hago hincapié en este “cuadro de situación” porque de largo toda la investigación y formación profesional de técnicos y cuadros universitarios estadounidenses se ha orientado a satisfacer con *respuestas* la demanda señalada. Cabe recordar, de manera cómica, las investigaciones de su momento en la Escuela de Palo Alto, California, con su teoría de la comunicación humana, empirista, pese a ser una camada progresista al estar formada por más de diez años por Gregory Bateson. Allí, Paul Watzlawick pormenorizó los movimientos corporales de las personas para evitar que choquen en sus interacciones físicas. El punto es que el grueso de la teoría de la comunicación de matriz norteamericana soslaya el componente cualitativo de la siempre difícil instancia analítica, cual es una teoría de la recepción. Cómo el sujeto se encuentra, en la práctica, condicionado por redes comunicativas insoslayables, ese universo discursivo que resulta ser la ya mencionada malla ordenadora de los colchones significantes con que se lo rodea.

Este abuso de nuevos significantes genera “fórmulas de penetración” sin ningún conocimiento fundado. Sobre ese “colchón” se asientan teorías conspirativas, bien propias de estos “inventos” creados por los “Q”. Así, resultan emergentes de este tipo de *vinculación informativa* superficial, que transforman los *vínculos simbólicos* mediante su múltiple mediación y las sucesivas mediatizaciones, al alterar lo aquí conceptualizado como “sistema de creencias”.

Las mediatizaciones sobrecargadas, en su magnitud y multiplicidad de “recursos”, no tenían antecedentes, al menos en su *modus operandi* efímero e instantáneo. Todos son “iniciados” y transmiten, cual “expertos”, con inusual solvencia lo que apenas segundos antes fue informado. De allí que estas “fantasías” resulten no sólo de imposible comprensión, sino también de cabal entendimiento, al no superar juicios ligeros, tal como de manera frívola abusa

el periodismo actual, acerca de por qué se producen, nutren y disparan los hechos, procesos, acontecimientos. La circulación de Información vidriosa —traficar, torturar, matar a niños— es una *práctica social* generalizada, sobre la base del abuso de un *poder político* intangible: un atajo mental de demonización en la edificación de un *verosímil* construido por estos novedosos fenómenos de la *multimediación mediatizada* que el *poder real* alimenta en la sociedad.

Las mismas condiciones y gramáticas de producción, circulación y reconocimiento dentro de las que actúan poseen un caudal y una velocidad que comprometen los procesos de racionalización y discernimiento. Una *jouissance* gozosa que juega a una precaria homeostasis, especialmente alimentada, procurando generar efectos de “sentido” que procreen horror, ese impacto elemental que genera *le petit scandal*, propio de las llamadas de atención circunstanciales. Esta misma línea magnifica una supuesta “red de tráfico dedicada al robo de órganos o sangre”, lúgubres complementos de un escenario montado por exageraciones sin pruebas, para que se produzcan tales efectos de “sentido”, donde lo que se observa y comprueba es un grave deterioro del “principio de realidad”. *QAnon*, por ejemplo, difundió la existencia de una cúpula militar que, de manera encubierta, habría elegido a Trump su “portavoz”, para la jerarquizada tarea de “purificar” la nación. También alertó sobre una “conspiración global” para perjudicar al pueblo norteamericano. En suma, ideas alocadas que erigen “verdugos voluntarios”, esos que vuelven indispensable a una sociología política del conocimiento para la sociedad de masas, sensiblemente vacante.

Más allá de su aparente novedad, estos fenómenos de masas sí poseen antecedentes. Las ideas conspirativas han sido instrumentadas de largo. Cabe recordar las campañas nazis contra las minorías raciales y antisemitas, que también alcanzaron a los pueblos eslavos. Ahora bien, no se agotan en el nacionalsocialismo, ya que de manera histórica los “chivatos” al pueblo judío se retrotraen al medioevo medio: las cruzadas, la peste negra, los sabios del Sion, su prohibición de acceso a las propiedades o al campo. Como hemos analizado, la fetichización técnica cobra credibilidad cuando se establece con firmeza un “sistema de creencias”. Por eso, cuando se habla de “gran público” y se desagrega a esa retaguardia menos politizada de la sociedad de masas, el estudioso se encuentra en ciernes. Viene a cuenta, realizar una forzada analogía.

6. Códigos secretos de un nuevo sistema de valores: “papas de la libertad”, pizzerías pornográficas y WWG1WGA

Luego del 9-11, George Bush Jr. invadió Afganistán e Irak. Francia no apoyó estas avanzadas militaristas unilaterales en Medio Oriente, que tampoco fueron avaladas por el Consejo de Seguridad de la ONU ni la NATO. Así, nació en EE. UU. una extraña iniciativa: la de cambiarle la denominación a lo que se conocían como “papas a la francesa”, las *french fries*, por “papas de la libertad”, *freedom fries*. Este incidente discursivo en apariencia trivial tiene raíces históricas. Las “papas a la francesa” fueron llevadas a Estados Unidos por los soldados de la Primera Guerra Mundial, que las conocieron en los frentes de batalla junto a belgas y franceses. Cien años después, una contienda política muestra hasta qué punto la semiopolítica del americanismo cala hondo en las prácticas cotidianas y deshistoriza cualquier Razón o raíz.

En 2016, el afamado incidente del “Pizzagate” alertaba sobre existencia de un centro industrial de pornografía infantil en una cadena de pizzas: un *efecto de verosimilitud* de una excepcionalidad insólita. La publicación de *WikiLeaks* de los mails de John Podesta, jefe de campaña de Hillary, hicieron famosa a la pizzería “Comet” e instauraron que era una fachada para el abuso infantil.

¿Cómo estos efectos de *verosimilitud*, bajo determinadas circunstancias, logran tener tan gigantesca y superficial masiva aceptación? La perspectiva semiopolítica señala cómo estos aspectos imprevistos de la comunicación política, bajo la presión neoliberal y los contextos “barrosos” que la constituyen, adquieren inesperada entidad. El neoliberalismo podrá ser ramplón; pero, en su utilitaria e instrumental indiscriminación analítica, por su efectividad, debe investigárselo en su capacidad de atravesar tantas barreras socioculturales.

¿Cómo opera el neoliberalismo? Posee un envidiable funcionamiento integral en el que se conjugan no sólo sus “componentes” de identidad capitalista en lo económico, sino también determinaciones políticas y socioculturales en variadas regiones geográficas de la “sociedad civil”. Su coerción coacciona hacia el interesado destino con que se saben instrumentar los “sistemas de creencias” preexistentes, con sus prejuicios, anteojeras y sinrazones que, incluso operativamente, acentuaron en el pasado sus ejes dentro de otros énfasis. Genera un irresistible plano inclinado que arrastra a los inadvertidos a crear consensos sociales que sostienen envidiable capacidad para mantener la cohesión, aun cuando sus posiciones sean retrógradas, casi se diría que, muchas de ellas, difíciles de sostener frente a los efectos duraderos por el que transitan en el tiempo sus políticas.

En este mundo en el que prima un SIyC rápido y superficial, con un severo desmedro del discernimiento y la racionalidad a favor de “posiciones” emocionales, afectivas y de apego a forzadas “identidades”, su éxito reside en que tal “sistema de creencias” se encuentra modulado a bajo costo y, además, debilita las capacidades de “registro” y “memoria”, generando un clima de sospecha y complicidad. Su resultado son incógnitas cerradas, propias de sociolectos asentados en giros y modismos particulares que sólo se identifican en saberes previos de iniciados. Las denominadas “Pistas Q” se expresan a través de acertijos, adivinanzas, presunciones abiertas, con cierres dentro de una mentalidad de endogrupo, propia de prevenidos usuarios, quienes se convalidan atesorando Información, al cobrar “identidad” e identificaciones a partir del conocimiento “coherente” sólo acopiado en el acervo patrimonial de su “sistema de creencias”.

De allí la desconfianza a una sumatoria de casualidades. En general, difícilmente las cosas sean exitosas y efectivas porque sí. Aunque no se descartan las “situaciones” azarosas, en un mundo tematizado por la “contingencia radical”, la casualidad nunca es azar puro. Habitualmente existen circunstancias que generan un *verosímil* que remite a la satisfacción de los grandes interrogantes históricos mal resueltos o forzados por el *poder*. Los lógicos deterioros de la *construcción hegemónica* del *poder* producen susceptibilidades que arrastran a juzgar con “otros ojos” lo vivido.

Con estas explícitas prevenciones acerca de un mundo sospechado, dominado por fuerzas subyacentes que no operan a la luz, lo ocurrido en los EE. UU. exige de un estudio pormenorizado. El juego de oscuridades e incógnitas producido con el ascenso de Trump exige descifrar un conjunto de hechos que no necesariamente cobran la entidad de ser acontecimientos. Vistos de manera retrospectiva, poseen fuerte significación, al parecer o poderse asimilar a un “juego de complicidades” que se fue consolidando en un gradual y lateral proceso de convalidación de un “sistema de creencias”. Si se las juzga de manera individual, hubieran caído en “saco roto”, no sólo por improbables, sino por inadmisibles. Sin embargo, como vengo demostrando, son parte de un “hilo invisible” o, mejor dicho, de una soga de acero.

Cuando un proceso multiplica sus practicantes, propaga acumulación, almacena y atesora, merece cobrar “registro”. Todo “sistema de creencias” produce creyentes, más cuando brindan “imaginaria” satisfacción a necesidades básicas insatisfechas. De allí que el efecto de “sentido” “Q” haya sido eficaz, efectivo y enérgico en brindar *respuestas*. Logró establecer, acumulativamente, instancias de construcción de una “identidad”, de un “nosotros”, como

cuando se potenció en derredor de la consigna “Adonde Va Uno, Vamos Todos”, consolidando un “imaginario” sólido. En ese “nosotros” nace un proceso colectivo para esta tan sinuosa arquitectura política. Tal inicial y precario “nosotros” se fue fortaleciendo y transformando en un tortuoso instrumento político de articulación precaria, aunque segura, que se completaría, perfeccionándose, a través de varias interpelaciones: *Patriots*, *Patriots on Guard*, o *Patriots in control*. Se trata, en suma, de nociones con una fuerte inclinación a una creciente vacancia de *representación política y social* colectiva.

Tal consistencia se la debe asociar a algo que no resultaba generalizable para aquellos horizontes: el de una actividad militante que procure satisfacción ético-política a un invisibilizado malestar masivo. La asunción de una política activa, que buscó protagonismo, erradicó la pasividad negativa y asumió abierto desprecio por lo instituido hacia esa insensible neutralización sembrada por esa tan estudiada *acción* apaciguadora del DCN. De esta manera imposible de prever, se construyó un “código”, que deviene en un sociolecto de iniciados. Esta construcción va cobrando coherencia y sistematicidad en función del obrar una mecanización dentro de una política que ya se encuentra sometida a una dinámica de *militarización*. Bajo una nueva *forma*, logra consolidar a ese “nosotros” alternativo que sí brinda *respuestas* comprometidas a ser Verdaderas, efectivas y tangibles. Una apertura a otros horizontes de fe para otro futuro, con nacientes ángulos que permitan superar la consabida cristalización de la vieja política, que sólo augura nuevos y mayores *empobrecimientos*.

Ese “código” en construcción posee ordenadores clave, como el significante mayor “POTUS” —acrónimo de *President of the United States*— que el sociolecto *QAnon* usa para aludir al “Jefe”. O la descalificación con la sustitución de las iniciales de la denostada Hillary Clinton por “HRC”. En su lógica, este discurso se ha de ir consolidando en pasos sucesivos hacia la búsqueda de la ansiada redención que se sustanciará ni bien se haga justicia con el logro de respetar la genuina “voluntad” de la gente. De esa Verdad anhelada y la esperada cadena de arrestos de quienes supieron “traicionar”. Aguardan ese día triunfal de la gran “Tormenta”, de esa “Tempestad” que habrá de dividir las aguas y abrirá su paso al “Gran Despertar americano”. A partir de ese *The Great Awakening*, se asegura que no habrá más *Sleep No More* y que, inexorablemente, el *Change is Coming*.

En todas estas interpelaciones resulta evidente la incidencia del *marketing* político moderno y la colaboración de servicios y agencias. Poseen recursos similares a fuerzas tan disímiles como Unidas-Podemos en España o, en la Argentina, las distintas variantes de

Cambiamos —Juntos por el Cambio, Todos por el Cambio, etc.—, que recurrieron a cadencias publicitarias similares. Ésta es una cadena asociativa ligada a otra “concepción de la política”, asociable a la *acción directa*, que cobra otra *militarización*, que uniformiza diversidades y advierte sobre los diversos intentos distractivos. Aquellos “fuegos de artificio”, en EE. UU., distraen de la lucha trascendente por el triunfo final, asegurado con citas de señuelo juveniles, como *Enjoy The Show Q*. Invitan a la participación activa, al movimiento espectacular, en el que se demanda activar a los pasivos para su contribución en las *acciones* redentoras que llevarán al triunfo final. Se debe “Confiar en el Plan”, *Trust the Plan*, consignas laterales que aseguran una orientación, un camino, un rumbo asegurado que les permita ser garantía de éxito. Sí, existe un “plan” con objetivos estratégicos para el largo plazo, que depende de cómo se los acelere o retarde, de conformidad a la masiva participación de ese procurado “americano silencioso”, harto de ser embaucado. La construcción de una “profecía autocumplida”.

Sus “códigos” telemáticos se reiteran: D5, para el 5 de diciembre; GHWB, para George Herbert Walker Bush Sr.; o el afamado *Q’ Sent Me*, donde se pone a prueba el encolumnarse bajo una “identidad”, así como su masivo *We Are Q*. No son productos doctrinarios, tampoco un discurso plenamente político, tal como se lo concibe a ese género propio de la alta modernidad. Sin embargo, definen bien a sus enemigos: la camarilla del Estado profundo, aquella que “domina la voluntad y el alma” del pueblo norteamericano para traicionarlo. *QAnon* piensa que Trump es un “enviado de Dios” para la “salvación”. Una suerte de “redentor” que, desde las sombras, los apoya con guiños, frases codificadas, así como su defensa frente a la evasión y ausencia de condena a su accionar sedicioso. Un personaje libertador que realiza gestos y señales ocultas en el grueso de sus presentaciones públicas y tuits. Sin embargo, acorralado por una mayoritaria prensa opositora, Trump nunca hizo una aceptación abierta: “Yo no sé nada de QAnon”, dijo evasivo ante la cadena NBC. De cualquier modo, Trump también es un código porque, desde la “mirada” semiopolítica, su presencia y permanencia en el escenario político es parte de un sistema de valores y creencias.

El movimiento “Q” es experto en la búsqueda de “mensajes” codificados. Su número cabalístico es el 17, orden numérico de la Q en el alfabeto inglés. Donald Trump está colocado, entre sus más fanáticos, cual un nuevo Jesús. *WWG1WGA* (*Where We Go One We Go All*), 17, “Q” *The Great Awakening, The Storm is Here, Trust the Plan*, o su sensible consigna que supo brindarle gran masividad, la de “Salven a los Niños”, “Que los Niños sean Salvados”. Todo orbita dentro de la nueva vedette del siglo XXI: las redes sociales, “factor” esencial por su

carácter dinámico, insustituible, fundamental para una rápida comunicación, amén de lo suficientemente hiperbólico, con mensajes enfáticos y pleonásticos. Con tales interpelaciones se reanima la base de un ámbito local adormecido, porque el movimiento “Q” es una comunidad familiar de blancos. Se saludan entre sí, celebran las festividades religiosas, patrióticas y familiares. Logran restablecer esa comunidad perdida, que la vida impersonal, tan anónima del *Down Town*, los negocios o de los suburbios violentos, les sustrajo. Bregan por recuperar ese estado espiritual que la forzada modernización consumista ha adormecido. Esa suerte de Paz recuperada de una sociedad que se encuentra perdida, con un modelo de cultura urbana ajeno e implacable, propio de las décadas de declinación.

7. Enviados para la redención: un reflejo reactivo del dispositivo comunicacional negativo

CNN le niega su condición de *movimiento político*. Los señala parte de una gran conspiración, cercana a una secta, o a un grupo religioso menor, endogámico, de características infantiles, nacidos de Internet. *Where We Go One, We Go All!*, enfatizan con estos atributos. Resulta interesante que este fenómeno estimule el “pensar por ellos mismos” —*Question the Narrative, Thank for Our Freedom*—, una práctica impropia de la sociedad norteamericana. Sin embargo, la pertenencia al endogrupo parece otorgarles seguridad, alegría, optimismo, brindando sensaciones de positividad frente a ese mundo ajeno, caótico, pleno de negatividades del “afuera”. Una construcción defensiva frente a lo que, en su proyección, ciertamente se presagia, aquello que, hasta desde una perspectiva opuesta se admite: un mundo que vaticina un porvenir de mayores sufrimientos y tristezas, cuando no de muerte o decadencia de lo que se supo prometer que habría de ser “un mundo mejor para todos”.

La ausencia de perspectivas es un ingrediente que siempre ha de estar presente, taladrando la *cotidianeidad*. La misma idea del *NO FUTURE*, de décadas previas, ahora ha superado su matriz filoanarquista y punk, asegurando una contención de secta para iniciados con una cultura defensiva que les refrenda respaldo. De allí surgen fantasías cuales plantear que John Fitzgerald Kennedy Jr. se encuentra vivo; o que Hillary Clinton es una “bruja satánica”; o la expiación de Tom Hanks y demás. Entre las peculiaridades de este insólito movimiento social de nuevo tipo, se destaca la figura del “chamán” Jacob Chansley, ese *influencer* de *QAnon* que irrumpió dado su protagonismo en el asalto al Capitolio el 6 de enero. Chansley encabeza un liderazgo físico, con su prototípico gorro de piel de guardia fronterizo texano, a lo David

Crockett, aquel aventurero héroe popular de la frontera de “El Álamo”, con cuernos y torso descubierto. Todavía preso, se abroga de ejercer el liderazgo; dice no lamentar su lealtad a Trump, pero sí se muestra decepcionado por no haber sido indultado. En una entrevista al programa televisivo de la cadena *CBS This Morning*, lamentó haber entrado al Capitolio, asumiendo su error, pero reivindicó que tenía la intención de “traer la divinidad y a Dios de regreso al Senado”. Las autoridades dicen que el personaje ha sido una presencia reconocida en los mítines de Trump y las reuniones de *QAnon*. Una figura de las principales, una de las primeras personas en abrirse camino hacia el Capitolio, fotografiado con su lanza de dos metros de largo con una bandera de los EE. UU. atada por debajo de la hoja, “operación” que Anderson Cooper, periodista de la CNN, bautizó “Operación Ruisseñor”.

Es un error concebirlos un agrupamiento marginal. Al contrario, son emergentes de una grave anomalía de *representación política* estructural del actual sistema de sociedad neoliberal, agravado por la ingénita condición que posee la semiopolítica del americanismo: un modelo con identificaciones interpuestas, en el cual sus estereotipos impiden dar cuenta de que estos novedosos tipos de conflictividad no sólo se asimilen a *crisis* estructurales, sino a confusión sociocultural, problemas de “identidad” o fracasos personales. Establecen un bloqueo de la genética social de sus dificultades, imprevisibles para la acabada lectura bajo los *a priori* del americanismo. Se trata de un producto propiamente emergente de la conformación del DCN, dada su función vital de aplastante renegador.

Sin embargo, el SIyC no puede tolerar que “Q” es un reflejo reactivo de su imposición sin miramientos de un determinado “punto de vista” vertical y sin posibilidades de brindar *respuestas* más creativas o un acercamiento moderadamente solvente y certero a las realidades problemáticas. En su seno se aglutinan un conjunto diverso de sectores sociales. George Floyd fue un terremoto producido y expresado en lo que se entiende omitida lucha de clases al modo de cómo se enraíza históricamente dentro de la sociedad norteamericana. En estos días se reitera con la matanza en Atlanta, Georgia, como en los múltiples atentados criminales contra *high schools* o *colleges* universitarios.

Los oficiales de policía de Memphis sujetaron a Tire Nichols, un hombre negro de veintinueve años, y se turnaron para golpearlo y patearlo mientras suplicaba que se detuvieran, según los cuatro videos publicados por los propios funcionarios judiciales. Nichols murió en el hospital tres días después; los videos muestran la golpiza, una confrontación que empieza mientras todavía estaba en su vehículo, según las imágenes de una cámara de vigilancia que

usan los agentes de policía. De inmediato, los oficiales instaron a Nichols a salir del vehículo, continuaron hostigándolo con gritos y amenazas. Cuando yacía en el suelo, lo rociaron con gas pimienta, procuró huir y los policías lo persiguieron: “espero que le pisoteen el trasero”, gritó un oficial que quedó retrasado. Lo atraparon, lo sujetaron, mientras lo golpeaban con puñetazos y patadas, con una porra, continuaron rociándolo de gas pimienta, mientras se incapacitaba cada vez más. No existió abierta resistencia ni intento de contraataque; hasta en un momento invocó por su madre. Nichols se sentó apoyado contra el auto, mientras los policías lo rodeaban. Los médicos, al llegar al lugar, no atendieron a la víctima durante más de quince minutos. Fue llevado al hospital casi una hora después. Los videos no muestran por qué Nichols fue detenido por primera vez. Los policías afirman que había agarrado un arma de fuego; otro, que colocó la mano en su arma, cosa que no se registra en las grabaciones. Los agentes aducen que lo habían detenido por “conducción imprudente”, pero en una entrevista con la *NBC News*, la jefa de policía, Cerelyn Davis, expresó que su departamento no había podido encontrar pruebas sobre el porqué de la detención.

El asesinato de Nichols generó una mayor violencia cuando los manifestantes bloquearon el puente que une Arkansas con la carretera interestatal, procurando detener el tránsito. Lo relevante es que el escuadrón que reprimió esta manifestación fue uno especial de policías negros, disuelto *ipso facto*. El motivo de esta extensa réplica del acontecimiento es que esto resulta ser “lo normal”. Con ingenuidad, luego de los levantamientos posteriores al incidente del 25 de mayo de 2020 por el caso Floyd, cuando el pico de la rebeldía se sosegó, se entendía que comenzaba una nueva etapa de aplacamiento. Pero no, otra vez lo dicho: se trata de un problema estructural mal abordado, algo similar a una latente *guerra civil fría*.

La familia de George Floyd recibió 27 millones de dólares de resarcimiento por el incidente de Minneapolis. Aunque el sistema pueda “comprar” silencios, la “memoria” continúa funcionando. Esta misma conflictividad social preanuncia a una sociedad con señaladas “marcas” plutocráticas que nunca habrá de admitir su “compra” a través de su eje material. Tal resarcimiento económico obtura la insoslayable condición crítica con la instrumentación de ese potencial de “justicia” monetaria, se diría, angloamericana, parte esencial de su sociedad. Este es un *modo* socialmente aceptado sobre cómo el *poder* concentrado legitima su peculiar concepción de que “todos los hombres tienen su precio”, con sus respectivos estereotipos, y que ello pueda ser entendido “políticamente correcto”.

A la fecha de redacción de estas líneas, en lo que va del 2023, se produjo el tiroteo número doscientos en los EE. UU.: más ataques armados que días transcurridos. Un tiroteo masivo que, de acuerdo con el Archivo de la Violencia¹⁵², ocurrió, otra vez más, en una escuela primaria cristiana. El lunes 3 de marzo del 2023, en Nashville, Tennessee, el atacante asesinó a seis personas, tres de ellas niños, con un fusil AR-15, el más vendido en el país. Una de cada veinte personas adultas posee uno, lo que suma un total de dieciséis millones de unidades desperdigadas en la sociedad civil.

La salida de Donald Trump de la Casa Blanca, el 20 de enero del 2021, luego de su abierta resistencia a admitir la derrota, tuvo una larga serie de aseveraciones de acontecimientos magnánimos: promesas de denuncias, inminentes arrestos masivos, exposiciones ante una “opinión pública” a la que se le aseguraba futura redención. De esta manera, en un colmo de su estado febril, ya en la presidencia de Biden, bajo nuevas *formas*, se tomaron 17 medidas de emergencia, y ello, convalidado por la figura del número mágico, dio una expresión de continuidad al “sistema de creencias” del movimiento “Q”.

8. El fin del destino manifiesto: ¿el neoliberalismo podrá lograrlo de nuevo?

Aun sosteniendo la promesa de que el proceso de redención continúe vigente bajo nuevas *maneras*, la moralización “Q” resulta causa inexorable. La expectativa de que salgan a la luz documentos clasificados, si bien se ha ido evaporando y forma parte de una larga serie de promesas y certezas derrumbadas, era esperable, fruto de su frágil modelo de comunidad de nuevo tipo basada en establecer una circulación de la Información asentada en sociolectos sometidos a códigos. No es serio que persistan, y tampoco que desaparezcan, sin más, aquellos movimientos que cobraron notoriedad y algún grado de organicidad, aún en su diversidad, sobre todo cuando han logrado estar en las tapas de los principales *media* del mundo entero. Sí se observa una retracción, debido a su lectura voluntarista, una gradual desaparición por decepción, una erradicación de las portadas y el crecimiento de su censura.

Estas causales de declive tienen más que ver con la decepción de expectativas que con un descarte político-ideológico de sus “sistemas de creencias”. Se sembró una retaguardia extensa, seguramente, hoy, diezmada. Peor aún, también se entiende que Trump realizó las cosas lo suficientemente difíciles, con sus consabidas maniobras de polarización, y que el 6 de

¹⁵² EURONEWS, de su sede en Inglaterra, difundido por el Canal 26 el 27 de marzo de 2023.

enero no resultó ser la esperada maniobra exitosa que su espontaneísmo decisionista previera. Más aún, resultó ser, en términos parciales, hasta contraproducente, al generar imprevista y predispuesta reacción política e institucional. Pensar que su figura desaparecerá por descarte es similar a la inhabilidad de comprensión sobre la naturaleza de este tipo de fenómenos, basados en rezagos socioculturales de significación que no suplen lecturas instituidas y sorprenden con sus enérgicos efectos inesperados.

Se hablaba de una retaguardia extensa, pero también, de una base social heteróclita: su ramificación es el producto de una fragmentación y resegmentación no estudiada. Si a ello se le suma lo dicho, tal polarización inducida, lejos de simplificarse, se complejiza. A la señalada paridad de fuerzas al interior del sistema de partidos, se le agrega la comprometida “situación” por el potencial de *derrumbe* de su monopolístico eje cambiario del sistema financiero comercial internacional, la pérdida de valor del dólar, el eje euroasiático, las *crisis* sanitarias pospandemia, el crecimiento productivo industrial del extremo Oriente, la posible desagregación del universo conocido Europa Occidental y de la NATO, la incoordinación en los esfuerzos de guerra y omisiones en la cesión de material bélico e infraestructura, junto a las ulterioridades provocadas por las consecuencias imprevistas de retracción tras la guerra en Ucrania.

Es válido pensar que el futuro sea menos auspicioso que aquel pasado del tránsito de la posguerra a la primera fase de la *economía global*: lo atestiguan el clima de sospecha y las desconfianzas entre aliados respecto de la tutela de los EE. UU. del bloque occidental, el duro “sapo” de Nord Stream, la fragilidad del marco unitario en una UE que se sabe vulnerable, una China con prioridad comercial con más de ciento cuarenta países del orbe que parte en punta, un déficit presupuestario de más de treinta mil trillones de dólares al borde de la cesación de pagos estatales. Todo esto exige de un esfuerzo hacia el frente interno difícil de asumir para contrarrestar una perspectiva de inseguridad que multiplica la incertidumbre. Si bien Joe Biden asumió de manera inicial con un infrecuente alejamiento del *neoliberalismo progresista*, tomando medidas neokeynesianas, tales decisiones generaron inflación y la crítica de los sectores más concentrados que le exigirán a los EE. UU. un esfuerzo supremo para su superación, pírrico por sus consecuencias y reacciones en los socios que le brindaron inicial soporte.

Los Estados Unidos de hoy expresan perceptibles síntomas de vulnerabilidad y fragilidades en áreas que, durante décadas, tuvieran primacía. Para colmo, el ciclo de promesas y predicciones alentadoras pareciera extinguirse y, desde sus extremos sociales, la temperancia

y la paciencia tampoco parecieran, frente a este mundo de urgencias, extenderse *sine die*. El potencial de reflujo y el fantasma cierto de la temida recesión estructural están allí. Seguro que no será una caída a pique; sí tendencias, síntomas de una temida decadencia que parte de una realidad que ya no se puede sostener, y con ellas la irrupción de rebeldías y signos de intolerancia. Pero las circunstancias y los éxitos logrados tampoco son pocos, para un mundo inexistente décadas atrás.

La carrera armamentista, la Inteligencia, el predicamento en materia de seguridad y defensa, la IC, los niveles de influencia en los centros financieros y grandes organismos monetarios internacionales y crediticios, y, sobre todo, la realidad de poseer la irreductible cuarta parte del mercado de consumo mundial ante la vigencia del *american way of life*, cual modelante social de proyección universal, resultan no pocos recursos para sortear un panorama que, de por sí, muestra perspectivas oscuras.

El extremismo antigubernamental continuará porque el distanciamiento social entre *winners* y *losers* dentro de su sistema de sociedad se ha vuelto irritante, y no resulta buen síntoma que no sean las políticas estatales los grandes ámbitos regulatorios del Estado, los canales previstos que determinen quiénes habrán de regular el SIyC, y que lo hagan *de facto* no la NSA¹⁵³, ni demás agencias estatales y paraestatales, sino los particulares en función de circunstancias específicas y concentración de intereses: Twitter, Instagram, Facebook, Google, Amazon, Microsoft y demás. Son sólo algunos síntomas del privatismo desatado, registrado con su desgranamiento y autonomía en el usufructo del *poder* privativo de una “sociedad civil” orientada a través de tantos variados y poco sistematizados canales abiertos. No habrá retracción espontánea; la “situación” le exige a la política una ubicación más plena en la vida cultural, tecnológica, económica y social.

Con el actual “cuadro de situación” mundial, ¿se podrá mostrar solvente la respuesta neoliberal? ¿Podrán seguir sosteniendo las sociedades una proyección hacia adelante con el mismo funcionamiento, tal como lo supieron hacer hasta el presente? Así como han sido efectivas las mentiras en el pasado reciente, ¿qué ha de suceder con una *cotidianeidad* mundial

¹⁵³ NSA: La Agencia de Seguridad Nacional (*National Security Agency* o, por sus siglas en inglés, NSA) es una agencia de inteligencia a nivel nacional del Departamento de Defensa de los EE. UU., que coordina a todas las otras centrales, bajo la autoridad del Director de la Inteligencia Nacional. La NSA es responsable del monitoreo, recopilación y procesamiento global de la información y datos para fines de inteligencia y contrainteligencia nacionales y extranjeros, y está especializada en una disciplina conocida como inteligencia de señales (SIGINT). La NSA también tiene la tarea de proteger las redes de comunicaciones y los sistemas de información de Estados Unidos.

en la que ya no surtan efecto los desplazamientos de las *crisis* para más adelante, nutridas por una IC y un SIyC adiestrados a sustentar construcciones “imaginarias”, ensueños y fantasías, ilusiones, confusiones, tergiversaciones? Un nuevo dispositivo está en ciernes mientras escribo estas páginas.

¿Podrá el “gran público” seguir pensando que la realidad es un producto de múltiples casualidades? O ¿habrá de reaccionar ante la ausencia de efectividad e incumplimiento de las promesas e históricas expectativas de superación que se prometieron desde fines de la Guerra Fría? Si bien es cierto que los factores de *poder reales fácticos* y el DCN desalientan protagonismos, ¿la supervivencia de la humanidad podrá desimplicarse de los problemas económicos, de sobrevivencia, de existencia, sociales, sanitarios, culturales, políticos?

Liberarse de Trump o de emergentes tales como el movimiento “Q” es un atajo. Un análisis externo que desdeña sus problemáticas complejidades sociales y omite su debido “registro”. Tal análisis naturaliza haber consumado la lectura del *ascenso neoliberal* cual un “talibán” de la “sociedad opulenta”, para ganarse un espacio propio. Así, se desatienden las asimetrías desigualitarias que le imponen al mundo y al seno de sus sociedades. Existe un peligro cierto de que dichas asimetrías, a derecha e izquierda, no le brinden las garantías de peligros latentes de locura, violencia y fascismo que traen de arrastre los EE. UU., resultando aspiraciones “ciegas” de regreso a una ansiada “vuelta para atrás” de la Historia: la sociedad pre hobbesiana sin las garantías de un “contrato social” realmente vigente, no declamativo.

Para ello se debieran desenmascarar una larga serie de prejuicios ancestrales y análisis *supremacistas* etnocéntricos, que impiden despejar la paja del trigo. El incidente del 6 de enero del 2021 no ha sido el arrebató de locura de un grupo extremista. La estereotipia del *New York Times*, *Washington Post* y la CNN resulta sorprendente e inquietante. Se trata de una pobre lectura tan poco creativa que no les permite extraer lecciones solventes sobre lo vivido. Nada les ayuda a reflexionar más allá de una mecanización de lo evidente. Les obnubila la casuística, no existe reflexión de segundo grado. Nadie se encuentra en posibilidad de asociar la génesis sobre fenómenos tan diversos como *Black Lives Matter* y *Qanon*. No logran colegir un incidente aislado en el que “escuadrones de la muerte” recorren amenazantes los pasillos del Capitolio a la búsqueda de masacrar “corruptos y enemigos del pueblo”, y asociarlo a una problemática seria y real sobre la existencia de severos problemas en la vida democrática de su nación. Tampoco consiguen comprender por qué Trump “pensó”, desde las sombras, auspiciar tamaña movida, y que ello no habría de afectar sus relaciones con buena parte del PR, así como —más

grave aún— con el grueso del sistema político e institucional norteamericano. No asocian con el americanismo este episodio grotesco típico de las malditas “repúblicas bananeras” o de sus ilustres “países de mierda”.

El 6 de enero del 2021 resultó ser un episodio único y singular en la historia de los EE. UU. Se trata de un epifenómeno que no debe ser soslayado por la gravedad de sus *crisis*. Hasta un sector republicano pensó que “se había ido demasiado lejos”. Una idea equivocada, ya que aún con disidencias menores, buena parte de la bancada republicana sigue brindándole parcial apoyo al expresidente. Peor todavía, existe un renacimiento de la belicosidad auspiciada por el trumpismo. Se restablece el modo salvaje de convivencia entre el Senado y un poder ejecutivo siempre cuestionado, premonitoria reconfiguración de aquello que, cuando el mismo *ascenso neoliberal* de los ochenta, enfrascó a la vida institucional norteamericana. El apoyo a Trump, hasta por un problema de supervivencia electoral, continúa. No se puede colegir que ha aumentado, pero sí, por la propia intensidad de sus seguidores, se asegura que no ha menguado. Es un vaticinio de mal agüero, ya que emerge del propio juego de tendencias de la coyuntura y de la fase política, que articula con el largo historial de la sociogénesis del *poder* del Estado norteamericano.

CONSIDERACIONES FINALES

SOBRE TODO AQUELLO QUE YA NUNCA HA DE ACABAR, O QUE PUEDA FINALIZAR COMO UNA “ERA DE LA EXTINCIÓN”

“... tecnologías no inocentes, pero mudas linotipias, muchas veces silenciosas sardónicamente ante la
vocinglería de las multitudes y las armas”
Horacio González

“Siempre se debe preferir la acción a la crítica”
Franklin Delano Roosevelt

“Cada uno está plenamente convencido de la verdad, de lo contrario no haría ninguna pregunta”
Charles Sanders Peirce

“La catástrofe es el elemento vital y el modo normal de existencia
del capital en su fase final”
Rosa Luxemburgo

1. Construcción del concepto “semiopolítica”

La construcción de la semiopolítica es el producto de una configuración problemática. Se la reconoce al interior de la noción *semio*, originada dentro del concepto de *signo*, esa cosa que bosqueja *representar*, y que posee la potestad de hacérselo “saber” fraguando su urdir al afectar dicho *entender* a otra. Tal condición comprende una connatural intervención de la sociología del conocimiento —con su siempre imperativa y axiomática mediación obligadamente política, ya que siempre implicará una vinculación simbólica dentro de las relaciones de *poder*— con compromisos con su otro campo yuxtapuesto, el de la semiótica.

La semiótica está destinada a comprender cómo se articulan los procesos de significación en sus dos planos analíticos: el de la lingüística y el de la teoría del conocimiento. Con su peirceana división del *signo*, toma en cuenta su triple relación: consigo mismo, con el objeto al que alude y con su interpretante —“ícono”, “índice” y “símbolo”—. Afín con esta *visión* semiopolítica, a lo largo de este estudio indagué cómo repercuten los “impactos” que se producen con estos fenómenos. Me refiero a esos grados y vías de incidencia en las masivas *representaciones sociales* que hacen a la constitución de las “subjetividades” a partir de los discursos, esa ineludible instancia mediadora entre la *lengua* y el *habla*, liberada de toda contingencia. Así, he analizado ese discurso que Roland Barthes distingue cual *discurso del*

poder, aquel que dispone de las *culpas* y *culpabilizaciones*¹⁵⁴, cuando se indaga sobre los porqués de estos *significantes*, y no de otros —prejuicio del invariante referencial— que adjudican determinados *significados* nada ingenuos a los procesos de significación social.

Eclipsada la lectura positivista del *fifty-fifty* entre *significante/significado*, me nutro de la lacaniana observación de la “primacía del *significante*” que supedita cualquier significación, al no ser un fijo ícono estático. No existe Razón para que, en el mundo de hoy, esos hechos, las cosas, los procesos, los acontecimientos, se los conciban como “naturales”, cual si fueran productos de relaciones ordinarias y usuales, ni que posean entre sí “semejanza” analógica alguna. Para la semiopolítica, aún más lo Real *sígnico*, es el producto de una realidad material.

Con los atributos e ingenuidades propias de aquella inicial lingüística, al *signo* se le brindó la propiedad de ser “arbitrario”. Ahora bien, lo que aquí se ratifica y le brinda sentido a la semiopolítica, es que nunca se simboliza un *algo* de *forma* “neutra”; hasta las onomatopeyas adquieren singularidades en cada una de las *langues*. El origen latino del concepto *signo* construye su pertinencia en esta propuesta, al resultar un acercamiento de crítica social al *objeto de investigación* discursivo. La noción de *signo* procede del latín *signum*, tomado cual *indicio de algo*. De ese *algo* distintivo que los diferencia, al ser una expresión de alguna insignia que sabe “marcar”. De esa “huella” que debe ser escrutada al concebir que sea una *seña* o *señal*.

No hay dos sustancias que posean similares atributos, aseguró Baruch de Spinoza, al tomar distancia de la lineal y dominante concepción aristotélica-cartesiana. Por su origen latino, *signo* deriva de su raíz indoeuropea “*sekw*”, una inferencia de lo que esta semiopolítica distingue: *las relaciones de poder*, aquellas que establecen “sistemas de creencias”. A esa malla ordenadora que, de hecho, funciona cual colchón *significante*, que se refiere a *algo*, a una idea, a una cadena asociativa conceptual que indague ese *algo* en esta línea etimológica latente. Aquella que invoca rutinarias consecuencias a partir de ritualizadas *prácticas discursivas*. La semiopolítica repara sobre esta poco advertida e inexplorada *comunicación humana* que posee tan política significación social. Ella se hace rutina al naturalizar sus condiciones de producción, circulación y reconocimiento estandarizadas bajo una sólida *construcción hegemónica*.

El sobreviviente a este esfuerzo de lectura del rompecabezas que he tramado habrá sabido advertir que este alegato es un artificio. Se habla de semiopolítica cuando se profundiza

¹⁵⁴ Roland Barthes, *Lección inaugural*, de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France pronunciada el 7 enero de 1977, trad. Oscar Terán, México, Siglo XXI Editores, 1993 (1982), p. 118: “Llamo discurso de poder a todo discurso que engendra culpa y, por [lo] tanto, la culpabilidad de quien lo recibe”.

un eje de base impulsado desde lejos: la teoría crítica de la ideología. Dado el señalamiento de sus *crisis* y defunción, he procurado una reconfiguración sobre sus posibilidades de “registro” y “memoria”, cuando lo que se encuentra en *crisis* es un *aparato categorial* puntualizado con esta crítica *avant la lettre* y a sus *ethos*: los mundos académicos e intelectuales de influencia, así como sus condiciones y gramáticas de reconocimiento informativas y socioculturales para un “gran público” abrumado por privilegios y franquicias brindadas al discurso neoliberal. Como lo reveló Eduardo Grüner: “sin el marxismo no se puede pensar, pero con el marxismo solo no alcanza”¹⁵⁵; así, este trabajo ansía realizar un aporte creativo en busca de regenerar una *acción* convergente en el intento de abordar las nuevas complejidades del mundo de hoy.

La semiopolítica del americanismo comprende la tarea de evaluar los “supuestos” teóricos y conceptuales de la semiopolítica. Reflexiona sobre cuánto se han distanciado las disciplinas científicas de los “factores” ciertos que supieron constituirse en realidad política y social. Cómo de tal soslayo, dejadez y evidente sustracción, se han envilecido los *análisis políticos*. Un Real que es el producto de una indómita evolución tecnológica, que allana las nada manifiestas ilusorias relaciones “imaginarias” en proporción a la reciprocidad de ese vínculo con el *poder*, que resulta ser omitido para una buena parte del “gran público”.

Es posible entender, en su convergencia con tal Real, la creciente multimediación, inducida por sus monopólicas condiciones de reconocimiento de una realidad socialmente constituida para la fragmentación y consecuente dispersión en una multiplicidad de discursos sociales con relación a su progresivamente sabia mediatización fraccionada. Se trata, como he procurado demostrar, de una sobredeterminación que tolera un desigual surtido de “registros” menores, no siempre calificados, que conllevan, sin mayor previsión, a una fuerte subordinación a condiciones de reconocimiento preconstituidas, y que se deben enfrentar a las contingentes complejidades de un mundo de hoy poco reconocible y de más que difícil común “identidad”.

Este cuadro de complejidad se agrava por la ausencia de una sociología del conocimiento rigurosa, la retracción de la teoría de la ideología a un círculo minoritario o el de quedar atrapados en los sentenciosos testimonios descriptivos de una *jactanciosa injerencia filosófica*. La semiopolítica aporta para “descentrar la idea moderna de un sujeto constituido

¹⁵⁵ Eduardo Grüner: “Sin el marxismo no se puede pensar, pero con el marxismo solo no alcanza”, *Télam* 29/12/2021, entrevista por Nicolás Mavrakakis, <https://bit.ly/3q8vwBu>.

que se concibe como garantía, causa y origen del significado, del mundo o de la historia”¹⁵⁶. Así, permite transitar desde “la cuestión del sujeto a la del ‘sujeto en cuestión’”¹⁵⁷, para alejarse de la constitutiva omnipotente y fundante “subjetividad”, que presuntuosamente pretende reflejar cual si fuera un acto del autoconocimiento personal dependiente de áreas como la conciencia, el sujeto trascendente, la experiencia subjetiva o la certeza sensible.

La semiopolítica aborda cómo los “factores” *reales* de la dominación reconvierten, en su *construcción hegemónica*, para este caso con la emergencia del gramsciano americanismo, la evolución de los paradigmas científicos y sus elaboraciones. También permite hacer carne el grado de primacía que posee el discurso neoliberal, que obtura toda otra lectura, dadas sus insolubles ventajas comparativas entre lo que se pudiera interpretar lenguaje y realidad.

Martín Kohan trabajó la evolución del concepto de *teléfono* que, vía el capitalismo digital, produce una diversificación de funciones imposibles de asociar hoy a su inicial objeto de comunicar a la distancia¹⁵⁸. El *teléfono* ha devenido una puerta de entrada para establecer otra *comunicación*, funcional con la nueva hegemonía que usufructúa los cambios tecnológicos que inciden con eficiencia en los patrones de la dominación. La transmisión oral supone un *cara a cara*, el compromiso de colocarle el cuerpo. Ya Freud aseguraba que la llamada telefónica instantánea, aquella que habría de comunicarnos con las antípodas del orbe, no aseguraría ninguna mayor felicidad¹⁵⁹. ¿Qué pensaría de esta “actualidad” del mundo de hoy?

La señalada construcción de “la actualidad”, la de la industria informativa edificada al efecto, confluye con la perspectiva semiopolítica, a ojos vista, dentro del DCN, generando transformaciones sustantivas que sólo merecen fascinaciones, tremendismos, indiferencias o irreflexiones. De este modo, languidece una noción plena, humanizante y realista de la *comunicación* dentro de ese amplio abanico establecido entre las apologías tecnologizantes y su condena política. Una *comunicación* en telegrama, tipo Twitter o WhatsApp, sin una debida carga valorativa *negativa*, ha hecho que todo sea fugaz e impersonal. O peor aún, ha alterado el

¹⁵⁶ La definición corresponde a Gustavo Matías Robles, un acabado especialista en Theodor Adorno, licenciado en Filosofía de la UNLP, magister en Historia y Memoria y doctor UNLP, investigador del CONICET, miembro del Centro de Investigaciones en Filosofía de la FAHCE de la UNLP.

¹⁵⁷ Idea formulada por Pedro Karczmarczyk, profesor, licenciado y doctor en Filosofía de la UNLP, investigador independiente del CONICET, reconocido especialista en Filosofía de las Ciencias Sociales, centrado en la problemática de Crítica, ideología y juegos de lengua en el Centro de Investigaciones en Filosofía de la FAHCE de la UNLP.

¹⁵⁸ Martín Kohan, *¿Hola? Un réquiem para el teléfono*, Buenos Aires, Godot, 2022.

¹⁵⁹ Sigmund Freud, “El malestar en la cultura”, ob. cit., p. 3017.

hecho de hablar-escribir-leer, en el sentido de una *acción comunicativa*¹⁶⁰. Siguiendo la máxima de Borges (“uno [es] el producto de lo que lee”), tal condición discursiva genera que su merma también afecte a las condiciones de razonamiento, comprensión, reconocimiento y memoria.

El señalado *empobrecimiento* de este tipo de *comunicación* implica vínculos sociales secos, carentes de rostros y de “miradas”. Una privación en la irradiación de los sentimientos profundos y de las señales propias de la intimidad. Una erradicación de la confianza, el sometimiento a una credulidad impuesta, ajena a cualquier tipo de Verdad convincente, que posea una tangible corroboración en los hechos. Esta modificación sustancial en las *formas* sobre cómo se constituye el “sujeto” de discurso nos aleja de aquella “liberación” prometida.

Hemos visto que la semiopolítica del americanismo se manifiesta en una sociocultura que capitula a toda *otredad*, depositándola hundida en el conferido innatismo de la criminalidad. Un estigma que va más allá de historias personales, tradiciones e inserción social, pues parte de una construcción que instrumenta su promesa de invocar al “sueño americano”. Se trata, en definitiva, de una esperanza desplazada a mistificaciones, a efectos de “sentido” tangibles, como los de su consabido ritual sociocultural al matematizable IQ: ese mitificado “cociente intelectual” puro a-histórico, sin perspectiva de ubicación social, psicológica ni subjetiva.

2. Semiopolítica del americanismo, “componente” cautivo que penetra en la vida social y preanuncia un nuevo derrumbe

En su confluencia con la cosmovisión neoliberal, la semiopolítica del americanismo “corrió las fronteras”¹⁶¹ hasta estrangular lo prometido por su discurso social de posguerra, tal como aborda el capítulo 3. Se trata de un discurso orientado al enfrentamiento de contruidos bloques, dentro de los propios necesarios “supuestos” instrumentales de la Guerra Fría. Tal construcción reflexiva brindó los insignes “valores” socializantes que le permitieron ir “armados” a una confrontación con la promesa de absorber a la cuestión social que no se encontraba resuelta. Tal *construcción hegemónica* se ordenaría, como señalé en la Introducción, con una reconstrucción “imaginaria” de un bloque occidental basado en ese concepto de Libertad que dejase la asimilación de sus promesas de *distribución y reconocimiento*.

¹⁶⁰ Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa. Tomo I: Racionalidad de la acción y racionalización social. Tomo II: Crítica de la razón funcionalista*, Barcelona, Editorial Trotta, 2018: “La acción comunicativa es la interacción entre dos sujetos capaces de comunicarse lingüísticamente y de efectuar acciones para establecer una relación interpersonal”.

¹⁶¹ Al decir del ya invocado corrido mexicano de los Tigres del Norte: “Somos más americanos”.

La reconstrucción impulsó a una *visión* simplificada, *infantilizante* en la lectura de los conflictos graves, sean sociales, políticos o militares, que instalaron al americanismo cual eje articulador de los “valores” trascendentes. Una suerte de “Liga de la Justicia” en la defensa del derecho internacional, la democracia y los principios de su lectura del “mundo libre”. Los EE. UU. de América se presentarían de esta manera el aceptado gendarme de la defensa democrática contra organizaciones cual KAOS, Skeletor, Munra y Lex Luthor. Frente a la complejidad del mundo de hoy, sugiero que han ido malgastando sus naves de credibilidad nacidas en la señalada utilización instrumental del comunismo, luego extendida a cualquier enemigo propio, adjudicándoles proyección universal, aquella creada por la inicial CIA para el ya visto golpe de Estado de Guatemala contra el presidente Jacobo Árbenz (1954).

El artefacto del DCN genera sentimientos arraigados. Ha llevado a que un nuevo protagonista de lo que en el pasado tenía implicancia intelectual —escritor, ensayista, pensador, filósofo o académico— haya pasado a formar parte de un nuevo desempeño multifunción asociado a sus intereses concentrados llamado *periodismo*. En aquel pasado, su cometido era el de un escriba rentado apasionado por la liberal Razón decimonónica. De Emile Zola del *J'accuse* para el caso Dreyfus, orientado a la denuncia sobre los abusos del *poder*, a este sicario telemático, portavoz rentado de los intereses del mercado o de los *poderes reales*, de una estandarización desapercibida¹⁶². Así, han logrado establecer una “guerra mediática híbrida”¹⁶³.

La semiopolítica del americanismo parece desnudar eso que el americanismo posee: el propósito de hacernos vivir dentro de lo que se denomina el “corredor de la muerte”. Esa sección de la prisión donde se encuentran las celdas de los individuos a la espera de su ejecución. Este vocablo también designa al tiempo que se tiene a la espera de su ejecución (“estar en el corredor de la muerte”). Traigo a colación la afamada película multipremiada de la novela de Ken Kesey, vista por todos *One flew over the Cuckoo's Nest*, traducida como “Atrapado sin salida”¹⁶⁴.

¹⁶² El grupo musical argentino Soda Stereo, en apariencia distante de bandas más políticas como Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota o la Bersuit Vergarabat, amén de su literal “Sobredosis de TV”, en los postreros noventa promovió al éxito otro tema popular: “Nada Personal”: “Comunicación sin emoción / Una voz en *off* con expresión deforme / Busco algo que me saque este mareo / Busco calor en esa imagen de video (...) Ella no puede pensar, está aburrida / De tanto simular cayó dormida / Busco en TV algún mensaje entre líneas / Busco alguien que sacuda mi cabeza”.

¹⁶³ Fernando Buen Abad Domínguez, “Guerra mediática: No la hemos entendido”, *CubaDebate, por la Verdad y las Ideas*, 30/12/2022, <https://bit.ly/42WTIWL>.

¹⁶⁴ Novela ambientada en un hospital psiquiátrico en Oregón. Fue escrita en 1959 y publicada en 1962. En 1975 se realizó una adaptación cinematográfica que ganó cinco premios Óscar. La revista *Time* incluyó la novela en su lista de las 100 mejores escritas en inglés entre 1923 y 2005. Fue adaptada a una obra de Broadway por Dale Wasserman en 1963.

Aún con sus silencios, omisiones y soslayos, el SIyC utiliza un lenguaje cuyo discurso brinda contenidos manifiestos, siempre útiles para sus intereses tácticos y estratégicos. Se sabe hacer entender con los más mínimos y adecuados esfuerzos, a través de sobreentendidos e implícitos, que generan resignación e impotencia ante la posibilidad de cualquier reacción hostil. Para ello, se vale de una irregistrada evolución tecnológica material que le permite poseer una constante actualización de avanzada que consiente complementar su discurso de *poder* al que sabrán acatar y someter actores y sujetos, interpelados desde “posiciones” que les arrastran a su procurado allanamiento, mansedumbre y conformismo. Con tal estado emocional, han logrado máximo éxito: su derrumbe a la docilidad, el acatamiento, la obediencia y la sumisión.

En este movimiento, la señalada *militarización* de la política ha logrado la más significativa de sus victorias: que se de por sentado que la *cuestión* de “la paz” ya se encuentra resuelta, que ha desaparecido, dado que habría sido conquistada con su arrasadora victoria sobre el comunismo. Esta *cuestión* es por demás problemática, vigente para todas las “agendas”, y continúa siendo dominante, esencial para el mundo de hoy. Un objeto de disputa nuclear con relación al “cuadro de situación” mundial, ante la inmensa cantidad de guerras que inundan el orbe. Existen más víctimas tras la caída del Muro, que las que ocurrieron durante la Guerra Fría.

Es preciso correrle el velo a lo que obnubila: el complejo industrial militar resulta ser el “factor” dominante, sino determinante y fundamental, que constituye la semiopolítica del americanismo, insustituible dentro del Estado profundo. Ya lo supo advertir el presidente Dwight Eisenhower cuando finalizó el ejercicio de su *poder*. Esta *militarización* resulta ser el verdadero regulador no sólo del ciclo económico sino, mucho más sustancial, el determinante del ciclo político del americanismo¹⁶⁵. Su consecuencia debiera ser develada, sin grandes dificultades, ya que es el mayor peligro para la paz mundial, habida su declinación de ser “factor” de progreso: Europa, desde la Gran Guerra, y los EE. UU., desde las ya vistas crisis del petróleo y la Guerra del Vietnam, entre los años sesenta y setenta.

Baste observar la sucesión de algunos de los conflictos bélicos más trascendentes desde la caída del Muro: Panamá (1989), Iraq (1991), Kuwait (1991), Somalia (1993), Bosnia (1994-1995), Sudán (1998), Afganistán (1999), Yemen (2002), Iraq (1991-2003), Iraq (2003-2015), Afganistán (2001-2005/2021), Pakistán (2007-2015), Somalia (2007-2008/2011), Yemen

¹⁶⁵ Maurizio Lazzarato, *Guerra o revolución: Porque la paz no es una alternativa*, Buenos Aires, Colección Nociones Comunes, Tinta Limón, 2022, p. 20.

(2009-2011), Libia (2011/15), Siria (2014-2015)¹⁶⁶, para no hablar de su intervención decisiva con el alineamiento contra la Argentina durante la Guerra por las Malvinas (1982).

Sin embargo, y a pesar de todo, aún existe una articulación que brinda credibilidad a la palabra del presidente de los EE. UU. Cuando se conoció su compromiso con el atentado al gasoducto europeo de Nord Stream, el norteamericano medio aún esperaba su *certificación* a través de la palabra de Biden. Se jactan, farisaicos, de que los EE. UU. nunca recurrieron a la tortura sistemática —salvo el “submarino”—. Pero, luego del 9-11, la han admitido como recurso válido frente a las demandas de tiempo producto de la amenaza terrorista.

El SIyC también interviene en este aspecto al crear un marco normativo reglamentado, y oficializarlo, como un mecanismo institucional a la caza de su primera víctima oficial. Abu Zubaydah fue arrestado en Pakistán en marzo del 2002, incomunicado y aislado durante cuatro años y medio. Admiten haberlo torturado no sólo con el señalado “submarino”, sino también mediante la desnudez forzada, la privación de sueño, el aislamiento en pequeñas cajas oscuras, la falta de alimentos sólidos, la administración de temperaturas frías, posiciones de estrés y asaltos físicos. Transferido al Campo 7 de Guantánamo (2006), luego de su señalada reclusión anónima, nunca ha sido acusado de nada ni posee cargos en su contra. La tortura ha sido renombrada institucionalmente cual “EIT”, *Técnica de Interrogación Mejorada*, que condensa en tal sigla el eufemismo de la mencionada oficialización consentida. Al respecto, ¿cuál habría sido la razón del ajusticiamiento de Dan Mitrión (1970) por el MLN-Tupamaros?

La semiopolítica advierte que fueron necesarias dos guerras mundiales para dar por finalizado el ciclo de acumulación del capital bajo la hegemonía inglesa, y todavía se vacila en condenar la barbarie colonialista decimonónica. En el mundo de hoy, el cierre de la *construcción hegemónica* del americanismo es un proceso complejo. Incluirá unos cuantos Donald Trump, la visibilización de los manejos del Estado profundo, la multiplicación de las opacidades en las sociedades, varias guerras —como la de Ucrania— que amenacen la letal estampida nuclear, demandas contradictorias e ideologizaciones vía el DCN y, por lo tanto, plena ausencia de nítida claridad en los “cuadros de situación” *reales*. El declive que se percibe, aun cuando fundamentado, no resulta ser una lineal caída a pique de los EE. UU. Sugiero que se precipita con el fin de un orden mundial unipolar emergido tras la caída del Muro y, con ello,

¹⁶⁶ *Ibíd.*, p. 24.

su capacidad de imposición y chantaje actuales, con su definitivo *breakdown*, una vez que la conflictividad de lo Real decapitase al promovido “Nuevo Orden Mundial”¹⁶⁷.

3. La diáspora teórica, “componente” esencial para el triunfo del americanismo

La diáspora provocada no es un producto de la casualidad. Se la asocia al tantas veces señalado derrumbe de los grandes paradigmas o al avance del relativismo cultural posmoderno. En este sentido, es difícil discriminar si sus categorías analíticas son parte de un esfuerzo de comprensión o simple complicidad. Aquí procuro realizar una desagregación teórica de lo que se caracterizó *jactanciosa injerencia filosófica*. Su obsesión clasificatoria, esa vocación por una desagregación *ad infinitum*, es un ejemplo sobre una mala comprensión de sus “supuestos” como de quienes —pretendiendo rendirle homenaje, lo malinterpretan, como en la trilogía *Matrix*, de las hermanas Wachowsky— con su incomprensión del concepto de “el desierto de lo real” de Jean Baudrillard.

Tal *injerencia jactanciosa* genera un esquema analítico que toma distancia, cuando no renuncia, a la posibilidad de acceder al kantiano *nóumeno* —a eso que nuestra semiopolítica denomina “mundo de lo Real”—. Lo fundante pareciera no existir más. En un proyecto económico-social tan contundente, resulta suicida no evidenciar a sus *winners*, así como no desnudar a sus mediatizados mecanismos. Aquí procuro estimular a que las complejidades sólo tienen posibilidades de acceso a partir de que se logren desbrozar sus realidades fenoménicas.

El mundo de hoy nos sorprende al ser instituidamente inaccesible, entendiéndolo sólo a partir de la desenvoltura de sus síntomas. De allí que, para Baudrillard, “la guerra de Iraq no existió”. No porque niegue sus hechos, sino porque a lo que se accedió fue a su selectiva edición periodística ordenada por el DCN guiado de manera evidente por las agencias de Inteligencia, que recuerdan los aprendizajes de la Guerra de Vietnam. Estas generalizaciones analíticas son, en definitiva, un *obstáculo epistemológico* que impide un acceso válido a las discriminaciones teórico-conceptuales que habiliten a las interpretaciones útiles —un positivista afirmaría “comprensión” cabal— y desarman las posibilidades para un *accionar social* comprometido.

Con esta tendencia al encasillamiento clasificatorio lineal, Baudrillard reescribe la central dicotomización marxista de la *teoría del valor* —la de *valor de uso* y *valor de cambio*— mediante injertos adicionales que poco aportan: *valor simbólico* y *valor de signo*. Tal intrusión

¹⁶⁷ El representante ruso ante la ONU, Vasili Nebenzia, con motivo de la Guerra de Ucrania, declaró: “el mundo dejará de ser unipolar y la dominación occidental, o ‘el mundo a la americana’, se encamina hacia su fin”.

lo aleja de lo sustantivo, de la materialidad, para hacer eje unilateralmente en lo semiótico, con su estimada valoración de los *signos* —que la semiopolítica sin dudas comparte— al interior de los crecientemente complejos procesos de la significación social. De manera cruda, este tipo de aproximaciones pulen las apariencias, para este caso, con su lectura de los *simulacros*. Éste y tantos otros autores, incluidos parte de los semióticos, se regodean aceptando que se prefiere la imagen a la cosa, la copia al original, la *representación* a la realidad, la apariencia al ser.

La semiopolítica enfrenta estos asertos porque entiende que traen consigo una gran dificultad para la intelección social, por su ausencia de herramientas e instrumentos que todo intelectual orgánico debiera instrumentar. A la acabada sospecha de una “posición” relativa favorable, con su dominio del DCN y el capitalismo digital de la inteligencia artificial y el algoritmo, la sociedad con comunidad está definitivamente comprometida de cualquier futuro.

... de la imagen de la cosa, de la copia al original, de la representación a la realidad, la apariencia al ser (...), lo que es ‘sagrado’ para él no es sino la ilusión, pero lo que es profano es la verdad. Mejor aún: lo sagrado aumenta a sus ojos a medida que disminuye la verdad y crece la ilusión, hasta el punto de que el colmo de la ilusión es también para él el colmo de lo sagrado.¹⁶⁸

La *era del conocimiento* y la *era de la comunicación* resultan retóricas invocaciones de lo que bien se puede caracterizar a nivel de masas *una era de la imagen*. La imagen se ha vuelto autónoma, con su avasallante espectacularización, con la generalización de sus atributos de instantaneidad que, a su vez, resultan ser tan efímeros como superficiales. Aquí cabe recordar la certera y vieja caracterización de Guy Debord¹⁶⁹: *un espectáculo organizado*.

A esta descripción del momento fenoménico kantiano, las nuevas *visiones* le niegan posibilidad de acceso a su *nómeno*. Procuran inferir la inexistencia de una estructura profunda

¹⁶⁸ Ludwig Andreas Feuerbach, *La esencia del cristianismo*, Prefacio a la segunda edición, Luarna ediciones, edición digital: www.luarna.com.

¹⁶⁹ Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, París, Editorial Buchet-Chastel, 2012 (1967). Para él, la sociedad del espectáculo es “[una] inversión concreta de la vida, [un] movimiento autónomo de lo no-viviente (...), un espectáculo [que] no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizadas por imágenes (...) [por el] abuso de un mundo visual, producto de las técnicas de difusión masiva de imágenes (...), visión del mundo que se ha objetivado (...), [un] resultado y el proyecto del modo de producción existente. No es un suplemento al mundo real (...), corazón del irrealismo de la sociedad real. Bajo todas sus formas particulares, información o propaganda, publicidad o consumo directo de diversiones, el espectáculo constituye el modelo presente de la vida socialmente dominante. (...) Forma y contenido del espectáculo son de modo idéntico la justificación total de las condiciones y de los fines del sistema existente (...) En el mundo realmente invertido lo verdadero es un momento de lo falso. El concepto de espectáculo unifica y explica una gran diversidad de fenómenos aparentes. Sus diversidades y contrastes son las apariencias de esta apariencia organizada socialmente, que debe ser a su vez reconocida en su verdad general. Considerado según sus propios términos, el espectáculo es la afirmación de la apariencia y la afirmación de toda vida humana, y por tanto social, como simple apariencia. Pero la crítica que alcanza la verdad del espectáculo lo descubre como la negación visible de la vida; como una negación de la vida que se ha hecho visible”.

que le brinde soporte a tal montaje del *espectáculo*. Aun con caracterizaciones atrapantes, como la de la teoría de los simulacros y la sociedad del espectáculo, la semiopolítica entiende que la teoría social posee el compromiso de sospechar sobre cualquier supuesta inocuidad sónica y cibernética. La realidad es un producto que también asimila un montaje simbólico e imaginario. La semiopolítica, así, se ajusta al concepto de *nudo borromeo*, previniendo a que, el aquí lo real, (con minúscula), sea parte de todo ese mundo que existe de manera independiente de sus posibilidades de coincidencia y “registro” al universo humano; pero que rescata a lo Real, (con mayúscula), cual componente insalvable para toda interacción simbólica en la vida social.

Lo imaginario resultaría ser, entonces, esa dimensión de las imágenes que, conscientes o inconscientes, percibidas o imaginadas, aún con componentes ilusorios procurados al efecto, plasman una dimensión esencial de las relaciones sociales, formando parte sustancial en la constitución de las “identidades”. Mientras que lo simbólico sería ese cuerpo, el efecto del lenguaje, de lo discursivo, cuyos significantes marcan significados, separados de lo viviente. El pensamiento será, entonces, la producción del orden simbólico que involucra siempre una base, ese sustento que obtiene su soporte en lo Real. Me refiero a una *representación* en el “registro” de lo imaginario, donde lo Real juega un papel determinante para tal estructuración.

He planteado que el *nudo borromeo* lacaniano ejemplifica lo que la semiopolítica recupera con la articulación de sus tres registros. No resultan ser planos desagregados, ya que lo Real es aquello que posee presencia y existencia propia sin todavía *representación*. Mientras que la realidad pertenece al orden del lenguaje simbólicamente estructurado, y lo Real sería lo no severamente conceptualizable, aquello que no se puede poner, todavía, en palabras o lenguaje; pero que no se lo concibe ajeno a una vida social que, de manera tan plena, adjudica ganadores y perdedores. La semiopolítica condena esta ausencia de esfuerzo de quienes —casi cabría decir— parecen celebrar la desaparición de la base tangible, corpórea, que sustenta los intercambios discursivos y materiales, ergo, los soportes de las relaciones sociales *reales*.

El peligro de esta deficiente conciliación intelectual genera una culposa asunción de una sociedad que, al no alcanzar estándares —con su marginalidad y fracaso—, pasa a ser parte de una *visión* derrotista de esa misma sociedad. El resultado es una alienada lectura de que sean los propios individuos los responsables de sus frustraciones y desengaños. Que el sistema sea algo *supra*, omnipotente e inmodificable, no el producto de un “cuadro de situación” enmarcado al interior de relaciones sociales *reales*, que se presentan objetivas, ajenas a cualquier posibilidad de transformación: la sociedad del rendimiento. El capitalismo digital resulta bien

caracterizado por Cédric Durand cuando lo caratula como representación propia de un indicio epocal cual síntoma del *capital ficticio* y de una involución social al *tecnofeudalismo*¹⁷⁰.

Las generalizaciones analíticas desagregantes y el abstraccionismo especular impiden una discriminación conceptual que ampare a una construcción teórica de esquemas interpretativos útiles que favorezcan la generación de herramientas para una ulterior *acción política y social*. Advierto que tal recurso de desagregación ilimitada —sumado a la racionalidad instrumental tardocapitalista— es uno de los “factores” que favoreció a la problematización y desaparición de la sociología del conocimiento. Tal ausencia dificultó la jerarquización de los problemas y las “cuestiones”, al arrastrar a la confusión e indiscriminación entre los hechos, las cosas, los procesos y los acontecimientos, producto de este *modo* de abordar las problemáticas complejas, atrapadas dentro de un modelo de especulación ajeno e inconducente que renuncia a una concepción materialista de los grandes temas.

Las eras del vacío, los simulacros, del espectáculo, del giro lingüístico absoluto, toda esta fragmentación posmoderna envilece e impide una aproximación de conjunto. La semiopolítica hurga en los detalles, en aquello visto que se pasó por alto, en el relevamiento de aquello evidente, oculto por la cosmovisión del mundo de hoy, producto de las tecnológicas e ideológicas condiciones de reconocimiento. Ellas impiden un cabal “registro” y provocan caída en las “memorias”. El caso del americanismo resultó ser un buen ejemplo para recuperar vitalidad y rehuir de instigados y difundidos prejuicios que sólo llevan a la *alienación*.

4. Por qué el desenlace de la semiopolítica del americanismo está asociado a una virtual social guerra civil fría

Cuando en el capítulo 6, puntalicé sobre el potencial de una *guerra civil fría social*, el eje estaba colocado en la reconfiguración de “identidades” sociales de los sectores minoritarios segregados por la lucha de clases norteamericana: los relevados incidentes de Charlottesville, Minneapolis y la constitución del movimiento BLM. Ahora bien, como proceso semiopolítico, su conflictividad es el resultado de una multiplicidad de estímulos.

La representante republicana Marjorie Taylor Greene, trumpista conocida como MTG, propuso el “divorcio nacional” fundado en los “problemas culturales del despertar enfermizo y repugnante”. Dividir a los EE. UU., instigando prohibir que las personas de los Estados rojos

¹⁷⁰ Cédric Durand, *El capital ficticio: Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*, España, Futuro Anterior y Ned Ediciones, 2018 (2014); *Tecnofeudalismo: Crítica de la Economía digital*, España, Kaxilda, 2021 (2014).

voten si no son republicanas. Años atrás, Donald Trump no sólo denunció que “le robaron las elecciones”, sino que propuso que se “prohíban los votos de las personas que no le gustan”. Ron DeSantis, gobernador de Florida, propuso la “guerra cultural” al proscribir libros, palabras, clases de historia, así como hablar del darwinismo, y declarar ilegales a las personas que se encuentren por fuera de su alineamiento ideológico, como ocurre con las familias investigadas por sus creencias religiosas y convicciones sociales diferentes.

Buena parte del Grand Old Party (GOP) está inscripto dentro de esta cruzada que, de manera inequívoca, con su autoritarismo, se empadrona dentro de un proceso de fascistización que comienza instruyendo sobre qué se les debe enseñar a los niños (por ejemplo, que la esclavitud nunca existió, prohibir pintarse el cabello o usar pantalones campana porque hieren la sensibilidad conservadora). Todo este tipo de persecuciones invocan la recapitulación de una victimización, donde subyace esa idea nacida de que se ofendía al buen alemán, al ser las víctimas entonces de los judíos, y ahora de homosexuales, comunistas, mujeres, o la lectura de libros equivocados que no sean creacionistas. Sus referentes son, entre otros, MTG; DeSantis; el gobernador de Virginia, Glenn Youngkin, y el de Texas, Greg Abbott.

El americanismo WASP consume o destruye de a poco la unidad de la nación, caracterizable por: el derrumbe de su clase media y la movilidad ascendente, el saqueo de sus pensiones, el empobrecimiento de sus onerosas prestaciones en salud, los colegios baleados, la violencia policial, por un Silicon Valley que desinforma, de un PR constituido cual arbitrario propulsor de un proyecto de país caracterizable por su fascistización autoritaria, un pusilánime PD. En suma, todas víctimas de una “economía de goteo” que mina la confianza, la fe y el optimismo en el país: todo colabora para acoger un pensamiento fascistoide y paranoico.

La XIV enmienda señalaba que “Ningún Estado promulgará ni hará cumplir ninguna ley que restrinja los privilegios e inmunidades de los ciudadanos de los EE. UU.”. *Contra sensu*, tal modelo de pensamiento posee un objetivo claro: el *supremacismo* WASP vulnera toda legalidad en el afán de restarle derechos a sus minorías. La Constitución garantiza doctrinariamente la libertad de expresión, de movimiento, de asociación, la privacidad. Sin embargo, el proceso de descomposición y declive de los EE. UU. expresa disgregación, corrupción y desintegración ideológica y social, que se refleja en que se legitime que en este Estado no se puede ser gay, que las mujeres no pueden trabajar ni abortar, y así de largo.

El ascenso del *neoliberalismo reaccionario*, su profundización con el *progresista* y la escalada de dispersión que implicó la sombra de Donald Trump señalaron el grado de

inconsistencia cívica y cultural en el que se ha caído, vulnerables a lo que designan *big lies*. “Grandes mentiras” que funcionan, porque despiertan procurados estados de pánico y morales al generar señalados “chivos expiatorios”, una verdadera Caja de Pandora que atraviesa cruzando todas las líneas de la democracia y el pluralismo al transmitir en voz alta quiénes merecen y pueden ser parte del americanismo. Y lo más grave es que lo han aprendido con muy poca resistencia, saliendo siempre indemnes y logrando avanzar haciendo eternamente la suya.

5. De cómo nuevamente se asentó la reificación de Lucáks y la razón instrumental de la industria cultural frankfurtiana

La evolución tardocapitalista —avanzado ya el siglo XXI— impacta inexorable sobre la sociedad norteamericana, que ya no posee los privilegios de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. Se iguala con el resto de un mundo donde aumenta la pobreza —con una distribución desigual de la tecnología—, lo que genera inequidad, sumada al fuerte envejecimiento de la población occidental. A ello se le suma la suba de las tasas de interés, que impide sus históricos créditos consumistas, agravando su alto endeudamiento; la crisis de las fuentes energéticas; una educación que ya no se puede sostener; el fantasma de una recesión instrumentada para la baja de la inflación, con la inocultable impresión de caída en su nivel de vida y las angustias de ese vivir en un estado de guerra permanente. En suma, un inexorable *breakdown* del fallido “siglo americano” y el desvelo que les provoca ese “sueño” arrasado.

He intentado explicar el porqué de la ausencia de “registro” frente a lo que se ha vivido con la grave derrota de los años ochenta, amén de una falta de *respuestas* y el vaciamiento en las otrora fuertes fuerzas subjetivas alternativas. La confluencia del americanismo con el neoliberalismo rompió el atributo de que la modernidad sea una avanzada. Allí pasó a ser fundamental el concepto, aquí morigerado por Verón, de la asociación que hizo la Escuela de Frankfurt entre capitalismo e IC. Esa infinita fe en la Razón de la Ilustración remite a su señalada promesa incumplida, aquella que permitió la *barbarie* vivida en el siglo XX, ya no sólo por su fomentada instrumental teoría del totalitarismo, sino por la propia reificación, cosificación, alienación, consumismo, y todo lo demás que tan lejos supo estar de la prometida emancipación basada en el hoy decreciente *reconocimiento* y en la desigual *distribución*.

La *visión* de una emancipación del miedo se ha disparado en una calamidad permanente. El prometido desencantamiento del mundo, sometido bajo el triunfo radical de esta manera sin fisuras de un capitalismo omnímodo y estratificado —ahora imbuido en la señalada fase

superior del capitalismo digital con la inteligencia artificial, los algoritmos y la sociedad del rendimiento— ha resegmentando *a piacere* las clases, los países y las regiones; ha retrotraído todo a una primitividad insuperable, si se sabe dejar atrás la cosmética cáscara de su sofisticada envoltura. En esencia, no es otra cosa que la naturaleza del capitalismo, pero también un producto del desmantelamiento de la dimensión mítica que postulaban fuerzas antropomórficas de la naturaleza. La eliminación posmoderna de los rituales y las rutinas, junto a su deshumanización, a esa exigencia para la vida de toda comunidad humana, muestra que esta supuesta emancipación de la Libertad sólo profundiza el sojuzgamiento y se vuelve racionalidad instrumental dominante. El ser humano primitivo procuraba dominar a la naturaleza y a todo aquello que se le presentase hostil, realizando una mimesis para aventar sus temores, así como a los fantasmas de todo aquello que no dominaba, era un supremo esfuerzo para evadir el miedo. De esta manera creó dioses para tolerar su crónica “posición” de pánico y terror.

La invocación a la suprema Razón borró todas las fuerzas animistas y la dimensión mítica encantada, estableciendo un lugar preferencial a su sistema cartesiano, con esa abstracción de una ciencia —cuyo modelo sería la matemática— que crearía la posibilidad de entender, comprender y, hasta cierto punto, de dominar a toda la naturaleza. De manera temprana, Adorno y Horkheimer profundizaron el weberiano concepto de esa Razón en una operación instrumental o técnica, alejada de los “valores” que llevasen a integrarse con una noción de totalidad sometida a instancias colectivas de la sociedad, tal como sugería Lucács, sólo asociables a instrumentales fines particulares de la “jaula de hierro”.

La Ilustración tenía una fe infinita en esa novedosa capacidad de abstracción para el establecimiento de una racionalidad superior dentro de una lógica que brotara y se ubicase al interior de esta naciente fe radical en la ciencia emergente del sistema cartesiano. Esa racionalidad eficiente le habría de permitir tomar el control de los medios para obtener sus fines particulares de la manera más eficiente. No hizo eje en los fines, sino en los medios, en los instrumentos, en la técnica. Esto le permitió creer que con el reconocimiento de tal control de lo irracional se dominaría la naturaleza y se alcanzaría una vida confortable y placentera.

Sin embargo, el ser humano forma parte de la naturaleza. El capitalismo supo racionalizar el sistema productivo y los medios de producción, al reducirlos a una mecanización como un valor de cambio —incluyendo también el trabajo humano— en un mundo de objetos donde todo se habría de volver mercancía. Ese sujeto que procreó objetos pasó a ser un objeto más al cimentar nuevos sujetos que le permitan contentar la necesidad de satisfacción de su

producción de objetos para su consumo. La lógica del capital es una lógica instrumental, sólo procura obtener *plusvalor*, aunque el DCN deslumbra tal reconocimiento porque las relaciones humanas son los medios adecuados para obtener su ventaja personal.

El fetichismo de la mercancía encandila, tienta a pensar que los objetos poseen un valor intrínseco, que el valor de las cosas es inherente a ellos, cuando en verdad son un producto de las relaciones sociales *reales*. En el mundo de hoy su condición se agrava por el automatismo, la mecanización, el parcelamiento, la fragmentación y por la intangibilidad de los procesos productivos, amén de la sabia invisibilización e infantilización alcanzadas. La RCyT y las elaboraciones del capitalismo digital profundizaron aún más este proceso de despersonalización política y social, al lograr el atajo de eliminar todas las mediaciones.

De acuerdo con Adorno y Horkheimer, existía una mutua implicancia entre mitificación e Ilustración. Para el sujeto primitivo había una suerte de ilustración cuando procuraba dar una respuesta, aun cuando fuera mitificada e ilusoriamente imaginaria. La Ilustración es una mitificación de la Razón, ya que el mito siempre intenta dar cuenta de una Razón. Ambos resultan ser *formas* de la necesidad para reparar su “posición” frente al miedo, el pánico, el terror, la incertidumbre, la desolación, la perplejidad ante lo irreconocible con que el mundo socava al hombre a través de tan larga travesía. Tales miedos forman parte filogenética de la existencia humana y cobran *forma* de conformidad a cada etapa de la humanidad. Con esta lógica de lectura propuesta más de setenta años atrás, las relaciones sociales resultan ser, sin lugar a duda, históricas y contingentes, susceptibles de sofisticada fetichización.

En el mundo de hoy tales mecanismos han cobrado una fuerza que nadie controla. El ser humano contemporáneo se enfrenta a una naturaleza que ejerce fuerza, al igual que le ocurría al primitivo, pero aislado por una autoridad y desamparado ante una realidad socialmente constituida que ya, ni de lejos, registra ni domina. Este proceso da cuenta del éxito que ha sabido obtener el aturdimiento tardocapitalista, esencial para la semiopolítica del americanismo. Lucáks señaló que la cosificación era la racionalidad propia del capitalismo. Superados los compromisos del Estado social de posguerra, este sistema no sólo indiscrimina objetos y mercancías, sino entre sujetos, vale decir, la vida cultural del mundo subjetivo. La inicial proyección ideológica de “supuestos”, propia del triunfo inicial de aquella burguesía moderna, se ha extendido, ahora, sin ningún tipo de referencia a la noción de totalidad social ni a valores.

La *construcción hegemónica* del americanismo resultó un paraguas para que el tardocapitalismo neoliberal generase *crisis* en los paradigmas científicos previos. También

provocó una evidente diáspora teórica que trasuntó desconcierto producto de las brutales transformaciones producidas. El posestructuralismo, el posmarxismo, el espinosismo tardío de la Multitud y del Imperio, la deconstrucción, la biopolítica, el ecologismo, la teoría de los simulacros de Baudrillard, la sociedad del espectáculo de Debord, las aproximaciones feministas, la microfísica del poder y la micropolítica, el aceleracionismo iluminista negro de la posthumanidad de Nick Land y el realismo capitalista de Mark Fisher forman parte, en su conjunto —sin ser exhaustivo—, de una multiplicada atomización fragmentaria producto de la desorientación teórica y conceptual que estimuló la realidad semiopolítica del americanismo junto a la transformación material neoliberal. Sin dudas, son aportes de peso para la cultura, pero tal profusión de conceptos escindidos de una percepción de lo Real resulta funcional para la reproducción de las condiciones de producción acomodadas para el mundo de hoy.

La semiopolítica del americanismo supo lograr su objetivo: invisibilizar sin escrúpulos a sus víctimas. Al tiempo que brindó una lectura diferencial que genera una autoimagen que la potencia cual superfuerza, próxima a la impiedad, al mostrar la supremacía de sus superpoderes, y que ello cobre visibilidad que aturde y paraliza, al brindarle luz a determinados aspectos que la dinámica arrebatada contemporánea, vía la tecnología, con su aceleracionismo, logra ocultar, soslayar o dejar de lado, tal como se procuró desarrollar dentro del capítulo 2.

La semiopolítica señala uno de los grandes logros del DCN: la precipitación irreflexiva. Recuperando una histórica frase de Friedrich Nietzsche: “nadie miente tanto como el indignado”¹⁷¹; de allí la importancia dada, a partir de la teoría de la argumentación de Anscombe y Ducrot, su ajustar a que los enunciados se adecuan a sus contextos lingüísticos y discursivos. De esta manera, hice hincapié en la función crítica desplegada sobre el DCN del SIyC, ya que su con-texto no resulta ser para nada un “agente” externo, tal como lo concibieron la historiografía y el estructural funcionalismo. Resulta algo interno. Un “componente” sustancial para la construcción —aun de aquellos *signos* más elementales— de cualquier “identidad” social y psíquica, de todo aquello que se supo entender con los desarrollos de Althusser con su noción de AIE. Estos aparatos ideológicos de Estado, en tanto ingrediente supletorio esencial, son un “componente” vital para la conformación de los “sujetos” sociales en “posición” político-ideológica al interior de “situaciones” materiales *reales*.

¹⁷¹ Domenico Losurdo, *La izquierda ausente: Crisis, sociedad del espectáculo, guerra*, Roma, El Viejo Topo, 2014.

La semiopolítica del americanismo supo brindarle su *signo* esencial al hegemonismo neoliberal. Le dio la letra sustantiva, los contenidos materiales y la *práctica social*, el corazón duro de su arrolladora dinámica. Tal exitoso proceso del capitalismo digital emergente se fortaleció a partir de la transnacionalización geopolítica, la concentración monopólica y el acopio de la universalización de los mercados y la producción, así como por una ampliación inédita del acceso a bienes y valores de uso y de cambio, bajo pautas de consumo masivo.

EE. UU. ya se encuentra en abierta competencia con la otra superpotencia, China —de avanzada junto a la India en materia tecnológica—, y con Rusia en el plano militar para el frente externo. Pero, en su plano interno, enfrenta lo que no se asume: una *guerra civil fría* en el seno de su sociedad, una larvada confrontación de baja intensidad. Esta *guerra civil* que no fue creada por Trump, quien sólo se limitó a invocarla y arraigarla, sabe emerger, cada tanto, cuando recupera “registro” y “memoria”, pues las minorías sociales y raciales reconocen la profundización de sus asimetrías y desigualación producidas bajo nuevas condiciones de reconocimiento del estigma social impuesto por el *supremacismo* WASP en más de dos siglos.

Lejos de la exhortación capitalista de competitividad, se condensa, con su gráfica expresión de arrolladora evolución de concentración y centralización, en una sigla que indica el grado de aglutinamiento tecnopolítico: GAFA —Google, Amazon, Facebook, Apple—. Peter Thiel, CEO del Silicón Valley, señaló lo siguiente:

... en el fondo, el capitalismo y la competencia son antagónicos. El capitalismo se basa en la acumulación de capital y, en una situación de competencia perfecta, todos los beneficios se anulan. La lección para los empresarios es clara (...) La competencia es para los perdedores.¹⁷²

Esta cita rubrica un grado de *crisis* del capitalismo, al menos de aquel asociado al americanismo. Nadie puede asegurar que sea la final, ni mucho menos. No pretendo afirmaciones teatrales, inconducentes ni aventureras. Esta investigación realiza un relevamiento de la inadvertida “situación” estructural del ascenso, cenit y declive de los EE. UU. de América, así como de la *crisis* en sus grados de influencia. Lo que resulta tangible es el desbarranque del “sueño americano”, alejado del *self made man*, del *american way of life* y de las restricciones de su ascendiente de no ser más “el país de las oportunidades”. La prédica por promover sus residencias, al auspiciar *Green Cards*, resulta ser otro indicador de tal condición.

No pretendo, tampoco, caer en exitismos ni especulaciones, pero que dos millones de norteamericanos decidan residir de manera estable en México —país que no puede considerarse

¹⁷² *Ibíd.*, p. 32.

la mar de las seguridades— es otro dato elocuente. Asociado a nuestra realidad con los países vecinos, otro síntoma de su *crisis* es que carguen combustible en estaciones de servicio detrás de la frontera del Río Grande del Sur¹⁷³. Más datos: el norteamericano medio debe presupuestar entre el cincuenta y el setenta por ciento de sus ingresos familiares para gastos de vivienda, el país posee no menos de seiscientos mil *homeless*, para no hablar de los que duermen en sus vehículos: autos, camionetas y casas rodantes; San Francisco, otrora capital de la psicodelia y del *Flower Power*, hoy es la ciudad fantasma del Silicon Valley. La *white supremacy* está comprometida con una potencial *guerra civil fría* reconocida en las mínimas rebeliones cotidianas de su gente de color y latina que no toleran más humillaciones, como he mostrado a lo largo de esta exposición, en particular en el capítulo 6. A todo esto se suma la reacción al autoritarismo policíaco, la discriminación racial, los francotiradores de escuelas y las matanzas con el fusil AR-15. Para no hablar de lo *macro*, un déficit de 131% de su PBI, cuyas dos terceras partes son compromisos de deuda pública (1,1 billones de posesión china).

La lectura semiopolítica del americanismo muestra que los períodos de euforia o bienestar fueron escasos: *la belle époque*, *les trente glorieuses* —no casualmente términos franceses alejados de la primacía angloamericana—. Ante sus etapas de *crisis*, se precipitan las guerras y el fascismo, que auguran una nueva —no tan nueva— “salida” institucional. La prosperidad prometida con la globalización tardocapitalista sólo ha provocado irregistrada desigualación social y una inédita concentración de la riqueza para el 1%, la hecatombe financiera y una lucha a muerte por la primacía económica, con una movilidad descendente que está arruinando las economías y las sociedades, y por el dominio de los recursos estratégicos.

Implícitamente se convoca al hobbesiano “estado de guerra de todos contra todos”. Peor aún, se trata de hipócritas invocaciones “políticamente correctas” de la semiopolítica del americanismo, pero sin un marco normativo ni aquellos idearios liberales que otrora supieron sustentar sensatez frente a la no ausencia de perspectiva que nos acerca a la extinción de la especie humana. La extinción puede ser producida por la terrorífica intimidación de una progresión nuclear, o por la denominada “violencia difusa”: el calentamiento global, el cambio climático, la degradación de la biósfera, el agotamiento del suelo, la sobreexplotación de la Tierra, en definitiva, por esa encerrona que nos provoca el neoliberalismo, la de optar: por la

¹⁷³ Baste observar cómo evalúan los mexicanos esta insólita transmutación de su histórica emigración a esta novedosa inmigración: “Estados Unidos no existirá en 5 años (Documental Completo)”, en YouTube, El Economista Youtuber, 18/12/2022, <https://bit.ly/3Bq5IU7>.

catástrofe de una escalada atómica o por la discapacidad de no asumir las debidas restricciones y definiciones políticas que le pongan un límite a la degradación ecológica.

De allí que resulte extraño que, en los sectores que debieran ser más reflexivos, prime un evidente estado de confusión y desconcierto, cuando no de sospechoso silencio. Que se generen más preguntas que respuestas. Esa sensación difusa de estancamiento: ¿cuál ha de ser el destino de nuestros hijos, nietos y amigos? Nos lo preguntamos, pero no solemos hacerlo en voz alta, y menos en ámbitos científicos. ¿Se alcanzará alguna vez la democracia real? ¿Se la conseguirá ver? Además, no nos hablamos entre nosotros lo suficiente. Todo se padece en silencio. Rumiamos por mejores tiempos pasados, pero vivimos desalentados, signados al estar descorazonados, con esa desolación de sentirnos solos, aislados, atomizados dentro de un marco de obsesión sombría que señalan distintivos rasgos de depresión.

Las economías no funcionan, la potencia hegemónica “crece” al 1%; Europa, al 0,1%. La inteligencia artificial afecta a la economía con la amenaza de su automatismo, intimidando la existencia de la clase trabajadora, que se sabrá extender a las diversificadas clases medias y, con ello, a lo que pudiera entenderse por aquella vieja y originaria burguesía. Si se asocia este cuadro con el cambio climático, será un *shock* para la humanidad, comprometiendo nuestra capacidad de abastecernos de todos aquellos componentes entendidos como los básicos: agua, alimentos, aire, medicamentos, energía, hábitat, vivienda, desde los cotidianos para la subsistencia hasta el vidrio y el acero para la fabricación. Las necesidades fundamentales de la civilización golpearán al Norte, tal como ya lo han sabido hacer devastando a las grandes masas del Sur. El descenso a la pobreza ya no es un reclamo exclusivo de la periferia, sino del grueso del universo. En nuestro hemisferio contamos con un envidiable entrenamiento al respecto y, por ello, debemos ofrecer un pensamiento crítico para evitar la debacle.

Estas líneas advierten sobre la calidad de los vínculos sociales en nuestras sociedades. El odio se ha ido estandarizando como inducido patrón de conducta, tal como se ve en los canales de cable más significativos, las redes sociales y las reuniones familiares que, como nunca, se rompen por el tono de sus discusiones. Para peor, en los EE. UU. existe un acostumbamiento a la confrontación simbólica violenta, a esa descalificación insultante no tan común en la vida pública americana. Aceptan convivir con una violencia simbólica inducida por esas *formas* inicialmente proto, pero que finalizan siendo del neofascismo. La semiopolítica del americanismo muestra cómo se arrastra a ello al utilizar la tradición de ancestrales

mecanismos mnémicos sociales, otrora sumamente efectivos. Tales condiciones históricas de retracción tan efectivas en el pasado procuran preservarse en las complejidades del presente.

La intolerancia autoritaria lo inunda todo. Su descalificación a los grupos sociales que, para ellos, “no debieran existir”: maestros plurales y LGBTQ, todo es pederasta, insulta, descalifica, deshumaniza. Los voceros de este anacronismo son varios, pero principalmente del GOP: Ron DeSantis y Marjorie Taylor Greene estimulan este modelante social, así como en la Argentina lo hacen los crónicos odiadores sociales del DCN. Además, se soslayan las garantías constitucionales, los históricos derechos sociales básicos, porque construyen “chivos expiatorios”, expresión de la consolidación y creciente primacía del círculo vicioso del odio.

Estos mecanismos han sido establecidos por los “factores” del *poder* a través del señalado periodismo que, orientado por la Inteligencia, evade toda tematización de cualquiera de los grandes *problemas reales* de una “agenda pública” vigente y actualizada. Según el mecanismo ya relevado del concepto de “presentismo”, de François Hartog, parte de un “aquí y ahora” que se construye sobre la base de un “pasado que no pasa”, que extravía toda culpabilización de los problemas del ayer procurando establecer “chivos expiatorios” sobre los temas no resueltos de este presente crítico, culpabilizando a aquel pasado pecaminoso, mientras que, los *problemas reales* del hoy, empeoran. Las sociedades están atrapadas en círculos viciosos del odio, cuando las libertades básicas y la convivencia quedan estrujadas para, por lo menos, la mitad de la sociedad: las mujeres. Se cercenan los derechos inalienables: privacidad, movimiento, expresión, asociación, discurso, y se estimula la misoginia, la intolerancia, el fanatismo fundamentalista y la violencia. Sentenciar que “esa gente no debería existir” es la expresión acabada de que el círculo del odio avasalla cualquier pensamiento civilizado.

6. La semiopolítica le brinda combate a “la era de la extinción”

La semiopolítica proyecta aportar luz a eso que el tardocapitalismo ha sabido mostrar como una realidad inmovible, consumada, en apariencia, indestructible. Muestra cómo han sabido conjugar —para su beneficio— la desagregación de tan heterogéneos “factores” que son instrumentados para fragmentar una realidad que, para los simples, se asume cual desconocida. Ha superado el carácter fordista de la explotación industrial, aquella que supiera usufructuar de la fuerza de trabajo y la extracción de su *plusvalor*, hasta volver al proceso económico y a sus posibilidades de “registro” un valor agregado y excedente que lo torna irreconocible. Así, ha quedado plasmada la marcusiana sociedad de consumo de aquel hombre unidimensional en el

producto de un “consumidor consumido”, sin oportunidad de diferenciación alguna. Aquello se debería poder discernir, pero, tal como he demostrado, hasta la intelectualidad más sofisticada ha quedado atrapada en su derrotero, en la búsqueda de los porqués, bajo tal indiscriminación. La desagregación en las teorías sociales logró un efecto de “sentido” inigualable de descentrar la teoría marxista: la economía libidinal (Lyotard), de los afectos (Klossowsky), del discurso capitalista (Laclau), la producción deseante (Deleuze y Guattari), la biopolítica (Foucault) resultan ser recortes parciales, muchos doctos, sanos e inteligentes, pero que han perdido una noción de totalidad que permita equipar la constitución de un sujeto histórico trascendente.

Insisto en que las elaboraciones contemporáneas que hacen eje en la producción inmaterial, neuronal, cognitiva, la apología de las mediatizaciones, todo ha servido para lo que la semiopolítica denuncia: la despolitización, la desideologización de los compromisos sociales, la hibridización y la aséptica *visión* neutralizada del actual Estado-capital. Sólo con una lectura crítica se podría avanzar con una comprensión más contenida y menos declamativa de los procesos de la globalización, la concentración oligopólica y monopólica, junto a la conquistada hegemonía del capital financiero, para permitir otros horizontes que los periodistas y estudiosos de esta *otra* Nueva Izquierda estadounidense denominan “la era de la extinción”.

En nombre de “la paz”, han conseguido la imaginaria construcción de haber logrado “pacificar” al capitalismo, protegiendo a sus receptores de los tradicionales conceptos asociados a las guerras y la lucha de clases. El mundo de hoy ha subsumido la conexión entre el Capital y la guerra en algo poco asociable, así como también ha hecho irreconocible la conflictividad social. Los trances entre los países se han vuelto en “negocio” para los capitales concentrados, materializando un estudiado desconocimiento de las “situaciones” hostiles, susceptibles de poseer algún reconocimiento. Han desarmado los agrupamientos de todos aquellos que, en potencia, poseían un similar modo de pensar y de obrar. Han convertido a los potenciales sujetos colectivos en hombre masa. Han sabido sembrar confusión para que ya no se pueda discriminar ontológicamente lo correcto, lo criminal, las “causas justas” y demás “cuestiones”. Han sabido espoliar destruyendo las condiciones semiopolíticas para la producción de adecuados y pertinentes efectos de “sentido”. Tal vacío de “sentido”, tal licuación en las posibilidades de reconocimiento y memoria generaron la sustracción de buena parte de los patrones morales e intelectuales que, durante la modernidad, tuvieron retaguardia en segmentos de los pueblos del mundo y se ha empobrecido al valor que la revolución democrática le asignaba a la política.

La consecuente despolitización implicó un vaciamiento de la sana “filosofía espontánea” del pueblo de Gramsci, así como también sostener núcleos de “buen sentido” de la derribada *práctica social* personal. Al deshacerse esta posibilidad de acceso a una filosofía sana y progresista, su consecuencia fue el deterioro de las concepciones del mundo y de la vida. Éstas son las prácticas discursivas que sostenían una genuina *representación social y política* de la vida en sociedad. Al derrumbarse los “sistema de creencias”, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de obrar, de esos sanos folklorismos nacidos desde abajo, se logró acicatear el poder incidir en neutralizar al “sentido común” de la novedosa *construcción hegemónica*.

Tal como el capítulo de *QAnon* lo demuestra, disparado el vaciamiento de “sentido”, el sector popular desagregado puede caer en el pensamiento más inorgánico y arbitrario. De esta manera, se abrió un escenario que, sobre el piso de la reconversión tecnológica, le dio inédito pie al DCN y, con ello, a las *fakenews*, tan útiles para las operaciones político-ideológicas de la posverdad y el relativismo cultural y moral, *verosímiles* esenciales para la construcción de los políticamente temidos *lawfares*. El deterioro del caudal lexicográfico y de los términos del lenguaje, su subordinación a los dominios técnicos y anglicanismos forman parte de este proceso inadvertido tan radical. A ello se le debe sumar la alteración de una *vida cotidiana*: el *multitasking*, la autoexplotación de todo ese universo asociado a la constitución de una “subjetividad” domesticada a la sociedad del rendimiento. Se trata de una sociedad que ha colocado en un lugar de privilegio a las vidas endeudadas tras ese ficticio consumo vía la irrupción del algoritmo y la inteligencia artificial que, cual Big Brother, diseñan nuestras vidas.

Esta suma de “factores” subregistrados ha generado la imposibilidad de conformar alternativas históricas debido al abierto rezago en el potencial de asumir la construcción de un sujeto histórico trascendente. La resegmentación y la diáspora de tal fragmentación social abierta potencian movimientos parciales, luchas sectoriales, muy difíciles de articular sin un *nuevo Maquiavelo* que les brinde coherencia y sistematicidad a tal diversidad social bajo un proyecto común que les acoja. La preanunciada schumpeteriana “destrucción creativa” ha ido más allá de lo previsto. Logró minar nuestras retaguardias más sagradas, aquellas que fueron reservorio para un destino, estableciendo aquello que, en otros sistemas sociales pretéritos, hasta pudiera tener un costo: “la reproducción de las condiciones de producción social” naturalizadas. Supieron brindar coherencia y sistematicidad a lo que en el pasado eran aparatos, maquinarias, instrumentos, mecanismos, con la constitución de foucaulteanos dispositivos todo terreno y omnipotentes para orientar nuestras vidas, logrando la reproducción del capital como

algo espontáneo y genuino, dándole linealidad acrítica y continuidad al sistema social. La vida se ha transformado en un Truman Show. En tal sentido, la semiopolítica del americanismo ofrece una alternativa para que veamos los cables, las cámaras, los engranajes secretos de esta “era de la extinción” y, así, podamos combatirla.

EPÍLOGO

SOBRE LA EXISTENCIA Y NECESIDAD DE UNA SEMIOPOLÍTICA A PARTIR DE LA SOCIOLOGÍA POLÍTICA DEL CONOCIMIENTO

Nous entrons dans l'avenir à reculons
Paul Valéry

Por qué algo ocurrió de tal modo y no de otro
Max Weber

Los logros culturales de la humanidad, a los que pertenece la filosofía, se deben a una atención profunda y contemplativa. La cultura requiere un entorno en el que sea posible una atención profunda.

Esta es reemplazada progresivamente por una forma de atención por completo distinta, la hiperatención. Esta atención dispersa se caracteriza por un acelerado cambio de foco entre diferentes tareas, fuentes de información y procesos. Dada, además, su escasa tolerancia al hastío, tampoco admite aquel aburrimiento profundo que sería de cierta importancia para un proceso creativo
Byung-Chul Han

La lectura semiopolítica debiera hacer notar la parálisis e inutilidad en que ha caído ese histórico concepto basado en la noción de sociología del conocimiento. Hoy en día, resulta incapaz de ofrecer *respuestas* exitosas, aquellas que remedien brindándole sustento bajo el soporte de una digna base ontológica para lograr otorgarle algún sustento material a esa sociología del conocimiento volatilizada. Sobreopinada en algunos casos, la mayoría de las veces ignorada, en realidad existe una evidente necesidad de resurgimiento de estas perspectivas para lograr alguna actividad académica debidamente solvente.

La “mirada” neopositivista, supuestamente una teoría dúctil y modernizadora, nos detiene e impide cualquier validación del conocimiento trascendente que permita ser operada de modo histórico. El punto de vista de Karl Mannheim, creador de la sociología del conocimiento, nos acerca a una idea paralizante: superar cualquier principio de causalidad. Así, su propuesta queda atrapada dentro de la evasiva telaraña de la ahistoricidad, propia del pragmatismo estructuralista o, peor aún, del instrumental estructural funcionalismo.

Una sociología vaciada de causas y potencia histórica resulta inútil e improductiva. Sólo se valida sobre la base de reubicarla dentro de un proceso histórico y que se la entienda a partir de su funcionamiento cual una *real* máquina de construcción ontológica. En esta investigación planteo que la sociología del conocimiento debe ser un instrumento vivo que, de manera forzada, esté obligada a remitirse a ese principio científico evidente hasta el hartazgo: “*texto en contexto*”. La sociología del conocimiento siempre debe inscribirse dentro de su contexto de época, que coercitiva y enérgicamente se convierte en político. No por ninguna vacía ni pérvida

necesidad patológica de *politización* de las relaciones sociales, sino porque ellas siempre implican *relaciones de poder*. Como difícilmente todo este tipo de asunciones puedan hacerse de manera *objetivista*, pese a nuestro fértil alineamiento weberiano, desde aquella supuestamente implícita “neutralidad valorativa”, ella correspondiera ser acogida dentro de los “supuestos” de una *realista sociología reflexiva*, aquella que exige de introspección y sinceridad, de autenticidad, asumiendo de manera plena al “conocimiento como conciencia”.

No es porque aquí proyecte una *construcción social de la realidad* mórbida a partir de una fatua politización epidérmica, o con fronteras instrumentables asociadas a banderías, alineamientos o fines partidarios, a los que —por supuesto— para nada se renuncia al procurar alguna organicidad, sino porque implica esa actitud de plena asunción frente a las *relaciones del poder reales*. Inscribirse en un *contexto político* conlleva asumir un pensamiento orientado, legítimo, que no siempre los “sistemas de creencias”, tan propios de *lo ideológico*, posean Razones cual un absoluto indiscutible y, mucho menos, que trasuntan Verdad. La sociología del conocimiento sólo funciona bajo condiciones históricas y políticas explícitas.

La *Wertfreiheit* (neutralidad axiológica), esa tan mentada, auspiciada y procurada línea de *acción* con independencia a “valores”, resulta, como tantas cosas, una idealización utopista que desdeña y deshace cualquier punto de vista cognoscitivo válido. No da cuenta, de manera veraz, que está inscrita en una realidad socialmente interesada que debe ser desentrañada, descubierta, descifrada, transcrita, dilucidada. Que exige exploración y reconocimiento. Que sólo ha de cobrar “sentido” cuando se realice el esfuerzo de su validación *real*, no de esquemas ideacionales ni volitivos, dentro de su contexto y complejidad comunicativa, en la medida que no se la pueda indiscriminar ni ponderar en sus “efectos”. Éstos siempre son el resultado de “causas” emergentes de estructuras, en esa infatigable búsqueda, siempre inútil, por la Verdad de esa estructura profunda generada por los “efectos” de lo Real. De allí la necesidad y existencia de la validación de la semiopolítica, de esta sociología política del conocimiento que resulta indispensable para dar cuenta de los fenómenos sociales del mundo de hoy.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Ediciones Akal, 1981 (2007).
- ANDERSON, Perry, “Neoliberalismo, un balance provisorio”, en Emir SADER (comp.) y Pablo GENTILI (comp.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, 2ª ed., Buenos Aires, CLACSO Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2003.
- , *Tras las huellas del materialismo histórico*, España, Siglo Veintiuno Editores, 1986 (1983).
- ANSALDI, Waldo y GIORDANO, Verónica, *América Latina: La Construcción del orden*, T. I: “De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica”, Buenos Aires, Ariel, 2012.
- ANSCOMBRE, Jean-Claude y DUCROT, Oswald, *La argumentación en la lengua*, Madrid, Gredos, 1995.
- AUGÉ, Marc, *¿Qué pasó con la confianza en el futuro?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, Mínima, 2011 (2015).
- , *El antropólogo y el mundo global*, trad. Ariel Dillon, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, Biblioteca esencial del Pensamiento Contemporáneo, 2014.
- , *Futuro*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2013.
- , *Los nuevos miedos*, Buenos Aires, Paidós Espacios del Saber, 2014.
- BADIOU, Alain, *El ser y el acontecimiento*, trad. Raúl J. Cerdeiras, Buenos Aires, Manantial, 1999 (1988).
- BARTHES, Roland, *Lección inaugural*, de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France, pronunciada el 7 enero de 1977, trad. Oscar Terán, México, Siglo XXI Editores, 1993 (1982).
- BATESON, Gregory, *Pasos hacia una ecología de la mente: colección de ensayos en antropología, psiquiatría, evolución y epistemología*, Ballantine Books, 1972.
- BAUMAN, Zygmunt, *Ética posmoderna*, trad. Bertha Ruiz de la Concha, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina, 1993 (2004).

Referencias bibliográficas

- , *La cultura como praxis*, trad. Albert Roca Álvarez, Barcelona, Paidós Studio 154, 1999 (2002).
- , *La globalización: Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998 (1999).
- , *La hermenéutica y las ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, Colección Cultura y Sociedad, 1978 (2002).
- , *La posmodernidad y sus descontentos*, trad. Marta Malo de Molina y Cristina Piña Aldao, Madrid, Akal, Cuestiones de antagonismo, 2001.
- , *La sociedad individualizada*, trad. María Condor, Madrid, Ediciones Cátedra, Teorema, 2003.
- , *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- , *Miedo líquido: La sociedad contemporánea y sus temores*, trad. Albino Santos Mosquera, Barcelona, Paidós Estado y Sociedad 146, 2007.
- , *Modernidad líquida*, trad. Mirta Rosenberg, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- , *Pensando sociológicamente*, trad. Ofelia Castillo, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, Colección Diagonal, 1990 (1994).
- , *Teoría social y ambivalencia. Una perspectiva crítica*, Barcelona, revista *Anthropos*, Huellas del conocimiento 206, 2005.
- , *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, trad. Victoria de los Ángeles Boschioli, Barcelona, Gedisa, 2000 (2005).
- , *Vida líquida*, trad. Albino Santos Mosquera, Barcelona, Paidós Estado y Sociedad 143, 2005 (2006).
- , *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*, trad. Pablo Hermida Lazcano, Buenos Aires, Paidós Estado y Sociedad 126, 2004 (2006).
- BRODSKY, Graciela, “Los envoltorios de la Extimidad”, Jornadas de la NEL, Bogotá, 6/8/2012, presentado el 2 de diciembre en Buenos Aires con referencia al libro *Extimidad: Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

Referencias bibliográficas

- BUEN ABAD DOMÍNGUEZ, Fernando, “Guerra mediática: No la hemos entendido”, *CubaDebate, por la Verdad y las Ideas*, 30/12/2022, <https://bit.ly/42WTIW1>.
- CRESTA, Gustavo Pascual, *Selecciones de Reader's Digest, Relaciones laborales y “sueño americano” para exportación (1940-1950)*, Tesis de Maestría, Departamento de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella, 2019.
- DAHRENDORF, Ralf, *El conflicto social moderno: Ensayo sobre la política de la libertad*, trad. de Francisco Ortiz, Barcelona, Editorial Biblioteca Mondadori, 1988.
- DEBORD, Guy, *La sociedad del espectáculo*, París, Editorial Buchet-Chastel, 2012 (1967).
- DEBRAY, Régis, “Nota a ¿Revolución en la revolución?”, *Pensamiento Crítico*, La Habana, agosto de 1969, N° 31, pp. 157-162.
- DELEUZE, Gilles, “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, *Revista Latinoamericana Polis*, N° 13, 2006.
- DERRIDA, Jacques, *Espectros de Marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la Nueva Internacional*, Madrid, Editorial Trotta, 1998.
- DRUCAROFF, Elsa, *Otro logos. Signos, discursos, política*, Buenos Aires, Ideas Edhasa, 2016.
- DURAND, Cédric, *El capital ficticio: Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*, España, Futuro Anterior y Ned Ediciones, 2018 (2014).
- , *Tecnofeudalismo: Crítica de la Economía digital*, España, Kaxilda, 2021 (2014).
- EL ECONOMISTA YOUTUBER, “Estados Unidos no existirá en 5 años (Documental Completo)”, 18/12/2022, <https://bit.ly/3Bq5IU7>.
- FERNÁNDEZ, José Luis, *Vidas mediáticas. Entre lo masivo y lo individual*, Buenos Aires, La Crujía/ Inclusiones, 2021.
- FEUERBACH, Ludwig Andreas, *La esencia del cristianismo*, Prefacio a la segunda edición, Luarna ediciones, edición digital: www.luarna.com.
- FIGES, Orlando, *El baile de Natasha. Una historia cultural rusa*, España, Edhasa, 2002 (2006).
- , *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*, España, Edhasa, 2009.
- FISHER, Mark, *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*, trad. Claudio Iglesias, Buenos Aires, Caja Negra, Futuros Próximos, 2016 (2022).

- FRASER, Nancy, *¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*, Buenos Aires, Biblioteca del Pensamiento Socialista, Siglo Veintiuno Editores, 2019.
- FREUD, Sigmund, “El malestar en la cultura”, 1929 (1930), en *Obras Completas*, t. III (1916-1938), trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres, España, Biblioteca Nueva, 2007.
- GADAMER, H. G., *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Paidós, 1991.
- GADET, Françoise y PÊCHEUX, Michel, *La lengua de nunca acabar*, México, sección de Obras de Lengua y Estudios Literarios de Fondo de Cultura Económica, 1984.
- GALBRAITH, John Kenneth, *La era de la incertidumbre: Una historia de las ideas económicas y de sus consecuencias*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1997.
- GARCÍA LINERA, Álvaro Marcelo, “El Estado post-coronavirus: Entre la protección proveedora y el autoritarismo patrimonializado”, Conferencia virtual dictada en el 2021, con los comentarios de Patricia Funes y Gisela Catanzaro, bajo la coordinación de Julián Rebón, secretario de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.
- GIDDENS, *La tercera vía: La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus, 1999.
- GLOZMAN, Mara Ruth, “(Re)leer Pêcheux hoy. El problema del *décalage* en la teoría materialista del discurso”, *Pensamiento al margen*. Revista Digital de Ideas Políticas, n° 12 (2020), pp. 117-133.
- GOFFMAN, Erving, *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, trad. María A. Oyuela de Grant, Buenos Aires, Amorrortu, 2001 (1972).
- GOLDHAGEN, Daniel Jonah, *Los verdugos voluntarios de Hitler: Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Santillana, Taurus Pensamiento, 1996 (1997).
- GOLDSTEIN, Ariel, *Bolsonaro: La democracia de Brasil en peligro*, Buenos Aires, Historia Urgente, Marea Editorial, 2019.
- , *La reconquista autoritaria. Cómo la derecha global amenaza la democracia en América Latina*, Buenos Aires, Marea Editorial, Historia Urgente, 2022.
- , *Poder Evangélico. Cómo los grupos religiosos están copando la política en América*, Buenos Aires, Historia Urgente, Marea Editorial, 2020.

- GOULDNER, Alvin W., *La crisis de la sociología occidental*, trad. Néstor Míguez, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.
- GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel* 6, Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1975.
- GRÜNER, Eduardo, “Sin el marxismo no se puede pensar, pero con el marxismo solo no alcanza”, *Télam* 29/12/2021, entrevista por Nicolás Mavrakis, <https://bit.ly/3q8vwBu>.
- , *Las formas de la espada: Miserias de la teoría política de la violencia*, Buenos Aires, Puñaladas. Ensayos de Punta, Colihue, 1997.
- HABERMAS, Jürgen, *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, trad. José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1973.
- , *Teoría de la acción comunicativa. Tomo I: Racionalidad de la acción y racionalización social. Tomo II: Crítica de la razón funcionalista*, trad. Manuel Jiménez Redondo, Barcelona, Editorial Trotta, 2018.
- HAN, Byung-Chul, *Capitalismo y pulsión de muerte: Artículos y conversaciones*, trad. Alberto Ciria, Buenos Aires, Editorial, 2022.
- , *En el enjambre*, trad. Raúl Gabás, Buenos Aires, Herder, Colección Pensamiento, 2020.
- , *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*, Buenos Aires, Taurus, 2022.
- , *La desaparición de los rituales: Una topología del presente*, trad. Alberto Ciria, Buenos Aires, Herder, 2019 (2021).
- , *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas del poder*, trad. Alberto Bergés, Argentina, Herder, 2021 (2014).
- HARRINGTON, Michael, *Socialismo*, trad. González De León, Antonio, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1978 (1972).
- HARTOG, François, *Régime d' Histoire. Presentisme et expériences du temps*, Paris, Seuil, 2003.
- HILFERDING, Rudolf, *El capital financiero: La tragedia de la socialdemocracia alemana*, trad. V. Romano García, Madrid, Tecnos, 1973 (1963).

- HOBBSBAWM, Eric, *Historia del Siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica - Grijalbo - Mondadori, Serie Mayor, Cap. IX: “Los años dorados”, 1995.
- HONNETH, Axel, *Patologías de la razón: Historia y actualidad de la teoría crítica*, Buenos Aires, Katz editores, 2009.
- , *Reificación: Un estudio en la teoría del reconocimiento*, Buenos Aires, Katz, reimp., 2012 (2005).
- HOROWICZ, Alejandro, *El huracán rojo. De Francia a Rusia 1789/1917. Doble poder: instrucciones de uso*, Argentina, Paidós bajo el sello Crítica, 2018.
- KOHAN, Martín, *¿Hola? Un réquiem para el teléfono*, Buenos Aires, Editorial Godot, 2022.
- KOSIK, Karel, *Dialéctica de lo concreto*, México, Enlace, Grijalbo, 1967.
- LACLAU, Ernesto, *La razón populista*, trad. Soledad Laclau, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- , *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.
- , *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- , *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2000 (1990)
- , *Política e ideología en la teoría marxista: Capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI Editores, 2015 (1978).
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010 (1987).
- LANDER, Mark, “El inesperado legado de Obama: ocho años de guerra continua”, *The New York Times*, por Mark, 18/5/2016, <https://nyti.ms/3MtWjQk>.
- LAVAL, Christian y DARDOT, Pierre, *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa, 2010.
- , *La pesadilla que no acaba nunca: El neoliberalismo contra la democracia*, Barcelona, Gedisa, 2016.

- LAZZARATO, Maurizio, *Guerra o revolución: Porque la paz no es una alternativa*, trad. Gilda Vignolo, Iván Torres Apablaza y Tuillang Yuing Alfaro, Buenos Aires, Colección Nociones Comunes, Tinta Limón, 2022.
- LIGUORI, Guido; MODONESI, Massimo y VOZA, Pasquale (eds.), *Diccionario gramsciano (1926/1937)*, Cagliari, UNICApress/ Ricerca: Guido Liguori, Massimo Modonessi, Pasquale Voza (eds.), edición al español de María Cristina Secci y Massimo Modonessi, 2022.
- LINZ, Juan J., *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 2021 (1987).
- , *Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.
- LOSURDO, Domenico, *La izquierda ausente: Crisis, sociedad del espectáculo, guerra*, Roma, El Viejo Topo, 2014.
- , *La lucha de clases: Una historia política y filosófica*, Roma, El Viejo Topo, 2013, Impreso en España.
- LUCÁKS, György, *Historia y conciencia de clase. Estudios sobre dialéctica marxista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021 (1923)
- MARCUSE, Herbert, *El hombre unidimensional*, España, Austral, 2016 (1964).
- MARQUÉS, Josep-Vicent, *No es natural. Para una sociología de la vida cotidiana*, Cap. 1: “Casi todo podría ser de otra manera”, Barcelona, Anagrama, 1982.
- MONTESPERELLI, Paolo, *Sociología de la memoria*, Buenos Aires, Claves, Ediciones Nueva Visión, 2004.
- NARVAJA DE ARNOUX, Elvira, *Análisis del discurso: Modos de abordar materiales de archivo*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2006.
- , “La perspectiva glotopolítica en el estudio de los instrumentos lingüísticos: Aspectos teóricos y metodológicos”, *Matraga*, Rio de Janeiro, vol. 23, nº 38, jan/jun. 2016, pp. 18-42.
- NARVAJA DE ARNOUX, Elvira y DEL VALLE, José, “Políticas del área idiomática panhispánica: Ideología y coyuntura política en los Congresos Internacionales de la Lengua Española”, mimeo, 2020.

- , *Diccionario de análisis del discurso. Bajo de la dirección de Patrick Charaudeau y Dominique Maingueneau*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Pidiendo un Goethe desde dentro, En torno a Galileo, Historia como sistema, Ideas y creencias, Prólogo a “Historia de la Filosofía” de Émile Bréhier, La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva (Selección)*, Madrid, Editorial Gredos, 2014.
- PANAM POST, “Crece apoyo a Trump y una mujer se acerca a disputar segundo lugar con DeSantis”, por Oriana Rivas, del 3 de abril de 2023, <https://bit.ly/43hMoEp>.
- PARSONS, Talcott, *El sistema social*, Madrid, Alianza, 1988 (1952).
- , *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama, 1968 (1937)
- PIKETTY, Thomas, *Capital e ideología*, trad. Daniel Fuentes, España, Grupo Planeta, Ediciones Deusto, 2019.
- , *El capital en el siglo XXI*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- PORTELLI, Hugues, *Gramsci y el bloque histórico*, trad. María Braun, México, Siglo XXI, 2000 (1972).
- QUIJANO, Aníbal, *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, copia mimeográfica.
- RAMONET, Ignacio, *La golosina visual*, Barcelona, España, Editorial Debate, Temas de Debate, 2002.
- RANCIÈRE, Jacques, *El desacuerdo: Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.
- ROSANVALLON, Pierre, *La contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*, trad. Gabriel Zadunaisky, Buenos Aires, Manantial, 2006.
- , *La sociedad de iguales*, Buenos Aires, Manantial, 2012.
- ROSANVALLON, Pierre y FITOUSSI, Jean-Paul, *La nueva era de las desigualdades*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Manantial, Colección Reflexiones, 1997.
- SALECL, Renata, *La tiranía de la elección*, trad. Cristian De Nápoli, Buenos Aires, Godot, 2010.
- SCHUMPETER, Joseph Alois, *Capitalismo, socialismo y democracia*, trad. José Díaz García y Alejandro Limeres, Barcelona, Página Indómita, 2010 (1942).

- SEGATO, Rita, “En los medios existe una pedagogía de la crueldad”, *Traficantes*, Universidad de La Plata, 13/1/2017, en <https://bit.ly/3OzrEDU>.
- STONE, Oliver y KUZNICK, Peter, *Historia no oficial de Estados Unidos*, trad. Amado Diéguez Rodríguez, Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 2015 (2012).
- TABAROVSKY, Damián, *El momento de la verdad*, Buenos Aires, Editorial Mardulce, 2022.
- TASCA, Angelo, “Condiciones generales del nacimiento y auge del fascismo”, en C. BAUER, H. MARCUSE y A. ROSENBERG, *Fascismo y capitalismo, Teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo*, selección de Wolfgang Abendroth, introducción de Kurt Klien, Jörg Kammler y Rüdiger Griepengurg, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, Novocurso, 1967.
- TRAVERSO, Enzo, *El final de la modernidad judía: Historia de un giro conservador*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- , *El pasado, instrucciones de uso: Historia, memoria, política*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2018.
- , *El pasado, instrucciones de uso: Historia, memoria, política*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2018.
- , *La historia como campo de batalla: Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- , *Las nuevas caras de la derecha*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2018.
- , *Melancolía de izquierda: Marxismo, historia y valores*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2019.
- VARGAS LLOSA, Mario, *Tiempos recios*, Perú, Editorial Alfaguara, 2019.
- VERÓN, Eliseo, *Construir el acontecimiento: Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island*, Buenos Aires, Gedisa editorial, Colección El Mamífero Parlante, 1987 (1981).
- , *Efectos de agenda*, Barcelona, Colección El Mamífero Parlante, Editorial Gedisa, 1999.
- , *Espacios mentales: Efectos de agenda 2*, Barcelona, Colección El Mamífero Parlante, Editorial Gedisa, 2002.

- , *Esto no es un libro*, Barcelona, Colección El Mamífero Parlante, Editorial Gedisa, 1999.
- , *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Colección El Mamífero Parlante, Editorial Gedisa, 2005.
- , *La semiosis social 2: Ideas, movimientos, interpretantes*, Buenos Aires, Paidós, 2013.
- , *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Colección El Mamífero Parlante, Editorial Gedisa, 1993.
- WALLERSTEIN, Immanuel, “Sobre la economía-mundo actual”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, entrevista, 17/8/2009.
- , *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, trad. Antonio Resines Rodríguez, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979 (2007).
- , *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1660-1750*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1984 (2007).
- , *El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1860*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1989 (2007).
- WOLIN, Sheldon S., *Democracia S. A.: La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, trad. Silvia Villegas, Buenos Aires, Katz Editores, Conocimiento, 2008.
- WRIGHT MILLS, Charles, *La elite del Poder*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1956 (1957).
- , *Poder, política, Pueblo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- ZIZEK, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2019.